



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA  
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN  
SECRETARÍA DE POSGRADO

**Conflictos, violencias y delitos en perspectiva de género**  
**Un estudio etnográfico sobre varones y mujeres jóvenes de la periferia de la**  
**ciudad de La Plata**

Paz Cabral

Tesis para optar por el grado de Doctora en Ciencias Sociales

La Plata, 10 de diciembre de 2019

Directora: Dra. Ángela Oyhandy

Codirectores: Dr. Martín Retamozo y Dr. Ramiro Segura

## RESUMEN

La presente investigación se dedica a analizar, desde una perspectiva de género, diversas conflictividades, delitos y violencias que protagonizan y/o experimentan jóvenes – principalmente varones y mujeres cisgénero– de la periferia de la ciudad de La Plata. Se interesa por reconstruir ciertas dinámicas de la vida cotidiana de lxs jóvenes en el contexto barrial, explorar en profundidad sus relaciones y sociabilidades, y acercarse a las perspectivas de lxs propixs actorxs para conocer los sentidos que ellxs les otorgan a sus prácticas, así como también los recursos disponibles para gestionar distintas conflictividades y violencias. Así, problematiza cómo se articulan ciertas violencias con los modos situados de ser mujer y ser varón joven en los barrios estudiados; en qué forma varones y mujeres experimentan estas violencias, las significan y las gestionan; cómo las especificidades en torno a la manera de experimentar el género producen relaciones distintas con las violencias y conflictos que atraviesan en sus cotidianidades. En definitiva, se pregunta por el rol que el género ocupa en ciertas experiencias sociales –particularmente en las violencias– así como también el lugar que éstas tienen en la construcción social del género. De este modo, busca indagar en una serie de cuestiones que han sido poco exploradas por el campo de estudios de los delitos y las violencias de jóvenes de sectores populares brindando nuevas miradas para la interpretación de estos fenómenos.

**Palabras clave:** Violencias – Delitos – Género – Juventudes – Sectores Populares

## AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a numerosas personas que me ayudaron y acompañaron en este largo proceso que involucró la escritura de la presente tesis.

A mi directora Ángela Oyhandy y a mis co-directores Ramiro Segura y Martín Retamozo. A Ángela, por ser tan importante en mi formación académica y por la calidez de su acompañamiento, por su guía y apoyo durante todos estos años. A Ramiro, por el gran compromiso, las lecturas precisas y observaciones tan necesarias. A Martín, por toda la disposición, la ayuda y el respaldo. A lxs tres, gracias por las lecturas atentas, por todo el acompañamiento y sus importantes aportes intelectuales.

Quiero agradecer a las instituciones que hicieron posibles mis estudios de posgrado. Al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) por financiar esta investigación. A la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata y al Doctorado en Ciencias Sociales de la Facultad. A quienes forman parte de la Secretaría del Doctorado, así como también a lxs docentes y compañerxs que a lo largo de los distintos seminarios me leyeron e hicieron diversas sugerencias para enriquecer mi trabajo. Particularmente, agradezco el acompañamiento de Sabrina Calandrón, quien fue mi docente en el Taller de Tesis II y a lxs compañerxs que en dicha instancia me ayudaron con sus comentarios.

A lxs integrantes del Núcleo de Estudios sobre Seguridad en la provincia de Buenos Aires y del proyecto de investigación “Políticas e instituciones de la seguridad en la provincia de Buenos Aires (2016-2020)”. Particularmente a Iván Galvani, Esteban Rodríguez Alzueta, Ángela Oyhandy, Sabrina Calandrón, Santiago Galar, Vanesa Lío, Martín Urtasun, Juan Acacio, Belén Roca Pamich, Sebastián Rosa, Inés Oleastro y Betania Cabandié, por sus lecturas y comentarios que fueron de gran ayuda para esta escritura.

A mis compañerxs del Centro de Investigaciones Sociohistóricas del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales. Por todos los momentos, mates y charlas compartidas, por hacer del espacio de trabajo un lugar tan ameno. Particularmente agradezco a Santiago García Martín y a Julia Hang por ser amigxs además de compañerxs de trabajo.

A todxs mis amigxs. Especialmente a Soledad Balerdi, quien leyó partes de esta tesis y me ayudó en gran medida a mejorarla. A Juan Acacio y Belén Roca Pamich, que también me hicieron comentarios sugerentes además de compartir conmigo numerosas tardes de trabajo. A Aluminé Gorgone y Malena Maturano quienes me ayudaron con sus miradas y aportes. A Sabrina Rosas por leerme y ayudarme a pensar esta tesis, por todo el aguante y compañía. A mi

familia y a todxs mis otrxs amigxs que también me apoyaron y bancaron durante todos estos años.

Particularmente agradezco a todxs los niñxs, jóvenes y adultxs de Romero que conocí a lo largo de estos años, por toda la confianza y por dejarme compartir y aprender de ustedes. A lxs compañerxs de “La Organización” por permitirme acompañarlxs en su trabajo barrial y por la buena onda. Y a lxs trabajadores del Envi3n por dejarme participar de los talleres y por la confianza. Gracias a todxs, por ser parte, acompañarme y ayudarme para hacer posible este trabajo.

# INDICE

## INTRODUCCIÓN

1. Presentación .....	8
2. Androcentrismo en el estudio de los delitos y las violencias de jóvenes de sectores populares.....	9
3. Algunas claves conceptuales .....	18
4. Construcción de la pregunta de investigación, decisiones metodológicas y trabajo de campo .....	27
5. Síntesis de los capítulos .....	36

## CAPITULO 1: SER JOVEN EN MELCHOR ROMERO

1. Presentación .....	38
2. Vivir en Romero .....	38
2.1. Historia y caracterización de la localidad .....	38
2.2. “Se ve el progreso”. Mejoras en los barrios y desigualdades persistentes .....	42
2.3. “Se dice que en la villa todos roban”. Límites sociales y simbólicos .....	53
3. Representaciones y efectos de género .....	57
4. ¿Jóvenes “ni-ni”? Educación y trabajo .....	61
5. Conclusiones del capítulo .....	69

## CAPITULO 2: EXPERIENCIAS ESPACIALES Y DINÁMICAS DE SOCIABILIDAD BARRIAL

1. Presentación .....	72
2. “Somos de juntarnos entre varones” .....	75
2.1. “La esquina era mi vida” .....	75
2.2. Ser “de la casa” y ser “un gil” .....	83
2.3. “Son conflictos de barrio, la bronca es este lado contra este lado” .....	90
2.4. La “mala junta” .....	96
2.4.1. La familia “no quiere que haga juntas” .....	97
2.4.2. Lxs vecinxs “hacen mala fama” y “te llaman a la policía” .....	100
2.4.3. “No me cabe que estén las pibas en la esquina” .....	103
3. “Nunca salgo de mi casa” .....	107
3.1. “Hay muy pocas pibas que están en la esquina” .....	107
3.2. “Salgo poco y nada, más con todas las cosas que están pasando en la calle” .....	110
3.3. “Los vecinos son unas cámaras de seguridad”. Juzgadas y controladas .....	119
3.4. “Pasas por ahí y te gritan cosas”. Acosos y violencias contra las mujeres .....	123
3.5. “Es twerking, es mucho movimiento de cola” .....	129
4. Debatiendo géneros .....	133
5. Conclusiones del capítulo .....	136

### **CAPITULO 3: VIOLENCIAS, RESPETO Y PROTECCIÓN**

1. Presentación .....	140
2. La construcción de un “nombre grande” .....	141
2.1. “Hacerse respetar” .....	141
2.2. “En el barrio hay diferencias” .....	144
2.3. “Quería tener un nombre grande” .....	146
2.4. “¿Me querés faltar el respeto a mí?” .....	153
3. “Tener espalda para los quilombos” .....	160
3.1. “Yo me hago cargo de vos” .....	160
3.2. “Si o sí, te vamos a defender” .....	164
3.2.1. Defender el apellido .....	164
3.2.2. Defender a la <i>junta</i> .....	171
3.2.3. Defender al barrio .....	175
4. “Hay muchas peleas entre chicas” .....	178
4.1. “Era re marimacho, yo jugaba de manos con todos” .....	178
4.2. Peleas entre chicas .....	181
4.3. “Yo no estoy metida en esos quilombos” .....	185
5. Conclusiones del capítulo .....	190

### **CAPITULO 4: LOS ROBOS EN LA TRAMA RELACIONAL BARRIAL**

1. Presentación .....	193
2. Participación en acciones delictivas .....	196
2.1. En búsqueda de dinero, diversión y respeto .....	196
2.2. “No querés que tus amigos te vean como un cobarde” .....	201
3. “Te conozco, ¿me vas a robar?” .....	207
4. “Ya me rescaté” .....	217
5. Conclusiones del capítulo .....	229

### **CAPITULO 5: “MI PAPÁ, EL MACHO ALFA”. VIOLENCIAS EN LAS FAMILIAS**

1. Presentación .....	232
2. Desencuentros teóricos en la tematización de la violencia familiar: la importancia de complejizar las perspectivas de análisis .....	233
3. La violencia en el ámbito familiar .....	239
3.1. Soportar la violencia o irse de la casa: la encrucijada de las mujeres que sufren violencia por parte de su pareja .....	239
3.2. “La única salida para mí era juntarme”. Violencia hacia mujeres en el vínculo filial .....	251

3.3. “Me tuve que parar de manos para hacerme respetar”. Violencia hacia varones en el vínculo filial .....	257
4. Conclusiones del capítulo .....	261
<b>CONCLUSIONES</b> .....	264
<b>BIBLIOGRAFIA</b> .....	282

# INTRODUCCIÓN

## 1. Presentación

La presente investigación se dedica a analizar, desde una perspectiva de género, diversas conflictividades, delitos y violencias que protagonizan y/o experimentan jóvenes –principalmente varones y mujeres cisgénero<sup>1</sup>– de la periferia de la ciudad de La Plata. Para ello, se interesa por reconstruir ciertas dinámicas de la vida cotidiana de lxs<sup>2</sup> jóvenes en el contexto barrial, explorar en profundidad sus relaciones y sociabilidades en diversos ámbitos, y acercarse a las perspectivas de lxs propixs actorxs para conocer los sentidos que ellxs les otorgan a sus prácticas, así como también los recursos disponibles para gestionar distintas conflictividades y violencias.

Diversas investigaciones de las ciencias sociales (Isla, Míguez, Da Silva Catela, Cid Ferreira y Cozzani, 2006; Míguez, 2006; Míguez, 2010; Míguez, 2014; Corte Suprema de Justicia de la Nación, 2013; Oyhandy, 2014; Comisión Provincial por la Memoria, 2016; Galar, Montagna, y Oyhandy, 2018) afirmaron que las mayores tasas delictivas y, en particular, los índices de homicidios –que en un elevado porcentaje han sido vinculados a conflictos interpersonales– afectan especialmente a las zonas más desfavorecidas económicamente y que las principales víctimas de estos fenómenos son lxs mismxs miembrxs de los sectores populares, especialmente lxs jóvenes. Sin embargo, a partir de la idea de que “los pobres se matan entre ellos” ciertos discursos de amplia difusión mediática contribuyen no solo a la invisibilización de estas muertes y violencias, sino que además justifican la construcción de tales víctimas como víctimas de segunda, desestimando dicha problemática y con ello, el desarrollo de políticas públicas que intervengan en la misma (Bermúdez, 2010; Cozzi, 2015; Núcleo de Estudios sobre la Violencia y la Muerte, 2017). Así, este tipo de violencias son concebidas como asuntos privados soslayando

---

<sup>1</sup> Se consideran cisgénero a las personas cuya identidad de género concuerda con la asignada al momento de nacer.

<sup>2</sup> Una cuestión no menor en cuanto a la escritura de la presente tesis, es el tema del lenguaje y sus usos genéricos. Tal como ha sido señalado por las perspectivas feministas, el uso del masculino como genérico no solo oculta la mención de lo femenino, sino que confirma jerarquías en favor de los varones (Faur, 2017). Los usos convencionales actuales del lenguaje son androcéntricos y sexistas. En línea con la normativa de la FaHCE (Resolución Nro. 2086/17) que reconoce sus usos plurales y dinámicos, así como la legitimidad de las expresiones que cuestionan los supuestos sexistas o discriminatorios implícitos en las convenciones actualmente vigentes, en la presente tesis no utilicé el lenguaje a la manera convencional, es decir, usando el género gramatical masculino de forma inclusiva en tanto término no marcado. Pero tampoco uso el “los/as” y sus variantes –por ejemplo, “los/as jóvenes”–, para incluir a las mujeres, ya que dicha opción sigue cayendo en las lógicas binarias del lenguaje, que resultan excluyentes de las diversidades sexo-genéricas (Faur, 2017). Opté por utilizar la “x” –por ejemplo, “lxs jóvenes”– para referirme de manera genérica a ciertos grupos de personas. Si bien renuncié a realizar generalizaciones en masculino y a concebir este término como no marcado, sí lo utilicé para referirme de manera específica a grupos de varones, y de igual manera, utilicé el femenino con valor específico. Y a la vez, estos usos del lenguaje intentaron orientarse lo más cercanamente posible a la manera en que nuestrxs actorxs se autopercebían en términos identitarios. Sin dejar de reconocer las dificultades que entrañan estas elecciones, creo que las mismas abonan a los intentos por modificar las desigualdades y violencias genéricas implicadas en los usos convencionales, androcéntricos y sexistas del lenguaje, motivo por el cual he optado por ellas.



las conexiones entre las mismas y las dinámicas más amplias de organización social que las hacen posible. De este modo, se evita la problematización sobre las violencias estructurales que afectan a lxs jóvenes de sectores populares y que atraviesan sus cotidianidades, y se elude la pregunta por las relaciones entre ellas y ciertas violencias y conflictos interpersonales. En oposición a estas miradas, este estudio destaca la importancia de problematizar este tipo de violencias y contribuir a explicar sus causas, sentidos y los modos de resolución de las mismas.

Esta investigación fue desarrollada en la localidad de Melchor Romero a partir de un trabajo etnográfico que comenzó en mediados de 2016 y finalizó a fines de 2018. La misma problematiza cómo se articulan ciertas violencias con los modos situados de ser mujer y ser varón joven en los barrios estudiados; en qué forma varones y mujeres experimentan estas violencias, las significan y las gestionan; cómo las especificidades en torno a la manera de experimentar el género producen relaciones distintas con las violencias y conflictos que atraviesan en sus cotidianidades. En definitiva, se pregunta por el rol que el género ocupa en ciertas experiencias sociales –particularmente en las violencias– así como también el lugar que éstas tienen en la construcción social del género. De este modo, busca indagar en una serie de cuestiones que han sido poco exploradas por el campo de estudios de los delitos y las violencias de jóvenes de sectores populares brindando nuevas miradas para la interpretación de estos fenómenos.

## **2. Androcentrismo en el estudio de los delitos y las violencias de jóvenes de sectores populares**

Varias investigaciones regionales centradas en el estudio de la violencia han señalado la existencia de transformaciones producidas en las últimas décadas en torno a este fenómeno. Análisis como los de Briceño-Leon (2002) o los de Zubillaga (2007) plantearon que a partir de los años 80 y con el final de las dictaduras militares en América Latina, comienza a aumentar un tipo particular de violencia, no ya política, sino más bien una “violencia delincuencia y urbana (...) una violencia que podemos calificar de social, por expresar conflictos sociales y económicos” (Briceño-Leon, 2002: 14) y que involucra principalmente a los sectores populares.

Diversos estudios producidos en Argentina (Míguez, 2002; Isla y Míguez, 2003; Kessler, 2004a; Kessler, 2010b; Kessler, Svampa y González Bombal, 2010; Míguez, 2010), coinciden en señalar la existencia de un aumento de ciertas violencias y actos delictivos en el país, principalmente a partir de los años 80 y 90, que se produce de la mano de la implementación del

modelo económico neoliberal<sup>3</sup>. Según Kessler (2012a) el número de delitos –tanto aquellos contra la propiedad como los que atentan contra las personas–, se han incrementado de manera sostenida desde mediados de los 80 hasta principios de los años 2000: “las agresiones contra la propiedad se multiplican por dos veces y media entre 1985 y 2000 (...) En cuanto a la tasa de homicidios, si bien se ubica muy por debajo de otros países de la región, ya desde 1998 los de tipo doloso superan los 7 por cada 100 mil habitantes, por encima de su media histórica” (p. 21). Los trabajos mencionados plantean que el aumento de estos fenómenos debe ser explicado teniendo en cuenta las transformaciones sociales, económicas y políticas producto de la implementación y profundización del neoliberalismo. Políticas que, en líneas generales, tuvieron como consecuencias la retracción del Estado, la desindustrialización, la desestructuración del mundo organizado en torno al trabajo y un gran aumento del desempleo, la inestabilidad laboral, la pobreza, la marginación y la desigualdad (Svampa, 2005; Merklen, 2005; Kessler, 2010b; Kessler, Svampa y González Bombal, 2010). Algunos trabajos (Kessler, Svampa y González Bombal, 2010) se centraron en la cuestión de la sociabilidad de los sectores populares y señalaron los efectos de debilitamiento del lazo social y de las formas colectivas de pertenencia que tuvieron aparejadas este tipo de políticas. De este modo, destacaron el desarrollo de procesos de desafiliación, de desestructuración, crisis de los mecanismos clásicos de socialización y aumento de la fragilidad de los soportes identitarios, dados especialmente en los sectores desaventajados. En esta línea, algunas indagaciones enfatizaron en el peso de estas transformaciones en la sociabilidad local para explicar los incrementos en las violencias, conflictividades y victimizaciones entre vecinxs en los barrios empobrecidos (Bonaldi, 2002; Míguez, 2002; Míguez, 2014).

La desindustrialización y la disminución del trabajo en el ámbito urbano, producidas a raíz de las políticas neoliberales, llevaron a una progresiva territorialización de los sectores populares (Svampa, 2005; Merklen, 2005). En el caso de los jóvenes, dado el declive de soportes sociales que anteriormente habían sido fundamentales para su construcción identitaria –como la escuela y el trabajo– adquirieron mayor importancia otros ámbitos, tales como el barrio, y especialmente sus esquinas, plazas y canchas de fútbol (Tonkonoff, 2007; Bonaldi y del Cueto, 2009). Dicho espacio se construyó como un elemento central para el establecimiento de sociabilidades –en especial para los jóvenes varones– a partir del encuentro y la conformación de “juntas” o “barras”, de modo que adquirieron un peso fundamental los grupos de pares. Estudios locales

---

<sup>3</sup> Si bien en Argentina el inicio del período neoliberal puede ser fechado en 1976, su principal expresión se puso en vigencia durante la década de los 90 con el régimen de la Convertibilidad (1991-2001). Como consecuencia de la aplicación de las políticas implementadas durante esta etapa, se elevaron en gran medida la pobreza y la indigencia, la desigualdad social, el desempleo y la precarización laboral, la concentración de los ingresos, el endeudamiento externo y la privatización y extranjerización de la economía, y se acentuó el carácter excluyente de la sociedad.

han planteado que el tipo de sociabilidad construida entre estas “barras”, “juntas” o “bandas” existentes en Argentina, difiere con el de las pandillas o maras que tienen lugar en otros países de América Latina. Mientras que estas últimas se caracterizan por un fuerte sentimiento identitario, una gran cohesión y anclaje territorial, por la existencia de liderazgos fuertes y jerarquías, así como de sistemas de reglas internas con ritos de iniciación y pasaje (Savenije, 2009); en Argentina se ha señalado que las “juntas” de jóvenes constituyen grupos poco estructurados, con inserciones más flexibles y lógicas territoriales menos rígidas, vinculados a la realización de actividades variadas de disrupción de las reglas de convivencia, pero no a formas de crimen organizado (Kessler, 2004a).

Por su parte, varios trabajos desarrollados en la primera década de 2000 señalaron la creciente participación de jóvenes de sectores populares, principalmente varones, en delitos poco organizados (Míguez, 2002; Tonkonoff, 2007; Kessler, 2004a; Míguez, 2004; Míguez, 2008) e intentaron explicar el involucramiento de estxs jóvenes en agresiones contra la propiedad, así como la construcción de trayectorias delictivas. De todos modos, las investigaciones han sostenido que las relaciones entre la violencia delictiva y la pobreza o la marginalidad están atravesadas por múltiples mediaciones, criticando así el establecimiento de relaciones lineales y mecánicas entre estos ámbitos (Kessler, 2010a; Míguez, 2010).

A su vez, varios autorxs abocados al estudio del delito juvenil (Míguez, 2002; Isla, 2002; Isla y Valdez Morales, 2003; Kessler, 2004a) señalaron transformaciones en las formas de sociabilidad de lxs jóvenes que implicarían una mayor conflictividad y un incremento de los grados de legitimidad del uso de la fuerza física. Las nuevas generaciones habrían abandonado los códigos delictivos propios de lxs “ladrones profesionales” que actuaban como limitantes de la improvisación y del uso de violencia en la comisión de delitos (Míguez, 2002; Isla, 2002; Isla y Valdez Morales, 2003; Kessler, 2004a)<sup>4</sup>. Así la presencia de “pibes chorros” (Míguez, 2002; Isla, 2002) o “delincuentes amateurs” (Kessler 2004a) implicaría nuevas formas de transgresión asociadas a un aumento de la violencia. Por su parte, Kessler (2004a, 2004b) destacó la existencia de divisiones dentro del universo de lxs jóvenes transgresorxs estudiadxs, dadas entre “proveedores” y “barderos”. Mientras para lxs primerxs el delito tendría una mayor planificación y aparecería como una cuestión instrumental; para lxs segundxs el delito adquiriría mayor improvisación y formaría parte de una serie de actividades grupales más variadas –ocupar la esquina y molestar, consumir drogas, pedir dinero, robar– en donde coexistirían los objetivos instrumentales y los expresivos.

---

<sup>4</sup> Estas ideas han sido cuestionadas por estudios más actuales como los de Cozzi (2013, 2015) o Diez (2012).

Pero también, los distintos análisis sobre las prácticas y trayectorias de lxs jóvenes involucradxs en este tipo de delitos tuvieron sus matices. Algunos de estos trabajos (Kessler, 2004a) centraron el peso explicativo en la cuestión económica o privación material, y así hicieron hincapié en la razón “instrumental” del delito<sup>5</sup>, es decir, subrayaron la importancia de la búsqueda de dinero y beneficio económico para explicar tales prácticas, enfatizando en las relaciones entre las mutaciones del mercado del trabajo y los cambios en el delito producidos en el período neoliberal. Los análisis realizados por Kessler (2002; 2004a; 2004b; 2010a) con jóvenes que habían cometido delitos contra la propiedad muestran, por un lado, el pasaje operado en el período neoliberal de la lógica del trabajador a la lógica del proveedor –en donde la legitimidad ya no se encuentra en el origen del dinero, sino en su utilización para satisfacer necesidades–; y, por otro lado, el desdibujamiento de las fronteras entre trabajo, escuela y delito, y la emergencia de formas de articulación novedosas entre ocupaciones legales e ilegales.

A su vez, otros trabajos (Rossini, 2003; Míguez, 2004; Míguez, 2008), hicieron énfasis en las cuestiones identitarias o simbólicas. Destacaron la importancia del reconocimiento para explicar trayectorias y prácticas de jóvenes involucradxs en delitos contra la propiedad, dando cuenta de una dimensión “expresiva” presente en este tipo de acciones. Estos estudios también enfatizaron en los efectos de las transformaciones sociales y económicas producidas a partir de las políticas neoliberales, pero haciendo hincapié en la dimensión identitaria. Es decir, subrayaron las dificultades de lxs jóvenes para construirse identitariamente, dada la disminución del trabajo y la consecuente pérdida de peso de la figura del varón trabajador-proveedor. En este marco, los trabajos señalaron la relevancia que adquiriría para lxs jóvenes –en el nuevo contexto– la comisión de delitos, el uso de la violencia y la asunción de riesgos como formas de construir identificaciones e invertir los estigmas que asocian juventud, pobreza y criminalidad, a partir de la reivindicación de la imagen del “pibe chorro” (Rossini, 2003; Míguez, 2004). Así, algunos autores han llegado a afirmar la emergencia de una nueva “subcultura delictiva” con códigos culturales propios alternativos a los hegemónicos (Míguez, 2008)<sup>6</sup>. La importancia de la dimensión expresiva también fue señalada en otros trabajos fuera del ámbito local, y no solo para explicar prácticas y/o trayectorias delictivas de jóvenes involucradxs en delitos contra la propiedad, sino también en el mercado de drogas u otros ilegalismos. Así, Bourgois (2015) en su estudio sobre lxs vendedorxs de crack de origen puertorriqueño en Harlem se pregunta por las causas que lxs llevan a involucrarse en dicha economía ilegal, y explica que ello no solo les

---

<sup>5</sup> Si bien Kessler (2004a) señala que en algunos casos -por ejemplo, en el caso de los grupos de jóvenes “barderos”- los objetivos instrumentales coexisten con los expresivos, el autor señala la preeminencia de la razón instrumental en el caso del delito contra la propiedad.

<sup>6</sup> En contraposición a esta idea, Kessler (2004a) subraya la presencia de valores y elementos compartidos con la cultura hegemónica, perspectiva con la que coincido.

permite responder a ciertas exigencias económicas, sino que también se orienta por la búsqueda de respeto y dignidad.

Estos elementos han sido señalados como los principales factores explicativos de las violencias y delitos juveniles por parte de las investigaciones realizadas en el país en la primera década del siglo XXI, es decir en la Argentina marcada por las consecuencias de las políticas neoliberales. A partir de 2003 se inicia un período de recuperación económica y social<sup>7</sup>, con crecimiento económico, descenso en los niveles de desempleo y pobreza y un gran incremento del consumo, pero ello no redundó en un descenso de las tasas delictivas, tanto en lo que respecta a los delitos contra la propiedad, como contra las personas (Kessler, 2013). Kessler, en diversos trabajos (Kessler, 2013; Kessler, 2014a; Kessler y Merklen, 2013), desarrolla una serie de hipótesis para explicar la permanencia de dichas tasas. En primer lugar, señala que, si bien con la reactivación económica se presentan mayores oportunidades laborales, el trabajo protegido y estable escasea y resulta de difícil acceso para gran parte de los sectores populares, y en especial para lxs jóvenes que residen en barrios estigmatizados. A su vez, persiste la lógica de la provisión, por lo cual tanto el trabajo como los delitos, las prestaciones sociales y algunas formas territorializadas de solidaridad, coexisten como opciones posibles y legítimas para acceder a la satisfacción de necesidades; y más aún, en el nuevo periodo, luego de dos décadas de delito elevado, éste se inscribe dentro del campo de experiencias posibles de lxs jóvenes (Kessler y Merklen, 2013). También afirma que, con la reactivación económica y el mayor acceso de los sectores populares a bienes previamente negados, se refuerzan las estrategias de distinción basadas en el consumo y éste cobra una mayor importancia en la construcción de la subjetividad, por lo cual gran parte de los delitos ya no se explican como formas de supervivencia sino como medios de acceso a bienes deseados y valorados (Kessler, 2013). Además, otras cuestiones novedosas del período son el mayor peso que adquiere el grupo de pares y el establecimiento de relaciones de reciprocidad y obligaciones mutuas en los grupos que delinquen juntos, así como la mayor presencia de cohortes previas de jóvenes con experiencias delictivas (Kessler, 2014a).

---

<sup>7</sup> A partir del 2002/2003 es posible hablar del comienzo de un nuevo período socioeconómico en Argentina, que se distingue del neoliberalismo previo, iniciado luego de la mega-devaluación que puso fin al esquema de la Convertibilidad. Pese a las diferentes caracterizaciones de distintos autorxs sobre esta etapa, suele haber consenso en que el mismo implicó mayores niveles de crecimiento económico —especialmente hasta el año 2007—, una cierta recuperación del sector industrial, la recuperación del mercado de trabajo y de los índices sociales (Piva, 2007; Félix, 2010; CENDA, 2010; López, 2015). De todos modos, más allá de las mejoras económico-sociales que caracterizaron este nuevo período, también se reconoce la existencia de ciertas continuidades asociadas a los legados estructurales de las políticas implementadas en la etapa previa, que no lograron ser revertidas, tales como el mantenimiento de la precariedad laboral y de ciertos niveles de pobreza e indigencia. Particularmente, este período puede identificarse con la etapa del gobierno del Frente Para la Victoria, coalición política que gobernó el país durante los períodos 2003-2007 (Néstor Kirchner), 2007-2011 (Cristina Fernández) y 2011-2015 (Cristina Fernández).

Asimismo, el autor atribuye peso explicativo al hecho de que, más allá de la mejora económica y el descenso de la desigualdad, persisten zonas relegadas y barrios estigmatizados.

Estos estudios se han abocado principalmente a brindar explicaciones en torno a la presencia de ciertos delitos contra la propiedad, tales como robos y hurtos. Ahora bien, los delitos contra las personas, tales como lesiones y homicidios, entre otros, más vinculados a las violencias y conflictividades interpersonales aquí estudiadas, no necesariamente están guiados por las mismas lógicas. Al respecto, Kessler en un estudio donde aborda los interrogantes pendientes sobre el delito urbano en la Argentina señala que aún “resta develar las claves de este aumento de los delitos contra las personas. Todo sucede como si la salida de la crisis hubiera contribuido a una disminución de los picos de delito contra la propiedad, que llegaron a ser muy altos, pero no necesariamente afectaron de igual modo a los delitos contra las personas, donde otras lógicas y motivaciones, no necesariamente la búsqueda de beneficio económico, entran en juego” (2014b: 213). Y en relación con esto, plantea que aún subsiste, dentro de este campo de estudios, el interrogante sobre la relación entre los delitos y las violencias, es decir, sobre aquellas conflictividades locales, que derivan en una parte importante de los homicidios. A modo de hipótesis, el autor señala que las dos décadas de delito elevado habrían dejado su marca en los grupos de edad más jóvenes, en un contexto de mayor difusión de producciones culturales que retoman dichas experiencias, se produce un creciente orgullo construido en torno a la identificación barrial y el reforzamiento de identificaciones con los grupos de pares. Así “en relación con el delito, si durante el período anterior supusimos un mayor peso de acciones con fines instrumentales, conseguir dinero o bienes, nos preguntamos si no está comenzando a cobrar importancia un delito también vinculado a razones más expresivas, como parte del reforzamiento de identidades e identificaciones con grupos locales de pertenencia. El ya señalado aumento, o al menos la no disminución, de delitos contra las personas quizás nos está mostrando otras lógicas de acción no necesariamente vinculadas a la búsqueda de beneficio económico y un incremento de una violencia con matices más expresivos, de reafirmación de liderazgos locales, ligados a modos de construcción de formas de masculinidad violenta, un novedoso interés por las armas y un revanchismo frente a la experiencia de humillación, entre otras lógicas que no necesariamente se reducen a las explicaciones sociales habituales (Kessler, 2014a: 313 y 134). En línea con esta perspectiva se han desarrollado otros trabajos actuales sobre sociabilidades y violencias juveniles como los de Cozzi (2013), Previtali (2014) y Cabral (2016), donde categorías como las de respeto, honor y prestigio resultan centrales para comprender ciertos conflictos entre jóvenes y usos de las violencias. Por su parte, el orgullo y reforzamiento de identificaciones con los grupos de pares, son concebidos por Rodríguez Alzueta (2016b) como estrategias de contra-

estigmatización frente a las discriminaciones, humillaciones, represiones y violencias que se ejercen sobre lxs jóvenes de sectores populares, a partir de las representaciones sociales – sustentadas tanto por vecinxs, policías y la sociedad en general– que lxs identifican como “vagos”, “barderos” y/o “chorros”.

La mayoría de los estudios mencionados de este campo, se preocuparon por analizar los delitos y violencias protagonizados por lxs actorxs que investigaban, a partir de miradas y explicaciones sociológicas. Es decir, retomando herramientas de las teorías sociales para iluminar las dinámicas estructurales que contextualizan las representaciones, prácticas y trayectorias de dichxs actorxs y permiten interpretar sus narrativas. De este modo, las investigaciones realizaron contribuciones importantes al establecer relaciones entre diversas experiencias delictivas, prácticas violentas y conflictividades protagonizadas principalmente por jóvenes varones de sectores populares, con ciertas violencias y desigualdades estructurales que atravesaban sus vidas. Estas interpretaciones repusieron el sentido de tales prácticas en el contexto más amplio en que tenían lugar, eludiendo así el problema de caer en lecturas estigmatizantes o esencialistas sobre estxs actorxs y sus acciones, o en miradas que conciben tales fenómenos como privados o circunstanciales. Si bien se destacan tales esfuerzos, por otro lado, se señalan algunas limitaciones de dicho campo, especialmente vinculadas a la presencia de ciertos sesgos androcéntricos y la escasez de análisis con perspectiva de género, lo cual conllevó a la relegación de ciertos temas de indagación. Tal como mencionan Ferrer-Pérez y Bosch-Fiol (2019) el androcentrismo ha estado presente en todas las ramas del saber, tanto en la práctica concreta de la investigación como en la construcción de los planteamientos teóricos. Los sesgos androcéntricos pueden vincularse tanto a la invisibilización de los efectos derivados de los condicionantes de género –especialmente, invisibilizando a las mujeres y disidencias sexo-genéricas, su realidades y problemas–, como al hecho de soslayar la dimensión de género como categoría significativa para el abordaje e interpretación de los problemas de investigación.

Este tipo de sesgos han estado presentes en el campo de estudios sobre violencias y delitos de jóvenes de sectores populares. Siguiendo algunos trabajos (Elizalde, 2005; Beltrán, 2010; Medan, 2017), es posible decir que la mayoría de las investigaciones realizaron sus análisis bajo lecturas que privilegian las experiencias de los varones, subsumiendo e invisibilizando las especificidades de las mujeres, y en particular, de las mujeres jóvenes y/o de otras identidades de género. Así –del mismo modo que ha señalado la criminología feminista y estudios realizados fuera del ámbito local (Iglesias Skulj, 2013; Young en Fonseca y Sozzo, 2012; Carrington, 2006; Pavlich, 2006)– las perspectivas hegemónicas tendieron a soslayar la consideración de las

violencias de género, las violencias domésticas y las de índole sexual, ejercidas muchas veces – aunque no exclusivamente– contra las mujeres. Y fuera del campo de estudios feministas y/o de género, estas cuestiones fueron poco consideradas como temáticas a analizar. Pero también, el sesgo androcéntrico de este campo de estudios llevó a relegar la indagación en torno a las mujeres y el uso de la violencia (Elizalde, 2005; Beltrán, 2010; Medan, 2017). Como mencioné anteriormente, muchos estudios han señalado los modos en que lxs jóvenes de sectores populares –refiriéndose especialmente a varones– pueden utilizar la violencia de manera instrumental o expresiva para el acceso a bienes materiales o a formas de identificación positiva entre sus pares (Rossini, 2003; Kessler, 2004a; Míguez, 2004; Míguez, 2008; Tonkonoff, 2007; Cozzi, 2013; Cabral, 2015; Rodríguez Alzueta, 2016a). Intentando subsanar el vacío teórico mencionado, junto a Pauni Jones (2016) me pregunto si tales usos de la violencia aparecen dentro del abanico de posibilidades de las mujeres. Además, teniendo en cuenta los hallazgos en torno a las dinámicas de sociabilidad juvenil masculina ligadas a la identificación barrial y al establecimiento de “juntas” de jóvenes, interrogo por la participación de las mujeres en tales ámbitos, las especificidades que ella adquiere y el modo en que es concebida, así como por las modalidades específicas que adquiere la presencia de las mujeres en el barrio y las formas en que ocupan, transitan, circulan o se apropian de sus espacios. Algunos estudios actuales (Elizalde, 2005; Colectivo Juguetes Perdidos, 2014; Comisión Investigadora de la Violencia en los Territorios, 2016; Sandá, 2017) han señalado estos vacíos y comenzaron a problematizar estas cuestiones, sintetizándolas en la construcción de nuevas preguntas que enfatizan dichas ausencias, tales como “Y las chicas, ¿dónde están?” (Elizalde, 2005) o “¿Qué onda las pibas?” (Colectivo Juguetes Perdidos, 2014)<sup>8</sup>.

Finalmente, muchos de los estudios de este campo, tendieron a soslayar la dimensión de género como categoría significativa para el abordaje e interpretación de los problemas que investigaban. Así, si bien señalaron que la mayoría de las violencias y delitos involucraban a varones, dicha identidad de género no fue problematizada, por lo cual los trabajos no indagaron en tales prácticas y experiencias como performativas para la construcción de ciertas masculinidades (Medan, 2011; Medan, 2017). Los estudios locales que más avanzan en esta línea –es decir que lejos de concebir a la categoría varones como evidente problematizan las construcciones de masculinidad– son aquellos que tematizan sobre la violencia en el ámbito del fútbol, tales como los análisis de Garriga (2005; 2007), y cuyas líneas interpretativas han sido seguidas por algunos trabajos más actuales del campo de los delitos y violencias como por

---

<sup>8</sup> Si bien esta tesis se abocará al análisis de varones y mujeres como categorías identitarias, basado en el material construido a partir del trabajo de campo, ello no implica desconocer la presencia en estos barrios de otras identidades de género, que podrán ser trabajadas en futuras investigaciones.



ejemplo los de Cozzi (2013; 2018) o Previtali (2014)<sup>9</sup>. Aquí no concibo ciertas prácticas y valores como propias de sujetos previamente “hombres”, sino más bien como constitutivas de su “hombría”. Interrogo por los vínculos entre las construcciones sociales de la masculinidad y la producción de ciertos conflictos, es decir por cómo operan las ideas asociadas a la masculinidad –y sus imperativos en torno a lo que implica ser “hombre”– en ese tipo de conflictos, y por cómo en éstos se pone en juego la construcción identitaria de los sujetos socialmente varones.

Así, este análisis se sitúa en el campo de estudios de seguridad, delitos y violencias, para analizar las experiencias de lxs jóvenes desde una perspectiva de género, y desde esta matriz interpretativa se propone aportar a subsanar los vacíos teóricos anteriormente mencionados. Tal como señalan Ferrer-Pérez y Bosch-Fiol (2019), la incorporación del género y de la perspectiva de género a la investigación puede hacerse de dos modos principales: “realizando investigación sensible al género, en la que la categoría género se toma en consideración de modo sistemático a lo largo de todo el proceso investigador, o realizando investigación específica de género, en la que el género se convierte en el propio objeto de estudio” (p. 72). La presente tesis se interesa por ambas cuestiones, de modo que no solo se pregunta por las experiencias de varones y de mujeres, las violencias que sufren en tanto tales, así como sus dinámicas específicas de sociabilidad, los conflictos que protagonizan y los usos que ellas hacen de estas prácticas, sino también problematiza los modos en que los conflictos y violencias son vivenciados, significados y gestionados diferencialmente según el género, así como los vínculos entre aquellos y las construcciones de masculinidad y feminidad.

Siguiendo a Elizalde (2006), “la focalización en la distinción genérica no responde a ninguna pretendida necesidad ni a ninguna peculiaridad especial de esta diferencia por sobre otros anclajes identitarios, como la etnia, la nacionalidad, la orientación sexual o la propia edad, por mencionar algunos. Lejos de esto, la razón de impulsar su estudio en el campo de los análisis de juventud se debe más bien a la convicción de que explorando las condiciones de producción de la diferencia de género, sus articulaciones con otras distinciones, y los modos en que es invocada, resemantizada, «iluminada», restringida y/o transformada en diversos discursos públicos e institucionales, es posible dar cuenta, no de lo que el género es, ni de su realidad. Se trata, más bien, de indagar lo que su valor crítico (Delfino, 1999) habilita en términos de interrogación sobre las instituciones, los discursos y las prácticas que producen normatividades más o menos definitorias en torno de las maneras «apropiadas» e «inapropiadas» de ser mujer joven y varón joven, en el contexto actual de construcción de hegemonía” (p. 104). Y en línea con sus planteos retoma la propuesta de introducir en los estudios sobre juventudes la pregunta

---

<sup>9</sup> Por otro lado, también en esta línea se han orientado algunos trabajos de otras regiones como el de Fonseca (2004).

por el género, pero no “¿qué es el género? sino, más bien, ¿qué hace posible? y ¿qué evita o deja afuera?” (p. 105). En este sentido, y retomando a la autora, me interesa “dar cuenta no de lo que el género y las sexualidades *son* en o para la juventud, sino de lo que estas distinciones críticas de la cultura *producen y configuran*”<sup>10</sup>. Es decir, lo que permiten significar, experimentar, crear o impugnar, pero también constreñir, sancionar y regular, en su difícil vínculo con la clase, la edad, y la etnia y en lazo con el arco mayor de prácticas (...) de las que chicos y chicas forman desigualmente parte. Y en las que intervienen con disímiles recursos y posibilidades de protagonismo, agenciamiento y (re)significación ante las normatividades hegemónicas de la masculinidad y la feminidad juveniles ‘deseables’ o ‘esperables’” (Elizalde, 2011: 15). De este modo, el presente estudio se interesa por indagar en diferentes conflictos y violencias, los sentidos y usos de estas prácticas, y los modos en que ellas abonan a la construcción de, a la vez que están constituidas por, los géneros.

### 3. Algunas claves conceptuales

Analizar experiencias de jóvenes, principalmente varones y mujeres de sectores populares, requiere reflexionar sobre constructos en los que operan, al menos, tres clivajes: la edad, el género y la clase.

En relación a la categoría de “juventud”, retomo los planteos realizados por gran parte de los trabajos del campo de estudios de juventudes, los cuales han destacado la importancia de comprender dicha categoría como una construcción social, histórica y cultural. Al respecto, son centrales los aportes de Criado (1998), que señala que “la juventud no existe”, es decir, que la misma no forma parte de un grupo social sino más bien que es resultado de un proceso de producción social. Siguiendo estudios pioneros como los del Mannheim –quien afirma que una generación no es un grupo concreto sino un grupo delimitado por compartir unas mismas condiciones de existencia–, o como los de Bourdieu –que plantea que la “juventud” no es más que una palabra, en el sentido de que es resultado de actos de categorización y de luchas por la imposición de fronteras y separación entre grupos–, Criado critica la ilusión sustancialista que presupone la existencia de una identidad social de todos los incluidos en un arco de edades y subraya la importancia de demostrar la diversidad de juventudes que dicha categoría oculta. En esta línea, Chaves (2010) señala que los distintos grados de edad –la infancia, la juventud, la adultez y la vejez– no son naturales, sino construcciones históricas y que la cronologización misma del curso de la vida es un proceso cultural<sup>11</sup>. Así, existe un “procesamiento sociocultural

---

<sup>10</sup> La cursiva es del original.

<sup>11</sup> En relación a las definiciones de los límites de la franja joven, los estudios demográficos y los desarrollados por organismos de financiamiento y políticas públicas suelen distinguir tres subgrupos de edades: de 15 a 19, de 20 a 24

de las edades”, es decir, significados contruidos socialmente sobre las edades que sirven a la construcción de expectativas, atribuciones de comportamientos, estereotipos e ideas diversas sobre ellas (Chaves, 2010). Asimismo, autores como Salvia (2008) o Margulis y Urresti (2008) afirman que el significado de la categoría “juventud” varía según el contexto histórico, social y cultural, y que ella se haya atravesada por numerosos clivajes tales como el sector social, la etnia, el género, que configuran particularidades, por lo cual es necesario hablar de juventudes en plural.

Éstos y otros aportes (Feixa, 1998; Morales y Magistris, 2018) sirven para comprender que a partir de las clasificaciones etarias se construyen identidades y alteridades, y a su vez, que dicho proceso entraña disputas y conflictos, los cuales están atravesados por relaciones de poder y desigualdad entre clases, grados o grupos de edad. En las sociedades occidentales contemporáneas es hegemónica la perspectiva adultocéntrica, lo cual implica el establecimiento de relaciones de edad con validez de la superioridad de lo adulto, avalando y promoviendo la dominación sobre las demás edades (Chaves, 2013; Morales y Magistris, 2018). Y es a partir de dicha perspectiva que se construyen las representaciones sociales en torno a las juventudes: la perspectiva adultocéntrica implica que lo adulto se instituya como la referencia sobre la que se leen las otras experiencias etarias, y en ese sentido, sirve a la construcción de la juventud desde la falta, las ausencias y la negación, o como el chivo expiatorio, responsable de gran parte de las problemáticas actuales (Chaves, 2005).

En torno a la cuestión de género, resulta importante reponer ciertos debates en torno al “sistema de sexo-género”. Tal concepto fue acuñado por Gayle Rubin (1986) para referirse al “conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas” (p. 97). Si bien esta perspectiva tiene la ventaja de concebir al género como un constructo social, la misma, en tanto parte del cuerpo sexuado y de la diferencia sexual como realidades naturales sobre las que se construye el género, termina corriendo el riesgo de caer en un esencialismo que fija dicha diferencia. En este sentido, tal concepto fue criticado por análisis que buscaron desnaturalizar al sexo y presentarlo como una categoría política. Foucault (2010) en *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber* realiza un trabajo que puede concebirse como pionero en presentar al sexo y la sexualidad como construcciones sociales producto de discursos y prácticas en determinados contextos históricos. Como dice Henrietta Moore, “el argumento básico de Foucault es que la idea de ‘sexo’ no existe previamente a su determinación

---

y de 25 a 29 años. La población del primero es concebida como “adolescente” y la del segundo y tercero como “jóvenes” (Chaves, 2010). De todos modos, los límites varían según los estudios y también se han modificado a lo largo del tiempo.

dentro de un discurso en el cual sus constelaciones de significados se especifican, y que por lo tanto los cuerpos no tienen ‘sexo’ por fuera de los discursos en los cuales se les designa como sexuados” (Castellanos, 2007: 226). En esta línea, Judith Butler (2007), una de las principales referentes de la *teoría queer*<sup>12</sup>, señala que el sexo es un efecto del género. Así, cuestiona el dimorfismo sexual como un dato objetivo de la realidad, como la base biológica sobre la cual se construyen los géneros. Distanciándose de las concepciones del feminismo de la segunda ola<sup>13</sup>, afirma que “el género no es a la cultura lo que el sexo es a la naturaleza; el género también es el medio discursivo/cultural mediante el cual la ‘naturaleza sexuada’ o ‘un sexo natural’ se produce y establece como ‘prediscursivo’, anterior a la cultura” (Butler, 2007: 55 y 56), es decir, que el sexo no es más que un efecto del género.

Asimismo, Butler critica ciertas exclusiones que se producen dentro del feminismo, particularmente de la segunda ola, en la construcción de la identidad “mujeres”. Esta filósofa plantea que el “nosotros” feminista es una construcción que niega la complejidad interna e indeterminación del término y se constituye solo por medio de la exclusión de alguna parte del grupo al que aspira a representar. Según la autora, la determinación del contenido de la identidad solo es posible a través de la represión de otras alternativas; exterioridad que da cuenta del carácter incompleto y fracasado de toda identidad, y a su vez evidencia el carácter normativo y los efectos de exclusión que toda constitución del sujeto genera. En este sentido, Butler afirma que el insistir en la coherencia y la unidad del sujeto “las mujeres” ha negado la multiplicidad de

---

<sup>12</sup> La teoría queer constituye una corriente surgida hacia fines del siglo XX e inspirada en desarrollos posmodernos y posestructuralistas que se opone a las reificaciones identitarias construidas a partir de las categorías y oposiciones binarias de varones/mujeres u homosexuales/heterosexuales, sobre las cuales se asentaban los movimientos feministas y gays y lésbicos precedentes.

<sup>13</sup> De modo general, esquemático y eurocéntrico suele dividirse al feminismo en tres o cuatro momentos u “olas”. El feminismo de la segunda ola, suele ser ubicado en las décadas del 60 y 70 del siglo XX, e inspirado a partir de los planteos de Simon de Beauvoir en *El Segundo Sexo* (1949 [2019]). En tal contexto se elaboran las nociones de patriarcado, androcentrismo, diferencia sexual y género, como conceptos explicativos que permiten analizar la opresión sexual de las mujeres. Según Josefina Fernández fue la segunda ola quien introdujo el concepto de diferencia sexual y la distinción sexo/género. Así “de la androginia igualitarista de la primera ola se pasó a la distinción de lo femenino y lo masculino. El género, construyendo lo femenino como diferente de lo masculino, se impuso luego como categoría dicotómica referida al dimorfismo sexual de la especie humana” (Fernández, 2006: 2). En este contexto, se empezó a pensar al sexo como naturaleza por oposición al género concebido como social y cultural, lo cual se evidencia en el concepto de “sistema de sexo/género” desarrollado por Gayle Rubin (1986). Es posible decir que el feminismo de la segunda ola tiende a presuponer la existencia de una unidad del sujeto mujer que se diferencia del varón, lo que conlleva la búsqueda de una suerte de esencia bajo la cual se incluye a las diferentes mujeres que la personifican. Esto se logra a partir de una mirada etnocéntrica y sesgada que toma como paradigmática la experiencia de las mujeres blancas, heterosexuales y de clase media-alta. El pretendido universalismo de este feminismo fue cuestionado principalmente por mujeres negras y lesbianas que propusieron diversos descentramientos del sujeto mujer, poniendo en crisis el carácter natural y universal de la condición femenina. Esquemáticamente, es posible afirmar que el feminismo de la tercera ola, cuestiona el binarismo de sexo-género y la oposición hombre/mujer como eje de la lucha política feminista y de género, incorporando la multiplicidad de voces disidentes que añaden nuevas líneas de opresión en términos de clase, etnia, identidad sexual, entre otras. Así, el feminismo que surge en los ’80, discute el esencialismo asociado a la condición femenina y procura atender a las complejas intersecciones constitutivas de las relaciones de subordinación. Esta perspectiva incorpora componentes de la teoría queer, de la teoría postcolonial, del ecofeminismo y del anti-racismo, entre otros.

intersecciones sociales, históricas y culturales en las que dichos sujetos se constituyen. Así, la autora se posiciona de manera crítica frente a las categorías de identidad que presuponen un sujeto coherente y estable.

A su vez, algunos estudios han señalado que las categorías de sexos, particularmente “hombre” y “mujer” son categorías políticas construidas por la sociedad en tanto heterosexual, por lo cual privilegian el uso de conceptos como los de “pensamiento heterosexual”, “heterosexualidad obligatoria” u “orden obligatorio de sexo/género/deseo” (Wittig, 2006; Butler, 2007; Soley-Beltrán, 2009) para referirse al conjunto de dispositivos sociohistóricos mediante los cuales se construyen los sexos, la sexualidad y las identidades sexuales y de género.

Retomando estos aportes, la presente investigación cuestiona las categorías de varón y mujer entendidas como realidades biológicas, y desnaturaliza al sexo concibiéndolo como una construcción histórico-social. No solo el género, sino también el sexo es un constructo social y cultural, lo cual implica cuestionar los esencialismos que sostienen el binomio hombre/mujer, es decir la idea de que existe una esencia o un interior natural sobre el cual se asienta la identidad. Siguiendo a Butler (2007), el género no será concebido como “expresivo”, es decir como aquello que expresa al sexo en tanto identidad preexistente, sino más bien como “performativo” o sea como aquello que constituye la identidad que se dice que expresa.

Sin embargo, también este trabajo retoma planteos como los de Preciado (2011) quien afirma que, si bien es preciso concebir a estas identidades como construcciones, ello no debe derivar en una reducción de las mismas a un mero efecto del discurso que termine ignorando la materialidad y los efectos de inscripción sobre el cuerpo que acompañan a toda performance. En esta misma línea, Lamas (2004) destaca la importancia y productividad de los conceptos de *embodiment* y de *habitus* para el análisis de los sistemas de género, es decir, de las formas en que las sociedades organizan culturalmente la clasificación de los seres humanos. Así, en línea con algunas de las críticas que se le han formulado a la *teoría queer*, sostengo la importancia de ponderar el carácter social e histórico de este tipo de construcciones y sus efectos materiales sobre lxs actorxs.

Retomando estos aportes, defiendo la importancia de abordar a las categorías *varón/mujer* no como identidades esenciales, fijas, estables, ni homogéneas, sino más bien como construcciones sociales, con heterogeneidades en su interior, y como procesos abiertos a transformaciones y redefiniciones. Esto no implica desconocer los procesos socio-históricos normativos que implicaron la construcción de tales identidades, ni sus efectos prácticos, como categorías actantes y organizadoras de las interacciones sociales. A su vez, el carácter inconcluso e interseccional de toda identidad no supone invisibilizar la posición de dominación

ocupada por los varones como grupo social<sup>14</sup>. Tal como señala Lamas, la tarea es doble: reconocer las diferencias de sexo-género pero despojándolas de sus connotaciones deterministas y dando cuenta de su carácter de constructos. Constructos que a su vez tienen efectos prácticos y productivos. La construcción y simbolización de la diferencia sexual es un proceso que estructura las subjetividades, de modo que una de las tareas claves es explorar el rol del género en ciertos procesos identificatorios (Lamas, 2004).

Siguiendo a Elizalde (2006) es posible retomar una “definición de masculinidad y feminidad en tanto configuraciones históricas de la identidad que, pese a su apariencia como marcas de inscripción original impuestas por la cultura, forman parte de un proceso incompleto de producción de diferencias. La articulación histórica y no previsible de estas distinciones con otros anclajes de sentido y ejes de poder —como la clase, la etnia, la edad, el prestigio, etc.— señala, pues, el carácter intrínsecamente indeterminado del género. Por lo tanto, susceptible de cambios, reversiones y resistencias múltiples” (p. 101). Retomando estos conceptos, me interrogo por los modos en que las construcciones de género se articulan con ciertas experiencias —en tanto producidas por, y productoras de, ellas—, y particularmente por los vínculos con determinadas conflictividades y violencias.

En lo que respecta a los sectores populares es preciso destacar el uso polisémico del término, así como también señalar su heterogeneidad y cuestionar la idea de la existencia de “una masa marginal homogénea” (Semán y Ferraudi Curto, 2016)<sup>15</sup>. Los trabajos sobre el tema han cuestionado la reducción de lo popular a las carencias de la pobreza, destacado las capacidades productivas y creativas de los sectores populares y señalado sus posibilidades de reelaboración de las culturas convencionales a partir de matrices alternativas (Míguez y Semán, 2006; Fonseca, 2004; Semán y Ferraudi Curto, 2016). Tal como señalan Semán y Ferraudi Curto, “la visión reduccionista de la pobreza fue discutida en dos aspectos complementarios: el que asocia la escasez material con la miseria ontológica, axiológica y política; y el que, desconociendo lógicas propias en la subordinación, estudia el mundo popular con la normativa de los dominantes” (2016: 152). De la mano de esto, trabajos que abordan la cultura popular han cuestionado tanto a

---

<sup>14</sup> Es importante mencionar que esta tesis se opone a la idea de patriarcado entendido como una forma de dominación en la que las mujeres se ubicarían de manera rígida y esquemática como subordinadas y los varones como dominantes. Dicha perspectiva puede producir representaciones esencialistas de la “mujer” y del “hombre”, que homogeneizan sus experiencias e invisibilizan la intersección de otras formas de poder (Castellanos, 2007). Aquí el poder no es entendido de manera vertical, como algo que se posee o que se halla en ciertas clases o grupos determinados; sino más bien en clave foucaultiana, como algo que circula, que es propio de toda relación social y que tiene potencialidad productiva.

<sup>15</sup> Para hallar una operacionalización de la definición de los sectores populares es posible recurrir a Semán y Ferraudi Curto (2016). Lxs autorxs combinan la cuestión sociodemográfica con estudios de caso de tipo histórico y etnográfico “para así captar la forma en que los grupos subalternos interiorizan los datos de su posición estructural en estrategias que intentan controlar mejor los avatares de la economía” (p. 141).

las miradas esencialistas, estáticas, homogéneas y ahistóricas, como a las perspectivas en extremo opuestas que, acentuando el carácter relacional de las culturas, pecan de un particularismo y relativismo que impide ver las recurrencias (Míguez y Semán, 2006; Aliano, 2010). Así, las investigaciones sobre el tema han llegado a tres consensos básicos: “(1) una visión relacional de las culturas populares (que se definen en la interacción entre los grupos sociales), (2) una discusión con las visiones “reflejistas” que muestran una inmediatez por la cual, a partir de cierta posición estructural, se permitiría discernir un contenido específico de la cultura popular (cuestión de las mediaciones que intervienen), y (3) a la luz de (1) y (2) entienden, sin embargo, que hay cierta especificidad en lo popular (no esencial, pero sí contingente y definible históricamente), que a pesar de su carácter plural –siempre se habla de culturas populares– y su heterogeneidad, no se puede disolver en lo ‘masivo’ (culturas masivas)” (Aliano, 2010: 186).

De este modo, al intentar profundizar en las especificidades históricamente situadas de lo popular, Míguez y Semán (2006) afirman que “un rasgo de las culturas populares es la creación de sistemas alternativos de representación en los que los capitales desvalorizados por otros sectores sociales pueden ser puestos en juego para la obtención de prestigio social” (p. 28). En esta línea, se ha planteado que la violencia es una práctica central en las formas de sociabilidad de los sectores populares, y se ha afirmado la productividad de su uso como medio para la adquisición de recursos, así como para la obtención de bienes simbólicos, el establecimiento de identificaciones y la regulación de relaciones sociales (Isla y Míguez, 2003; Puex, 2003; Rossini, 2003; Kessler, 2004a; Míguez, 2008; Bermúdez, 2010; Garriga Zucal, 2007).

Estxs jóvenes de sectores populares no solo co-habitan en una configuración espacial particular –el barrio– sino que, a la vez, en ella se construyen modos situados de ser varones y mujeres jóvenes. Esta investigación retoma la perspectiva de los estudios urbanos que han problematizado el lugar del espacio en la vida social y que han subrayado la importancia de su abordaje, en tanto lo han concebido como una dimensión producida y productora de lo social. De este modo, el espacio ha sido conceptualizado como una realidad socialmente construida, es decir, producto de prácticas y relaciones sociales, y al mismo tiempo, como una dimensión constitutiva de las mismas (Harvey, 1994). El espacio se convierte en “lugar” a través de las prácticas cotidianas de las personas desarrolladas en él. El concepto de lugar enfatiza en la dimensión subjetiva y simbólica de lxs actores en el espacio, al modo en que ellxs lo conciben, lo significan y lo apropian (Lindón, 2007). Si bien el lugar remite a una escala local, delimitada, concreta y cotidiana, al mismo tiempo es necesario resaltar el carácter mixto e híbrido de los lugares: cada lugar constituye un escenario en el cual también están presentes otros lugares, que

contribuyen a la construcción e identidad del mismo (Lindón, 2007), es un espacio abierto, con identidades relacionales, con un “sentido global” (Massey, 2012). En este marco, es importante pensar los lugares no como algo aislado, sino en su conexión con el afuera, teniendo en cuenta que los significados otorgados a los mismos pueden ser múltiples y cambiantes.

Siguiendo a Grimson (2009) el barrio es concebido como una categoría social, como una delimitación de fronteras socioespaciales constitutiva de las formas de percepción, significación y acción. Y como dice Segura “el espacio socialmente construido y significado no es secundario o ulterior a las relaciones sociales, ni tan solo un escenario de las mismas, sino que es constitutivo de ellas” (2011: 97). A su vez, “los sujetos producidos localmente no son sujetos neutrales, sino que están marcados por las ideas relativas al significado de la diferencia sexual, lo cual los ubica dentro de las estructuras simbólicas producidas al interior de los vecindarios, creando espacios, tiempos y conductas marcadas por el género producido localmente” (Palomar Varea, 2000: 29). Es decir, el género constituye una dimensión central en relación a la construcción, uso y apropiación del espacio barrial, al igual que dicho espacio participa en la producción de sujetxs locales generizadx. Retomando estos planteos, interesa abordar los modos en que lxs jóvenes, significan y experimentan al barrio, y a su vez, cómo a partir de ello se organizan las interacciones sociales, problematizando las relaciones entre ciertas violencias y determinados modos situados de ser varones y mujeres jóvenes en estos espacios.

En este marco, es necesario hacer algunas aclaraciones en relación al concepto de violencia. En primera instancia es importante señalar las dificultades que acarrea su definición ya que es un término complejo, ambiguo, polisémico y que depende de valores, así como del contexto cultural, social e histórico (Garriga Zucal, 2010). Es por ello que, siguiendo la perspectiva adoptada por Garriga (2007), la noción de violencia es abordada a partir de aproximaciones, sin llegar a una definición taxativa de la misma. Dicho autor destaca tanto los aspectos simbólicos como prácticos –daño físico– de la violencia, lo cual supone pensarla de manera más amplia que aquellas perspectivas que la reducen solo a esta última dimensión (Riches, 1988), y considerar la posibilidad de que ella revista formas simbólicas o psicológicas. Por otro lado, el concepto no es reducido a acciones unidireccionales, sino más bien se tiene en cuenta a aquellas prácticas violentas que no pueden ser analizadas bajo la dicotomía víctimas-victimarios y que adquieren una dinámica “relacional” (Garriga Zucal, 2015).

Como dicen Isla y Míguez (2003), “la violencia es una noción escurridiza, pues siempre depende de valores subjetivos el denominar una acción de tal forma (...) el uso de la palabra violencia para una acción está sujeta de manera inmanente a la concepción ética de los sujetos



que la realizan, reciben o simplemente asisten a dicha acción (...)” (p. 24). La definición de una práctica o una persona como violenta depende de los criterios y valores de quien realice dicha imputación, lo cual implica considerar su carácter moral. A su vez, al ser un concepto estigmatizado, no suele ser utilizado por lxs actorxs para describirse a sí mismxs, ni a sus prácticas. Justamente, en tanto término que sirve para condenar e impugnar prácticas no aceptables para sus enunciatorxs, nadie suele autodefinirse como violentx (Isla y Míguez, 2003; Garriga Zucal y Noel, 2010; Rifiotis y Castelnuovo, 2011). En esta línea, aquello que lxs actorxs definen como violento se vincula con la legitimidad o ilegitimidad que le otorgan a la acción. En este sentido, dicha noción puede adquirir una pluralidad de significaciones, las cuales a su vez están atravesadas por relaciones de poder, en las que incluso quien investiga interviene como actor/x. Por ello es preciso hablar de violencias en plural (Isla y Míguez, 2003; Garriga Zucal, 2015).

Siguiendo a Rifiotis, existe una idea generalizada de que la violencia “siempre está en otra parte, en el otro”, en “lo desconocido”, todo lo cual “alimenta miedos” y discursos alarmistas (2015: 110). Sin embargo, contrariamente a lo que se piensa, ella es “familiar”, es decir, muchas veces se da al interior de los grupos sociales. La violencia no debe ser entendida como “unidad exterior al campo social”, como “la propia negación de la sociabilidad”, sino más bien como constitutiva de las relaciones sociales (Rifiotis y Castelnuovo, 2011: 13). En una línea similar, Isla y otrxs autorxs afirman: “tal como lo plantea Elías la cultura occidental ha tendido a desnaturalizar la violencia, a pensarla como una irrupción de lo salvaje en el marco de la civilización, sin embargo la mirada más culturalmente relativa de la antropología permite percibir que la violencia forma una parte ineludible en la construcción del orden social, y es por lo tanto integrante inevitable de las relaciones sociales” (Isla, Míguez, Da Silva Catela, Cid Ferreira y Cozzani, 2006: 32).

Así, siguiendo a Garriga (2005; 2015) la violencia es una acción con sentidos, al igual que otras acciones sociales; ella constituye un recurso que lxs actorxs usan situacionalmente, es decir, una herramienta válida para alcanzar ciertos fines, principalmente para acceder a determinados bienes materiales o valores simbólicos. Como señala el autor, dicho recurso se halla diferencialmente articulado y distribuido según el género. De manera semejante, Rifiotis (2015) rescata la positividad de la violencia y plantea que ella puede ser un elemento instaurador de identidades locales y de construcción de subjetividades. Retomando estos aportes, la presente tesis analiza ciertos efectos productivos de las violencias, y especialmente indaga cómo esta es significada por lxs jóvenes —en tanto sujetxs generizadx—, los usos que hacen de la misma y el modo en que es experimentada y procesada en las dinámicas locales de sociabilidad.

En relación al concepto de experiencia<sup>16</sup> resulta interesante retomar a Alcoff (1999), quien la define como histórica, desarrollada en un contexto social y cultural, pero que no se reduce a las macro-estructuras, sino que también se construye a partir de lo vivido a nivel personal e individual. La autora señala que, si bien ella está atravesada por el discurso, es irreductible a éste. Intentando reconciliar las visiones más post-estructuralistas con aportes de las posturas fenomenológicas, Alcoff se opone a la idea de una experiencia inmediata o exterior al lenguaje, pero también señala que ella no se reduce a las articulaciones del mismo. Así, la experiencia es entendida como “abierta, multifacética, fragmentada y cambiante” (p. 128). En una línea similar, Elizalde (2008) afirma que las “experiencias activan prácticas de resistencia que no pueden explicarse sólo como el revés de la trama dominante (...), ni como un acto de agencia individual absolutamente limitado a los contornos de las categorías discursivas socialmente disponibles (p. 26). Retomando estas lecturas, es posible pensar la complejidad de los modos en que lxs actorxs se sitúan en un contexto construido discursivamente por el género, y también por regulaciones de edad y de clase, pero que a la vez desarrollan formas de agencia que pueden generar desplazamientos de las regulaciones que les son impuestas.

En relación al análisis de las formas de sociabilidad, la presente investigación sigue a Murmis y Feldman (2002), quienes las definen comprendiendo tanto las relaciones cooperativas y que tienden a la integración social, como también las de “lucha” y conflicto. Los autores señalan la importancia de analizar los lazos sociales y las formas de sociabilidad, por medio de la captación de la diversidad de relaciones y vínculos que lxs sujetxs establecen en diferentes terrenos. Así, destacan la centralidad no solo de las experiencias de cooperación, sino también el lugar del conflicto y las violencias en la construcción de los círculos de sociabilidad, de los vínculos y las relaciones.

Así, esta tesis se pregunta por los modos en que, en los barrios estudiados, las construcciones de género se articulan con ciertas experiencias sociales –y particularmente con las violencias–, como también el lugar de tales experiencias en la construcción social del género. Si la violencia es un recurso diferencialmente articulado y con diversas legitimidades según género, esta investigación evidencia cómo ello se traduce en particulares modos de sociabilidad barrial, así como en las lógicas de producción y gestión de los conflictos, dando cuenta de la centralidad del género para comprender el modo en que ellos se organizan. Las construcciones de la masculinidad y la feminidad se articulan con representaciones en torno a la violencia y los delitos, consideraciones en torno a su usos legítimos e ilegítimos y diferenciales. Y a partir de estos usos se construyen tales géneros, es decir, de la mano de representaciones en torno a lo que

---

<sup>16</sup> Desarrollos en profundidad sobre los debates dentro de los estudios feministas y de género sobre el concepto de experiencia pueden encontrarse en Elizalde (2005, 2008).

implica ser “un verdadero hombre” o “una mujer” se ponen en juego una serie de prescripciones en torno a comportamientos adecuados o inadecuados, en los cuales, la violencia –y asociada a ella, el delito– ocupa un lugar central. Y es a partir de tales comportamientos y prácticas que lxs actorxs se construyen como varones o mujeres, más o menos legítimos, más o menos acordes a las masculinidades y feminidades hegemónicas locales. De este modo, la tesis muestra diversos ámbitos en que, en los barrios analizados, las violencias experimentadas por lxs jóvenes son articuladas y procesadas de manera diversa según el género, destacando el lugar central de este clivaje como constitutivo de las mismas y a la vez, construido por ellas.

#### **4. Construcción de la pregunta de investigación, decisiones metodológicas y trabajo de campo**

La presente investigación fue desarrollada en la localidad de Melchor Romero a partir de un trabajo de campo que comenzó a mediados de 2016 y finalizó en los últimos meses de 2018. La elección de dicha localidad fue realizada siguiendo un criterio de “accesibilidad” (Guber, 2005), pero también teniendo en cuenta ciertas características de la misma pertinentes en relación al problema de investigación. Dicha localidad se ubica en la periferia del partido de La Plata y, si bien es heterogénea en su interior, en líneas generales es posible decir que presenta condiciones socioeconómicas precarias y elevados niveles de conflictividad<sup>17</sup>.

El estudio tiene como unidad de análisis a jóvenes que habitan en Los Mirasoles<sup>18</sup> y sus alrededores –el barrio Punta Verde, el “centro” de Romero, el asentamiento Los Eucaliptos, entre otros, todos pertenecientes a la localidad mencionada–, y se propone analizar diversas conflictividades, delitos y violencias, los sentidos y significados que éstas adquieren para sus actorxs y los modos en que ellas son experimentadas y procesadas en sus dinámicas de sociabilidad. Para ello se sirve de la investigación etnográfica, la cual permite acercarse a la perspectiva de lxs propixs actorxs y comprender los sentidos que ellxs les otorgan a sus prácticas, así como analizar los contextos mismos de significación. Investigué representaciones de lxs jóvenes, pero también sus prácticas y dinámicas de sociabilidad, relaciones e interacciones. Especialmente, me acerqué a sus voces para analizar los sentidos que ellxs les otorgan a sus prácticas, destacando la importancia de reconstruir el punto de vista nativo.

Tal como señala Guber (2001), la etnografía se caracteriza por cierto esfuerzo intelectual: la “descripción” o, en términos de Geertz (1987), “descripción densa”. Retomando a Guber, ésta supone entender las acciones y prácticas en los términos en los que las definen sus protagonistas;

---

<sup>17</sup> Ver el capítulo 1 de esta tesis.

<sup>18</sup> Los nombres de los barrios en los que realicé mi trabajo de campo han sido modificados para resguardar el anonimato. Sin embargo, he mantenido la referencia a la localidad –Melchor Romero– en la que se encuentran ubicados, ya que dicha referencia contribuye a contextualizar y caracterizar –en términos amplios– la investigación.

por lo cual, ellxs son lxs interlocutorxs privilegiadxs ya que son quienes pueden dar cuenta de lo que dicen, hacen, piensan y sienten respecto a las situaciones que lxs involucran. Siguiendo las recomendaciones de esta autora, este trabajo etnográfico buscó describir las acciones e interpretaciones de lxs protagonistas de la tesis sin caer en interpretaciones etnocéntricas, que reemplacen aquellos puntos de vista. Es decir, se ocupa de reconstruir la perspectiva de lxs protagonistas, sus sentidos, sus valores, sus acciones, sus actividades, así como el contexto en el que se desarrollan sus prácticas y las cuestiones más amplias que atraviesan la vida de lxs sujetxs estudiadxs. Retomando el enfoque de Garriga Zucal (2007), busqué comprender dichas cuestiones sin caer en determinismos, ni explicaciones causales lineales, intentando dar cuenta de las contingencias. Así, a lo largo de la investigación me propuse que las interpretaciones nativas se presenten no de manera subsumida, ni desprestigiada frente a las explicaciones académicas, sino en diálogo con ellas. Sobre esta base, elaboré interpretaciones propias, provenientes de la articulación entre las producciones teóricas y un contacto prolongado con mis interlocutorxs.

Si bien el método etnográfico supone un conjunto flexible, plural y abierto de técnicas, en esta investigación privilegié las técnicas de la observación participante y las entrevistas en profundidad. Se destacó la prioridad etnográfica del “estar ahí” (Guber, 2001), compartiendo, dialogando e interactuando con lxs jóvenes en el barrio y participando en distintas instancias de su cotidianidad. Ese “estar ahí” no implicó posicionarme como una observadora externa que recoge datos, ni tampoco como una nativa más, sino más bien como investigadora que interactúa con lxs sujetxs y que co-construye los datos a partir de dicha relación (Frederic, 1998); ya que, tal como señaló Geertz, “el objeto de estudio es una cosa y el estudio de ese objeto es otra” (1987: 28).

En este sentido, creo importante retomar algunas advertencias de la reflexión antropológica, especialmente en relación al tema de la reflexividad. Ella supone problematizar la posición de quien investiga en el proceso de construcción del análisis y del conocimiento, ya que implica entender que su interpretación sobre aquellxs “otrxs” está condicionada por su propia experiencia, contexto y realidad; es decir, admite que quien investiga construye un relato sobre el fenómeno estudiado (Frederic, 1998; Guber, 2001; Garriga, 2007; Garriga, 2015). En esta línea, sus textos y elaboraciones teóricas son ficciones “en el sentido de que son algo ‘hecho’, algo ‘formado’, ‘compuesto’ (...) no necesariamente falsas o inefectivas o meros experimentos mentales de ‘como si’” (Geertz, 1973 en Reynoso, 1991: 30). Aunque creo importante tener en cuenta estas reflexiones, por otro lado, me distancio de aquellas versiones más radicalizadas de la antropología posmoderna que extreman los reparos y las reflexiones sobre el lugar del

etnógrafx en el proceso de investigación y terminan haciendo “antropología de la escritura etnográfica”, y más aún de aquellas que plantean la imposibilidad de la ciencia antropológica (Reynoso, 1991). Teniendo en cuenta las limitaciones mencionadas, considero que esta investigación, a partir de un contacto cotidiano y prolongado con lxs actorxs permitió acercarse al universo de sentidos y significados que les otorgan a sus prácticas, así como a los contextos de significación, y de este modo, analizar ciertas violencias y conflictos que ellxs protagonizan o experimentan en sus cotidianidades.

Mis primeros acercamientos a Melchor Romero, y particularmente a los barrios en los que desarrollé mi trabajo de campo, se dieron en el marco de un trabajo colectivo que realicé en tanto parte del equipo de becarixs del Observatorio de Políticas de Seguridad de la Provincia de Buenos Aires (OPS). En ese momento, con dicho equipo desarrollamos una investigación con el objetivo de indagar comparativamente las experiencias de jóvenes de sectores populares con las de jóvenes de clase media-alta, en torno a las problemáticas, conflictos y violencias que atravesaban lxs mismxs en sus cotidianidades, prestando especial atención a las maneras diferenciales en que la violencia institucional afectaba sus vidas. Para llevar a cabo dicha investigación realizamos un trabajo de campo basado en el desarrollo de grupos focales con jóvenes y entrevistas a distintxs actorxs relevantes de la zona –militantes barriales, referentxs políticxs, trabajadorxs y vecinx– y en la realización de una gran cantidad de encuestas a lxs jóvenes de allí. El mismo fue realizado desde agosto de 2013 hasta abril de 2014 y abarcó principalmente la zona de El Horizonte, Los Mirasoles y el centro de Romero. En aquella instancia, una primera cuestión que notamos a medida que indagábamos en los conflictos producidos entre jóvenes, era que muchos de ellos, incluso aquellos que derivaban en peleas con lesiones graves, eran relatados sin causas aparentes o como producto de “discusiones tontas”. Otra cuestión que se puso de manifiesto en esa investigación –y particularmente en el cuestionario construido– era que las preguntas que nos habíamos hecho interpelaban de manera mucho más clara a los varones antes que a las mujeres. Las respuestas dadas por las mujeres en los cuestionarios nos llevaron a darnos cuenta de que esas preguntas contenían un sesgo androcéntrico: las mismas no retomaban ni remitían a las experiencias de las mujeres, sino más bien, estaban pensadas para varones.

Posteriormente, me dediqué a realizar la investigación para el desarrollo de mi tesina para obtener el título de Licenciada en Sociología. Retomando la primera cuestión evidenciada en el análisis previo, decidí analizar la producción de este tipo de conflictividades interpersonales desarrolladas entre jóvenes, intentando reconstruir los conflictos e indagar en el sentido que estos

tenían para sus actorxs. Sin embargo, en ese trabajo persistió el sesgo mencionado previamente y, sin proponérmelo de manera consciente, mi investigación y las preguntas que me había formulado encontraron respuestas nuevamente en las voces de varones, por lo cual, finalmente el estudio se refirió solo a sus experiencias. En esa ocasión, desarrollé mi trabajo de campo desde mediados de 2014 hasta mediados de 2015, en el barrio El Horizonte, fundamentalmente a partir de entrevistas y observaciones participantes realizadas con un grupo de jóvenes varones habitantes de dicho barrio. En mi análisis sobre los conflictos y violencias que se producían entre los varones, destacué los sentidos que éstos le otorgaban, cuestionando las ideas que los concebían como banales, irracionales o sinsentidos, y particularmente, señalé la importancia de un uso expresivo de la violencia que abonaba a la construcción de respeto, reconocimiento y prestigio en el marco de los intercambios y disputas barriales entre los jóvenes. Y de la mano de ello, vinculé la producción de tales conflictividades con la construcción de ciertas masculinidades, aunque sin profundizar demasiado en dicha cuestión.

Para la presente tesis doctoral decidí continuar con esta línea de análisis, retomando muchas de las preguntas y cuestiones que habían quedado pendientes en esas investigaciones anteriores, más exploratorias. Las mismas, si bien se vinculaban con aquellos trabajos iniciales, también fueron delineadas con mayor precisión a medida que retomé mis acercamientos al barrio y que fui complementando los mismos con lecturas más especializadas sobre la temática. Por un lado, en el caso de las conflictividades y violencias entre varones, en mis análisis previos había comenzado a indagar en ciertas cuestiones que me resultaba productivo seguir profundizando en el presente estudio, tales como sus modos de circulación por el barrio, la apropiación de ciertos espacios a partir de la construcción de *juntas*, y el desarrollo de rivalidades entre jóvenes pertenecientes a diferentes *juntas* y/o barrios. Pero también, el lugar de las relaciones y alteridades etarias en la sociabilidad y la producción de conflictos, así como el vínculo entre ciertos robos y otras formas de violencias.

Pero, por otro lado, como ya mencioné, algo que no había sido problematizado demasiado en esos primeros trabajos –así como tampoco en gran parte de los estudios del campo de juventudes, delitos, violencias y conflictos– había sido la experiencia de las mujeres. En el marco de la masividad que adquirieron las luchas de los feminismos en el país, que llevaron a tensionar imaginarios sociales y relaciones de género históricamente sedimentadas, se vieron interpeladas mis propias prácticas de investigación. Ello me llevó a visibilizar más claramente los sesgos en mis análisis previos, así como también, de manera más general, los presentes en los análisis dentro del campo de estudios sobre violencias y sectores populares, es decir, la falta de un abordaje de la temática desde una perspectiva de género. Por ello, para la presente tesis doctoral

decidí ahondar en estos interrogantes, incorporando el análisis de algunas cuestiones que habían surgido en mis trabajos de campo realizados previamente, incluso sin constituir el foco de aquellas investigaciones: la violencia de género, la violencia en el ámbito familiar y los conflictos y violencias desarrolladas entre mujeres. Así, fue ganando importancia la pregunta por las experiencias de las mujeres en el barrio, sus modos de circulación por el espacio, la construcción de *juntas* y las violencias que atravesaban y/o protagonizaban en sus cotidianidades. El hecho de incorporar en el análisis las experiencias de las mujeres no solo me permitió notar cómo las construcciones de género eran centrales para comprender los sentidos asociados a las violencias, sus usos y legitimidades y los modos en que afectaba la vida de lxs jóvenes, sino que también me llevó a profundizar en la comprensión de algunos aspectos vinculados a la producción de conflictos entre varones. Del mismo modo, la indagación por los conflictos entre éstos me permitió profundizar en el análisis de las experiencias de las mujeres y de las violencias presentes en sus vidas. En este sentido, en la medida en que avanzaba en el desarrollo de mi investigación noté la importancia no solo de incorporar las experiencias de las mujeres en el análisis para hacer una “investigación específica de género” (Ferrer-Pérez y Bosch-Fiol, 2019), sino utilizar una perspectiva de género que permitiera explorar cómo los conflictos y violencias se vinculaban con las construcciones de género, y particularmente, con la masculinidad y feminidad.

Para la presente tesis, el trabajo de campo se desarrolló principalmente a partir del acercamiento a dos ámbitos. En primer lugar, a la Delegación municipal de Romero, ubicada en el centro de dicha localidad, en donde comencé a participar en distintos talleres del Programa Envió<sup>19</sup> que se dictaban allí y a los cuales asistían jóvenes de distintos barrios de la localidad, aunque preponderantemente de “el centro” y sus barrios lindantes, tales como El Dorado, Punta Verde y Los Mirasoles. Dicho trabajo comenzó en junio de 2016 y fue sostenido casi sistemáticamente, con un ritmo que osciló entre una y dos veces por semana, hasta diciembre de 2017. Posteriormente, en el año 2018, volví a acercarme a dicho ámbito en diversas instancias, pero solo de manera ocasional. Y, en segundo lugar, otra parte del trabajo de campo partió de la participación en los talleres realizados por una organización que desarrollaba trabajo barrial con

---

<sup>19</sup> El Programa Envió es un programa dependiente del Ministerio de Desarrollo Social de La Provincia de Buenos Aires y gestionado en la Municipalidad de La Plata por la Dirección General de Niñez y Adolescencia, el cual se enmarca en lo estipulado en Ley N° 13.298 de Promoción y Protección de los Derechos de los Niños, Niñas y Adolescentes. Está destinado a jóvenes de 12 a 21 años “en situación de vulnerabilidad social” y tiene como objetivos “la inclusión, la contención, el acompañamiento y el diseño de estrategias que fortalezcan su estima, reparen y brinden igualdad de oportunidades” (<https://www.gba.gob.ar/desarrollosocial/asistencia/envio/C3%B3n>). En la sede de Melchor Romero, el programa se implementa desde el año 2012 y cuenta con un “equipo técnico” formado por 4 trabajadorxs de distintas profesiones. Lxs jóvenes destinatarixs del programa reciben una beca, que en el año 2016 era de 400 pesos mensuales. A su vez, son incentivadxs a asistir a alguno de los talleres que se realizan en la sede, tales como lo de marroquinería, macramé, maquillaje artístico, murga, entre otros. En el año 2016 el cupo de destinatarixs del programa para la sede de Romero era de alrededor de 150 jóvenes.

niñxs y jóvenes en el barrio Los Mirasoles. Dicho trabajo fue sostenido desde mediados de 2016 hasta fines de 2018 e implicó una asistencia al barrio de una vez por semana.

Al iniciar el trabajo de campo en la Delegación municipal de Romero me interesé por indagar en los programas que tenían como destinatarios a lxs jóvenes y explorar la mirada institucional en torno a lxs mismxs, pero fundamentalmente mi objetivo era acceder a algún espacio de participación de lxs jóvenes, de modo de poder, en primera instancia, acercarme a ellxs. Los dos principales programas para jóvenes que funcionaban allí eran el FinEs2<sup>20</sup> y el Enviñ y me preocupé por observar y participar de las clases y talleres de los mismos. En el marco de esos primeros acercamientos, comencé realizando varias entrevistas a actorxs institucionales que trabajaban en dichos ámbitos: entrevisté al delegado municipal de Melchor Romero, a trabajadoras referentes del FinEs2 y del Enviñ, a referentes del área de políticas sociales de la Delegación y a una trabajadora social de la misma. En dichas entrevistas, algunas más formales y otras más informales, accedí a información vinculada a la situación de la localidad de Romero y de sus distintos barrios, a los diversos programas implementados en la Delegación, particularmente aquellos que tenían como destinatarixs a jóvenes, así como también a representaciones de las problemáticas de la localidad, de sus barrios y de lxs jóvenes desde las miradas de estxs actorxs institucionales. A la vez, también obtuve acceso a documentos e información sobre la localidad, sus barrios, su población, su historia, a datos poblacionales y censales y recurseros sobre las instituciones con presencia en ellos.

Después comencé mi acercamiento a los programas para jóvenes mencionados. En primer lugar, realicé algunas observaciones en uno de los cursos del FinEs2 que se dictaba en la Delegación, mantuve charlas informales con el profesor de una de las materias, y también con algunxs estudiantes y, finalmente, realicé un grupo focal a lxs jóvenes que participaban de dicho curso. Principalmente por intermedio de Vanesa<sup>21</sup> –psicóloga miembro del equipo técnico del programa Enviñ– comencé a asistir al taller de marroquinería. A medida que fui asistiendo, consideré que dicho espacio servía más a mis objetivos –por la dinámica de esos encuentros que habilitaban y promovían las charlas sobre sus experiencias y problemáticas– que el programa FinEs2 –donde se trabajaba en mayor medida el contenido curricular–. Así, decidí sostener la asistencia a los talleres del programa Enviñ, y desde allí, entablar un vínculo con lxs jóvenes, al tiempo que la interacción cotidiana en ese espacio me permitía acceder a las miradas y

---

<sup>20</sup> El FinEs2 es un programa de terminalidad educativa que tiene como destinatarixs a jóvenes y adultxs mayores de 18 años y se propone la finalización del nivel secundario. El mismo depende de la Dirección de Educación de Adultos y suele implementarse en distintas sedes educativas en los barrios a partir de la articulación de organizaciones sociales con organismos estatales.

<sup>21</sup> Los nombres de lxs diversos actorxs presentes en esta investigación han sido modificados para resguardar su anonimato.



experiencias en torno a su trabajo de lxs miembrxs del equipo técnico y coordinadorxs del programa.

Con el correr del tiempo y mi sostenida asistencia al taller de marroquinería, fui asumiendo un rol cada vez más protagónico en los encuentros. Mi asistencia comenzó el mismo día que se iniciaron los cursos, por lo cual, si bien siempre fue claro y explícito mi rol como investigadora, rápidamente fui identificada como unx de lxs referentxs adultxs, a la par de Vanesa y Jonás –el profesor encargado de dictar el taller de marroquinería–. La confianza generada con Vanesa y Jonás, así como con lxs jóvenes que asistían al taller, me permitió tomar un rol activo en los encuentros y la dinamización de las actividades y charlas. Luego, comencé a asistir también, a algunos de los encuentros del taller de maquillaje artístico, al cual asistían en su totalidad mujeres. A fines del año 2016, habiendo ganado un gran nivel de confianza tanto con quienes asistían a los talleres como con las chicas del equipo técnico del programa y referentes del mismo, éstxs me ofrecieron hacer un taller propio, de modo que en el año 2017 comencé el dictado de un taller de macramé. Allí comenzaron a asistir algunas de las jóvenes que participaban de los talleres antes mencionados, y también se sumaron otras nuevas. A lo largo de esa etapa, aproveché distintas instancias para mantener charlas informales y realizar entrevistas a otrxs trabajadorxs del programa, así como también, y principalmente, a algunxs jóvenes que asistían al mismo. De este modo, la participación en estos talleres me permitió mantener un contacto frecuente con lxs jóvenes en esos espacios, lo cual funcionó como una puerta de entrada para generar nuevos encuentros con ellxs en otros ámbitos donde no solo mantuve entrevistas y charlas informales, sino también logré compartir con ellxs varias de sus actividades cotidianas.

Por su parte, el segundo ámbito mencionado donde desarrollé el trabajo de campo, y que fue adquiriendo una gran centralidad a lo largo de mi investigación, fue el de los talleres realizados por La Organización<sup>22</sup>, un colectivo de trabajo barrial que desarrolla talleres con niñxs y jóvenes en el barrio Los Mirasoles, aledaño a la zona céntrica de la localidad. A mediados del año 2016 inicié el contacto con La Organización y comencé a participar de las actividades que llevaban a cabo en el espacio físico del Local Barrial<sup>23</sup> de Los Mirasoles, especialmente de los talleres realizados los sábados con lxs jóvenes<sup>24</sup>. Participación que mantuve hasta fines de 2018. Cuando llegué por primera vez al barrio, en el marco de dicho contacto, los talleres se estaban

---

<sup>22</sup> El nombre de esta y otras organizaciones políticas han sido modificados para mantener el anonimato de mis interlocutorxs. La Organización es un colectivo de trabajo barrial que forma parte de una organización nacional que se define como nacional, popular y latinoamericana y que fundamentalmente tiene presencia en agrupaciones universitarias.

<sup>23</sup> La referencia al nombre del local ha sido modificada para preservar el anonimato.

<sup>24</sup> La Organización estaba principalmente conformada por jóvenes universitarixs que no eran del barrio -en su mayoría habitaban en el casco urbano platense- pero que realizaban talleres en el mismo. El único joven del barrio que formaba parte de La Organización era Matías, a quien presentaré posteriormente.

desarrollando en la plaza. Y casi llegando al final de la tarde, Mili –la principal referente del espacio de ese entonces– me presentó al grupo de jóvenes que participaba de los encuentros. Entre ellxs, estaba el Tuki, Maxi, Sabrina, Pilar, Tamara, Caro, Ricardo y Leandro. Y posteriormente conocí a Damián, a Javier, a Carla, a Nicolás y a Matías. Estxs son algunos de lxs jóvenes protagonistas centrales de esta tesis, aunque en ocasiones también otrxs actorxs cobran relevancia<sup>25</sup>. Para ese entonces, La Organización venía desarrollando trabajo barrial desde hacía más de dos años en Los Mirasoles, el cual consistía principalmente en actividades con niñxs: apoyo escolar, talleres lúdicos que incorporaban objetivos pedagógicos y merienda. Paralelamente, asistían al lugar un grupo de jóvenes con quienes se fue construyendo un espacio de talleres. Si bien la dinámica y los objetivos de dicho espacio fueron cambiando con el correr del tiempo –así como también la frecuencia con la que lxs jóvenxs asistían a los talleres–, el vínculo y el ámbito para su participación se mantuvo. Entre otros objetivos específicos, la propuesta incluía el desarrollo de distintas charlas donde hablaban sobre cuestiones de la cotidianidad en su semana, problemáticas específicas, temas de actualidad o diversas cuestiones que les interesaban a lxs jóvenes que asistían.

A partir de mi participación en dicha instancia, no solo fui adquiriendo cada vez mayor confianza con lxs miembrxs referentes del trabajo barrial de La Organización –principalmente jóvenes mujeres– sino también con lxs jóvenes de Los Mirasoles a quienes, a lo largo de los años, fui conociendo cada vez con mayor profundidad. Pero también, pude ir compartiendo diversas instancias con algunxs miembrxs de sus familias, así como con otrxs referentes de otras organizaciones presentes en el espacio barrial. De esta manera, a medida que fui conociendo el barrio y ganando confianza con algunxs jóvenes y referentes, me fui “despegando” cada vez más del espacio del Local Barrial y comencé a circular más por el barrio, visitando ocasionalmente a diversas personas con quienes había logrado entablar confianza y compartiendo con ellas charlas y diversas actividades de su cotidianidad. También, logré conocer las ubicaciones de las casas de lxs jóvenes, así como los espacios en las veredas o plazas en los que podía hallarlxs, y empecé a pasarlxs a buscar, a veces para convocarlxs al Local Barrial, a veces para entrevistarlxs, a veces para charlar o proponerles alguna actividad. Ello me permitió concretar varias entrevistas, no solo con muchxs de lxs jóvenes que participaban de los talleres de La Organización, sino también con sus amigxs y familiares, así como con miembros de dicha organización, y también con otrxs referentes del barrio. Además, pude participar de reuniones del Grupo Barrial<sup>26</sup> que se

---

<sup>25</sup> Especialmente algunos apartados se enfocan en otrxs jóvenes que conocí principalmente a partir de mi trabajo en la Delegación. Por ejemplo, en el capítulo 5 me enfoco en ciertos aspectos de la biografía de Camila, que conocí a partir de su participación en el programa Envión desarrollado en la Delegación y que en la actualidad se encontraba viviendo en Punta Verde.

<sup>26</sup> El nombre ha sido modificado para preservar el anonimato.

juntaba mensualmente en Los Mirasoles y que nucleaba a diversxs actorxs e instituciones con presencia en el barrio, con el objetivo de resolver diversas problemáticas del mismo. Así fue que logré conocer con mayor profundidad la dinámica barrial y llegué a ser, en mayor medida, “conocida”. Particularmente noté dicha cuestión en la medida en que, luego de más de un año de ir semanalmente los sábados al barrio y de haber conocido a muchxs de sus habitantes, comencé a experimentar un aspecto del mismo que me fue mencionado en diversas instancias por sus residentes: su dimensión de “pueblo”, de lugar en que “todxs se conocen”. En este sentido, me encontré con la posibilidad de salir a caminar por el barrio y, en tales instancias, poder saludar o quedarme charlando con diversas personas que me iba cruzando en el camino, y de disfrutar de dicha oportunidad de sociabilidad.

A medida que fui avanzando con este trabajo de campo, fui desplazando la centralidad de mi investigación del ámbito de la Delegación hacia el barrio Los Mirasoles. Ello se vinculó al hecho de que esta última zona tenía un carácter más barrial que la de la Delegación –a cuyos programas asistían jóvenes de distintas zonas–, lo cual me permitió desarrollar una etnografía más anclada a dicho espacio. De este modo, a la mayoría de lxs protagonistas que aparecen en esta tesis lxs conocí a partir de mi trabajo de campo en Los Mirasoles y muchas de las escenas analizadas tuvieron lugar allí. De todas maneras, el trabajo realizado en la Delegación y el conocimiento y contacto cotidiano con muchxs jóvenes allí, me brindaron materiales fundamentales para reconstruir aspectos de las experiencias cotidianas de lxs jóvenes, así como para entender cuestiones más amplias en los que se enmarcan las mismas.

Para resumir, en mi trabajo de campo, ese “estar ahí” etnográfico implicó la realización de una variada serie de actividades: participar de diversos talleres con lxs jóvenes, ir a visitarlx a sus casas, salir a pasear con ellxs, ir juntxs a la plaza, compartir con ellos<sup>27</sup> el espacio de su *junta*, jugar a la pelota, compartir mates, cervezas, desayunos, almuerzos, meriendas y cenas, asistir a sus clases, darles talleres, participar con ellxs de asambleas o actividades barriales, ir a marchas y recorrer con ellxs el barrio, entre otras cosas. Así, compartí con lxs jóvenes muchas de sus actividades cotidianas y mantuve numerosas charlas e intercambios, lo cual me permitió explorar las prácticas y sociabilidades de lxs jóvenes en el escenario barrial en el que ellas tenían lugar, así como también acceder a las representaciones de lxs jóvenes sobre las mismas. Por su parte, el desarrollo de entrevistas en profundidad –individuales y grupales– y grupos focales realizados con lxs jóvenes, me permitió profundizar en el conocimiento de la perspectiva e interpretaciones de lxs propixs actores, así como también acceder a sus discursos como elementos a partir de los cuales reconstruir experiencias, situaciones, prácticas y relaciones. A

---

<sup>27</sup> La utilización del masculino aquí es adrede porque se refiere a varones.

algunxs jóvenes, referentes barriales y actorxs institucionales, lxs entrevisté una única vez pero a otrxs, con lxs que generé mayor confianza, lxs entrevisté dos o tres veces. A su vez, las entrevistas sirvieron para generar espacios más íntimos y privados, por fuera de los ámbitos institucionales, que me posibilitaron desarrollar aún mayor cercanía y diálogo en los futuros encuentros cotidianos.

A partir de estas técnicas, centradas en la observación y participación en distintas instancias de la cotidianeidad de mis interlocutorxs, pude conocer los modos en que ellxs le otorgan sentido a sus realidades y actividades diarias, y particularmente, comprender la genealogía de ciertos conflictos y violencias que protagonizan lxs jóvenes, las formas en que ellxs las conciben y experimentan, los usos que hacen de las mismas y las herramientas para procesar tales situaciones, así como el lugar que ocupan los vínculos y relaciones sociales en ellas.

## **5. Síntesis de los capítulos**

A modo de facilitar esquemáticamente la lectura, presento una breve síntesis de las temáticas abordadas a lo largo de los cinco capítulos en los que se organiza la presente tesis.

En el Capítulo 1, “Ser joven en Melchor Romero”, describo a la localidad y a los barrios en los que se desarrolló la investigación. Reconstruyo su historia y algunos aspectos del proceso de conformación de la misma y de su urbanización, mostrando su heterogeneidad y las desigualdades internas configuradas a partir de dicho proceso. También, caracterizo a lxs protagonistas de esta tesis, así como algunos aspectos del contexto en el que viven y en el que crecieron, explorando ciertas implicancias asociadas al vivir y ser joven en Melchor Romero.

En el Capítulo 2, “Experiencias espaciales y dinámicas de sociabilidad barrial”, indago en las significaciones que lxs jóvenes le otorgan al espacio, prestando atención al modo en que estas contribuyen a organizar las prácticas e interacciones sociales. Analizo ciertas formas de sociabilidad y los modos en que usan, se apropian y/o circulan por el barrio. Así, muestro ciertos efectos constitutivos del género en las movilidades, representaciones, prácticas espaciales y dinámicas de sociabilidad de lxs jóvenes en estos barrios, como también determinados modos en que éstas resultan productivas en la construcción de los géneros.

En el Capítulo 3, “Violencias, respeto y protección”, analizo ciertos efectos del género en la producción, desarrollo y gestión de determinados conflictos barriales y, a la vez, los modos en que a partir de ellos se producen determinadas masculinidades y feminidades. Muestro cómo lxs jóvenes de estos barrios significan y usan de manera diferente a la violencia y el modo en que estos usos diferenciales abonan a la construcción de tales géneros. Particularmente, muestro cómo para algunos varones ciertas prácticas violentas y delictivas constituyen un recurso

fundamental para construir *respeto*, lo cual a su vez se asocia a la posibilidad de evitar victimizaciones y proteger a familiares, amigxs y allegadxs, cuestiones claves en la construcción de sus masculinidades. Por su parte, si bien algunas jóvenes suelen involucrarse en peleas, muchas veces ellas rechazan el uso de la violencia ya que puede poner en cuestión su feminidad. En línea con esto, indago en el rol de los lazos y relaciones sociales en la producción y gestión de ciertos conflictos y el lugar del género en tanto organizador central de esta trama.

En el Capítulo 4, “Los robos en la trama relacional barrial”, me dedico a analizar ciertos delitos cometidos por jóvenes, particularmente robos, indagando en los sentidos que estas acciones tienen para sus protagonistas. Destaco al género como una dimensión central para comprender ciertos modos en que varones y mujeres significan y practican este tipo de delitos. Muestro la multiplicidad de sentidos de estas prácticas en función de lxs actores y los diversos contextos de actuación, así como la articulación entre los robos y otras prácticas cotidianas presentes en las dinámicas de interacción barrial y la sociabilidad juvenil masculina, complementando y complejizando los análisis realizados por la bibliografía ocupada del estudio de los delitos juveniles.

En el Capítulo 5, “‘Mi papá, el macho alfa’. Violencias en las familias”, me centro en el análisis de algunas experiencias de lxs jóvenes en relación a ciertas violencias sufridas en el espacio doméstico. El análisis plantea algunos debates en relación al campo bibliográfico desde el cual fue abordada la temática de la violencia en la familia, cuestionando ciertos desencuentros teóricos en las perspectivas de análisis. Asimismo, muestro determinados modos en que este tipo de situaciones afectan las biografías de lxs jóvenes así como también ciertas singularidades en los modos de experimentar estas violencias y las estrategias para enfrentarlas en función de sus construcciones genéricas.

# **CAPITULO 1: SER JOVEN EN MELCHOR ROMERO**

## **1. Presentación**

En el presente capítulo presento a la localidad de Melchor Romero y a los barrios en los que se desarrolló la investigación. Particularmente, reconstruyo su historia dando cuenta del proceso de conformación de la misma y de su urbanización, y muestro la heterogeneidad y desigualdades internas configuradas a partir de dicho proceso. También, caracterizo a lxs protagonistas de esta investigación, así como algunos aspectos del contexto en el que viven y en el que crecieron. El capítulo avanza en la indagación de ciertas implicancias asociadas a vivir y ser joven en Melchor Romero, problematizando cuestiones asociadas a las construcciones de género y abordando dimensiones vinculadas al hábitat, las condiciones habitacionales, los aspectos educativos y laborales, entre otros. Estos asuntos resultan fundamentales para comprender las condiciones de vida de lxs jóvenes protagonistas de esta tesis y para interpretar las violencias que atraviesan sus experiencias cotidianas.

## **2. Vivir en Romero**

### *2.1. Historia y caracterización de la localidad*

La localidad de Melchor Romero se encuentra ubicada al sudoeste del partido de La Plata y se extiende desde la avenida 149 hasta la 191, por un lado, y desde la avenida 38 hasta la 448, por el otro. Su surgimiento se encuentra estrechamente vinculado a la construcción, en 1884, del Hospital “Melchor Romero” posteriormente denominado “Dr. Alejandro Korn”. En ese entonces, cuando se tendió el ramal ferroviario del Oeste, se resolvió instalar una estación en el lugar con servicio público de pasajeros, encomiendas y cargas. Como consecuencia de la habilitación del Hospital y de la estación, nació el pueblo “Melchor Romero”. En sus inicios la población era escasa y recién en las últimas décadas se produce el crecimiento exponencial de la localidad. A principios del siglo XX había solo unas pocas viviendas y familias en la zona. Lxs primerxs pobladorxs se instalaron inicialmente en los alrededores de la antigua estación del ferrocarril y, posteriormente, el eje central se fue desplazando hacia la avenida 520, que en la actualidad forma parte de la ruta provincial N°13 y es la arteria principal que la conecta con el casco urbano platense hacia un lado y con la ruta provincial N°36 hacia el otro.

Al igual que gran parte de la periferia del partido de La Plata, la población de Melchor Romero aumentó en gran magnitud a partir de mediados de la década de 1990 con la migración de pobladorxs tanto provenientes de las provincias del Norte de Argentina, como de países

límites, centralmente, de Paraguay y de Bolivia<sup>28</sup>. La historia de la mayoría de lxs residentes es similar: ellxs o sus familiares abandonaron sus respectivos lugares de origen<sup>29</sup> y se instalaron en Romero motivadx centralmente por la búsqueda de empleo y de mejores condiciones de vida. Algunos de ellxs fueron lxs primerxs en llegar y luego trajeron a sus parientes y otrxs llegaron luego de que algún familiar se instalara en el barrio y les brindara un espacio en su hogar o les consiguiera algún terreno para asentarse. Esta situación dio lugar a la presencia en ciertos sectores de algunos barrios de una vasta red de familiares que moran en terrenos lindantes, y de la mano de ello, la existencia de ciertas zonas y cuadras en su mayoría habitadas por personas de determinadas nacionalidades, ya sea de argentinxs, paraguayxs o bolivianxs. Lxs pobladores se fueron estableciendo fundamentalmente en terrenos fiscales, aunque también en algunas zonas privadas, posibilitando la conformación de nuevos barrios y asentamientos al interior de la localidad. Con el correr del tiempo, algunxs moradorxs consiguieron obtener la propiedad de sus terrenos, aunque todavía en la actualidad barrios enteros continúan sin poder regularizar su situación dominial. En la actualidad, existe una gran diversidad en cuanto a dicha situación: algunxs de lxs habitantes son propietarixs de sus terrenos y casas, mientras que otrxs los han ocupado y algunxs viven en terrenos o casas prestadas. Tal como me comentaba Flavio, el delegado de Melchor Romero<sup>30</sup>, en una de nuestras entrevistas:

Flavio: Acá se fundó casi todo en base al ferrocarril, esto [la zona del centro] fue lo primero y después se fue expandiendo. El origen es todo igual, los barrios, por ejemplo, empezó como un asentamiento, pero ahora ya está todo urbanizado, tiene ciertos servicios...

El proceso de gran crecimiento y urbanización no solo es señalado en los discursos de lxs referentxs entrevistadx y en las fuentes documentales consultadas, sino también se hace visible en las imágenes satelitales del lugar. A partir del historial de imágenes del Google Earth es posible observar el progresivo poblamiento, desarrollado principalmente en torno a las inmediaciones de la avenida 520, así como también de la avenida 155, lo cual dio lugar a la conformación de los barrios de Romero –centro–, Los Mirasoles, Punta Verde, entre otros. El crecimiento continúa en la actualidad, e incluso en estos últimos años se constituyeron nuevos asentamientos, como el lindante con Los Mirasoles surgido en año 2014. Según el Censo Nacional de Población y vivienda del año 2001, la localidad contaba con una población de

---

<sup>28</sup> En Binstock y Cerruti (2016) es posible hallar una descripción más profunda sobre las migraciones y el proceso de urbanización de la Argentina.

<sup>29</sup> La mayoría de lxs protagonistas de esta tesis son segunda o tercera generación y tienen nacionalidad argentina. Es importante mencionar, que esta investigación no ha podido profundizar en las desigualdades y violencias asociadas a la condición de migrante, ni en el análisis de la dimensión étnica.

<sup>30</sup> Delegado de la gestión iniciada a partir de fines del año 2015 con el acceso de Cambiemos al gobierno municipal. Cambiemos es una coalición política nacional que gobernó el país desde fines del 2015 hasta fines del 2019 bajo la presidencia de Mauricio Macri.

22.511 habitantes y según el correspondiente al año 2010 ese número ascendía a 26.009. A su vez, según estimaciones realizadas por referentes de la zona, se considera que en la actualidad la población podría superar los 30 mil habitantes. Si bien Romero ha crecido enormemente en los últimos años, para sus pobladores aún conserva su dimensión de “pueblo”, así en diferentes instancias, el inter-conocimiento de sus habitantes, fue señalado como una característica central del lugar y, más aún, de sus barrios internos.

En la actualidad, la localidad es reconocida por el Hospital Interzonal de Agudos y Crónicos “Dr. Alejandro Korn”. Pero también en Las Rosas se encuentra el Hospital Subzonal Especializado “Dr. José Ingenieros”, los cuales constituyen los principales centros de salud del lugar<sup>31</sup>. Por su parte, en cuanto a la cobertura educativa Melchor Romero cuenta con tres escuelas primarias, que a su vez también comparten el edificio con colegios secundarios: la EGB n° 39 y ESB N° 78 –ubicada en el centro–, la EGB n° 13 y Escuela Media N° 66 –en Santa Ana– y la EGB n° 75 y ESB n° 53 –en Gorina–. También cuenta con la escuela de Educación Técnica N°4 y la Escuela Polimodal privada Madre de la Divina Gracia, ubicadas en el centro de Romero. Además, posee una primaria y secundaria ubicada en Colonia Urquiza. También la zona posee algunas escuelas de adultos, escuelas especiales y de formación laboral y jardines de infantes provinciales, a lo que habría que sumarle los FinEs implementados en las sedes de diversas organizaciones. Otras instituciones referentes de la zona, son: el frigorífico de Gorina, las unidades penitenciarias ubicadas en el terreno que linda con el Hospital “Dr. Alejandro Korn”, la Comisaría 14 y la Delegación municipal, ambas ubicadas en el centro de Romero. Además, la zona cuenta con la presencia de diversas organizaciones barriales, políticas y religiosas, en muchas de las cuales se desarrollan comedores comunitarios, así como actividades culturales y deportivas.

Melchor Romero forma parte de la Región Oeste del municipio de La Plata, caracterizada – desde el punto de vista sociodemográfico– por un gran crecimiento poblacional, con una población dinámica y joven, con dificultades en términos educativos y a la vez, con altos índices de necesidades básicas insatisfechas (Justiniano y Paskvan, 2017; Schomwandt, Lucioni, y Andrade, 2015; Lódola y Brigo, 2011). Según Justiniano y Paskvan (2017) el nivel de analfabetismo de la “Zona La Plata Oeste”<sup>32</sup> duplica los valores del total La Plata y la proporción de hogares con NBI en dicha zona la duplica los valores del municipio y la Provincia. Específicamente Melchor Romero es uno de los centros comunales que encabeza los más altos índices de NBI dentro del partido de La Plata y que presenta mayores deficiencias en cuanto a la

---

<sup>31</sup> En este párrafo se ha mantenido de manera adrede los nombres reales de los barrios.

<sup>32</sup> Definida “como la porción del territorio del municipio de La Plata que abarca los centros comunales de: San Carlos, Los Hornos, Melchor Romero, Arturo Seguí, Lisandro Olmos, Abasto, Etcheverry y El Peligro” (Justiniano y Paskvan, 2017: 4).



provisión de servicios públicos tales como cloacas, agua corriente, electricidad, alumbrado público, gas natural, recolección de residuos y/o transporte público (Lódola y Brigo, 2011). Asimismo, estudios locales muestran que Melchor Romero es una de las localidades del partido de La Plata con mayores índices de homicidios dolosos (Corte Suprema de Justicia de la Nación, 2013).

Pese al proceso de urbanización, la zona continúa teniendo un carácter semi-rural con presencia de importantes espacios despoblados. El paisaje general combina áreas de mayor urbanización, con otras donde predominan los descampados, o también las quintas y/o invernaderos. Tiene una gran relevancia la producción agropecuaria, centralmente la horticultura y floricultura que se practica en quintas de pequeñas extensiones y suele ser implementada a nivel de la economía familiar. La misma se desarrolla principalmente en el barrio Colonia Urquiza, de carácter principalmente rural. Este tipo de actividad constituye una fuente de trabajo y de ingresos relativamente relevante en la zona. Los hospitales, el frigorífico de Gorina, y los comercios del lugar son importantes en términos de fuentes de empleo de lxs residentes. Asimismo, muchxs de los residentes –particularmente varones, jóvenes o adultos– trabajan en la construcción y/u oficios similares. En el caso de las mujeres es importante el servicio doméstico, así como las labores de cuidado. También son centrales los trabajos en empleos del Estado y la participación en cooperativas de trabajo gestionadas por las organizaciones barriales. Muchxs de lxs habitantes poseen programas sociales, ya sean municipales, provinciales o nacionales. Muchxs realizan changas y hay algunxs trabajadorxs por cuenta propia. Si bien algunos de estos trabajos pueden ser en blanco y permanentes, la mayoría posee trabajos informales y/o temporales. Además, es importante el trabajo familiar no remunerado y finalmente, varixs moradorxs se encuentran desempleadxs.

En términos generales, es posible caracterizar a la localidad como habitada en mayor medida por sectores populares, agregado heterogéneo y complejo (Semán y Ferraudi Curto, 2016). Las diferencias en términos de la infraestructura en servicios en diferentes sectores, pero fundamentalmente, la calidad de las viviendas –incluso al interior de ellos–, dan cuenta de tal diversidad. Diversidad que se da principalmente entre aquellxs habitantes más empobrecidxs –que incluso en algunos casos llegan a la indigencia– y aquellxs de clase media-baja o media-media, lxs cuales cohabitan la zona. Así, tal como señalan Hernández, Cingolani y Chaves (2015) “que el espacio físico y el social no se articulen de manera plena y transparente en términos de homogeneidad habilita los calificativos heterogéneo y desigual para describir el barrio desde una perspectiva sociourbana” (p. 125). Del mismo modo que señalan las autoras, la periferia en la que realicé mi trabajo de campo no constituye un espacio homogéneo, y como

énfasis en el siguiente apartado, al interior de dicha localidad y de sus barrios también se recrean nuevas desigualdades.

## 2.2. *“Se ve el progreso”. Mejoras en los barrios y desigualdades persistentes*

El proceso de urbanización de la localidad se profundizó en las últimas décadas. Principalmente el centro de Romero, pero también otros barrios de la localidad –o ciertas zonas de ellos–, experimentaron mejoras tanto en términos de infraestructura barrial como de servicios, así como a nivel de la calidad de las viviendas y en cuanto a la regularización de la situación de los terrenos. Entre los principales cambios que se observan en los últimos años y que dan cuenta de mejoras son: la pavimentación e instalación de alumbrado público, la incorporación y regularización de ciertos servicios, la inclusión de nuevas instituciones –por ejemplo, educativas–, así como la mejora en el tipo de construcción de las viviendas. Del mismo modo, fueron proliferando diversos negocios y en la actualidad es posible observar, principalmente en las zonas céntricas, distintos comercios, como almacenes, quioscos y tiendas de ropa, entre otros.

Tanto jóvenes como adultxs dan cuenta en sus relatos de esos cambios asociándolos a progresos y mejoras. En el 2005 se realizó la obra de ensanchamiento de la calle 520, lo cual permitió un mayor acceso y conexión de la zona. En palabras del actual delegado de Romero: “ahí cambió la infraestructura, pero al mil por mil”. Esta visión es compartida por lxs jóvenes de la zona quienes plantean que cuando la 520 era angosta había muchos accidentes y que los mismos disminuyeron con dicha obra. Al mismo tiempo señalan que antes no había tanta iluminación en las calles, por lo cual eran más frecuentes los robos. Según ellxs, Romero ahora está “más tranquilo” y también “más lindo” y “más moderno”. La zona céntrica, en las inmediaciones de la 520 y donde se ubica la Delegación municipal, es la más antigua y también la que posee mejor calidad infraestructural y de servicios.

Asimismo, también otros barrios de la localidad fueron creciendo, urbanizándose y mejorando su infraestructura. En la actualidad, el barrio Los Mirasoles está conformado por alrededor de 20 manzanas. Si bien sus primerxs pobladorxs llegaron a mediados de 1980, el grueso de su población se asentó en los inicios del presente siglo, momento en que se conformó como un barrio particular. Muchxs de sus pobladorxs son provenientes del interior del país –especialmente Chaco, Formosa y Jujuy– así como también de los países limítrofes de Bolivia y Paraguay. Lxs primerxs pobladorxs se ubicaron en la zona aledaña a la 520, mientras que el grueso poblacional constituido por quienes llegaron alrededor del año 2003 construyó sus viviendas en “el fondo”, es decir a 4, 5 o 6 cuadras de dicha avenida y en las inmediaciones de las vías del antiguo ferrocarril. Las imágenes satelitales de Google Earth muestran con claridad

el proceso de densificación de la trama del barrio producida a comienzos de siglo. En la actualidad, el barrio cuenta con una población de más de 5000 habitantes. Al igual que muchos de los otros barrios de Romero, se originó a partir de un asentamiento y la situación dominial de la mayoría de los terrenos aún no se encuentra regularizada.

En Los Mirasoles, se pavimentaron y mejoraron algunas calles, se produjeron algunos avances en el acceso a servicios y en la calidad de las viviendas. Dichos cambios son percibidos tanto por referentes barriales, como por moradorxs del lugar.

Liliana (referenta barrial de El Galpón<sup>33</sup> de Los Mirasoles): Sí, hay cambios, a medida que nosotros vamos presionando para que sea un barrio y tener también la urbanización y todo eso, la mayoría también, de casilla pasaron a tener casa de material y eso al barrio ya le da otra vista, que la gente ha progresado y sí, hay cambios, por ejemplo, al ser ya más barrio tenemos mejoras de las calles, entra el basurero hasta cierto punto, la Municipalidad pasa a recoger la basura...

Gabriela (moradora del barrio Los Mirasoles): Mejoró mucho el barrio, está más limpio. Antes ponele la zanja, estaba todo tapada de yuyos, pañales, bolsas, bolsitas, hoy en día está limpio, hay agua que circula y no se junta tanto mosquito. Antes mirabas afuera y había ratas caminando por la plaza. Hoy en día no, están continuamente limpiando, cortando el pasto, está bastante bien ahora, asfaltaron hace casi 5 años, más o menos.

Paz: Y eso ¿generó cambios, digamos?

Gabriela: Sí, obvio, sí, antes era puro pozo. Un camión o un auto no pasaba, más cuando llovía, o para comprar tenías que ponerte una bota hasta la rodilla.

Pese a las mejoras producidas en los últimos años en el barrio, subsisten las diferencias entre aquello que sería –en términos nativos– “la parte vieja” –aledaña a la 520– y “la parte nueva” –la “del fondo”–, dadas principalmente a partir de la menor calidad infraestructural y de servicios de la zona de construcción más reciente:

Liliana: Los Mirasoles tiene su historia porque son dos partes. Hay una parte vieja que hace muchos años que está y la parte nueva que hace 15 años que está. La parte vieja son vecinos que hace 40 años que viven. Y nosotros, que es la parte de acá, que es nueva. Entonces es como que el barrio está dividido. La parte nueva es pelear con el municipio porque nunca se quiso hacer cargo de este barrio. Más o menos se fue urbanizando porque nosotros, con la organización y las instituciones, le hicimos reclamos al municipio movilizándonos. No teníamos luz, en un poste de luz eran 200 familias, era un peligro, se habían electrocutado ya dos chicos y a partir de esos reclamos pudimos conseguir que nos hagan la red de la luz.

Si bien la “parte vieja” cuenta con mejor acceso a servicios, el sector “más nuevo” continúa relegado. Aunque en la actualidad predominan las construcciones de material –con la excepción de las zonas de asentamientos más recientes aledaños al barrio– al transitar por sus calles se hace perceptible que, mientras más lejos de la 520, las viviendas tienden a ser más precarias. Una de las principales dificultades del barrio, y especialmente de la “parte nueva”, está dada por la necesidad de rezonificar la zona de modo que deje de figurar en los registros catastrales como territorio rural y pueda urbanizarse. Esta cuestión dificulta en gran medida la realización de obras

---

<sup>33</sup> Local ubicado en Los Mirasoles de una organización política argentina definida como nacional y popular y con amplia presencia en distintos barrios populares, tanto a nivel local como nacional.

infraestructurales y mejoras a nivel de los servicios, por eso, uno de los principales reclamos de lxs vecinxs y particularmente del Grupo Barrial<sup>34</sup> es dicha rezonificación<sup>35</sup>. Muchas de las mejoras producidas en los últimos años son resultado del trabajo de las instituciones y organizaciones presentes en el barrio. Nucleadas en el Grupo Barrial, varias de ellas realizan reuniones periódicas para tratar las problemáticas que van surgiendo en la cotidianeidad y principalmente para articular reclamos frente al Estado y las empresas prestadoras de servicios con el objetivo de avanzar en la realización de obras infraestructurales y en la regularización de la situación de las propiedades y de los servicios.

Las mejoras barriales también se perciben en Punta Verde, barrio vecino a Los Mirasoles y en el cual viven varixs de lxs protagonistas de esta tesis. Allí igualmente se destacan los cambios en las construcciones de las viviendas: mientras que a mediados de la década del 2000 casi todas eran de chapa o de madera, en la actualidad “hay mucha casa de material”. Y a su vez, de la mano de tales transformaciones existe una percepción de la existencia de una mayor tranquilidad barrial asociada a una disminución de los robos, relatados como más frecuentes en tiempos pasados:

Matías (joven del barrio Punta Verde): Antes, cuando no había asfalto y no había iluminación, los pibes se iban a esa esquina a robar. (...) Cuando eran calles de barro, más o menos, 10 años, un poquito más. Cuando estaba todo... era otra cosa el barrio. Más que nada, como te digo, la calle... vos imagináte, calle de barro y sin iluminación, era otra cosa. (...) Ahora hay iluminación, todo... Cambió una banda<sup>36</sup> el barrio con esa cuestión de que anden robando los pibes. Antes iban y paraban en esa esquina, en el fondo, agarraban al que pasaba y lo robaban, no importaba que sea vecino (...). [Hoy] eso ya fue, ya fue, no, no roban más a la gente así por robar. Tampoco vas a andar a las 4 de la mañana por ahí, por el barrio, caminando. Pero al mediodía o a la tarde no... hasta las 12 de la noche está todo bien.

Gabriela (moradora del barrio Los Mirasoles): ¿Y Punta Verde lo que era? (...) Era otra cosa, estaba lleno de chorros, de vagos, no podías ir porque te robaban... así en pleno día, al mediodía, ibas y te robaban el celular (...) Cambió bastante. Yo creo que los pibes de hoy en día no se drogan tanto, ponele, creo que trabajan y debe ser por eso que no roban tanto, pero antes era un caos, no podías entrar. Si no eras ahí del barrio, te robaban. De día. O cualquier hora del día te robaban. Hoy en día no”.

Así, diversxs moradorxs perciben que anteriormente eran más frecuentes los robos en la zona. Particularmente, Matías señala que hace una década atrás las calles no estaban pavimentadas y no había iluminación pública, por lo cual la zona era menos transitada. Según dice, en ese entonces Punta Verde estaba muy “mal visto”, es decir, era concebido como barrio

---

<sup>34</sup> El Grupo Barrial es un espacio de articulación que nuclea a diversxs actorxs e instituciones con presencia en Los Mirasoles y que se junta mensualmente con el objetivo de resolver diversas problemáticas del barrio.

<sup>35</sup> Según referentxs del barrio y de las organizaciones que participan del Grupo Barrial las gestiones estatales obstaculizan la urbanización de la zona en base a argumentos que sostienen que ella figura en los registros como chacras, zonas rurales o inundables. En función de dichos argumentos se impide que lxs moradorxs puedan tramitar la propiedad de los terrenos y viviendas que habitan, todo lo cual conlleva a que no puedan hacer gestiones diversas, como por ejemplo solicitar la instalación o hacer reclamos en relación a la prestación de servicios.

<sup>36</sup> Mucho.

inseguro; pero en la actualidad, a partir de las mejoras socioeconómicas e infraestructurales y la mayor urbanización del barrio, el mismo estaba “más tranquilo” lo cual, a su vez, vincula también a las mayores oportunidades de estudio y trabajo para lxs jóvenes.

En líneas generales tanto en el centro de Romero como en los principales barrios por los que transitó –Los Mirasoles y Punta Verde–, el proceso de urbanización implicó ciertas mejoras en la infraestructura barrial, en la provisión de servicios y en la calidad de las viviendas. Asimismo, de la mano de ello, existe una percepción de mayor tranquilidad y disminución de los robos.

Sin embargo, la situación en los distintos barrios es diversa y dentro de ellos, también persisten desigualdades internas. Las zonas cuyxs pobladorxs están asentadx desde hace más tiempo suelen tener mejor calidad infraestructural y mayor cantidad de construcciones de casas de material que en los asentamientos más recientes, donde se observa mayor precariedad y hacinamiento. Si bien, por lo general, las casas comenzaron siendo casillas provisionarias construidas con materiales precarios como madera y chapa, con el correr de los años las familias pudieron refaccionarlas y reemplazarlas por construcciones de ladrillos y material. En algunos casos, el mismo terreno aún conserva la vieja casilla y cuenta con otra construcción nueva de material o incluso combinan ambos tipos de construcciones en una misma casa. La observación de las viviendas del barrio da cuenta de esas transformaciones. Por ejemplo, la casa donde viven Gabriela y su pareja, al igual que muchas de las otras casas del barrio, posee las marcas de esas mejoras:

La casa de Gabriela se ubicaba enfrente de la plaza, a la altura de las vías. Era un terreno bastante amplio, de alrededor de 30 mts. cuadrados. En el patio del frente había una base de piso con los restos de la construcción de lo que antes –hace 2 años– era la casilla en la que vivían. Su actual vivienda era de material y apenas entré me sorprendió su calidad infraestructural. Particularmente me llamaron la atención los pisos con azulejos, los cuales contrastaban con el precario alisado de muchas de las otras casas y locales del barrio. En la entrada de la casa se ubicaba el living-comedor con una cocina incorporada separada por una barra/mostrador. En el mismo había un gran televisor plasma con una cama matrimonial frente al mismo que funcionaba a modo de sillón. Tenía una puerta ventana que daba al patio de atrás, el cual era bastante amplio y en el que plantaban tomates, zapallos y demás verduras. A la izquierda había un pasillo por el cual se accedía al baño y a las habitaciones. Baño en el que había un gran jacuzzi con hidromasajes. Su casa, con la casilla desarmada adelante y la nueva casa de material detrás, daba la sensación de un evidente ascenso social producido en los últimos años (Nota de campo).

En términos generales, se observa un proceso de mejoras que va de la casilla a la vivienda de material. Pero, si bien muchas casas, principalmente las de lxs más antiguxs pobladorxs, han mejorado su calidad, también muchas otras continúan siendo precarias y tales diferencias se presentan entre vecinxs, incluso que habitan en la misma cuadra. En este sentido, la casa de Gabriela, de material, con sus pisos de azulejo y su baño con jacuzzi, contrasta con la casa lindante, en la que vive El Tuki con su familia, la que aún tiene partes de casilla y, por ejemplo, no posee baño con descarga de agua.

Las desigualdades se observan dentro de la localidad tanto entre barrios, como al interior de los mismos. El paisaje general muestra a unas pocas calles de acceso asfaltadas a los barrios y luego calles de tierra, e incluso pasillos, intransitables a nivel vehicular, lo cual genera diferencias sustanciales en términos de acceso a recursos y calidad de vida. Según el delegado, morador de la zona desde su infancia, las mejoras en términos de infraestructura han sido fundamentales, pero también persisten barrios más carenciados en los que tales mejoras no llegaron:

Flavio: Se ve... lo que es progreso, ya la 520 te cambió todo, la infraestructura urbana te cambia todo, un asfalto te cambia todo, andate a algún barrio más carenciado como La Huella, después pasas por Punta Verde y ya notás la diferencia, después pasas a Los Mirasoles ya notás la diferencia, y cuando llegas a Romero es totalmente distinto.

Las desigualdades en términos de calidad de infraestructura barrial son perceptibles a simple vista para cualquier transeúnte que circula por los barrios: “Si vos caminas te vas a dar cuenta. La visión te va a dar un panorama general, ya te vas a dar cuenta (...) Ya acá tenés de la 520 y te vas cinco cuadras para allá –para la 525– y vas a notar que no es lo mismo”. Efectivamente, a medida que uno se va alejando de la avenida 520, el panorama comienza a modificarse y a adquirir un carácter más rural. Predominan las calles de tierra, hay mayor presencia de descampados, el sistema de desagüe es por zanjeo, y es más escaso el alumbrado público: “poco asfalto, poca iluminación, muchas zanjas. En cambio, cuando vas a la 520, cambia el panorama general... sin zanja, cordón, etc...” (Flavio). En esta misma línea, Cintia, del área de políticas sociales de la Delegación y moradora de Punta Verde, vincula esta desigualdad a la presencia o ausencia estatal en términos de la realización de obras y mejoras en los barrios:

Le pregunté a Cintia por la existencia de cambios en Romero desarrollados en los últimos años. Y me dijo que en algunos sectores ha crecido y avanzado, por ejemplo, en lo que respecta a las calles... a la red de agua, pero que ‘se podría haber hecho mucho más, si se hubiese querido’. Me dijo que se realizaron varios cambios infraestructurales ‘para bien’, pero que a la vez ‘faltó mucho... hay barrios que no se tocaron en años, sin importar la gestión’. (Nota de campo)

Es decir, más allá de las mejoras en términos generales de la localidad y de algunos barrios internos, ciertos lugares han sido relegados, por lo cual persisten grandes desigualdades en la zona e importantes diferencias entre distintos barrios. Según fuentes documentales suministradas por referentes de la Delegación de Melchor Romero, la localidad está constituida por catorce barrios, entre los cuales se incluye “Melchor Romero” que constituye la zona céntrica de la misma. Sin embargo, también en mi trabajo de campo transité por otros barrios y asentamientos que si bien forman parte de la localidad no figuran ni en sus registros catastrales, ni en los documentos informales de la Delegación, aunque sí eran reconocidas como zonas existentes y nombradas en los discursos de los trabajadores institucionales de la misma. Así, no figuraban en

dichos registros los asentamientos poblacionales más recientes como “el asentamiento del barrio Los Mirasoles” y el “asentamiento Abril” que también forma parte de la trama barrial de Los Mirasoles, tampoco el barrio “El Horizonte” lindante con el centro de Romero, ni el asentamiento “Los Eucaliptos”, zona identificada por lxs residentes como “la villa” ubicada sobre las vías del antiguo ferrocarril. Por otro lado, y también a diferencia de tales fuentes documentales, lxs moradorxs recrean divisiones internas al interior de ciertos espacios, por ejemplo, la que divide “El Dorado” o “El Puente” de “Romero”. Así como también fueron reconstruidas significaciones que unían a barrios diferentes, como por ejemplo la visión que englobaba a “Punta Verde” y “La Naranja” aunque en los registros aparecían como zonas distintas. En este sentido, siguiendo a Grimson (2009), tales barrios son definidos no solo a partir de categorías administrativas, sino también sociales.

Las diferencias entre centro y periferia se replican al interior de cada barrio, de modo que no solo la localidad se encuentra en la periferia del partido de La Plata<sup>37</sup>, sino que cada uno de los barrios se halla en un lugar periférico en relación al centro de Romero, y al interior de cada uno de los barrios se replican las distinciones entre aquellas zonas constituidas hace mayor tiempo de residencia, más céntricas o de más fácil acceso y conexión, y aquellas otras más recientes y de más difícil acceso, o de peor calidad infraestructural y de servicios. Pero a su vez, las diferencias también se vinculan con la disponibilidad —o no— de recursos institucionales diversos. La mayoría de las instituciones y servicios de la zona se concentraban en el área céntrica, evidenciándose una gran desigualdad cuantitativa de recursos institucionales<sup>38</sup>.

Mi trabajo de campo, realizado tanto en instituciones del centro de la localidad, como en los barrios periféricos, me permitió evidenciar que estas desigualdades inciden en los modos de circular de lxs pobladores: los movimientos privilegiados son aquellos que van desde la periferia al centro, pero no los inversos. Es decir, la mayoría de los tránsitos de lxs residentes suelen ser en movimiento centrípeto, de sus barrios hacia el centro de la localidad, pero en menor medida las circulaciones son centrífugas, de lxs residentes del centro hacia los otros barrios o entre

---

<sup>37</sup> Tal como señala Segura (2011) “en La Plata es posible identificar dos espacios urbanos contrastantes, el casco urbano fundacional y la periferia, separados por la ancha avenida de la circunvalación. El contraste no es únicamente poblacional (...) sino también urbanístico, administrativo y socioeconómico” (p. 86).

<sup>38</sup> Según las fuentes documentales de la Delegación Municipal, en la jurisdicción de Melchor Romero existen 108 instituciones, listado que incluye escuelas y jardines, hospitales y centros de salud, oficinas gubernamentales, iglesias, asociaciones civiles, juntas vecinales, comedores comunitarios y clubes deportivos, comisarías y unidades penitenciarias, entre otras. De ellas, 47 se concentran en la zona céntrica, esto es en el barrio que corresponde a Melchor Romero, 10 están en Los Mirasoles, 6 en Punta Verde y 6 en La Naranja y el resto en los otros barrios y asentamientos que integran la localidad. Si bien el listado no representa con exactitud el mapa institucional actual, en tanto se encuentra levemente desactualizado y, además, no incluye a las organizaciones políticas presentes en los territorios, el mismo brinda una importante referencia sobre la desigualdad cuantitativa de recursos institucionales. Por su parte, es posible observar que la mayoría de las instituciones ubicadas en los barrios periféricos son comedores, asociaciones civiles e iglesias y cuentan con menor presencia de recursos educativos, de salud y de oficinas gubernamentales.

barrios periféricos. Por ejemplo, cuando le pregunté a Carmen, una joven de 15 años moradora de La Huella –uno de los barrios de la localidad, más alejado de la zona céntrica– cómo era su barrio, me lo describió diciendo que “no hay nada, no hay salita, no hay escuela”. No solo la ausencia de instituciones hace que sea carente de sentido ir hacia éstos, sino además en el imaginario aparecen como más inseguros, dado que “allá es mucho más descampado”. Dada la falta de instituciones, sus residentes tienen que trasladarse para el acceso a diversos servicios y, además, las deficiencias infraestructurales dificultan el acceso al barrio, todo lo cual redundaba en una relegación de sus moradorxs –y particularmente lxs jóvenes– en el acceso a programas, instituciones o servicios. Esta cuestión se hizo evidente una tarde que acompañé a Mariela, una de las trabajadoras que formaba parte del equipo técnico del programa Envión, a convocar a lxs jóvenes a ciertas actividades realizadas por el mismo.

En auto, nos dirigimos con Mariela a las casas de algunxs de lxs jóvenes que participaban del programa. Algunas de sus viviendas no tenían numeración por lo cual contábamos solo con la referencia de las calles. Empezamos a atravesar por zonas donde se evidenciaba claramente cómo se acentuaba la precariedad, tanto al observar sus viviendas, como las calles y espacios barriales. Había mayor presencia de descampados y a medida que íbamos llegando a la dirección se nos empezó a dificultar el acceso en auto porque faltaban trazados de calles. Finalmente dejamos el vehículo en la esquina y fuimos caminando hasta la calle indicada. Pude notar la presencia de caballos y chanchos en la zona, que acentuaban el carácter más rural de la misma. Intentamos buscar a lxs chicxs, pero como las casas no tenían número no pudimos encontrarlos. Golpeamos las manos y preguntamos en algunas casas, pero fracasamos en el intento de hallar a quienes buscábamos. Decidimos volver al auto e ir a las restantes direcciones. Pasamos por muchas zonas casi inaccesibles, principalmente aquellas que lindaban con el arroyo El Gato y dimos varias vueltas, casi en círculos, desorientadas por la falta de numeración de muchas de las calles. Nuevamente, llegamos a una de las calles que buscábamos pero la referencia poco precisa no nos permitió encontrar a lxs jóvenes, así que decidimos volver a la Delegación sin poder encontrarlxs para convocarlxs a la actividad. (Nota de campo)

En resumen, no solo en la localidad se evidencian las desigualdades sociales en su interior y la existencia de zonas relegadas, sino además la falta de recursos estatales que garanticen el acceso a servicios y derechos básicos para lxs moradorxs de muchas de ellas. Así, las diversas problemáticas de la localidad, y particularmente de los barrios más relegados, afectan la vida y experiencias de las familias que integran lxs jóvenes protagonistas de esta tesis. Ellxs atravesaron diversas dificultades económicas y muchas de sus familias tuvieron problemas para resolver la cuestión habitacional. Así, algunxs de lxs jóvenes que conocí habían oscilado por diversas situaciones habitacionales y habían sufrido los malestares ligados a la falta de acceso de una vivienda propia de sus familias, problemática que atraviesa la vida de muchxs de lxs moradorxs de la localidad. La situación dominial irregular en la que se encuentran muchos de los asentamientos o viviendas había dado lugar a desalojos, los cuales agudizaban la situación precaria de quienes habían ocupado los terrenos buscando solucionar la problemática habitacional de sus familias. De hecho, algunxs jóvenes habían sido desalojadx de sus viviendas. Este tipo de situaciones no solo vulnera sus derechos a una vivienda digna, sino



también precariza sus trayectorias generando fluctuaciones en su escolarización, ya que muchas de sus mudanzas conllevan cambios de colegios que implican la pérdida de años escolares. Por otro lado, esto también genera complicaciones a nivel afectivo, ya que muchas veces no se sienten cómodxs en su nuevo barrio. Por ejemplo, Ludmila, una de las jóvenes que participa del Envi3n, luego de sufrir junto con su familia el desalojo del asentamiento Arco3ris, hab3a tenido que mudarse por diversos barrios, lo cual no solo hab3a generado cambios de colegios, sino tambi3n perjudicado sus amistades y complicado la asistencia a dicho programa.

Ludmila me cuenta que luego de ser desalojadxs del asentamiento Arco3ris de Romero, ella y su familia se mudaron a La Emilia, otro asentamiento de la localidad surgido hace alrededor de 8 a3os. Seg3n dice, ah3 hab3a muchos robos, adem3s las calles eran de tierra y era todo un problema circular ah3 con la lluvia. Por eso se mudaron con la hermana, el cu3ado y las dos sobrinas a Altos de San Lorenzo, lugar donde actualmente est3 viviendo. Ella no quer3a mudarse porque ten3a a todxs sus amigxs en la zona, pero a la hermana no le gustaba el barrio por los conflictos que hab3a en el lugar, seg3n dice “era un desastre”. Antes, cuando viv3a en Romero, iba a la escuela n3 78, pero ahora que se mud3 a Altos de San Lorenzo, deb3 cambiarse a la Escuela No. 11, ubicada en el casco urbano de La Plata. Adem3s, para mantener la asistencia al Programa Envi3n Ludmila ten3a que viajar desde su nuevo barrio hasta la localidad de Romero para participar de los talleres (Nota de campo).

Pero a la vez, lxs j3venes no solo crecieron en un contexto de inestabilidad habitacional, sino tambi3n las deficiencias en relaci3n a la prestaci3n de servicios diversos en sus lugares de residencia y las problem3ticas asociadas a la falta de inversi3n estatal en mejoras infraestructurales afectan en gran medida sus cotidianidades. El poco acceso de las familias al gas natural, a la red de agua potable y al servicio de cloacas, as3 como la falta de alumbrado p3blico en distintas zonas, la baja tensi3n del tendido el3ctrico, as3 como la falta de asfalto, las deficiencias del sistema de transporte, la falta de obras de saneamiento del arroyo y la insuficiente recolecci3n de residuos, generan diversas complicaciones en la vida cotidiana de lxs moradorxs del barrio. En numerosas ocasiones durante mi trabajo de campo presenci3 que lxs j3venes se hab3an quedado sin luz o sin agua en sus casas, situaci3n que pod3a extenderse durante per3odos prolongados dificultando en gran medida la organizaci3n de las tareas y din3micas cotidianas. Por ejemplo, en una ocasi3n se hab3a producido un corte de luz en los alrededores del centro de Romero, a partir de la quema de transformadores de luz. A ra3z de dicho evento lxs vecinx cortaron las calles para reclamar por soluciones. Desde la municipalidad alegaban que ten3an que quejarse con Edelap<sup>39</sup>, pero a la vez, ello no pod3a realizarse porque no ten3an el servicio contratado, contrataci3n que no pod3an efectuar por no contar con la escritura de sus casas, gesti3n a la vez vinculada a trabas desde la municipalidad para regularizar la situaci3n dominial de las propiedades. Este tipo de situaciones generaban bronca e impotencia en lxs vecinx y dinamizaban ciertos conflictos.

---

<sup>39</sup> Empresa privada argentina que tiene la prestaci3n monop3lica del servicio de distribuci3n y comercializaci3n de energ3a el3ctrica dentro la ciudad de La Plata y localidades cercanas.

Romina [joven habitante del Dorado] cuenta que todo su barrio se quedó sin luz como por dos semanas y que el delegado fue a hacer presencia y demostrar que intervenía en el problema, pero que cuando lxs vecinxs lo vieron “lo querían agarrar y tirársele encima”. Se tuvo que meter adentro del auto y quedarse ahí porque “si salía, lo mataban”, dice. (Nota de campo)

Por otro lado, la falta de pavimentación, así como de obras hidráulicas, derivan en inundaciones que dificultan el tránsito por las calles del barrio. Ello constituye un tema central en la calidad de vida de lxs vecinxs, dada la importancia de la posibilidad de conexión del barrio para garantizar el acceso de servicios esenciales como de ambulancias, policías, camiones recolectores de basura, taxis y remises, así como autos particulares. Asimismo, estas cuestiones de movilidad también afectan en gran medida a las posibilidades laborales y educativas de lxs residentes, en tanto muchas veces ellxs ven dificultado el acceso a sus ámbitos laborales y/o educativos por tales circunstancias. A lo largo de mi trabajo de campo no solo experimenté por mí misma las dificultades para transitar por la zona en los días de lluvia y sufrí las consecuencias de las inundaciones –quedándome casi varada en la localidad–, sino también percibí las dificultades del sistema de transporte, el cual colapsaba en las horas picos, generando malestar en lxs usuarixs, y además no llegaba a cubrir las necesidades de todos los barrios, dejando a muchas zonas a grandes distancias del acceso al sistema de transporte. Tales deficiencias me llevaron a optar, en algunas ocasiones, por transportarme hasta el barrio en bicicleta, pese a que tenía que realizar alrededor de 13 kilómetros para llegar hasta allí. Esta situación incide en la posibilidad de circular por la zona y especialmente la de las jóvenes quienes sienten mayor inseguridad al tener que caminar solas por el barrio –desde la parada de colectivo hasta su casa–, principalmente en horarios nocturnos.

Por su parte, la falta de sistema de desagüe de cloacas, generalmente resuelta por medio de pozos absorbentes, produce el colapso en muchos de los pozos cuando hay inundaciones. Esta situación sumada a los problemas con la extensión de la red de agua, genera altos grados de contaminación sanitaria. La suma de las distintas deficiencias materiales e infraestructurales del barrio hacía que con recurrencia se produjeran accidentes o enfermedades. Así a lo largo de mi trabajo de campo conocí casos tanto de accidentes de tránsito, de incendios, de electrocuciones y de inundaciones, como también numerosas enfermedades y afecciones diversas<sup>40</sup>, algunas de las cuales derivaban en muertes.

---

<sup>40</sup> En el centro de salud de la zona se atienden problemáticas ligadas a infecciones y problemas en la piel, malestares gastrointestinales y cuadros respiratorios recurrentes, cuyos tratamientos se dificultan por la falta de acceso al agua potable para el seguimiento de las indicaciones médicas de tratamiento.

Este tipo de cuestiones genera bronca e impotencia en lxs vecinxs. Por ejemplo, Gabriel, un adulto miembro de una organización de vecinxs de Los Mirasoles dice que la situación del barrio y la falta de acciones municipales para solucionar los problemas le genera “bronca”:

Gabriel: Bronca por la realidad por muchos años de desidia y demandar y no llegar, por ejemplo, hay gente que tiene su abuelo, su nieto, su hijo y que tiene toda una familia entonces está esperando un pavimento desde hace años, una escritura desde hace años o que pongan el servicio de la luz, o que le pongan el agua, las cloacas, servicios básicos... por ejemplo, nosotros este año hicimos una nota para pedir pavimento, por lo menos para las calles troncales. Por ejemplo, nos decía una vecina que quería contratar un transporte y que el transporte les decía que no podía entrar más porque iba a romper la camioneta... entonces eso da mucha bronca, mucha impotencia, porque imagínate, vos podés hacer el esfuerzo, organizarte y demás... pero la falta de respuesta rompe contra toda la estructura, da bronca, muchos años de reclamos y también como asamblea nos desgasta.

Así la localidad, y particularmente los barrios y asentamientos más precarios, dan cuenta de la existencia de diversas problemáticas que afectan a lxs moradorxs de la zona y entre ellxs a lxs niñxs y jóvenes. Y si bien existen diversas instituciones que trabajan sobre ellas, una visión compartida por diversos actorxs sociales e institucionales es la sobrecarga de necesidades frente a los pocos recursos –materiales y sociales– para brindar respuestas. Por ejemplo, dicha situación es percibida por la trabajadora social de la oficina de políticas sociales de la Delegación municipal de Romero.

Lucrecia [Trabajadora social de la oficina de políticas sociales de la Delegación municipal de Romero] me dice que el problema principal que tienen en su trabajo en Romero es que hay muchas necesidades y pocos recursos. Me dice que, en lo que es el área social hoy, hay una “extrema urgencia en todo lo que es la vida cotidiana: incendios, desalojos, problemas de salud, asepsia, diferentes problemáticas ligadas a la cotidianeidad”, hay muchas necesidades básicas insatisfechas. Sin embargo, en la actualidad el municipio cuenta con pocos recursos. Y ellas son intermediarias, por lo cual tienen que manejar las situaciones y necesidades en base a los recursos.

Del mismo modo, trabajadorxs de instituciones escolares, del Servicio Local, del centro de salud y de diversas organizaciones políticas y sociales afirman las numerosas y complejas problemáticas de la zona y las dificultades o impotencia de los programas e instituciones existentes, dada la falta de personal y de recursos para hacer frente a las demandas.

Pese a las mejoras en la localidad, persisten diversas problemáticas tanto de índole social, como ligadas a la cuestión habitacional y a la infraestructura de servicios de los barrios que afectan a lxs moradorxs de la zona y entre ellxs a lxs niñxs y jóvenes. Las condiciones mencionadas vinculadas a la precariedad material y los elevados niveles de conflictividad se traducen en la vida de lxs jóvenes que conocí. Especialmente, la cantidad de familiares y/o conocidxs muertxs da cuenta de los modos más extremos en que tales índices de precariedad impactan en sus vidas. Algunxs de ellxs habían muerto por enfermedades prevenibles y tratables, pero también otrxs –especialmente varones– lo habían hecho en el marco de enfrentamientos y/o

conflictos con otros jóvenes. Pese a todo, la localidad y sus barrios internos son identificados en la actualidad con ciertas mejoras materiales e infraestructurales respecto a momentos previos, al tiempo que lxs diversxs moradorxs perciben a los mismos como relativamente “tranquilos”, especialmente en relación a un pasado concebido como más inseguro, con mayor presencia de robos, más venta de drogas y con más conflictos entre jóvenes y/o vecinxs.

Como señalan Semán y Ferraudi Curto, “el mundo popular contemporáneo es resultado de un proceso temporal en el que se acumulan y conectan los resultados de períodos que han tenido efectos diferentes en la estructura social: desde el largo plazo de las pérdidas y la decadencia hasta el tiempo relativamente breve de las mejoras moderadas” (2016: 150). En líneas generales, el estudio se enfoca en las experiencias de jóvenes que constituyen una generación de transición. La mayoría de ellxs nacieron o vivieron su niñez en un período en el que el país se encontraba atravesando la “crisis del 2001” y sufriendo sus consecuencias. Son hijxs y nietxs de una generación de padres/madres y abuelxs que sufrieron los efectos nocivos de las políticas neoliberales, que se empobrecieron hace alrededor de cuatro décadas y que llegaron a la localidad en busca de mejores oportunidades y progreso de su calidad de vida. “Cada uno de esos hechos que marcó una secuencia decadente no sólo es pasado, sino que hoy se conectan entre sí produciendo nuevos efectos de largo plazo” (Semán y Ferraudi Curto, 2016: 150). Así, las consecuencias de tal empobrecimiento se dejan entrever en muchas de las trayectorias de lxs jóvenes protagonistas de esta tesis, así como en las de sus familiares.

Pero también, y siguiendo a lxs autorxs mencionados, las mismas ilustran “otra parte de esas tendencias”. Tanto dichas trayectorias como el devenir de su barrio, muestran la recomposición social. Sus familias progresaron con el correr de los años y, generalmente, ellxs están mejor que sus hermanxs mayorxs. Varixs de lxs jóvenes vivieron toda su vida en el barrio, pero también muchos otrxs habían vivido en otros barrios, ciudades, provincias e incluso, países. Por su parte, el cambio dado a partir del acceso de la alianza Cambiemos<sup>41</sup> al gobierno municipal, provincial y nacional tuvo aparejado un recrudecimiento de las condiciones socio-económicas. Si bien con mi trabajo de campo no llegué a percibir algunas de sus consecuencias –ya que muchas de las políticas conllevan transformaciones que se evidencian en el largo plazo– el mismo sí me permitió evidenciar el deterioro de la situación económica de algunas familias, la pérdida de

---

<sup>41</sup> Cambiemos es una coalición política nacional, considerada de derecha, que gobernó el país desde fines del 2015 hasta fines del 2019 bajo la presidencia de Mauricio Macri. Está conformada por Propuesta Republicana, la Coalición Cívica ARI, la Unión Cívica Radical y otras fuerzas políticas. Del mismo modo que a nivel nacional, durante el período mencionado gobernó la Provincia de Buenos Aires y la Municipalidad de La Plata. Algunos trabajos señalan que el acceso de Cambiemos al poder significó el fin del período posneoliberal previo y se refieren a esta nueva etapa como un “neoliberalismo tardío” (García Delgado y Gradín, 2017)

puestos de trabajo o el aumento de su precarización, el incremento de las necesidades básicas insatisfechas que generaban mayores demandas en comedores barriales, la falta de insumos en centros de salud y el vaciamiento de recursos de ciertos programas o planes socioeducativos, entre otras cuestiones. Así, “del aumento de la desigualdad producida entre los años setenta y noventa, de la reversión moderada y limitada de los últimos lustros, como del amesetamiento de algunos procesos erosivos de la igualdad y de la aparición de lógicas agresivamente desigualadoras, no surge una masa marginal homogénea, sino un conjunto de heterogeneidades en las que conviven sectores diferenciados” (Semán y Ferraudi Curto, 2016: 151).

El crecimiento socioeconómico iniciado en el país a partir del 2003 implicó mejoras relativas, pero ellas no fueron suficientes para paliar ciertas desigualdades estructurales de más largo alcance y, especialmente en la cuestión del hábitat y la vivienda, se evidencian el mantenimiento de desigualdades, carencias y núcleos de exclusión (Kessler, 2014a; Semán y Ferraudi Curto, 2016). Entre otras cuestiones, la expansión de los asentamientos informales da cuenta de las dificultades persistentes de los sectores populares en el acceso a la tierra y la vivienda.

### 2.3. *“Se dice que en la villa todos roban”. Límites sociales y simbólicos*

Tal como ha planteado Segura (2011) “hacia el interior del espacio barrial es posible identificar un primer gran clivaje que se condensa en ‘la oposición entre barrio y asentamiento’ que rápidamente remite a cuestiones económicas, de procedencia, de antigüedad en la residencia, e incluso, a diferencias conductuales y morales” (p. 95). El tiempo de residencia en tanto criterio diferenciador del espacio barrial, contribuye a la construcción de límites sociales y simbólicos que reproducen las desigualdades. La mayoría de los asentamientos más recientes y con mayores déficits de infraestructura y servicios son generalmente identificados por lxs moradorxs de las zonas más asentadas como fuente de problemáticas diversas. Por ejemplo, es el caso del asentamiento Los Eucaliptos, ubicado sobre las vías del antiguo ferrocarril e identificado desde la mirada externa como “la villa”. Las vías del tren se encuentran a 5 cuadras de la avenida 520 y siguen su curso paralelamente, de modo que Los Eucaliptos linda con el centro de Romero por un extremo, y con el barrio Los Mirasoles por el otro. Sobre el terraplén predominan las casillas –tanto de madera y chapa– más aglomeradas y precarias, los pasillos angostos y de tierra y el deficiente acceso a servicios. Si bien presenta mayores carencias en términos infraestructurales y en relación a la provisión de los servicios públicos, también dicha zona ha visto mejoras en los últimos años y por ejemplo, algunas de sus calles centrales, anteriormente pasillos, en la actualidad se han abierto al acceso vehicular. Desde la perspectiva de quienes habitan en el

centro de Romero y en los barrios fronterizos, la zona que comienza a partir de las vías del tren hacia “el fondo” suele ser referenciada como “la villa” e identificada como una zona problemática.

Comenzamos a hablar del barrio nuevamente, de cómo es Romero en sus diferentes zonas. Silvio (trabajador de la Delegación municipal y residente de la zona) cuenta que, si bien el centro está bien, hay zonas que están peor. Dice que el centro de Romero es un “barrio bien”, pero que después, hacia las afueras, hacia la zona de la vía, hay más problemas: “hay familias disfuncionales”, “son muchos viviendo en casas muy precarias”, “la gente es muy ignorante”, “hay gente muy humilde que no terminó la escuela”, “los jóvenes abandonan la secundaria, no trabajan y están vagando por todos lados”. Me cuenta que “la mayoría no termina la escuela, no tiene el secundario y no consigue trabajo, no tienen nada para hacer”, entonces “están por ahí dando vueltas, girando, tomando alcohol y drogándose”. (Notas de campo)

Como dice Segura (2011), “el espacio socialmente construido y significado no es secundario o ulterior a las relaciones sociales, ni tan solo un escenario de las mismas, sino que es constitutivo de ellas: ‘el espacio es una prolongación de las propias personas’ (Ingold, 2000) que se ven a sí mismas y a los demás siendo del barrio o del asentamiento, de adelante o de atrás, espacios y localizaciones socialmente cargadas de sentidos vinculados con la clase social, la nacionalidad, las conductas y la moral, entre otras” (p. 97). De modo que, siguiendo al autor, los límites del barrio remiten a relaciones e interacciones sociales dadas en función de los modos en que lxs habitantes se definen y clasifican, muchas veces organizadas en función de la lógica distintiva del “nosotros-ellos”. Así, las desigualdades sociales, expresadas en diferencias materiales e infraestructurales entre las zonas mencionadas, se vinculan con distinciones morales.

Marcos: Pasando la vía, ahí está lo que es la villa.

Natalia: Pero hay gente y gente (...) nosotros decimos en la villa “son todos unos delincuentes, unos chorros”, pero en realidad hay gente y gente. Porque también puede haber chorros acá enfrente y nosotros no lo conocemos.

El espacio que comienza a partir de las vías “hacia el fondo”, es decir “la villa” es significado como un espacio peligroso y asociado a ciertas características morales atribuidas a sus habitantes que lxs construyen como “villerxs” e incluso como “delincuentes”. Significaciones que tienen efectos productivos en la organización de las relaciones sociales y prácticas espaciales.

Micaela: La villa es re jodida. Esa es jodida, ahí vos te metés, seas vecino, seas lo que sea, te cagan robando, te desnudan ahí.

Liliana: Pasando la calle 120<sup>42</sup> está, todo derecho. Sí, es re jodido. En realidad, nadie se mete ahí. A la noche no te entra nadie. No te entra remis, no te entra... nadie. Y hay tiros toda la noche, porque claro, los chicos de ahí de la villa van a otros barrios, roban y después van y los buscan ahí.

---

<sup>42</sup> La referencia a la ubicación ha sido modificada para preservar el anonimato.

Las significaciones y clasificaciones construidas sobre el espacio no solo son producto de tramas relacionales, sino que al mismo tiempo, son constitutivas de ellas (Segura, 2009). Así, dichas significaciones configuran identificaciones, interacciones y organizan la vida cotidiana de las personas. Al ser construidos como peligrosos, aparecen como lugares negados a la circulación para quienes no habitan allí. Todo lo cual redundaría en la discriminación y estigmatización de sus habitantes y la reproducción de nuevas desigualdades en el acceso a recursos diversos.

Paz: Che y ahí, en la parte de las vías, ¿hay presencia de organizaciones?

Liliana (referente barrial de El Galpón de Los Mirasoles): No, no, en realidad no. Lo de ahí no se junta con lo de acá. Yo intenté muchas veces unirlos y no, es muy difícil porque era para peleas. Es muy complicado por el tema de que ellos tienen otra mentalidad, están ya.... Los pibes es como que ya están perdidos, en la droga en... son pibes que ya... cayeron presos, salieron, ya tienen su grupo y es muy difícil entrar y coordinar con ellos. Yo te digo, nosotros fuimos a hacer jornadas solidarias ahí, con el grupo de los jóvenes, intentamos hacer una copa de leche, apoyo escolar con los pibes, no, no, después era para peleas porque ellos 'no, nosotros somos de acá, ustedes no son de acá' y empezaron a tener rivales con los mismos pibes entre ellos entonces bueno, tampoco yo voy a permitir que entre ellos se maten, entonces bueno... Lo que pasa es que ellos tienen otra manera de manejarse, de juntarse, de estar así en la sociedad con la misma gente del barrio o compartir, no, era muy difícil, entonces era como que nosotros nos abrimos de ahí, de eso, porque iba a ser pelea con los mismos pibes.

Paz: ¿Y no hay ninguna organización ahí?

Liliana: Está La Copa<sup>43</sup>, está hace muchos años ahí, y bueno, es el único que está ahí porque los pibes de ahí se criaron. Entonces la única organización que está ahí es La Copa. Así que después no hay otra.

Siguiendo a Segura (2011) “la vida cotidiana en el espacio barrial remite a posiciones diferenciales y a redes de relaciones distintas que tienen como resultado que las personas se piensen como miembros de grupos distintos, se relacionen en la clave nosotros-ellos y, en tales relaciones, se (re)produzcan desigualdades en el acceso y distribución de recursos y también de prestigio” (p. 104). Así, en estos barrios los sectores más desfavorecidos suelen ser quienes accedieron a la vivienda de manera más reciente e informal y en las zonas más precarias, de modo que las distancias sociales se materializan o traducen en configuraciones espaciales, pero a la vez, los “límites sociales vinculados con el acceso desigual al espacio urbano son reforzados por límites simbólicos, que asocian de manera estable ciertos espacios físicos con un conjunto de características sociales y morales de aquellos que los habitan” (p. 95), los cuales a su vez contribuyen a reproducir las desigualdades que expresan.

Del mismo que ha sido señalado por varios estudios (Kessler, 2012b; Kessler y Dimarco, 2013) sobre ciertos espacios físicos –en especial sobre los barrios, asentamientos más precarios y villas– muchas veces se construyen ciertos estigmas, que también pesan sobre sus moradorxs. Y, especialmente en el caso de los jóvenes, tales estigmas los representan como “delincuentes”. Efectivamente, mientras me encontraba en la Delegación municipal, ubicada en el centro de

---

<sup>43</sup> El nombre de la organización política ha sido modificado.

Romero, percibí por parte de lxs trabajadorxs y residentxs de allí, la asociación que suele establecerse entre “la villa” y ciertas características morales atribuidas a sus habitantes, especialmente la asociación entre residir en “la villa” y robar.

Llego un rato antes a la Delegación de Romero y me quedo en el aula esperando a que lleguen las chicas que asistían al taller en el marco del Programa Envión. En un momento llegan 4 chicos, de alrededor de 10 años, y uno más grande, de alrededor de 12. Llegan corriendo y entran al salón donde estaba con movimientos rápidos. Pero al verme se calman. Al principio me sorprendí y asusté un poco, pero enseguida me tranquilicé y me quedé sentada. Los chicos entraron al salón y se pusieron a revisarlo con la mirada, algunos se sentaron en las sillas mirando al pizarrón, y otros se pusieron a dar una vuelta por el mismo, inspeccionando las cosas que había. Uno de ellos me preguntó si el lugar era ‘como una escuela’ y yo le dije que ahora empezaba el Envión. Les pregunté que andaban haciendo y el más grande me respondió ‘nada’, ‘callejeando’. No había pasado más de un minuto que llega Josefina –una de las jóvenes tutoras del programa–, quien se sorprende, desconcierta y asusta por la presencia de los chicos. El más grande les hace una seña y les dice a los otros de irse. Y vuelven a salir todos corriendo. Josefina me saluda y me dice que se asustó, que no sabía si le iban a robar o qué. Enseguida llega Marina –trabajadora del área de políticas sociales– y sin saludarnos, nos pregunta si estaban los pibes. Josefina le dice que recién se fueron. Marina se acerca a la ventana y se queda mirando para la calle. Pregunto si entraron a la oficina –ubicada al lado del aula donde estábamos– y le decimos que no, que no hicieron nada. Marina dice que entran para ver si pueden robar algo, ‘son de la villa’. Dice que ya vinieron y robaron y que después faltan cosas. Josefina le pregunta ‘pero ¿eran los mismos?’ Marina responde ‘No, no eran los mismos, pero eran también otros pibitos, así, de la villa’. Yo intervengo ‘y ¿cómo sabes que son de la villa?’ ‘Por la pinta te das cuenta’ me dice. Y se va del salón. Josefina me dice que igual se conocen, afirma que ‘la gente que roba es de la villa’ y que ‘se dice que en la villa todos roban’. Si bien ella cree que ‘no es tan así, porque también hay gente que es de la villa y que no roba’, coincide un poco con que ‘muchos de los que roban son de la villa’.

(Nota de campo)

Especialmente sobre los niños y jóvenes pesa el estigma que los representa como “chorros” o “delincuentes” significación construida en función de su condición social, etaria y genérica y que se atribuye tanto en relación a su lugar de residencia como “por la pinta”, es decir, por la vestimenta que usan y su apariencia, pero también su estilo corporal y su manera de moverse y hablar. Ahora bien, el género también tiene efectos productivos en relación a los estigmas territoriales. Si bien las significaciones nativas sobre los espacios generalmente están construidas en función de lógicas androcéntricas que parten de la consideración de “los otros” en tanto varones y así –en este caso– “delincuentes”, afinando la mirada es posible señalar que muchas veces los estigmas sobre las jóvenes de estos barrios y/o asentamientos adquieren otras características. Especialmente, en una descripción de Camila sobre cierta zona del asentamiento Los Eucaliptos en el cual vivió durante su niñez y parte de su juventud, es posible encontrar pistas para avanzar en este análisis:

Camila: Antes por ahí no se podía ir... vos caminabas y te robaban ahí delante de todos, era tremendo, la junta que eran... había nenas de 12, 13 años embarazadas porque era tremendo, se violaban entre vecinos y nadie decía nada (...) Había juntadas en las esquinas, después chicas más chicas embarazadas, más chorros, chorros era tremendo, ya no podías salir. (...) Hoy en día, ya te digo, no tengo más contacto porque ya no vivo más allá. Pero vos vas a la villa y cuántas chicas jovencitas ves que están todas llenas de pibes. Llenas y llenas y llenas.



Tal como es posible reconstruir a partir del discurso de Camila, los modos en que se construyen a las mujeres jóvenes de las zonas estigmatizadas distan de los de sus pares varones, mientras que sobre éstos pesa el estigma que los asocia a los robos y las “juntadas en las esquinas”, las jóvenes pueden ser vistas como “nenas” o chicas de poca edad embarazadas, “llenas de pibes” e incluso “violadas”. Según Elizalde, “cuando exhiben la marca de una pertenencia popular, son abrumadoramente vistas como jóvenes vulnerables o ‘en riesgo’: a quedar embarazadas, a contraer enfermedades de transmisión sexual, a consumir drogas, a ejercer la prostitución callejera, etc. (...) las más pobres son taxativamente ubicadas del lado de la vulnerabilidad –entendida formalmente como desposesión de derechos–, o del de su dudosa moral sexual. Y entonces son nombradas y tratadas como ‘nenas’ que han sido violadas a los 14 años, ‘jovencitas’ raptadas o abusadas, ‘menores’ de la calle, cuando no llanamente aludidas como, o sospechadas de, ‘putas’ o ‘putitas’, según las circunstancias”<sup>44</sup> (2015: 12). Así, siguiendo a la autora, es posible pensar que el estigma que pesa sobre estas jóvenes es ser sexualmente “ligeras” o “madres precoces”; “temor por el ‘rebalse’ de su sexualidad” que tiene como revés el miedo a que sean víctimas de abusos, violaciones o redes de trata (Elizalde, 2015).

Así, las significaciones y límites simbólicos que asocian determinados lugares con ciertas características sociales y morales de sus residentes, también están atravesados por ideas sobre los géneros, las cuales participan de la construcción del espacio y organizan las prácticas sobre el mismo.

### **3. Representaciones y efectos de género**

De manera hegemónica en el barrio las personas se identifican y son identificadas centralmente como varones o como mujeres y esas identificaciones tienen efectos prácticos. Especialmente, las lógicas del orden binario de sexo/género/deseo y, asociado a ello, las representaciones tradicionales en torno a los roles de género, tienen vigencia en la zona y orientan en gran medida las prácticas de diversxs actorxs. En nuestra sociedad, particularmente los estilos corporales, la estética y la vestimenta, están diferenciados en función de las construcciones genéricas, de modo que estos aparecen como organizadores para clasificar a las personas de manera binaria, como varones o como mujeres. En los barrios de Romero, los jóvenes varones suelen tener el pelo corto, muchas veces con rapados diversos y su look incorpora frecuentemente el uso de gorras. Acostumbran vestirse con jeans, joggings, shorts o

---

<sup>44</sup> La autora señala así las diferencias con las jóvenes de clase media quienes son representadas de manera esquemática como “potencialmente decisoras de sus vidas, empoderadas para elegir caminos alternativos a la domesticidad y en apariencia sexualmente liberadas de las prescripciones morales que impone el patriarcado” (Elizalde, 2015: 11).

pantalones deportivos y alguna camiseta de fútbol o remera, a lo cual puede sumarse una campera o buzo de algodón, acetato o tela de avión, de estilo urbano/deportivo. Si bien con el correr de los años la moda fue incorporando modelos cada vez más ajustados en este tipo de indumentaria masculina, aún esta dista de la femenina que suele ser aún más ajustada al cuerpo. Por su parte, muchas de las jóvenes visten calzas y remeras de modal o telas elastizadas que resaltan las curvaturas de sus cuerpos. Y la mayoría usa el pelo largo, ya sea suelto o recogido. En este sentido, mi look —el pelo corto, rapado a un costado y la indumentaria suelta— podía generar desconcierto. Particularmente, en mis primeras idas al barrio en el marco de los talleres organizados por La Organización, se puso en evidencia la extrañeza con la que me miraban lxs niñxs:

A lo largo del día varios niñxs, de entre 7 y 11 años se acercan y algunxs me preguntan el nombre, medio entre risas avergonzadas y se lo cuentan entre ellxs. Finalmente, una niña de alrededor de 10 años me pregunta si soy varón o mujer, le digo que soy mujer y le pregunto si parezco varón por el pelo corto, me dice que sí, pero que también por el pantalón y supongo que por mi apariencia en general. También más hacia el final del taller otro chico, Gonzalo, se me acerca y me pregunta el nombre, le digo que me llamo Paz, y me dice que parezco varón, dándome a entender que mi corte de pelo, especialmente el rapado al costado, es un corte varonil.

De manera similar, mientras charlábamos con Camila sobre la identidad de género de Laura, su amiga trans —anteriormente Tomás—, y mi orientación sexual —o más bien, construcción identitaria— lesbiana, me confesó el hecho de verme con un estilo “raro”.

Camila: Yo no tengo drama. Nos hemos cagado de risa con Tomás, tenemos la mejor. Jamás tuve drama con ese tema. Hay mucha gente de mi familia que sí. Por ejemplo, mi papá, que vaya alguien...

Paz: Sí, las generaciones más grandes capaz son un poco más cerradas.

Camila: sí, ¿no? ¿y tu viejo?

Paz: Sí, no sé, capaz que al principio les costó un poco, por prejuicios que tenían ellos, no sé... Pero después me vieron a mí, re normal [lo digo medio en broma y nos reímos].

Camila: Sí, igual vos tenés una onda medio rara [risas]

En la sociedad existen “generolectos” o “estilos de género”, es decir, modos culturales de actuar y hablar que reconocemos como típicos de uno u otro sexo, códigos que nuestra cultura nos ha enseñado reconocer como masculinos o femeninos (Castellanos, 2007). A partir de estos códigos las personas son clasificadas en términos binarios, como varones o como mujeres. El género es un ideal normativo producido por medio de prácticas reguladoras del orden de la “heterosexualidad obligatoria” que generan relaciones de coherencia entre sexo, género, práctica sexual y deseo. Así, “la univocidad del sexo, la coherencia interna del género y el marco binario para sexo y género se consideran ficciones reguladoras que consolidan y naturalizan los regímenes de poder convergentes de la opresión masculina y heterosexista” (Butler, 2007: 99).

De este modo, las identidades que se desplazan de tales marcos binarios muchas veces son vistas con extrañeza e incluso negadas, invisibilizadas y/o violentadas.

En los barrios por los que transité, las construcciones que se fugan del binomio varón-mujer, como por ejemplo la identidad de mujer trans de Laura, muchas veces no son reconocidas como tales, incluso dentro de las propias familias o redes vinculares. Si bien Laura –con 24 años de edad– había comenzado un proceso de transexualidad a los 17 años, tanto Camila –su amiga–, como su madre –Mónica– y su hermana –Josefina– la continúan llamando “Tomás” y se refieren a ella en masculino.

Camila: Josefina tiene el hermano que es varón, pero es nena, ¿me entendés? se llama Tomás, pero se hace llamar Laura.

Mónica: Yo le digo él, no le digo ella. Para mí, es Tomi o Tomás. Yo se lo dije, no pretendas que yo te llame Laura porque no me va a salir llamarte Laura.

Josefina: Sí, yo intento, me re cuesta. ‘¿Cómo Tomás?’ me dice, ponele, cuando salimos a bailar o algo así, ‘no me digas Tomás’

Mónica: Yo no le puedo decir ella, no me sale.

Josefina: Pero como lo vemos de hombre, de mujer, de hombre, de mujer, es como que... Hace poco estaba de hombre, no la voy andar llamando Laura estando vestido de hombre, no cuadra, ¿entendés? Yo le dije, cuando te hagas el documento, cuando ya estés bien, yo voy a hacer todo el esfuerzo para llamarte Laura, porque por ahí a vos te agarra la locura y te volvéis hombre de vuelta. Por eso, cuando él ya esté bien definido... porque no es fácil decirle de un día para otro Tomás o Laura.

Mónica: Encima de hombre es re lindo.

Josefina: Es divino, pero bueno, él es así. Es divino de las dos maneras igual, si se pone las pilas y se viste como corresponde, de mujer bien, bien de mujer, ¿me entendés? se hace las lolas y hace, tampoco va a ser feo... Yo ponele, ahora te conozco como Paz y vos vas mañana y te sale barba, haces tratamiento, y yo te conocí de una manera y es difícil después empezar a tratarlo de otra, a mí no me molesta, que se vista como quiera es la vida de él.

Mónica: El padre odiaba que se vista de mujer. (...) Queremos que sea alguien en la vida, porque ya a llegar cierta edad que no va a tener nada, no va a ser nadie, no va a tener un estudio, no va a tener un trabajo serio, es jodido. Nosotros le dijimos con el padre, si vos tenés una profesión nadie te va a discriminar porque vos tenés una profesión, vas a ir a buscar trabajo y si tenés una profesión, trabajo te lo van a dar, porque tenés un título, y vos teniendo un título no te pueden discriminar, porque es así.

Josefina: Te discriminan igual por eso, en todos lados.

Acorde con las representaciones sociales hegemónicas en el barrio, y de igual modo en la sociedad, Laura es clasificada en función de las lógicas binarias de construcción de los géneros. Su madre y su hermana no solo cuestionan su transexualidad, sino que además le reclaman coherencia, es decir, que se defina como hombre o como mujer y que actúe en función de dicha elección. Así, no solo le son negadas formas de identificación más fluidas, sino también la posibilidad de que su propia construcción identitaria no se encuentre asociada de manera lineal a cierto “estilo de género”. En función de su vestimenta y prácticas de estilo corporal –por ejemplo, el maquillaje o la depilación– Laura es concebida como “más varón” o “más mujer”. Tales prácticas no simplemente expresan una identidad de género, sino que por medio de las mismas estas se construyen y materializan. Así, tales ficciones identitarias tienen efectos prácticos sobre lxs actores y sus corporalidades, en cuya materialidad se hacen presentes los

efectos de inscripción que acompañan a las performances (Preciado, 2011). La identidad trans de Laura tensiona el sistema binario de género. Siguiendo a Goldner “el género es una verdad falsa pues, por un lado, la oposición binaria masculino-femenino es supraordenada, estructural, fundante y trasciende cualquier relación concreta; así masculino/femenino, como formas reificadas de la diferencia sexual, son una verdad. Pero, por otro lado, esta verdad es falsa en la medida en que las variaciones concretas de las vidas humanas rebasan cualquier marco binario de género y existen multitud de casos que no se ajustan a la definición dual” (citado en Lamas, 2004: 17).

Para ser considerada mujer, Laura tiene que, en primer lugar, vestirse y tener una corporalidad acorde al modo hegemónico de concebir los cuerpos y estéticas de las mujeres. E incluso, practicando tales gestos identitarios, muchas veces su identidad de género elegida le es negada:

Laura: Yo sufrí mucho la discriminación, igual, a mí, yo soy una persona que a mí siempre todo lo que digan los de afuera me chupó todo un huevo, me chupa un huevo lo que diga la gente, porque si me deprimó porque la sociedad no me acepta... pegate un tiro porque no tenés suficientes fuerzas como persona para asumir tu sexualidad y demostrar a las personas de que vos sos una persona igual que ellos, que tenés todos los mismos derechos igual que una persona heterosexual, entonces con ese sentido, vos sos vos y podes ser un montón de cosas, ¿no?

Paz: Sí, también así la sociedad va cambiando...

Laura interrumpe: La sociedad nunca va a cambiar la manera de pensar. No, mi amor, porque siempre vayas al lado que vayas te van a discriminar. ¿Me equivoco? ¡No! No me equivoco, es así.

Paz: No sé, yo espero que vaya cambiando...

Laura: No, mi amor, yo hace 7 años que soy... que me pongo una bombacha y un par de tacos y un corpiño y la sociedad siempre te va a mirar con una mala cara o vas a recibir un ‘puto’ ‘torta’ o ‘trollo’.

Laura, cuando comenzó su proceso de transexualidad a los 17 años, no solo sufría violencias y discriminaciones por parte de sus vecinxs, sino también fue echada de su casa por su padre, quien no aceptaba su identidad de género. Además, vivió múltiples violencias en su tránsito por el sistema educativo, así como numerosas violencias institucionales por parte de la policía, particularmente, en sus estancias por las noches en la llamada “zona roja” del casco urbano platense, en las que se dedicaba al trabajo sexual como forma de subsistencia económica. Las concepciones hegemónicas en torno a los géneros se traducen en múltiples formas de discriminación. Si bien en la presente tesis no me dedico específicamente a analizar las violencias ejercidas contra las disidencias sexo-genéricas, es importante mencionar que las mismas funcionan a modo de disciplinamiento sobre las diversas corporalidades, identidades y prácticas, particularmente sobre aquellas que se corren o desplazan del orden binario de sexo/género/deseo, es decir, de las maneras hegemónicas de concebir los sexos, la sexualidad, las identidades de género y los roles asociados a cada género.

Sin dejar de reconocer la presencia de diversas identidades en estos barrios, las categorías hegemónicas disponibles a partir de las cuales las personas son clasificadas y se clasifican, son

las de varón o mujer. Y la mayoría de lxs jóvenes que conocí se reconocen identitariamente a partir de estas y actúan los géneros asociados al sexo que les ha sido asignado. El género es constitutivo de numerosas experiencias sociales, como la organización de las familias, la división del trabajo en los hogares, la sexualidad, los modos de construcción de parejas, la maternidad y la paternidad, la espacialidad y la movilidad, las violencias, entre otras. Pero a la vez, por medio de estas se construyen y materializan los géneros. Particularmente en los barrios por los que transitó mantienen su vigencia ciertas concepciones y valores tradicionales sobre los roles de géneros que, si bien coexisten con dinámicas alternativas, son centrales para comprender muchas de sus prácticas.

#### **4. ¿Jóvenes “ni-ni”? Educación y trabajo**

Lxs jóvenes protagonistas de esta tesis tienen entre 14 y 22 años, aunque también otrxs pasan los 25. Varixs de ellxs están estudiando, tratando de terminar el secundario, haciendo el FinEs e incluso algunxs pocxs están haciendo carreras universitarias o terciarias, como es el caso de Matías. Algunxs, como Nicolás, no habían podido terminar la primaria y no se encontraban estudiando, ni trabajando de manera fija, aunque eventualmente conseguían alguna changa<sup>45</sup>. Algunxs jóvenes interrumpieron su escolarización y su situación oscila entre trabajos precarios y temporales y momentos de desempleo. Otrxs solo trabajan, pero la mayoría combina estudios con trabajos ocasionales, principalmente changas ligadas a la construcción, en el caso de los varones, y trabajos domésticos o de cuidado, las mujeres. Incluso a veces dichas labores son realizadas de manera no remunerada. Lxs jóvenes que conocí suelen participar en instituciones diversas, programas educativos, organizaciones políticas, barriales o religiosas, programas sociales, así como en clubes, espacios o actividades deportivas o recreativas.

Mi tránsito por instituciones educativas y/o programas sociales me permitió acceder a ciertas representaciones sociales sobre lxs jóvenes de la localidad, ampliamente sostenidas por lxs trabajadorxs de las mismas, las cuales lxs construyen como con “poca perseverancia” o “poca constancia” que tienden a abandonar sus actividades socio-educativas o laborales, ya sea el colegio, el Enviñ, el FinEs y/o sus trabajos. Por ejemplo, en relación a quienes participan del Programa Enviñ, Vanesa –una psicóloga del equipo técnico– me comentaba:

Paz: Y más allá del cupo ¿el grupo que efectivamente estaba viniendo... cuántos son?

Vanesa: Y fijo... ponele que son 8 chicos y chicas, ponele que en cada grupo vienen 8, después de golpe vienen un par más, y después no aparecen por un mes, de golpe se llena y de golpe son 4. Por la constancia, que no tienen constancia. O sea, uno trata de no verlo así, uno trata de verlo de otra manera, pero en lo real es así, no tienen mucha constancia en la escuela, si empiezan una actividad o un trabajo... todo cortan.

---

<sup>45</sup> Trabajo ocasional e informal, generalmente de poca monta.

Del mismo modo, muchxs de lxs referentes barriales o actorxs institucionales al describir a lxs jóvenes de la localidad señalan como problemático el hecho de que varixs de ellxs tienen “poca continuidad” en sus actividades, “no hacen nada”, “no trabajan, no estudian” y “están en la vagancia”. En una línea similar a la idea de “poca constancia”, ciertas representaciones sociales de amplia difusión a nivel mediático construyen a muchxs de lxs jóvenes de sectores populares como un problema, principalmente al presentarlx como jóvenes “ni-ni”, es decir, que supuestamente ni trabajan, ni estudian, consideración que no solo individualiza problemáticas estructurales, sino que, a la vez, responsabiliza a lxs propixs jóvenes por su situación.

Los datos estadísticos muestran que entre los sectores populares es mayor el porcentaje de jóvenes económicamente inactivos que no estudian y también evidencian las brechas de clase en términos del acceso, permanencia y finalización de los estudios en todos los niveles del sistema educativo (Semán y Ferraudi Curto, 2016). En línea con esto, durante mi trabajo de campo noté que recurrentemente muchxs jóvenes faltan a sus clases en sus colegios o FinEs, se quedan libres y repiten, abandonan o se cambian de los mismos, que faltan numerosas veces a los talleres del Programa Envión o que oscilan por diversos trabajos. Pero por otro lado, mi trabajo de campo también me permitió complejizar aquellas miradas e interpretar las situaciones de lxs jóvenes en función de las múltiples dificultades que ellxs atraviesan y que se convierten en trabas para el acceso a este tipo de derechos. Estas no se vinculan con una falta de voluntad o de perseverancia, sino con diversas desventajas relacionadas a su situación socioeconómica o, dicho en palabras de Saraví (2004), a la “acumulación de desventajas” de estos sectores, las cuales a la vez, se entrecruzaban con otras dimensiones de desigualdad, como las asociadas al género. De este modo, el mantenimiento de tales actividades supone sostenidos esfuerzos en un contexto de múltiples dificultades que obstaculizan el acceso y la permanencia en las mismas.

Tanto la escolarización como el trabajo suelen aparecer dentro del horizonte de expectativas y ser actividades valoradas por lxs jóvenes. La situación de éstxs en relación al sistema educativo resulta ilustrativa de las dificultades implicadas en su sostenimiento. La idea de la escolaridad como medio de acceso a mejores opciones laborales es promovida por la mirada de lxs adultxs y fundamentalmente de lxs actorxs institucionales de diversas organizaciones y programas implementados en el barrio. Lxs referentes y trabajadorxs de programas como el FinEs y el Envión sostienen la importancia de la inclusión educativa de lxs jóvenes y sus discursos institucionales apuntan a defender su continuidad o reinserción en el sistema educativo. Relevancia que también suele ser destacada por lxs padres/madres de lxs jóvenes. Por su parte, para lxs niñxs del barrio ir a la escuela y estudiar son consideradas como unas de las actividades que más les gustan hacer. Del mismo modo, muchxs jóvenes valoran la posibilidad de

escolarizarse: el acceso a la educación es asociado a la posibilidad de obtener un “buen trabajo” y así “ser alguien” y poder tener un “mejor futuro”, mientras que la falta de estudios aparece vinculada a mayores dificultades laborales y acceso a trabajos más explotados. A su vez, el hecho de no saber leer y/o escribir es motivo de vergüenza y humillación. Así, quienes están en la secundaria planean hacer estudios terciarios y/o universitarios e incluso dicha idea también aparece dentro del horizonte de expectativas o deseos de algunxs jóvenes que no terminaron la primaria. La mayoría quiere y se esfuerza por finalizar sus estudios, aunque muchxs no logran concretarlo. Varixs jóvenes faltan, se quedan libres, se cambian de colegios y/o abandonan el sistema escolar.

Esta situación se explica en función de una diversidad de factores. Las instituciones escolares presentes en los barrios de lxs jóvenes tienen diversas deficiencias en términos de infraestructura. Por ejemplo, uno de los colegios de la zona<sup>46</sup> al que asisten muchxs de lxs jóvenes cuenta solo con los tres primeros años de la secundaria, por lo cual lxs propixs estudiantes deben buscar nuevas opciones educativas para terminar el ciclo, situación que genera gran deserción escolar, además de las dificultades vinculadas al hecho de tener que cambiar el círculo escolar de amigxs, alejarse del barrio y costear el transporte para llegar a otra institución. Por su parte, la escuela primaria y secundaria de Gran Jardín, a la que concurren la mayoría de lxs jóvenes de Los Mirasoles, aparece referenciada tanto por jóvenes como por adultxs como una escuela de baja calidad educativa, en la que “no se aprende nada” –situación recurrente en los barrios de sectores populares dada la gran segmentación del sistema educativo argentino (Salvia, 2008)–, por lo cual algunxs de ellxs buscan cambiarse de institución, incluso a una más lejana. A su vez, las deficiencias del sistema de transporte público dificultan el acceso a la misma. Así, ambas instituciones presentan problemas en términos de infraestructura y no dan abasto con las necesidades en relación a la matrícula de estudiantes.

Otras cuestiones abonan a que lxs jóvenes falten, se queden libres, repitan y/o se cambien de colegio. Entre ellas, se destacan las mudanzas de sus familias, relacionadas tanto con la situación habitacional precaria en la que la mayoría se encuentran como con los desalojos, con la búsqueda de progresos económicos o con el objetivo de evitar situaciones de violencia. Pero también influyen las peleas entre jóvenes al interior de la escuela, los conflictos con profesorxs y directivxs, las expulsiones por parte de las instituciones, especialmente en el caso de repitientes o jóvenes que quedan “desfasadxs”. Por su parte, también se destaca la necesidad, en algunos casos, de conciliar la educación con el trabajo y/o con la maternidad o el cuidado –principalmente en el caso de las mujeres–.

---

<sup>46</sup> Omití de manera adrede el nombre del colegio y del barrio para preservar el anonimato.

Además, existen otras dificultades que atraviesan jóvenes y niñas en sus intentos por sostener sus actividades escolares, algunas de las cuales afectan especialmente a las mujeres. La charla con una adolescente de 13 años que asiste a los talleres con niñas y adolescentes realizados los sábados por La Organización en Los Mirasoles resulta ilustrativa al respecto:

Mientras lxs niñas estaban realizando sus actividades de apoyo escolar me pongo a charlar con Aldana. Me cuenta que tiene 24 faltas y que se está por quedar libre del 1º año de la escuela de Gran Jardín a la que asiste. Yo le pregunto por qué falta tanto a las clases y me dice que por diversas razones: por la lluvia, porque pierde el colectivo, porque tiene que cuidar a sus sobrinitas y porque se queda dormida. Me dice que la despierta su mamá, pero que a veces ella también se queda dormida porque trabaja mucho y está muy cansada. (Nota de campo)

Cada una de estas explicaciones remite a diversos aspectos que se presentan en la cotidianeidad de muchxs de lxs jóvenes. En primer lugar, la problemática de las inundaciones, la falta de pavimentación del barrio y las dificultades de transitabilidad en días de lluvia, principalmente cuando no se dispone de transporte particular. En segundo lugar, las deficiencias del sistema de transporte público, sumado a las dificultades de varixs jóvenes, principalmente las más chicas, para circular solas por el barrio, dados los miedos e inseguridades en torno a lo que les pueda suceder<sup>47</sup>. Tal como señala Jirón (2007) las experiencias de movilidad son un aspecto clave en la calidad de vida urbana y reflejan una accesibilidad diferenciada a espacios de educación, empleo, salud y recreación, así como las desigualdades que se viven en las ciudades, entre las cuales la dimensión de género es central. En tercer lugar, la dificultad de las madres de lxs jóvenes de conciliar el trabajo con el cuidado. De la mano de ello y, en cuarto lugar, la carga sobre algunas jóvenes acerca de la realización de diversas tareas en el hogar y, especialmente, de cuidado. Esta última cuestión es una dimensión destacada en las experiencias de las mujeres jóvenes que conocí, muchas de las cuales recurrentemente deben faltar a sus colegios y/o actividades dada la necesidad de cuidar a sus hermanitxs o sobrinxs más chicxs, mientras sus padres/madres trabajan. Dimensión que se profundizaba en el caso de las que quedan embarazadas y tienen hijxs. Justamente, en tanto el cuidado recae casi exclusivamente sobre ellas, se les presentan dificultades para conciliar dicha labor con otras actividades laborales o formativas, por lo cual, tal situación conlleva en algunos casos al abandono de la escolaridad y/o de la participación en trabajos remunerados. Así, muchxs de lxs jóvenes que supuestamente ni trabajan, ni estudian, son mujeres que se dedican al cuidado de sus hijxs o hermanxs y/o realizan labores domésticas (de León, 2017). Por su parte, dentro de lxs jóvenes, los varones suelen tener inserciones laborales más favorables que las mujeres, para quienes se recrudece la precariedad e informalidad que caracteriza al acceso a este derecho para dicho grupo social y etario (Benassi,

---

<sup>47</sup> Esta cuestión es abordada con mayor profundidad en el siguiente capítulo.



2017). En esta línea ciertos trabajos actuales sobre la temática (Faur, 2014) afirman que la desigualdad de género y la pobreza se retroalimentan.

La mayoría de quienes no pudieron finalizar sus estudios –ya sean primarios o secundarios– muestran deseos por retomarlos y finalizar el ciclo. Sin embargo, dichos deseos se topan con trabas y dificultades diversas. Varixs jóvenes de la zona que por una u otra causa debieron interrumpir su escolarización y tienen deseos de retomar, e incluso quienes repitieron dos o más veces y quieren continuar en la misma institución educativa, no pueden hacerlo por trabas vinculadas a la cuestión etaria. Tal como me explicó Cintia, trabajadora del sector de políticas sociales de la Delegación de Melchor Romero, hay un “bache” de los 14 a los 18 años, por lo cual muchxs jóvenes “quedan boyando”:

Le pregunté a Cintia si lxs chicxs de 16 años pueden ir al FinEs que se dictaba en la Delegación y me dijo que no, que solo es para mayores de 18. Me explicó que lxs jóvenes de 14 a 18 años “son chicos para la escuela de adultos y grandes para el secundario”. Dijo que el problema es que en las escuelas secundarias muchas veces no hay vacantes o no lxs aceptan por la edad, especialmente si son tildadxs de “quilomberos”. En la mayoría de las secundarias de la zona, a lxs “repetidores”, que tienen 14 o 15 años y deben cursar los primeros años, ya no lxs aceptan. Me dijo que a veces no hay matrícula, pero también no lxs incluyen porque “no puede haber chicos de 14 o 15 años con chicos de 11 o 12, porque se generan problemas... a veces los más grandes se pelean con los más chicos”. Por otro lado, al igual que sucede con el FinEs, los programas para adultxs también son para mayores de 18 años. Hay un solo colegio que acepta en esa edad que es la Escuela media N° 11, ubicada en 526 entre 24 y 25, pero “andá a encontrar vacante...”. (Nota de campo)

Muchos de los programas de terminalidad educativa como el FinEs son para mayores de 18 años, al igual que los colegios para adultxs. Por su parte, quienes repitieron varias veces, o interrumpieron su escolarización algunos años, no son aceptadxs en sus respectivos colegios secundarios por ser “muy grandes” para el año que les corresponde. Así, lxs mismxs jóvenes explican su rechazo diciendo que a tal institución “no les gustan lxs repetidores” y “no quieren que lxs más grandes estén con lxs más chicxs”. Esxs jóvenes expulsadxs de los colegios primarios o secundarios tampoco pueden ingresar a los FinEs, ni a los programas para adultxs porque no tienen los 18 años necesarios para ser aceptadxs.

De manera relativamente similar, mi experiencia en los talleres del Programa Envión, así como mi asistencia a algunas clases del FinEs dictadas en la Delegación municipal de Romero y las charlas con referentxs de la zona, me permitió ver que las faltas o el abandono de lxs jóvenes en la participación en este tipo de actividades no se vincula con una supuesta “poca constancia” o con desinterés por parte de estxs, sino más bien con las diversas dificultades cotidianas mencionadas implicadas en el sostenimiento de dichas actividades, en un contexto de deficiencias institucionales y barriales que obstaculizan su acceso.

En cuanto a la situación laboral de lxs jóvenes, los principales trabajos disponibles para ellxs son trabajos precarios e informales. Tal como ha sido señalado (Benassi, 2017), lxs jóvenes de sectores populares son uno de los grupos etarios más perjudicados por las mutaciones en el mercado de trabajo desarrolladas en el país a partir de la década del 70; y aún con la recomposición económica post 2003 y la disminución del desempleo, continuó siendo elevada la flexibilidad y precariedad laboral que afectaba especialmente a dicho grupo etario.

Las actividades más frecuentes son trabajos en la construcción en el caso de los varones y labores de cuidado o tareas domésticas en el caso de las mujeres, generalmente realizadas de manera informal y ocasional. Muchas veces éstas son realizadas en el marco de intercambios familiares o barriales. Dado que muchxs vecinxs van refaccionando sus casas buscando reemplazar con material las construcciones de madera, ocasionalmente los jóvenes varones consiguen changas en la construcción con vecinxs y conocidxs del barrio. Trabajos sumamente informales, a veces intercambiados por otros bienes:

Nicolás me cuenta que estaba en lo de Sabrina ayudando porque están haciendo el piso de cemento en la casa. A cambio de su ayuda Norma, la madre de Sabrina, le había dado unos sándwiches para almorzar y también le había dicho que después le iba a dar unas cervezas, por lo cual Nicolás estaba contento. (Nota de campo)

Javier me cuenta que de vez en cuando hace trabajo de albañilería, pero que a él le gustaría conseguir trabajo en el frigorífico de Gorina para obtener algo más fijo. Me dice que en cambio lo de albañil depende de cuando lo llaman. Ahora estaba haciendo un trabajo de albañilería en la casa de al lado de la suya, para unxs vecinxs que se habían mudado hace poco al barrio. (Nota de campo)

Situación similar se da en el caso de las mujeres, pero en el marco de labores de cuidado o tareas domésticas:

Pilar dice que trabaja cuidando a su sobrino, el dinero que gana le sirve para sus gastos y consumos, pero también una parte se la da a su madre para ayudar con las compras para la casa. (Nota de campo)

Algunxs jóvenes contribuyen en trabajos o emprendimientos familiares, ya sea en quioscos o comercios o ayudando en la producción de comidas luego vendidas en el barrio. De hecho, muchos de estos negocios funcionan en las casas de las familias. Muchos de los varones ocasionalmente trabajan en las quintas de la zona, ya sea armando invernáculos o cosechando. También son de importancia la participación en cooperativas de trabajo en comedores y centros barriales, en tareas de limpieza y recolección de residuos.

Muchos de lxs jóvenes, en especial quienes pasan los 20 años, desean conseguir un empleo más estable y en mejores condiciones de contratación. Por ejemplo, Santiago, un joven de 25 años de Los Mirasoles, que había abandonado la escuela primaria de Gran Jardín cuando sus padres se habían separado –dada la necesidad de trabajar para obtener dinero y contribuir a su

familia aminorando la pérdida de ingresos que implicó dicha separación—, destacaba sus deseos por retomar sus estudios para conseguir un trabajo “más bueno” y “más seguro”.

Paz: ¿Y terminaste la primaria?

Santiago: No, dejé, 8° deje. Estaba bueno, pero la dejé porque empecé a laburar...

Paz: ¿Y nunca intentaste retomar el FinEs, nada?

Santiago: No, tengo que terminar, igual, sí, lo quiero terminar, lo voy a terminar. Por ahí, no sé... quiero entrar a algún laburo y me piden tener completos los estudios. Estaría bueno entrar a algún laburo, pero te piden eso. ¿Entendés? Para entrar a algún laburo más bueno, algo que no sea albañilería, te piden eso. Terminar los estudios y eso. Tengo que terminarlo igual porque capaz que sale algún laburito bueno, otro laburo. (...)

Paz: Y de acá a algunos años, ¿qué te gustaría estar haciendo?

Santiago: Y estaría bueno, yo que sé, otro laburo más bueno... algo más bueno, entrar en alguna empresa, yo que sé, algo en blanco, que te paguen mejor.

Paz: ¿Vos has tenido laburo en blanco?

Santiago: No, hasta ahora no. Tipo en negro, sí. laburaba con mi abuelo. Agarraba él por su cuenta, trabajo en la construcción de piletas y yo lo ayudaba... No, pero sí, estaría bueno, agarrar algún laburito así, algo más seguro.

En muchos casos, reconocen sus empleos como “explotados”, donde los “negrean”, pero de todos modos el hecho de tener trabajo aparece como una cuestión valorada y la posibilidad de acceder a una mejor forma parte del horizonte de expectativas. La opción por formarse para trabajar en la policía, en el servicio penitenciario o formar parte del servicio militar aparece como tentadora para varixs, en tanto constituye una oportunidad de tener un trabajo estable y con un sueldo relativamente elevado, frente a la precariedad e inestabilidad de los puestos a los que suelen tener acceso. Para quienes aún viven en su hogar de origen, los ingresos generados por el trabajo sirven para cubrir sus necesidades y consumos personales —principalmente ropa, celulares, accesorios y gastos en salidas y entretenimiento—, aunque también una parte del mismo puede ser destinada a contribuir a la manutención familiar. La situación económica familiar de lxs jóvenes es diversa, pero en algunos casos, incluso cuando algunxs de sus miembrxs están empleados, encuentran dificultades para resolver consumos básicos. Es que, tal como señalan Semán y Ferraudi Curto (2016) incluso en el contexto de recuperación económica post 2003, la falta de creación de empleos continuos y protegidos dio lugar a la multiplicación de la figura del trabajadorx que, dada la informalidad, inestabilidad y bajas remuneraciones del mercado de trabajo, no llega a sobrepasar la línea de pobreza por ingresos.

Quienes se han independizado de su familia de origen y han formado su propio hogar, especialmente en el caso de los varones, el acceso al trabajo resulta clave para la subsistencia familiar y la escasez del mismo aparece como una de las principales preocupaciones.

Francisco [joven de 26 años de Los Mirasoles]: Yo digo, yo quiero laburar, a mí no me gusta estar al pedo, te puedo estar al pedo 2 o 3 días, pero después me siento incomodo, ¿viste? de estar al pedo, aburrido, sin hacer nada, sabiendo que tengo familia y que tiene que comer todos los días. Es jodido. A veces a mí me da desesperación y no sabes para donde disparar. Este... yo me he ido a barrer calles, hice... lo que todos dicen ‘no, yo ni en pedo haría esto’ yo lo hice. Para darle de comer a mi familia. Para mantener a mis propios vicios también. (...) Yo digo, hoy en día... para esta fecha, a esta altura

del mes, ya tendríamos que estar todos trabajando normal digamos, pero yo no trabajo normal, yo trabajo, agarro un trabajo... no sé de 15 días y después estoy 10 días al pedo. (...) Pero tenés que tener esa suerte de que el laburo sea continuo, yo hasta ahora no tuve esa suerte, ya te digo, laburé máximo seguido fueron 3 meses, de noviembre a enero, después chau, hasta ahora tuve changas nomás, cosas chiquitas. Va, me voy a trabajar, me meto en la política, hago de todo.

En el barrio mantienen vigencia las representaciones sociales tradicionales respecto a las responsabilidades diferenciales de varones y mujeres en relación con el trabajo remunerado y el doméstico no remunerado. Y ello se traduce en las prácticas: las mujeres, tanto adultas como jóvenes, suelen ser las principales encargadas de las labores domésticas y de cuidado al interior de sus hogares, incluso cuando ellas se combinan con actividades rentadas. Por su parte, persiste el ideal de varón asociado a la provisión económica del hogar e incluso algunas jóvenes –y también sus madres– se han visto en la necesidad de abandonar ciertos empleos porque a su padre “no le gustaba que trabaje” (Romina). Tal como señala Faur (2006) “el modelo de sociedades basadas en hombres proveedores y mujeres amas de casa, se encuentra presente en las imágenes –por momentos nostálgicas– de muchos hombres contemporáneos”; así, “aunque se han ido legitimando diferentes modelos familiares, continúan primando las concepciones más tradicionales en relación con la valoración del papel masculino como proveedor económico, y su vinculación con atributos de protección, de autoridad legítima y de soporte moral de las familias” (p. 136).

Lxs jóvenes de sectores desaventajados atraviesan numerosos obstáculos para la obtención de “buenos trabajos”, es decir trabajos formales con salario regular y coberturas sociales (Salvia, 2008; Margulis y Urresti, 2008). Y, particularmente, con el cambio implicado a partir de la derrota del Frente Para la Victoria<sup>48</sup> y el acceso al gobierno de la coalición Cambiemos, los efectos de sus políticas en términos de desempleo y, especialmente a nivel municipal, la reducción del personal en cooperativas de trabajo, ciertxs moradorxs vieron perjudicado su empleo, lo cual implicó nuevos malestares asociados a dificultades económicas.

Cintia [trabajadora de la Dirección de Políticas Sociales de la Delegación municipal de Romero] me dice que “el trabajo va decayendo, antes del cambio de gobierno había mucho trabajo en cooperativas, pero se hicieron recortes de personal... Antes había 12 camiones de recolección de residuos, ahora hay dos”. Afirma que “a esta gestión no le importa la gente, son muy burocráticos... Al que se le inundó la casa tiene que venir a trabajar a la cooperativa por más de que esté con sus hijos y la casa inundada”. (Nota de campo)

Paz: Y en general ¿los jóvenes tienen laburo?

Gabriel [Miembro de una organización de vecinxs de Los Mirasoles]: Trabajos informales, muy poco... yo algunos chicos conozco que por ahí se juntan<sup>49</sup>, pero tienen más trabajo informal, de albañilería, trabajos de temporada, changas, pero no, no hay trabajo para los jóvenes. Es lo que nosotros vemos con respecto a la gente... acá tenemos las cooperativas que las han recortado... Por eso es que también es un tema muy duro, las cooperativas son cooperativas municipales, quizás antes

<sup>48</sup> Coalición política argentina fundada en 2003 que gobernó el país durante los periodos 2003-2007 (Néstor Kirchner), 2007-2011 (Cristina Fernández) y 2011-2015 (Cristina Fernández).

<sup>49</sup> Se emparejan

se trabajaba más... por ahí la gestión anterior generaba eso de las cooperativas y tenía otra mirada del cooperativismo entonces por ahí quizás había más cooperativas... Nos parece que no hay una mirada para el cooperativista. Y ahora estamos en un momento donde por ejemplo el hospital público tiene un revuelo donde no entra gente, no hay movimiento de gente. El frigorífico... por ahí la carne está muy cara, entonces no se vende y no hay movimiento, entonces todo eso hace que se ponga más denso y complicado.

Así, la falta de trabajo en la zona –y especialmente para lxs jóvenes– y el recrudecimiento de la situación de precariedad y desempleo, es reconocido como un problema tanto por lxs propixs moradorxs, como por referentes institucionales y barriales. Asociada a la cuestión laboral, pero también a los problemas para el acceso a la tierra y la vivienda, una de las dificultades de lxs jóvenes del barrio radica en la posibilidad de independizarse económicamente de sus familias. Tal como señalaba Liliana “acá hay muchísimos jóvenes, hay muchas pibas que fueron mamá muy jovencitas y no pueden trabajar... Hay muchas parejas que no tienen un lugar para vivir y que están dependiendo de los padres”. Así, varios de los hogares de los barrios de Romero que conocí están compuestos por tres generaciones y muchxs de lxs jóvenes protagonistas de esta tesis habían convivido con sus abuelxs, del mismo modo en que sus hijxs –en algunos casos– viven en la casa de lxs padres/madres de dichxs jóvenes.

## **5. Conclusiones del capítulo**

Para comprender las acciones de lxs jóvenes, sus dinámicas de sociabilidad y las violencias que lxs involucran resulta fundamental entender ciertos aspectos del contexto en el que viven y en el que crecieron. Por ello, en el presente capítulo me ocupé de describir a la localidad y los barrios en los que se realizó la presente investigación y especialmente de explorar las implicancias asociadas al vivir y ser joven en Melchor Romero.

Melchor Romero y sus barrios son identificados en la actualidad con ciertas mejoras materiales e infraestructurales respecto a lo que era hace una década y media atrás. De la mano de estas mejoras diversxs moradorxs perciben a los mismos como relativamente “tranquilos”, especialmente en relación a un pasado concebido como más inseguro. Pero si bien en la localidad se evidencia el progreso asociado al proceso de urbanización de los últimos años, ellas no fueron suficientes para revertir ciertas desigualdades estructurales de más largo alcance y, especialmente, en la cuestión del hábitat y la vivienda se ponen de manifiesto las persistencias de precariedades y exclusiones.

En la localidad se evidencian las desigualdades socio-espaciales en su interior y la existencia de zonas relegadas, así como la falta de inversión estatal para garantizar el acceso a servicios y derechos básicos para sus moradorxs. Las diversas problemáticas de Romero, particularmente de dichas zonas, afectan la vida y experiencias de las familias que integran lxs jóvenes protagonistas

de esta tesis. Ellxs atravesaron diversas dificultades económicas y muchas de sus familias tuvieron problemas para resolver la cuestión habitacional. A su vez, las deficiencias en relación a la prestación de servicios diversos en sus lugares de residencia y las dificultades asociadas a la falta de obras infraestructurales afectan en gran medida sus cotidianidades. Allí subsisten diversas problemáticas de índole social, y especialmente, la cantidad de familiares y/o conocidxs muertxs de lxs jóvenes da cuenta de los modos más extremos en que los índices de precariedad y conflictividad impactan en sus vidas. Si bien existen diversas instituciones que trabajan sobre las problemáticas de estos barrios, una visión compartida por lxs diversxs actorxs sociales e institucionales es la sobrecarga de necesidades, frente a los pocos recursos –materiales y sociales– para brindar respuestas.

A su vez, las desigualdades sociales, materializadas en ciertas configuraciones espaciales, se asocian a la construcción de significaciones morales y estigmas que pesan sobre quienes habitan en las zonas más precarias. Especialmente los estereotipos representan a los jóvenes varones como “delincuentes” mientras a las mujeres lo hacen como “chicas embarazadas” y “llenas de pibes”.

Lxs jóvenes atraviesan múltiples dificultades que obstaculizan el acceso y/o sostenimiento de la educación y el trabajo. Estas y otras actividades suelen aparecer dentro del horizonte de expectativas y son valoradas por lxs jóvenes. Sin embargo, diversos aspectos asociados a su cotidianidad dificultan su asistencia y permanencia en las mismas, algunos de los cuales afectan especialmente a las mujeres. Así, las faltas o el abandono de lxs jóvenes de sus colegios, sus trabajos y otras actividades no se vincula con una supuesta “poca constancia” o con desinterés por parte de ellxs sino más bien con diversas dificultades cotidianas implicadas en el sostenimiento de dichas actividades. El tiempo de lxs jóvenes muchas veces debe ser ocupado en el cuidado de otrxs –principalmente en el caso de las mujeres– y/o en la realización de trabajos que contribuyan al sustento económico de sus familias. Asimismo, ciertas deficiencias institucionales y barriales obstaculizan el acceso a recursos, programas y derechos.

A su vez, los principales trabajos disponibles para ellxs son precarios e informales. Las actividades más frecuentes son trabajos en la construcción, en el caso de los varones, y labores de cuidado o tareas domésticas en el caso de las mujeres. Estas suelen ser realizadas de manera informal y ocasional, y muchas veces se dan en el marco de intercambios familiares o barriales. Particularmente, con el cambio implicado a partir del acceso al gobierno de la coalición Cambiemos, ciertxs moradorxs vieron perjudicado su empleo, lo cual implicó nuevos malestares asociados a dificultades económicas. Relacionada a la cuestión laboral, pero también a los

problemas para el acceso a la tierra y la vivienda, uno de los obstáculos de lxs jóvenes de la zona radica en la dificultad para independizarse económicamente de sus familias.

Por su parte, las categorías disponibles hegemónicas en el barrio a partir de las cuales las personas son clasificadas son las de varón o mujer y la mayoría de lxs jóvenes que conocí se reconocen identitariamente a partir de dichas categorías y actúan los generolectos asociados al sexo que les ha sido asignado. Especialmente, las representaciones tradicionales en torno a los roles de género tienen amplia vigencia en el barrio y orientan en gran medida las prácticas de diversxs actorxs. Por ejemplo, las responsabilidades diferenciales de varones y mujeres en relación con el trabajo remunerado y el doméstico no remunerado: las mujeres, tanto adultas como jóvenes, suelen ser las principales encargadas de las labores domésticas y de cuidado al interior de sus hogares, incluso cuando ellas se combinan con actividades laborales rentadas; mientras que persiste el ideal de varón asociado a la provisión económica del hogar.

La vida y experiencias de estxs jóvenes se presenta como heterogénea. Esta tesis se enfoca en el análisis de la violencia y en ese sentido, la presencia de este tipo de acciones adquiere gran protagonismo. Sin embargo, la sobrerrepresentación de la violencia en este trabajo debe considerarse como una cuestión íntimamente ligada a la construcción de la pregunta de investigación y al recorte analítico realizado, pero de ello no se desprende la idea de que la violencia aparece como omnipresente en sus vidas. Asimismo, también es importante aclarar que, si bien esta tesis estudia a los sectores populares, la violencia no es exclusiva de estos e incluso muchas de las lógicas que guían las prácticas de nuestrxs actores conectan, en gran medida, con las que se presentan en la sociedad en su conjunto. De todos modos, las dimensiones mencionadas resultan fundamentales para comprender las condiciones de vida de lxs jóvenes protagonistas de esta tesis y para interpretar las dinámicas particulares que adquieren las violencias que atraviesan sus experiencias cotidianas.

## **CAPITULO 2: EXPERIENCIAS ESPACIALES Y DINÁMICAS DE SOCIABILIDAD BARRIAL**

### **1. Presentación**

En este capítulo me dedico a explorar ciertas experiencias espaciales de lxs jóvenes que conocí en los barrios de Romero. Indago en las significaciones que ellxs le otorgan al espacio, prestando atención al modo en que estas contribuyen a organizar las prácticas e interacciones sociales. Analizo las formas de sociabilidad de lxs jóvenes y los modos en que usan, se apropian y/o circulan por el barrio. Si el espacio es producido por prácticas y relaciones sociales y es constitutivo de ellas (Segura, 2009), resulta necesario tener en cuenta la interseccionalidad que ubica socialmente a las personas, y particularmente la clase social, la edad y el género se tornan centrales, en este caso, para comprender a la espacialidad y a las prácticas y relaciones que el espacio habilita y limita (Hernández, Cingolani y Chaves, 2015). Al enfocar la mirada en lxs jóvenes de sectores populares, en este capítulo se destaca el aspecto constitutivo de la dimensión de género respecto de ciertas representaciones y prácticas espaciales. Tal como señalan Jirón y Zunino Singh (2017) la perspectiva de género puso en evidencia que las prácticas de movilidad, así como las percepciones sobre el espacio y las estrategias de uso del mismo, son diferentes en las mujeres respecto de los varones, de modo que el género es un aspecto organizador de la movilidad y la espacialidad.

Muchos de los estudios locales sobre jóvenes de sectores populares han señalado la importancia del barrio como espacio de pertenencia y ámbito de sociabilidades, especialmente para los varones, a partir del encuentro y la conformación de “juntas” o “bandas” (Kessler, 2004a; Tonkonoff, 2007; Bonaldi y del Cueto, 2009; Kessler y Dimarco, 2013; Cozzi, 2013; Cabral, 2015). La teorización sobre las “bandas” juveniles empezó a cobrar importancia en Estados Unidos a partir de 1920, con los estudios de la Escuela de Chicago. En términos generales, estos estudios vincularon la existencia de las bandas juveniles a contextos de pobreza y desorganización social que, a su vez, concentraban mayores niveles de delincuencia. Este tipo de agrupamientos y los delitos cometidos por sus miembros, fueron considerados como una forma de respuesta organizada para asegurar la integración social (Cambiasso y Grieco y Bavio, 1999; Whyte, 1971; Trasher, 2018). En línea con estas primeras indagaciones, diversos trabajos más actuales tanto locales como de otras latitudes (Savenije, 2009; Urrea, 2003; Rocha, 2006; Bonaldi y del Cueto, 2009; Saraví, 2004), han retomado la importancia de los factores sociales para analizar y explicar las bandas juveniles, y han asociado su presencia a las áreas urbanas de estatus económicos bajos y mayores niveles de desempleo, precariedad laboral, pobreza y



marginación. En tales contextos, estos grupos han sido comprendidos como un espacio de inclusión para lxs jóvenes excluidos socialmente: ellos brindarían a sus miembros la pertenencia, la protección, la solidaridad y/o el respeto, que no encuentran en otros ámbitos. La existencia de este tipo de agrupamientos de jóvenes de sectores populares ha sido señalada en diversos lugares<sup>50</sup>. Sin embargo, los estudios locales actuales (Kessler, 2004a; Bonaldi y del Cueto, 2009) han planteado la existencia de diferencias entre las pandillas de otros países –especialmente las centroamericanas<sup>51</sup> o las de Estados Unidos– y el tipo de sociabilidad construida entre las “barras”, “juntas” o “bandas” existentes en Argentina, caracterizadas como grupos menos estructurados y con lógicas de inserción y participación más flexibles.

Particularmente, los estudios realizados en el país (Rossini, 2003; Míguez, 2004; Tonkonoff, 2007; Cozzi, 2013; Bonaldi y del Cueto, 2009) han señalado que en las últimas décadas los barrios de sectores populares se construyeron como un ámbito central para el establecimiento de sociabilidades de los jóvenes varones a partir de la conformación de “juntas” o “barras”. Las transformaciones sociales, económicas y políticas desarrolladas en Argentina producto del neoliberalismo dieron lugar a diversos cambios en los sectores populares, entre ellos, el reforzamiento de la inscripción territorial, la centralidad del barrio como marco organizador de las prácticas y la consolidación de solidaridades primarias y locales (Merklen, 2005; Svampa, 2005; Bonaldi y del Cueto, 2009). Y, especialmente, para los jóvenes varones comenzaron a cobrar mayor centralidad las calles, veredas, esquinas, plazas y canchas de fútbol del barrio como ámbitos para el encuentro entre grupos de pares, el establecimiento de sociabilidades y la conformación de “juntas” o “barras” (Tonkonoff, 2007). Algunos trabajos (Bonaldi y del Cueto, 2009) señalan que, al debilitarse ciertas instancias tradicionales de socialización como la familia, la escuela y el trabajo, producto de los cambios estructurales socioeconómicos vinculados al neoliberalismo, adquirieron mayor peso este tipo de grupos de pares. En el contexto de recuperación económica y social (Kessler, 2013) en que realicé la presente investigación, si bien las situaciones en las que se encuentran lxs jóvenes son diversas, estas instituciones están presentes en el paisaje social y aparecen como relevantes en sus biografías, y muchas veces la

---

<sup>50</sup> En los cuales han recibido diversos nombres: “parche”, “pandilla” o “banda” en Colombia y Perú; “galera”, “gange” o “quadilha” en Brasil; “galére” en Francia; “chavo banda” en Ciudad de México; “pandilla” o “mara” en Centroamérica; “juntas”, “barras” o “bandas” en Argentina (Kessler, 2004a; Urrea y Quintín, 2002; Savenije, 2009; Bonaldi y del Cueto, 2009).

<sup>51</sup> Muchas de las pandillas tradicionales centroamericanas se han transformado en las últimas décadas, en nexos de las grandes redes de pandillas transnacionales y ello ha implicado cambios en este tipo de agrupamientos. Mientras las maras tradicionales consistían en agrupaciones juveniles barriales asociadas a la identidad, camaradería y diversión, las transformaciones mencionadas convirtieron a las pandillas en grupos más estructurados con un fuerte sentimiento identitario, gran cohesión y anclaje territorial, liderazgos fuertes, jerarquías y mayores niveles de compromiso, adhesión y sistemas de reglas internas con ritos de iniciación y pasaje definidos. A su vez, ello ha derivado en un ascenso en los niveles de violencia asociados a estos agrupamientos juveniles (Savenije, 2009).

participación en este tipo de ámbitos no es necesariamente excluyente, sino más bien es combinada.

Si bien algunxs jóvenes se interesan más por la vida barrial que otrxs, por lo general diversos aspectos de ella atraviesan sus experiencias. En los barrios en los que desarrollé mi trabajo las *juntas* suelen ser un ámbito de sociabilidad entre jóvenes varones. A partir de su pertenencia a determinado barrio y especialmente a cierta *junta*, muchos varones se apropian de cierto espacio y construyen formas de identificación colectivas centrales en su sociabilidad barrial. A partir de ellas, se establecen distinciones y alteridades con otras *juntas* y/o barrios las cuales contribuyen a la configuración de conflictos y rivalidades entre varones, individuales y colectivos. Estos enfrentamientos resultan centrales para comprender sus movilidades y prácticas espaciales.

Por su parte, las mujeres no suelen formar parte de las *juntas*, ni la construcción de este tipo de grupos constituye el modo en que usualmente socializan entre ellas. Por el contrario, ellas permanecen menos tiempo en la *calle* y pasan más tiempo en sus casas. En mayor medida que sus pares varones, deben hacerse cargo de responsabilidades domésticas pero además, el miedo, la vergüenza y los límites impuestos por padres y madres contribuyen a restringir sus salidas fuera del hogar y limitar sus prácticas espaciales.

En estos barrios se construyen modos situados de ser varones y mujeres jóvenes. Como han señalado Chaves, Segura, Speroni, Cingolani (2017) los estudios culturales urbanos suelen recurrir a la contraposición entre la casa y la calle para analizar las relaciones de género en la ciudad, estableciendo una dicotomía entre “casa-privado-femenino” y “calle-público-masculino”, sin embargo, “a pesar de estos sentidos sedimentados que reaparecen constantemente en la vida social, la experiencia cotidiana de las mujeres no se circunscribe necesariamente al ámbito de la casa, ni el de los varones al ámbito de la calle” (p. 45). De todos modos, y en línea con la perspectiva de estxs autorxs, tales categorías de clasificación son utilizadas por lxs jóvenes –y otrxs residentes– que conocí y tienen efectos productivos en sus identidades, prácticas y relaciones, por lo cual aparecen como categorías centrales en el análisis. Dicho de otro modo, *la calle* y *la casa* son contruidos simbólicamente como ámbitos separados, e incluso moralmente distintos, clasificaciones que organizan las interacciones sociales. *Ser de la casa* o *ser caserx* por un lado, y *estar en la calle*, *tener calle* o *tener junta* por el otro, son atribuciones identitarias cargadas de sentidos morales y fuertemente atravesadas por el género, así como también por la edad.

En el presente capítulo analizo ciertos efectos constitutivos del género en las movilidades, representaciones y prácticas espaciales y dinámicas de sociabilidad de lxs jóvenes en estos

barrios, así como también los modos en que éstas resultan productivas en la construcción de los géneros. Es decir, muestro cómo las clasificaciones construidas sobre el espacio barrial, tales como la *calle* y la *casa*, y las formas de significar, circular y ocupar estos ámbitos, están condicionados por –y constituyen a– los modos situados de ser varones y mujeres jóvenes en estos barrios.

## 2. “Somos de juntarnos entre varones”

### 2.1. “La esquina era mi vida”

En los barrios por los que transitó es frecuente observar grupos de jóvenes varones en las veredas, esquinas y plazas del barrio. Estos jóvenes se encuentran para charlar, “pasar el rato”, escuchar música, fumar tabaco o marihuana y consumir alguna bebida, ya sea una gaseosa o bebida alcohólica. Algunos también consumen otras drogas, como cocaína o pastillas<sup>52</sup>. En muchos de esos encuentros el consumo de drogas legales o ilegales aparece como una actividad central, pero no necesariamente como problemática.

Paz: Y ustedes, cuando se juntan en la esquina, ¿qué hacen?

Javier: Escuchamos música, por ahí tomamos un vino...

Nicolás: Hablamos... Si hay marihuana, fumamos marihuana. Nos cagamos de risa, conversamos.

Corte<sup>53</sup> estás re volado, así, y te pinta<sup>54</sup> reírte, te pinta ser feliz, a mí me pinta estar contento, estoy re volado así, que se yo, me cago de risa. Empiezo a descansar, que pum que pam, que esto que lo otro y terminamos así, después corte la palidez<sup>55</sup>, bueno, cada cual se va para su casa.

Tal como señalan Camarotti y Güelman (2013) existen consumos sociales o recreativos que pueden abonar a la conformación de vínculos sociales y relaciones de sociabilidad, por lo cual es necesario “poner en tensión las construcciones discursivas adultocéntricas sobre consumos de drogas de jóvenes de barrios vulnerabilizados con las expresiones de los propios jóvenes, haciendo hincapié en la posibilidad de que los mismos adquieran un carácter no problemático” (p. 107 y 108).

Generalmente, algún joven pasa a buscar a otro por la casa, van hacia la esquina y a partir de ahí van sumándose más jóvenes del grupo de amigos y conocidos, aunque ocasionalmente también comparten el rato con jóvenes que no pertenecen a éste. De este modo, conforman *juntas*, ámbitos que consisten principalmente en agrupamientos<sup>56</sup> de jóvenes amigos, conocidos y familiares que se juntan, principalmente en la calle y los espacios públicos del barrio y socializan entre sí. Al igual que ha sido señalado en otros trabajos (Rossini, 2003; Medan, 2011; Previtali,

---

<sup>52</sup> Principalmente ansiolíticos, como el clonazepam, mezclados con alcohol.

<sup>53</sup> O sea.

<sup>54</sup> Surge.

<sup>55</sup> Cansancio, aburrimiento.

<sup>56</sup> Siguiendo a Chaves (2010), los agrupamientos “son núcleos de personas con distinto grado de cohesión y organización, pero para entrar en esta categoría debe existir un proceso grupal” (p. 63).

2014; Cozzi, 2018), estos ámbitos suelen ser de sociabilidad casi exclusivamente masculina. Los jóvenes se juntan principalmente por la tarde, cuando comienza a oscurecer en el barrio, y con mayor frecuencia los fines de semana, días en los que en ocasiones permanecen “de gira”<sup>57</sup> hasta el amanecer. En esos encuentros, puede suceder que algunos jóvenes salgan a robar; así como también, en ocasiones se producen peleas o conflictos, ya sea al interior del grupo, como también con jóvenes de otras *juntas* y de otros barrios. Especialmente en el invierno, el alcohol constituye un elemento central en dichos encuentros para calentar el cuerpo y así soportar el frío húmedo que se siente con intensidad en la periferia suburbanizada. Algunas noches, también encienden un fuego para vencer las bajas temperaturas.

Así, los jóvenes van ocupando ciertos espacios públicos barriales y haciéndolos propios, pertenencia que se refuerza en la medida en que transforman esos lugares a partir de la instalación de ciertos elementos –bancos, garitas del gauchito Gil, banderas, estampitas, botellas, capillas, murales– que los convierten en lugares habitables, agradables para su encuentro, y a la vez, espacios suyos. La construcción de este tipo de ámbitos permite a muchos jóvenes contar con un lugar en el que pueden estar, alternativo a sus casas, y así, evitar ciertos malestares que pueden darse en éstas.

Mientras íbamos con Nicolás caminando para la plaza le pedí que me mostrara su casa. Pasamos por la puerta y me señaló donde era, aunque me advirtió que si lo pasaba a buscar por ahí seguramente no lo iba a encontrar. Me explicó que no le gustaba estar mucho en su casa y que no pasaba mucho tiempo en ella. Me contó que casi todas las tardes va hacia la plaza de Los Mirasoles para ver si están sus conocidos y amigos, y sino, pasa a buscarlos por sus casas para juntarse con ellos (Nota de campo).

De manera similar, otros trabajos (Ramírez, 2013) evidencian que muchos varones de sectores populares frecuentan los espacios de la calle del barrio como formas de alejarse de malestares y violencias familiares<sup>58</sup>. El hecho de frecuentar la esquina y la *junta* les permite a los jóvenes hacer amistades, divertirse y sociabilizar entre pares, ver quien circula por el barrio, conocer los movimientos de la gente e intercambiar anécdotas. Particularmente observé el desarrollo de estas prácticas una tarde que Nicolás me invitó a compartir el espacio de su *junta* con sus amigos.

Nos quedamos alrededor de una hora y media en la plaza, sentadxs y paradxs, charlando. Los chicos ambientaron el lugar en el que estábamos: Leandro prendió fuego para calentarnos y Alfred puso música desde su celular. José prendió un cigarrillo de marihuana y los chicos se pusieron a fumar mientras charlábamos. Ellos principalmente hablaban de cosas que habían hecho o que habían pasado en los últimos días. Pero también, observaban quien pasaba por la plaza y por las calles e

---

<sup>57</sup> De fiesta.

<sup>58</sup> Como muestro más adelante, la posibilidad que tienen algunas jóvenes del barrio de ocupar el espacio de la calle se encuentra más limitada dadas ciertas regulaciones para que permanezcan en mayor medida en sus casas. Sin embargo, sus experiencias no son homogéneas y varias desarrollan estrategias diversas para salir y ampliar sus libertades.

intercambiaban algún chisme. Principalmente, hablaban de sus amigos y conocidos, y se contaban de algunos conflictos que habían tenido con otros jóvenes. Por ejemplo, Nicolás comentó cómo seguía la situación con Ulises y Pablo luego una pelea que habían tenido por el hecho de que Ulises lo acusaba de haberle robado su planta de marihuana. También hablaban de lo que iban a hacer a la noche, charlaban de música, de trabajo, de bienes de consumo y opciones económicas, de fútbol, ropa y de estética. En la medida en que las conversaciones se sucedían iban haciendo chistes y riéndose. (Nota de campo)

A su vez, el encuentro en *juntas* aparece como algo valorado para muchos jóvenes que participan de la sociabilidad juvenil masculina barrial.

Nicolás: A mí ya me conocen todos. Como hacía juntadero, antes me juntaba en la esquina, nos quedábamos hasta tarde, y así me hice respeto, jugábamos a la pelota, toda la mejor y de ahí ya me conocen todos, o sea, me conocen los de allá atrás, los de acá [refiriéndose a algunas de las juntas de Los Mirasoles], todos.

El encuentro en las esquinas, canchitas y plazas del barrio y el hecho de frecuentar o ser parte de una *junta*, no solo les permiten a los jóvenes hacer amistades y hacerse conocidos en el barrio, sino también forma parte de una serie de prácticas que abonan a la construcción de su masculinidad. Tal como señala Nascimento (2011) principalmente a partir de la adolescencia, el ámbito de la calle se convierte en un espacio privilegiado a ser explorado y conquistado para los varones, de modo de afirmar y confirmar su condición de hombre que enfrenta riesgos, en oposición al niño que necesita ser cuidado. En un sentido similar, Previtali (2014) muestra que para los varones las experiencias en la calle se transforman en signo de masculinidades legitimadas, de valentía, honor y estatus dentro de grupos de pares: “recorrer barrios vecinos, ir a visitar amigos, encontrarse con enemigos, son prácticas que permiten ganar experiencia en la calle, adquirir estatus en el marco de una clasificación social en la cual la calle constituye uno de los principales, sino el principal, espacio de interacción en el cual construir distinciones, reconocimientos, identidades” (p. 114). De este modo, “los chicos que aspiran a posicionarse como ‘verdaderos hombres’ buscarán dar cuenta que han protagonizado travesuras, dañinadas; y mientras éstas se muestren más cercanas a alguna forma de transgresión social más eficaces resultarán para dar cuenta de una hombría y una personalidad difícilmente cuestionada” (p.124). En este tipo de grupo de pares “se consolidan los límites y fronteras de la identidad masculina, a través de la actualización de gestos rituales de masculinidad y sexualidad, que funcionan como modelos ritualizados, ambiguos, arbitrarios, repetitivos y socialmente provocados, y que buscan configurar este orden social a través del pasaje obligatorio de adolescentes y jóvenes por ciertas pruebas que aseguren su pertenencia al grupo. Por ejemplo, el consumo de alcohol (...). Los varones participan en una cultura de beber alcohol que premia a los que saben tomar ‘como hombres’ y censura a los que fallan” (Vasquez del Aguila, 2013: 823).

En esta investigación, las *juntas* aparecen centralmente como un ámbito de sociabilidad masculina, como una “forma lúdica de la asociación” y “del estar juntos” (Tonkonoff, 2007), el cual sirve a la diversión y para pasar el tiempo, así como también para pertenecer, hacer amigos y establecer lazos, y construir *respeto*. Tal como profundizo en el capítulo siguiente, el *respeto* supone la construcción de una imagen de sí valorada, reconocida, y, por ende, que no es victimizada. En las interacciones concretas entre estos jóvenes varones, *hacerse respetar* supone *responder* frente a las provocaciones o agresiones de otros, es decir, devolver los insultos e incluso recurrir a la violencia física para defender el honor (Pitt-Rivers, 1979) y no ser considerado un “cobarde”. De la mano de ello, ciertas violencias y conflictos entre jóvenes se vinculan a la sociabilidad y participación en tales ámbitos. Sin embargo, a diferencia de lo que ha sido señalado por otros trabajos que tematizaron sobre la violencia en sectores populares, tanto a nivel local como de otras regiones (Kessler, 2004a; Míguez, 2008; Grillo, 2013; Bourgois, 2015), muchas de estas violencias no están vinculadas a la participación en delitos como medio de obtención de recursos.

Las situaciones en las que se encuentran los jóvenes protagonistas de esta tesis son diversas: algunos trabajan, otros participan de algún programa social por medio del cual acceden a cierto dinero, y también algunos –principalmente los de menor edad– son mantenidos por sus familias; aunque la mayoría oscila o más bien combina este tipo de actividades y en muchos de los casos de quienes siguen conviviendo con su familia de origen, los ingresos obtenidos por medio de trabajos o changas suelen contribuir a la manutención de la misma. Pero no conocí a ningún joven que se dedique a la comisión de delitos –ya sea robos y hurtos o la participación en el mercado de drogas– de manera más o menos sostenida y que hiciera de ello su principal fuente de ingreso para su sustento económico. En estos barrios, las *juntas* de jóvenes no necesariamente están ligadas a las prácticas delictivas en tanto medio de obtención de recursos. Si bien algunos jóvenes que participan de ellas suelen robar y otros lo hacen en grupo o con algunos de sus amigos o conocidos, tales delitos no aparecen como una característica central de las *juntas* de jóvenes que conocí. Sin embargo, muchos de sus integrantes suelen involucrarse en conflictos y en ocasiones se producen rivalidades entre *juntas* o con jóvenes pertenecientes a otros barrios. En este sentido, una frase de Matías sintetiza algunas de las dinámicas de sociabilidad en tales ámbitos: “sabés los quilombos que son ahí en la esquina. Buenos y malos, a veces nos cagamos de risa, podemos estar hasta las 3 de la mañana”, “todos los días en el barrio pasan cosas nuevas, desde bondis<sup>59</sup> hasta buenos momentos”. De manera similar, algunos trabajos sobre “juntas” (Bonaldi y del Cueto, 2009) han destacado el uso relativamente frecuente de la violencia en estos

---

<sup>59</sup> Peleas.

grupos, aunque también han afirmado que sus integrantes distan de ser los únicos actores que participan de peleas, sino más bien que “la violencia física es un elemento constitutivo de las interacciones cotidianas de la mayoría de los jóvenes de estos barrios y resulta difícil no participar de uno u otro modo en esta clase de hechos. En buena medida porque mantenerse al margen de esos conflictos supone también una forma de desvalimiento o desprotección” (p. 123). Especialmente, para muchos varones –tanto jóvenes como adultos– la posibilidad de recurrir a la violencia es importante como forma de protección, tanto de sí mismos como de otrxs, particularmente familiares.

Sin dejar de considerar las diferencias entre estos grupos y los presentes en otros países, es importante subrayar la pertenencia y apropiación de muchos jóvenes respecto del barrio y la centralidad de sus *juntas*. Las mismas forman parte del mapa barrial descrito por lxs diversxs actorxs que viven o transitan por dicho espacio. Y especialmente, ellas son relevantes dentro de la sociabilidad juvenil masculina. A partir de la presencia de *juntas*, muchos jóvenes se apropian de cierto espacio y construyen zonas, diferenciaciones y límites dentro del barrio y fuera del mismo, aspectos centrales en sus construcciones identitarias y fundamentales para comprender la genealogía de ciertos enfrentamientos. En este sentido, me interesa recuperar la idea de “barra de la esquina” tal como la conciben Bonaldi y del Cueto, esto es, como “grupo de pares que se conforma en base a la proximidad física de residencia y que, pese a su escaso nivel de estructuración, consigue suscitar un sentimiento de pertenencia colectiva” (2009: 121). Estos jóvenes no se perciben de manera aislada sino en una trama relacional, en la cual la *junta* y el barrio, así como también la familia, aparecen como clivajes centrales. Tanto los vínculos entre conocidos y amigos dentro de las *juntas*, como los lazos familiares y de parentesco, así como la pertenencia al barrio, son fundamentales en las dinámicas de interacción inter e intra barriales, ya que ellos dan lugar a relaciones de protección en las cuales el uso de la violencia aparece como un recurso fundamental. En este sentido, dichas tramas relacionales –en las cuales los clivajes de género y etario ocupan un lugar central– son fundamentales para comprender las dinámicas de muchos de los conflictos producidos en estos barrios<sup>60</sup>.

En los barrios por los que transité no todas las *juntas* son iguales, ni están compuestas por el mismo grupo de edades, ni tienen el mismo peso para los jóvenes en tanto ámbitos de participación, pertenencia e identificación. Hay *juntas* conformadas en mayor medida por adolescentes, de alrededor de 13, 14 o 15 años. Y otras compuestas por jóvenes más grandes, por ejemplo, de alrededor de 20 años, con edades que pueden llegar hasta los 25 o un poco más.

---

<sup>60</sup> En el capítulo 3 se profundiza sobre esta cuestión.

Algunas son más homogéneas y otras tienen mayor diversidad etaria. Por otro lado, algunas *juntas* tienen una dinámica más fluctuante y menor nivel de cohesión, mientras que otras constituyen ámbitos más establecidos e inspiran en sus miembros mayores sentimientos identitarios. Si bien, tanto las esquinas como los jóvenes que forman parte de ellas pueden variar, algunas *juntas* constituyen un ámbito fundamental de pertenencia para quienes las integran, a partir del cual se construyen identificaciones colectivas. Hay *juntas* que están más establecidas, lo cual se traduce en una mayor apropiación del espacio barrial a partir de la presencia de diversos elementos que contribuyen a ello, y *juntas* conformadas por amigos que se encuentran en el espacio público pero no tan ancladas a un espacio particular y con menos niveles de identificación y pertenencia por parte de quienes la integran. Por lo general, aunque no necesariamente, las *juntas* más establecidas están integradas por jóvenes más grandes, con edades de alrededor de 20 años, mientras que los más chicos suelen juntarse en sus casas, las veredas de las mismas o en la plaza, y con mayor frecuencia cambian su punto de encuentro.

Matías es uno de los jóvenes que conocí que, desde su adolescencia, participa de *juntas* y para el cual dicho ámbito tiene una gran centralidad en su vida. Matías nació en el año 1994 y vivió durante casi toda su vida en Punta Verde. Cuando lo conocí tenía 21 años, se encontraba estudiando Ciencias Jurídicas en la Universidad Nacional de La Plata y era uno de los jóvenes que formaba parte de La Organización<sup>61</sup>, es decir del colectivo de trabajo que realizaba los talleres en el barrio vecino Los Mirasoles. Cuando tenía cinco meses su “madre biológica” lo “abandonó”, a él y a sus cuatro hermanos. Matías y sus hermanos –que hoy tienen 30, 29, 27 y 24 años respectivamente– se quedaron en la casa con sus tres tíos, quienes estaban solteros y vivían juntos. A los pocos meses, Matías fue adoptado por una familia vecina del barrio, que él reconoce como su familia adoptiva, mientras que sus cuatro hermanos se quedaron con sus tíos y se criaron con ellos. Así, desde su infancia Matías vive en la casa ubicada en la esquina de 52X y 100<sup>62</sup> y sus hermanos y tíos viven a media cuadra. Durante nuestras charlas, Matías contaba que con sus tíos no tenía buena relación y reprochaba el modo en que habían criado a sus hermanos, según decía “no se hicieron cargo... nunca les importó lo que hacían”, por lo cual sus hermanos “siempre se hicieron solos, en *la calle*” y terminaron presos. En la actualidad su hermano Jorge, de 23 años, era el único que estaba “de nuevo en *la calle*”; el resto continuaban privados de su libertad, en la Unidad Penitenciaria de Sierra Chica, en la Unidad Penitenciaria N° 9 y en la de Olmos. De todos modos, cuando sus hermanos estaban en el barrio solían juntarse en la esquina

---

<sup>61</sup> La Organización estaba principalmente conformada por jóvenes universitarixs que no eran del barrio -en su mayoría habitaban en el casco urbano platense- pero que realizaban talleres en el mismo. El único joven del barrio que formaba parte de ella era Matías. Luego de unos meses de conocerlo abandonó dicho espacio para militar en la agrupación estudiantil asociada a la misma organización nacional.

<sup>62</sup> La referencia a la ubicación ha sido modificada para preservar el anonimato.



de su casa. Posteriormente, también Matías comenzó a juntarse allí. Y, si bien a lo largo de los años se produjeron ciertos cambios, y especialmente recambios en el grupo de jóvenes, en la actualidad Matías y sus amigos *paran*<sup>63</sup> en ese mismo lugar.

La esquina en la que *para* Matías y sus amigos se diferencia en gran medida de las otras esquinas del barrio: diversos elementos dan cuenta de que, si bien la misma forma parte del espacio público, ella ha sido, en gran medida apropiada. Desde lejos es posible identificarla por el mural dibujado en su pared con la cara de su primo fallecido, pero también por la capillita que lo acompaña, en la que guardan flores e imágenes. Por su parte, la *junta* de uno de los grupos con los que Matías y sus amigos tienen rivalidades se caracteriza por la presencia de la garita del Gauchito Gil<sup>64</sup>, de aproximadamente un metro y medio de alto y menos de un metro de ancho, en la cual, entre otras cosas, guardan imágenes, estatuillas, botellas y banderas. También en otras *juntas*, los jóvenes habían llevado bancos, sillones, entre otros elementos. La construcción de murales y capillas, así como la instalación de diversos elementos en el lugar, sirve a la apropiación del espacio y a la vez abona a que estos grupos, y sus *paradas*<sup>65</sup> adquieran mayor estabilidad. Pero también, la apropiación se evidencia en el uso del posesivo para referirse tanto a los espacios propios como a los de los otros grupos: “mi *junta*”, “nuestra *esquina*”, “mi barrio” o “la *esquina* de ellos”, “la parte de ellos”. Del mismo modo, diversos trabajos (Urrea, 2003; Bonaldi y del Cueto, 2009; Cozzi, 2013; Cozzi, 2018) han señalado la apropiación de cierto espacio o territorio determinado, como aspectos centrales de las dinámicas de estos grupos. Por su parte, y como también plantea Cozzi (2013; 2018) muchas de las *juntas* suelen estar formadas por hermanos, primos y jóvenes con diversos lazos de parentesco. En este sentido, algunas de las *juntas* del barrio eran referenciadas a partir del apellido de sus principales miembros y solían estar ubicadas en la vereda o esquina de la vivienda de dicha familia.

Matías: Como acá nosotros somos los Escudero, en esta otra esquina son los Gómez, por más de que haya banda de pendejos<sup>66</sup>, son los Gómez.

Del mismo modo, otras *juntas* tenían algún nombre particular inventado por sus miembros o era referenciada por su ubicación o por algún elemento característico: “los del gauchito”, “los del puente”. Estas cuestiones abonan a la construcción de tales espacios como ámbitos de pertenencia e identificación. Para Matías, su inclusión dentro de dicho ámbito era fundamental y remarcaba la centralidad en su vida, y especialmente durante su adolescencia de las experiencias desarrolladas allí: “la esquina era mi vida”. Para él la inclusión en estos ámbitos de sociabilidad

<sup>63</sup> Categoría nativa que se refiere a que forman *juntas* y se encuentran en determinado lugar en el que pasan tiempo.

<sup>64</sup> El Gauchito Gil es una figura de gran devoción popular en la Argentina. Se basa en la persona de Antonio Gil quien fue convertido en santo popular y a cuya figura se suele acudir para pedirle favores.

<sup>65</sup> Término nativo que se refiere al lugar en el que los jóvenes se juntan.

<sup>66</sup> Jóvenes, puede ser usado despectivamente.

constituye una cuestión central –tanto en su adolescencia como en la actualidad– por eso invitó a su amigo Lucho a ser parte de su *junta*:

Matías: Fui y le digo [a Lucho] ‘te digo la verdad, yo quiero que pares conmigo, que pares con mi gente’

Paz: ¿Él para con ustedes, hoy?

Matías: Hoy por hoy sí, pero porque yo hablé para que pare con nosotros.

Paz: ¿Y antes qué? ¿paraba en otro lado?

Matías: No... no tenía un lugar fijo donde parar... pero yo porque en el barrio es fundamental eso... a alguna parte del barrio tenés que pertenecer... buena o mala, a alguna parte del barrio tenés que pertenecer como para ser alguien. A alguna parte tenés que... a alguna esquina, a una de las esquinas tenés que ser parte, se trata de respeto y muchas cuestiones...

Tanto Matías, como otros jóvenes de estos barrios, a partir de la participación en *juntas* establecen un sentido de pertenencia que aparece como fundamental en la construcción identitaria, es decir, para *ser alguien* y para construir *respeto*. Dicho *respeto* no constituye solo un atributo individual, sino también un bien colectivo del grupo particular al que se pertenece. La participación en este tipo de ámbitos puede servir a la construcción de un *respeto* compartido por sus miembros del cual se derivaban compromisos de protección recíproca, aspecto que también ha sido señalado por trabajos que analizan la dinámica de estos grupos (Urrea, 2003; Bonaldi y del Cueto, 2009; Cozzi, 2013). La construcción de “solidaridades viriles”<sup>67</sup> permiten comprender la importancia dada por los jóvenes a la defensa de los amigos, de la *junta* o del barrio, aspectos a la vez centrales para explicar la producción de ciertas violencias y la organización de los conflictos entre jóvenes<sup>68</sup>.

La construcción de formas de identificación colectivas contribuye a la posibilidad de que estos grupos trasciendan a sus miembros. Así, del mismo modo que ha sido señalado en otros trabajos (Cozzi, 2013; Cozzi, 2018) las *juntas* más consolidadas en el barrio suelen preexistir a sus integrantes, así como también lo hacen sus rivalidades y conflictos con otros grupos. De modo que algunos jóvenes participan de *banditas*<sup>69</sup> de las que anteriormente habían sido parte otros jóvenes. Y en este sentido, ellas cuentan con historias y anécdotas de larga data. Como la esquina en la que se junta Matías, donde según dice “ahí pasaron bocha de chabones grandes... mis tíos, mis tíos también eran de esos chabones ¿me entendés? por eso te digo, la esquina de la 100 tiene años y años y años. Una banda de gente pasa por ahí”. Tanto sus hermanos más grandes, como sus tíos y otros amigos y conocidos antes se juntaban allí, en esa misma esquina, sin embargo, ellos posteriormente abandonaron dicho ámbito. Al igual que sucedió con ellos, en

---

<sup>67</sup> El concepto de “solidaridades viriles” es tomado de Bourdieu (2000). Para el autor la virilidad “tiene que ser revalidada por los otros hombres en su verdad como violencia actual o potencial, y certificada por el reconocimiento de la pertenencia al grupo de los ‘hombres auténticos’”. (p. 40). A su vez, “la virilidad es un concepto eminentemente *relacional* construido ante y para los restantes hombres y contra la feminidad, en una especie de *miedo* de lo femenino” (p. 41).

<sup>68</sup> Ver capítulo 3.

<sup>69</sup> Término nativo sinónimo de *juntas*.

los barrios es frecuente que a partir de cierta edad –alrededor de los 25 o 30 años– los jóvenes disminuyan la frecuencia de su participación en las *juntas*. En la mayoría de los casos ello es explicado por haberse emparejado y formado su propia familia. Por otro lado, también aparece la idea de que muchos jóvenes ya no forman parte de dicho ámbito porque han sido encarcelados:

Matías: En su mayoría, como te digo, la camada de 30 años, terminaron casi todos en cana<sup>70</sup>. Todos, casi todos, sí. Y bueno, los pibes de mi edad también, los de 21 años por ahí, mi hermano que tiene 23 terminó en cana, después Andrés también que era un pibe que se juntaba mucho conmigo. Andrés tiene mi edad, 21, cayó en cana. Nahuel también, terminó preso (...) Después de que cayeron todos en cana, toda la camada de 30, 27 años, la esquina había quedado quebrada (...) La camada de la gente de 30 años está en cana o ya no paran más ahí, están por ahí con su familia.

También muchos de los jóvenes disminuyen su participación en la sociabilidad juvenil masculina cuando se enfocan en mayor medida en el estudio o en el trabajo, aunque también es frecuente la combinación de este tipo de actividades, es decir, estos ámbitos no son excluyentes. De todos modos, y al igual que ha sido señalado en algunos trabajos clásicos sobre pandillas, como el de Whyte (1971), en el barrio las *juntas* suelen estar conformadas por jóvenes y su participación en las mismas usualmente es transitoria, de modo que muchas *juntas* tienden a desintegrarse con el crecimiento de sus integrantes o por lo menos renovarse sus miembros a partir de la inclusión de nuevos jóvenes. Entre otras cuestiones, esto se vincula al *rescate* de los jóvenes, tema abordado en el capítulo 4 de esta tesis.

## 2.2. Ser “de la casa” y ser “un gil”

Mateo, un joven de 26 años, vive en el asentamiento ubicado en “el fondo” de Los Mirasoles, que comienza luego de cruzar las vías del tren. Desde hace 5 años que reside en el lugar con su pareja, Emilia. Según dice, él “nunca tuvo conflictos con nadie”, aunque tuvo que soportar violencias verbales cotidianas por parte de algunos jóvenes, en particular de los que “paran” en la esquina del Local Barrial, que queda de camino a su casa actual.

Mateo: Te empiezan a tirar palazos<sup>71</sup>, yo cuando vine acá... eh, te tiraban palazos, a ver si te plantabas de manos, si eras piola, o si era un gil, como dicen ellos en la calle, viste. Te bardean<sup>72</sup> y si vos no decís nada es porque sos un gil y si decís algo te tenés que agarrar a las piñas<sup>73</sup>. Te agarrás a las piñas, pero te ganas el respeto de los pibes. Después no te rompen las bolas<sup>74</sup>. Yo cuando vine acá no tuve bardo<sup>75</sup> con nadie, pero sí me bardeaban, pero yo agachaba la cabeza y seguía en mi camino y, es más, a propósito continuamente los saludaba, los chabones me bardeaban y yo ‘hola ¿cómo andas?’, los saludaba igual. ‘Eh! gato’<sup>76</sup> me decían o viste... el tema es cuando pasas... no sé... cuando vos pasas te dicen ‘gato’, te dicen boludeces, corte para que vos te des vuelta y le digas algo...

---

<sup>70</sup> Cárcel.

<sup>71</sup> Burla.

<sup>72</sup> Molestan, insultan, agreden verbalmente.

<sup>73</sup> A golpes.

<sup>74</sup> No te molestan más.

<sup>75</sup> Problemas, conflictos.

<sup>76</sup> El término “gato” puede ser usado en forma despectiva o como insulto, de manera similar a “gil”.

Javier: Les respondas  
 Mateo: Claro, y yo ni cabida<sup>77</sup>, ‘Ey, ¿Cómo andas?’ les respondo. Todos los días, ¿eh? Todos los días.  
 Paz: Pero ¿quiénes?  
 Mateo: Los negros del barrio.  
 Nicolás: Gente de acá...  
 Mateo: De la esquina, ¿viste? los... los negros del barrio, pero jamás tuve... con los pibes del barrio gracias a Dios me gané el respeto... respeto, pero normal, no tuve que cagarme a trompadas con nadie.  
 Paz: Y... pero ellos ¿por qué bardeaban?  
 Mateo: Y porque siempre... hay en todos lados, es lo mismo que ustedes vayan... por ejemplo usted sea hombre y que vaya a mis pagos y ustedes se meten en mi barrio y nadie lo conoce, la gente va a empezar a decir, y éste ¿quién es? Por ahí ‘¿qué onda amigo?’ ‘ey’ ‘ey’, vos no le das bola, peor es. ‘Ey’, ‘¿qué onda amigo?’, ‘¿De dónde sos?’ ‘¿qué andas haciendo acá?’ ‘¿Qué onda?’.  
 Paz: ¿Solo si sos varón, digamos?  
 Mateo: Si es varón sí, las mujeres no.  
 Javier: Sí, las mujeres no.  
 Mateo: Las mujeres ni cabida, las mujeres viste como son los hombres, hay una mina<sup>78</sup> y se la quieren ganar a todo el mundo.

El relato de Mateo permite analizar diversas cuestiones. En primer lugar, da cuenta de la construcción del ámbito *de la calle*, como un ámbito particular y moralmente significado. Desde la mirada de Mateo, *la calle* está habitada por “los negros del barrio”, quienes *bardean* y “tiran palazos”, es decir, agreden verbalmente a otros jóvenes. Y, a su vez, dicho ámbito se guía por ciertas reglas: existen clasificaciones supuestamente sostenidas por aquellos jóvenes que *paran* en la esquina del Local Barrial que diferencian entre *los giles*, por un lado, y *los piolas* quienes *se hacen respetar*, por el otro. El criterio organizador central para ser ubicado en una u otra categoría estaría dado por el hecho de *responder*: “si te bardean y si vos no decís nada es porque sos un gil” y “si decís algo te tenés que agarrar a las piñas” y ahí sí “te ganas el respeto de los pibes”. En tal sentido, y siguiendo esta lógica clasificatoria, este tipo de prácticas resultan performativas para la construcción de ciertas identidades: quienes son agredidos y no responden, son *giles*, mientras que, quienes *se plantan de manos* y *se hacen respetar*, son *piolas*. Por su parte, ganar *respeto* permite evitar la victimización en nuevos eventos: “después no te rompen las bolas”, es decir, no te molestan nuevamente.

En segundo lugar, el relato de Mateo muestra que estas lógicas de interacción valdrían solo para los varones. Las mujeres quedarían excluidas de estas clasificaciones y, por ende, de este tipo de disputas. Ellas no sufrirían tales *bardeos*, ni serían construidas a partir de estas distinciones. En este sentido, cuando Mateo me explicó la dinámica de los “palazos” que ciertos jóvenes ejercen contra los desconocidos que transitan por el barrio, necesitó cambiar mi género para que su explicación tenga sentido. Según decía, solo resultaban víctimas los varones. Por otro lado, las mujeres resultaban objeto de disputa por parte de los jóvenes, quienes “se las quieren ganar”. Más adelante en este capítulo me detengo a analizar algunas experiencias

<sup>77</sup> No hacer caso.

<sup>78</sup> Mujer joven.

específicas de las mujeres que dan mayor sentido a esta frase y permiten profundizar en los modos en que el género orienta las interacciones, así como las diferentes formas en que son significadas este tipo de prácticas.

En tercer lugar, me interesa destacar el modo en que Mateo busca cuestionar estas significaciones, o más bien desplazar ciertos sentidos. Él dice ser hostigado por los jóvenes que se *juntan* en una de las esquinas ubicada en el camino que va del acceso del barrio hasta su casa. Señala los dilemas que se le presentan a muchos jóvenes en esa situación, es decir, quedar como *giles* y ser molestados todos los días o tener que hacer uso de la violencia para ganar una imagen de *respeto*, una imagen valorada. Sin embargo, Mateo cuestiona esta clasificación. Así, si bien reconoce que desde ciertas miradas externas puede ser significado como *gil*, se opone a dicha forma de identificación criticando a quienes la sostienen: para Mateo “ellos” no son *piolas*, sino más bien son “los negros del barrio”. Pero su estrategia no se reduce a cuestionar a aquellos que lo critican, sino también implica desarrollar ciertas acciones en el vínculo con éstos. Mateo optó por “no decir nada”, “no dar cabida”, él “agachaba la cabeza” y seguía su camino. Pero además “a propósito” los saludaba. Y, cuando charlaba con ellos, imitaba el modo en que hablaban, para que no le digan que es *boludo* o *gil*:

Mateo: Yo hablo como hablo, pero porque... es la única forma, digamos, para que acá digan... ‘este sí, por lo menos no es boludo’ porque...

Paz: ¿Hablas cómo?

Mateo: Así, digamos, corte, como hablan los negros, como quien dice, así, yo si te tengo que hablar normal ‘hola, ¿cómo estás?, ¿todo bien?’ si yo hablo normal, digamos como una persona normal, para los negros este... sos un gil, o sea sos un gil en la forma de hablar entonces ahí te vamos a robar si este es un gil, entonces lamentablemente tenés que hablar como hablan ellos.

El ámbito de *la calle* no solo es construido como espacio diferenciado y con normas propias, sino también con un léxico particular, una determinada forma de hablar que delimita a quienes participan del mismo y quienes no, es decir a los *giles* de los *piolas* o a los “normales” de los “negros”. En función de estas distinciones Mateo afirma que él utiliza tal lenguaje para evitar ser construido como *gil* y así resultar ser agredido o ser robado. Él dice que, a partir de sus estrategias, con el correr del tiempo las agresiones de los jóvenes que se juntan en la esquina fueron disminuyendo, logró hacerse conocido y así se ganó su *respeto*. Es decir, evitó las hostilidades cotidianas por parte de los “otros”. Su relato permite pensar en la importancia que reviste para los jóvenes de estos barrios el ser *respetado* —en el sentido de evitar ser victimizado y ser considerado un *gil* o un *boludo*— independientemente de que se comparta o no la construcción de este tipo de categorías y distinciones y los criterios a partir de los cuales se organizan. Mateo cuestiona las distinciones construidas entre *giles* y *piolas*, critica a los supuestos “piolas”, pero a la vez, agradece haberse ganado su *respeto* e incluso desplaza las

lógicas en función de las cuales se realizan tales distinciones identitarias: él se ganó el *respeto*, pero “normal”, es decir, sin tener que “cagarse a trompadas con nadie”, lo cual –desde su visión– es lo que hacen “los negros”.

Al igual que Mateo, en estos barrios muchos jóvenes señalan que, en ocasiones, otros varones los *bardean*, es decir, los agreden verbalmente y *provocan* para “buscarles peleas”. Frente a ellos, varios optan por *responder* para no dejarse faltar el *respeto*, cuestión que resulta clave para la construcción de ciertas masculinidades y que produce numerosas peleas y conflictos, tal como profundizo en el próximo capítulo. Sin embargo, muchos otros jóvenes –o incluso los mismos en otras situaciones– se rehúsan a participar de este tipo de enfrentamientos y eligen “no meterse en problemas”. Ellos desarrollan distintas estrategias para “evitar conflictos” como, por ejemplo, “no dar cabida”, ignorar o tomar de buena manera los insultos, no responder ante agresiones o robos, saludar y abonar a un trato cordial con quienes los *provocan* y *bardean*.

Los jóvenes que no responden a este tipo de provocaciones pueden ser tildados de “gatos”, “giles” o jóvenes que “no se hacen respetar” e incluso de “cobardes” o “cagones” y sufrir acusaciones por no ser lo suficientemente hombres o “machos”. Pero, por otro lado, también los supuestos “giles” pueden criticar a quienes “se hacen los malos” poniendo en cuestión los elementos que permiten producir *respeto* y tratando de construir otras formas de respetabilidad, de posicionarse como jóvenes valorados y/o reconocidos. De todos modos, y más allá de si optan por *responder* o no frente a ellas, resulta importante destacar que para estos jóvenes las burlas que les dirigen otros –generalmente jóvenes reunidos en grupo– son interpretadas como *bardeos* y *provocaciones* que, por lo menos, pretenden atentar contra su *respeto*.

El relato de Mateo permite poner en tensión las significaciones construidas por Matías en relación a las *juntas*. Mientras éste último afirma que es fundamental la participación en dichos ámbitos, Mateo “agradece a Dios” no tener *juntas*, ni amigos, cuestiones valoradas por muchos otros jóvenes para su construcción identitaria. A él le gusta “estar tranquilo”, “trabajando” o “en su casa”.

Mateo: Me gusta estar tranquilo y no molestar a nadie y que nadie me moleste. Laburo, estoy en mi casa, de ahí para acá, pero no jodo a nadie y ahora no me joden<sup>79</sup> tampoco, gracias a Dios. (...) No me gusta esa onda de... Gracias a Dios yo cero drogas, nada... nada de juntas, mira que hace 5 años que estoy acá y no tengo juntas. No tengo amigos, amigos jamás tuve.

De este modo, Mateo pone en cuestión ciertos elementos valorados por otros jóvenes para la construcción de *respeto* asociados al *tener calle* y revaloriza el hecho de poder estar en su casa

---

<sup>79</sup> Molestan.

y “tranquilo”<sup>80</sup>. Una de las clasificaciones centrales movilizadas por diversxs actores barriales para organizar el espacio en el que habitan es la distinción entre *la calle* y *la casa*.

Paz: Y en general, la mayoría de los chicos de acá del barrio ¿van a la escuela de Gran Jardín? ¿o hay alguna otra?

Tuki: Y hay algunos... los que son más de entre casa, la familia los llevan a otras escuelas.

Paz: ¿Más de entre casa?

Tuki: Claro

Paz: ¿En qué sentido?

Tuki: Que no los dejan salir a sus hijos, ¿viste?... los llevan a escuelas más privadas...

Paz: Pero ¿por qué que no los dejan salir?

Iñaki: No quieren que anden por la calle.

Tuki: Porque cuando es una escuela como ésta [la de Gran Jardín] que está en un barrio... ¿viste? que los guachos fuman y todo eso, tal vez no... no quieren que incentiven.

En numerosos discursos, *la calle* es construida en oposición a *la casa*. Fundamentalmente, algunxs padres y/o madres se preocupan por buscar mejores opciones educativas para sus hijxs, pero a la vez por evitar que sus hijxs sociabilicen con lxs jóvenes del barrio *en la calle*, por lo cual deciden mandarlos a colegios privados o alejados de la zona. Para muchxs adultxs, pero también para algunxs jóvenes, el hecho de participar de la sociabilidad barrial de *la calle* es representada como fuente de conflictos, por lo cual eligen “no salir mucho”, “no tener conexión con nadie” o estar “todo el día encerradxs” en *la casa*.

Fabiana: Él [refiriéndose a su novio] no sale. Esta todo el día encerrado. A no ser que vaya al colegio y del colegio a la casa. No tiene amigos, nada.

Paz: ¿Por?

Fabiana: No sé, no le gusta. Es como que es... como que está apartado de todos, no le gusta tener conexión con nadie. Es re tímido encima. Yo le dije para que me acompañe a los talleres y no quiere tampoco.

Paz: ¿A los del Envión? ¿Por?

Fabiana: Porque él está anotado en eso, pero no... como hay chicos que él no conoce, no le gusta ir. No sé... no se quiere dar con nadie, yo le dije, ‘ya sos grande, te tenés que dar’... No le gusta tener amigos porque dice que de chiquito él tenía amigos y era al pedo, era para pelearse con todos y tener mil quilombos con todos.

Así, tanto algunos varones como mujeres, eligen no sociabilizar con amigxs en el barrio como estrategia para ganar tranquilidad. Sin embargo, ello puede ser considerado como una rareza, principalmente cuando son los varones quienes están “encerrados” y “son chicos de su casa”.

Fátima: Estamos siempre adentro, siempre adentro nosotros.

Soledad: Sí, ellos viven mucho adentro, él también [refiriéndose a su pareja], no salen, por ahí si escuchan quilombo ellos se quedan ahí. (...) No les gusta salir

Fátima: No nos gusta traer quilombo tampoco

Soledad: Cuando yo los conocí eran re raros para mí (risas). En serio, el que empezó a salir, que ahora va El Galpón, es mi cuñado, tiene 19 años y recién hace poquito empezó a salir, sale con los chicos

---

<sup>80</sup> Es posible pensar que el hecho de que Mateo haya formado pareja y esté conviviendo con ella, significa una cierta transición hacia la adultez y mayores presiones para asumir adecuadamente las funciones de provisión económica asociadas a la construcción de masculinidad adulta.

del barrio, pero tranqui se juntan afuera de la casa, toman una coca, después se vuelve adentro, o se junta con los de El Galpón, comen ahí, pero tranqui. No fuman, no toman. Son chicos de su casa.

Fátima: Nunca fue de meterse...

Soledad: No, y él [refiriéndose a su pareja] igual, él puede estar días y días adentro. No le gusta salir.

Él, en su casa, está tranquilo.

Y especialmente, en el marco de la sociabilidad juvenil masculina de *la calle*, tales jóvenes pueden ser considerados como *giles*, “don nadie” y/o “gobernados”.

Paz: Y vos desde que empezaste a estar de novio ¿dejaste de hacer otras cosas?

Damián: Sí, dejé mucho la calle (...) Ponele que te joden, todo, te dicen ‘gobernado’ y todo eso, pero yo no le doy pelota, o sea...

Paz: ¿A vos te joden?

Damián: Sí

Isla (2006) analiza la categoría nativa de gobernado y señala que la misma se aplica exclusivamente al varón, para hacer referencia a quienes son manejados o mandados por una mujer. El autor señala que tal uso naturaliza el lugar de la mujer como “gobernada” por lo cual justamente dicha inversión es concebida con una fuerte carga peyorativa. Así, quienes se emparejan y reducen la sociabilidad en *la calle*, espacio significado como lugar privilegiado de encuentro entre pares varones, pueden resultar cuestionados en su masculinidad. En este mismo sentido, algunos jóvenes son considerados *giles* por el hecho de ser “muy sumisos” o “mandados”.

Ahora bien, pese a las constantes recreaciones de las clasificaciones que oponen a los *giles* y a quienes *se hacen respetar*, a los que “se quedan callados” y los que *responden*, a los que *tienen calle* y a los que son de *la casa*, las prácticas, relaciones e identificaciones muestran una multiplicidad imposible de reducir a la fijeza de tales constructos. Mas bien estas categorías constituyen imputaciones morales en función de las cuales se pretenden establecer ciertas relaciones sociales.

Por un lado, pese a la aparente inmovilidad de las clasificaciones entre *giles* o *respetados* y entre quienes *responden* y quienes no lo hacen como organizador central para ser ubicado en estas categorías, algunos de los jóvenes que conocí movilizan otros criterios que les permiten manejarse en las interacciones concretas y establecer nuevos momentos límites en que, para ellos, se vuelve un imperativo usar la violencia para *hacerse respetar*.

Damián: Peleas tengo siempre, pero el tema es aprender a evitarlas.

Paz: ¿Cómo?

Damián: Y yo evito todo, ahora no quiero tener bronca con nadie, yo no tengo problema con nadie, cuando no me pegan... cuando me pegan sí, me voy a defender, pero yo evito todo, no escucho, me bardean y yo no escucho, yo sigo caminando nomás, o me río, pero a donde me vengán a pegar me voy a defender.



Damián cuenta que trata de evitar peleas y “no escucha” los *bardeos*, sigue caminando o se ríe. Sin embargo, de resultar víctima de agresiones físicas, en ese caso se defenderá mediante la violencia. Así, este joven intenta conservar su *respeto* sin involucrarse en conflictos.

Por su parte, también las prácticas e identificaciones de los jóvenes son irreductibles a las distinciones entre quienes *tienen calle* y los que son de *la casa*. Algunos de los protagonistas de esta tesis señalan que se juntan en la calle, en la plaza y en diferentes espacios barriales, e incluso pueden hacerlo por las noches, prender fuego y tomar alcohol. Sin embargo, dicen que no hacen *juntas*:

Tuki: Ranchadas... Hay acá en la placita, en la esquina [del Local Barrial], para allá [el puente]

Paz: Y ustedes ¿se juntan en alguna de esas juntas? ¿o no?

Tuki: No, nosotros tenemos amigos nomás, nosotros, nada más. Amigos, amigos. Nosotros nos juntamos entre amigos, que somos seis y nos juntamos a charlar, tomar mates, siempre. Y vos los ves a los otros que están tomando vino, viste están fumando, hacen la suya, pero de una forma diferente a la que nosotros la hacemos.

Iñaki: Nosotros podemos jugar... con él de mano o... decirle algo y por ahí que no le guste, pero se lo va a tomar bien. Los otros no.

Tuki: O sea, lo de nosotros es amistad, ahí se corre mucho la falsedad también.

Las *juntas* y las *esquinas* son espacios moralmente significados, con sentidos muchas veces asociados a la violencia y el consumo de alcohol y drogas. Para algunos, tales elementos pueden ser utilizados para construir *respeto* y una imagen positiva y otros —o los mismos en otros contextos— pueden cuestionar tales prácticas e identificaciones.

Existen jóvenes *caseros*, que no circulan demasiado por el barrio, ni participan de la sociabilidad juvenil masculina barrial. Algunos, si bien tienen amigos y sociabilizan con gente de la zona, no suelen juntarse en su espacio público, sino que lo hacen en mayor medida en sus casas, de forma que sus modos de sociabilidad no se asocian a la idea de hacer *junta* o *esquina*. Hay jóvenes que se consideran y son considerados “parte” de una *junta* y otros que ocasionalmente transitan por tales ámbitos. Del mismo modo, las relaciones que establecen con estos ámbitos son distintas e incluso para un mismo joven puede variar el lugar que la *junta* tiene en distintos momentos de su vida. Ellas son diversas en su composición etaria, su estabilidad en el tiempo y en cuanto a su construcción —o no— como espacio de pertenencia e identificación colectiva.

Por su parte, lejos de concebir a la sociabilidad en *juntas* como escindida de otros ámbitos —como por ejemplo el escolar o el familiar—, muchos se juntan y desarrollan amistades con jóvenes que conocen no solo por ser vecinxs del barrio, sino también por asistir al colegio más cercano del mismo. Así, por ejemplo, en Los Mirasoles, muchxs asisten —o habían asistido— al colegio de Gran Jardín y allí desarrollaron sus amistades. Por el contrario, varios de los jóvenes que no frecuentan los espacios de sociabilidad barrial, tampoco suelen integrarse a los circuitos

educativos públicos del lugar, sino más bien, generalmente son identificados como quienes asisten a colegios privados o a otros colegios públicos alejados de la zona. En definitiva la vida barrial, así como las experiencias de los jóvenes en torno a ella, se presenta como heterogénea e híbrida.

Si bien el análisis muestra las clasificaciones y distinciones entre los jóvenes que participan, o no, en la sociabilidad de *la calle*, las divisiones no suelen ser estrictas entre unos y otros. Del mismo modo, tampoco lo son entre el espacio de *la calle* y el de *la casa*, el colegio, el trabajo, u otros espacios institucionales. Pese a todo, dichas clasificaciones abonan a la construcción de alteridades. Así, a partir de las imputaciones de “giles” o “don nadie” por un lado, y de “barderos”, “quilomberos”, “negros” o “delincuentes” por el otro, los jóvenes son juzgados o cuestionados –y juzgan a otros– en función de diversos valores y criterios morales.

Varios de los jóvenes que conocí hablan de ciertos deseos que aparecen como orientadores de sus prácticas y que se vinculan con la idea de “ser alguien”, obtener cierto reconocimiento o prestigio. Tal como muestro en el próximo capítulo, algunos de ellos buscan hacerlo a partir de la construcción de *respeto* asociada a sus enfrentamientos con otros varones, la participación en acciones delictivas –particularmente robos y hurtos– y/o de trayectorias en cárceles y centros de detención. Y otros –o incluso los mismos, en nuevos contextos– buscan construir reconocimiento en función de lograr una trayectoria escolar relativamente exitosa, de conseguir un buen trabajo, formar familia y “poder tener un futuro”. Orientados por lógicas similares, muchos se interesan por la participación en espacios políticos, en la música, en el deporte, así como también se preocupan por cultivar buenas relaciones y ampliar sus redes de relaciones sociales, ganando amigos y conocidos. Pero, especialmente los distintos elementos mencionados son utilizados como recursos contextuales para construirse como jóvenes legítimos en estos barrios. Construcciones, a su vez, que son heterogéneas, en disputa, abiertas y situadas.

### 2.3. “Son conflictos de barrio, la bronca es este lado contra este lado”

Al igual que han señalado diversos trabajos (Bonaldi y del Cueto, 2009; Cozzi, 2013; Cozzi, 2018; Cabral, 2015) para muchos de los jóvenes que conocí, el barrio, o cierta zona del mismo, aparece como una referencia central a partir de la cual se definen e identifican. Ello puede evidenciarse en los nombres utilizados en las redes sociales, que muchas veces incluyen dicha referencia. Por ejemplo, el nombre de Facebook<sup>81</sup> de Nicolás es “Nicolás del BLM”, es decir, del Barrio Los Mirasoles. A partir del barrio se definen a sí mismos y a otros, construyen clasificaciones, pertenencias y límites, identificaciones y distinciones.

---

<sup>81</sup> Red social.

Especialmente, a partir de sus *juntas* algunos se establecen en cierta zona y la hacen propia, conformándose así, diversas *juntas* al interior de los barrios. La pertenencia e identificación con una *junta* asociada a determinado territorio, a la vez, sirve para establecer delimitaciones con otras zonas apropiadas en mayor medida por otros jóvenes, construyéndose distinciones entre diferentes *juntas*. Las relaciones entre estos grupos pueden ser de conocimiento y/o amistad: en ocasiones realizan actividades en conjunto como compartir un encuentro o jugar al fútbol. Pero también, muchas veces dan lugar a la configuración de ciertos conflictos y rivalidades entre jóvenes, especialmente cuando las *juntas* pertenecen a distintos barrios.

La apropiación territorial que conlleva la presencia de estos ámbitos no implica la construcción de límites rígidos a la circulación, antes bien, los mismos son frágiles y generalmente son traspasados en las prácticas espaciales de los jóvenes. En esas circulaciones, muchas veces se encuentran jóvenes de diferentes zonas y en ocasiones se producen conflictos. Y el desarrollo de peleas puntuales puede desencadenar venganzas que extienden la rivalidad y la reproducen, muchas veces recreando enfrentamientos entre jóvenes en principio ajenos a ellos. Particularmente, en tanto las *juntas* son identificadas con cierto territorio y muchas veces los enfrentamientos involucran a *banditas* de diferentes barrios lindantes, éstos contribuyen al establecimiento de *picas*<sup>82</sup> que trascienden a los miembros individuales en principio implicados en los conflictos. Tal como señala Fonseca (2004) la guerra de pandillas entre barrios o territorios rivales se inspira en el código de honor, código sobre el que profundizo en el próximo capítulo.

Así, muchos de los enfrentamientos entre barrios se vinculan a sucesos puntuales que originan alguna pelea entre grupos de jóvenes varones de ambos espacios. La apropiación territorial de los jóvenes, sumada a la desconfianza hacia los desconocidos, su circulación hacia otros barrios o zonas y las lógicas del *respeto* o código de honor, son importantes para entender la genealogía de ciertos conflictos.

Especialmente, las representaciones de los jóvenes desconocidos como sospechosos, potenciales delincuentes, buscadores de conflictos o presencias amenazadoras, contribuye a producir tales afrontas, porque los jóvenes se esfuerzan en limitar la circulación de otros por la zona que consideran propia. Los jóvenes reunidos en *juntas*, quienes con mayor frecuencia habitan el espacio barrial por las noches, muchas veces notan la presencia de jóvenes “extraños” circulando por el barrio y buscan echarlos. Así, Santiago, quien forma parte de la *junta* ubicada en la esquina del Local Barrial de Los Mirasoles me comentaba que, cuando venían jóvenes de otros lados, ellos los sacaban: “los sacábamos matando (...) los cagábamos a palo, los

---

<sup>82</sup> Rivalidades.

bardeábamos, corte... si lo vemos medio raro, ‘eh ¿qué andas haciendo por acá?’... cuando ves medio raro a otros que no son de acá, porque acá nos conocemos todos. Si vienen de otros lados, todo, al toque lo conocemos”. Según Santiago ellos cuidan al barrio:

Santiago: Cuidamos de que no pase nada, que no venga gente de otros lados, que no vengan pibes de otros lados (...) Si son pibes de otros lados, ya te rescatás... si vos lo ves encapuchado, está todo encapuchado sabes que va a hacer algo por acá en el barrio. Y nada, ahí pasa, le decís ‘¿qué onda amigo? ¿Qué andas haciendo?’ y ahí fue, por la cara. ‘¿qué andas haciendo por acá?’ ‘mira que acá no queremos rastros<sup>83</sup>’ pum, ahí le decís y el chabón se va a la mierda. Si se hace el piola lo bardeas y bueno, hay que darle masa<sup>84</sup>.

Del mismo modo, Matías, de la *junta* de Punta Verde, decía que ellos evitan que jóvenes de otros lados les roben a los vecinos:

Matías: Los guachos que paran conmigo no son rastros, no van y se meten en tu casa y te roban la tele, el equipo de música... (...). Los pendejos<sup>85</sup> que paran en la esquina cuidan al barrio. Si se llega a querer mandar alguno, corte querer agarrarte una casa y no es del barrio, pum, ‘¿vos te querés mandar en la casa de uno de los vecinos? ¡pum! andá a ratear a tu barrio, ¿venís a rastrear acá?’

Así, algunos jóvenes afirman que, en sus estancias en las *esquinas* por las noches, ellos defienden al barrio de los robos de pibes provenientes de otros lados, defensa que consiste básicamente en echarlos del lugar ya sea por medio de amenazas verbales, agresiones físicas o robándoles. La circulación de extraños por el barrio no solo es vista con desconfianza y como amenazante sino también éstos son concebidos como blanco fácil para robar, como “gente regalada<sup>86</sup>” (Santiago), todo lo cual contribuye a la producción de conflictos.

Pero el tránsito de desconocidos por la zona no solo se vincula con potenciales oportunidades de robos, sino también muchas veces se asocia a la existencia de puntos de compra-venta de drogas. Mientras hacía mi trabajo de campo en Los Mirasoles se produjo la detención de unos moradores asociados a la venta de drogas y la posterior huida de sus familiares, luego de ser expulsados por los vecinos. Según los relatos, tanto de los jóvenes como de otros residentes e incluso de referentes barriales, antes “andaba mucho la droga” –se vendía principalmente “faso y merca”, es decir, marihuana y cocaína–, pero luego de dichos sucesos el barrio estaba “más tranquilo” y había menos robos y conflictos. La menor venta de drogas se asociaba a la disminución de la circulación de extraños por el barrio y eso, a su vez, a la mayor tranquilidad barrial. Justamente, la venta de drogas no solo puede dar lugar a conflictos entre compradores y vendedores, sino que también aumenta la presencia de desconocidos en el barrio y el potencial conflicto entre quienes van a comprar y los jóvenes del lugar. Aunque no necesariamente dichas circulaciones derivan en enfrentamientos: en ocasiones, los jóvenes

---

<sup>83</sup> Quienes cometen delitos menores.

<sup>84</sup> Pegarle.

<sup>85</sup> Jóvenes.

<sup>86</sup> Fácil de robar.

pueden ignorar los *bardeos* de los otros para evitar conflictos. Por ejemplo, Nicolás me comentaba que cuando él había pasado por la *junta* de jóvenes de Punta Verde para ir a comprar marihuana, éstos habían agredido verbalmente a él y a su amigo. Sin embargo, ellos no habían *respondido*, por lo cual no se había generado ninguna pelea.

Nicolás: Acá [en Los Mirasoles], con los de Punta Verde, hay pica.

Paz: ¿Quiénes?

Nicolás: Todos los del barrio. Ya cuando agarran bronca a uno, agarran bronca a todos, ¿entendés? El otro día, como yo iba con un amigo, ‘vos vas a ver y tu amigo también’ en Punta Verde, yo lo acompañé a comprar y le decían ‘vos vas a ver gato y tu segundito también’, le decían. Y yo nada que ver, pero te agarran bronca igual. Y si te cruzan...

Paz: Pero ¿vos estabas ahí pasando por Punta Verde? ¿o qué?

Nicolás: Sí, estábamos pasando, fuimos a comprar, a comprar droga [marihuana] con un amigo y cuando volvíamos nos gritaron, corte, pasamos de largo, ni cabida y empezaron a lorearla<sup>87</sup>, corte decir giladas, ‘a vos ya te va a re caber gato de mierda’. Eran como tres o cuatro, estaban en la esquina y empezaron a gritar banda de cosas, pero ni cabida.

Paz: ¿Les gritaron y ustedes siguieron de largo?

Nicolás: Sí, seguimos de largo.

Paz: Pero, ¿los conocían?

Nicolás: Yo no, el otro no sé si los conocía. Pero como un par de veces hubo bronca acá los de Los Mirasoles con los de Punta Verde, yo un par de veces estaba y corte capaz que alguno reconoce, habrá quedado resentido.

Paz: ¿Broncas en qué sentido?

Nicolás: Ponele estábamos en una joda así y vino uno de Punta Verde y se agarran a las piñas, después vienen más de Punta Verde y obvio que nos vamos a juntar los del barrio y los vamos a sacar. Pero se va a quedar toda la bronca y después nosotros no vamos a poder pisar para allá. En todo el barrio no le gusta ir para Punta Verde. Voy si tengo que ir a comprar y sino no. Yo soy más corte ambiente de barrio acá.

El traslado de los jóvenes hacia otros barrios para robar, como para comprar drogas son importantes para comprender la genealogía de ciertos enfrentamientos. Pero también, lo son las circulaciones para concurrir a eventos sociales, clubes, pools, boliches y/o fiestas. En este sentido Previtali (2014) señala a las fiestas y bailes como ámbitos privilegiados para el encuentro entre diversos grupos de chicos y chicas, con relativa autonomía frente a los controles parentales, donde las relaciones de seducción, provocación y desafío, así como la violencia en dichas relaciones, tienen un lugar central. En reiteradas ocasiones los jóvenes mencionan rivalidades con pibes de otros barrios producidas a raíz del encuentro en este tipo de lugares en los cuales se generan peleas que dan lugar a posteriores venganzas, luego extendidas hacia otros jóvenes. O también, de jóvenes que acuden a eventos en lugares con los que ya hay establecida una cierta rivalidad, por lo cual se reproducen las peleas. Justamente, una vez instalada la disputa, la presencia de jóvenes con los que hay *pica* por la propia zona es interpretada como *provocación* o búsqueda de conflictos. Por esta cuestión algunos jóvenes evitan ir a ciertas fiestas o eventos en barrios desconocidos o con los que hay *pica*. Así, la movilidad hacia otros barrios, si bien es frecuente, suele ser significada como potencial fuente de enfrentamiento.

---

<sup>87</sup> Hablar de más.

Así, del mismo modo que se generan rivalidades entre los jóvenes de Los Mirasoles y los de Punta Verde, también al interior de tales barrios se recrean zonas diferenciadas que dan lugar al establecimiento de *picas*. En este sentido, Matías, de la *junta* de Punta Verde, destaca la distinción construida a uno y otro lado de la calle 100. Para algunxs moradorxs, una de esas zonas no formaría estrictamente parte de Punta Verde, sino más bien, sería un barrio específico: La Naranja. Más allá de que sea considerada como del mismo barrio o no, se configuran como “partes” distintas. Particularmente, para ciertos jóvenes como Matías que participan de la sociabilidad masculina barrial, en torno a dicha división se desarrollan identificaciones y como contraparte, alteridades, las cuales dan lugar a *broncas*<sup>88</sup>. Estas rivalidades permiten explicar diversos conflictos puntuales que involucran a los jóvenes que pertenecen a las *juntas* de las distintas zonas. Por ejemplo, el que tuvo Matías, su *junta* y su familia, con la *junta* de “Los Quintero”, ubicada “del otro lado” de la 100:

Matías: Yo, hace un mes atrás, me quisieron dar un tiro porque me discutí con cuatro... Mirá, en mi barrio está la 100, de esta parte de la 100 para [se junta] una parte, que sería la parte mía, de mis hermanos, de todos los pibes. Y de este parte de la 100, para [se junta] otra parte. Y histórica guerra hubo entre esas dos partes de la 100, toda la vida, sería la división de Punta Verde. Es todo Punta Verde, nada más que la gente no se banca. Ahora le dicen la Naranja, le dicen, pero siempre fue todo Punta Verde, para la gente que se crió en el barrio, es todo Punta Verde. Cuestión, bueno, el otro día me dicen que había ido gente de esta parte de Punta Verde [la otra parte], a bardear a la gente... andaba hablando giladas en el barrio mío, justo en la cuadra donde para toda mi gente, el quilombo se genera siempre todo ahí. Y estaban un par de pendejos ahí en el barrio y escucharon que pasaron gente de este lado [del otro lado] diciendo ‘no, que estos son todos re gatos’, ‘los pibes de este lado están todos re quebrados<sup>89</sup>’ que ‘pum’ ‘pam’. Y ya me había quedado con la espina yo, ya me sentía re zarpado porque son un par de giles los del otro lado, me había quedado con la espina. Me voy a visitar a un amigo, cuando vuelvo veo que mi hermano está discutiendo con estos mismos chabones que estaban hablando boludeces de la parte donde paramos nosotros. Llegué y ahí nomás, me puse a decir una banda de giladas a los chabones, ‘están re quebrados’, ‘se están zarpando en giles’, ‘pum’ ‘pam’. Lo saco a pelear a uno de los chabones y le digo ‘bueno boludo, vamos a agarrarnos a las piñas’, el chabón agarra y me muestra el arma, y como te digo, yo siempre me sentí muy en el barrio, tengo mucha gente que me apoya, gente que vende droga, chabones grandes, lo invito a pelear al chabón, le digo ‘bueno vamos a las piñas... yo represento a mi barrio, vos representas al otro lado’ y agarra el chabón y me muestra un arma, se levanta la remera y me muestra un arma. ‘¡Ah, boludo! ¿qué? ¿tenés un fierro<sup>90</sup>?’ le digo ‘bueno, dale, la concha de tu madre, tirame’ le digo “¿me querés tirar? tirame, ¡dale!”. Y hasta que agarró, sacó el chabón y me tiró, me tiró un tiro. Cuando me tiró un tiro, todos los pibes que estaban atrás mío lo empezaron a correr. Lo empezaron a correr. Fueron y le agarraron a tiros a la casa de mi hermano, que con él empezó la discusión. Fue un problema muy heavy, hace mucho tiempo que no había un problema tan heavy en el barrio. A las 7 y media empezó el quilombo, que el pendejo me tiró el primer tiro, hasta las 12 de la noche... Bueno nos juntamos un par de gente ahí, en la casa de mis tíos y mis hermanos, y hasta las 12 de la noche a los tiros con ese grupito de pendejos del otro lado de Punta Verde. A uno de ellos le dieron un tiro, acá en la pierna, le dio uno de mis tíos... como te digo, fue un quilombo bastante heavy.

Si bien el conflicto mencionado por Matías se explica principalmente por la “histórica guerra” que hay entre ambas partes de Punta Verde, las rivalidades se actualizan en enfrentamientos puntuales, en este caso particular, entre la *junta* de Matías y los Escudero, con la

<sup>88</sup> Conflictos, enfrentamientos.

<sup>89</sup> Debilitados.

<sup>90</sup> Arma de fuego.

*junta* de los Quintero. El conflicto comenzó cuando los Quintero fueron hacia la zona donde *para la junta* de Matías y comenzaron a *bardear*, es decir, a insultar a Matías y sus amigos. Insulto que fue considerado por estos últimos como una *provocación*, lo cual motivó a la respuesta por parte de Matías, sus amigos y familiares. En un principio, el enfrentamiento era verbal. Sin embargo, el joven de los Quintero sacó una pistola y comenzó a amenazar a Matías. A su vez, la *provocación* de Matías llevó a que Quintero disparara y dio lugar a una nueva respuesta e ingreso al conflicto de más amigos y familiares de Matías. Así, se produjo un enfrentamiento a tiros que duró algunas horas. Si bien posteriormente el conflicto se calmó, la rivalidad entre ambos lados –y especialmente, entre ambas *juntas*– permanece. Para Matías, el enfrentamiento se explica en función de las rivalidades barriales:

Matías: Son conflictos de barrio, solamente por mirarte mal con la otra persona pintan esas peleas de mierda (...) Es esto, mirá, ésta es la calle 100, ésta toda la vida va a ser la bronca (...) la bronca es este lado contra este lado.

Aunque las distinciones barriales son un elemento fundamental para la producción de identidades y alteridades que sirven a la configuración de ciertos conflictos y rivalidades, es necesario afinar la mirada para interpretar con mayor profundidad la cuestión. Si bien muchos jóvenes señalan que las rivalidades se extienden e involucran a barrios enteros, creando *brincas* de “barrio contra barrio”, es necesario comprender qué sujetos están involucrados en esa idea de barrio y en tales enfrentamientos. Especialmente, las experiencias de otros actores, muestran que en realidad las mismas implican principalmente a los jóvenes que participan de la sociabilidad juvenil masculina o que en las situaciones concretas de encuentro se disponen a disputar por el *respeto*, al *responder* frente a las *provocaciones* de otros. Este tipo de disputas afecta, en primer lugar, a aquellos jóvenes varones vinculados con el conflicto y a sus allegados, ya sea a jóvenes que pertenecen a la *junta* y grupo de amigos o que forman parte de las redes sociales familiares y afectivas de los involucrados. Y si bien es verdad que puede extenderse a otros jóvenes varones, no así a todos los habitantes del barrio.

Como ya mencioné en el apartado anterior, las jóvenes –así como las mujeres de otras edades– usualmente quedan excluidas de estas disputas. Pero además de ellas, tampoco suelen ser incluidos los niños y muchos de los adultos, en especial aquellos que no participan de este tipo de sociabilidades, ni se involucran en los conflictos por la construcción de *respeto*. En cuanto a los jóvenes varones, si bien pueden resultar agredidos u hostigados en función de dichas rivalidades, en ciertas ocasiones, ellos optan por *no responder*, es decir, no hacer lugar al insulto o las provocaciones –como, por ejemplo, Nicolás y su amigo cuando fueron a comprar marihuana al barrio vecino– y de este modo, evitan el desarrollo de nuevas agresiones y eventuales enfrentamientos físicos.

Por su parte, las peleas concretas entre *juntas* o jóvenes pertenecientes a diversas zonas barriales pueden cesar, pero también pueden dar lugar a nuevas venganzas que recrean y les dan mayor perdurabilidad a los conflictos, configurando rivalidades que a la vez son actualizadas de diversos modos en los encuentros concretos entre quienes eventualmente estarían involucrados en las mismas. Particularmente, la cercanía entre *juntas* rivales y la relativa poca frecuencia con la que se desarrollan enfrentamientos físicos puntuales entre ellas habla de una rivalidad más bien latente. Por ejemplo, según Matías otra de las *juntas* con las que su grupo se encuentra enfrentado es la junta de los Gómez, referenciados como “los del Gauchito”, con los que “siempre estuvo todo mal”. Dicha “bronca” preexiste a las *juntas* actuales: “habrá empezado hace años. Yo ni existía, son peleas que vienen hace... como te digo, antes que nosotros nacióramos, son broncas...”. Al igual que los Quintero, los Gómez también viven del otro lado de la calle 100, pero su parada se ubica a tan solo una cuadra de la esquina de la *junta* de Matías. Dicha cercanía y la ausencia de intercambios hostiles cotidianos, muestra que los conflictos solo en ciertas ocasiones puntuales se reactivan dando lugar a los enfrentamientos físicos.

Las identificaciones territoriales de los jóvenes, ya sea con el barrio, con cierta zona del mismo, o con la *junta* sirven a la construcción de límites que pueden ser fuentes de distinciones y conflictos. Así, estas referencias figuran como un elemento central que organiza las interacciones entre muchos varones. Especialmente, la configuración de rivalidades o *pica* entre quienes pertenecen a diferentes *juntas*, zonas del barrio o barrios son un elemento organizador central de su movilidad. A diferencia de las maras o pandillas presentes en otros países de América Latina (Savenije, 2009), en estos barrios no hay divisiones estrictas de grupos rivales con dominios territoriales precisos y límites rígidos a la circulación, sino más bien el tránsito por diversos territorios o zonas aparece como una experiencia frecuente por parte de los jóvenes, incluso por barrios con los que tienen *pica*. Pero, si bien los límites son porosos y son atravesados por los jóvenes con frecuencia, ello no implica negar su existencia (Segura, 2009). Por el contrario, estos límites y distinciones orientan las prácticas y las interacciones de los jóvenes en el espacio y en función de ellos, ciertos recorridos y circulaciones resultan más fáciles que otros. Especialmente, el potencial conflicto asociado al transitar por determinados barrios o zonas hace que para muchos varones sea más difícil realizar tales movilidades, al tiempo que estas circulaciones los exponen en mayor medida a determinadas violencias<sup>91</sup>.

#### 2.4. La “mala junta”

---

<sup>91</sup> Como muestro más adelante, es menos común que la circulación de las jóvenes se vea afectada por las distinciones y rivalidades barriales, sin embargo, ello no implica que ellas estén menos condicionadas en su movilidad (Ver el apartado 3 de este capítulo).



#### 2.4.1. La familia “no quiere que haga juntas”

En uno de nuestros encuentros Matías me mostró con entusiasmo una foto que había publicado en Facebook unos días atrás. Era una foto de los carteles de las calles de Punta Verde en la intersección de la esquina de 100 y 52X. El comentario que acompañaba la foto decía:

Cuántos momentos que pasamos en esta esquina, crecimos, nos caímos y nos volvimos a levantar. Infinitas personas pasaron y siguen pasando. Con algunos compartimos todos los días, con otros nos vamos a encontrar en un lugar mejor. Pero no me quedan dudas que nos quedan muchas cosas para compartir<sup>92</sup>.

La foto tenía 23 etiquetados, todos varones, en algunos casos figuraban solo los nombres y en otros la etiqueta remitía a una cuenta de un usuario de Facebook. Matías me explicó que los etiquetados eran todos los jóvenes que paraban en su esquina, y que alrededor de diez de ellos estaban privados de su libertad en ese momento. Riéndose me mostró el comentario que había hecho la madre de dos de sus amigos:

Yo siento no pensar lo mismo. Disculpame, pero siempre que paso por esa esquina me da escalofríos cuando veo a mis hijos y le pido a Dios que vuelvan a casa. Perdón, pero no quisiera pasar por lo que pasamos, ni yo, ni mis hijos. Solo rezo para que me los cuide, ellos son todo lo que tengo y los amo. Disculpen chicos, espero que me entiendan, no quiero ofenderlos. Gracias, la mamá de Pocho y José<sup>93</sup>.

Dicho intercambio vía Facebook permite mostrar la existencia de significaciones diversas en torno a los modos de representar las *juntas* o *esquinas* de jóvenes, principalmente dadas entre quienes participan de estos ámbitos y quienes están más alejadxs de las dinámicas de sociabilidad juvenil masculina barrial. Así como también evidencia la distinción que se recrea entre estos lugares de *la calle* y, por otro lado, *la casa*: los primeros son asociados al peligro, mientras que la segunda se construye como espacio de resguardo. Tal como señala Previtali (2014) las “andadas” de los jóvenes por las calles pueden presentarse con valores positivos o negativos según quiénes definan la situación y en función de qué sentidos. Mientras que para algunos jóvenes las *juntas* son espacios de diversión, construcción de amistades y de *respeto*, ellas suelen ser estigmatizadas por muchxs de lxs residentes de estos barrios. Principalmente lxs adultxs, padres y madres, buscan limitar la participación de sus hijxs en tales ámbitos, ya que temen por lo que pueda pasarles allí. En este sentido, la madre de Pocho y José, dos amigos de la *junta* de Matías, blanqueaba su desacuerdo en torno a la manera de percibir dicha *junta* de amigos y el temor que le generaba que sus hijos la frecuenten.

Por su parte, el hecho de que Matías acostumbrara habitar la *esquina*, también podía crear conflictos con su familia, en especial cuando lxs vecinxs desataban rumores sobre las prácticas de él y sus amigos. Por ejemplo, en una ocasión Matías se había peleado con su madre porque

---

<sup>92</sup> El comentario fue modificado ligeramente para resguardar el anonimato.

<sup>93</sup> El comentario fue modificado ligeramente para resguardar el anonimato.

ella le había creído a lxs vecinxs que él había entrado a robar al supermercado de su barrio, cuestión desmentida por Matías, quien afirmaba que “la familia siempre exige y no se da cuenta el sacrificio que hace uno”:

Matías: Me re enojé con mi vieja. Y me enojé porque ella ya se tiene que dar cuenta de que ya no ando en esa boludez, que mi vieja le crea a la gente o a los vecinos esas boludeces me molesta mucho... Hace una banda de tiempo que no ando haciendo maldades en la calle (...). No me gusta tener estos problemas con mi familia, estas discusiones... pero bueno también yo soy un chabón calentón y bueno me enojé con mi familia y le dije, ¿ustedes qué quieren? Voy a la facultad, milito, trato de hacer las cosas lo mejor posible y nunca alcanza (...) para que se den cuenta, que se yo... de todas las cosas buenas que hago yo y que no miren lo malo, porque cosas malas, hoy por hoy, no estoy haciendo. Pero bueno, la familia siempre exige, exige, exige y no se dan cuenta el sacrificio que hace uno.

Ni la violencia, ni el consumo de drogas y/o alcohol son prácticas exclusivas de estos ámbitos, ni tampoco los grupos de jóvenes que conocí se dedican al delito como empresa concreta; sin embargo, las diversas *juntas* suelen ser vistas de manera negativa por muchxs moradorxs del barrio, fundamentalmente adultxs, quienes asocian tales ámbitos a la “drogadicción”, la “vagancia”, el “bardo”, la “delincuencia” y la “violencia”, es decir, a la “mala junta”.

Liliana, vecina y referente de una organización política de Los Mirasoles, conoce a varios de los jóvenes que se juntan en la esquina del Local Barrial y me comenta que muchos de ellos son “tranquilos”, pero que sin embargo son discriminados y tildados de “drogadictos” o “vagos” por lxs adultxs del barrio.

Liliana: Porque capaz no tiene nada que ver y cuando el pibe está en la esquina y le dicen ‘ah sí, es el drogadicto de la esquina’ o ‘es el vaguito de la esquina’ y están muy marcados los pibes con eso. Y por ahí no tiene nada que ver, pero al verlos ya en la esquina hablando con los pibes ya... viste nosotros por ahí los grandes tenemos eso, tenemos la mala costumbre de decirle a los pibes ‘ah, sí, porque sos el drogadicto de la esquina’ o que ‘no lo voy a dejar juntar a mi hijo porque...’ (...) dentro de la ignorancia de los mayores, los adultos, por ahí lo ven al pibe en la esquina o al grupo y no están haciendo nada malo, son chicos del barrio, pero como lo vio al chico juntado en la esquina, ya ‘no, porque ese va a ser un drogadicto’ por ahí viste, eso... la sociedad misma te lleva a eso. Y el chico no se siente incluido (...). Y ahí ya viene el problema de la familia, yo he escuchado a las madres y he hablado con los padres y les dije ‘no necesariamente porque estén en la esquina tienen que estar drogándose o tienen que estar tomando alcohol’, no. Mi hijo muchas veces se junta ahí en la esquina pasa, 5 minutos, ‘hola chicos, ¿cómo están?’ se cruzan dos o tres palabras... Pero mi hijo no es de la esquina, pero sí los conoce a todos porque son todos del barrio y no por eso yo voy a juzgar de ‘no te juntes con ellos que son todos drogadictos o que son esto’, por ahí, yo pienso así, pero otras mamás no piensan así, porque es lo primero que decís, no te juntes con los drogadictos, no te juntes en la esquina, porque están fumando, porque están haciendo esto, y nada que ver... por ahí los pibes están tranquilos en la esquina.

La *esquina* aparece como un espacio moralmente significado, atravesado por numerosas disputas en torno a dicha significación. El hecho de *juntarse en la esquina* o *ser de la esquina* suele aparecer cargado de una connotación moral peyorativa especialmente por fuera de la sociabilidad juvenil masculina. Por lo cual, algunas familias tratan de evitar que sus hijxs

frecuenten tales ámbitos. Aunque también otrxs moradorxs, como por ejemplo Liliana, ponen en cuestión este tipo de visiones ampliamente sostenidas en estos barrios.

Si bien las distinciones entre los jóvenes que participan de las *juntas* y quienes no lo hacen pueden ser más o menos rígidas, generalmente éstas constituyen espacios de sociabilidad relativamente abiertas, por lo cual algunos jóvenes que no son parte del grupo central de amigos y/o parientes que frecuentan cotidianamente la *esquina*, pueden ocasionalmente transitar por dichos ámbitos y compartir momentos de sociabilidad. Así, es posible distinguir entre jóvenes considerados “parte” de la *junta* o de la *esquina* y quienes ocasionalmente se juntan con ellos. Una de las *juntas* de jóvenes presentes en Los Mirasoles, es la ubicada en la esquina del Local Barrial, a la que Liliana hace referencia. Tanto Santiago, como Ulises, Pablo, Leonel, Jonás, Rodrigo, Carlos y otros jóvenes más, generalmente de alrededor de 20 y 25 años, son considerados “parte” de dicha *junta*. Mientras que Nicolás, Damián y Maxi –los jóvenes que conocí a partir de los talleres de La Organización– por momentos se encuentran con ellos, juegan al fútbol o comparten alguna bebida en dicha *esquina*, aunque ninguno se considera ni es considerado “parte” de dicho grupo. Estos jóvenes, que tienen menos de 20 años y siguen viviendo con su familia de origen, sienten la presión de sus padres, madres o adultxs mayores para que no *hagan juntas*, ni frecuenten dicha *esquina*, ya que consideran a quienes son parte de esta como *mala junta*. En este sentido, cuando Nicolás se fue a vivir con su tía había dejado de juntarse con ellos porque a ésta no le gustaba.

Nicolás: A mi tía no le gusta que haga juntas. No hago juntas, corte me invitan a la esquina, que se yo, a joder por ahí y digo “no... ni ganas”. (...) Por eso ahora ya ni cabida, no me junto más en la esquina, a mi tía no le gusta y yo le hago caso, estoy respetando su casa. Y ahí ya me quedé acá, de acá casi no me muevo.

Muchxs de lxs adultxs de las familias de los jóvenes tratan de impedir que éstos frecuenten la *esquina* e incluso que se junten y establezcan relaciones con quienes concurren a dichos espacios de sociabilidad. En ocasiones, dicha presión y las tensiones en el ámbito familiar generadas por la participación de los jóvenes en *juntas* pueden llegar al extremo de expulsarlos de sus hogares. Por ejemplo, cuando Nicolás vivía en Rosario, según dice, sus abuelos lo echaron de su casa por el hecho de tener *mala junta*:

Nicolás: Mi abuelo me echó porque... porque dice que yo me juntaba con mala junta. Pero mala junta es depende de uno, si vos lo sentís como mala junta es mala junta, pero yo no lo sentía como mala junta, no me llevaban a robar. No me obligaban a tomar droga, a hacer cosas que yo no quería, eso es ser mala junta. Los chabones no, pum, me decían ‘¿querés?’ ‘¿no?’ ‘bueno, está bien, no pasa nada’. Y ellos pensaban que no, que era todo al revés, como que eran mala junta, que me obligaban a hacer cosas que no tenía que hacer, que iba a robar, todo eso... y nada que ver. Por eso me echaron.

Mientras la participación en *juntas* puede aparecer como una actividad valorada para los jóvenes, fuente de recreación, pero también de prestigio –especialmente para aquellos que

sociabilizan dentro de estos ámbitos—; para otrxs actores, ello constituye un disvalor. En esta línea Cozzi (2018) plantea que “el mundo de los amigos” o de los pares puede aparecer en conflicto con el “mundo familiar” en el cual ni las prácticas de consumo, ni las actividades ilegalizadas, ni los conflictos entre jóvenes suelen aparecer como positivas, sino más bien se valoran las actividades más convencionales como el trabajo y el estudio. Muchos de los jóvenes que conocí sienten presiones por parte de sus padres, madres o familiares adultxs para no frecuentar el ámbito de *la calle* y, especialmente, no participar de las *juntas* de jóvenes, asociadas en gran medida en el imaginario barrial y social, a las drogas, la delincuencia y la violencia. Sin embargo, como muestro más adelante, también los lazos familiares pueden promover la participación en este tipo de sociabilidades e incluso muchas de las *juntas* están conformadas por parientes, especialmente hermanos y primos.

#### 2.4.2. Lxs vecinxs “hacen mala fama” y “te llaman a la policía”

La relación de estos jóvenes con “lxs vecinxs” también es ambigua y compleja. Por un lado, dado el gran interconocimiento barrial, muchxs residentes conocen a los jóvenes desde que son chicos, por lo cual pueden considerarlos como “buenos” o “tranquilos” y existir cierto cariño. Por otro lado, el hecho de que frecuenten *juntas* o que habiten el espacio barrial por las noches suele generar desconfianza y muchxs vecinxs “sospechan” de sus prácticas. Así, varios de los jóvenes de Los Mirasoles que participan de los talleres de La Organización dicen que ciertxs vecinxs los “discriminan” por el hecho de juntarse ocasionalmente con los pibes de la esquina del Local Barrial. Por ejemplo, Maxi en ocasiones se junta con ellos. Si bien sus mejores amigos son El Tuki, Ricardo y Damián, a veces compartía momentos con esos otros jóvenes más grandes. La relación empezó principalmente a partir del fútbol: muchos fines de semana jugaban al fútbol juntos en la canchita de la plaza del barrio. Y, más ocasionalmente, se juntaba con ellos en la esquina a compartir alguna bebida. Sin embargo, dicho vínculo le produjo tensiones con algunxs de sus vecinxs: aquellxs empezaron a decir que él “andaba robando” y le echaron la culpa de algunos hechos sucedidos en el barrio.

Maxi me contó que había dejado de juntarse por las noches con los pibes de la esquina del Local Barrial “porque después los vecinos dicen cosas”, principalmente lo acusan de que “anda robando”. “Porque a algunos vecinos les han faltado cosas y como nos juntamos ahí hasta tarde, te echan la culpa”. Me cuenta que el otro día a uno de los vecinos (que tiene un almacén) les faltaban unas garrafas y que estaba diciendo que había sido él quien le había robado. También dice que a la vuelta hay una vecina que tiene una feria de ropa. A ella le entraron a robar y al otro día lo acusó a él, según cuenta lo confundió porque estaba “parecido” al supuesto autor del hecho. (Nota de campo)

Uno de sus vecinxs era el padre de Tamara, exnovia de Maxi, quien no quería que siga en pareja con ella. Según cuenta Maxi, éste había hablado con su padre y le había dicho que él

“fumaba, se drogaba” y que “andaba robando”. Por estas razones, Maxi dejó de juntarse en la esquina por las noches y limitó sus encuentros solo a los horarios diurnos, principalmente para jugar a la pelota; disminuyó sus vínculos con los jóvenes de la esquina del Local Barrial y comenzó a juntarse nuevamente con Tuki, Ricardo y Damián.

Del mismo modo, muchos de los jóvenes que *paran* u ocasionalmente se juntan en las esquinas o plazas del barrio, especialmente por las noches, sienten esa estigmatización y discriminación por parte de lxs vecinxs, de quienes dicen que les hacen *mala fama*:

Damián: A un par de amigos le echaban la culpa de que robaban.

Paz: ¿Quiénes le echaban la culpa?

Damián: Y... los vecinos, por estar en la esquina uno piensa que... que son malos, o sea, le hacen mala fama, al Tuki le hacían una re mala fama, pero cuando lo conoces al Tuki, ¿viste que El Tuki es re bueno?

Paz: Sí, ustedes son todos re buenos, para mí.

Damián: Sí, ¿viste?, y bueno, siempre le hacen re mala fama.

Paz: ¿Por qué?

Damián: Y no sé porque le hacen mala fama

Paz: Pero ¿qué sería hacerle mala fama?

Damián: Y hablar mal de él, decían que era chorro, que era drogadicto, que se yo, pero vos lo conoces a Tuki y es re... parece que es más bueno que el pan. Por ahí hablaban mal del Tuki y yo saltaba de toque, tenés que conocerlo, es mi compañero.

Lxs vecinxs suelen ver de mala manera que los jóvenes se junten en la *esquina*, principalmente por sus prácticas de consumo en la vía pública de alcohol y/o marihuana, cuestión que aparece desde la mirada ajena, especialmente de algunxs adultxs, íntimamente vinculada a la drogadicción y la delincuencia. Del mismo modo, lxs adultxs que tienen niñxs chicxs se sienten ofendidos por estas prácticas de consumo público, en tanto consideran que son un mal ejemplo para sus hijxs. En este sentido, Romina, una joven de 16 años del barrio El Dorado, lindante con el centro de Romero, me decía en relación a los jóvenes que se juntaban al lado de su casa:

Romina: Bueno Pedrito, el que estaba acá al lado, que vino primero, ese es uno que roba acá en el barrio. Y bueno este chico, el que esta acá adentro [refiriéndose a la casa de al lado], el otro que está ahí afuera, y acá al lado [me señala a los jóvenes con la mirada y yo los miro] sí, a donde estás mirando... se juntan una banda acá ¿viste? pero por suerte no hacen nada, no te roban, acá afuera se juntan, se ponen a chupar, todo, y mi papá tuvo una banda de veces quilombo con ellos.

Paz: ¿Por?

Romina: Porque se ponen a fumar, no a fumar cigarrillo y eso, a fumar droga, ¿me entendés? y viene todo el olor para acá y está el nene [refiriéndose a su hermano más chico], está mi mamá, estoy yo. Y un montón de veces los sacó, pero no les podés decir nada igual. Pero igual no hacen nada. Tenemos la suerte esa ¿viste? porque ellos son de robar por el barrio, pero a nosotros nunca nos hicieron nada.

Particularmente, lxs vecinxs que viven cerca de las *esquinas*, veredas o plazas donde los jóvenes se juntan, se sienten afectadxs por estas prácticas, así como también por los ruidos, especialmente a la noche, provenientes de la música o las charlas y/o risas de los jóvenes. De este modo, sus dinámicas de sociabilidad producen tensiones con las lógicas de organización de

la cotidianeidad de la vida adulta, principalmente de aquellxs que tienen familia y trabajan temprano. Algunxs adultxs relatan situaciones en las que habían salido a la mañana para irse a trabajar y ciertos jóvenes se encontraban “amanecidos”<sup>94</sup> en la esquina, alcoholizados o bajo los efectos de alguna droga y les pedían plata o intentaban robarles:

Liliana: Claro, al otro día vos vas a las 6 de la mañana a trabajar y están ellos<sup>95</sup> ahí. A los que pasan les roban. Porque ellos te desconocen. Yo me he ido a las 5 de la mañana cuando voy a trabajar y me han salido y yo lo tenía acá [haciendo un gesto con la mano, como diciendo enfrente, a pocos centímetros] y me pedían para el vino. Y yo les digo, “no, yo solo tengo la Sube<sup>96</sup>” y cuando me miran bien, ahí recién me reconocen ‘ah, no, no, disculpe señora, disculpe’.

El hecho de que ciertxs vecinxs se sientan molestxs y amenazadxs por su presencia en el espacio público barrial, no solo conlleva a la estigmatización de los jóvenes sino también puede derivar en llamados a la policía para sacarlos del lugar.

Tuki me dice que a veces a la noche se juntan en la plaza, principalmente con Maxi y con Leandro. Piden algún pallet en la cooperativa de reciclado para hacer fuego y “bancar el frío”. También ponen música y se quedan ahí charlando varias horas. Dice que ellos no joden a nadie pero que igual a lxs vecinxs no les gusta y “mandan a la policía” para sacarlos. Según cuenta, ellxs se persiguen<sup>97</sup> porque hay muchos robos ahora en el barrio. (Nota de campo)

Así, algunxs vecinxs desarrollan estrategias securitarias, como la amenaza o la denuncia policial, que terminan potenciando los conflictos y así, recreando las condiciones para sentirse insegurxs (Rodríguez Alzueta, 2014a). A su vez, la intervención policial muchas veces deriva en la producción de nuevas violencias hacia los jóvenes, que resultan amenazados, humillados u hostigados por sus actorxs:

Tuki cuenta que el otro día estaba con Leandro cerca del jardín de Los Mirasoles y que lxs vecinxs llamaron a la policía porque pensaron que iban a entrar al jardín a robar. Cuando llegó la policía los empezó a revisar y un policía lo empezó a agredir: ‘¿qué te pasa? ¿estás drogado que hablás así?’ le decía y lo empezó a amenazar diciéndole que si lo mataba no se iba a enterar nadie. (Nota de campo)

Del mismo modo que ha analizado una vasta bibliografía (Puex, 2003; Isla y Valdez Morales, 2003; Kessler, 2012b; Kessler, 2013; Kessler y Dimarco, 2013; Rodríguez Alzueta, 2014a; Cabral, 2015), muchos jóvenes de sectores populares sufren diversas formas de violencias policiales que incluyen tratos discriminatorios, agresiones verbales, humillaciones, amenazas, requisas, violencias físicas y detenciones arbitrarias, entre otras. Según Rodríguez Alzueta (2014b) el “olfato policial” guía el accionar de esta fuerza de modo que, en función de un conjunto de ideologías y prejuicios naturalizados, quienes portan cierto rostro, se visten de determinada manera o se mueven de cierta forma, son etiquetados como sospechosos. Así, la

---

<sup>94</sup> Despiertos.

<sup>95</sup> Se refiere a la *junta* “del puente” de Los Mirasoles.

<sup>96</sup> Tarjeta del Sistema Único de Boleto Electrónico (SUBE) de Argentina que permite abonar los viajes en colectivos, subtes y trenes.

<sup>97</sup> Desconfían.

sospecha constituye un elemento clave que orienta la intervención policial, la cual recae principalmente sobre jóvenes varones pobres e implica diversos abusos y violencias hacia ellos. Los jóvenes que conocí saben que tanto vecinxs como policías “sospechan” de ellxs en función de su apariencia, vestimenta y de los lugares que habitan:

Nicolás: Yo pienso que la mayoría de las veces es por la forma de vestirse, es más por eso. Los vecinos te ven ahí, en una situación medio sospechosa. O por la forma de vestirse... o estás en un lugar... Te ven sospechoso, piensan mal. Te llaman a la policía.

Como dice Rodríguez Alzueta (2016a) “no hay olfato policial sin olfato social, no hay detenciones sistemáticas por averiguación de identidad sin llamadas al 911. Detrás de la brutalidad policial está el prejuicio vecinal; las rutinas institucionales encuentran su punto de apoyo en la vida cotidiana” (p. 11). Y a su vez, tal como ha sido señalado (Kessler y Dimarco, 2013; Cabral, 2015), la intervención de lxs policías muchas veces contribuye a reforzar la confrontación y deriva en la producción de nuevas violencias entre ambxs actorxs. Así, en relación a una situación en la que fue detenido por la policía, Nicolás explicó los maltratos físicos y verbales que sufrió en dicha intervención, pero también, su respuesta frente a los mismos:

Nicolás: Yo les decía “¿qué? ¿porque llevas la chapa te vas a hacer el más bueno?” le decía. Yo también le daba motivos como para... o sea, ellos me decían cosas y yo no me quedaba abajo, yo respondía, a veces me re volaban los pelos...

Así, los encuentros de los jóvenes por las noches muchas veces resultan amenazantes para lxs vecinxs, quienes recurrentemente acuden a la policía para dispersarlos o alejarlos. Todo lo cual contribuye a reproducir nuevos desencuentros y conflictos con ambxs actores.

#### 2.4.3. “No me cabe que estén las pibas en la esquina”

Como ya mencioné, las *juntas* suelen ser espacios de sociabilidad juvenil masculina. Ello no solo se hace evidente al transitar por estos barrios y observar tales agrupamientos, sino también los jóvenes reconocen la inexistencia de mujeres en sus grupos. Así, Santiago en relación a su *junta* en Los Mirasoles, afirma:

Santiago: No, pibas no tenemos, así amigas no...

Paz: ¿Por?

Santiago: Porque no... no hay muchas, acá en el barrio no hay muchas. No hay pibas, hay más varones que mujeres en el barrio. Yo vivo acá hace una banda, pibas no hay, no, somos de juntarnos entre varones nomás. Pibas acá, conocidas no tenemos, no tenemos amigas pibas, acá nos juntamos la mayoría varón.

De la mano de la menor presencia de las mujeres en este tipo de ámbitos es frecuente escuchar la consideración de que en el barrio no hay tantas mujeres como varones: “acá, en el

barrio, hay más chicos que chicas” (Tamara). Es posible pensar a las *juntas* como un espacio de homosociabilidad. Dicho concepto fue propuesto por Eve Kosofsky Sedgwick para hacer referencia a la predilección de los varones para establecer vínculos con personas de su mismo sexo, acompañada de la homofobia que sostiene el orden heterosexual (Morales y Bustos, 2018; Tjeder, 2009). Dada la misoginia generalmente presente en los espacios de homosociabilidad (Olavarria, 2001; Tjeder, 2009), las jóvenes pueden no ser aceptadas dentro de estos ámbitos, naturalizados como masculinos. En este sentido, Matías señala su disgusto con la eventual presencia de chicas en su *junta*:

Paz: Y ¿qué onda las pibas? Digamos... ¿hay pibas en la esquina?... ¿qué hacen las pibas en el barrio?  
Matías: Y... es un tema bastante delicado, que se yo... es un tema delicado porque a mí mucho no me cabe<sup>98</sup> que estén las pibas en la esquina. No me cabe porque las pibas en el barrio son mucho de llevar y traer, están en una bandita, después están en otra bandita, ¿me entendés? el otro día los pibes estaban haciendo un asado en la esquina y cayeron un par de flacas que son la bandera de lo que te estoy diciendo, de llevar y traer entre las diferentes bandas del barrio. Y cayeron las pibas con alguno de los pibes. Justo estábamos por comer y les dije ‘no, yo como con mi familia, coman ustedes’ y me tomé el palo de la esquina. Eh... y las pibas tienen eso, que van y vienen. Están acá y allá, y no me gusta. No me gusta tener gente así al lado (...). Porque lo único que se arma es puterío.

Las *juntas*, en tanto espacios de homosociabilidad, ofrecen la posibilidad de hacer “alarde” de la masculinidad, de modo que las ideas sobre lo que implica ser un “hombre de verdad” aparecen como orientadoras de muchas de las prácticas en tales ámbitos (Kimmel, 1997; Urrea, 2003; Nascimento, 2011) lo cual muchas veces se acompaña de la homofobia y del rechazo a lo femenino, identificado como inferior. Las representaciones sociales machistas sobre las mujeres, de gran presencia en los ámbitos de homosociabilidad, constituyen un factor, entre otros<sup>99</sup>, que limita la presencia de mujeres en este tipo de espacios.

Una conversación con un grupo de jóvenes habitantes de El Horizonte, barrio lindante al centro de Romero, resulta ilustrativa de estas misoginias. Asimismo, muestra el modo en que las normas de la monogamia y las prácticas que atentan contra éstas, pueden dar lugar a conflictos, en este caso, entre varones.

Agustín: No pueden tener novio las minas.

Paz: ¿Por qué?

Agustín: Porque no, son re zorras<sup>100</sup> las minas. Ponele... yo tengo una novia ahora acá, la mina<sup>101</sup> sale conmigo y se chamulla<sup>102</sup> a él [Lucas] por Facebook y se ven, y después vos agarras y la mina te dice “no, si yo no era, era él” y te estas peleando con un amigo por una guacha<sup>103</sup>. No tienen códigos las pibas ahora. Y no tira nada<sup>104</sup> pelearte con un amigo (...).

---

<sup>98</sup> Se refiere a que no le agrada.

<sup>99</sup> Ver el siguiente apartado.

<sup>100</sup> Puta, que tiene numerosos vínculos sexo-afectivos.

<sup>101</sup> Chica, joven.

<sup>102</sup> Hablar con intenciones de seducir.

<sup>103</sup> Chica, joven.

<sup>104</sup> No da, no conviene.



Lucas: Cristian, por ejemplo, el chabón cagó<sup>105</sup> a medio barrio, se chamulló a un par de minitas...

Agustín: Las minas... las minas lo buscaban al chabón. Tiene alta fama<sup>106</sup>.

Lucas: Es piola el chabón<sup>107</sup>, es bardero a la vez, pero es piola. O por ahí se manda sus cagadas ¿viste?, cuerneó<sup>108</sup> a un par de amigos de él, ¿viste?, ya tiene su fama.

Agustín: Los pibes no quieren traer a la novia

Lucas: No, yo ni a palo<sup>109</sup> traigo a mi novia y se la presento a él. Ni en pedo.

Agustín: Mirá a mi primo lo que le pasó, salía con una pibita. Y bueno, había una joda<sup>110</sup>. Y la mina lo miraba a Cristian, lo miraba, lo miraba y Cristian estaba tomando y empezaron a charlar y ahora la mina le manda WhatsApp<sup>111</sup>, todo, corte<sup>112</sup> que la mina quiere estar<sup>113</sup> con él, no quiere estar con mi primo.

Paz: ¿Y tu primo qué onda?

Lucas: Es más boludo<sup>114</sup>... ni enterado está.

Agustín: El otro día fuimos a una joda y la llevó a la mina.

Lucas: Sí, la llevo a la pibita, éramos 6, 7 chabones y él y la novia. No podés llevar a la novia, todos puros huevos<sup>115</sup> y el chabón ahí lleva a la piba. Encima estaba el chaboncito este, Cristian... y la pibita estaba con nosotros, al lado de Cristian... cerca de nosotros. Y Cristian no perdona. Y el otro me dijo “yo me la comí<sup>116</sup>, ahí en la casa de Tomi, el otro día se me regaló<sup>117</sup>” dice. Pero la culpa no es del pibe, la culpa es de la piba también ¿entendés? la culpa es de la piba... O la culpa es de los dos, si él tiene códigos no hace nada y la piba también, si te quiere a vos, no va a estar con otro, corta<sup>118</sup>.

La charla permite analizar varias cuestiones. En primer lugar, el modo en que ciertas acciones de las mujeres pueden afectar la imagen de los varones. Así, el primo de Agustín es interpretado como un *boludo*, ya que su novia le fue infiel y mantuvo relaciones con Cristian, otro amigo de los jóvenes. Asociado a esto, ella es considerada la culpable principal. En esta charla, las mujeres son representadas por estos jóvenes de manera peyorativa como “zorras”, que “no pueden tener novio” y culpables de las peleas entre amigos. Por otro lado, el relato permite evidenciar los diferentes modos en que son significadxs, desde estas miradas, lxs varones y mujeres que atentan contra las normas de exclusividad sexual en la pareja. Si bien Lucas reconoce que “la culpa” puede ser “de los dos”, es decir de Cristian quién transgredió los códigos de la amistad y de su novia, quien le fue infiel a su pareja, en primer lugar, la responsabilidad recae sobre ella. Aunque los jóvenes señalan que Cristian “cagó a medio barrio” y “se manda sus cagadas”, es decir traicionó a algunos de sus amigos al vincularse sexualmente con sus novias, por otro lado, la mirada es más ambivalente y coexiste con cierta admiración de su “chamullo”, es decir, de su capacidad de seducción: “tiene alta fama”.

---

<sup>105</sup> Fue infiel.

<sup>106</sup> Reputación.

<sup>107</sup> Tipo, joven.

<sup>108</sup> Fue infiel.

<sup>109</sup> De ninguna manera.

<sup>110</sup> Fiesta.

<sup>111</sup> Se refiere a que le manda un mensaje por la red social.

<sup>112</sup> O sea.

<sup>113</sup> Vincularse sexo-afectivamente.

<sup>114</sup> Tonto.

<sup>115</sup> Se refiere a que son todos varones.

<sup>116</sup> Besar.

<sup>117</sup> Se refiere a que se dispuso a estar con él, en este caso a besarlo.

<sup>118</sup> Fácil.

Pero fundamente me interesa mostrar que en este relato la sexualidad de los varones se presenta como naturalizada, como si la sola presencia de una mujer joven entre varones produjese que éstos quieran estar sexualmente con ella. En este sentido, los jóvenes dicen “no podés llevar a la novia, todos puros huevos y el chabón lleva a la piba”. Es decir, el otro culpable de la situación es el primo de Agustín, por ser tan “boludo” de invitar a su novia a un espacio de encuentro masculino. La imagen de este joven se ve afectada tanto por la infidelidad de su novia, como por las prácticas de su amigo que son consideradas como una traición. Como se muestra a partir de la charla, el hecho de “chamullar”, es decir, intentar seducir a la novia de otro joven puede dar lugar a conflictos entre varones. En línea con esto, muchxs jóvenes reconocían la existencia de disputas dadas en función de celos o prácticas que transgredían ideales de exclusividad sexo-afectiva en las parejas. Así, Javier de Los Mirasoles decía que tanto allí como en su barrio de Rosario<sup>119</sup>, muchas de las peleas entre varones son “peleas por pibas” y, de manera similar, las peleas entre mujeres son “por pibes”: “todo quilombo entre sí, las chicas por el novio, los chicos por la novia”<sup>120</sup>.

Si bien este tipo de representaciones pueden constituir un factor, entre otros<sup>121</sup>, que limita la presencia de mujeres en este tipo de espacios de encuentros entre varones, ello no implica que éstas estén completamente ausentes. Siguiendo a Viveros “muchos de los trabajos sobre masculinidad han hecho énfasis en el aislamiento de los mundos de los varones y las mujeres, ignorando la importancia de las interacciones cotidianas entre unos y otras, y el efecto de estas interacciones sobre las identidades masculinas” (2009: 39). Tal como señala la autora, la masculinidad se construye en relación a las identidades y prácticas femeninas y, cabe aquí agregar –como nuestro más adelante– que la feminidad también se construye en relación a la masculinidad, todo lo cual lleva a considerar la importancia del abordaje de las interacciones mencionadas. De manera similar, Tjeder (2009) destaca la importancia de un enfoque relacional para comprender a los géneros y las relaciones entre ellos y, en esta línea, indaga en el rol de las mujeres en las construcciones homosociales de la masculinidad. A partir de su análisis, el autor señala a las “misoginias” implícitas y explícitas, en tanto ideas y prácticas que reinscriben a las diferencias sexuales como una de las formas en que las mujeres están presentes en los discursos homosociales de los varones, recursos discursivos que legitiman y construyen la dominación masculina. A su vez, tal como ha sido señalado (Olavarria, 2001; Tjeder, 2009; Segato, 2013) la

---

<sup>119</sup> Como explico en el capítulo 5, Javier nació en Rosario y su vida está atravesada por la ida y venida entre La Plata y aquella ciudad.

<sup>120</sup> En el capítulo 3 profundizo en las peleas entre chicas “por chicos”. Por su parte, este tipo de cuestiones, entre otras, puede dar lugar a conflictos al interior de la relación de pareja, aunque dicha dimensión ha sido menos explorada en este análisis. Al respecto es posible ver el estudio de González Oddera (2015a).

<sup>121</sup> Ver el siguiente apartado.

heterosexualidad y el dominio del cuerpo femenino constituyen aspectos fundamentales de la construcción y exhibición de la masculinidad, por lo cual las mujeres ocupan un rol central para garantizar que el deseo se interprete como heterosexual. Estos elementos contribuyen a explicar ciertos acosos ejercidos por varones reunidos en grupo en el espacio público barrial contra mujeres que habitan o transitan por el mismo, cuestiones sobre las que se profundiza hacia el final del capítulo.

### **3. “Nunca salgo de mi casa”**

#### *3.1. “Hay muy pocas pibas que están en la esquina”*

En las últimas décadas los barrios de sectores populares se construyeron como un ámbito central para el establecimiento de sociabilidades de los jóvenes varones a partir de su encuentro y la conformación de *juntas* o *barras*. Del mismo modo que ha sido señalado en otros trabajos (Rossini, 2003; Medan, 2011; Previtali, 2014; Cozzi, 2018), en los barrios de Romero en los que realicé mi investigación, estos grupos suelen ser de sociabilidad casi exclusivamente masculina. Urrea y Quintín (2002) señalan que la posibilidad desigual entre varones y mujeres jóvenes para salir de sus casas y transitar por el espacio público barrial, así como el modelo de la división sexual del trabajo que confina a estas últimas al hogar, da lugar a formas de sociabilidad diferentes: mientras los primeros muchas veces conforman ámbitos de sociabilidad en el espacio público de encuentro entre pares, las amistades femeninas transitan en mayor medida en la esfera doméstica o en espacios institucionales, como la escuela.

Las jóvenes que conocí suelen vincularse con sus amistades en la escuela, en sus casas o en diversos ámbitos institucionales, pero la posibilidad de juntarse en espacios públicos barriales y especialmente de conformar *juntas*, es más limitada. Esto no quiere decir que no tengan presencia en el barrio. Por el contrario, en sus calles suelen verse jóvenes y adultas circulando, haciendo compras, llevando a niños al jardín, yendo a la escuela, a la plaza, al club, al local de alguna organización o al comedor barrial. Pero, del mismo modo que afirman en su estudio Chaves, Segura, Speroni y Cingolani (2017), para ellas el barrio es un espacio de tránsito y su sociabilidad en tiempos de ocio se desarrolla, en mayor medida, a partir del encuentro en las casas.

Varias jóvenes, en especial las que pasaron los 15 o 16 años y aún no son madres, se juntan y también lo hacen por las noches y los fines de semana. Si bien ellas no suelen ocupar las esquinas del barrio, muchas veces se encuentran, van a dormir a lo de sus amigas y, en ocasiones, también salen a bailar o a cumpleaños de 15. Por ejemplo, Tamara muchas veces va a

lo de su prima, duermen juntas, practican twerking<sup>122</sup>, se sacan fotos y las suben a sus Facebook, miran alguna película o se quedan charlando, entre otras cosas. Por su parte, Soledad solía juntarse con sus amigxs, pero lo hacían en alguna casa o se encontraban para luego salir a bailar. Podían hacerlo incluso en la vereda, pero ello no implicaba que estén *haciendo esquina* o en *juntas*. ¿Por qué ello no es *hacer esquina*? Porque dentro de los sentidos que circulan en el barrio, *andar en la junta* o *esquineando* se asocia a ciertas prácticas, principalmente a la ocupación del espacio público barrial por las noches y algunas actividades asociadas a ello como el consumir alcohol, marihuana u otras drogas, hacer ruido, molestar a lxs vecinxs e incluso, con la violencia y la delincuencia.

Soledad: Yo por ahí me juntaba antes [de ser madre], me juntaba, pero me juntaba en casa con algunos amigos o en la casa de mi primo... éramos más caseros, nos juntábamos, tomábamos, pero adentro, jodíamos adentro. Nunca era bandita, ¿viste? Por ahí íbamos en bandita a un boliche, pero de ahí a hacer esquina o eso...

Paz: Pero ¿qué sería exactamente hacer esquina?

Soledad: Que se yo... yo me refiero a eso, por ahí viste más a los pibes esos que por ahí eligen otra vida ¿viste? que prefieren estar con los amigos fumando porro o tomando... o a la madrugada todos dados vuelta, diferente a que... bueno, vamos a quedarnos afuera tomando una coca o una cerveza, pero tranqui, cagándonos de risa, escuchando música tranqui, tranqui.

En estos barrios no existen agrupamientos conformados principalmente por chicas que encuadren en los sentidos mencionados asociados a hacer *esquina* o *junta*. Si bien las *juntas* son predominantemente masculinas, existen algunos casos de mujeres que también participan de la sociabilidad de las mismas. Según Liliana, referente barrial, aunque no suele ser frecuente, en ocasiones algunas jóvenes acompañan a sus parejas en tales encuentros:

Liliana: Hay muy pocas pibas que están en la esquina, pero sí, hay, hay pibas también que están con los pibes, tomando, drogándose, porque son novias del pibe que está ahí, están involucradas en el grupo.

Generalmente, las jóvenes que frecuentan estos ámbitos son novias, amigas, hermanas o primas de algunos de los chicos del grupo. Es el caso de Fabiana, prima de Matías, quien cuando era adolescente a veces se juntaba con él y sus amigos en una esquina de Punta Verde.

Fabiana: O sea, la pasaba más bien ahí [en la junta] que, en mi casa, porque en mi casa eran todos los días peleas, pero... si estaba ahí era como que me olvidaba de todo ¿viste? me quedaba ahí y los chicos me hacían reír cada cinco minutos... estaba bueno. (...) Ellos... bueno, fumaban porro, ponele o estaban en la esquina tomando, pero a mí me compraban gaseosas o chisitos, me compraban helado y me quedaba ahí sentada con ellos, pero me cuidaban todos.

De todos modos, estos casos son más excepcionales y más difícilmente ellas son consideradas como “parte” del grupo. Generalmente, las jóvenes tienen más dificultades que sus

---

<sup>122</sup> El twerking es una danza que consiste fundamentalmente en mover la cola. La misma tiene su origen en estilos de baile urbanos surgidos entre los grupos afroamericanos de barrios marginados estadounidenses en los años 90. Y en Argentina, llegó en el año 2013 de la mano de la banda F.L.O.W Altas Wachas quienes fueron pioneras en el género.

pares varones para salir de su casa, especialmente por las noches, dados los controles y prohibiciones impuestos por sus padres o madres.

Camila: Jamás nos vieron en una esquina juntadas a nosotras.

Paz: Y ahí [en el asentamiento Los Eucaliptos] ¿las pibas qué onda? ¿También se juntaban en la esquina y eso?

Camila: Se... nosotras nunca íbamos, o se hacía joda y nosotras no íbamos por una cuestión que por ahí no nos gustaba o por una cuestión que mi papá nos decía que no.

Pero, además, sobre ellas pesan con más fuerza las cargas morales sobre la participación en *juntas*, ya que las mismas suelen ser construidas como espacios masculinos. Así, Fabiana señala que, en su adolescencia, cuando se encontraba con los jóvenes de la *junta* de Punta Verde ella era “re marimacho” y era tratada “como un hombre más”.

Fabiana: Yo era re marimacho [se ríe] era... como un hombre más, viste ahí (...) Yo sola, en la esquina, con todos ellos.

Tal es la asociación entre *juntas* y masculinidad que el hecho de participar de tales espacios supone practicar comportamientos asociados a dicha construcción de género y, a la vez, abona a que quienes lo hacen sean consideradxs masculinxs. Para las mujeres, a las estigmatizaciones asociadas a dichos ámbitos se suman los juicios vinculados al hecho de “ser mujer” y juntarse con varones, en especial si éstos son mayores:

Fabiana: Me tenían bronca, porque por ahí ellas [refiriéndose a algunas compañeras del colegio] decían ‘ah, vos sos una drogadicta porque te juntás con los chicos de la esquina’ yo digo ‘no porque me junte con los chicos de la esquina me voy a drogar yo también’. Como era la más chiquita y eran todos grandes, por ahí pensaban mal las mamás de las chicas, de mis compañeras, y decían ‘vos no te juntes con ésta’ o ‘hay que discriminarla porque se junta con todos los chicos’ y era como que me discriminaban porque yo me juntaba con todos los chicos, pero era porque yo lo decidía porque me gustaba, me sentía más cómoda estando con todos los chicos ahí en la esquina que juntarme con ellas.

Para las mujeres, entonces, formar parte de estos espacios/tiempos/relaciones suele implicar desprestigio en tanto pone en cuestión su feminidad, tal como se pone de manifiesto con la idea de “marimacho”. Justamente dicho término, al igual que el de “machona”, constituye un calificativo despectivo con el que se alude a las mujeres que muestran comportamientos o actitudes considerados socialmente como masculinos y, en este sentido, forma parte de las lógicas disciplinarias del orden binario de sexo/género/deseo. Ciertas espacialidades, temporalidades y sociabilidades, en este caso las *juntas* y la noche, sirven a la construcción de las masculinidades, al tiempo que éstas participan de la construcción de aquellas. Pero también, y relacionalmente abonan a la construcción de la feminidad en tanto aquello que es excluido de estos ámbitos. Si la participación en *juntas* otorga masculinidad es porque deja afuera a las feminidades. De todos modos, y tal como muestran las prácticas de Fabiana, lxs sujetxs pueden

desplazarse de las expectativas que les son impuestas, aunque ello no las exime de las regulaciones genéricas presentes en los barrios que habitan.

Si bien muchxs residentxs y familiares adultxs ven de mala manera las *juntas* y buscan limitar que los jóvenes frecuenten tales ámbitos, ello se recrudece para el caso de las mujeres. Existe una presión social hacia estas chicas en tanto se cuestiona su circulación por ciertos espacios y en determinados horarios. En especial, que participen de la sociabilidad en las *juntas*, que tomen alcohol o que salgan demasiado por las noches, que se junten mucho con varones y en mayor medida si éstos son más grandes. Pero, además, como se profundiza en el próximo apartado, ellas suelen tener mayores límites para circular por el barrio, principalmente a la noche, momento en que ello es en mayor medida considerado como “peligroso”.

Así, mientras algunos varones tienen dificultades para transitar por determinadas zonas o barrios, ya que ello puede devenir en conflictos con otros jóvenes, es menos común que la circulación de las chicas se vea afectada por las rivalidades asociadas a las distinciones barriales. Sin embargo, esto no implica que ellas estén menos condicionadas en sus movilidades. Por el contrario, tanto los miedos a sufrir robos o violencias sexuales y las distintas regulaciones para que permanezcan más tiempo en sus casas, tienden a limitar sus prácticas espaciales. De todos modos, sus experiencias no son homogéneas y varias desarrollan estrategias diversas para salir y ampliar sus libertades.

### 3.2. “Salgo poco y nada, más con todas las cosas que están pasando en la calle”

A diferencia de sus pares varones, varias jóvenes suelen permanecer menos tiempo en la calle y afirman ser “poco sociables”:

Paz: Y las chicas acá del barrio ¿andan por la calle...?

Sonia: No, ni idea. Nunca salgo de mi casa. No te puedo decir ni sí, ni no.

Cuando le pregunto a Marcia por su barrio [Punta Verde] me dice “no te puedo decir mucho, porque no salgo nunca”, le pregunto qué hace y me dice que “duerme” o “mira la tele”, dice que no le gusta andar en el barrio, que es “poco sociable”. (Nota de campo)

Del mismo modo, muchas adultas aseveran pasar mucho tiempo en sus casas, “encerradas” y muestran poco interés por la sociabilidad del barrio:

Samanta: Yo soy anti-gente, yo vivo encerrada con mis hijos, soy muy solitaria. Mi familia, mis hijos, yo.

Según Faur “uno de los pilares que ha marcado la construcción social de las identidades masculinas y femeninas en las sociedades modernas ha sido la prevalencia de una matriz de división sexual del trabajo que asigna al hombre adulto la responsabilidad de la provisión de ingresos familiares y a las mujeres las obligaciones de reproducción del mundo doméstico,

incluyendo el cuidado y la crianza de hijos e hijas” (2006: 131). Y si bien, tal como señala la autora, numerosos cambios económicos, demográficos, jurídicos y culturales han promovido modificaciones en las estructuras y dinámicas familiares y se han ido legitimando diferentes modelos familiares, aún continúan primando las concepciones más tradicionales. Es decir, aún prevalece la valoración del papel masculino como proveedor económico y su asociación con atributos de autoridad legítima y de protección, mientras que las mujeres siguen siendo consideradas como las responsables de las tareas del hogar y la crianza. Del mismo modo que ha sido señalado en relación a las mujeres adultas (Faur, 2006, Faur, 2014; Jelin, 2007), muchas de las jóvenes que conocí pasan gran parte de su tiempo en el hogar. Ellas se ocupan de varias tareas vinculadas a lo doméstico, así como a los cuidados de la casa y de sus hermanxs, sobrinxs o hijxs, labores que no suelen ser reconocidas socialmente como trabajo, por lo cual son desprestigiadas (D’Alessandro, 2018). En ocasiones, tanto las jóvenes que aún viven con su familia de origen, como aquellas más adultas que ya han formado un nuevo núcleo familiar, con su pareja y/o hijxs, se refieren a estas ocupaciones a partir de las ideas del aburrimiento o del cansancio y particularmente del “encierro”. Sin embargo, el significado que adquiere la experiencia de sentirse encerradas puede ser distinto para unas y otras. Especialmente, quienes se han emparejado y constituido su propia familia hacen énfasis en la demanda y el tiempo que los quehaceres domésticos les implica, lo cual las confina a dedicar gran parte de su tiempo en ello.

Gabriela (24 años, conviviendo con su pareja): Yo no soy de salir mucho... no.... estoy siempre adentro de casa, haciendo algo, limpiando, cocinando (...) no soy de salir, no es que no me guste, pero no me hallo en la casa ajena, voy un rato y ya está, quiero volverme a casa. Como que... pienso... tengo que hacer esto, esto, esto. Muchas veces no me da el tiempo”.

En este sentido, siguiendo a Chaves, Segura, Speroni y Cingolani, el encierro no implica necesariamente que la mujer no salga de su hogar, sino más bien, muchas veces ella “sale de la casa y sus roles en el exterior reafirman su pertenencia al espacio interior. Y es precisamente esta experiencia la que se significa como ‘encierro’” (2017: 49). De todas maneras, muchas mujeres adultas participan de la sociabilidad barrial, como por ejemplo a partir de su presencia en comedores barriales, organizaciones sociales y políticas. En muchos de estos barrios, este tipo de actividades suelen estar integradas por ellas. Tal como dice Liliana en relación a la asamblea de su organización: “siempre fuimos las mujeres que encabezamos todo... acá la mayoría son todas mujeres, son 5 hombres y 50 mujeres, todas mujeres, solo grupo de mujeres”.

Por su parte, las más jóvenes, que aún siguen conviviendo con su familia de origen, experimentan el “encierro” no solo por la dedicación de tiempo a tareas y cuidados domésticos, sino y en mayor medida, por el control ejercido por sus padres, padrastros y/o madres en relación a sus salidas fuera de la casa.

Paz: Pero... ¿a ellos [refiriéndose a sus padres] no les gusta que salgas porque es de noche o...?  
Fabiana (16 años): No, no, hasta ni de día me dejan... es como que me tienen muy acorralada y no me gusta (...) no sé qué les agarra, o ven viste cosas en el Facebook de que están secuestrando chicas, que se yo...”.

Como ya mencioné, cuando era adolescente Fabiana ocasionalmente se juntaba con los jóvenes en la *esquina* y según dice tenía libertades para circular por su barrio, incluso por las noches. El cambio de padrastro de su madre, sumado a ciertas transformaciones sociales en el país que visibilizaron ciertas violencias contra las mujeres<sup>123</sup>, pero que también recrudecieron ciertos miedos<sup>124</sup>, llevaron a que se incrementaran sus límites para salir de su casa. Así, tal como contaba a sus 16 años cuando la conocí, allí se sentía “encerrada”, su padrastro y su madre la tenían “muy acorralada”:

Fabiana: Yo desde chiquita ando sola por el barrio. De chiquitita era terrible y mi mamá no me decía nada cuando no estaba con él [su nuevo padrastro]. Y ahora como que está con él y no me deja salir porque él le llena la cabeza ‘no la dejes salir porque le va a pasar esto, le va a pasar lo otro’ pero yo, antes, cuando él no vivía ahí, yo hasta iba a la esquina, con los chicos del barrio, porque siempre me traté con ellos y ella no me decía nada. (...) Mi mamá me dejaba salir hasta la noche y no me decía nada y era más chica todavía. Y ahora que él está viviendo ahí, él le llena la cabeza, que no me deja salir. O sea, de chica nunca me pasó nada y ¿de grande me va a pasar? le digo. (...) Y mi tío Claudio, el del frente, de delante de todo, le molestaba que yo salga de noche y a mi mamá no, a mi mama le daba lo mismo ¿viste? y ya ahora de grande mi tío me dice salí, salí, ya sos grande, y por ahí mi mama no me deja salir ahora y mi tío le dice ‘todo al revés haces’ cuando era chiquita la dejabas salir y mirá si le pasaba algo ¿y ahora de grande no la dejas? Todo al revés. (...) Ya no me junto con ninguno, pero cuando era más chica sí. Y ahora que soy más grande no me dejan salir ni a la esquina. (Nos reímos). Sí, de chica no me tendían que haber dejado salir...

Un año después, Fabiana se fue a vivir con su novio, lo cual le permitió liberarse de tales prohibiciones y encierros familiares. La situación de Fabiana permite pensar las biografías de estas jóvenes y sus prácticas espaciales posibles, no como estáticas, ni lineales, sino más bien abiertas y cambiantes. En su caso, se muestran ciertas contingencias en relación a los permisos para salir o no de su casa y cómo ellos pueden variar en sus vidas y no necesariamente en el sentido típicamente esperado, es decir, no siempre el hecho de crecer implica ganar autonomía y movilidad.

En relación a muchos varones de su edad, las chicas que conocí suelen tener mayores restricciones para salir, pasear, juntarse con amigxs, andar en la calle e ir a la plaza. Los tiempos, espacios y modos en los que sus padres, madres o responsables les permiten transitar usualmente son más limitados y regulados. Muchas veces éstxs tienen miedo de que sus hijas circulen solas por el barrio, por lo cual, no las dejan salir en tales circunstancias. Esto limita no solo la posibilidad de salir a pasear o ir a visitar a sus amigas, sino también —especialmente en el caso de

---

<sup>123</sup> Me refiero al conjunto de movilizaciones desarrolladas a partir del año 2015 bajo la consigna del “Ni una menos”, las cuales constituyeron un punto de inflexión que allanaron el camino para que la violencia de género adquiriera visibilidad y se construyera como un problema público de relevancia a nivel nacional.

<sup>124</sup> Más adelante se profundiza en esta cuestión.



las más chicas– de asistir a espacios institucionales como la escuela, los programas o talleres barriales, la iglesia y/o el club de deportes. Por ejemplo, en los talleres del Programa Envión dictados en la Delegación municipal de Romero, noté que la mayoría de las chicas – especialmente las de menos de quince años–, eran acompañadas hasta la puerta y retiradas a la salida –generalmente por sus madres–, mientras que los varones de la misma edad solían concurrir solos, incluso aquellos provenientes de barrios más lejanos. En muchas ocasiones, ellas pedían disculpas por sus inasistencias, alegando que no habían podido concurrir porque no tenían quien las acompañe para ir al taller o las busque al finalizar el mismo. También comentaban que habían tenido que quedarse en la casa cuidando a algún hermanx o sobrinx, o realizando alguna labor doméstica. Tal como mencioné en el capítulo 1, este tipo de situaciones, sumadas a los problemas de transitabilidad en la zona, constituyen las principales causas por las que algunas de ellas habían quedado libres en sus colegios y/o repetido el año escolar.

Incluso estando acompañadas, en ocasiones lxs padres y/o madres no les permiten salir a las jóvenes a pasear por el barrio y, menos aún, a lugares más distantes, como otros barrios o el centro de la ciudad.

Luego de varias horas charlando en la casa de Romina (16 años), miro mi celular y ya son más de las tres de la tarde. Les digo [a ella y a Melina, su prima (18 años)] que me tengo que ir. Romina le pregunta a la madre si me pueden acompañar a la parada de colectivo, ubicada a cuatro cuadras de su casa. A la madre mucho no le gusta la idea y va a preguntarle a su marido, padre de Romina. Nos quedamos un rato esperando y cuando vuelve les dice que pueden ir pero que regresen enseguida. En el camino les pregunto si no las dejan andar mucho en el barrio solas. Melina dice que a ella sí pero que a Romina no. Romina me explica que a sus padres les da miedo que le pase algo. Por eso Melina la tiene que pasar a buscar para ir al Envión y cuando ella falta Romina tampoco puede asistir. Dicen que al padre de Romina tampoco le gusta que ande dando vueltas por el barrio, ni siquiera acompañada. Les pregunto si van para el centro de vez en cuando y Melina dice que sí, pero Romina no, porque no la dejan. (Nota de campo)

En general cuando salen, estas jóvenes deben avisar a dónde van, qué van a hacer y tienen permitidos horarios restringidos para volver a sus casas. Ellas notan la diferencia con sus hermanos varones que pueden salir de su hogar y circular sin tantos límites impuestos por sus padres, madres o responsables:

Romina: Soy la única mujer, eso es lo que pasa ... para él [su padre] sigo siendo la bebé (...) El tema es que están acostumbrados a todos varones y a los varones los soltaron por ahí e hicieron la suya.

Del mismo modo, en el marco de las relaciones de pareja, son percibidas las diferencias en las posibilidades de movilidad y autonomía de varones y mujeres.

Paz: Pero ¿vos andas a cualquier horario por el barrio?

Damián: Sí, hay veces que vengo a la 1 de la mañana... a las 12 y así... voy a la casa de mi novia o a un cumpleaños y me vengo caminando.

Paz: Y tu novia ¿anda de noche también o no?

Damián: No, ella no sale. No la dejan salir a ella. O sea, yo soy el primer novio de ella, soy el primero en todo.

Paz: Ella va a cumplir 15 años ¿no? ¿y vos 16?

Damián: Sí

Paz: ¿Y a ella no la dejan salir? ¿a partir de algún horario? ¿o qué?

Damián: Si salimos, tenemos que salir de día, ponele, salimos a la 1 de la tarde y a las 5 tiene que estar de vuelta.

Paz: Ah ¿aunque esté con vos?

Damián: Sí. Y a la noche no la dejan salir, la lleva y la trae el papá.

Como plantean Hernández, Cingolani y Chaves (2015) “la tradicional y vieja dicotomía ‘mujer en el espacio doméstico y hombre en el espacio público’ se reactualiza reproduciendo jerarquías en la autonomía de los y las jóvenes en relación con el uso del espacio, el tiempo y el control de los cuerpos, produciendo lo masculino con mayor autonomía geográfica que lo femenino” (p. 139). Así, algunos estudios sobre movilidad de las mujeres en las ciudades latinoamericanas han afirmado que las construcciones de género se traducen en desigualdades espaciales, violencias, dependencia e incluso inmovilidad (Jirón y Zunino Singh, 2017). Padres y madres usualmente limitan la posibilidad de circulación de las jóvenes por miedos a que sufran robos, abusos sexuales, secuestros u otro tipo de violencias. Los mismos les son inculcados a sus hijas para que se queden en las casas y no salgan demasiado a la calle.

Tamara (16 años): Mi papá me lleva y me trae porque tiene miedo de todas las cosas que andan pasando ahora (...) Viste esto de que andan violando chicas, matándolas, robándoles y todas esas cosas y a ellos no les gusta, entonces me dicen que es mejor llevarme y traerme que andar por la calle sola.

Micaela (17 años): Salgo poco y nada, más con todas las cosas que están pasando en la calle (...) porque con todo lo que está pasando de las chicas que desaparecen y todo eso (...) yo prefiero prevenir antes que hacer sufrir a mi familia. Prefiero estar en mi casa, estar tomando mates tranquila... antes de estar en la calle (...) yo hago todo de una, cuando salgo a comprar, así, a las 6 de la tarde ya le digo a mi mamá ‘dame todo, que ya traigo el pan, traigo todo...’, compro todo de una. No salgo dos veces a comprar.

A su vez, estos miedos, muchas veces internalizados, se recrudecen en la medida en que cobran visibilidad mediática y relevancia como problema público tanto el fenómeno de la inseguridad, como el de los femicidios y la violencia de género. De modo que, incluso independizadas de su familia de origen y sus respectivos controles, las restricciones a la circulación pueden continuar como decisión propia en la medida en que el miedo sigue presente.

Gabriela (24 años, conviviendo con su pareja): A mí nunca me paso nada todavía, por suerte, pero siempre se escucha que a Fulanito<sup>125</sup> le robaron, le dispararon, le asaltaron, le entraron a la casa y a mí me da miedo muchas veces, estoy adentro con llave y con el candado todo cerrado y no salgo de casa. Y a la tarde, a la noche, sí, directamente no salgo. Si me falta, ponele, azúcar, o leche no salgo, me quedo adentro.

Soledad (19 años, conviviendo con su pareja y su hijo): Antes yo lo caminaba [al barrio], hace 4 o 5 años atrás, yo lo caminaba tranquila.

Paz: ¿Te manejabas más de noche?

Soledad: Sí, andaba para todos lados, no tenía miedo, pero porque la sociedad estaba de otra forma, no estaba visto como que ibas a una plaza y te iban a robar o te iban a violar... hoy en día sí. Yo creo que

---

<sup>125</sup> Una persona cualquiera.

ni a la noche podés estar en una plaza por el tema de que por ahí te encontrás a un loco y te quiere manosear o algo, por más de que seamos grandes, es feo.

En este sentido, siguiendo a Segura (2006), es posible decir que la frontera entre *casa* y *calle* que existe en relación con el miedo es vivida diferencialmente según el género, reforzándose para el caso de las mujeres. Miedo que se profundiza en los horarios nocturnos. Estos imaginarios que construyen límites simbólicos entre *la calle* asociada a la inseguridad y *la casa* significada como ámbito de protección, entran en tensión con las experiencias de varixs jóvenes y las violencias que se suceden dentro de sus propios hogares, cuestión analizada con mayor profundidad en el capítulo 5 de esta tesis.

De todos modos, estas jóvenes también desafían los miedos y límites que se les imponen en tanto mujeres jóvenes y en ocasiones se mueven solas en sus barrios por las noches.

Nicolás (15 años): Me desperté como a las 12 hoy porque anoche me acosté tarde, me vino a buscar una amiga y nos fuimos a caminar por todo el barrio, a las 12 de la noche.

Paz: ¿Quién es tu amiga?

Nicolás: Mmm, la... ¿cómo se llama? Me olvidé el nombre. La rubiecita ¿cómo se llama? La que jodía con Tamara ¿te acordás?

Paz: Ah, ¿Carolina (15 años)? ¿la que baila twerking? ¿Que el otro día fue al Local Barrial?

Nicolás: Sí, exactamente. Me vino a molestar, yo estaba re instalado, mirando tele y me empiezan a llamar, mi familia me dice ‘una piba te busca’. ‘¡Deja de mentir!’ le digo.

Javier se ríe: Corte, muy raro que te venga a buscar una mina.

Nicolás: ‘Si, en serio’ me dice ‘anda a fijarte que quiere’. Fui y era una pibita, ‘vamos a pasear me dice’ y nos fuimos a caminar.

Paz: ¿A las 12 de la noche te vino a buscar?

Nicolás: Sí, nos fuimos a caminar, me fui a dormir como a las 2.

Paz: ¿Y son amigos?

Nicolás: Sí, creo que sí

Paz: ¿Pero andan en algo?

Nicolás: No, ni cabida, toda la mejor, a veces voy a la casa, anoche vino acá, entró, todo, la primera vez que entra, pero amigos nomás, la mejor, igual que con Sabrina. Ahora ya estoy re cambiado de lo que era antes. Antes si me buscaban fue te mandaba a la mierda, pero ahora no. Ahora si me buscan ya es otra onda.

Ellas también pueden pasar a buscar a amigxs para salir a pasear o compartir el rato, aunque tal como se deja entrever en el relato, esto suele ser más “raro”. En estas salidas, las jóvenes no solo se rebelan contra ciertos miedos que se construyen de manera específica sobre sus cuerpos, sino también contra ciertas expectativas sobre su feminidad. Justamente, las normas familiares que restringen la circulación de sus hijas, se acompañan no solo de la inculcación del miedo, sino también de la vergüenza (Pitt-Rivers citado en Previtali, 2014). Como dice Previtali, “el mandato de permanecer más en *la casa* se acentúa para estas últimas, y en el respeto a estos mandatos se juegan también prestigios, diferenciaciones y status de las distintas familias de la villa y de los grupos familiares en una jerarquía moral en la que las familias que logran retener más tiempo en la casa a sus hijas mujeres se encuentran mejor posicionadas que aquellas a las que sus hijas se

*les piran*<sup>126</sup> *todo el tiempo*. (...) En una división dicotomizada de los espacios de socialización entre géneros, *la calle*, más vinculada al delito y a la violencia, queda en dominio de los varones” (p. 127 y 128). Según esta autora, mientras que a los varones sus “andadas en la calle” le otorgan masculinidad, la feminidad de las mujeres se asocia a la “vida rescatada” (Previtali, 2014). De este modo, se ponen en juego determinados criterios morales sobre los horarios para circular por el barrio, los espacios que pueden frecuentar, cómo deben actuar y especialmente, los comportamientos sexuales esperables. Así, sobre muchas de estas jóvenes pesan ciertas regulaciones en torno a sus prácticas, las cuales pretenden evitar que las chicas anden en *juntas*, que consuman alcohol y drogas, que salgan de noche y frecuenten los bailes, que se vistan con ropa considerada “provocativa”, que tengan relaciones sexuales y/o que tengan muchos novios.

Pamela –de La Organización– cuenta que iba con Pilar (15 años) caminando por Los Mirasoles y justo se cruzaron con la madre de ella. Dice que la madre la “re cagó a pedo”<sup>127</sup> a Pilar, le gritó interrogándola sobre qué estaba haciendo afuera de la casa y enseguida la hizo volverse hacia adentro de la misma. Pamela dice que se sintió re mal y que no sabía qué hacer. Yo pregunto por qué no la deja venir al Local Barrial y Pamela me explica que Pilar estaba castigada porque la madre pensaba que había tenido relaciones sexuales con Ricardo –su ex novio, quien también asistía a los talleres del Local–, aunque Pilar lo negaba.

Estas normativas y prohibiciones familiares, particularmente las vinculadas a las prácticas sexo-afectivas, aparecen reforzadas con la inculcación de vergüenza, a partir de la descalificación de este tipo de prácticas en función de la construcción social de la idea de “puta” como identidad estigmatizada (Silba y Alvarado, 2014). Y de la mano de la inculcación del miedo a los peligros exteriores y de la vergüenza, también los límites y regulaciones impuestas en el ámbito familiar pueden ser sostenidas a partir de prohibiciones y retos, tal como el castigo que le puso la madre a Pilar que le impedía salir de su casa. Como afirman Hernández, Cingolani y Chaves (2015), los retos y castigos sirven para regular el comportamiento de lxs jóvenes apuntalando la interiorización de normas y valores –y en este caso especialmente de las jóvenes– “pero en tanto se aplican muchas veces sobre sus posibilidades de vivir el espacio, constituyen también elementos reguladores de su espacialidad, de su temporalidad y de las relaciones que éstas habilitan” (p. 142).

En los barrios por los que transité mantienen su vigencia ciertas ideas tradicionales en relación a los modos de construcción de parejas y familias, así como también en relación a la sexualidad de varones y mujeres. Muchas familias ejercen controles sobre las relaciones de las jóvenes y, especialmente, sus relaciones sexo-afectivas: “mi papá no nos dejaba llevar ni compañeros de la escuela a mi casa” (Camila). Varios jóvenes tienen que “pedirle la mano” de

---

<sup>126</sup> Según la autora, *pirarse* refiere a la acción de irse a la calle.

<sup>127</sup> La retó.

sus novias a los padres y madres –especialmente padres– de ellas, mientras que las mujeres tienen que contar con su aval para que aprueben la relación.

Damián: Y bueno, en un momento me puse las pilas, le dije [a mi novia], ‘vamos a hablar con tu viejo y vamos a ver que dicen, si dicen que no, lo respeto y si dicen que sí nos ponemos a salir’.

Especialmente, la mirada de lxs adultxs sobre el vínculo del joven en cuestión con las juntas, las drogas, la “delincuencia”, el estudio y/o el trabajo, aparecen como elementos centrales para considerar si la joven puede o no emparejarse con aquel. Así, Nicolás en un momento comentaba que estaba de novio con una joven pero que a la familia de ella no le gustaba que sean novixs porque lo veían como una *mala junta*. También, como mencioné anteriormente, el padre de Tamara se había opuesto a la relación de Maxi con su hija cuando este último había empezado a frecuentar la *junta* de la esquina del Local Barrial. Y posteriormente, la familia de Tamara la mandó a vivir a Paraguay para evitar su nueva relación con Alexis<sup>128</sup>.

Muchas veces, la sexualidad de las jóvenes aparece bajo la tutela de su padre, quien busca detentar el poder de avalar o prohibir relaciones. Sin embargo, lejos de concebir a las jóvenes como quienes aceptan pasivamente tales pretensiones, ellas muchas veces desafían las normas que les son impuestas. En este sentido, ellas desarrollan diversas estrategias para ganar libertades y vivir sus deseos. Por ejemplo, Romina, pese al hecho de que su novio no había sido aceptado por su padre, mantenía su relación a escondidas.

Paz: Y ¿cómo se llamaba tu novio?

[Romina me hace una seña, dándome a entender de que no hable del tema, dada la presencia cercana de sus padres quienes podían escuchar]

Paz [en voz baja]: ¡Ah! ¿no saben?

Romina [en voz baja]: No, no, por ahora, eh... sabían, pero no lo aceptaron.

Paz [en voz baja]: ¡Ah! Yo re mete pata<sup>129</sup>.

Romina [en voz baja]: Kevin se llama. Mi papá no lo acepto, me sacó cagando.

Paz [en voz baja]: Pero ¿no le gustaba el chico en particular o que estés con alguien?

Romina [en voz baja]: No, es laburador, todo, buen pibe, pero no quiere saber nada en ese sentido. Todavía no da.

Al año siguiente Romina se había puesto de novia con otro chico y Melina, en chiste, se burlaba de su situación:

Melina: Te cuento, ella [Romina] tiene un novio nuevo. Y el novio le quiere decir al padre. Pero conociéndolo al padre, no sabemos cómo va a reaccionar. Entonces queremos estar en ese momento tan glorioso.

Paz: ¿Tu viejo no sabe?

Romina: No, todavía no.

Paz: ¿Y con tu novio del año pasado?

Romina: Cuando se enteró se pudrió todo.

---

<sup>128</sup> Ver capítulo 4.

<sup>129</sup> Quien hace o dice algo inapropiado por torpeza.

Muchas veces, los retos de sus padres o madres suponen no dejarlas salir o verse con sus parejas. A veces incluso los distintos controles y prohibiciones son sostenidos a partir de la violencia física en el ámbito doméstico y de los miedos asociados a posibles castigos<sup>130</sup>. Pese a todo, ellas en ocasiones les mienten o se escapan y cuestionan los “encierros” o límites que les son impuestos, lo cual contribuye a reproducir ciertos desencuentros y conflictos:

Fabiana (16 años): No queda otra que mentir para poder ir a ver a novio... ¿viste? Odio eso, pero siempre tengo que meter una excusa o mentir para ir a ver a mi novio (...) Ponele yo me mando una macana y no me dejan verlo por una semana, ponele. Y yo me escapo del colegio para ir a verlo. Pero después me dicen a mí que yo miento porque yo quiero. No, porque ellos no me dejan... Ya soy grande, o sea, no me dejan salir, nada. ‘Porque vos tenés que ir al colegio y te tenés que acostar temprano para el otro día ir al colegio...’ que se yo y así. O sea, no me dejan salir tampoco. (...) Es todos los días pelear, todos los días pelear por Guillermo [su padrastro]. Y Guillermo no le gusta esto, Guillermo no le gusta... es como que él depende de mí, yo me voy y está preocupado porque si me pasa algo porque... más preocupado que mi mamá.

Especialmente se escapan para salir por las noches, momento en que se recrudecen los límites.

Tamara: Yo antes era re zorra, me iba todas las noches, me escapaba y no volvía hasta las 5 de la mañana.

Paz: Y te escapabas ¿y que hacías?

Tamara: Me iba a lo de una amiga, me quedaba a dormir ahí. O jodíamos toda la noche, nos íbamos a la plaza de noche, jodíamos, pero yo no hacía nada malo. Pero como salía, sí, me escapaba y todo eso, mis papás pensaban cualquier cosa. (...) Me escapaba porque me aburría y como no me dejaban, entonces yo me iba igual. Yo, a propósito, me hacía la que me quedaba dormida, después ellos se quedaban dormidos y yo me iba.

E incluso, frente a la disconformidad con las prohibiciones que algunas de sus familias les imponen, a veces optan por irse de sus casas para vivir más libremente sus deseos.

Tamara: Yo tengo mi amiga, el domingo cumplió los quince [años] bueno...

Paz: ¿Quién? ¿Carolina?

Tamara: Sí, ella se fue de su casa con el novio... Se fue dos meses de su casa con el novio. (...)

Paz: ¿Y qué? ¿la empezaron a buscar? ¿o no?

Tamara: Sí, por Face<sup>131</sup>, por ahí, todo, no la encontraban. Yo sí sabía dónde estaba, pero no iba a ser tan gila de ir y decir ‘ahí está, en esa parte’ pero yo sabía que estaba bien, todo. (...) Fueron a vivir a la casa del papá del chico... es acá a la vuelta, a tres cuadras de acá.

Paz: ¿Y ella se fue porque quería?

Tamara: Es que quería estar con el chico y la mamá no la dejaba.

Así, el fugarse de sus casas, pero también el hecho de emparejarse, de ser madres y/o de construir un nuevo hogar, en ocasiones forman parte del repertorio de acciones para liberarse de los límites —e incluso violencias<sup>132</sup>— que pueden presentárseles en sus familias de origen. Por ejemplo, Sabrina solía tener discusiones con su madre por el hecho de que ésta no la dejaba salir

---

<sup>130</sup> Ver capítulo 5.

<sup>131</sup> Facebook

<sup>132</sup> Ver capítulo 5.

mucho de su casa, sin embargo, cuando tuvo a su hija Abril<sup>133</sup>, si bien seguía conviviendo con aquella, conquistó una nueva autonomía que le permitió moverse más libremente. De este modo, cuando las chicas de La Organización arreglaron para ir a un festival con lxs jóvenes que se hacía en el Estadio Único –ubicado en el caso urbano de La Plata– y les preguntaron si necesitaban que vayan a pedirles autorización a sus padres y/o madres para poder ir, Sabrina –con su hija en brazos– respondió de manera burlona “sí, tengo que preguntarle a mi mamá”. Así, dejó en claro que, a partir de su nuevo estatus de madre, ya no tenía que rendir cuentas de sus salidas en su hogar.

Algunas veces sus familias les permiten a estas jóvenes salir a bailar, encontrarse con sus novixs y/o amigxs –e incluso varias hablan con sus madres sobre los métodos anticonceptivos y de cuidado en la prevención de enfermedades de transmisión sexual– y otras veces no. Ellas en ocasiones aceptan las normas, pero también algunas las desafían. Así, desarrollan diversas estrategias para tener mayor autonomía y poder realizar sus deseos, como el mentir, escaparse o fugarse de sus casas, entre otras opciones. Y al hacerlo no solo ponen en cuestión prohibiciones concretas en tales ámbitos, sino incluso también ciertos mandatos que les son impuestos en tanto mujeres jóvenes que habitan en estos barrios. Ellas saben que son objetos de chismes y juicios morales en sus vecindarios, en los cuales su sexualidad y sus prácticas sexo-afectivas ocupan un lugar central. Juicios que forman parte de las pretensiones reguladoras de sus prácticas y frente a las cuales ellas desarrollan diversas formas de agenciamiento. Sobre estas cuestiones profundizo en el siguiente apartado.

### 3.3. *“Los vecinos son unas cámaras de seguridad”. Juzgadas y controladas*

Tamara tiene dieciséis años. Es suelta para desenvolverse, se destacan su sonrisa y su simpatía, pero a la vez su carácter firme. Tiene pelo lacio y castaño y una tez blanca que deja ver las pecas de su rostro. Sus ojos de color marrón claro se resaltan con el delineador y sus pestañas lucen arqueadas por el efecto del rímel. Es de estatura mediana y tiene un cuerpo delgado pero curvado, modelado tanto en el gimnasio como en sus prácticas de twerking. Su vestimenta ajustada permite remarcar sus curvas y las fotos en su Facebook las ponen en evidencia. En su principal cuenta de dicha red social<sup>134</sup> tiene alrededor de 4500 amigxs y debajo de los posteos de muchas de sus fotos, en particular de sus selfies, una lista larga de chicos le escriben entre

---

<sup>133</sup> El padre de Abril es Emiliano, el hermano de Nicolás, aunque éste nunca asumió su paternidad, casi no visitaba a su hija y tampoco le pasaba cuota alimentaria. De hecho, luego del embarazo de Sabrina se fue a vivir a Rosario, ciudad en la que había vivido durante muchos años.

<sup>134</sup> Desde que nos agregamos por primera vez al Facebook hasta el día de hoy, me volvió a mandar solicitud de amistad por varias nuevas cuentas. En la actualidad soy amiga de cuatro de ellas, aunque sé que solo usa de manera frecuente algunas de ellas. También tiene algunas cuentas de Instagram, que, si bien son de creación más reciente, va usando con más frecuencia y llenando con nuevas historias y publicaciones.

halagos e invitaciones a salir. Resulta atractiva para muchos de los jóvenes del barrio y ha sido novia de algunos de ellos. Si bien en el último tiempo había ido intercalando entre períodos de noviazgo y de soltería, casi siempre tenía algunos amigos con los que se vinculaba de manera sexo-afectiva. Ello no solo provocaba celos de algunas jóvenes que le querían pegar<sup>135</sup>, sino que también suscitaba crítica por parte de muchxs otrxs residentxs del barrio:

Tamara: Cuando estoy de novia [lxs vecinxs del barrio] no me dicen nada, pero si no estoy [de novia] me dicen de todo.

Paz: ¿Por qué?

Tamara: Porque piensan que estoy con éste, con el otro, con su hijo, con el otro. Por eso no me gusta tanto [el barrio]. Mi vecina, la de al lado, dice montones de cosas.

Mientras los jóvenes son evaluados por lxs padres y madres de sus parejas –y de manera amplia, por muchxs de lxs residentes del barrio– en función de sus prácticas en *la calle*, su participación en *juntas*, su vínculo con la droga y la “delincuencia”; las chicas son juzgadas principalmente en función de sus prácticas sexo-afectivas.

Damián: Otras pibas con las que andaba... mi mamá me hizo abrir los ojos, porque me dijo ‘vos podés andar con una zorra que ande por ahí y al otro día te olvide, pero la persona que de verdad te ama a vos, va a sufrir’ me dijo ‘no cambies a alguien que te ama por alguien que al otro día te va a olvidar’ me dijo.

Muchas de las jóvenes que conocí sienten que tanto familiares, como vecinxs controlan y juzgan sus prácticas, principalmente sus vínculos y prácticas sexo-afectivas. En este sentido, Melina dice que para ella “los vecinos son unas cámaras de seguridad” ya que “todo el mundo se fija en lo que andás haciendo”. Así, muchas destacan no solo el gran interconocimiento barrial, “acá se conocen todos”, sino también los modos en que lxs vecinxs critican a las mujeres que cambian con frecuencia de pareja, que mantienen relaciones sexuales con diversxs jóvenes y que se inician sexualmente desde adolescentes. Tal como señala Elizalde existe un “pánico sexual” que implica, para las jóvenes de sectores populares, “constantes intentos de monitoreo y de evaluación moral (...) en función de ciertas prácticas, acciones o disposiciones que despliegan y que son inmediatamente leídas como ‘transgresiones’ a las expectativas de feminidad que le son impuestas” (2015: 13). Particularmente importante en relación a estos controles y evaluaciones morales, son los rumores y chismes vinculados a la sexualidad de las jóvenes. Por ejemplo, Melina cuando tenía doce años había sido víctima de un rumor falso por parte de sus vecinxs, el cual también había sido creído por sus familiares, quienes la juzgaban: según decían, ella había tenido relaciones sexuales con un chico cinco años más grande. Melina había sufrido dicho rumor y se quejaba de que “la gente se mete, chusmetea y dice cosas, y encima inventa”. Y

---

<sup>135</sup> Ver capítulo 3.



especialmente, para quienes se desplazan de las lógicas binarias del orden de sexo/género/deseo, las evaluaciones morales pueden recrudecerse.

Mónica: Esto es un chusmerío, vos te pensás que no están preguntándose, si te vieron a vos, ¿quién será?

Josefina: ‘La novia de la Jose van a decir’, cuando salga de acá, yo después te comento (se ríe) (...) Y yo que me juntaba con... muchas personas, chicos, chicas, en moto, en auto, no sabes lo que era, después tenía acá todos estacionados, todos amigos, ‘¿cuál de esos será el novio?’ preguntaban.

Mónica: Acá vino un muchacho que es amigo mío y de mi marido...

Josefina: Es un amigo de la familia, y ya están preguntando a cuál de todos se debe culear<sup>136</sup>, si a mi hermano, si a mi vieja, a mí o a mi amiga que también vivía acá.

Mónica: Andaban preguntando con cuál de las 3 andaba.

Josefina: De las 4, porque éste [refiriéndose a Laura, su hermana trans] también...

Tal como aparece en la charla, Josefina –quién suele vincularse sexo–afectivamente tanto con varones como con mujeres– y su familia –también integrada por una joven trans– sufren constantes chismes por parte de sus vecinxs, asociadas con el ejercicio de sus sexualidades. Siguiendo a Silba y Alvarado (2014) los chismes sobre las prácticas sexuales de las jóvenes de sectores populares –y podría decir, de lxs jóvenes para visibilizar los ejercidos contra otras identidades de género– funcionan degradando la imagen pública y provocando malestar, y a la vez constituyen un dispositivo de control social sobre su sexualidad.

Pero además de las normas y regulaciones en torno a las relaciones sexo-afectivas de las jóvenes, sus andanzas y vínculos, algunas de ellas también sufren presiones en torno al tipo de vestimenta que deben usar. Especialmente, el uso de ropa ajustada, escotada o corta puede ser motivo de críticas. Dicha cuestión se puso de manifiesto uno de los sábados de un noviembre caluroso en el barrio. Las actividades de La Organización de apoyo escolar con niñxs estaban por empezar y yo decidí salir del local e ir a buscar a Tamara, ya que habíamos quedado en la posibilidad de hacerle una entrevista. Fui para su casa y golpeé las manos para que me atiendan. Al ratito salió ella con una remera musculosa y un short de jean y me saludó alegremente. Le dije de ir a charlar a la plaza y me dijo que sí, pero me pidió que la esperara así les preguntaba a sus padres si podía salir y, además, se cambiaba. Yo le insistí en que fuera así como estaba, argumentando que estaba bien vestida. Frente a lo cual me explicó: “no, no voy de short a la plaza”. Entró, tardó unos diez minutos y volvió a salir, esta vez con unas calzas largas y otra musculosa, y nos fuimos juntas a la plaza. Después, a lo largo de la charla y la entrevista fui comprendiendo el porqué de esa frase. Particularmente, mientras hablábamos de la iglesia evangélica a la que ocasionalmente asistía, entendí la importancia que revestía su vestimenta para no ser cuestionada por lxs residentxs del barrio:

Tamara: Vamos a la iglesia del centro, vamos las dos juntas [con su amiga Carla], porque acá no nos gusta. La del centro, está re buena esa iglesia.

---

<sup>136</sup> Se refiere a mantener relaciones sexuales.

Paz: ¿Por qué?

Tamara: Está bueno porque ahí no te critican y todas esas cosas...

Paz: Pero acá, ¿qué onda? ¿te critican mucho?

Tamara: Siiiiii, ahí la iglesia a la vuelta de casa es un quilombo esa iglesia (...) agarran y viste que, porque salís con un short que ‘sos re puta’, salís con una remera cortita ‘no, porque sos re zorra’ y a mí no me gustan todas esas cosas (...)

Paz: Pero, ¿no les gusta que vayas de short a la iglesia?

Tamara: No, de short no voy a la iglesia, ni al colegio, ni a ningún lado, yo si voy, voy con... completamente... así, como estoy vestida ahora. En mi casa sola me visto así.

Paz: Pero ¿por qué?

Tamara: Por el tema de que te critican por pelotudeces que no son verdad.

Paz: Pero, ¿quiénes?

Tamara: Así, las personas, cualquiera, vos pasas por ahí y te dicen cualquier cosa... (...) ‘ésta, ¡mirá cómo se viste!’ te dice (...) o pasás, ‘ésta ¡está re barata!’ te dicen.

Paz: ¿en qué sentido barata?

Tamara: Así, de que te re entregás.

Las que se visten con ropa ajustada y corta, muchas veces son acusadas de “turras”, “putas”, “fáciles”. Son juzgadas tanto por la mirada adulta de lxs vecinxs, como por la mirada de los y las jóvenes<sup>137</sup>.

Mientras vamos caminando con Tamara y Luisina, su hermana, hacia la casa del Tuki pasa un chico de su edad o unos años más grande y en voz baja dicen que “el chabón es un pelotudo”. Les pregunto por qué y Tamara me dice que es re celoso, que la critica por cómo se viste, a veces le dice que el short es muy corto y la molesta. (Nota de campo)

Por su parte, algunas representaciones sociales vigentes en el barrio, y especialmente sostenidas por varones, explican ciertos abusos y violaciones hacia mujeres a partir del uso de vestimenta “provocativa”. En este sentido, Mateo decía:

Mateo: Y hoy el respeto se perdió.

Paz: ¿En qué sentido?

Mateo: En todo sentido. Hacia vos. Hacia tu familia.

Paz: Pero, ¿por qué?

Mateo: No sé porque la sociedad es así, las personas cambian, cambia una y empieza a cambiar todo el mundo. Es la verdad, antes, por ejemplo, con el tema de la moda también es algo fundamental hoy en día. Porque antes... vos nunca ibas a ver a una mina con ropa transparente en la calle, es un ejemplo, pero después se quejan que la violaron, que le hicieron cosas, que les tiraron piropos feos, este... pero las mismas mujeres terminan... o sea, provocan eso, yo lo tomo así. (...) Para mí es así, yo le digo a mi señora para mí las mujeres, obvio yo soy hombre, me gustan las mujeres, pero... yo voy a la calle, yo trabajaba en 1 y 60, fiscalía de Estado, estuve trabajando ahí un año. Y hasta fiscal y abogada, provocativa, pero mal, eh.

Este tipo de ideas, lejos de ser singulares y aisladas, constituyen sentidos comunes ampliamente difundidos a nivel social (Faur y Grimson, 2016), e incluso aparecen sostenidas cotidianamente en los medios de comunicación hegemónicos, donde muchas veces los femicidios –al igual que otras formas de violencia contra las mujeres– son explicados en función de las prácticas y vestimentas de las víctimas (Pereyra, 2015; Cabral y Acacio, 2016). De este modo, no solo se responsabiliza a las propias jóvenes por su seguridad, sino que además se las culpabiliza por las violencias que sufren.

---

<sup>137</sup> El capítulo 3 muestra cómo muchas peleas entre chicas se vinculan con este tipo de habladurías.

Pero, al mismo tiempo este tipo de representaciones desdibuja la responsabilidad de los varones por sus actos al construir a la sexualidad masculina como incontrolable y desenfrenada (Silba y Alvarado, 2014). Siguiendo a Segato “los crímenes sexuales no son obra de desviados individuales, enfermos mentales o anomalías sociales, sino expresiones de una estructura simbólica profunda que organiza nuestros actos y nuestras fantasías y les confiere inteligibilidad. En otras palabras: el agresor y la colectividad comparten el imaginario de género, hablan el mismo lenguaje, pueden entenderse” (2013: 19).

A su vez, este tipo de nociones recrudecen los miedos, la vergüenza y las moralidades que son inculcadas a las jóvenes, promoviendo nuevas censuras y límites a sus prácticas espaciales como estrategia de prevención frente a hostilidades y violencias. Justamente, la culpabilización de las víctimas tiene como revés la prevención a partir de la limitación de determinadas prácticas. Estas jóvenes en sus barrios no solo muchas veces son juzgadas y controladas, sino que allí también pueden experimentar ciertas formas de violencias.

### 3.4. *“Pasas por ahí y te gritan cosas”. Acosos y violencias contra las mujeres*

Uno de los sábados en el barrio Tamara contó que la noche anterior no había dormido nada porque había salido a bailar. Había ido a un boliche a bailar twerking en el marco de una competencia en la que participaba con su prima. Me interesó lo que estaba comentando y me senté al lado, de modo de poder charlar mejor con ella y terminamos hablando de manera privada.

Le empecé a preguntar por la competencia. De la misma habían participado ella, la prima, su novio y el novio de la prima. Como premio se ganaron una bebida espumante y algunos tragos. Me dice que fue en un boliche en el centro de La Plata. Seguimos hablando y me cuenta que ahora con la prima quieren empezar modelaje. Están averiguando, les gustaría ir a una agencia en diagonal 80, Bac Models. Me dice que quieren ir porque les gusta, pero que también podrían ganar plata. Cuenta que tienen que inscribirse y que después comenzarían a modelar, les sacarían fotos y cosas del estilo. Según dice, para cobrar por las fotos deben ser seleccionadas entre las diversas inscriptas. Pilar cuenta que también una de sus primas hace modelaje y que gana re bien. Dice que a ella también le gustaría meterse. De a poco, a lo largo de charla y en un contexto grupal de mayor dispersión generamos un espacio más íntimo de diálogo y Tamara me empieza a contar que igual ahora se quieren cuidar con el modelaje y las fotos por el tema de los abusos. Me dice que ya les pasó.

Paz: ¿Cómo?

Tamara: Por todo eso de que te sacan fotos y después las publican.

(Nota de campo)

Tanto en el marco de esa charla, como en las que seguí manteniendo los siguientes sábados me fue contando partes de lo que había sucedido. Ella y su prima habían comenzado a ir a clases de twerking que daba una profesora en un gimnasio en La Meseta, barrio aledaño a Punta Verde. Y les habían ofrecido sacarles fotos para hacer difusión de las actividades del gimnasio, lo cual era retribuido económicamente. Pero, una de las veces que tenían que hacer la sesión de fotos,

faltó Ezequiel, el chico que les sacaba las fotos siempre y en su reemplazo fue otro fotógrafo. El nuevo fotógrafo comenzó a hacer su trabajo y les demandó a las chicas que se pongan en ropa interior para la sesión. Tamara se reservó algunas cosas y me dio a entender que se sentía incomoda, avergonzada y culpable por lo sucedido.

Tamara me cuenta que este fotógrafo publicó las fotos de ella y de su prima online. Tamara no sabe exactamente –o no me dice– en qué plataforma se publicaron las fotos, pero me dice que es una página pornográfica. También me cuenta que este señor las amenazaba y que ella tiene miedo por la situación. Ella y su prima lo terminaron hablando con su familia. A partir de ello, Tamara dice que con su madre fueron a hacer la denuncia en la comisaría. Pero también me cuenta que el novio y el tío fueron a buscar a este señor y “lo agarraron a las piñas”. Dice que está saliendo con un novio “re villerito”, dándome a entender que suele involucrarse en peleas. Supuestamente el fotógrafo había sacado las fotos de la web. Ella dice que le da miedo la situación y que por eso ahora quieren tener más cuidado cuando vayan a presentarse a la agencia de modelaje. (Nota de campo)

Me interesó reconstruir esta situación porque ella permite introducir algunas cuestiones sobre las que profundizo en este apartado. La misma evidencia ciertas formas de violencias que experimentan las mujeres, especialmente jóvenes, y que recrudecen los miedos y contribuyen a la regulación de sus prácticas, deseos y libertades: las de índole sexual. Pero, además, pone en evidencia ciertas formas de responder ante este tipo de violencias. Por un lado, muestra el recurso de la denuncia policial por parte de las mujeres, el cual en menor medida es legitimado como forma de respuesta ante violencias asociadas a enfrentamientos entre varones<sup>138</sup>. Y por otro, muestra una cuestión que se trabaja a lo largo de esta tesis: el rol de ciertos varones – particularmente familiares y/o parejas– como protectores y el recurso a la violencia física con tales finalidades.

Una forma de violencia extendida que sufren las jóvenes en su barrio son los acosos callejeros ejercidos por varones. Y también, aunque en menor medida, abusos y violaciones. Para algunas jóvenes los acosos son parte de su cotidianeidad:

Tamara: A mí, todos los días [me gritan cosas]

Paz: ¿Sí? pero ¿pibes que vos conocés? ¿o que no?

Tamara: Sí, que sí, y que no, todo.

Paz: ¿En algún lugar particular?

Tamara: Más por la calle, si hasta cuando estoy en mi casa me dicen cosas

Paz: ¿Cómo?

Tamara: Eh, pasan por ahí, y yo estoy ahí afuera y me empiezan a gritar cosas (...) si me llegan a agarrar... por eso... no salgo mucho por el tema ese.

Como señala Elizalde (2018) “a diferencia de las generaciones previas, las jóvenes de hoy crecieron ya en un ambiente cultural que (...) las habilitó a leer signos de acoso u hostilidad masculina donde antes el conjunto de mujeres desarrollaba tolerancia o donde reinaba, incluso, la falta total de registro público del abuso” impulsándolas “a ampliar el repertorio representacional

---

<sup>138</sup> Ver capítulo 3 y 4.

de la violencia” (p. 32). Muchas veces este tipo de prácticas son ejercidas por varones en el espacio público de la calle y en grupos, es decir, en lugares de encuentro masculinos. En los ámbitos de homosociabilidad, los varones suelen buscar demostrar su masculinidad y, para ello, la exhibición de virilidad y potencia asociadas al dominio del cuerpo femenino constituyen prácticas centrales; así, las mujeres ocupan un lugar fundamental para garantizar que el deseo de los varones se interprete como heterosexual (Olavarria, 2001; Tjeder, 2009; Nascimento, 2011).

Muchas de las jóvenes que conocí se quejan de que cuando circulan tanto por las calles de su barrio como de otras zonas, los varones les “gritan cosas”, particularmente groserías de índole sexual. Por otro lado, los miedos asociados a este tipo de acosos verbales callejeros se acompañan de temores a sufrir abusos sexuales, por lo cual tratan de evitar circular por determinadas zonas y/u horarios. Dado que muchas veces los varones les “gritan cosas” cuando están en grupo, para evadir esta situación ellas intentan no circular por donde ven una *junta*: “yo no me acerco” (Fátima), “yo me voy para otro lado, yo le evado” (Soledad). Pero también, suelen ignorar los acosos callejeros de los varones y quedarse calladas como estrategia para evitar que tal situación se prolongue:

Paz: ¿Te gritan qué?

Tamara: ‘Ay’, que ‘mi amor’, que ‘estás re linda’, que esto, que aquello, que ‘me quiero casar con vos’ (...)

Paz: ¿Y a vos te gusta o no que te digan cosas?

Tamara: No.

Paz: ¿Y les decís algo?

Tamara: No, me callo. Si les digo algo van a seguir. Entonces me callo y se callan ellos también.

Este tipo de situaciones no solo me fue relatada por las jóvenes, sino que también las experimenté en distintas ocasiones al circular por los barrios y particularmente, al cruzarme con grupos de jóvenes varones. En algunas ocasiones, especialmente si se trataba de jóvenes desconocidos, traté de evitar pasar frente a ellos. Pero también, opté por ignorar lo que me decían.

En el barrio Punta Verde, sobre la calle 100<sup>139</sup> y a unas pocas cuadras de la 520, se encontraba un grupo de jóvenes de alrededor de veinte años sentados en la vereda. Sentí incomodidad al tener que pasar por ahí porque me vi expuesta a su mirada. Cuando estaba pasando frente a ellos, los jóvenes no solo me miraron, sino que me empezaron a silbar y gritar cosas, lo cual reforzó mi incomodidad. Sin mirarlos, ni decirles nada, aceleré el paso para alejarme de allí.

Fuimos juntas con Laura, Jessica y Pamela al barrio Los Mirasoles. Nos bajamos del colectivo y fuimos caminando hasta el Local Barrial. En el camino, a la altura del puente, nos cruzamos con un grupo grande de jóvenes varones de alrededor de 30 años que estaban en la vereda de una casa. Fue incómodo pasar por ahí porque nos miraron y nos empezaron a decir cosas (que no pude escuchar bien). De todos modos, nosotras pasamos como si nada y seguimos charlando entre nosotras.

---

<sup>139</sup> La referencia a la ubicación ha sido modificada para preservar el anonimato.

Si bien muchas veces este tipo de prácticas son ejercidas por varones en el espacio público de la calle y en grupos, no es una práctica exclusiva de éstos, sino de diversos varones, tanto jóvenes como adultos.

Vamos caminando con las chicas de La Organización por la 115<sup>140</sup> de Los Mirasoles. En un momento pasa un auto con un conductor que no llegue a ver y un acompañante, un pibe de alrededor de 30 años. Pasan despacio por al lado nuestro y el acompañante saca la cabeza por la ventana y nos grita al pasar: “¿chicas son del barrio?”. Cuando estamos pasando por El Galpón, el auto vuelve a pasar en dirección inversa y el mismo pibe nos grita: “son muy lindas para ser del barrio”. Nosotras no respondimos y seguimos caminando, ignorando lo que nos decía.

La construcción social de la feminidad supone a las mujeres como “ser percibido”, expuestas a la mirada y el discurso de los otros (Bourdieu, 2000). Tal como señala Elizalde (2018) los varones cuentan con autorización social para opinar sobre los cuerpos de las mujeres, su estética y evaluarlas, como en el caso del “piropo” callejero: “al respecto, es interesante mencionar que Segato denomina ‘violación alegórica’ a la *male gaze* o mirada fija masculina, en tanto ‘depredación simbólica del cuerpo femenino fragmentado’ (2003: 41). La dimensión imperativa y forzada de esta *gaze* es, en sus palabras, ‘ese mirar abusivo, rapaz, que está al margen del deseo y, sobre todo, fuera del alcance del deseo del otro. Como tal, constituye la forma más despojada de violación’ (ibidem)” (Elizalde, 2018: 29). Elizalde afirma que este tipo de acciones, al igual que otros micromachismos, “ponen en escena un universo vasto de prácticas cotidianas que activan regulaciones disciplinadoras sobre la libertad y el disfrute del propio cuerpo que las chicas ejercen y reclaman para sí” (p. 29). Así, plantea que la retórica del miedo constituye un elemento clave que sirve a los mandatos de pasividad social que se espera de las jóvenes.

Muchas jóvenes comentan de situaciones de acosos, pero también abusos sufridos al pasar por espacios públicos del barrio ocupados por grupos de varones: “pasás por ahí y te empiezan a gritar” (Micaela), “teníamos que pasar sí o sí por ahí y nos empezaron a tocar” (Tamara), o “pasaban y te tocaban una teta” (Camila). E incluso también de adultos o mayores identificados por la comisión de ciertos abusos, realizados tanto fuera como dentro de los lazos familiares:

Camila: Ahí [en Los Eucaliptos] hay un viejo que ha manoseado a varias chicas, incluso a la nieta, y nunca hicieron nada, y vive ahí hoy en día. Y te digo porque nosotros lo vivimos, lo pasamos en carne propia con el chabón. Y la familia nunca hizo nada (...). Nadie decía nada, ‘pobre, porque es un viejo’. ¿Y qué tiene? Incluso a mi hermana. Mi hermana más chica fue... la agarró una vez y no pudimos hacer nada, porque la familia nos dijo que si decíamos algo nos prendían fuego la casa. (...) Después, al tiempo de lo que pasó con mi hermana, nos enteramos de que había abusado a la nieta y que no querían que digan nada porque se destrozaba la familia ¿en qué cabeza cabe eso? Es una locura. Pero ese viejo era un asco, hoy en día vive, es un asco. (...)

---

<sup>140</sup> La referencia a la ubicación ha sido modificada para preservar el anonimato.

Como evidencia el relato de Camila, este tipo de violencias pueden ser ejercidas en las distintas esferas que abarca el ámbito barrial. Y, en contraposición al imaginario ampliamente extendido sobre que estas suelen producirse en el marco de ataques callejeros realizados por desconocidos, en estos barrios las mismas suelen ser desarrolladas por personas conocidas, tanto familiares como vecinos. Siguiendo a Segato (2013) “si al abrigo del espacio doméstico el hombre abusa de las mujeres que se encuentran bajo su dependencia porque puede hacerlo, es decir, porque éstas ya forman parte del territorio que controla, el agresor que se apropia del cuerpo femenino en un espacio abierto, público, lo hace porque debe para mostrar que puede. En uno, se trata de una constatación de un dominio ya existente; en el otro, de una exhibición de capacidad de dominio que debe ser reeditada con cierta regularidad y puede ser asociada a los gestos rituales de renovación de los votos de virilidad” (p. 29). En el caso que acá se analiza estos ámbitos están interconectados dado los amplios lazos familiares que forman parte de las redes de vecindad y el gran interconocimiento barrial.

Por su parte, este tipo de experiencias se complementan con casos resonantes a nivel mediático de violaciones, desapariciones y femicidios, pero también con casos sucedidos en el barrio y que son repetidos en las conversaciones cotidianas: “hace poquito violaron a una chica, acá, no sé si escuchaste” (Gabriela). Como plantea Desportes (2007) es posible analizar la violación como un proyecto político que pretende construir a las mujeres como sujetas esencialmente vulnerables. La autora señala que “se domestica a las niñas para que nunca hagan daño a los hombres” (p. 41) y que se les enseña a las mujeres a no defenderse. “Nos obstinamos en hacer como si la violación fuera algo extraordinario y periférico, fuera de la sexualidad, evitable. Como si concerniera tan solo a unos pocos, agresores y víctimas, como si constituyera una situación excepcional, que no dice nada del resto. Cuando, por el contrario, está en el centro, en el corazón, en la base de nuestra sexualidad. (...) La violación es un programa político preciso: esqueleto del capitalismo, es la representación cruda y directa del ejercicio del poder. Designa un dominante y organiza las leyes del juego para permitirle ejercer su poder sin restricción alguna. Robar, arrancar, arrebatar, imponer, que su voluntad se ejerza sin obstáculos y que goce de su brutalidad” (p. 42 y 43). En este sentido, es posible interpretar que este tipo de violencias y los miedos que suscitan permiten a los varones exhibir virilidad al tiempo que contribuyen a las regulaciones que pretenden construir a las mujeres como vulnerables e indefensas.

Si bien todo esto puede servir para reforzar ciertos miedos de las jóvenes a la hora de circular por la calle, en especial por las noches, también ellas desarrollan estrategias de prevención ante estas violencias. Las mismas no solo implican restringir sus salidas y quedarse

en sus casas o evitar circular por ciertos espacios y horarios, sino también moverse acompañadas o en grupo, pedir que las lleven o busquen, entre otras cuestiones. Por otro lado, como profundizo en el próximo capítulo, muchas veces la estrategia de las mujeres para hacer frente a diversos acosos, abusos y violencias de género consiste en convocar a otro varón para que *responda*; generalmente se acude al padre o la pareja de las jóvenes, para quienes usualmente resulta imperativo defenderlas y así hacerse *respetar* y resguardar su honor masculino.

Particularmente, mi trabajo de campo se sitúa en un contexto en el que ganaron visibilización y se avanzó en la desnaturalización de diversas formas de violencias de género. En este punto resultan significativos los aportes de Elizalde (2018) quien señala que las jóvenes en la actualidad se encuentran “impotentes” pero “empoderadas”: “impotentes, porque la subordinación de género, el sexismo y la experiencia de la desigualdad –aunque modificadas– siguen siendo parte persistente de su paisaje cotidiano –aunque no exclusivo de ellas– cada vez que salen a la calle (...) Mientras la ausencia sistemática de políticas públicas específicas las sigue alejando, sobre todo a las más pobres, de toda chance de inclusión social sustentable. Y al conjunto extenso de chicas, de las garantías mínimas para transitar libremente por la vía pública, vestirse como quieran, salir de noche o viajar sin compañía masculina”; y “empoderadas, porque forman parte de una generación que goza de logros decisivos en materia de género y sexualidad plasmados en un conjunto significativo de leyes<sup>141</sup> que fueron resultado de años de luchas feministas por parte de mujeres que las precedieron largamente en la ocupación del espacio público para hacer oír sus reclamos. Pero que también son resultado de sus propias e intensas batallas en clave generacional” (p. 23).

Si bien las jóvenes que conocí suelen estar menos legitimadas en el uso de la fuerza física para responder ante diversas violencias que sufren, e incluso que son ejercidas contra ellas, esto no implica pensar que frente a las mismas no tienen formas de agenciamiento. Ellas visibilizan diversas formas de violencias que atraviesan sus vidas, tales como los acosos callejeros. También algunas reconocen haber sufrido ciertos abusos. Si bien en ocasiones sienten vergüenza y/o culpa, también se habilitaban a hablarlo entre ellas y/o con adultxs referentes, a problematizar tales experiencias y a repensar sus formas de cuidado para poder seguir ejerciendo libertades y practicando sus deseos. Así, y en relación a la situación de violencia con la que introduje este apartado, Tamara y su prima elegían seguir bailando, modelando y haciendo lo que les gustaba. Pero también se daban nuevas estrategias. Por ejemplo, la madre de Tamara iba a acompañarlas a

---

<sup>141</sup> En otro trabajo (Elizalde, 2015) la autora destaca las normativas promulgadas en materia de salud sexual y reproductiva (2002), parto respetado (2007), prevención y sanción de la trata de personas (2008 y 2012), violencia hacia las mujeres (2009), matrimonio igualitario (2010) e identidad de género (2011) como fundamentales en relación a la ampliación de los derechos y libertades en materia de sexualidades y géneros.



la agencia de modelaje y cuidar que no les “pase nada”, es decir, que no sufran una nueva situación de violencia similar.

### 3.5. “Es twerking, es mucho movimiento de cola”

Una de las actividades que suele gustarles a muchas de las niñas, adolescentes y jóvenes de estos barrios es el baile. A Tamara le encanta bailar reggaetón<sup>142</sup>, rap<sup>143</sup> y twerking. Muchas veces se encuentra con sus amigas en sus casas y se ponen a bailar, pero además lo hacen en sus colegios, en los boliches, en el gimnasio y en otros espacios institucionales. E incluso también, en ocasiones participan de competencias. Especialmente, a esta joven le gusta bailar twerking, una danza que consiste fundamentalmente en mover la cola. La misma tiene su origen en estilos de baile urbanos surgidos en barrios marginados estadounidenses en los años 90. Y en Argentina llegó en el 2013 de la mano de las F.L.O.W Altas Wachas que fueron pioneras del género. Para realizar este baile, los mini shorts constituyen un atuendo adecuado ya que dejan ver los vaivenes de la cola que constituyen el epicentro del mismo.

Particularmente, Tamara y Carolina me introdujeron en el twerking uno de los sábados que nos encontramos en el marco de las actividades realizadas por La Organización en Los Mirasoles:

Tamara y Carolina estaban encerradas en el aula del Local Barrial. Las voy a saludar y Tamara me cuenta que están ahí adentro porque están bailando. Me dicen que si quiero puedo quedarme con ellas y me explican que están bailando twerking. Yo les empiezo a preguntar cómo es bien el baile y ellas me cuentan entusiasmadas. Tamara dice “es twerking, es mucho movimiento de cola”. Carolina (14 años) me dice que ella da clases de twerking en su casa a nenitas más chicas, tiene alrededor de 10 alumnas. Me explica que hay profesoras que cobran como \$400, otras como \$200 y que ella cobra \$50 por mes, dado que sus clases están destinadas a chicas más chiquitas y que no tiene título. También me dice que van a hacer una muestra en la escuela secundaria de La Meseta a la cual asiste. Y luego de contarme, se ponen a bailar para mostrarme. Al principio les da un poco de vergüenza, pero rápidamente empiezan a mostrar sus habilidades moviendo la cola. Se ponen de espaldas, con las manos apoyadas en la pared y empiezan a mover esta parte del cuerpo. Me explican que están practicando algunas cosas nuevas y de a poco se van soltando y empiezan a hacer otras destrezas, como por ejemplo disociar los cachetes y mover uno u otro intercaladamente. También ponen sus manos sobre sus rodillas, inclinando levemente el torso hacia adelante y sacando la cola, y van flexionando una y otra pierna permitiendo que el movimiento ponga en acción la vibración de sus muslos. Yo me sorprendo por lo que logran hacer y ellas continúan contándome. Me dicen que les costó aprender a bailar de esa manera, que al principio parece ser difícil pero que de a poco va saliendo. Tamara me dice que muchas veces va a lo de unas amigas que viven en el centro de Romero y se pone a bailar y practicar. También bailan en la escuela. Cuentan que aprendieron solas, que principalmente les enseñó una amiga, pero también mediante videos de YouTube<sup>144</sup>. Tamara cuenta que a veces también bailan con chicos, quienes “se ponen abajo”. Yo no entiendo en qué sentido y repregunto. Entonces se abre de piernas y me explica que ellas bailan con las piernas abiertas y los

<sup>142</sup> El Reggaetón es un género musicalailable que tiene sus orígenes en los años 90. Nace como fenómeno underground entre las barriadas rurales de Puerto Rico. Mezcla el reggae y el Hip-Hop en español, influenciado por ritmos latinos.

<sup>143</sup> El Rap es un género musicalailable nacido en la década de 1980 en los barrios negros e hispanos de Nueva York y otras grandes urbes estadounidenses como derivación del funk y asociado a la cultura hip-hop.

<sup>144</sup> Red social dedicada a visualizar y compartir videos audiovisuales.

chicos en el suelo abajo, aunque también pueden estar atrás o adelante. Dice que el otro día fue Maxi [su exnovio] a verla bailar y se enojó porque no le gustó que baile así, con el otro chico abajo. Si bien no son más novixs, se siguen llevando bien y la fue a acompañar, pero se terminó enojando. Dice que igual a ella le gusta más bailar con el otro chico adelante, además con eso evita que Maxi se enoje. Carolina dice que a ella bailar con chicos no le gusta. Cuenta que dejó twerking porque a donde iba era abierto y se podía ver. Explica que siempre pasaba gente y miraba y que incluso a veces iban algunos chicos y preguntaban si podían mirar y se quedaban ahí viendo todo. Por eso dejó, pero dice que le encanta bailar, es lo que más le gusta hacer. (Nota de campo)

Semanas más tarde, Tamara y Carolina seguían practicando twerking en el Local Barrial. En ocasiones me mostraban sus bailes, pero también a veces me decían que les daba vergüenza porque podía llegar a pensar que “eran unas pervertidas”. Por su parte Aldana (13 años), quien participaba de las actividades del grupo de los talleres para “adolescentes”, también bailaba twerking y se interesó por mostrarme sus habilidades en dicha materia.

Mientras Tamara y Carolina bailan encerradas en el aula, Aldana me cuenta que ella también sabe bailar y me dice que quiere mostrarme cómo lo hace. Así me lleva a la parte de atrás del patio del Local Barrial (para que lxs otrxs chicxs no la vean) se pone contra la pared y empieza a mover la cola de manera similar a como lo hacían también Tamara y Carolina, dejando que los cachetes se revoleen. (Nota de campo)

Ese mismo sábado, mientras sonaba la música en el Local Barrial, algunas chicas y adolescentes ocasionalmente, en el marco de ciertos temas que les gustaban, comenzaban a bailar reggaetón o también twerking y a hacer movimientos pronunciados con sus caderas. Y cuando lo hacían, las chicas de La Organización observaban con gestos que mostraban indignación o disgusto. Posteriormente, me comentaron lo que opinaban sobre los bailes de las chicas, adolescentes y jóvenes.

Mientras íbamos en el auto Pamela sacó el tema del baile de las chicas en el Local Barrial. Se mostró indignada por el contenido “tan sexual” del baile y explicó que es algo parecido a lo que vieron en el cumpleaños de 15 de Sabrina. En esa fiesta pudieron observar que los bailes eran “muy sexuales” y que las pibas estaban muy “dominadas” por los varones, o que “hacían mucho todo en función de ellos”. Dice que, por ejemplo, las chicas esperaban a que los chicos las saquen a bailar y que eran los chicos quienes dirigían el baile. Además, el mismo era muy sexual ya que “capaz el chabón la daba vuelta y la apoyaba” y las chicas los seguían. Así, me dice que “es necesario abordar el tema de género en el barrio porque es algo que no está presente, es inexistente”. (Nota de campo)

Las situaciones reconstruidas permiten evidenciar varias cosas. En primer lugar, muestra las claves de lectura sobre las prácticas de las jóvenes realizadas por las chicas de La Organización, es decir, jóvenes universitarias de clase media. Para ellas, estos bailes confirman lo “dominadas” o “sumisas” que son las jóvenes de estos barrios. Los mismos son concebidos como prácticas realizadas para los varones, para que las vean y en función de una lógica que las objetiviza. Es decir, por medio del twerking –para mencionar una de estas danzas– las jóvenes se construyen en objetos sexuales de los varones y sus acciones son leídas exclusivamente en función del sistema patriarcal. Los bailes de las pibas, “tan sexuales”, son así vistos como confirmación de las

relaciones de dominación entre géneros en el barrio. Sin embargo, tal como señalan Vila y Semán (2006) “la problemática de la feminidad en los sectores populares no puede ser pensada en una oscilación que ora encuentra gérmenes sintomáticamente ubicuos de ‘prácticas liberadoras’ afines al proyecto de emancipación tal cual es entendido por ciertos sectores de clase media; ora denuncia ‘prácticas de subordinación’ que convalidan su dominación. Esto obstaculiza la percepción de la construcción de la feminidad como un proceso complejo y diverso proyectando como ilusión optimista, o como conclusión pesimista, las categorías contemporáneas del análisis y las luchas de género que tienen que ver con un contexto social y cultural específico” (s/n). En este caso, las interpretaciones mencionadas no solo reducen a las mujeres a la categoría de objeto, sino que a la vez invisibilizan los modos en que las propias jóvenes conciben estas prácticas, así como las formas en que ellas son leídas en los contextos significativos en que se producen.

Por su parte, y tal como se pone en evidencia en las situaciones reconstruidas, las jóvenes saben que sus prácticas son criticadas y estigmatizadas por muchxs moradorxs de sus barrios. Pero esta vez no por “sumisas” o “dominadas”, sino por “putas” o “pervertidas”. En este sentido, en ocasiones ellas se avergonzaban de mostrar sus prácticas, pero no por suponer que las criticaríamos [las chicas de La Organización y/o yo] por “dominadas”, sino por “putas”. Tal como mencioné en apartados previos, en sus barrios sufren críticas por los modos en que se visten y que exponen sus cuerpos. Y en este sentido, el twerking pone en acción de manera casi paradigmática los elementos que suscitan aquellos juicios: para danzarlo las chicas usan mini short y se esfuerzan por mostrar la cola. Además, tal como aparece en sus relatos, estos bailes pueden implicar acciones de contacto corporal donde los movimientos de sus cuerpos remiten a posiciones sexuales. “En el twerking, como en las danzas afro, se abre toda la zona de la vagina, los órganos sexuales. Un cuerpo abierto. A diferencia de danzas como el tango o el vals donde la pose femenina es siempre ‘recatada’, con piernas cerradas. Desde lo performativo, Citro observa en el twerking ‘una parodia de la posición activa masculina’ en el acto sexual. ‘El perreo es siempre con el hombre atrás, acá hay grupo de mujeres que entrena en grupos aludiendo a la sexualidad. Se reconvierte en una danza femenina colectiva que prioriza el propio placer del movimiento’, dice. Para ella, ‘puede haber algo de autoerotismo. Es una forma de autoenergizar el cuerpo, autoestimularlo’” (Alcaraz, 2017). Justamente, este vínculo de la danza con la puesta en escena de la sexualidad de las jóvenes, como abierta al placer, tensiona con otros sentidos ampliamente difundidos en estos barrios sobre los modos apropiados de construirse como mujer joven. Como, por ejemplo, con la imagen de chica recatada que, entre otras cosas, espera que los

varones las saquen a bailar, imagen que también se deja entrever en el relato sobre el cumpleaños de 15 de Sabrina realizado por las chicas de La Organización.

Finalmente, poner el foco de la escena en los bailes de Tamara y Carolina permiten dar cuenta de los modos en que ellas usan y significan estas acciones. Las mismas muestran el entusiasmo y los deseos de las jóvenes contruidos en torno a estas prácticas: tal como dicen les “encanta bailar”. Desde su mirada, lejos de concebir estos bailes como exclusivamente realizados para los varones, ellas lo hacen por sus propias motivaciones e incluso abandonaron ciertos espacios para evitar que sus entrenamientos sean vistos por otros jóvenes. A su vez, por medio de la danza las chicas socializan entre ellas, se encuentran, practican, se sacan fotos, se ríen y se entretienen. E incluso algunas, como Carolina, usan sus habilidades para hacer de ellas una fuente –magra– de ingresos.

Pero a su vez, y retomando lo expuesto anteriormente, el análisis de estas prácticas permite dar cuenta de los modos en que la feminidad de estas jóvenes se halla atravesada por una serie de disciplinamientos y regulaciones que se ejercen especialmente sobre sus sexualidades, placeres y corporalidades. Ellas son interpretadas en clave de las potenciales problemáticas asociadas al ser mujer joven de sectores populares y su sexualidad. Así, lo que el estilo erótico y sexual del baile deja entrever en relación a estas jóvenes es el “temor por el ‘rebalse’ de su sexualidad” (Elizalde, 2015: 13), el “pánico sexual” que activan estas prácticas y el modo en que son evaluadas moralmente.

Mientras en estos barrios muchas veces suele esperarse de las jóvenes que sean recatadas, cuidadosas de sus comportamientos sexuales y tranquilas, muchas jóvenes universitarias de clase media buscan que estas jóvenes se empoderen. Para ambos discursos, ellas, que bailan y mueven sus colas, no son ni una, ni otra cosa: ni recatadas, ni empoderadas; más bien, putas y dominadas. Frente a estas normas y/o expectativas, chicas como Tamara o Carolina siguen bailando. Se saben cuestionadas y en ocasiones se encierran para practicar y no ser vistas por las miradas ajenas, pero también muestran en público sus habilidades en boliches, muestras, competencias y clases. Es posible pensar que no serán totalmente recatadas, ni empoderadas –suponiendo que ello fuera factible–, pero por medio de sus bailes defienden ciertos deseos, placeres, libertades y capacidad de agencia en los márgenes de las expectativas, normas y lugares asignados que les son impuestos en la interseccionalidad que las ubica como mujeres, jóvenes, de sectores populares.

Tal como señala Elizalde (2015) “la regulación –en verdad– no desaparece nunca y mucho menos en cuestiones de género y sexualidad, campo donde las normatividades sexistas y androcéntricas organizan parte importante de las prácticas cotidianas de todas estas jóvenes”:

“incluso aquellas actuaciones que parecen referir a una total autonomía femenina en los asuntos sexuales, (...) con frecuencia, dicha liberalidad no exceptúa a las chicas de quedar atrapadas en la antinomia entre ser “buenas” o ser “putas” (p. 39). Si bien estos agenciamientos no las libran de las interpretaciones externas, pueden abrir intersticios o espacios de fuga en los que se disputa por los modos de vivir sus corporalidades, de practicar sus deseos, ejercer sus sexualidades y, en definitiva, de ser mujer joven en estos barrios.

#### **4. Debatiendo géneros**

Este apartado permite poner en tensión una interpretación del análisis realizado que abone a la consideración de la existencia de lógicas de sociabilidad claramente delimitadas entre varones y mujeres y, a la vez, la exclusiva vigencia de representaciones tradicionales sobre los roles de géneros. Varones y mujeres se relacionan en ámbitos mixtos como, por ejemplo, la familia, el colegio, pero también en las organizaciones políticas y los espacios habilitados por ciertos programas sociales, entre otros. De hecho, gran parte del trabajo de campo de esta tesis fue realizado en talleres mixtos de los cuales participaban tanto unxs como otrxs, por lo cual en este apartado me interesa también señalar dicha dimensión.

A su vez, esta investigación se realizó en un contexto que habilitó a muchxs a releer sus experiencias a partir de nuevas matrices propiciadas por la visibilización y masividad que adquirieron ciertas luchas feministas en el país<sup>145</sup>. Luchas que, a su vez, tal como señala Elizalde (2015) se vinculan con un conjunto complejo de transformaciones culturales, económicas, políticas y normativas previas y más extensas, que habilitan especialmente a las mujeres –aunque no de manera igual a todas–, a vivir más libremente su sexualidad, a reducir su confinamiento a la esfera doméstica, a ampliar sus márgenes de autonomía, y de manera más general contribuyeron a la ampliación de los derechos y libertades en materia de sexualidades y géneros.

---

<sup>145</sup> Las movilizaciones desarrolladas en el año 2015 bajo la consigna del “Ni una menos” constituyeron un punto de inflexión que allanaron el camino para que la violencia de género se construyera como un problema público de relevancia a nivel nacional; problema que se enmarca en un proceso de larga data en el cual tuvieron injerencia una multiplicidad de actorxs –movimientos de mujeres y feministas, organismos internacionales, agencias estatales, medios de comunicación y las redes sociales, entre otros– (Cabral y Acacio, 2016; Faur y Grimson, 2016). El 3 de junio de 2016 el “Colectivo Ni Una Menos” convocó a una segunda movilización y luego, a raíz de nuevos femicidios resonantes –especialmente el de Lucía Pérez– en octubre del mismo año tuvo lugar el primer “Paro de Mujeres” en la Argentina. Estas movilizaciones no solo fueron convocadas por un espectro amplio de organizaciones sociales, sino que también fueron masivas. Posteriormente, el 8 de marzo de 2017 se desarrolló el “Primer Paro Internacional de Mujeres” en el que el repudio a las violencias contra las mujeres constituyó una de los principales reclamos. Las consignas de rechazo a la violencia contra las mujeres y al femicidio tuvieron una gran reapropiación a nivel social y las categorías “violencia de género” y “femicidio” ganaron peso como categorías disponibles para organizar las experiencias. Por su parte, en el año 2018 se produjo el debate en el Congreso Nacional por la sanción de una ley de legalización y despenalización del aborto, el cual adquirió gran relevancia mediática y donde particularmente las mujeres jóvenes –fundamentalmente de clase media– formaron parte fundamental de esas luchas.

Si bien ciertas representaciones tradicionales sobre los géneros y sus roles mantienen amplia vigencia en estos barrios, también estas transformaciones habilitaron a muchxs a releer sus experiencias a partir de nuevas matrices, repensar ideas ampliamente sostenidas y cuestionar discursos presentes en los espacios e instituciones que habitan. La gran visibilidad que adquirieron diversas cuestiones asociadas al feminismo y sus batallas se vio reflejada en mi trabajo de campo. Así, en muchos de los talleres de La Organización, pero también en los del Envió y en diversas charlas cotidianas, se trabajaron temas vinculados a las distintas movilizaciones, luchas o debates mencionados. Por ejemplo, Agustina se reconocía como feminista. Pero también, Melina había participado de los últimos Encuentros Nacionales de Mujeres<sup>146</sup>, había ido a la marcha del “Ni Una Menos” y en un momento en su WhatsApp tenía una foto de la convocatoria al primer “Paro de Mujeres” en la Argentina. Del mismo modo, en los talleres del Envió nos comentaba de lo tematizado de las temáticas de género, sexualidad y aborto en su colegio:

Nos cuenta que para la materia de arte tiene que hacer un esténcil y que ella eligió hacer sobre igualdad de género. Nos muestra su dibujo, el cual es una silueta que es mitad varón, mitad mujer. Nos cuenta que otro grupo eligió diversidad sexual y otro aborto. (Notas de campo)

En la medida en que lxs jóvenes participaban de actividades de debate en sus escuelas u otras instancias institucionales donde se abordaban estos temas, iban repensando sus ideas previas e incorporando nuevas visiones. Particularmente, en los talleres realizados por La Organización en Los Mirasoles en algunas ocasiones se trabajaron temáticas de género. En las discusiones era posible percibir los modos en que lxs jóvenes comenzaban a problematizar sus experiencias, así como las lógicas de organización y división de roles hegemónicos en sus hogares.

Las chicas de La Organización habían organizado una actividad sobre violencia de género la cual fue presentada a partir de una dinámica disparadora que consistió en ver un video del Canal Encuentro sobre dicho tema. Después del video las chicas le preguntan a lxs jóvenes que les pareció y ellxs empiezan a debatir. Especialmente reconocen que “muchas veces las mujeres tienen que hacer las cosas de la casa y los varones no”. Pilar dice que ella tiene que “lavar, hacer todo y que sus hermanos no hacen nada”. Javier dice también que “muchas veces los dos trabajan y el hombre llega cansado y no hace nada y la mujer capaz también está cansada, pero sigue haciendo cosas”. Pilar dice que muchas veces “se les dice a las chicas que son re turras porque llevan pollera corta”, y que en realidad “las mujeres pueden usar pollera corta si quieren”. El Tuki, Javier y Nicolás coinciden en que está mal que se le diga eso (Notas de campo).

---

<sup>146</sup> En la actualidad existe un complejo debate en torno al cambio de nombre de estos encuentros, mantenidos en Argentina durante 34 años consecutivos. Frente a la tradicional nomenclatura “Encuentro Nacional de Mujeres”, diversos colectivos y organizaciones proponen que esta sea reemplazada por “Encuentro Plurinacional de Mujeres, Lesbianas, Trans, Travestis, Bisexuales y No-Binaries”, haciendo alusión al carácter multiétnico y disidente que constituye el movimiento feminista en la región.

Pero no solo visibilizan y ponen en cuestión ciertas representaciones y prácticas tradicionales sobre lxs géneros ampliamente vigentes en el barrio, sino también reinterpretan ciertas experiencias vividas a partir de nuevas categorías, como la de “violencias de género”. Así, en uno de esos talleres Nicolás había afirmado que su madre sufría dicha forma de violencia. E incluso, a partir de estas instancias lxs jóvenes ampliaban su repertorio representacional sobre los géneros y las sexualidades. Tal como planteó Nicolás en uno de esos talleres:

Nicolás: A mí me gusta venir porque la paso bien, aprendo cosas que no sabía, por ejemplo, el tema de género, no sabía que había más clases de sexualidad, no entendía tampoco... bueno me enseñaron un par de cosas que no sabía que existían...

Del mismo modo, también problematizan ciertas violencias y discursos discriminatorios ejercidos contra las disidencias sexo-genéricas en ciertos espacios institucionales por los que transitan:

Pilar: A los gays los critican mucho, a las lesbianas las critican mucho. Y no me gusta a mí que critiquen esas cosas. Había una que... ¿cómo se dice? Que es hombre pero...

Paz: Trans, una persona trans.

Pilar: Y era mujer. Y el árbitro no la quería dejar jugar porque era trans. Una bronca me dio, como no la va a dejar jugar siendo que ella se identificaba como mujer... una bronca me agarró. (...) A mí lo que me da bronca... Como también... fui el sábado pasado, era la confirmación de mi hermana y fui a la iglesia y el cura dijo “en esta sociedad quieren cambiar todo, quieren que aprobemos a los gays, quieren que aprobemos todo y no es así” dijo... una bronca me dio. En la iglesia [evangélica] a la que yo voy no tienen problema. Pero en la iglesia católica los critican. Ya estoy hasta acá que critiquen a cualquiera, que nos critiquen si somos lesbianas, que nos critiquen si somos gays, que nos critican por cualquier cosa. Ya te cansa. Cada una tenemos nuestra vida, tenemos derecho a decidir lo que queremos.

Nicolás: Claro, es así.

Y además se mostraban abiertxs a repensar ideas ampliamente sostenidas en el barrio, como la postura en contra del aborto.

Mientras estábamos charlando en el Local Barrial con lxs jóvenes en el marco de los talleres de La Organización sale el tema del aborto. Pilar cuenta que ella antes estaba en contra pero que ahora está a favor porque le hermana le mencionó casos de violación en los cuales las mujeres no querían tener a sus hijxs. Nicolás dice que está en contra porque es matar una vida. El Tuki dice que no sabe bien. Pamela [de La Organización] empieza a dar argumentos a favor. Yo les pregunto si conocen a alguien que haya abortado. Dicen que no. Nicolás menciona el caso de su hermano Emiliano quien, según dice, no quería ser padre. El Tuki dice que él piensa que no está bueno matar una vida y que se puede dar en adopción, pero igual reconoce que no estudio mucho y que tendría que interiorizarse más en tema, ‘puede que después cambie de opinión’ dice, ‘también debe ser por algo que están reclamando tanto por eso’. (Nota de campo)

Es decir, si bien las lógicas binarias de sexo/género/deseo mantienen amplia vigencia en estos barrios, también los debates y prácticas de estxs jóvenes muestran una búsqueda por cuestionar lógicas que les son impuestas y por construir nuevas experiencias, distintas a las de la generación de sus padres y madres. Ello habilita a pensar “la construcción de un virtual nuevo orden de género entre los y las jóvenes, en el que las chicas tendrían un inédito protagonismo”

(Elizalde, 2015: 57) y de la mano de ello, la configuración de nuevos modos de ser mujeres y varones en estos barrios o por lo menos de poner en cuestión ciertas regulaciones de género que atraviesan los distintos espacios que habitan.

## 5. Conclusiones del capítulo

En este capítulo se destaca el aspecto productivo del género en las prácticas espaciales y dinámicas de sociabilidad de lxs jóvenes de estos barrios, y se señalan ciertas singularidades en los modos en que varones y mujeres significan, usan y/o circulan por el espacio barrial. Una de las clasificaciones centrales movilizadas por diversxs actores barriales para organizar el espacio en el que habitan es la distinción entre *la calle* y *la casa*. Varones y mujeres significan y practican diferencialmente la frontera simbólica entre *calle* y *casa*, los límites entre barrios o zonas del mismo, las diferencias entre el día y la noche y los miedos al transitar por diversas zonas, lo cual se traduce en dinámicas específicas de sociabilidad. Y a la vez, tales movilidades, espacialidades y sociabilidades resultan productivas para la construcción de los géneros. Es decir, también esos modos particulares de significar, transitar y ocupar la *calle* y *la casa* abonan a la (re)producción de ciertas masculinidades y feminidades.

En el caso de algunos varones, la participación en *juntas* constituye un aspecto central en su sociabilidad barrial. Estos ámbitos posibilitan a los jóvenes la diversión y el establecimiento de amistades, así como también escapar de ciertos malestares en sus casas. Pero a la vez, les permite hacerse conocidos, ganar *calle* y, de la mano de ello, construir *respeto* en el marco de la sociabilidad juvenil masculina. A partir de sus *juntas*, algunos jóvenes se apropian de cierto espacio y establecen zonas, diferenciaciones y límites dentro del barrio y fuera del mismo, aspectos centrales en sus construcciones identitarias, y fundamentales para comprender la genealogía de ciertos enfrentamientos. Para muchos varones, el barrio o cierta zona del mismo aparece como una referencia central a partir del cual se establecen pertenencias, pero también fronteras y límites con el afuera, permitiendo la construcción de distinciones. Especialmente, el establecimiento de alteridades entre *juntas* y/o barrios contribuye a la configuración de conflictos y rivalidades entre varones, individuales y colectivos. Si bien la circulación por otros barrios y/o zonas es frecuente, incluso por donde hay *pica*, ello suele ser significado como potencial fuente de conflicto, significaciones que orientan en gran medida los modos en que se circula por ellas.

Las *juntas*, en tanto espacios de homosociabilidad, ofrecen la posibilidad de hacer “alarde” de la masculinidad, cuestión central para interpretar tanto ciertos conflictos que se producen entre varones, como algunas violencias que se ejercen contra las mujeres, tales como los acosos callejeros. Muchos jóvenes, en su barrio o fuera de éste, experimentan *provocaciones* o insultos



por parte de pares, especialmente de jóvenes reunidos en grupo. En ocasiones estas son respondidas para “no dejarse faltar el respeto” dando lugar a enfrentamientos, y otras veces son ignoradas. Muchos buscan evitar conflictos, por lo cual no *responden* frente a pequeños hostigamientos cotidianos y/o usan diversas estrategias para sortear *broncas* que pueden presentárseles. Sin embargo, desde algunas miradas ello puede ser interpretado como propio de quienes *no se hacen respetar* y signo de vulnerabilidad, cuestión que atenta contra ciertas masculinidades. De manera similar, mientras la ocupación de los espacios de *la calle* y la participación en la sociabilidad masculina barrial abona a la producción de masculinidad, los jóvenes *más de entre casa* pueden ser cuestionados y contruidos como *giles*. De todos modos, pese a las recreaciones de las clasificaciones que oponen a los *giles* y a quienes *se hacen respetar*, a los que “se quedan callados” y a los que *responden*, a los que *tienen calle* y a los que son de *la casa*, las prácticas, relaciones e identificaciones de estos jóvenes muestran una multiplicidad imposible de reducir a la fijeza de tales constructos. Mas bien estas categorías constituyen imputaciones morales en función de las cuales se pretenden establecer ciertas relaciones sociales.

Mientras que para muchos jóvenes las *juntas* son espacios de diversión, construcción de amistades y obtención de *respeto*, estas suelen ser estigmatizadas por muchxs otrxs de lxs residentes del barrio. El hecho de *juntarse en la esquina* o *ser de la esquina* usualmente aparece cargado de una connotación moral peyorativa por fuera de la sociabilidad juvenil masculina. Por lo cual, algunas familias tratan de evitar que lxs jóvenes, especialmente sus hijxs, frecuenten tales ámbitos. Del mismo modo, muchxs vecinxs del barrio asocian estos espacios a la “drogadicción”, la “vagancia”, el “bardo”, la “delincuencia” y la “violencia”, es decir, a la *mala junta*.

Las *juntas* constituyen ámbitos altamente masculinizados; las mujeres no suelen formar parte de las mismas, ni la construcción de este tipo de grupos constituye el modo en que sociabilizan entre ellas. Las chicas suelen vincularse con sus amistades en la escuela, espacios institucionales o en sus casas, pero la posibilidad de juntarse en espacios públicos barriales es más limitada. Para las mujeres, ello no aparece como una práctica legítima, ni abona a la construcción de sus feminidades; por el contrario, ciertos controles sociales y morales limitan sus tránsitos por tales espacios.

A diferencia de sus pares varones, los jóvenes suelen permanecer menos tiempo en *la calle* y afirman en mayor medida su desinterés por la participación en la sociabilidad barrial. Pero también, en tanto pasan mucho tiempo en sus casas, muchas se sienten “encerradas”. En mayor medida que sus pares varones, deben hacerse cargo de responsabilidades domésticas, pero

además tienen mayores restricciones para salir, pasear, juntarse con amigxs, andar en *la calle* e ir a la plaza. Los tiempos, espacios y modos en los que sus padres, madres o responsables les permiten transitar, son más limitados y regulados. Ello se asocia a miedos a que sufran robos, abusos sexuales, secuestros u otro tipo de violencias, pero también a las sanciones morales relacionadas al honor femenino y la vergüenza, cuestiones estrechamente vinculadas a sus prácticas sexo-afectivas. Así, a partir de la inculcación de vergüenza, se trata de evitar que las chicas anden en *juntas*, que consuman alcohol y drogas, que salgan de noche y frecuenten los bailes, que se vistan con ropa considerada “provocativa”, y que tengan relaciones sexuales frecuentes con distintas personas. Algunas familias ejercen controles tanto sobre las prácticas espaciales y movilidades de las jóvenes, como también sobre sus relaciones, especialmente las sexo-afectivas. A su vez, los juicios morales y controles sobre las prácticas de ellas no solo se desarrollan al interior de las familias sino que también se extienden al espacio barrial. Así, muchas de ellas se sienten acusadas de “turras”, “putas”, “fáciles” y juzgadas tanto por la mirada adulta de lxs vecinxs, como por de los y las jóvenes. Acusaciones realizadas en función de sus prácticas sexo-afectivas, pero también de su vestimenta y sus comportamientos.

Una forma de violencia extendida que sufren las jóvenes en su barrio son los acosos callejeros ejercidos por varones. Y también, aunque en menor medida, abusos y violaciones, tanto perpetradas en el espacio doméstico como fuera del mismo. Muchas veces los acosos son ejercidos por varones reunidos en grupo en el espacio público barrial –aunque dichas acciones no son exclusivas de estos grupos–, prácticas que pueden ser interpretadas en función del lugar central que ocupan las mujeres en relación a los ámbitos de homosociabilidad para garantizar que el deseo de los varones se interprete como heterosexual. En la trama relacional de los géneros, a partir de este tipo de prácticas los varones exhiben su virilidad entre pares y construyen masculinidad, pero también a partir de ellas se construye la feminidad. Este tipo de experiencias concretas y cotidianas de violencias callejeras, se complementan con casos resonantes a nivel mediático de violaciones, desapariciones y femicidios, pero también con casos sucedidos en el barrio y que son repetidos en las conversaciones cotidianas. Todo lo cual contribuye a reforzar los miedos de las jóvenes a la hora de circular por la calle, en especial por las noches. Y a desarrollar estrategias de prevención ante tales violencias, las cuales en ocasiones implican restringir ciertas libertades y deseos.

Así, en este capítulo muestro algunas diferencias en la autonomía de varones y mujeres para circular por sus barrios y ciertas singularidades en sus experiencias de movilidad y prácticas espaciales. Los límites simbólicos que distinguen entre *la calle* y *la casa*, usualmente construyen a la primera como vinculada a la inseguridad, mientras que la segunda es significada como

ámbito de protección. Lejos de afirmar que la experiencia cotidiana de las chicas de estos barrios se limita al espacio de *la casa* y que los varones están en *la calle*, el análisis da cuenta de los modos en que estas categorías clasificatorias operan en la construcción de movilidades, espacialidades y sociabilidades, las cuales son constitutivas de los géneros.

Mientras algunos varones tienen dificultades para transitar por determinadas zonas o barrios, ya que ello puede devenir en conflictos con otros jóvenes, es menos común que la circulación de las chicas se vea afectada por las rivalidades asociadas a las distinciones barriales. Sin embargo, esto no implica que ellas estén menos condicionadas en sus movilidades. Por el contrario, tanto los miedos a sufrir robos o violencias sexuales y las distintas regulaciones para que permanezcan más tiempo en sus casas, tienden a limitar sus prácticas espaciales. Todo lo cual contribuye a la construcción de las mujeres como esencialmente vulnerables y de la mano de ello, a la producción y reproducción de la asociación entre mujeres y ámbito doméstico. De todos modos, las experiencias de estas jóvenes no son homogéneas y varias desarrollan estrategias diversas para salir de sus casas, ampliar sus libertades y hacer lo que les gusta. Así, defienden ciertos deseos, placeres y capacidad de agencia en los márgenes de las expectativas, normas y lugares asignados que les son impuestos en la interseccionalidad que las ubica como mujeres jóvenes de sectores populares. Si bien sus agenciamientos no las libran de las interpretaciones externas, pueden abrir intersticios o espacios de fuga en los que se disputa por los modos de vivir sus corporalidades, de practicar sus deseos, ejercer sus sexualidades y, en definitiva, de ser mujer joven en estos barrios.

Si bien las lógicas binarias de sexo/género/deseo mantienen amplia vigencia, también ciertos debates y prácticas de lxs jóvenes muestran una búsqueda por cuestionar lógicas que les son impuestas y por construir nuevas experiencias, distintas a las de la generación de sus padres y madres. Es decir, por la configuración de nuevos modos de ser mujeres y varones en estos barrios o por lo menos de poner en cuestión ciertas regulaciones de género que atraviesan los distintos espacios que habitan.

## CAPITULO 3: VIOLENCIAS, RESPETO Y PROTECCIÓN

### 1. Presentación

Tal como ha sido señalado por varixs autorxs (Riches, 1988; Míguez e Isla, 2003; Garriga y Noel, 2010), existen diferentes legitimidades en torno al uso de la violencia. Mientras dicha práctica puede ser considerada legítima para ciertxs actorxs en determinado contexto, puede no serlo para otrxs. Siguiendo a Garriga (2015), la violencia solo puede ser un recurso si para sus actantes es una acción legítima, y si bien la violencia puede ser usada para obtener respeto, es un recurso diferencialmente articulado según el género. Así, el género constituye un clivaje central para comprender el modo en que muchos de los conflictos y las violencias están organizados, ya que de la mano de las construcciones de masculinidad y feminidad se establecen normas y consideraciones en torno a sus usos. Pero también, a partir de estas prácticas diferenciales se construyen tales géneros. En función de representaciones en torno a lo que implica ser “un verdadero hombre” o “una mujer” se ponen en juego una serie de prescripciones en torno a comportamientos adecuados o no, y en los cuales, la violencia ocupa un lugar central. Es a partir de tales comportamientos y prácticas que lxs actorxs se construyen como varones o mujeres, más o menos legítimos, más o menos acordes a las expectativas de masculinidad y feminidad hegemónicas en cada contexto. En este sentido, el género aparece como un aspecto constitutivo de la violencia, pero al mismo tiempo producido por ella.

Para algunos varones ciertas prácticas violentas y delictivas, fundamentalmente la rivalidad y competencia con otros varones, constituyen un recurso fundamental para *hacerse respetar* y construir una imagen positiva, un *nombre grande*, en el marco de la interacción barrial y principalmente de la sociabilidad masculina juvenil. A su vez, las lógicas en función de las cuales se organizan los conflictos entre varones por *respeto* o por el honor (Pitt-Rivers, 1979)<sup>147</sup>, están íntimamente asociadas a determinados imperativos de la masculinidad hegemónica. Por su parte, si bien algunas jóvenes suelen involucrarse en peleas entre chicas, a diferencia de muchos varones, ellas sienten menos presiones por *responder* e involucrarse en diversos conflictos, y el hecho de declinar ofertas de enfrentamiento suele aparecer como una forma valorada de resolverlos. La construcción de feminidades hegemónicas en estos barrios o, dicho de otro modo, la defensa de su honor en tanto mujeres, no depende de la fortaleza y valentía, ni de su capacidad de defensa y protección hacia otrxs.

Tal como ha sido señalado en otros trabajos (Rodríguez Alzueta, 2008) la posesión de lazos sociales constituye una de las estrategias o recursos claves de los sectores populares para

---

<sup>147</sup> Uso el término *respeto* en tanto categoría nativa, mientras que “honor” es la categoría analítica que retomo de Pitt-Rivers (1979).

defenderse y evitar diversos tipos de victimizaciones. Particularmente, en la trama del amplio interconocimiento barrial, las relaciones sociales son fundamentales en la organización y gestión de diversas conflictividades locales, ya que las mismas pueden implicar compromisos de protección, así como reciprocidades en las discusiones y enfrentamientos con otrxs. Y en ellas, las construcciones de género resultan centrales para comprender las formas en que estos conflictos se organizan, así como los modos en que ciertxs actorxs resultan o no involucradxs en determinada disputa y el rol que les cabe en la misma. En el caso de los enfrentamientos entre las jóvenes, quienes intervienen para *responder* a las violencias suelen ser mujeres, del mismo modo que los conflictos entre varones generalmente se resuelven entre ellos. Por su parte, en el caso de violencias ejercidas por varones hacia las mujeres, es frecuente que sean los familiares y allegados masculinos de las jóvenes quienes se involucren para *responder* frente a las mismas. En este capítulo profundizo en el análisis de estas cuestiones y muestro cómo los y las jóvenes de estos barrios usan de manera diferente a la violencia y los modos en que a partir de estos usos diferenciales se construyen y reconstruyen tales géneros. Evidencio ciertos efectos del orden de género en la producción, desarrollo y gestión de determinados conflictos barriales, y a la vez, los modos en que en función de dicha organización se producen determinadas masculinidades y feminidades.

## **2. La construcción de un “nombre grande”**

### **2.1. “Hacerse respetar”**

Una de las categorías nativas centrales para comprender las dinámicas de interacción barrial, y especialmente la sociabilidad juvenil masculina, es la de *respeto*. En muchas ocasiones a lo largo de mi trabajo de campo los jóvenes varones explican diversas prácticas, pero principalmente su involucramiento en determinadas peleas y conflictos, alegando que lo hacen con el objetivo de *hacerse respetar*. *Hacerse respetar* supone la construcción de una imagen de sí valorada, reconocida y, por ende, que no es victimizada. Dicha idea aparece como opuesta a la de ser un *gil*, es decir, un joven que no merece *respeto* y, por lo tanto, es pasible de ser víctima de diversas violencias –ya sean agresiones verbales, físicas o robos. Estas clasificaciones aparecen como fundamentales en los discursos de muchos jóvenes del barrio, y particularmente quienes participan en mayor medida de la sociabilidad juvenil masculina barrial sostienen que “en el barrio hay diferencias”: se puede ser un *gil* o *hacerse respetar*. Especialmente, muchos resaltan la importancia de la construcción de una imagen respetable para evitar diversos tipos de victimizaciones. Así, resulta fundamental “no dejarse pasar por arriba” o “no dejarse faltar el respeto” porque de lo contrario otros jóvenes “te agarran de gil” y “te verduguean”:

Matías: En la esquina tenés que tener cierta picardía para hablar para... para que no te pasen por arriba, y al chabón [refiriéndose a un amigo] lo llevé y lo pasaron por arriba y...

Paz: ¿En qué sentido?

Matías: A ver... si vos no vas y te pones en pillo<sup>148</sup> de lo que es la esquina, te agarran los pibes y te agarran de gil. Te roban, te verduguean, los pibes ¿me entendés?

El término nativo *verdugueo* se refiere a la práctica de agredir, burlar o humillar a otra persona. Hay diferentes formas en las que es posible hacerlo: puede ser a partir de agresiones verbales o insultos, descriptas por los jóvenes como “boconeos” o “ataques con la lengua” e incluso también a partir de miradas desafiantes; puede ser a partir de violencias físicas, es decir, “tocando” a otro o “agarrándolo a las piñas”. Así como también a partir de los robos<sup>149</sup>. En repetidas ocasiones a lo largo de mi trabajo de campo, los jóvenes que conocí protagonizaron situaciones de violencia física, las cuales se habían producido a raíz de que otros jóvenes los *provocaban* y les “buscaban peleas”, cuestiones que también a veces hacían ellos mismos. Y, frente a este tipo de *provocaciones*, humillaciones o agresiones, para muchos jóvenes aparece como fundamental el hecho de *responder* para *hacerse respetar*: “se trata de bancar, de bancar la presión, de si tenés problemas o algo, dar la cara” (Matías). ¿Qué implica *responder* para *ser respetado*? *Responder* supone, frente a una agresión o insulto, devolverlo. Dicho de manera sencilla: si alguien te insulta, insultarlo también; y si te quieren pegar o invitan a pelear, no rehusar al enfrentamiento. En este sentido, para los jóvenes uno de los aspectos claves para construir *respeto* es “pararse de manos” o “agarrarse a las piñas”, es decir, recurrir a la violencia física para hacer frente a las agresiones.

Los jóvenes construyen clasificaciones y diferencias en el barrio, especialmente entre los *giles*, aquellos que se quedan callados frente a los hostigamientos y los jóvenes que *se hacen respetar*, es decir, que *responden* y se atreven a la disputa y el enfrentamiento. Tales divisiones no son rígidas sino más bien ambiguas y complejas, cobran sentido y se reelaboran en los contextos específicos de interacción. Retomando el análisis en torno al honor desarrollado por Pitt-Rivers<sup>150</sup>, es posible comprender este tipo de conflictos como disputas por el honor, guiadas por los códigos y lógicas de este sistema. Según el autor “el honor es el valor de una persona para sí misma, pero también para la sociedad. Es su opinión sobre su propio valor, su reclamación del orgullo, pero también es la aceptación de esa reclamación, su excelencia reconocida por la sociedad, su derecho al orgullo” (1979: 18). Tal como señala el autor, tanto las

---

<sup>148</sup> Astuto.

<sup>149</sup> La cuestión de los robos como una forma de agresión o *verdugueo* es explicada con mayor profundidad en el capítulo siguiente.

<sup>150</sup> Este tipo de análisis se inspira en desarrollos como los de Fonseca (2004) o Cozzi (2018) quienes utilizan la noción de “honor” de Pitt-Rivers como herramienta analítica para estudiar relaciones, interacciones y violencias en sectores populares.

afrentas físicas como las “burlas” atentan contra la reputación de la persona, creando una situación en la que su honor se pone en peligro, de modo que exigen una “satisfacción” para volver a su condición normal. Dicha satisfacción puede obtenerse por medio de una disculpa de quien cometió la agresión, lo cual constituye un acto de autohumillación y caso contrario, requiere venganza. Por su parte, “dejar una afrenta sin venganza es dejar el propio honor en estado de profanación y, en consecuencia, eso equivale a cobardía” (p. 24). Pitt-Rivers plantea que, en última instancia, la vindicación del honor radica en la violencia física y cuando otros medios fallan, existe la obligación de recurrir a ella para defender el honor. En ese sentido, el duelo consiste básicamente en que la parte ofendida, al ver impugnado su honor, lanza un desafío mediante el cual invoca el honor de su ofensor y exige satisfacción. Entonces, el ofensor puede pedir disculpas o aceptar el duelo. La reclamación por el honor es relativa: existe una jerarquía del honor que se mide en la interacción con otros, es decir, a partir de la rivalidad por el honor, el vencedor realza su reputación a partir de la humillación del vencido (Pitt-Rivers, 1979).

Retomando estas herramientas analíticas es posible interpretar muchos de los conflictos sucedidos entre jóvenes guiados por la máxima de resguardar y/o ganar *respeto*. Las provocaciones, humillaciones y agresiones hacia otros jóvenes pueden entenderse en el marco de estas disputas donde quienes las ejercen logran ganar prestigio. A su vez, la necesidad de *responder* por medio de la agresión verbal o la violencia física para *hacerse respetar*, también se torna inteligible en el marco de este código en función del cual dejar una afrenta sin respuesta implica ver perjudicada la imagen pública. A partir de este tipo de enfrentamientos e intercambios con violencia, los jóvenes van construyendo una imagen de sí mismos como dignos de *respeto* dentro de la sociabilidad juvenil masculina barrial.

Ahora bien, los desafíos pueden ser lanzados solo por un “igual conceptual” (Pitt-Rivers, 1979). En este sentido, muchxs actorxs quedan por fuera de estas disputas porque, al ser considerados inferiores, sus acciones no son significadas como un desafío para los varones. Para explicar con mayor detalle esta cuestión retomo una situación, ya reconstruida en otro trabajo (Cabral, 2015), desarrollada a partir de una charla informal con un grupo de jóvenes en el barrio El Horizonte:

“En tal ocasión, ellos se pusieron a hablar de un joven que había participado por un breve tiempo de las asambleas del comedor, el cual desde mis categorías sería definido como un “varón trans”, es decir alguien que al nacer se le asignó el sexo femenino, pero que luego, adoptó una identidad masculina. En la charla, Lucas me cuenta que al principio ellos le querían pegar porque el chico “miraba corte piola”, pero que después desistieron al enterarse de que “en realidad, era una chica”. Lo que en principio aparecía para los entrevistados como una mirada desafiante en tanto se pensaba que era practicada por otro varón, luego perdió dicho status al constatar que el sujeto de la mirada era alguien a quien al nacer se le había asignado el sexo “mujer”” (Cabral, 2015: 70 y 71).

Es en función de las desigualdades y jerarquías sociales que ciertas palabras o acciones pueden ser concebidas como humillantes y, por ende, pueden constituir una afrenta o no serlo (Pitt-Rivers, 1979). Así, no cualquier tipo de acciones –en este caso, las miradas– son concebidas como *provocaciones* que ponen en cuestión dicho *respeto*: ni las de las mujeres, ni las de los varones trans adquieren dicho estatus. Los desafíos por honor o por *respeto*, solo pueden ser realizados por iguales conceptuales, con capacidad para rivalizar, por lo cual las mujeres así como también lxs niñxs y las disidencias sexo-genéricas, no suelen ser consideradxs contrincantes. Según las concepciones de la masculinidad hegemónica, éstxs son inferiores por lo cual, para los varones, disputar con ellxs por *respeto* implica rebajarse: “la competencia de un hombre, según el modelo referente, es con otros hombres: compite por mayor poder, prestigio, fuerza, inteligencia y especialmente, por las mujeres” (Olavarria, 2001: 107). Los jóvenes se involucran en disputas por *respeto* contra otros varones –cisgénero– ya que éstos son concebidos como iguales conceptuales, con capacidad para desafiarlos. Y estas rivalidades resultan performativas: por medio de ellas los varones construyen determinadas masculinidades.

Si bien las categorías analíticas de Pitt-Rivers son centrales para analizar muchos de los conflictos producidos en el barrio, también sostengo que, pese a que el autor plantea que el honor es diferente según “sexo”, la estructura general de dicho concepto contiene cierto sesgo androcéntrico, en tanto describe en mayor medida intercambios ligados a las construcciones hegemónicas de masculinidad, pero no necesariamente válidos para los de otras identidades de género. En este análisis muestro que no solo este tipo de lógicas y disputas por el honor organizan muchas de las prácticas, interacciones y conflictos que se producen entre los jóvenes varones del barrio, sino que, a la vez, las mismas están íntimamente asociadas a ciertos elementos que componen la masculinidad hegemónica, y a los modos en que partir de ellos los jóvenes del barrio construyen ciertas identidades corporales y subjetivas masculinas. Así, tales prácticas son producidas centralmente por masculinidades, pero a la vez, por medio de ellas los jóvenes construyen ciertas formas de masculinidad.

## 2.2. “En el barrio hay diferencias”

Muchos conflictos y peleas con uso de la violencia física entre jóvenes varones en el barrio se producen a partir de que algunos *provocan*, humillan o agreden a otros jóvenes. Y, frente a ello, muchas veces estos últimos optan por *responder*, lo cual deriva en una rivalidad física entre varones. De este modo, por medio de la violencia física y de la competencia, algunos van construyendo cuerpos fuertes, resistentes y valientes. Estas prácticas constituyen una forma en que los varones van construyéndose como tales ante la mirada de otros, es decir, produciendo



determinada masculinidad, la cual al no constituir algo que se posee de una vez y para siempre, debe ser conquistada y reactualizada permanentemente (Bonino, 2002; Connell, 2003; Kimmel, 1997). El uso de la violencia y la participación en este tipo de disputas resultan productivas a los varones para construir *respeto* y obtener mayor poder en el entramado barrial. Ahora bien, para entender con mayor profundidad este tipo de interacciones es necesario también conocer las desigualdades sobre las que se organizan estas disputas, las cuales deben ser comprendidas en el marco de las relaciones de poder producidas por el sistema de género que no solo produce desigualdades entre géneros, sino también intra-género, construyendo jerarquías entre los varones. En uno de nuestros encuentros Matías, contándome sobre una de las peleas sucedidas en el barrio, me explicó:

Matías: Hay pendejos que quieren tener problemas con chabones que no da o le quieren hablar de igual a igual y no, en el barrio hay diferencias, a mí no me va a venir a hablar mal un pendejo que recién sale a la calle. (...) No me caben los que se piensan que se llevan el mundo por delante, porque también es una falta de respeto.

Las diferentes jerarquías y relaciones de poder establecidas entre los jóvenes son centrales para comprender las lógicas que ordenan estas disputas por el honor, ya que mediante la afrenta se intenta establecer la superioridad sobre la persona afrentada. Como afirma Cozzi (2018) –en su estudio sobre jóvenes de tres generaciones que participan del “ambiente”<sup>151</sup> del delito o de la calle, en un barrio popular de la ciudad de Rosario–, a partir de los enfrentamientos entre varones en los cuales demuestran valentía y coraje, muchos jóvenes van construyendo “cartel”<sup>152</sup>, es decir, escalando en la jerarquía de prestigio y honor. Así, el “cartel” o el honor, resultan relacionales: “importa participar en estos intercambios porque existe un valor para ganar, valor que se le quita al otro que ya lo tiene. (...) la honra representa un sistema absoluto y en consecuencia es imposible que dos personas estén en el mismo nivel, conseguir bajar el status, el cartel de una persona, hace que el de la otra persona suba, ‘se hacen cartel con vos’” (p. 97). El hecho de rivalizar contra alguien con mayor peso o jerarquía es algo que otorga prestigio a quien decide hacerlo. En este sentido, Cozzi afirma que el despliegue de violencia que genera respeto se da, principalmente, entre jóvenes varones que participan del “ambiente” y que tienen “cartel”. Ello permite ir construyendo una imagen respetable y escalando en la disputa por el honor.

---

<sup>151</sup> La autora retoma la categoría nativa “ambiente” para referirse al espacio social en que participan jóvenes asociados a experiencias en actividades criminalizadas, tales como la participación en robos, en el mercado de drogas ilegalizadas y en enfrentamientos físicos con armas de fuego. Dicho ambiente está compuesto tanto por redes de relaciones sociales así como por un complejo universo de creencias, códigos y valores morales que regulan comportamientos y formas de interacción social.

<sup>152</sup> En el trabajo de la autora, el término *cartel* aparece como una categoría nativa asociada a la construcción de fama, honor y respeto: “para los jóvenes *tener cartel* es una forma de tener un nombre, una reputación, de ser conocido (fama) y/o reconocido (honor y respeto) por participar en determinadas situaciones, actividades y/o intercambios” (Cozzi, 2018: 12).

Pero, por otro lado, el hecho de que alguien de menor peso desconozca estas jerarquías o autoridades también puede ser concebido como irrespeto. Esto mismo es señalado por Cardoso de Oliveira (2004) quien se refiere a los actos de desconsideración para plantear cómo la dinámica de ciertas interacciones puede ser definida como agravante para una de las partes cuando la otra no asume las formas de honor que el primero considera correctas. De este modo, el actor puede experimentar una sensación de deshonor o indignación al ver su identidad o estatus negado. De la mano de estas herramientas se torna en mayor medida comprensible la afirmación de Matías de que es “una falta de respeto” que quiera provocarlo o “hablarle de igual a igual” un joven con estatus inferior, particularmente uno que “recién sale a la calle” y es que, tal como desarrollo en este capítulo, a partir de ciertas experiencias y trayectorias en el ámbito de *la calle* y la sociabilidad juvenil masculina, se van construyendo jerarquías entre los jóvenes varones de estos barrios.

Así, este tipo de conflictos deben ser interpretados teniendo en cuenta ciertas relaciones de poder construidas al interior del entramado barrial. Para explicar algunas de estas cuestiones, retomo las experiencias de Matías y la importancia dada por este joven a la construcción de un *nombre grande* y, posteriormente, lo vinculo con el análisis en torno a las masculinidades desarrollado por Bonino (2002), particularmente interpretando este tipo de experiencias y deseos a la luz de una de las “creencias” de la masculinidad tradicional o hegemónica señaladas por este autor: la de la “belicosidad heroica”<sup>153</sup>.

### 2.3. “Quería tener un nombre grande”

En diversas ocasiones a lo largo de mi trabajo de campo los jóvenes hablan de ciertos deseos que aparecen como orientadores de sus prácticas y que se vinculan con la idea de “ser alguien”, obtener cierto reconocimiento o prestigio. En contraposición, en sus discursos aparecen ciertas personas identificadas como “don nadie”. Como analicé anteriormente, muchos jóvenes justifican su deseo de estudiar y terminar la escuela secundaria con el objetivo de conseguir un trabajo y “ser alguien”, poder tener un futuro. Y orientados por lógicas similares muchos se interesan por la participación en espacios políticos, en la música, en el deporte, así como también se preocupan por cultivar buenas relaciones y ampliar sus redes de relaciones sociales, ganando amigos y conocidos. Pero también, algunos jóvenes –o incluso los mismos, en otras situaciones– buscan “ser alguien” y obtener reconocimiento a partir de sus enfrentamientos con otros varones, de la participación en acciones delictivas –particularmente robos– y/o de trayectorias en cárceles

---

<sup>153</sup> En este análisis dejo de lado la consideración sobre las desigualdades etarias –el cual constituye otro de los clivajes centrales a partir de los cuales se construyen relaciones de poder en el barrio y particularmente jerarquías entre los varones–, aspecto abordado en otros capítulos.

y centros de detención. Con ello quieren construir *respeto* y así obtener prestigio y reconocimiento en el ámbito de la sociabilidad barrial masculina juvenil, “hacerse un nombre grande”. Pero también, ese *respeto* les permite evitar ser victimizados y a la vez proteger a sus familiares, amigxs y allegadxs. Me detendré en el análisis de estas cuestiones porque ellas resultan claves para entender algunos aspectos de las dinámicas de interacción barriales y particularmente, la configuración de ciertos conflictos entre jóvenes.

Durante su adolescencia Matías quería imitar a sus hermanos, los cuales solían frecuentar *la calle*, robar, “andar a los tiros” y “terminaron todos presos”. Éste destacaba y valoraba la educación recibida por su “familia adoptiva”, a partir de lo cual señalaba las diferencias con las trayectorias de sus hermanos, quienes se habían criado prácticamente “solos”, porque sus tíos “nunca se ocuparon” de ellos. Aunque también veía con admiración las experiencias de sus hermanos mayores y quería “ser como ellos”.

Matías: En la adolescencia me pasó mucho de querer ser parecido a mis hermanos o andar en lugares bastante turbios<sup>154</sup>... Por eso, en su momento estuve muy relacionado con el barrio, lo que es la calle, la noche, la joda. Yo quería ser como mis hermanos, además que por ahí en el círculo del barrio era bueno ser como mis hermanos ¿me entendés?, andar en la joda, andar en el robo... (...). Yo era un pibe que tomaba cocaína de lunes a lunes, todos los días me drogaba. Estaba todos los días en la esquina, no tenía perspectivas de seguir, de ingresar a la facultad, me chupaba todo un huevo<sup>155</sup> digamos, y también quería ser como mis hermanos, como te digo, que en el barrio estaba bien visto. Que se yo... quería ser chorro, quería tener un nombre en el barrio.

Matías dice que en su juventud temprana quería “hacerse conocido” y “quería tener un nombre en el barrio” y más específicamente, un *nombre grande*. Y ello lo fue logrando en la medida en que fue conociendo más gente, haciéndose amigos, frecuentando “la esquina”, conociendo “la calle” y “andando en la joda”, es decir participando en ciertos ámbitos de sociabilidad juvenil masculina, así como en peleas y enfrentamientos con otros jóvenes:

Matías: En la adolescencia me lo hice el nombre, me gané el respeto de mucha gente, me peleaba cada dos por tres, me lastimaban cada dos por tres. Y ese fue un tiempo en el que me puse como loco y conocí mucha gente, conocí mucho la calle, empecé a formar mi propio grupo de amigos.

Pero también, ese nombre lo fue construyendo a partir de “andar en el robo” y “conseguir plata”, es decir, de ciertas prácticas delictivas. Del mismo modo, cuenta que, a partir de sus experiencias en robos y peleas con otros jóvenes, sus hermanos fueron construyendo un *nombre grande*, que generaba admiración y reconocimiento en los varones más chicos:

Matías: Mis hermanos andaban robando, se agarraban a los tiros. En su momento eran lo más grande que podían tener los pibes.

---

<sup>154</sup> Sospechosos, que dan miedo.

<sup>155</sup> No le importaba.

También relata sobre otros jóvenes del barrio, más grandes que él, los cuales generaron su reconocimiento y valoración, a partir de su participación en diversas experiencias con uso de la violencia en enfrentamientos con otros jóvenes. Como por ejemplo, Luciano:

Matías: ¿Viste Luciano? al chabón lo puse allá arriba... me acuerdo que una vez cayeron un montón de chabones de este lado de la 100 y Luciano estaba solo y les dice, ‘yo les voy a pelear a ustedes, pero les voy a pelear de a uno, no vaya a ser que me agarren entre todos y me caguen a palos<sup>156</sup>’. Y se agarró a las trompadas como con 4 chabones ¿viste? y ese día al chabón lo tuve allá arriba, dije ‘que huevos que tiene este chabón’, el chabón me sorprendió.

Además, menciona la presencia de personas “de peso” en el barrio, vinculadas a ciertos ilegalismos tales como los robos, la venta de drogas y/o el negocio de las armas. Así como también, sus relatos dan cuenta de la existencia de representaciones sociales difundidas entre los jóvenes que valoran las experiencias en cárceles y centros de detención:

Matías: A mí también me pasó de querer caer [en la cárcel] porque estaban en cana mis hermanos cuando era pendejo, ¿viste? Y me di cuenta que a Pedro le pasó lo mismo. Había caído en cana uno de los hermanos de él (...) cayó el hermano y a los cinco meses cayó en cana Pedro. (...) Yo sentía que tenía que estar ahí. Que se yo, es más, pensaba que cuando salga iba a salir también hecho otro hombre o más hombre de lo que era antes de caer.

Paz: ¿En qué sentido?

Matías: En cana también te hacés, en cana te cagás a palos, te agarrás a las puñaladas. Es otra cosa, es mucho más heavy. (...) [Los que salen de la cárcel] salen y piensan que son Dios. Es otra cosa salir de estar en cana. (...) Salen de otra manera, se piensan que se llevan el mundo por delante (...), que son más.

Paz: ¿Pero más que qué?

Matías: Más que los pibes de la esquina, o más que cualquier guacho de otro barrio.

Dentro del grupo de pertenencia barrial de Matías se construyen ciertas clasificaciones en función de las cuales algunos jóvenes aspiran a “ser más” que otros, especialmente “más hombres”. Clasificaciones en las que la violencia ocupa un lugar central, y asociado a ello, algunas experiencias en torno a lo carcelario y lo delictivo aparecen como representaciones sociales valoradas. En este sentido, ellas constituyen formas de abonar a la construcción de un *nombre*. Como, por ejemplo, Matías dice de David: “el chabón estuvo en cana y en cana se hizo un nombre grande”.

Del mismo modo, a partir de sus experiencias en *la calle* y de la participación en ámbitos de sociabilidad juvenil masculina, como las *juntas*, algunos jóvenes varones van haciéndose conocidos, construyendo *respeto* y obteniendo un *nombre grande* en el barrio. Tanto la participación en estos ámbitos, el consumo de drogas o alcohol, ciertos usos de la violencia física, la portación de armas, la comisión de ciertos delitos y el tránsito por centros de detención y cárceles, son elementos a partir de los cuales algunos jóvenes pueden construir una imagen valorada dentro de su círculo, un *nombre grande*, el cual aparece como en competencia con

---

<sup>156</sup> Que le peguen.

otros. En línea con esto, muchos conflictos son explicados a partir de la idea de que estos jóvenes “se hacen los malos” y “provocan” o “bardean”, es decir, agreden o violentan a otros.

Paz: Y, ¿hay muchas peleas así entre pibes o no?

Damián: Sí, porque se creen mucho, uno se cree más que el otro, que se yo... se creen porque se fuman un porro, que son re malos, porque se drogan, que son re malos...

Santiago: Porque algunos son muy jetones<sup>157</sup>, algunos se las re creen... empiezan a hablar así fuerte, ‘ehhh, no le tengo miedo a nadie’ empiezan a gritar, hay algunos que son re barderos... de cualquier cosa puede pintar<sup>158</sup>. Por ahí vos escuchaste que dijo algo así y vos decís ‘uh, ¿qué onda este?’, se hace el malo este, le vamos a dar masa<sup>159</sup>.

Así, en distintos barrios o zonas, muchas peleas son relatadas por conflictos en torno a “quién es más”, “porque uno quiere tener más mafia que otro” o “porque quieren ser conocidos”.

Emanuel: Lo que pasa en mi barrio es que uno quiere ser más que el otro, quiere tener más mafia que el otro (...) Tener más mafia es quién sería dueño del barrio. O quién tiene más junta.

Paz: Pero, ¿qué onda este Fernández?

Tuki: Es un rompe-huevos que se quiere hacer el que manda en el barrio.

Iñaki: Se quiere hacer el que manda.

Tuki: Porque la gente le tiene miedo.

Paz: ¿Por qué le tiene miedo?

Tuki: Porque tiene todos sus parientes, son una banda y ellos...

Iñaki: Corte, son los quilomberos del barrio, se arma un bondi, se pelean unos y ya saltan todos... salieron todos atrás.

Tuki: Porque son muchos nomás, ¿me entendés?

Iñaki: Y nadie les va a decir nada, porque son una banda (...) Es para tener el mandato ellos, ellos... que todos le tengan miedo, que hagan lo que se les dé la gana.

Tuki: Claro, por eso la gente como que le tienen miedo.

Mis interlocutores comentan de ciertos jóvenes que “se creen más” que otros, ya sea porque tienen armas, porque estuvieron presos, porque salen a robar, porque consumen drogas y/o alcohol, porque tienen “más junta” o porque suelen pelearse y “agarrarse a las piñas”. En función de estas prácticas y experiencias, se establecen relaciones de poder en los barrios, en particular dentro de los grupos de sociabilidad juvenil masculina de *la calle*, que posicionan en lugares de jerarquía a quienes hacen ostentación de ellas. De este modo, algunos jóvenes aparecen identificados como “nombres grandes”, con “poder”, con “mafia” o como “los que mandan en el barrio” o –desde otras miradas– como quienes “se creen más” y “se hacen los que mandan”.

A partir de mi trabajo de campo, noté que en función de estas prácticas algunos jóvenes aparecían recurrentemente nombrados en distintos barrios e incluso, en diferentes momentos y años, resultando “conocidos” para diversxs sujetxs barriales. Pude observar esta cuestión dado que mi investigación implicó una presencia y tránsito por diferentes barrios de Romero y también en diversos momentos. Si bien nunca llegué a conocer a estos jóvenes –algunos incluso

---

<sup>157</sup> Que hablan de más.

<sup>158</sup> Surgir.

<sup>159</sup> A pegar.

han fallecido—, escuché muchos relatos acerca de ellos. Se trataba principalmente de jóvenes que participaban —o habían participado— de ciertos delitos, tales como los robos, así como de enfrentamientos con otros, algunos de los cuales había derivado en lesiones y/u homicidios. Es el caso de Nacho. Me lo nombraron por primera vez en el año 2014 mientras realizaba trabajo de campo en El Horizonte en el marco de la investigación para la escritura de mi tesina de grado. En ese entonces, mis interlocutorxs relataron que se había producido un “enfrentamiento” en el barrio en el que, tanto un policía como Nacho, señalado como perteneciente al grupo de jóvenes “de la villa” —lindante a El Horizonte— habían resultado muertos.

Mientras cocinábamos, Olga cuenta de un caso sucedido en el barrio unos pocos meses atrás, de un enfrentamiento entre unos policías y un joven “delincuente” de la zona de “la villa”, en el que uno de los policías y el joven terminaron muertos. Según cuenta Olga, el joven tenía 17 o 18 años y poseía pedido de captura por diversos delitos. Ante la emboscada de varios policías de civil que fueron a buscarlo, él respondió disparándole a la cabeza a uno de ellos, a raíz del cual moriría en el hospital unas pocas horas más tarde. Olga dice que los policías también dispararon y uno de los tiros impactó en el pecho del joven que resultó gravemente herido. Él se echó a la fuga, pero pensando que estaba rodeado se terminó suicidando, “para no entregarse a la policía”. Todo eso habría sucedido a unos pocos metros del comedor (Nota de campo).

Una vez finalizada esa instancia de investigación y retomado mi trabajo de campo en Romero en el año 2016, conocí a Matías quien, en la primera entrevista, me mencionó a Nacho:

Matías: Conozco mucha gente también de la parte de Romero, de la zona por la que estuviste trabajando vos, no sé si escuchaste nombrar a Nacho...

Paz: ¿Nacho?

Matías: Un chico que mató la policía, un caso muy conocido... Es un chico de Romero, ahí de lo que... bueno... los mismos pibes del barrio le llaman la villa. Nacho es un pibe que estuvo mucho tiempo robando, le hicieron una cama la policía, esperándolo en la casa de un vecino. Él se dio cuenta de que era un policía el que estaba en la casa del vecino y le dio un tiro en la cabeza, y bueno ahí lo agarró la policía y lo mató, le dio 2 o 3 tiros. Pero era un pibito bastante conocido en toda la zona de lo que es Romero y un par de barrios aparte también... Era... que se yo, el piloto de los barrios, andaba en moto constantemente... andaba mucho en el robo de motos, en los últimos 2 años había tenido 2 o 3 accidentes bastante graves, estuvo a punto de morir... bueno lo terminó matando la policía, pero... Lo venían buscando hace tiempo ya. Hacía 2 o 3 años. Es una persona muy conocida en Romero, era amigo mío, solía ir para mi casa. Yo siempre digo que lo que veo tanto de Nacho como de muchos amigos que tengo, que... se han equivocado, han robado, han matado personas, pero... que se yo, a mí nunca me demostraron ser violentos, nunca lo vi violento. Ahora hace poco cayó en cana uno de los hermanos, Fausto, también es un pibe bastante conocido por el hermano, por Nacho, y bueno Fausto también está siguiendo los pasos de Nacho, está robando, andaba muy metido en el tema de las motos.

A su vez, también me lo mencionaron los jóvenes que participaban del taller de La Organización en Los Mirasoles en el año 2017. Uno de los hermanos del Tuki —Silvio— y el sobrino de este último —José— habían muerto en un enfrentamiento entre jóvenes. Dicho enfrentamiento también se había producido en el año 2014 y parte del mismo me había sido mencionado durante mi investigación en El Horizonte. Los jóvenes de Los Mirasoles me explicaron el conflicto a raíz del cual se habían producido dichas muertes. Según ellos, Nacho —de la zona denominada como “la villa” de El Horizonte— había robado una moto y otro joven —de

la zona de “la villa” de Los Mirasoles– le había robado dicha moto a Nacho. A la raíz de ello se produjeron diversos enfrentamientos entre ambos grupos de jóvenes, incluso con armas de fuego. En una ocasión, los jóvenes de “la villa” de El Horizonte fueron a Los Mirasoles y dispararon al grupo de jóvenes de “la villa” de Los Mirasoles que se encontraba en una esquina. José –que, si bien “no paraba” con dichos jóvenes, los conocía y ocasionalmente se juntaba– se encontraba en la esquina compartiendo una cerveza con ellos en el momento de los disparos y resultó herido por una bala, por lo que finalmente murió. A raíz de dicha muerte Silvio salió a encontrarse con los jóvenes del grupo de la esquina de Los Mirasoles y se terminó peleando con ellos, por lo cual también terminó muerto.

En estos relatos, ciertos jóvenes aparecían como “conocidos”, “nombrados” y con cierta “fama” o reputación. En distintos momentos y barrios de la zona por los que transité, me mencionaron el nombre de Nacho y a su familia –particularmente a sus hermanos–, así como algunas de sus prácticas o algo de su historia. Pero a la vez, las mismas eran relatadas por diferentes sujetxs: tanto jóvenes que participaban de la sociabilidad en el ámbito de la calle, como otros más alejados de la misma, varones y mujeres, jóvenes y adultxs, e incluso actores institucionales, habían hablado de él durante mi trabajo de campo. Sus prácticas podían ser concebidas como positivas dentro de ciertos ámbitos de la sociabilidad juvenil masculina, pero fuera de ellos, la mayoría de las veces aparecían fuertemente cuestionadas y estos jóvenes eran criticados. Así, también durante mi trabajo de campo en el ámbito de la Delegación de Romero, con jóvenes –principalmente mujeres– que participaban del programa Envión, habían mencionado a Nacho y su familia. Es decir, aquella “fama” y conocimiento se extendía más allá del ámbito de los jóvenes, pero lejos de aparecer como una fuente de valoración, aparecía con una carga negativa:

Vanessa cuenta que hace unos pocos días mataron a una señora cuando entraron a robarle a su casa, ubicada a la vuelta de la Delegación. Y dice que “todos acá los conocen a quienes fueron”, “los chicos los conocen”. Camila cuenta que le fueron a robar y como la señora los conocía la mataron y explica que “siempre roban, han matado a un montón de personas... Antes estaba el hermano, Nacho, hasta que murió y ahora siguen los hermanos que son conocidos en el barrio. Pero la policía no hace nada. Viven en la villa, a unas cuadras. Pero nadie hace nada, siguen ahí”. Vanessa dice “son unos hermanos que roban, han matado gente y la policía no hace nada.” (Nota de campo)

Así, varixs moradorxs de estos barrios atribuían a ciertas figuras o nombres muchxs de los delitos sucedidos, incluso aquellos en los que se no tenía conocimiento certero sobre sus autorxs. En un sentido análogo, Cozzi (2018) sostiene que la “fama” o el “cartel” construido a partir de prácticas violentas y/o delictivas, que le otorga a los jóvenes reconocimiento y prestigio en algunos ámbitos, resulta negativo y abona a la estigmatización en otros. Cuestiones similares en torno al conocimiento, la fama, la reputación, el nombre y el prestigio, especialmente contruidos

en torno a experiencias y trayectorias delictivas a partir de la participación en robos o en el mercado de drogas, han sido también señaladas en los trabajos de Fonseca (2004), Grillo (2013) y Cozzi (2018). Eugenia Cozzi encuentra que la participación en robos, en el mercado de drogas ilegalizadas y/o en enfrentamientos armados con otras personas del “ambiente” aparecen, para los jóvenes con los que trabaja, como formas para la construcción de fama, honor y respeto, lo cual es abordado a partir de la categoría nativa de “cartel”. Así, retomando la idea de “Grandes Hombres” de Godelier, la autora afirma que en función de ello se producen jerarquías que diferencian a hombres entre sí y que colocan a unos por encima de los otros, de modo que se erigen ciertas figuras que sobresalen y se destacan del resto: “los ‘grandes hombres’ se destacan en todo aquello que produce honor y reputación; en nuestro caso la valentía y el coraje, demostrado *a los tiros* (...) estatuto que se debe conquistar y también se puede perder, por eso se debe demostrar y disputar todo el tiempo” (p. 92).

De manera parecida en mi trabajo noté que, si bien muchos jóvenes del barrio aparecen identificados como “nombres grandes”, con “poder”, con “mafia” o como “los que mandan”, estas clasificaciones y jerarquías no están libres de controversias, ni se definen de una vez y para siempre. En muchos relatos aparece la idea de que hay jóvenes en el barrio que “se creen los que mandan”, “se hacen los malos”, “se piensan que son más”, “se creen que tienen más camiseta de la que tienen”. Estas frases dan cuenta de dos cuestiones: en primer lugar, el *nombre*, y de la mano de ello, el *respeto* en el barrio, no es algo que se adquiere de una vez y para siempre, sino más bien es una construcción, es algo que “se hace” y está en disputa permanente, por lo cual es necesario un ejercicio sostenido para construirlo, “cuidarlo”, “defenderlo”; pero, en segundo lugar, es posible debatir el estatus de *nombre grande* o de *respeto* de alguien, justamente lo que las frases “se hacen” “se creen” “se piensan” llevan como implícito es la negación de la idea que le sigue, es decir “se piensan que son más”, pero no lo son. Dichas atribuciones son mencionadas para principalmente ponerlas en cuestión. Como dice Matías, “yo sé que tengo camiseta, los guachos no. Y hasta, a veces, los guachos se piensan que tienen camiseta y no tienen”. Y explica “en el barrio todo es la camiseta. ¿Sabés lo que es la camiseta? Físicamente es esto [señalando su camiseta del Club de Gimnasia y Esgrima de La Plata], sí, pero es como uno la defiende, como uno la cuida”. Dicho de otro modo, la construcción de ese *respeto* y ese *nombre grande* a partir del uso de la violencia y la demostración de coraje, de “hacerse el malo”, no constituye una esencia sino que es algo que se “defiende” o construye a partir de prácticas reiterativas que lo reafirmen en el marco de interacciones con otros.

Este conjunto de prácticas diversas, a partir de las cuales es posible construir un *nombre grande*, así como las lógicas mencionadas en torno a la competencia entre varones por dicho



nombre, comparten un núcleo común, y es que estas cuestiones abonan a una construcción de sí acorde con ciertos elementos del modelo tradicional o hegemónico de masculinidad. En el siguiente apartado me dedico a abordar esta cuestión con mayor profundidad.

#### 2.4. “¿Me querés faltar el respeto a mí?”

En tanto no es una esencia, ni es natural, la masculinidad es algo que se debe construir y conquistar, y para ello los varones deben orientarse según ciertos mandatos acordes al modelo de masculinidad dominante, es decir, de ciertas normas que prescriben prácticas y modos de ser que ellos deben seguir para constituirse como efectivamente varones ante la mirada de lxs otrxs. Según Olavarría (2001), este modelo se basa en la construcción de cuerpos fuertes, para defenderse de otros varones y para proteger a las mujeres. Por lo cual, uno de los recursos de poder que otorga a los varones es la capacidad de ejercer violencia a través de la agresión física. A su vez, este modelo se erige en oposición a la feminidad, así como también a la niñez y a la homosexualidad. De este modo, la masculinidad se construye a partir de una triple negación: ser un “verdadero hombre” implica no ser femenino, homosexual, ni niñx (Bonino, 2002; Olavarría, 2001; Nascimento, 2011). Así, la oposición e inferiorización de los otros no masculinos se transforman en elementos fundamentales en su construcción (Bonino, 2002). La dominación masculina no solo se vincula con las relaciones entre varones y mujeres, sino que también implica relaciones y jerarquías entre varones, que producen masculinidades subalternas o subordinadas. En este sentido, es posible considerar que muchas de las conflictividades y violencias entre varones se vinculan con el mandato de la masculinidad y sus lógicas jerárquicas, de modo que muchos varones resultan víctimas del sistema de género (Segato en Vizzi y Ojeda, 2017). Es decir, la masculinidad hegemónica supone el ejercicio de violencias no solo hacia las mujeres, niñxs y disidencias sexuales, sino también hacia otras masculinidades (Olavarría, 2001). Dichas violencias deben ser interpretadas en función del sistema de género que produce relaciones desiguales de poder no solo entre varones y mujeres, sino también intra-género.

En el apartado anterior, mostré que algunos jóvenes buscan construir *respeto* y un *nombre grande* a partir de un conjunto de prácticas diversas tales como la participación en ámbitos de sociabilidad juvenil masculina como las *juntas*, el consumo de drogas o alcohol, ciertos usos de la violencia física, particularmente en enfrentamientos con otros varones, la portación de armas, la comisión de ciertos delitos y/o el tránsito por centros de detención y cárceles. Este conjunto de prácticas, así como las lógicas mencionadas en torno a la competencia entre varones por dicho *nombre*, comparten un núcleo común: ellas abonan a una construcción de sí acorde con ciertos elementos del modelo dominante o tradicional de masculinidad (Nascimento, 2011; Bonino,

2002; Olavarria, 2001). Particularmente, retomando el análisis de Bonino (2002) es posible interpretar este tipo de experiencias a la luz de la “creencia” de la “belicosidad heroica” sostenida por dicho modelo. Según el autor, la masculinidad hegemónica está compuesta por ciertas “creencias” que constituyen los ideales sociales de masculinidad, es decir, establecen normas, imperativos o aspiraciones sobre lo que implica ser hombre “adecuado” o “verdadero” y que representan elementos centrales para la organización de la vida de los varones. Y si bien las mismas se enuncian como descriptivas, son fundamentalmente normativas, es decir, no describen lo que es ser hombre, sino más bien, establecen normas sobre lo que es necesario para adquirir dicho estatus.

Bonino plantea que una de las creencias fundamentales es la de la “belicosidad heroica”, según la cual ser hombre es ser un luchador valiente y fuerte que se hace respetar y no se deja avasallar, que se defiende, compite y domina. En palabras del autor, dicha creencia se orienta según los siguientes mandatos normativos: “¡Se fuerte y valiente!, ¡lucha!, ¡Enfréntate!, ¡Atrévete!, ¡Hazte respetar y no te dejes avasallar!, ¡Resiste al dolor y las adversidades!, ¡Sufre con dignidad!, ¡No des pistas sobre ti!, ¡Defiéndete (atacando), o ataca (defendiéndote)!, ¡Alerta!, ¡Arriégate, muriendo si es necesario!, ¡Se fuera de lo corriente!, ¡Imponete!, ¡Domina y no dejes que te dominen!, ¡Compite e intenta ganar! ¡El cuerpo aguanta!. Cada uno de estos mandatos tiene su contraparte proscriptiva: ¡NO seas débil ni cobarde!, ¡No llores!, ¡No te desentiendas de la competencia!, etc.” (p. 19). Esta creencia promueve la figura del héroe o guerrero valeroso y “un sentido de la vida basado en la búsqueda de hazañas y proezas, una visión de la vida como desafío, y del mundo como campo de batalla en el que gana el más fuerte y donde la amenaza es constante, en el que la violencia puede ser requerida, y en la que lo que se gana no es solo el trofeo, sino un emblema de masculinidad: el ser más”, promoviendo así la competitividad, en última instancia, “por ver quién es ‘más’ hombre” (p. 19 y 20). De este modo, a partir de esta creencia se vehiculiza como un valor la afirmación del enfrentamiento, la capacidad de lucha, el afrontar desafíos, la agresividad y belicosidad, fortaleza, riesgo, aguante para soportar dolor, dureza emocional e inhibición del miedo, competitividad, la violencia como instrumento eventual legitimado para la defensa y legitimación de la defensa del territorio, “cualidades todas estas que se validan especialmente ante otros y favorecen la homosociabilidad” (p. 20). Esta creencia propone la valoración de lo fuerte en oposición a lo débil, lo valiente en oposición a lo cobarde y el triunfo en oposición a la derrota. A su vez, el autor señala que, en esta creencia, el lugar adjudicado al otro –varón– es “de sujeto desconfiable, potencial adversario o humillador, peligroso, a doblegar, enemigo o competidor” (p. 20), mientras que la mujer queda por fuera de este tipo de interacciones, constituyendo solo un objeto

eventual de conquista, dominación o público para aplaudir las hazañas masculinas (Bonino, 2002).

Siguiendo estos planteos, es posible considerar que el conjunto de prácticas y experiencias mencionadas, a partir de las cuales los jóvenes pueden construir una imagen de *respeto* y *nombre grande*, abonan a la construcción de ciertas masculinidades “belicosas”, rudas o fuertes. Tal como han señalado Fonseca (2004), Previtali (2014) y Cozzi (2018) la bravura, el coraje y la valentía serían las claves en las que se apoyan las estrategias de estos varones jóvenes para enaltecer la propia imagen y obtener prestigio social, por lo cual, la violencia y el delito se encuentran asociadas a la virilidad y masculinidad. Pero, además, las propias lógicas que orientan los enfrentamientos entre varones por *respeto*, o los códigos de honor, están íntimamente vinculadas a determinados imperativos de la masculinidad hegemónica, tales como la invulnerabilidad, la competencia y la jerarquía<sup>160</sup>.

Estas cuestiones permiten explicar no solo competencias y enfrentamientos entre jóvenes pertenecientes a *juntas*, barrios o familias enemistadas, sino también conflictos producidos al interior de estos ámbitos. En ocasiones los jóvenes se involucran en peleas dentro del propio grupo de amigos o compañeros de *juntas*, así como con hermanos o primos de su familia. Dado que suelen suceder en el espacio público, los mismos frecuentemente son percibidos por lxs moradorxs e interpretados como peleas “sin sentido”, “estúpidas” y/o motivo de una risa que los banaliza.

Paz: Che y ustedes que son de Punta Verde [dirigiéndose a Soledad y Micaela], más o menos ¿los ven parecidos a los barrios? ¿Hay diferencias entre Los Mirasoles, Punta Verde?

Micaela: Es más jodido, Punta Verde es más jodido.

Soledad: Sí, porque esos pibes que se juntan en la esquina... a veces sí, por ahí, como que más... son... peligrosos.

Paz: ¿Son qué?

Soledad: Eh, son, peligrosos, ponele, entre comillas. Hay una parte de Punta Verde, que... unos que se juntan en la esquina, en 52X y 100 que por ahí... es depende, por ahí si son vecinos respetan y se van para otro lado a hacer las cosas que tienen que hacer. Pero hay otros que no. Por ahí tienen esa maldad de joder, insultar, joder con las motos y todo eso, en el barrio. De que toman y se cagan a puteadas, gritan y gritan, se cagan a palos.

Micaela: A veces están en pedo y entre ellos se pelean (se ríe).

Soledad: ¡¡¡Sí!!! (Risas) Sí, es verdad entre amigos.

---

<sup>160</sup> Para Pitt-Rivers, las afrentas atentan contra el honor de la persona, por lo cual exigen una “satisfacción”, mientras que dejar una afrenta sin venganza equivale a cobardía. Así, en última instancia, cuando otros medios fallan, existe la obligación de recurrir a la violencia física para defender el honor. A su vez, existe una jerarquía del honor que se mide en la interacción con otros, es decir, a partir de la rivalidad por el honor, el vencedor realza su reputación a partir de la humillación del vencido. Es posible decir que tanto la idea de invulnerabilidad asociada al honor -por lo cual la afrenta requiere satisfacción y la cobardía es motivo de vergüenza-, como la idea de competencia y jerarquía del honor, son creencias asociadas a la masculinidad; mientras que, por el contrario, la feminidad se asocia a la conciliación en los conflictos interpersonales, la expresión de vulnerabilidad no atenta contra el prestigio y se valoran las relaciones horizontales e igualitarias, por encima de las jerárquicas (Castellanos, 2007). En este sentido, es posible pensar que la estructura general del concepto de honor y su lógica contiene cierto sesgo androcéntrico en tanto describe intercambios en mayor medida ligados a las construcciones de masculinidad.

Micaela: Yo te digo porque el otro día fui a la casa de Pato y se estaban cagando a palos entre ellos nomás, ahí.

Tuki: Antes estaba Punta Verde contra Los Mirasoles, era corte un versus así... Pero ahora no... ahora ya son todos unos re personajes se pelean entre ellos nada más. O sea, antes era mucho problema con los de otros lados, pero después ya era acá, en el barrio [Los Mirasoles], con los mismos del barrio, entre ellos, ¿viste?

Sonia: Se pelean entre familias, por ahí están jugando al vóley entre hermanos y después se están matando, se están matando a más no poder. Yo te digo porque en mi barrio a la vuelta esta la cancha y se matan. Entre hermanos se están cagando a palos, después están como si nada hubiese pasado.

Del mismo modo que es señalado desde miradas externas, en distintas charlas algunos jóvenes comentaban de peleas que los involucraban, tanto a ellos como a amigos o conocidos, que habían sucedido al interior del propio grupo de amigos y/o *junta*. Algunas de ellas habían llevado a conflictos de gran envergadura y derivado en lesiones graves, e incluso una de esas peleas había derivado en la muerte de uno de los jóvenes a partir de un enfrentamiento con el hermano de uno de mis interlocutores. También según los jóvenes que participaban en este tipo de sociabilidades, muchos de estos conflictos habían sucedido a partir de causas banales o “discusiones estúpidas”:

Matías: El mejor amigo del chabón le dio una puñalada en el brazo. Mirá, dame las manos, el chabón tiene una mano así de corta, y una así de larga. La mano que tiene más corta, ¿sabés por qué la tiene más corta? Porque el mejor amigo le dio una puñalada acá en el brazo y le tuvieron que apuntalar el brazo y le quedo más corto.

Paz: Y él, ¿por qué le hizo eso?

Matías: Por una discusión estúpida del barrio.

Sin embargo, tales peleas no deben ser interpretadas a partir de los eventos puntuales que habían dado lugar a las mismas, sino en función de las lógicas que orientaban este tipo de interacciones, los modos en que son procesadas ciertas discusiones y las cuestiones que se disputan en estas. Para comprender esto con mayor profundidad, resulta productivo comentar una pelea que involucró a Nicolás y otros amigos y conocidos de su misma *junta*, una noche que se habían encontrado en la plaza de Los Mirasoles a compartir un momento y tomar algo. Según Nicolás, la misma fue por “una boludez”: Pedro, uno de sus amigos –o conocidos–, estuvo un rato compartiendo con ellos y después se fue. Cuando éste se fue, Ale, el amigo de Nicolás que tenía una colilla de un cigarrillo de marihuana, quiso prenderla para convidarle y fumar juntos lo que quedaba de la misma. Pero enseguida Pedro volvió y comenzó a reprocharle a Ale que no le habían convidado y que era “re canuto<sup>161</sup>”. Nicolás quiso defender a su amigo y empezó a cuestionar a Pedro diciendo que él también hacía lo mismo. A raíz de ello, Pedro empezó a criticar a Nicolás acusándolo de ser “re gil”.

---

<sup>161</sup> Egoísta.

Nicolás: El chabón me decía que soy re gil, y bueno... (...) él pensó que yo iba a ser un gil y no me iba a parar de manos, pero me paré de manos. (...) el chabón vino a lorearla 'no que pum que pam, que vos sos re gato, que sos re gil' (...) Me dice '¿qué te vas a dar vuelta?' 'más vale me voy a dar vuelta' le digo 'gil de mierda, boludo' le digo, '¿qué me querés faltar el respeto a mí?' me dice '¿qué te querés hacer el piola porque sos más grande?' le digo '¿sabes qué? No soy más grande, vos tenés 18 yo tengo 16' le digo 'y caminé la calle mejor que vos, gato' le digo 'y ahora te vas a tener que parar de manos' y bueno... nos peleamos.

Las provocaciones de Pedro –“¿Qué? ¿te vas a dar vuelta?”, haciendo referencia a si iba a pelear con él– fueron entendidas como una falta de respeto por Nicolás, quien volvió a responderle: “más vale me voy a dar vuelta”, ‘gil de mierda’ ‘me querés faltar el respeto a mí?’”, “ahora te vas a tener que parar de manos”. Las invitaciones a pelear derivaron en la pelea efectiva entre ellos dos. Pelea en la cual también se metió otro amigo para defender a Pedro y pegarle a Nicolás. En un momento, le tiraron con el taco del pallet en la espalda a la altura de las costillas, dejándole una lastimadura bastante grande que, cuando yo lo vi, tres días después, estaba comenzando a cicatrizar. Nicolás y el Tuki explican que en ocasiones los jóvenes se “dan vuelta” o se “desconocen entre amigos”, es decir, que siendo parte de un grupo de amigos y conocidos se faltan el *respeto* a partir de *provocaciones* e invitaciones para pelear.

Nicolás: Nada que ver. Últimamente se están dando vuelta un par.

Tuki se ríe: Se dan vuelta todos, por eso, por eso nosotros somos amigos entre amigos nada más.

Paz: ¿Qué sería que se den vuelta?

Nicolás: Que se den vuelta, que se desconozcan entre amigos, ¿me entendés?

Tuki: Claro. (se ríe)

Nicolás: ¿Entendés? Corte estamos entre nosotros y yo me doy vuelta con el Tuki, vendría a ser '¿qué onda Tuki? Pum-pam, ¿te vas a parar de manos? que pum que pam' ¿entendés? Eso es dar vuelta y estamos entre amigos, ¿me entendés? No es así. Eso es dar vuelta.

Paz: Y ¿por qué les pinta eso?

Nicolás: No sé, a mí no me pintó nunca de darme vuelta con un amigo, que se yo...

Paz: Bueno pero el otro día que te peleaste...

Nicolás: Y bueno, pero eso no fue que yo me di vuelta, porque se dieron vuelta conmigo. Y yo no voy a dejar faltarme el respeto ni a gancho<sup>162</sup>. Se re pinchó<sup>163</sup> por eso. Pero no me di vuelta yo. Se dieron vuelta conmigo. Y bueno. Yo los puse pillos.

Justamente, antes que el motivo que había originado la discusión, lo central para interpretar el conflicto es comprender su lógica. El mismo estaba orientado por la máxima de “no dejarse faltar el respeto”. Muchas veces estos jóvenes me relataron conflictos que habían surgido a raíz de que otros los *bardeaban* en los cuales no se acordaban el contenido preciso de las agresiones, justamente la importancia radicaba más bien en la intencionalidad contenida en tales prácticas: ellas representan una *provocación* y a partir de ello se pone en juego el *respeto* de los implicados. Especialmente, en estos ámbitos de homosociabilidad, determinados chistes, burlas, malentendidos o desencuentros pueden dar lugar a discusiones y, en la medida en la que los jóvenes se ven insultados u humillados y consideran necesario *responder* mediante la violencia

---

<sup>162</sup> De ninguna manera.

<sup>163</sup> Que algo no salga acorde al modo planeado.

para que “no te pasen por arriba” y no ver vulnerada su imagen, ello puede derivar en enfrentamientos físicos. Tal como señala Nascimento (2011) “la presencia de bromas entre los adolescentes revela la tensión presente en las relaciones de amistad masculinas. Si, por un lado, las amistades son vistas como relaciones basadas en la "reciprocidad" y "espontaneidad", por otro lado, el sentido de masculinidad trae al escenario de las amistades entre hombres la "competencia". Esta tensión constante entre "colaboración" y "competencia", entre "reciprocidad" y "competitividad" parece ser una característica diferencial de la amistad masculina y encuentra en el chiste una forma privilegiada de expresar la ambivalencia que rodea tales relaciones” (p. 110 y 111)<sup>164</sup>. Especialmente, el juego de competencia y aprobación mutua se acompaña de acusaciones a los demás de no corresponder al modelo de la masculinidad, lo cual autoriza al chiste incisivo, al desprecio, la humillación o la subordinación de los otros, y en ocasiones habilita la violencia (Faur y Grimson, 2016)<sup>165</sup>. En este sentido, tales aspectos de las dinámicas de homosociabilidad resultan fundamentales para comprender no solo violencias y enfrentamientos entre distintos grupos de jóvenes sino, además, conflictos o peleas que se desarrollan al interior de los propios grupos de amigos, conocidos, parientes o allegados.

Tanto en relación a los conflictos producidos al interior de estos grupos, como a los enfrentamientos producidos entre jóvenes pertenecientes a *juntas*, barrios o familias enemistadas, existen códigos de sociabilidad masculina barrial que plantean que “si llamás a la policía es que no te sabés defender solo” (Nicolás), “en el barrio no va esa de hacer la denuncia”, “los problemas se arreglan en la calle” (Matías). Es decir, son los mismos jóvenes y/o su grupo de allegados quienes tienen que *responder* para resolver el problema y restaurar el *respeto* vulnerado. Según Pitt-Rivers (1979), el *respeto* o el honor entra en conflicto con la legalidad ya que recurrir a la ley en busca de reparación es confesar el hecho de haber sido agraviado e implica una demostración de vulnerabilidad que pone en peligro a aquél. Especialmente, las construcciones de masculinidad de los varones dependen de exhibiciones de fortaleza e invulnerabilidad y, en este sentido, para muchos jóvenes la demostración de capacidad de defensa y reacción frente a diversas violencias –ya sean ejercidas contra ellxs, como contra sus allegadxs– es central para resguardar su imagen, su *respeto*. Así, antes que un conflicto entre el

---

<sup>164</sup> Traducido del original: “A presença de brincadeiras jocosas entre os rapazes revela a tensão presente nas relações de amizade masculinas. Se por um lado, as amizades são vistas como relações baseadas em “reciprocidade” e “espontaneidade”, por outro, o senso de masculinidade traz para o cenário das amizades entre homens, a “competição”. Essa tensão constante entre “colaboração” e “competição”, entre “reciprocidade” e “competitividade” parecer ser uma característica diferencial para a amizade masculina e encontra na jocosidade, uma forma privilegiada de expressão da ambivalência que cerca tais relações”.

<sup>165</sup> En determinados contextos las violencias pueden, por un lado, servir para regular la participación en los ámbitos de sociabilidad y grupos de pertenencia y, por otro lado, para gestionar las relaciones sociales estableciendo posiciones de prestigio o inferioridad entre los jóvenes (Ver capítulo 4).

honor y la legalidad (Pitt-Rivers 1979), es posible pensar que existe un conflicto entre el honor masculino y ésta.

De todos modos, las lógicas mencionadas en función de las cuales pueden producirse conflictos al interior de los propios grupos de amigos o conocidos también pueden ser puestas en cuestión por los propios jóvenes. Por ejemplo, en la actualidad Matías critica este tipo de violencias producidas dentro del propio grupo de pertenencia y resalta la importancia de tener códigos de compañerismo. Matías dice “los códigos cambiaron”. A contramano de los modos en que generalmente se usan ese tipo de frases, es decir, para dar cuenta de la pérdida de códigos en relación a un pasado en el que supuestamente estaban vigentes, él usa dicha frase para decir que lo que ya no es más aceptado es justamente lo inverso, “no tener códigos de compañerismo”, “lastimar a los amigos”, “hacerles bondis a los amigos”.

Matías: Como te digo, ¿viste que yo hablaba de los códigos? Yo, hoy por hoy... ni siquiera se trata de códigos, los principios que yo tengo como persona, yo no podría lastimar, para empezar a nadie, pero menos a alguien que sea mi amigo....

Su decir “cambiaron los códigos” debe ser interpretado a la luz de su deseo. Él, ahora que está más *rescatado*<sup>166</sup> se interesa por poder construir amistades en la *esquina* y modificar ciertas prácticas de los grupos de los que forma parte: “me fui volviendo muy selectivo con los años, en el sentido de tratar de que al lado mío esté gente que yo pueda confiar y ellos puedan confiar en mí, poder hablar por ahí de los problemas que uno tiene en la casa, o si uno se siente mal que lo pueda hablar, cosas que yo sé que en muy pocas esquinas se dan”. Así, Matías dice que busca promover nuevos códigos de amistad y compañerismo en su *esquina* y que no se desarrollen situaciones de peleas dentro del propio grupo. Dicho de otro modo, generar lógicas que promuevan la solidaridad y el acompañamiento afectivo, por sobre la competencia y la violencia, en los espacios de homosociabilidad que habita. Y en este sentido, muestra la existencia de visiones alternativas en torno a los modos en que es posible construirse como varón y relacionarse entre pares, en estos ámbitos.

Ahora bien, el análisis realizado hasta aquí pareciera que concibe a los varones como individuos aislados que ejercen violencias y construyen su masculinidad en la medida en que compiten unos con otros por conquistar *respeto* y por “ser más” como “emblema de masculinidad” (Bonino, 2002). Al respecto es necesario hacer dos aclaraciones. En primer lugar, no todos los varones del barrio construyen su masculinidad de este modo, por el contrario, muchos jóvenes del barrio se rehúsan a participar de este tipo de enfrentamientos y ponen en cuestión los elementos que orientan tales disputas por *respeto*. E incluso, algunos practican estas

---

<sup>166</sup> Ver capítulo 4.

acciones en ciertas ocasiones y no en otras. Tal como señala Garriga (2015) es posible decir que el uso de la violencia es un recurso que los actores usan de manera situacional. En ocasiones, muchos jóvenes cuestionan el hecho de que otros se creyeran “Dios”, “Superman” o “más” que cualquier otro joven, por hacer uso de la violencia o por el hecho de haber estado presos. Por ejemplo, Matías en la actualidad cuestiona aspectos que otros, o que él mismo durante su adolescencia, valoran: “¿vos te pensás que sos pillo<sup>167</sup> porque caíste en cana? Pillo soy yo que nunca me encané”<sup>167</sup> había señalado en una de nuestras charlas, debatiendo las valoraciones positivas sobre las experiencias carcelarias y revirtiendo ideas que anteriormente sostenía. Asimismo, algunos jóvenes tienden a deslegitimar a aquellos otros que “se creen más”, “se hacen los malos” y que “les buscan peleas” y se rehúsan a participar en las mismas.

En segundo lugar, otra aclaración resulta necesaria: lejos de concebir a los varones como individuos aislados y en competencia por “ser más”, es necesario comprender la construcción de identidades grupales de las que participan. Tal como analizo en el próximo apartado, resulta fundamental considerar dos cuestiones centrales que permiten comprender con mayor profundidad las lógicas que orientan muchos de los conflictos y violencias producidos en el barrio: por un lado, la construcción de identificaciones y grupos de pertenencia que comparten un honor o *respeto* común, y por otro lado, la importancia que reviste para los varones la capacidad de defensa y protección —en última instancia anclada en la posibilidad de hacer uso de la agresión física—, no solo de sí mismos, sino también hacia otrxs, particularmente a partir de las relaciones que implican la pertenencia a tales ámbitos colectivos.

### **3. “Tener espalda para los quilombos”**

#### **3.1. “Yo me hago cargo de vos”**

La obtención de *respeto* asociada a la construcción de una imagen de sí ligada a la fuerza, la rudeza, la valentía, la virilidad y la posibilidad de hacer uso de la violencia en el enfrentamiento con otros, puede servirles a los jóvenes como estrategia de prevención frente a eventuales agresiones u hostigamientos, dado el poder disuasivo de la posibilidad potencial de recurrir a dicho recurso. Así, el *respeto* les permite a los jóvenes evitar ser victimizados y a la vez, proteger a familiares, amigxs y allegadxs, cuestiones claves en la construcción de las masculinidades (Olavarría, 2001; Segato, 2013). Tal como señala Olavarría (2001) la capacidad de ejercer violencia a través de la agresión física es uno de los recursos de poder que otorga el modelo de masculinidad a los varones, íntimamente asociado a la defensa y protección. Es decir,

---

<sup>167</sup> Astuto, inteligente



el uso de la violencia es central no solo para defenderse a sí mismos, sino también en tanto capacidad de proteger a otros, imperativo clave para las masculinidades.

Las relaciones sociales constituyen elementos centrales para la protección frente a diversas violencias, en palabras de Matías estas relaciones constituyen la *espalda* necesaria para la prevención o respuesta ante las mismas. Y la capacidad de protección aparece como un aspecto central en las dinámicas de sociabilidad, en función de lo cual se configuran relaciones de poder. Por ejemplo, las relaciones de Matías con otros jóvenes pueden ser comprendidas en función de estas lógicas. Según dice, él ha protegido a varios amigos suyos:

Matías: El otro día a Lucho lo agarró a las piñas el hermano de un chabón que vende drogas. Lo agarró el chabón y le dio una trompada. Todo fue en la noche. Y yo en la misma noche me lo cruzo al chabón, Puli le dicen al chabón este, el hermano del transa. Y le digo 'Puli ¿qué onda con el Lucho?'. 'No' me dice 'el guacho es un irrespetuoso, vino y me dijo un par de giladas'. Y le digo 'eh boludo, pórtate bien que el guacho es mi primo'. Me dice '¿y qué onda vos? ¿Te vas a subir al bondi?'. Le digo 'más vale que me voy a subir al bondi por mi familia'. Yo mentira, ¿me entendés?, eso de decir mi primo es como para agarrar, abrazarlo, pum, bueno fue, yo me hago cargo de vos, mientras no me falles, y así lo he hecho por una banda de los pibes, viste que te decía, siempre me meto en los quilombos por todos. Yo cuando veo a alguno de los pibes que, qué se yo, como te hablaba hoy, no tienen la espalda para subirse a bondis grandes, así, para que no lo lastimen o para que no lo agarren entre una banda al toque lo agarro, pum, vos viniste conmigo, y los pibes después eso te lo agradecen, te lo agradecen y para toda la vida porque saben que los ayudaste a que no le pisen la cabeza en el barrio... me pasó con una banda de los pibes.

Matías dice que cuida y “abrazo” a Lucho, es decir, lo protege, y que justamente por defenderlo se ha visto involucrado en conflictos con otros jóvenes. En tanto amigo, casi primo, Matías afirma que lo defiende cuando Lucho “se mete en problemas” y por eso mismo, los conflictos que tiene Lucho también lo involucran a Matías y le recrean conflictos con otros jóvenes. Desde la mirada de Matías, como contraparte, Lucho le brinda agradecimiento y fidelidad. Estas relaciones pueden ser interpretadas a partir del código de honra en función del cual el prestigio y la protección son intercambiados (Pitt-Rivers, 1979, Fonseca 2004). Dicho de otro modo, quien tiene “más peso” o “más nombre” puede “proteger” a otro y ello conlleva al establecimiento de fidelidades, agradecimientos, lealtades y reconocimiento, potenciando el lugar superior del protector. Siguiendo a Pitt Rivers (1979) es posible interpretar este intercambio como un sistema de protección por medio del cual se establecen lazos de reciprocidad intercambiando servicio o reconocimiento por protección, sistema que a la vez se refuerza por la institución del “parentesco ritual”, lo cual puede contribuir a explicar el hecho de que Matías presente a Lucho como su primo, aunque no lo sea.

Esta misma relación de protección, por un lado, y reconocimiento por el otro, tiene Matías con Kiko. Relación que también se asemeja a un vínculo de parentesco, sin serlo. Según Matías, Kiko es “un chabón que tiene bastante poder” y es reconocido por él como un *nombre grande* en el barrio. Kiko, de alrededor de 35 años, es un amigo con el que Matías vivió un tiempo durante

su adolescencia en momentos de salidas momentáneas de su casa, en busca de mayores libertades. “Es como mi hermano” dice. Tanto en ese entonces, como en el momento actual, “vende drogas” en el barrio. Dado el vínculo cercano que tiene Matías con Kiko, este último lo cuida y defiende cuando él tiene conflictos con otros jóvenes. En este sentido, Matías afirma que tiene “gente de peso” que lo “respalda para los quilombos”. Matías sabe que, en función de la organización de poderes locales, que muchos de los jóvenes del barrio no van a “meterse” con él, porque hay gente “de poder” –como Kiko– que lo protege y defiende.

Matías: Yo, como te digo, cada problema que tenía en el barrio, había chabones grandes que salían a hablar: “eh, ¿qué pasa con Matías?” o “cualquier cosa que le pase a Matías, te hacés cargo vos”. Gente que por ahí tiene una familia... que... que se yo, haciendo cosas ilegales por ahí se instaló bien en el barrio y está bien parado hoy por hoy y tiene un nombre, ¿me entendés? Y esa gente es mejor tenerla de tu lado que tenerla en contra. Amistades que yo me hice con chabones grandes, que nos tenemos mucho aprecio. (...) Mis hermanos también, era un nombre grande el de mis hermanos, pero hoy por hoy, yo sé que tengo gente más grande que me respalda para los quilombos. Por ejemplo, el pendejo este que me quiso dar un tiro, fueron y lo agarraron y le dijeron que si me llegaba a pasar algo a mí o a mi familia se iban a tener que hacer cargo ellos.

En este caso, la protección brindada por Kiko representaría la *espalda* de Matías, es decir, un vínculo capaz de brindarle protección. Como contraparte, Matías enaltece su nombre y le brinda reconocimiento como alguien con un *nombre grande* a quien le tiene aprecio y *respeto* mucho. Nuevamente, la protección, por un lado, y la deferencia u homenaje por el otro, son intercambiadas en estas interacciones. A su vez, como evidencio en el próximo apartado, el establecimiento de este tipo de lazos abona a la construcción de un *respeto* u honor compartido, que afecta a lxs involucradxs. La capacidad de protección hacia otrxs aparece como una cuestión central en las dinámicas de sociabilidad que se desarrollan en el barrio, especialmente para la construcción de *respeto* y la masculinidad de los varones. Justamente, si es posible intercambiar protección por deferencia y reconocimiento, quienes tengan mayor capacidad de protección hacia otrxs verán acrecentado su *respeto* y prestigio. Por el contrario, quienes no sean capaces de proteger a otrxs, también serán considerados como más débiles o inferiores, construyéndose así, diferentes relaciones de poder. De este modo, la relación entre masculinidad y protección –o más precisamente, el hecho de que la protección resulte un imperativo clave para las masculinidades– aparece como otro de los elementos centrales para comprender muchos de los conflictos barriales que involucran a varones, ya que, como iré mostrando, muchos de ellos se producen en función de las expectativas de protección y defensa de otrxs, especialmente familiares y allegadxs.

En el barrio se construyen diferencias de poder en relación a la posesión de vínculos y lazos sociales que constituyen formas de protección. Matías hace referencia a esta cuestión a partir de los términos de *espalda* o *camiseta*. En su discurso ambos términos aparecen estrechamente

asociados, aunque resulta útil diferenciarlos. Mientras que es posible asociar la idea de *camiseta* a la cuestión de los grupos o ámbitos de pertenencia, la idea de *espalda* remite a las relaciones de defensa y protección. En la práctica, ambas cuestiones están entrelazadas, en tanto las redes de relaciones y vínculos que constituyen los grupos de pertenencia conforman uno de los principales mecanismos para la protección frente a diversas violencias. En este sentido, ambos aspectos brindan algunas claves para entender el modo en que se organizan y gestionan diversos conflictos. Para explicar esto con mayor profundidad, retomo un fragmento del discurso de Matías:

Matías: El sábado, en una joda, dejaron desmayado a un pibe. Lo cagaron a palos, entre Ariel y otro de los pibes del barrio.

Paz: Y, ¿por qué?

Matías: No... porque el pendejo... se andaba haciendo el piola. No sé cómo querés que te lo diga... entendés ¿no?

Paz: Mmm, sí, no sé...

Matías: Ehm, que se yo, a ver... hay gente en el barrio que, como te digo, tiene espalda para los quilombos, gente que los defiende. Y hay gente que no. Entonces, si vos no tenés espalda en el barrio para que te banquen los quilombos, no te metás en quilombos. Menos con gente que sabés que tiene espalda.

Para los jóvenes, en el barrio existen diferencias entre *giles* y quienes *se hacen respetar* o más aún, quienes tienen un *nombre grande*. Pero también, estas diferencias están dadas por la posesión, o no, de *espalda*, es decir, de lazos sociales que brinden protección. Según Matías “es una falta de respeto” ignorar estas diferencias y “querer ser igual”. Quienes no tienen *nombre* y/o *espalda*, no deben “boconear”, “bardear” o “verduguear” a quienes sí tienen, porque tales agresiones probablemente serán respondidas para resguardar ese *respeto* agraviado. Pero, y esta cuestión resulta fundamental, el *respeto* agraviado no es solo del joven concreto que resultó hostigado, sino que puede afectar al *respeto* compartido por sus grupos de pertenencia, y particularmente, a aquellos varones que deberían defenderlo.

Los jóvenes —y de manera más amplia, lxs jóvenxs, adultxs y niñxs— no se perciben a sí mismos de manera aislada, sino en una trama relacional que organiza sus interacciones. Tanto las relaciones entre conocidxs y amigxs, como los vínculos familiares y de parentesco, así como la pertenencia al barrio, son fundamentales en las dinámicas de interacción inter e intra barriales. Y esto en dos sentidos. En primer lugar, estas relaciones y lazos que conforman los grupos de pertenencia constituyen aspectos claves para comprender el *respeto* individual. Porque, tal como señala Pitt-Rivers (1979), el honor, si bien puede ser un atributo individual, también tiene otro aspecto que refiere a las relaciones y solidaridades sociales, por lo cual es posible hablar de un honor colectivo compartido por los miembros de un grupo social. Así, “los grupos sociales poseen un honor colectivo en el que sus miembros participan; la conducta deshonrosa de uno se refleja en el honor de todos, al tiempo que un miembro comparte el honor de su grupo” (p. 35).

Y en esta línea, siguiendo a Cozzi (2018), el “cartel” o *respeto* propio puede o bien construirse, o bien heredarse por pertenecer a una determinada familia o grupo que lo posee, es decir, “las reputaciones trascienden a las personas, ya no son individuales; sino que pesan también sobre otros tan sólo por ser parte de la misma familia o grupo” (p. 135). Y, en segundo lugar, ellas son centrales para la protección y defensa frente a diversas violencias, por lo cual resultan claves para comprender y explicar las dinámicas de ciertos conflictos. En este trabajo especialmente noté la importancia de la familia, la *junta* y el barrio como adscripciones identitarias<sup>168</sup> claves a partir de las cuales los jóvenes construyen formas de *respeto* comunes que, a la vez, repercuten sobre sus miembros. Estas imágenes de sí, si bien pueden construirse, también se heredan o imputan a partir de la pertenencia o participación en tales ámbitos. Así, muchos de los conflictos entre jóvenes varones no solo se orientan por la idea de la defensa del *respeto* propio, sino también del de su familia, de su *junta* y de su barrio. Es decir, la defensa del apellido, la defensa de la *junta* y la defensa del barrio aparecen como elementos centrales para comprender y explicar la configuración de los conflictos. En los siguientes apartados me dedico a analizar cada uno de ellos en profundidad.

### 3.2. “Si o sí, te vamos a defender”

#### 3.2.1. Defender el apellido

La trama barrial se caracteriza por las relaciones de proximidad y por el conocimiento mutuo de lxs moradorxs, pero además por la presencia de amplias redes de lazos familiares. La pertenencia a determinadas familias –en especial a aquellas numerosas, pero más aún, aquellas identificadas como “con poder” o “las que mandan”– aparece en los discursos nativos como una fuente de reaseguro frente a diversas hostilidades, es decir, como un aspecto clave de la *espalda*. Capacidad de defensa que tiene como revés su potencial fuente de agresión.

Liliana: Es una familia numerosa, todos viven en una manzana. Donde sale uno, salen todos.

Damián: Se cree el piola porque los tíos lo defienden... ellos son una banda<sup>169</sup>, son un montón, por eso, se creen<sup>170</sup> una banda.

Tamara: Juan es sobrino de unos que supuestamente mandan en el barrio, es el sobrino de los Fernández, que son como los que mandan en el barrio. Entonces si Juan se pelea con alguien, ya están los otros atrás y saltan a defenderlo.

Es importante mencionar que, si bien en estos discursos lxs entrevistadxs se refieren a la familia de manera general, en realidad hacen referencia a los varones –jóvenes y adultos– de la

---

<sup>168</sup> Procesos mediante los cuales lxs sujetxs adscriben presencial o simbólicamente a ciertas identidades y en función de los cuales asumen ciertos discursos y prácticas (Reguillo Cruz, 2007).

<sup>169</sup> Muchos

<sup>170</sup> Presumen

misma, que son quienes están más legitimados e incluso demandados para intervenir en este tipo de conflictividades y “responder” ante diversas violencias.

Los vínculos familiares y de parentesco, si bien por un lado sirven para la defensa y protección, como contraparte, dadas las expectativas de cuidado recíproco, pueden involucrar a sus miembros individuales en conflictos que, en principio, son ajenos a ellxs. Así, muchos de los conflictos entre varones, tanto de adultos como de jóvenes, se explican a partir de cuestiones vinculadas a la defensa de otrxs miembrxs de la familia: “Gente más grande se pelea por defender a sus hijos, digamos padres, porque saltan por sus hijos, saltan a defender a sus hijos” (Alberto). A su vez, muchos jóvenes tienen conflictos y han protagonizado situaciones de violencia en función de su pertenencia a redes de familiares y de parentesco, particularmente para defender a otrxs miembrxs:

Javier: Muchas veces me peleé por defender a mi primo

Damián: Ya viene la bronca de chicos porque yo y mi hermano salíamos y siempre le querían buscar pelea a mi hermano y donde estaba mi hermano, estaba yo, y ahí ya hubo bronca, le querían pegar siempre a mi hermano y yo saltaba para mi hermano.

Tal como plantea Cozzi (2018), el hecho de pertenecer a determinadas familias tiene efectos en las biografías de las personas. La autora en su estudio encuentra que las familias funcionan como grupos colectivos ligados por lazos de parentesco, los cuales implican obligaciones y lealtades. Pero también, la pertenencia a determinadas familias influye en el “cartel” o la reputación de sus miembros individuales. Así, el honor colectivo compartido por la familia se transmite a las futuras generaciones, es decir, se hereda. Siguiendo estos planteos es posible explicar el deseo de Matías de construir “un nombre propio”.

Como dije, algo fundamental que me comentó Matías el primer día que lo conocí y que siguió repitiendo en nuestros distintos encuentros es que cuando era adolescente quería hacerse un *nombre*, y especialmente, *nombre grande*. Pero también, en muchas ocasiones me mencionó que quería hacerse “un nombre solo” o “un nombre propio”: “lo que yo había querido conseguir en el barrio, era hacerme un nombre solo y que me tenga respeto la gente del barrio solo”. ¿A qué se refería con estas cuestiones? Matías explica: quería “hacerme conocido por mí mismo, no por mis hermanos... hacerme un nombre propio, no el hermano de tal, el hermano de los Escudero, porque mi apellido es Escudero; ser Matías, que me conozcan porque me agarraba a las piñas solo o porque me conseguía mi plata solo, no porque era hermano de tal persona, ¿me entendés?”.

Los hermanos de Matías habían conseguido construir un *nombre grande* a partir de la participación en enfrentamientos con otros jóvenes, así como en experiencias delictivas y

carcelarias. Del mismo modo, sus tíos, también involucrados en diversos ilegalismos y experiencias con uso de la violencia, eran conocidos y *respetados*. La familia de Matías, o, mejor dicho, los varones de la familia de Matías, eran conocidos y reconocidos como “los Escudero”, tenían un “apellido”. Estos lazos internos, dados por la pertenencia a una misma familia, aparecen representados de cara al exterior como conformando una identidad y honor común (Pitt-Rivers, 1979) y a la vez, ese *respeto* u honor común también es atribuido a sus integrantes. Matías, habiendo heredado el apellido de su familia, es decir su *respeto*, también quería construir por sí mismo ese conocimiento y prestigio a partir de la participación en enfrentamientos con otros jóvenes o de la comisión de ciertos ilegalismos. Pero, además, Matías quería hacerse un “nombre propio” dadas las implicancias de la pertenencia a una familia y de la atribución de un “apellido”:

Matías: [Cuando era adolescente] me empezó a pasar, en la calle, que también tenía mucha gente que no me quería por ser hermano de tal persona y eso me incentivó a hacerme un nombre propio.

Por el hecho de ser de la familia de “los Escudero”, los conflictos o “las broncas”<sup>171</sup> de sus hermanos también lo involucran a él, independientemente de su deseo o no de participar de los mismos y de las relaciones de protección implicadas en tales lazos. Tal como plantea Previtali (2014) los jóvenes que pertenecen a una familia bien posicionada “deben reafirmar el propio honor y el del grupo de pertenencia (Peristiany, 1968) al 'heredar' las rivalidades que forjaron sus hermanos, padres, tíos y situarse del modo socialmente esperado dentro de la lógica de las mismas” (p. 115 y 116). Teniendo en cuenta a la familia como ámbito de pertenencia a partir del cual se construye un *respeto* común y las implicancias que éste tiene en los miembros que pertenecen a ella, es posible explicar el conflicto de Matías con El Pino, en el cual se involucró para “defender el apellido”:

Matías: El Pino lo quería pelear a mi hermano, a Jorge. El chabón fue y, queriéndolo pelear a Jorge, agarró a patadas el vivero de uno de mis tíos biológicos. Yo no estaba en el barrio cuando el chabón hizo eso. A las dos semanas, el día que yo fui al Local Barrial, lo encontré al pendejo, estaba esperando el micro. ‘Eh Pino vení’ le digo ‘¿qué onda boludo que vos fuiste y le agarraste a patadas las plantas de mi tío?’ ‘no’ me dice ‘porque yo lo quería pelear a tu hermano’ y agarré y le di un cachetazo al pendejo. Cuando le di un cachetazo me dice ‘eh ¿qué onda Matías? Yo me re paro de manos’. Yo igual estaba tranquilo ‘¿vos te paras de manos Pino?’ le digo ‘Sí’ me dice. Bueno, agarré y me saqué la campera y uno de los pendejos que estaba conmigo me la agarró. Lo agarré al pendejo y lo agarré de la campera y lo tiré contra el suelo. Agarró el guacho quedo tirado en el piso y... yo no soy verdugo, al lado de la gente que yo conozco, yo no soy verdugo ni a palos, a mí no me gusta lastimar a la gente, pero sí me hago respetar porque yo sé lo que es el barrio y yo sé lo que es la camiseta de cada uno. (...) No lo cagué a palos, le di un par de piñas al pendejo y lo puse pillo de que no tiene que bardear, no tiene que faltar el respeto con mi familia. Ni siquiera es por defender a mi tío, porque yo sé que mi tío como persona es una basura, pero se trata de defender el apellido, el orgullo. (...) Y bueno ¿quién vino a hablar conmigo? El hermano más grande de Pino, el Turi, debe tener 27, 28 años. Vino con un pistolón, agarra y me dice ‘eh Matías ¿qué onda que vos le pegaste a mi

---

<sup>171</sup> Peleas, rivalidades.

hermanito?’ pum-pam. ‘Tu hermanito le faltó el respeto a mi familia, Turi’ le digo. Con El Turi estuvimos hablando en la calle...

Matías dice explícitamente que él no le pegó al Pino por sus tíos, sino que lo hizo por él, porque al “faltarle el respeto” a su familia, también se lo estaban faltando a él. El *respeto* agraviado aquí, no es solo el del tío de Matías que resultó hostigado, sino que afectó al *respeto* colectivo, al honor de los miembros de su familia. En este sentido, Matías sentía que debía responder para restaurar ese *respeto* grupal, del cual también se compone el suyo individual: “Ni siquiera se trata de que yo lo hice por mis tíos. Yo lo hice por... por mí, porque si bardean a mis tíos, bardean conmigo, como que quedo quebrado<sup>172</sup> yo, por lo que es la calle”. Las formas de respuesta pueden implicar “agarrarse a las piñas” o también “charlas” donde se demuestre la predisposición al conflicto, tal como hizo el Turi yendo a amenazar a Matías con un arma de fuego. También, a veces esa respuesta puede dar lugar a un equilibrio y “resolver” el conflicto, o puede dar lugar a una nueva venganza. Pero lo que centralmente interesa mostrar aquí, es la importancia de estos lazos en la producción y gestión de los conflictos. Los vínculos familiares y de parentesco pueden dar lugar no solo a la construcción de un *respeto* colectivo, asociado a la idea de “apellido”, sino también y de la mano de ello, a la conformación de vínculos de defensa y protección. De los lazos familiares pueden derivarse compromisos y obligaciones de protección mutua entre varones, los cuales se hacen explícitos en la idea de “defender el apellido”. Es por ello que Matías, para proteger y cuidar a sus amigos, muchas veces afirma que son sus primos, justamente la afirmación implícita es que saldrá a defenderlos en caso de que los agredan o violenten.

Pero la contraparte de estos lazos familiares, que involucran cuidados recíprocos es que, en ocasiones, pueden implicar a sus miembros –a los varones, jóvenes y adultos– en conflictos que en primera instancia son ajenos a ellos. E incluso, a veces los conflictos también se extienden en casos en que esas relaciones de parentesco no suponen relaciones de cercanía, ni de afecto. Mis interlocutores narraban situaciones donde un joven los había insultado o había querido pegarle, solo por el hecho de ser hermano, primo o pariente de otro joven con el que tenía algún tipo de conflicto, independientemente del lazo afectivo con éste.

Javier: Capaz que te ven y dicen ‘no, este es el primo de fulanito’. Y yo capaz que nada que ver, ni me junto con mi primo, nada, y como somos parientes la ligo<sup>173</sup> también.

Nicolás: Emiliano tuvo bardo con un transa de allá de Rosario y lo querían matar, y ahí me quedó la bronca allá en Rosario, allá en Rosario no lo quiere ver casi nadie y como yo soy muy parecido a mi hermano me tienen bronca a mí.

---

<sup>172</sup> Debilitado.

<sup>173</sup> Refiriéndose a que lo agreden.

Tuki: A mí sí, los Fernández me han bardeado, todo, porque ellos tenían bondi con mi hermano, entonces a mí como que me querían tirar esa bronca, ¿viste? (...) ‘Ah, que vos sos el hermano de tal... que es re gato, que cuantas veces lo agarramos, que esto lo otro’... todo así, me hablaban de él, de que lo bardeaban a él, todo.

Paz: Y, ¿vos qué onda?

Tuki: Yo ni cabida, hay veces que boqueé<sup>174</sup>, sí... pero no, nunca me hicieron nada... ni cabida. Lo saludas ‘ey’ y listo, corte no hay trato, ni nada.

Si existe un *respeto* colectivo compartido al interior del grupo familiar y, si –en el caso de los varones– las relaciones de parentesco suponen “solidaridades viriles”, es decir, reciprocidades en la protección, la agresión a algún miembro individual puede explicarse en tanto desafío a aquellos otros que deberían protegerlo. Y a su vez, la protección de aquel puede tornarse prescriptiva para la defensa del *respeto* del grupo, del cual participan todos sus miembros. Si bien, tal como se evidencia en los relatos de los jóvenes, ellos pueden desentenderse de dichos conflictos y “no pasar cabida”, en ocasiones resultan víctimas de diversas violencias producto de tales lazos y muchas veces deben involucrarse en enfrentamientos para defender a sus parientes.

Ahora bien, las mujeres no participan de igual modo en este *respeto* compartido. Especialmente, las implicancias de la pertenencia a una familia no suelen hacerlas heredar rivalidades de sus padres, hermanos, ni familiares; ni sobre ellas pesan las expectativas de defensa de otros miembros. Sin embargo, el hecho de ser hija de un varón *respetado* en el barrio puede aparecer como una forma de reaseguro frente a posibles violencias. Así, Camila explica las implicancias para ella y su hermana de tener a un padre que “cagaba a palos a cualquiera”: ello hacía que las *respeten* y, según dice, les permitía evitar ser víctimas de robos y otras violencias.

Camila: A nosotras nos tenían bastante respeto porque éramos dos hermanas, yo y mi hermana, y mi papá era re loco ahí. Entonces nos tenían respeto por ese tema, porque éramos hijas de tal persona. ‘Ah, esta es hija de fulano y nadie la toca’. Entonces nadie nos hacía nada. (...) A mí papá le decían el Toro, en Romero. Como éramos las hijas del Toro y sabían que el Toro era re cuchillero, o sea, mi papá, entonces nadie nos tocaba. Mi papa era re loco, o sea, se cagaba a palos con cualquiera, no le importaba nada, nada, nada.

Muchas veces, el varón jefe de familia no solo es dominante hacia el interior de dicho ámbito<sup>175</sup>, sino que hacia el exterior es concebido como el principal garante de su seguridad. Pitt-Rivers (1979) afirma que, en la familia nuclear, así como en otros grupos sociales, la cabeza es responsable del honor de sus miembros, ella simboliza el grupo de cuyo honor colectivo van investidos sus distintos integrantes. El honor masculino se asocia con la defensa de su honor y el de su familia: el marido debe defender el honor de su esposa e hijxs, de los que depende el suyo propio. En esta misma línea, Fonseca (2004) señala que el honor del hombre casado tiene como

<sup>174</sup> Boquear es hablar de más, insultar

<sup>175</sup> Ver capítulo 5.



uno de sus elementos constitutivos la capacidad de protección del hogar y sus miembros. Es por ello que, el hecho de ser hija de un varón *respetado* en el barrio, aparecía para algunas jóvenes como una forma de seguridad frente a posibles hostilidades, una manera de ser *respetadas*, es decir, no victimizadas. En este sentido, las violencias –especialmente ejercidas por otros varones jóvenes o adultos– contra lxs integrantes del hogar pueden considerarse también una ofensa al honor de aquel y, por ende, suscitar su intervención, lo cual puede dar lugar a nuevos conflictos.

En el imaginario social, las mujeres, así como también lxs niñas, aparecen como aquello que debe ser protegido, y es a los varones –especialmente a los adultos– a quienes se les exige hacerlo (Olavarria, 2001; Segato, 2013). Dentro del ámbito doméstico, el padre, considerado cabeza de familia, es representado como dominante, por lo cual lxs otros miembros se encuentran bajo su dependencia y control, y también bajo su protección (Fonseca, 2004; Segato, 2013). Así, las jóvenes no están ausentes de las disputas barriales masculinas. Por el contrario, en ocasiones resultan víctimas de violencias producto de conflictos y enfrentamientos entre varones y, al mismo tiempo, ciertas violencias ejercidas por varones contra las mujeres reproducen nuevas conflictividades entre éstos.

Frente a diversas violencias que afectan a las jóvenes, especialmente callejeras y de índole sexual, muchas veces los varones son quienes se ocupan de responder ante ellas. Especialmente, el padre de las jóvenes o el varón adulto considerado autoridad dentro de la familia suele involucrarse en diversos conflictos para responder ante las violencias ejercidas contra sus hijas.

Paz: Che y acá, ¿han tenido bardos con los vecinos?

Tamara: ¡Sí! mi papá los cago a trompadas, todo.

Paz: Ah, ¿En serio?

Tamara: Sí, porque el viejo de cincuenta años gustaba de mí. Pasaba yo por ahí y me decía cosas y mi papá se re enojaba. Fue y le pegó. Después de ahí no me dijo más nada. Pero [antes] cuando pasaba por ahí me decía cosas (...) hasta a mi mamá la miraba. El señor nos decía cosas cuando pasábamos... nos miraba todos los días... Y mi papá... es re... Mi papá lo cagó a trompadas, dijo que conmigo y con mi mamá y mi hermana no se iba a meter nadie.

Especialmente, la sexualidad juega un lugar central en estos intercambios. En tanto el jefe de familia muchas veces pretende regular la sexualidad de su esposa e hijas y es construido como encargado de protegerlas, los acosos y abusos callejeros pueden implicar una afronta hacia él. De este modo, es probable que éste intervenga para limitar tales violencias, pero también para restaurar el honor masculino vulnerado a partir de la ofensa. Y, tal como se evidencia en el relato de Tamara, ello generalmente implica nuevas violencias, amenazas o conflictividades. En ocasiones, a partir de este tipo de intervenciones el conflicto puede resolverse, pero también puede generar nuevas necesidades de respuestas y venganzas. El orden resultante de estas prácticas defensivas es precario, el conflicto puede perdurar en la memoria y ser reactualizado en el futuro.

De todos modos, el honor que se ve vulnerado a partir de este tipo de violencias, no es exclusivamente el del padre o autoridad de la familia, sino también puede extenderse a otros miembros varones como novios –o maridos en el caso de las adultas–, hermanos, primos o tíos. Así, muchas de las conflictividades entre varones, se explican en función de la protección hacia mujeres que forman parte de sus lazos familiares o de allegadxs. Justamente, la protección de los débiles o vulnerables –es decir, las mujeres y niñxs que son construidxs como tales– resulta un imperativo para resguardar el honor masculino (Segato, 2013).

Y por esto mismo, ciertas violencias que se ejercen sobre las mujeres pueden ser interpretadas teniendo en cuenta determinadas conflictividades entre varones. En función de ciertas representaciones tradicionales sobre los géneros, las mujeres aparecen como propiedad de ciertos varones que deben protegerlas para mantener su *respeto*, entonces las violencias contra las mujeres constituyen una forma de enfrentarse a otros varones, y de humillarlos o desprestigiarlos. En línea con esto, es posible explicar la pelea de Damián con otro joven de su barrio:

Damián: Porque cuando yo estaba con mi novia [el otro joven] le agarró la mano, le quiso tocar el culo...

Paz [sorprendida]: ¿Le quiso tocar el culo a tu novia?

Damián: Sí, le agarró la mano y le quiso tocar... ‘Pará, boludo, ¿qué haces?’ Le digo yo (...). O sea, él vino así para saludarme, me saludó, saludó a mi novia, todo bien, después le agarró la mano y le quiso hacer así [ademanes de tocarla en la cola] y agarro y le digo ‘¡pará! ¿Qué haces? ¡Pelotudo!’.

Paz: ¿Y por qué hizo eso?

Damián: No sé, capaz que para buscarme pelea a mí.

Del mismo modo, Damián me comentaba situaciones en las que, cuando pasaba caminando con su novia por la *parada* de “los del puente”, muchas veces éstos le chiflaban a ella, lo cual según su visión era entendido como una forma de *provocación* hacia él. *Provocaciones* a las que solía no *responder* para evitar conflictos. Segato (2013) afirma que una de las formas de la derrota contra los varones es la agresión hacia los cuerpos de las mujeres, ya que a través de ellos se desafía y destruye la moral de aquellos que deberían poder protegerlos y cuidarlos. Siguiendo a Femenías “en toda sociedad, aunque con características propias, los cuerpos de las mujeres siempre han tenido un valor simbólico adicional, como garantía de sutura de conflictos o como lugar de ejercicio de poder para humillar, deshonar, negar o enviar mensajes cifrados a otros varones” (2008: 25). Así, no solo las mujeres aparecen como “objetos de deseo que donan sentido a muchas disputas barriales” (Colectivo Juguetes Perdidos, 2014), sino que, al mismo tiempo, en estas disputas sus cuerpos pueden configurarse como escenarios de los mismos, de modo que ellas pueden sufrir distintas formas de violencias producto de conflictos y enfrentamientos entre varones.

Esta cuestión también se puso en evidencia a partir de otro conflicto sucedido en Los Mirasoles. Mientras hacía mi trabajo de campo, un hecho comenzó a repetirse en las conversaciones cotidianas tanto de las jóvenes como de los varones y lxs adultxs del barrio: una chica del barrio había desaparecido. Familiares de la víctima acusaron a otra familia del barrio – particularmente a un vecino y sus hijos jóvenes varones– y denunciaron el hecho a la policía. Posteriormente, la chica fue encontrada y se comprobó que había sido violada. A partir de tales hechos, y luego de un allanamiento en el que se encontraron drogas en el domicilio de los acusados, los hijos del señor mencionado resultaron detenidos. Por otro lado, este último fue ajusticiado por los vecinos –y especialmente por los familiares de la víctima– quienes le quemaron la casa y lo echaron del barrio. Pero también, en el barrio circulan versiones que complejizan esta historia, como por ejemplo la de Cristina:

Cristina: No, no, eso fue un cuento... no, no fue... La pusieron de punta a la piba porque era familia de ellos y dijeron que los pibes, los tipos la habían secuestrado, la habían violado, eso no... nunca se esclareció. Era como que ir a hacer justicia por mano propia, acusar de algo, pero tenían otro conflicto ellos, porque todos los que vinieron e hicieron quilombo prendieron fuego la casa y salieron a bardear, ellos mismos generaban violencia y ellos mismos son los que consumían ¿entendés? Porque ese grupito hoy sigue estando y es el único grupo que quedó, los corrieron a los otros y quedaron ellos. (...) Eso fue un arreglo... un rival entre ellos, para poner una excusa, justificada por la piba, ¿entendés? Entonces, sacaron a todos los otros para quedarse ellos. (...) Lo acusaron de todo, lo acusaron de que tenía droga. (...) Y era para usar de excusa como se tenían bronca, se tienen bronca entre ellos.

Efectivamente, entre la familia de la víctima y la familia de los acusados preexistían conflictos y disputas en torno a lógicas de poder dentro del barrio. Mientras que los varones de la primera son considerados en la zona como “los que mandan” y se sospecha de sus prácticas delictivas ligadas a robos, los de la segunda son concebidos como “transas”, involucrados en causas por ventas de drogas. Y era conocida la rivalidad entre ambos grupos. Independientemente de cual versión tiene más elementos que se ajustan a los hechos efectivamente sucedidos, lo que se revela de fondo es la presencia de lógicas machistas en las que las jóvenes pueden sufrir violencias producto de conflictos entre varones, que disputan por su poder en el barrio y que utilizan los cuerpos de las mujeres como lugar de ejercicio del poder.

### 3.2.2. Defender a la *junta*

A su vez, otros de los ámbitos centrales de pertenencia de lxs jóvenes, y particularmente de los varones que participan de la sociabilidad juvenil masculina barrial, son las *juntas* o *banditas*. Ellas constituyen grupos de amigos, pero también incluyen lazos de parentesco. Así, muchas de las *juntas* y *banditas* están conformadas por hermanos, primos y parientes, e incluso algunas son nombradas o referenciadas a partir del apellido de alguna familia. En este sentido, al referirse a uno de estos grupos de jóvenes, Matías dice: “[Es una] familia, una bandita-familia. Es lo

mismo, banda, familia, es lo mismo”. La participación en dichos ámbitos resulta importante para construir un *nombre*, para “ser conocido” y *respetado*.

Si bien no todas las *juntas* son iguales, algunas de ellas constituyen ámbitos relativamente consolidados e inspiran en sus miembros sentimientos identitarios como grupo<sup>176</sup>. Y de la construcción de un “nosotros”, de un ámbito de pertenencia colectivo, también se deriva la construcción de un *respeto* colectivo. A su vez, esto puede conllevar a obligaciones recíprocas de protección, lealtad, cuidado y compromisos en el enfrentamiento con otros jóvenes varones o grupos de ellos. Por lo cual el hecho de pertenecer a un grupo de jóvenes, a alguna *junta*, constituye otra de las dimensiones de la *espalda*. Así como Matías ha tenido diversos conflictos por defender a su familia, también se ha involucrado en peleas por proteger a sus amigos: “me he metido en muchos problemas por Lucho”. Según dice, Lucho, si bien “es re bueno” también a veces “es tonto” porque “se piensa que se lleva el mundo por delante”, “vive queriendo agarrarse a las piñas” y así ha involucrado a Matías “en quilombos”, es decir, peleas con otros jóvenes. Como, por ejemplo, la pelea de Lucho con otro joven desarrollada en una fiesta. La fiesta era en una casa del otro lado de la calle 100<sup>177</sup>, es decir, se realizaba en una zona en la que Matías y sus amigos tienen rivalidades, por lo cual éste desistió de asistir, para evitar conflictos. Si bien Matías no fue, sus amigos sí. En la fiesta, Lucho se peleó con un joven perteneciente a la “*junta de los Gómez*” —ubicada “del otro lado” de la 100— y perdió. Por lo cual Matías estaba molesto:

Matías: Yo ayer le dije a los pibes ‘no vayan a la joda, no vayan a la joda’. Fueron a la joda. Lucho se terminó agarrando a las piñas y perdió Lucho, y con el pendejo con el que perdió Lucho es un chabón con el que... toda la gente que para conmigo se siente re zarpada con el pendejo con el que perdió, como te digo, antes de que vaya a la joda le dije que no vaya.

Paz: Pero pará, ¿qué tiene que haya perdido?

Matías: No, porque no, porque no es que pierde él solamente, pierde toda mi... ni siquiera mi esquina, toda la gente que para conmigo, perdemos todos...

Paz: ¿Por?

Matías: Y porque sí. Nosotros somos nosotros, uno todo lo que hace lo hace en representación de alguien.

Matías explica que en esa pelea no estaba involucrado solamente Lucho, sino que “estaba representando al barrio”, refiriéndose principalmente a los jóvenes de su zona, en especial a su círculo de amigos y conocidos que paran con él en la *esquina*. Es que, justamente, a partir de la *junta* se construye un *respeto* colectivo del que participan todos sus miembros, por lo cual dicha pelea también afectaba a la reputación de Matías. A partir de la pertenencia a *juntas* y grupos de amigos, se desarrollan expectativas de protección mutua. Así, Matías narra numerosas anécdotas en las que tuvo que “agarrarse a las piñas” para defender a algún amigo que se había peleado con un integrante de las otras *banditas*. O viceversa, situaciones en las que alguno de sus amigos o

---

<sup>176</sup> Ver capítulo 2.

<sup>177</sup> La referencia de la calle ha sido modificada para preservar el anonimato.

familiares terminó involucrado en un conflicto que había comenzado a raíz de una pelea suya. Como contraparte, también afirma que muchas veces hace alianzas, o decide no pelearse con determinadas personas, para no involucrar en un conflicto a toda su *junta* o a sus familiares:

Matías: Yo, en el barrio, estoy constantemente en los temas de todos. En todos los temas que pasan en el barrio con los pibes, estoy parando las broncas, haciendo alianzas con gente que... si es por mí, agarro y me agarro a los tiros con esa gente, pero hago alianzas porque yo sé que no se trata solo de mí, se trata de toda la gente que para conmigo. Hay gente que no me cabe, que me siento re zarpado con esa gente, y como te digo, si fuera por mí 'bueno vamos a agarrarnos a los tiros' ¡pum! fue, el que pierde, pierde. Pero no se trata solo de mí, se trata de que no lastimen a los pendejos que paran conmigo, a mi hermano...

De la pertenencia a ciertas *juntas* pueden derivarse tanto peleas individuales entre miembros de distintos grupos, así como también enfrentamientos colectivos. La participación en estos agrupamientos puede estar asociado a responsabilidades colectivas y compromisos mutuos de “respaldar el bondi”, es decir, de participar en ciertos enfrentamientos que envuelven a jóvenes que “paran” en la misma *junta* o que forman parte del grupo de amigos y así, involucrarse en conflictos para defenderlos.

Damián: No eran míos los quilombos, yo saltaba, la bronca me tenían a mí porque yo me metía y saltaba, saltaba para mi amigo y así defendía...

Así, también Javier muchas veces se vio involucrado en peleas para defender a su primo que formaba parte de su *junta*:

Javier: Porque si vos tenés bardo y te vienen a querer pegar no es que yo estoy acá con vos y te voy a dejar que te peguen, sí o sí te vamos a defender. Y allá capaz que le venían a querer pegar 3 o 4 a mi primo y nosotros que estábamos parando con él nos íbamos a meter. Y capaz que no era quilombo mío y ya después quedaba para mí el quilombo también.

Ciertos grupos de pertenencia, como las familias y *juntas*, pueden dar lugar al desarrollo de “solidaridades viriles”, de relaciones de protección mutua, por lo cual, los conflictos de otros miembros pueden extenderse a otros varones del grupo. Y si bien no necesariamente hay una obligación explícita de meterse en conflictos para defender a familiares y amigos, implícitamente la relación de cercanía y parentesco, asociada a la construcción de masculinidad y la importancia de la defensa, conllevan a ello:

Paz: ¿Pero sí o sí te tenías que meter vos para defenderlo?

Javier: Bah, si no querés no, pero como son primos, como éramos primos ¿viste? Nosotros siempre fuimos así, unidos digamos, en ese decir. Capaz que yo necesitaba algo, un favor de él y él siempre estaba para mí.

En estas interacciones, la violencia puede tener un rol productivo y servir al establecimiento o consolidación de ciertos lazos y relaciones sociales. Según Garriga (2015) desde algunas perspectivas, la violencia parece ser ejemplo de lo patológico o anormal, por lo cual ella es

expulsada del campo de lo social y aparece como negación de la sociabilidad. Sin embargo, siguiendo al autor, la misma no debe ser comprendida como negación de la sociabilidad o como exterior a la misma, sino como parte de ella. En una línea de análisis parecida, Murmis y Feldman (2002) afirman que las relaciones de conflicto y de “lucha” tienen un rol central en la constitución de los círculos de sociabilidad. Es decir, los conflictos y las violencias pueden tener un rol productivo en el establecimiento de lazos, relaciones e identidades (Míguez e Isla, 2003; Garriga, 2007; Cozzi, 2015). Y por otro lado, su contracara, es decir, rehusar a la misma, también puede tener efectos de desandar lazos sociales y afectivos. Así, no solo algunos jóvenes habían dejado de juntarse con otros porque –según decían– eran *re giles* y *no se hacían respetar*, es decir, frente a diversas agresiones o robos por parte de conocidos habían rehusado a *responder* y pelearse. Sino también, algunas amistades se habían terminado dada la no reciprocidad en la defensa frente a otros jóvenes. Por ejemplo, Damián se había distanciado de muchos amigos porque no lo habían defendido en una pelea con otros jóvenes:

Paz: Pará... ¿quiénes eran los que eran amigos? Vos... ¿Maxi?

Damián: Éramos como una banda, éramos un par más, pero no los conocés.

Paz: Y, ¿qué pasó con el grupo? ¿Antes se juntaban siempre?

Damián: Sí, venían unos pibitos de allá, de la 110, más para allá, después otro más ahí. Después empezamos a cortar cabida.

Paz: ¿Cómo cortar cabida?

Damián: Claro, ni cabida... porque ya eran... porque nosotros somos así, nosotros nos cuidamos el uno al otro. Yo cuido una banda a Tuki, como lo cuido a Ricardo, como Ricardo me cuida a mí. Son los únicos que nunca me dejaron morir, yo una vez fui con... aquellos, y no estaba Tuki y Ricardo, y se armó una pelea, ¿viste? y yo había saltado, y me dejaron solo... los otros, que andaban conmigo, unos de la 110...

Paz: Pero, ¿cómo fue?

Damián: Fue, o sea fue una bronca para ellos y yo para no dejarlos solos salté... Se iban a agarrar a las piñas, unos amigos contra otros, otros de otro barrio.

Paz: Y vos saltaste a defender a tu amigo...

Damián: Sí, cagué a trompadas al otro, y después vino una banda a agarrarme a mí. Y ellos se fueron a la mierda (...) Mil veces decían que se paraban de manos... y me dejaron re solo. Y ahí nomás... los dejé ahí nomás, a vos no te quiero acá.

Paz: ¿Te dejaste de juntar?

Damián: Sí, me junto más con Tuki o con Ricardo. Ponele Ricardo me cuenta a mí que tiene una pelea, y ahí al toque le digo ‘cualquier cosa anda para mi casa’ y, al toque. Porque a donde estoy yo, yo sé que está mi familia, mi papá y mis tíos, todo eso, son re locos mis tíos, mi papá también, es bueno mi papá, todo, pero cuando se enoja, un re bondi.

Para los varones, la participación en ciertos grupos de pertenencia con frecuencia conlleva expectativas de protección recíproca. Por lo cual, tales grupos pueden verse expuestos cuando ellas no son llevadas a cabo, es decir, cuando sus miembros no se involucran en conflictos para proteger a sus amigos o a su grupo.

Por otro lado, del mismo modo que comenté en relación a la familia, los vínculos de amistad entre varones y mujeres puede dar lugar a relaciones de protección de éstos para con ellas, frente a las hostilidades de otros varones:

Tamara: Ahora de vuelta se pelearon [Juan y Aníbal], lo quiere agarrar<sup>178</sup> Juan a Aníbal.

Paz: ¿Por?

Tamara: Porque a Juan no le gusta que Aníbal me persiga y me diga cosas... él dice que él me va a cuidar, por el tema de que él me conoce hace un par... yo soy su amiga ya. Si Aníbal me hacía algo, el otro lo va a agarrar...

Así, los varones que forman parte de las redes vinculares de las mujeres aparecen en muchas ocasiones como los encargados de protegerlas, por lo cual las violencias contra las mujeres muchas veces dan lugar a conflictividades entre varones.

### 3.2.3. Defender al barrio

Una lógica similar orienta los conflictos producidos entre barrios. La construcción de identificaciones barriales no solo sirve a la conformación de pertenencias al interior del propio barrio y de un *respeto* colectivo, sino también a la construcción de límites y distinciones con el afuera, que pueden ser fuentes de conflictos, dando lugar a rivalidades o *picas* entre jóvenes varones pertenecientes a diferentes barrios. Como ya mencioné, este tipo de enfrentamientos no suelen involucrar a las mujeres como contrincantes. Por su parte, como afirmo en el próximo apartado, las peleas entre mujeres más difícilmente retoman el clivaje barrial como un elemento fundante de alteridades en disputa.

Muchos jóvenes a partir de la pertenencia e identificación con el barrio construyen un *respeto* colectivo. Éste es otro de los espacios centrales a partir del cual ellos establecen lazos que, a su vez, implican relaciones de protección y defensa mutua. Y en este sentido, representa otra de las dimensiones que adquiere la *espalda*.

Nicolás: Hay broncas que... ponele se agarraron a las piñas, o se tiraron puñaladas, o alguno quedó muerto y se quedan resentidos, ¿me entendés? y no les gusta.

Paz: Pero la bronca es... ¿de quiénes contra quiénes?

Nicolás: O sea, vendría a ser barrio contra barrio, todos contra todos, porque viste cómo son... acá vos te agarrás a las piñas con uno y se enteran todos. Y corte acá en el barrio son casi todos amigos, re compañeros, todo. Y es obvio que van a saltar para vos. Y de allá también. En todos lados es lo mismo. Se agarran bronca así, así, así, sucesivamente entre todos. Todos los de acá, contra todos los de allá.

Es decir, al igual que como señalamos en relación a los otros ámbitos mencionados –la familia y la *junta*–, también en torno al barrio se construye una identificación colectiva y un *respeto* común, que afecta a las experiencias individuales de los jóvenes varones, y principalmente de aquellos que participan de la sociabilidad barrial masculina juvenil. Esto es así ya que, tanto desde el punto de vista interno, como las miradas externas, presuponen dicha identificación y en función de ella, la existencia de lazos y expectativas de defensa y protección mutua.

---

<sup>178</sup> Agredirlo.

Para explicarlo más claramente: si existe un *respeto* colectivo compartido a nivel barrial y, si –en el caso de los jóvenes varones– las relaciones barriales suponen reciprocidades en la protección, la agresión a algún miembro individual puede explicarse en tanto desafío al grupo u otros miembros del mismo, que se supone deberían protegerlo. Y a su vez, la protección de aquel puede tornarse prescriptiva para la defensa del *respeto* del grupo del cual participan sus miembros.

Javier: Ven a uno capaz que caminando y dicen ‘uh, mirá, este no es de acá, es de allá, vamos a robar’. Van, lo esperan y lo roban. Y después capaz que el pibe ese te agarra bronca con el barrio y después va busca a los familiares y vienen a atacar al barrio. Y ya de ahí, digamos, ya se agarran bronca entre barrios. (...) ¿Viste hay un barrio nuevo acá, el Abril?, bueno ponele que hay una joda ahí, dicen ‘uh, mirá este es de allá’ y capaz que me roban y me cagan a puñaladas porque yo no soy de acá, y nada que ver, porque se tienen bronca. Yo capaz que voy a una joda y dicen ‘no, mirá éste es de tal lado, éste tiene bronca, ta, ta, ta’, capaz que yo nada que ver y me ligo una puñalada, un tiro, porque se tienen bronca entre barrios. Yo capaz que nada que ver y la ligo también porque soy del barrio.

En este sentido, las rivalidades entre estos grupos adoptan formas similares a la “vendetta” característica del modelo de sociedades con lazos familiares y locales fuertes que describe Dunning (1992), en función de la cual “el individuo que sea desafiado o se sienta menospreciado por uno o más miembros de otro grupo, cree que es el honor de todo su grupo, no solamente el suyo personal, el que está en juego. Consiguientemente, tiende a vengarse, no sólo de aquellos miembros que lo ofendieron sino de cualquier miembro perteneciente al mismo grupo. Además, en ambos lados se da la tendencia a que otros acudan a apoyar a los iniciadores del conflicto. De este modo, las luchas entre los individuos tienden a crecer hasta convertirse en una enconada enemistad entre los grupos, casi siempre muy prolongada en el tiempo, lo cual, en tales circunstancias sociales, indica claramente el enorme grado de identificación de los individuos con los grupos a que pertenecen” (p. 284)<sup>179</sup>. En este sentido, y al igual que como señalé en relación a la pertenencia a la familia y la *junta*, a partir de la identificación con el barrio y la construcción de un *respeto* colectivo, se establecen lazos que producen y/o reproducen diversos conflictos. Pero que, a la vez, también los previenen. Es decir, los organizan. En este sentido, los

---

<sup>179</sup> De todos modos, es importante mencionar que no adscribo a las tesis sobre el proceso civilizador y sus consecuentes transformaciones en el patrón de los lazos sociales, implicadas en este análisis. Dunning sigue el desarrollo de Eliás y plantea que el “proceso civilizador” no se produjo con la misma intensidad en las distintas clases sociales: en los sectores populares, donde los lazos familiares y locales son más fuertes, el orgullo y los sentimientos de pertenencia al grupo y hostilidad hacia otros, disminuyen la presión social para el control de las emociones y el uso de la violencia física. Este análisis entraña un modelo histórico normativo que explica la violencia a partir de la presunción de desajustes en el proceso civilizatorio, al tiempo que concibe la violencia en estas sociedades de lazos segmentarios como una cuestión “emocional”, “pasional”, la cual, a la vez, es asociada a la irracionalidad, al impulso y al poco control sobre las emociones. De este modo, al asociar este tipo de violencia a una cuestión “emotiva” -concebida como fin en sí misma- y a la falta de autocoacción se abona a naturalizar dicha práctica e invisibilizar sus sentidos y las lógicas que organizan su uso. En este sentido, si bien Dunning asocia este uso de la violencia a la masculinidad, pareciera que en su análisis naturalizara el vínculo entre agresividad, fuerza, violencia y masculinidad, ocluyendo sus efectos performativos para la construcción de ciertas masculinidades en base a imperativos y creencias de la masculinidad hegemónica.



conflictos y las prácticas violentas que se desarrollan en el barrio deben ser comprendidas teniendo en cuenta el lugar que la trama relacional –especialmente los lazos sociales contruidos en grupos de pertenencia– tienen en la organización y gestión de los conflictos, previniendo algunos y produciendo otros, así como también teniendo en cuenta el lugar del género en dicha trama.

En las dinámicas de sociabilidad de los varones con los que trabajé, aparece el recurso a las prácticas violentas como una forma de construcción de *respeto*, las cuales se dan en el marco de una trama relacional que configura y organiza las dinámicas de los conflictos y disputas. La participación en ciertos grupos de pertenencia, a partir de los cuales se construyen formas de identificación colectivas y un *respeto* común, configuran las dinámicas de sociabilidad y sus conflictos. Especialmente el *respeto* buscado por los jóvenes varones del barrio no aparece como una cuestión meramente individual, sino que también es construido grupalmente. A diferencia de otros trabajos (Bourgois, 2015; Grillo, 2013) las prácticas violentas de los jóvenes que conocí no se encuentran vinculadas a la participación en economías ilegales como formas de subsistencia, ni las tramas relacionales que organizan las dinámicas de los conflictos deben asociarse a un emprendimiento económico conjunto. Pese a todo, varios de ellos suelen involucrarse en disputas y practicar violencias, cuestiones que deben ser interpretadas teniendo en cuenta las formas de construcción de *respeto* individuales y colectivas. Para algunos varones, ciertas prácticas violentas y delictivas constituyen un recurso fundamental para *hacerse respetar* y construir una imagen positiva en el marco de interacción barrial y principalmente de la sociabilidad masculina juvenil, cuestión que evidencié retomando la categoría nativa de la construcción de un *nombre* y particularmente un *nombre grande*, formas de construcción subjetiva que asocié a ciertas masculinidades. Muchos de los conflictos producidos entre varones en el barrio constituyen disputas por *respeto*. Comprender la importancia de la construcción del *nombre* y *respeto* propio, pero también la relevancia de ciertos ámbitos de pertenencia –como la familia, la *junta* y el barrio– en las construcciones identitarias de algunos jóvenes, fue fundamental para entender aspectos vinculados a las relaciones de solidaridad y reciprocidad establecidas entre ellos, así como entender la producción y el procesamiento de ciertos conflictos. A partir de la pertenencia a tales ámbitos se construyen formas colectivas de *respeto* en las que la protección masculina recíproca es fundamental. Pero también, los lazos sociales contruidos a partir de la participación en tales ámbitos dan lugar a relaciones de protección para con otros como, por ejemplo, las mujeres. Especialmente para los varones que forman parte de su círculo familiar y de allegados resulta clave proteger a las mujeres frente a las violencias

ejercidas por parte de otros varones. Cuestiones que explican muchas de las conflictividades barriales masculinas. De este modo, la relación entre masculinidad y protección –o más precisamente, el hecho de que la protección resulte un imperativo clave para las masculinidades– aparece como otro de los elementos centrales para comprender muchos de los conflictos barriales que involucran a varones, ya que, como iré mostrando, muchos de ellos se producen en función de las expectativas de protección y defensa de otrxs, especialmente familiares y allegadxs.

#### **4. “Hay muchas peleas entre chicas”**

##### *4.1. “Era re marimacho, yo jugaba de manos con todos”*

Fabiana tiene 18 años y vive en el barrio Punta Verde. Es prima de Matías y tal como mencioné en el capítulo anterior cuando era adolescente se juntaba ocasionalmente con él y sus amigos en la esquina. También es hermana de Soledad (19 años), aunque vivían en distintas casas. Cuando la conocí Fabiana tenía 16 años, vivía con su madre, su padrastro y su hermanito menor. En ese entonces, estaba de novia con Mike desde hacía un año. Al poco tiempo se mudó con su pareja y comenzaron a convivir juntxs en el fondo del terreno de la casa de la familia de éste. Comenzaron haciendo una casilla de madera y al año empezaron a reemplazar la vieja estructura por una de tipo de material con piso de cerámicos. Por su parte, su hermana Soledad convivía con su pareja y su hijo desde los 16 años en una casa que habían construido en el terreno de la familia de éste, en el mismo barrio.

A Fabiana la conocí en los talleres del Envión realizados en la Delegación de Melchor Romero, pero también me crucé con ella en algunas de las asambleas realizadas en El Galpón de Los Mirasoles, a las que asistía para conseguir cupo en las cooperativas de trabajo. Cooperativas en las que ya participaba su hermana Soledad, quien formaba parte del grupo de jóvenes de dicha organización. Había realizado gran parte de su escolaridad en el colegio de Punta Verde, luego se había cambiado a uno del centro de La Plata y estaba intentando terminar el secundario en otro de La Meseta. A su vez, trabajaba en un local de comidas de Punta Verde.

Me interesa presentar a Fabiana porque su relato permite dar cuenta de ciertos modos en que se construye la feminidad de estas jóvenes, o más precisamente, presentar algunas normas reguladoras de sus construcciones identitarias, en las cuales ciertas prácticas y especialmente determinados usos de *la calle* y de las violencias adquieren un rol central.

Paz: Che y con tu novio, ¿hace cuánto que están saliendo?

Fabiana [16 años]: Hace un año y dos meses

Paz: ¿Y tuviste otros novios?

Fabiana: No, el primero... No, nunca [se ríe]. Nunca había estado con nadie. Era como que... era algo raro, igual era re salvaje cuando lo conocí a él yo. Era re salvaje. Era como que estaba... como que era

re marimacho. Como que no había cambiado. Seguía siempre igual. Y mi mamá me dice ‘empezá a cambiar, ya sos grande, ya tenés novio’ me decía.

Paz: Pero, ¿en qué sentido re salvaje?

Fabiana: Re salvaje, viste era como... seguía siendo chiquilina... Y ya después empecé a cambiar y mi mamá me decía ‘tenés que cambiar porque tu novio no te va a querer más’ que se yo, cosas así.

Paz: ¿Por qué?

Fabiana: Era como un macho, como un varón.

Paz: ¿En qué sentido?

Fabiana: En todo, era como que me comportaba como un varón era... como... que viste que... era re salvaje, era como muy bruta. Va y lo sigo siendo, pero ya viste como que... por lo menos estoy más... más calmadita que antes. Igual él [Mike] como que se daba cuenta y quedaba re mal yo ¿viste? Pero después me empezó a decir ‘vos eras esto antes y cambiaste al toque’ que se yo. Cambié, pero porque mi mamá me decía, sino no cambiaba nunca. Era como... no era señorita. Era como re macho [se ríe]. A mí me vino<sup>180</sup> a los 15 y me venía y yo estaba colgada de los árboles o estaba con todos los chicos y saltaba de acá para allá. Y mi mamá decía que yo no era una chica... no era como una nena, era como un varón más que nada [se ríe]. Era muy salvaje, y mi novio me contaba lo que era antes, hasta hace poco y nos cagábamos de risa. Me decía ‘te colgabas de los árboles, jugabas conmigo a la pelota’ [se ríe]. Era como más salvaje y ahora no... Soy re salvaje, hasta ahora, pero por ahí se me está pasando, antes era muy... y mi mamá me hizo dar cuenta de que era muy así, muy rara. Ponele hasta hace poco me saqué las mañas de... por ahí, yo no juego con los varones, pero por ahí me agarra la locura y le pego ¿viste? Y había empezado el colegio acá [en el casco urbano de La Plata] y hay un compañero que se llama Walter, el grandote y agarra y me dice ‘ah, sos re marimacho’ y agarré y le di un cachetazo así en la nuca y dice ‘¿no ves? Sos re salvaje!’. Pero yo siempre era costumbre, en la otra escuela [la de Punta Verde] pegarles a los chicos. En esos momentos yo no estaba con mi novio. Pero era porque no me sacaba la maña todavía de pegarle a los chicos, pero era re marimacho, yo jugaba de manos con todos, hasta con mi novio jugaba de manos en el colegio.

El relato de Fabiana pone en evidencia los modos en que la identidad de “mujer” joven o adulta en estos barrios se construye en oposición a la niñez y a la masculinidad. En este caso, en el proceso de convertirse en mujer, frente a la idea de nena, niña o “chiquilina”, intervienen ciertas interpretaciones sobre los cuerpos y procesos biológicos donde, particularmente, la primera menstruación cobra relevancia. Así, este evento es considerado por Fabiana como un aspecto fundamental en la transición del “ser niña” al “ser mujer”. Y, tal como es posible interpretar a partir de su discurso, en dicho proceso se refuerzan las regulaciones sobre estas jóvenes para que se emparejen y se conviertan en madres. A su vez, el hecho de formar pareja –o también tener hijxs– convertía a Fabiana en “grande”: “ya sos grande, ya tenés novio” decía su madre.

Tal como se evidencia en lo narrado, existen ciertas normativas que regulan la construcción de una identidad de género acorde a las expectativas sociales de feminidad. Y en función de la adecuación a estas se supone que las jóvenes habilitarían en mayor o menor medida esa posibilidad de formar pareja –heterosexual–. En este sentido, Fabiana explica que “nunca había estado<sup>181</sup> con nadie” porque antes ella “era muy salvaje” o “marimacho”. La posibilidad de conservar su pareja aparece, en el discurso de su madre y en el propio, como asociada a renunciar a ciertos comportamientos y prácticas que la alejarían de una cierta feminidad

---

<sup>180</sup> Se refiere a su primera menstruación.

<sup>181</sup> Se refiere a tener pareja.

esperable. Así, la madre le decía “tenés que cambiar porque tu novio no te va a querer más” y ella misma reconoce que “quedaba re mal” delante de su novio, dadas sus acciones.

Por otra parte, su relato no solo muestra ciertas expectativas sociales respecto a la adecuación del “ser mujer” con actitudes socialmente consideradas femeninas y del “ser varón” con las masculinas, sino que, a la vez, permite reconstruir ciertos modos en que la identidad de mujer se construye en oposición a la del varón y algunas normativas en función de las cuales se producen estos géneros. Así, para Fabiana determinados modos de habitar *la calle* y usar la violencia aparecen como propios del “ser varón” o “macho” en el barrio. Tanto jugar a la pelota, como ir a la *esquina* y ciertas prácticas ligadas al uso del espacio de la calle son significadas por Fabiana como propias de los varones. Algunas de ellas, como el subirse a los árboles, pueden asociarse más a la niñez o a la adolescencia, pero masculina; en este sentido dice “no era una nena”. Es decir, era un nene, un varón. A la vez, el hecho de realizar tales prácticas aparecía como algo infantil y en este sentido dice “seguía siendo chiquilina”. Por su parte, el hecho de juntarse, “de acá para allá” con “todos los chicos” y “en la *esquina*”<sup>182</sup>, la masculinizaba. Pero también, desde su relato, el convertirse en mujer supone “sacarse” ciertas “mañas” como por ejemplo, usar la violencia y “pegarles a los chicos” o “jugar de manos”.

Del mismo modo, para muchxs residentes de los barrios de Romero que conocí, *la calle* y el uso de la violencia aparecen significadas y construidas como propias de la masculinidad, por lo cual entran en tensión con la feminidad socialmente esperada en las mujeres. Especialmente, de la joven o adulta se espera que sea “más calmadita”. De este modo, si desarrollan este tipo de prácticas pueden ser significadas a partir de las ideas descalificativas de “marimacho”, “bruta”, “salvaje” o “rara”. Y en tanto identidades estigmatizadas, suponen formas de disciplinamiento sobre ellas y sus acciones. Especialmente, el relato de Fabiana muestra el discurso fuertemente regulador de su madre para lograr que su hija se adecúe a los mandatos, pero también los modos en que otros varones, como su novio y su compañero de colegio, se burlan de sus comportamientos en tanto se corren de dichas reglas.

Así, existen numerosas regulaciones que se ejercen sobre las mujeres jóvenes de estos barrios que pretenden fijarlas en tal identidad. Pero ellas no determinan sus construcciones identitarias: “la condición de mujer joven pobre opera como una aguda y constante interpelación respecto de los márgenes posibles de acción con que cuentan para ensayar, en el territorio inapelable de su propia biografía, modos alternativos de feminidad (...) Aun cuando esa alternatividad consista en (...) moverse apenas unos milímetros del opresivo patrón clasista y patriarcal que las sujeta, para diseñar subjetivamente un ‘sí mismas’ que les permita, por

---

<sup>182</sup> Esta última dimensión aparece más desarrollada en el capítulo 2.

momentos, reinventarse” (Elizalde, 2015: 40). Las acciones de Fabiana y el hecho de que aún siga siendo un poco “salvaje” permiten pensar que frente a las normativas de sexo/género/deseo –pero también de clase y de edad– que interpelan a estas jóvenes, también existen formas de agencia que se desplazan de ellas. Las prácticas y representaciones de las jóvenes que conocí por momentos producen y reproducen, pero también por momentos se sitúan en los márgenes de los órdenes de significación –contextuales y cambiantes– que las atraviesan.

En el próximo apartado me dedico a analizar diversas peleas entre chicas las cuales permiten profundizar determinados modos en que se articula la violencia con las implicancias que tiene el ser mujer joven en Romero, en las formas en que se significan estas prácticas –ya sean ejercidas por parte de otras jóvenes o las que ellas mismas practican– y las acciones usualmente desplegadas frente a ellas. A su vez, permite dar cuenta de ciertos modos en que las normativas de sexo/género/deseo operan en la configuración de este tipo de experiencias, pero también los desplazamientos y márgenes de libertad asociados a la irreductibilidad de la experiencia.

#### *4.2. Peleas entre chicas*

La relación de amistad de Tamara con muchos varones del barrio y de su escuela, así como sus vínculos sexo-afectivos con algunos de ellos, generan celos de algunas jóvenes que le quieren pegar y ella lo sabe: “me quieren agarrar, yo tengo una re lista”. Según dice, casi siempre las peleas son “por chicos”.

Tamara cuenta que se peleó con una piba de la escuela, la cual le quería pegar. Le pregunto por qué y me dice que la pelea fue “por un pibe”, “siempre son por pibes las peleas, porque yo me junto con todo el mundo y siempre con varones”. Me cuenta que además la otra chica estaba hablando mal de ella, decía que era “re puta”, “re zorra”, que “estaba con todo el mundo”. (Nota de campo)

En ocasiones las jóvenes se pelean entre ellas. Las narraciones de sus peleas o las de sus amigas muchas veces son explicadas a partir de las habladuras: “porque si habla muy mal de vos... yo me enojo y yo las voy a agarrar [a las piñas] si me dicen cosas” (Tamara), “dijo que yo andaba hablando mal de ella (...) y me cagaron a palos” (Micaela). En estos casos hablar “mal” generalmente suele referirse a descalificar a la otra persona diciendo que es “re puta”, “zorra”, “fácil” o que “está con todo el mundo”. El realizar este tipo de descalificaciones y estigmatizaciones no es una práctica exclusiva de las jóvenes, sino que entronca con representaciones sociales machistas que definen a las mujeres que se vinculan sexo-afectivamente con varios varones como “putas” y que están ampliamente difundidas no solo en el ámbito barrial, sino en toda la sociedad. Tal como señalan Faur y Grimson (2016) este tipo de representaciones constituyen uno de los mitos presentes en la sociedad argentina, sostenido tanto por varones como por mujeres, que sirve al disciplinamiento del deseo femenino.

Este tipo de representaciones justifican y legitiman la producción de ciertas violencias de género, limitan y controlan la sexualidad femenina y contribuyen, también, al desarrollo de ciertos conflictos entre las propias jóvenes. Muchas de sus peleas se dan “por un pibe”, es decir por relaciones o vínculos de las chicas con algunos varones o por celos en torno a ellos. Pero también varios de los conflictos entre mujeres son expuestos a partir de la idea de que les quieren pegar porque “son lindas” o por cómo se visten: “cuando son bonitas, se visten bien, hay algunas que las agarran a las piñas por eso nomás” (Fátima). Tal como le sucedió a Josefina un tiempo atrás, a la salida de un boliche:

Josefina: Cuando volvíamos nos topamos con tres pibas. Bueno, vienen, nos piden un cigarro, se lo damos, le doy fuego y no me lo devuelve el encendedor, le digo ‘flaca, devolveme el encendedor’ no sé qué, ‘ah no! por tu cara’ no sé qué, pero viste esas pibas, que salen... no sé de un pabellón, porque estaban todas cortadas, tatuadas... las tres encima, un horror, me la quedo mirando ‘pero ¿con qué prendo?’ ah qué se yo, no sé, me estaba buscando roña<sup>183</sup>, ‘andate a la concha de tu madre’ le dije, agarré y seguí caminando. Y, no sé, empiezan a bardear de lejos, y una de las chicas no sé qué le grita y yo seguí caminando y vienen de vuelta y nos empezaron a seguir. ‘Eh, ¿qué bardeás?’ que se yo, vino y me empieza a empujar la piba, le digo ‘pará loco! ¿qué te pasa?’, no que se yo, ‘ahora parate de manos’ me decía. ‘Por un encendedor yo no me paro de manos con nadie’ le digo ‘aparte yo vine a joder, a bailar, estoy cansada, no voy a pelear con vos, por nada’, ‘no, ahora que bardearon, que se yo, ahora parate de manos, dale gata<sup>184</sup>’ ‘no salí, no’ y yo seguí caminando, y me iba empujando ¿viste? ‘dale, que dale, peleá, peleá’ me quería pelear ‘dale, peleá’ eh... le digo ‘pero, ¿cuál es tu problema?’ le digo ‘no, que que se yo, vos sos una gata, que esto que lo otro’. Yo la miraba, viste, le digo ‘no tenés excusa de venir a querer pegarme, a ver ¿cuál es tu excusa?’ le digo ‘no, vos sos una gata, que se yo’, ‘¿qué?, ¿por qué? a ver decime’ le decía yo. Y salta una ‘no, porque sos rubia de ojos claros’ le dice la otra, yo me las quedo mirando, viste. Me pegué media vuelta y seguí caminando, ‘ah, encima te da la espalda, la gata’ agarró y me agarró de atrás ¿viste? cuando me agarra de atrás me empezó a pegar. Y ahí quedé re tocada, me di vuelta y le empecé a pegar, obviamente, encima yo hacía boxeo, imaginate, así la trompa le dejé [haciendo un gesto con su mano señalando su boca]. Le digo, ‘yo te dije que no quería pelear’ era rubia, pero yo me sé defender, ¿entendés? y a la otra, a una de mis amigas así le dejaron la jeta, pero a mí no me tocaron. O sea, me quisieron pegar, me tiraban piñas, todo, pero no... eso sí, una bronca tenía...

Otros trabajos (Elizalde, 2015; Previtali, 2014; Comisión Investigadora de la Violencia en los Territorios, 2016) también señalan la existencia de diferenciaciones de estilo entre las mujeres de sectores populares que pueden dar lugar a conflictos: especialmente las que se dan entre las “lindas” o “chetas”, por un lado, y las “rochas” o las que “tienen calle”, por el otro. En relación a las imágenes de mujer habituales y hegemónicas en los barrios periféricos y/o villas, Martínez explica que “ante todo es la ropa, la vestimenta (...) Las chetas son las chicas que usan ropa de último momento, siempre nueva, que usan campera, remeras, botas o zapatos. Las rochas son las que usan ropa deportiva, zapatillas deportivas y en su mayoría son de marca. Ellas se van identificando y se diferencian así, en el colegio y dentro de la villa igual. Van conformándose diferentes grupos, van esquineando, van diferenciándose” (Martínez citado en Comisión Investigadora de la Violencia en los Territorios, 2016). En esta misma línea, Previtali (2014)

---

<sup>183</sup> Pelea.

<sup>184</sup> Insulto, que refiere a fácil, puta.

plantea que muchas chicas explican sus peleas imputando que otras “se hacen las lindas”, y dice que “lo que se imputa no es tanto si es o no linda, sino qué hace esa chica con su cuerpo, su belleza, su presentación (...) la sanción recae más bien sobre la práctica de seducción, exageración, ponderación de su presentación ante otros, conducta que por cierto se compone muchas veces de una presentación en estilo y corporalidad que puede justamente ser suficiente para merecer la acusación” (p. 132).

De manera similar, aunque enfatizando más en el plano de las prácticas, Elizalde (2015) plantea la distinción entre “hacerse la linda”<sup>185</sup> y “tener calle”. En semejanza a lo señalado para el caso de los varones, ciertas jóvenes también buscan la construcción de prestigio, *respeto*, posiciones de poder o liderazgos, lo cual aparece en los relatos a partir de la idea “se hace la que manda”. Y para ello, las chicas también pueden usar la violencia. Las peleas entre chicas suelen ser “a las piñas” o “agarrándose de las mechas”, pero no conocí casos de enfrentamientos con armas. Por su parte, muchas veces estos eventos suceden en el colegio o con compañeras del mismo, ámbito más frecuente para la sociabilidad de las jóvenes que el de *la calle*.

Agustina: En mi colegio hay muchas peleas entre chicas. Siempre pasa a principio de año... casi siempre es por un chico, o porque se miraron mal, esos son los dos motivos por los que siempre se pelean las chicas. Es como que tenés que ir así [baja la cabeza y se pone las manos entre la cara, restringiendo la visión] para que no te quieran pegar...

Para algunas, el hecho de saber pelear puede ser fuente de popularidad y contribuye al establecimiento de lazos sociales, así como también, a la diversión. Y la presencia difundida del uso de redes sociales y de tecnología portátil para la comunicación, conforman una plataforma que refuerza estos intercambios. En este sentido, lxs jóvenes del barrio afirman que es común que las peleas entre chicas sean filmadas y que posteriormente los videos sean subidos a Facebook. A partir de ello, las protagonistas y en especial las ganadoras en el conflicto, van obteniendo popularidad y haciéndose nuevxs amigxs en la red social. Por el contrario, las perdedoras o quienes rechazan la pelea pueden sufrir críticas en dicho ámbito.

Tamara: Es que hasta por Face [Facebook] pasa. Ponele, vos te peleás con alguien y si perdés te empiezan a tirar<sup>186</sup> unos palazos<sup>187</sup> por el Face...

Carla: Corte vas a pelear con una chica porque te tiene bronca y perdés, ya ahí empiezan a hablar cosas.

Tamara: Te tiran unos re palazos... de que sos re cagona, de que sos re...

---

<sup>185</sup> En los casos estudiados por la autora “hacerse la linda” va asociada a la idea de “chicas buenas” que mantienen actitudes más reservadas en torno a su sexualidad. Por el contrario, en mi estudio el uso del “se hace la linda” como forma de desprestigio puede estar destinado a jóvenes que buscan poner en juego su capacidad de seducción de varones y que mantienen con ellos vínculos sexo-afectivos de manera relativamente frecuente.

<sup>186</sup> Decir

<sup>187</sup> Críticas

Las redes sociales permiten una fácil y cotidiana comunicación, al tiempo que promueven la hipervisibilización de las experiencias personales y ponen en juego la valoración social a partir de ellas. Su uso creciente, facilita los intercambios e interacciones de todo tipo, dando lugar a mayores elogios, prestigio y popularidad, así como también, críticas y amenazas. En este sentido, imprimen nuevas dinámicas a los conflictos entre jóvenes.

Paz: Y ahora, lo del celular... que te lo sacaron ¿por qué fue?

Tamara: Porque me porto mal...

Paz: ¿En qué sentido?

Tamara: Es que yo contesto mucho, digo las cosas que no tengo que decir, me meto en pelotudeces... porque no me gusta que me pasen por encima, entonces mejor me defiendo yo.

Paz: Pero ¿qué tiene que ver eso con lo del celular?

Tamara: No sé, porque me bardean por el celular, le pasan mi número a otro y a otra y no me gusta. Hasta me amenazaron. Le mostré a mi mamá y por eso me lo sacó.

Paz: Pero, ¿qué te decían?

Tamara: Que cuando me iban a encontrar me iban a cagar a trompadas y me iban a matar.

Especialmente, cuando las amenazas de violencia física se tornan más efectivas y contundentes, algunas jóvenes *responden* para defenderse.

Pilar dice que Tamara le enseñó a que “no tenía que dejarse pasar por encima”. Cuenta que en su colegio anterior la molestaban y ella no hacía nada, en cambio ahora si tiene que “agarrarse a las piñas”, se agarra. Tamara explica que lo que ella le dice a Pilar no es que le pegue a cualquiera, pero que se defienda: “hay que ver... si te quieren agarrar a las piñas, ahí sí tenés que ir a las piñas, pero sino, no es necesario”. Pilar dice que Tamara la defiende y gracias a ella ahora la respetan. (Nota de campo)

Si bien hay ciertas jóvenes que usan la violencia de manera expresiva para construir popularidad y liderazgos, la mayoría —o las mismas, en diferentes contextos— se desentienden de estas lógicas y rechazan la participación en enfrentamientos. Aunque algunas alegan que *responden* para *hacerse respetar*, es decir, que usan la violencia para defenderse, generalmente las prácticas de quienes las molestan no suelen ser significadas como desafíos al *respeto*. Es decir, el honor de la mayoría de estas jóvenes no parece ponerse en juego en esos intercambios. En este mismo sentido, muchas optan por no pelear y rehúsan la violencia como forma de respuesta. Si bien desde algunos discursos se pueden deslizar críticas a estas posturas —del estilo “es re cagona”, como decía Tamara— en general para las jóvenes el hecho de no pelear no suele implicar un demérito.

Carla: Con chicas [me peleé], sí, pero, o sea, nunca me fui a pelear. O sea, me querían agarrar, pero yo les decía que no, porque ni sabía por qué me querían pegar, entonces yo les decía que no. Aparte yo no arreglo las cosas peleando y todos lo saben.

Paz: Pero es casi siempre con chicas.

Tamara: Sí.

Carla: Con chicas y por chicos.

Tamara: Sí, es más por chicos. Y yo, nosotras, por chicos no nos peleamos porque ¡hay muchos chicos!

Carla: No vale la pena.



Micaela: Nunca era de andar en quilombo, nada de eso. A mí no me gusta que armen quilombo por nada, nunca fui... yo nunca me peleé con nadie, sí me cagaron a palos una vez, pero yo nunca...

Paz: ¿Por qué te cagaron a palos?

Micaela: Porque hubo un malentendido, una chica pensó que yo andaba con el novio, y no era yo... O sea, había una chica que me tenía bronca a mí, que no le gustaba cómo yo me vestía, me envidiaba ¿viste? y le empezó a llenar la cabeza la otra chica y dijo que yo andaba hablando mal de ella, que le mandaba caritas<sup>188</sup> al novio y todo eso, y ella vino y me dijo y yo le dije 'no, nada que ver'. Y me empezó a gritar y me agarraron entre cinco chicas, pero no me hicieron tanto, pero sí me cagaron a palos... pero quedó ahí, nunca... vos le preguntás a mi mamá si tuvo quejas mías en el colegio, y nunca tuvo quejas mías porque yo nunca busqué problemas con nadie...

De igual modo que mencioné en el capítulo previo en relación a los varones, muchas veces ciertas ideas vinculadas a la exclusividad sexo-afectiva en las parejas y los celos en torno a las mismas, promueven desencuentros y facilitan la producción de conflictos entre estas jóvenes. De todos modos, la mayoría de las veces ellas defienden la idea de no enfrentarse. En varias ocasiones mencionan que desconocen la causa por la que otras chicas les quieren pegar o también explican que ellas no pelean por aquello que aparece como generador de la rivalidad, por lo tanto, rehúsan a participar de este tipo de interacciones. Y ello no deviene en mayores conflictos.

#### 4.3. *“Yo no estoy metida en esos quilombos”*

Frente a las diversas violencias de otras, las jóvenes que conocí podían responder solas o acompañadas, solicitando la intervención de otras mujeres, familiares y amigas, y demostrando capacidad de defensa y reacción. De todos modos, en sus historias no aparecen relatos de venganzas sucesivas, sino más bien conflictos puntuales que de una forma u otra terminan resolviéndose o por lo menos, aplacándose.

Tamara: Me dicen ‘tal día tenés que ir para allá o sino cuando te encontremos por acá te vamos a cagar a trompadas, más de lo que te queremos pegar’.

Paz: Y, ¿te pasó y fuiste alguna vez?

Tamara: Sí, fui, le dije a mi mamá y mi mamá me acompañó.

Paz: Fuiste con tu vieja y, ¿qué onda?

Tamara: Y mis primas. Y no, no me pegaron porque estaban todas y estaban las otras también pero igual...

Paz: Y vos, ¿por qué fuiste?

Tamara: Y para... para ver qué pasaba ahí, y después quedó todo bien con la chica.

Como mencioné, los lazos sociales son centrales en la producción y gestión de los conflictos y especialmente los familiares. Tal como aparece en el relato de Tamara, en ocasiones las mujeres adultas recurren a la violencia para defender a sus hijas, cuestión que también ha sido señalada en otros trabajos (Silba, 2015; Beltrán, 2012). En el caso de los enfrentamientos entre mujeres, usualmente quienes intervienen para responder a las violencias también son mujeres, del mismo modo que en los conflictos entre varones suelen resolverse entre varones. Esto

---

<sup>188</sup> Se refiere al envío de emoticones por las redes sociales.

generalmente es así porque, de lo contrario, los varones involucrados sufren desprestigio: tanto el involucramiento de un varón en las peleas entre mujeres, como el involucramiento de una mujer en los enfrentamientos entre varones, constituyen un motivo de deshonor para el varón. En el primer caso, porque las mujeres son construidas como más débiles y por ende, con ellas no se compite. En el segundo caso, porque los varones son considerados como con capacidad defensiva y las mujeres como vulnerables, por ende, el hecho de que un varón sea protegido por una mujer implicaría reconocer su inferioridad<sup>189</sup>. Por su parte, como ya mencioné, en el caso de violencias ejercidas por varones hacia mujeres es frecuente que sean los familiares y allegados masculinos de la joven –o adulta– en cuestión quienes respondan frente a las mismas. En este sentido, Tamara me decía en relación a los distintos conflictos que se le presentaban, que en el caso de violencias ejercidas por varones solía acudir a su padre y sus primos –especialmente, frente a ciertos acosos callejeros–, mientras que en el caso de peleas con mujeres solía decirles a su madre y sus primas.

Tamara: A mi papá es el primero que le cuento y sino mi papá va y les cuenta a ellos [mis primos].

Paz: Y, ¿es lo mismo si es un pibe o si es una piba?

Tamara: No, si es una piba le digo a mi mamá y mi mamá le dice a mis primas.

Paz: O sea, si es un pibe, ¿le decís a tu papá y si es una piba le decís a tu mamá?

Tamara: Sí.

Paz: ¿Por?

Tamara: Porque mi mamá, como es una chica, una señora y todo eso, entiende más, y mi papá como es hombre y todo eso entiende más de los hombres, entonces le cuento a él y a mi mamá le cuento de las chicas.

Tal como se pone de manifiesto en la charla, el modo en que a partir de los lazos sociales se desencadenan expectativas de protección suele estar atravesado por la dimensión de género. Este tipo de enfrentamientos usualmente son intra-género. Sin embargo, a diferencia del varón, el honor de la mujer, y especialmente el de madre, no se vincula con la protección del hogar, sino más bien con el cuidado del mismo. Artiñano (2011) citando a Tena y Jiménez afirma “en referencia a *proteger a la familia*, consideran que la imagen de padre-protector difiere de la mujer en cuanto a ésta se le demanda el cuidado de los otros, mientras que del hombre se requiere la protección de los débiles, entendiendo por débiles a quienes están bajo su dominio: la mujer y sus hijos” (p. 15). Como señala Pitt-Rivers (1979) la conducta que es honorable para un sexo puede no serlo para el otro: la falta de fortaleza de las mujeres no perjudica ni a su honor ni al de su familia, por el contrario, el hecho de que las mujeres adopten comportamientos asociados socialmente a la masculinidad, tales como la valentía y la protección, pueden perjudicar su honor y ser motivo de vergüenza. Así, las mujeres no necesariamente tienen que responder e involucrarse en los conflictos. Por el contrario, al hacerlo transgreden ciertos ideales

---

<sup>189</sup> La situación se complejiza cuando intervienen otros clivajes de desigualdad, como por ejemplo el etario.

sociales de la feminidad –como, por ejemplo, el de la mujer sumisa que no recurre a la violencia– quedando en mayor medida expuestas a ciertas “sanciones morales” (Silba, 2015; Beltrán, 2012).

Por otro lado, a diferencia de muchos jóvenes varones, quienes establecían un fuerte sentimiento de pertenencia a partir de su barrio, las chicas no solo participan menos de la sociabilidad en el espacio público de *la calle*, sino que además desarrollan en menor medida identificaciones con el mismo. Como ya señalé, el barrio constituye una referencia central a partir de la cual muchos jóvenes se definen e identifican (Bonaldi y del Cueto, 2009; Cabral, 2015; Cozzi, 2018). Pero en menor medida sucedía ello con las mujeres:

Paz: ¿Te gusta a vos el barrio?

Ana: No, yo voy a mi casa, y nada... me quedo ahí, no me importa lo que hagan, dejen de hacer, hago mi vida...

Paz: Y, ¿cuáles pensás que son las principales problemáticas? O... ¿cosas que te gusten?

Ana: Nada [se ríe], hago mi vida.

Paz: Y a vos, ¿el barrio te gusta? ¿Te gustaría seguir viviendo ahí?

Agustina: No. Vivo muy lejos de todo y hay mucho barro, pasa un solo micro, no es cómodo para mí. Además, que no me junto con nadie, no tengo a nadie por lo que diga que me quiero quedar en el barrio... No tengo esa pertenencia de que es mi barrio, que amo estar acá. No me siento muy cómoda tampoco. De La Plata sí, de La Plata no me mudaría, me encanta, amo mi ciudad, pero de mi barrio particular no.

Y en esta misma línea, las distinciones entre barrios o zonas del mismo y la existencia de supuestas rivalidades con menor frecuencia daban lugar a peleas o enfrentamientos. Si bien las jóvenes reconocían “picas entre barrios”, al preguntarles por las mismas solían desentenderse o mostrarse desinteresadas: “no, yo no sé, porque no me interesa, pero no, ni idea” (Sonia). Por ejemplo, Josefina quien vivía en el centro de Romero y durante su adolescencia iba a un colegio ubicado en Abasto, decía que ella no se metía en el conflicto “histórico” entre ambas localidades. Según comentaba, ella “no estaba incluida”:

Paz: A mí, unos pibes de Romero me decían que había como una pica Romero-Abasto.

Josefina: Sí, los barrios, siempre.

Paz: Y vos, ¿ibas al colegio de Abasto y no estaba esa pica igual?

Josefina: No, no porque yo no me metía con nadie, yo iba a estudiar y a estudiar. Hacia sociales sí, con la gente, pero tranqui, nunca me dijeron nada, me preguntaron de dónde era, ponele las chicas me preguntaban y me miraban ¿viste? ah me dicen ‘porque hay pica’, que se yo, le digo ‘sí, pero yo no estoy incluida, yo no estoy metida en esos quilombos de ustedes. Yo vengo acá a estudiar, no vengo a romper los huevos’.

Así, para las jóvenes no era frecuente que la pertenencia al barrio fuera motivo de conflictos. Si bien ellas podían hacer uso de la violencia, enfrentarse y rivalizar con otras jóvenes y frecuentar espacios de sociabilidad masculina como las *juntas*, en tanto dichas prácticas suelen ser representadas socialmente como propias de las masculinidades, ello podía poner en cuestión su feminidad. Y dada la fuerte carga normativa del orden binario de sexo/género/deseo, quienes

realizan estas prácticas suelen ser estigmatizadas, por ejemplo a partir de la idea de “marimacho” y su sentido peyorativo, tal como expliqué retomando el relato de Fabiana.

Especialmente, a medida que crecen, el honor de estas jóvenes se encuentra cada vez más evaluado en función de su posibilidad de casarse y ser madres y, por ende, de abandonar andadas en *la calle* y prácticas violentas, para cumplir adecuadamente las funciones de cuidado. Saraví (2004) afirma que “la transición familiar –ya sea a través del matrimonio, las uniones consensuales o la maternidad– brinda a las mujeres jóvenes un mecanismo socialmente aceptado de adquirir un nuevo status o rol. El inicio de una nueva familia ofrece a las jóvenes nuevas actividades y responsabilidades pero, lo que es más importante aún, les asigna una nueva identidad social como esposas, madres o amas de casa” (p. 43). Así, como dice Fonseca (2004) fundamentalmente el honor de la mujer adulta se construye a partir del ser buena madre y esposa, de la dedicación al hogar y a las tareas domésticas. Es posible pensar que en este proceso se pone en juego una idea de *rescate*, que no solo implica abandonar *juntas* o “andadas” con los varones, sino también restringir las salidas y fiestas, así como los vínculos sexo-afectivos.

Tamara: Yo antes era re zorrita, ¡re!... y después empecé a... se ve que... no sé, no sé qué me pasó y ya no quiero estar con ningún chico, y si estoy con alguno, estoy con ese solo.

Soledad: Yo no me juntaba en la esquina, yo iba más que nada a las casas, íbamos a bailar y nos juntábamos ahí. Bueno sino a la casa de ella (Eugenia), nos quedábamos afuera, con los hermanos de ella y los amigos.

Eugenia: Sí, pero ahora tenemos todos hijos.

Soledad [Riéndose]. Sí, ya no podemos.

Tal como mencioné en el capítulo anterior, la sexualidad juega un rol central en relación al honor femenino: las jóvenes son evaluadas y juzgadas en función de sus prácticas sexo-afectivas. Y, especialmente, en la medida en que crecen se espera que formen pareja y limiten su sexualidad a la misma. Pero dicho honor no depende de la capacidad de hacer uso de la violencia, ni de sus andadas en *la calle* –en gran medida asociadas a una sexualidad moralmente cuestionable–, sino por el contrario, ello puede implicar ponerlo en cuestión, por lo cual, muchas veces estas prácticas son rechazadas y desvalorizadas.

A la hora de comparar las conflictividades de varones y mujeres jóvenes se puso en evidencia que las violencias entre mujeres suelen ser de menor intensidad y letalidad que aquellas en las que los varones intervienen, ya sea ejerciendo violencias contra mujeres<sup>190</sup> o en conflictos entre varones. ¿Cómo es posible explicar esta cuestión? En línea con los planteos que vengo desarrollando, propongo algunas hipótesis explicativas.

---

<sup>190</sup> Ver capítulo 5.

Una cuestión central se vincula con el hecho de que para los varones la capacidad de hacer uso de la violencia constituye un aspecto central para la construcción de masculinidades, mientras que, por el contrario, la construcción de feminidades hegemónicas supone rehusar dicha práctica. El honor femenino no depende de la fortaleza y valentía de las mujeres, ni de su capacidad de defensa y protección hacia otros, por lo cual rechazar el uso de la violencia no suele implicar un demérito. Para las mujeres, el hecho de declinar ofertas de enfrentamiento y no pelear, muchas veces aparece como una forma valorada de resolver los conflictos, a diferencia de lo que sucede con los varones quienes experimentan mayores presiones para hacer uso y *responder* a partir de la violencia, en tanto de ello depende el resguardo de su honor masculino. A su vez, para las mujeres, los lazos derivados de la pertenencia a familias, grupos de amigos o barrios, no redundan en obligaciones de protección mutua. Tal vez por ello, en sus historias no aparecen relatos de venganzas sucesivas, sino más bien conflictos puntuales que de una forma u otra terminan resolviéndose o por lo menos, aplacándose. Por el contrario, para los varones, dichos lazos suelen conllevar al establecimiento de relaciones de protección recíproca o incluirlos como garantes de la seguridad de otros, como, por ejemplo, las mujeres allegadas.

En segundo lugar, las diferencias en la intensidad de las violencias en función de los géneros, también se vincula al hecho de que las armas de fuego sean, casi exclusivamente, de portación masculina. En los casos de peleas o enfrentamientos entre mujeres no solía haber presencia de armas, ni blancas, ni de fuego, cuestiones que sí aparecían con mayor frecuencia en los enfrentamientos entre varones. Tal como señalan Otamendi y DerGhougassian (2017) existe un desbalance entre las pocas mujeres portadoras de armas de fuego y la gran cantidad de víctimas de la violencia armada. A diferencia de lo expuesto en el caso de los varones, para algunos de los cuales, la portación de armas puede servir para la construcción de prestigio y de ciertas formas de masculinidad hegemónica, las mujeres no suelen recurrir a las armas como elemento para su construcción identitaria (Mistura en Tessa, 2013). Y, como han señalado ciertos estudios (Briceño-León, 2002; DerGhougassian y Fleitas, 2007; Otamendi y DerGhougassian, 2017), la presencia de armas de fuego incrementa la nocividad de los conflictos y aumenta la probabilidad de letalidad. Asimismo, estas representan una amenaza, lo cual agrega mayor conflictividad a las interacciones cotidianas. De todos modos, a diferencia de otros trabajos en los que la gran presencia de armas de fuego se traduce en una elevada letalidad en diversas conflictividades barriales (Cozzi, 2018), en las zonas por las que transitó, estas si bien están presentes y aparecen como de relativo fácil acceso, no están tan popularizadas. Muchas veces los conflictos entre varones incluyen la presencia de elementos tales como armas blancas, botellas, palos y/o piedras, pero sin armas de fuego. Por el contrario, las peleas entre mujeres

frecuentemente son “a las piñas” o “agarrándose de las mechas” y estos distintos elementos suelen estar ausentes.

## 5. Conclusiones del capítulo

En el presente capítulo muestro algunos modos en que los varones y mujeres jóvenes de estos barrios usan de manera diferente a la violencia y a la vez cómo estos usos diferenciales contribuyen a la construcción de los géneros. Evidencio ciertos efectos del género en la producción, desarrollo y gestión de determinados conflictos barriales y, asimismo, cómo a partir de ellos se producen determinadas masculinidades y feminidades. Las posibilidades desiguales de varones y mujeres de recurrir a la violencia física como un recurso se asocian a diferencias en términos de la capacidad para protegerse a sí mismx y a otrxs y/o de ser protegidx, diferencias que también se vinculan con relaciones de poder y dominación. Estas distintas relaciones con la violencia no solo son efectos de las construcciones de género, sino que a la vez resultan constitutivas de ellas. Particularmente, muestro cómo para algunos varones ciertas prácticas violentas y delictivas constituyen un recurso fundamental para construir *respeto*, lo cual se asocia a la posibilidad de evitar victimizaciones y a la vez, a la capacidad de proteger a familiares, amigxs y allegadxs, cuestiones claves en la construcción de sus masculinidades. Por el contrario, las jóvenes usualmente son construidas socialmente como más vulnerables y sobre ellas pesan mayores regulaciones para rechazar el uso de la violencia ya que ello puede poner en cuestión su feminidad.

En los barrios por los que transité, muchos de los conflictos entre jóvenes varones están guiados por la máxima de resguardar y/o ganar *respeto*, cuestiones íntimamente asociadas a determinados imperativos de la masculinidad hegemónica, tales como la invulnerabilidad, la competencia y la jerarquía. Esto resulta fundamental para comprender no solo violencias y enfrentamientos entre jóvenes pertenecientes a *juntas*, barrios o familias distintos sino, además, conflictos o peleas que se desarrollan al interior de los propios grupos de amigos, conocidos, parientes o allegados.

Por su parte, si bien algunas de las jóvenes se involucran en peleas entre chicas, a diferencia de muchos varones, ellas sienten menos presiones por *responder* y participar en diversos conflictos. El hecho de declinar ofertas de enfrentamiento y no pelear, suele aparecer como una forma valorada de resolver los conflictos, a diferencia de aquellos para quienes usar la violencia –ya sea para defenderse a sí mismos o para proteger a otrxs– puede resultar un imperativo para resguardar su honor masculino y no ser considerados “cagones” o “giles”. La construcción de feminidades hegemónicas en estos barrios o, dicho de otro modo, la defensa de su honor en tanto

mujeres, usualmente no depende de la fortaleza y valentía, ni de su capacidad de defensa y protección hacia otrxs. Así, las mujeres no necesariamente tienen que *responder* e involucrarse en los conflictos. Por el contrario, al hacerlo pueden transgredir ciertos ideales sociales de la feminidad como, por ejemplo, el de la mujer “tranquila” o “calmadita” que no recurre a la violencia. Ello puede implicar sufrir ciertas “sanciones morales” como, por ejemplo, ser consideradas “marimachos”, “brutas”, “salvajes” o “raras”. Identidades estigmatizadas que suponen formas de disciplinamiento sobre las jóvenes y sus acciones.

En este capítulo muestro cómo las redes vinculares son centrales para gestión de conflictividades y los modos en que a partir de los lazos sociales se desencadenan expectativas de protección, las cuales suelen estar atravesadas por la dimensión de género. Para muchos varones resulta fundamental –en la construcción de sus masculinidades– la posibilidad de defenderse y, a la vez, de proteger a familiares, amigxs y allegadxs. Tanto las relaciones entre conocidos y amigos dentro de las *juntas*, como los vínculos familiares y de parentesco, así como la pertenencia al barrio, pueden dar lugar a identificaciones compartidas asociadas a un *respeto* colectivo y de la mano de ello al establecimiento de vínculos de reciprocidad en la protección o “solidaridades viriles”, los cuales aparecen como aspectos centrales para analizar la producción y el procesamiento de ciertos conflictos y violencias entre varones. Pero también, los lazos sociales contruidos a partir de la participación en tales ámbitos promueven relaciones de protección para con otrxs, como por ejemplo las mujeres, contruidas como más vulnerables. Especialmente, para los varones que forman parte de su círculo familiar y de allegados, resulta clave protegerlas frente a las violencias ejercidas por parte de otros varones, lo cual explica muchas de las conflictividades barriales masculinas. De la mano de ello, a partir del ejercicio de ciertas violencias hacia las mujeres, algunos jóvenes pueden desafiar a aquellos otros que deberían protegerlas, y en este sentido, en ocasiones ellas resultan víctimas de enfrentamientos entre varones. Así, la relación entre masculinidad y protección –o más precisamente, el hecho de que la protección resulte un mandato para muchas masculinidades– aparece como un elemento clave para comprender ciertos conflictos barriales: muchos de ellos se producen en función del imperativo en torno a la protección y defensa de otrxs, especialmente familiares y allegadxs. Justamente, el análisis en torno a la construcción de un *respeto* colectivo y a la *espalda* permitió comprender cómo muchos conflictos y violencias deben ser explicados teniendo en cuenta la participación de los jóvenes en relaciones que demandan su involucramiento en conflictos para proteger a otrxs, especialmente para ser considerados “más hombres” o “verdaderos hombres”.

Por otro lado, para las jóvenes, los lazos derivados de la pertenencia a familias, grupos de amigas o barrios, no suelen redundar en obligaciones de protección mutua –y menos aún, de

protección hacia los varones—. Tal vez por ello, en sus historias no aparecen relatos de venganzas sucesivas, sino más bien conflictos puntuales que de una forma u otra terminan resolviéndose o por lo menos, aplacándose.

Así, el capítulo muestra cómo en función de las tramas relacionales —especialmente los lazos sociales contruidos en grupos de pertenencia— se organizan y gestionan muchos de los conflictos producidos en estos barrios —previniendo algunos y produciendo otros— así como el lugar del género en dicha trama. Las construcciones de género resultan centrales para comprender las formas en que estos conflictos se organizan, así como los modos en que ciertxs actorxs resultan o no involucradxs en determinada disputa y el rol que les cabe en la misma.

El capítulo también muestra cómo estxs jóvenes muchas veces se desentienden de ciertas expectativas que pueden pesar sobre ellxs en función de su género. Así, varios varones se rehúsan a participar de este tipo de enfrentamientos y ponen en cuestión los elementos que orientan tales disputas por *respeto*, aunque ello no necesariamente los libre de las victimizaciones que puedan sufrir por parte de otros. En ocasiones estos jóvenes pueden ser considerados como “giles” o “cagones” y resultar molestados. Por su parte, algunas jóvenes ejercen violencias pese a quedar expuestas a sanciones morales que las construyen como “machonas”. Y fundamentalmente, el análisis muestra cómo la violencia es usada por ellxs de manera situacional y contextual, aunque evidenciando las diversas maneras en que usualmente es significada y practicada por unos y otras.



## CAPITULO 4: LOS ROBOS EN LA TRAMA RELACIONAL BARRIAL

### 1. Presentación

Uno de los sábados en el barrio Los Mirasoles, mientras charlábamos con lxs jóvenes en el marco de los talleres de La Organización, lxs chicxs se pusieron a hablar de una foto que había subido el Tuki a Facebook. En la foto, el Tuki posaba erguido de espaldas, con su torso desnudo, shorts, zapatillas y gorra, en el medio de la calle. Acompañando la foto, tenía un fragmento de un tema musical de Esteban el As, llamado “Sigo en la mía”: “Estoy acostumbrado a ser el malo, y creo que hasta me gusta, en algún punto lo disfruto, los buenos solo buscan redención la lástima es horrible. ¡¡¡Tírame sin miedo que no me asusto!!!”. El Tuki se puso a contar que solía escuchar bastante la música de Esteban el As y también de Fili Wey y nos pusimos a hablar de los estilos de música. A raíz de eso, las chicas de La Organización propusieron que para el próximo sábado cada unx lleve algún tema de música que le guste y que cuente por qué lo eligió. Al sábado siguiente, cuando llegué al barrio, había comenzado el nuevo taller y lxs jóvenes ya se encontraban tomando mates en ronda y charlando sobre la música que habían seleccionado.

El Tuki había llevado un tema de Esteban el As y Fili Wey llamado “¿Por qué será?” y lo reprodujimos desde su celular para escucharlo entre todxs. Le preguntamos por qué seleccionó ese tema y dice que se sentía identificado con algunas cosas y nos selecciona un fragmento que a él le gustaba, porque sentía que eran cosas que efectivamente pasaban en el barrio:

“Como cualquier chico de la calle tuve fierros  
Bondi, chascarrillos, jodas, bailes con mis perros  
Solo el amor de mi madre que nunca me juzga yo me aferro  
Por qué no me traicionan y abandona el encierro  
Yo escuche los llantos, escuche los gritos  
De madres de amigos sobre el cajón de los pibitos  
Vi transformaciones de buenitos en malditos  
Como un pibe sano se hace ñeri del delito  
Falta de futuro y de trabajo pa las villas  
Pibes que consumen pasta base y más pastillas  
Los ricos nos quieren a los pobres de rodillas  
Guacho abrí los ojos y pregunta ¿Por qué será?”

El Tuki nos dice que eso de tener fierros<sup>191</sup> es algo que pasa y que se ve en el barrio. También menciona el caso de su hermano, que murió hace cuatro años en un enfrentamiento con otros pibes del barrio lindante. Tamara y Pilar, si bien están en la ronda, por momentos escuchan, pero en general se quedan hablando entre ellas y no participan mucho. Damián, si bien llega tarde, enseguida se integra y empieza a hablar de los pibes que están en la esquina, dicen que muchas veces los vecinos los discriminan. El Tuki dice que también en ocasiones ellos se juntan en la plaza, hacen fuego y escuchan música y que los vecinos los quieren echar pero que igual ellos “no les pasan cabida”. Sale el tema de las drogas, y dicen que hay muchos pibes que consumen y a veces eso genera conflictos. (Nota de campo)

Lo charlado aquel día es solo un ejemplo de algo que también noté en muchos otros encuentros y conversaciones casuales: muchos de los jóvenes tienen acceso y consumen

---

<sup>191</sup> Armas de fuego

producciones culturales que recuperan aspectos de sus experiencias barriales y con las que se identifican. En muchas charlas los jóvenes me hablaron de distintas canciones, videos, cortos o series que tematizan aspectos de la vida de jóvenes varones de sectores populares, y especialmente, ciertas problemáticas asociadas a experiencias vinculadas al tema de las *juntas*, la delincuencia, las drogas y ciertos conflictos, violencias y malestares vinculados a ellas<sup>192</sup>. Al igual que El Tuki, varios jóvenes publicaban en su Facebook algún tema musical o fragmentos de las letras. También, muchos seguían un estilo estético que convergía con tales producciones culturales, lo cual se hacía visible, entre otras cosas, en la vestimenta utilizada. A su vez, y como se muestra en el ejemplo mencionado, los jóvenes seleccionan ese tipo de música y esos fragmentos porque sienten que habla de cosas que pasan en su barrio, que les pasa a ellos y a otros jóvenes, es decir, se sienten reconocidos por las historias y experiencias que aparecen e interpelados por ellas.

Pero aquí me interesa no solo señalar la existencia de un repertorio de producciones culturales que retoman las experiencias de los jóvenes y con las que se identifican, sino también y particularmente, el hecho de que no aparentaba suceder lo mismo con las jóvenes. Toda la música sobre la que nos quedamos conversando era producida por varones y versaba sobre cuestiones relativas a la vida de los jóvenes de sectores populares, pero no surgió nada desarrollado por mujeres donde se relate en primera persona la vida de ella. En las canciones elegidas, así como en el debate realizado a partir de las mismas, tendían a invisibilizarse las experiencias específicas de las mujeres y quedar subsumidas en las de los varones. Por su parte, tanto Sabrina, como Pilar y Tamara –si bien en general suelen hablar bastante– ese día estaban calladas, hablando entre ellas. Tampoco se interesaron demasiado por la actividad, ni propusieron ningún tema musical para escuchar. Es posible pensar que sus silencios muestran que esas experiencias no las interpelan de manera directa: aquella música ampliamente popularizada en los barrios y su estética asociada, no necesariamente habla de sus prácticas. Tal situación expresaba cierta ausencia de narrativas y producciones culturales<sup>193</sup> que tematicen sobre las implicancias particulares asociadas al construirse como mujeres en barrios de sectores populares y las especificidades de sus experiencias, las cual permanecen en mayor medida invisibilizadas.

---

<sup>192</sup> Especialmente conocían y hablaban de César González (cineasta, productor musical y poeta) y sus producciones audiovisuales, así como también de las creaciones musicales de Esteban el As (productor musical, escritor, compositor y rapero) y Fili-Wey (rapero argentino), entre otros.

<sup>193</sup> Para poner un ejemplo, en línea con esta mayor ausencia, César González produjo “Atenas” (estrenada en 2019) la cual tematiza sobre las experiencias de una mujer villera, decisión que, según dice, resultó de un replanteo en relación al lugar de la mujer en sus otras películas: “no solo en mis películas anteriores había más cantidad de personajes hombres, sino que cualitativamente tenían más peso que la mujer” (González en Ponzinibbio, “Que puede el cine. Entrevista a César González”. Revista Pulsión, n°7, año 3).

Tal como ha sido señalado (Rossini, 2003; Míguez, 2006; Míguez, 2008; Rodríguez Alzueta y Garibaldi Noya, 2016), en las últimas dos décadas se han difundido en los jóvenes de sectores populares la construcción de identificaciones que invierten los estigmas que los construyen como “vagos”, “chorros” o “barderos”, y reivindican ciertos elementos vinculados a la delincuencia y la violencia, lo cual se pone de manifiesto en la expansión de ciertas producciones culturales, tales como el estilo musical de la cumbia villera o el hip hop. Así, Rossini (2003) afirma que los jóvenes de sectores populares adoptan las prácticas y estéticas del mundo delictivo, de los ‘pibes chorros’, por medio de las cuales reafirman rasgos masculinos a través de una simbología de la violencia, la rudeza y el peligro. Y muchos estudios han señalado los modos en que los jóvenes varones de sectores populares pueden practicar ciertos delitos –especialmente robos– para la construcción de una imagen positiva entre sus pares, para la provisión económica o para la diversión (Rossini, 2003; Kessler, 2004a; Míguez, 2004; Míguez, 2008; Tonkonoff, 2007; Cozzi, 2013; Cabral, 2015; Rodríguez Alzueta, 2016a). Sin embargo, las participaciones en delitos contra la propiedad –del mismo modo que la participación en *juntas*, el uso de la violencia física, la portación de armas y el consumo de drogas y alcohol<sup>194</sup>– no aparecen de igual modo disponible para las mujeres como recursos; por lo cual, estas acciones son fundamentalmente –aunque no de manera exclusiva– practicadas por los jóvenes. En este capítulo me dedico a analizar tales prácticas, particularmente robos, por lo cual a simple vista ellos son los principales protagonistas. Sin embargo, un análisis más profundo permite evidenciar los modos en que las mujeres también están presentes en estas acciones, de manera explícita o implícita. Y ello en diversos sentidos: ya sea como quienes deben quedar excluidas de las posibilidades de robar –en tanto ello atenta contra su feminidad–; como quienes no deben ser robadas –al ser consideradas inferiores o vulnerables–; y finalmente, como parte de los motivos para realizar estas prácticas –y así, mantener a su familia– o para abandonarlas –dada la centralidad de las mujeres en el *rescate* de los varones–.

A partir del análisis muestro, la multiplicidad de sentidos que este tipo de prácticas pueden tener en función de lxs actores y los diversos contextos de actuación, así como los usos situacionales de las mismas, distanciándome de las representaciones sociales que construyen fronteras más rígidas entre los “delincuentes” y los “no delincuentes”. A su vez, destaco que la trama relacional constituye un aspecto clave para comprender ciertos delitos contra la propiedad en el contexto del amplio inter-conocimiento barrial, y brindo nuevos elementos para interpretar algunas de las relaciones presentes entre estos y otras formas de violencias como los delitos contra las personas.

---

<sup>194</sup> Ver capítulos 2 y 3.

## 2. Participación en acciones delictivas

### 2.1. *En búsqueda de dinero, diversión y respeto*

Una de las cuestiones que adquirió gran relevancia en los trabajos sobre delito juvenil fue la pregunta por las experiencias delictivas y, particularmente en los estudios desarrollados en el país en la primera década del 2000 (Míguez, 2002; Míguez, 2004; Míguez, 2008; Rossini, 2003; Kessler, 2004a; Tonkonoff, 2007), por la participación de jóvenes de sectores populares en delitos contra la propiedad. Estos trabajos destacaron diversas finalidades que podían tener este tipo de acciones, tales como la obtención de recursos económicos, la construcción de formas de identificación positivas entre pares y/o la búsqueda de emociones y diversión, entre otras, especialmente en contextos de privaciones materiales o simbólicas. Estas cuestiones también aparecieron en mi trabajo de campo con jóvenes, aunque a partir del mismo comprendí que este tipo de acciones debían ser estudiadas teniendo en cuenta otras conflictividades y violencias que formaban parte de las interacciones barriales y particularmente de la sociabilidad juvenil masculina. De este modo, la trama relacional del barrio constituía un aspecto clave para comprender tales prácticas.

Del mismo modo que ha sido señalado en varios trabajos (Kessler, 2004a; Tonkonoff, 2007) la práctica del robo como medio para la obtención de dinero o bienes apareció en reiteradas ocasiones a lo largo de mi trabajo de campo. “Necesitan plata y te roban” (Nicolás) constituía un argumento explicativo de varios de los delitos contra la propiedad cometidos por jóvenes del barrio. Algunos mencionaron que en determinado momento ellos o sus amigos habían cometido ciertos robos con el objetivo de conseguir recursos económicos. Asimismo, tales bienes también podían servir para finalidades diversas. Por ejemplo, para la provisión y subsistencia económica, especialmente, en el caso de los robos cometidos por jóvenes varones más grandes o adultos que tenían familia.

Mateo: La gente... no te digo que es la solución eh, yo gracias a Dios no lo hice, ojalá que nunca lo haga, pero de la misma desesperación tiene que salir a robar para darle de comer a la familia. Si no tiene trabajo, tenía trabajo y lo echan.

La obtención de recursos para la provisión familiar adquiere centralidad para los varones en tanto la masculinidad hegemónica se asocia –entre otras cuestiones– a la función de sustento económico del hogar (Olavarria, 2001). También, y tal como ha sido señalado por Kessler (2013), en el contexto de recuperación socioeconómica y aumento del consumo post 2003, el dinero o los bienes sirven como estrategias de distinción, de modo que gran parte de los delitos ya no se explican como formas de supervivencia sino como medios de acceso a bienes deseados y valorados, cuestiones centrales en la construcción de la subjetividad de los jóvenes.

Javier: Sí, una banda de amigos tengo que robaban.  
 Paz: Pero ¿por necesidad o por qué?...  
 Tuki: No.  
 Javier: Por necesidad no, por diversión...  
 Tuki: Ya no se roba por necesidad.  
 Paz: Por diversión, ¿en qué sentido?  
 Javier: Algunos por la adicción ponele, porque son adictos a las drogas, roban para comprar drogas, robar celulares.

A su vez, y tal como ha señalado Tonkonoff (2007), los recursos adquiridos por medio del robo pueden luego destinarse al ocio y el consumo ligado a éste, cuestiones centrales en la sociabilidad al interior de las *juntas*:

Nicolás: Hacíamos negocio lo que habíamos luqueado<sup>195</sup> y tomábamos droga, tomábamos cocaína. (...) Pero era casi toda la misma mierda, terminábamos siempre en la misma, re manija<sup>196</sup>, en una esquina, mirándonos las caras, corte moviendo la mandíbula re manija. Porque te tomás un chifle<sup>197</sup> y no es lo mismo que marihuana o estar careta<sup>198</sup>, te tomas un chifle de droga, cocaína, y querés otro, como que te lleva a querer más y vos pensás ‘¿de dónde saco plata?’ tengo que hacer maldades y se regala uno y bueno.

Es decir, algunos delitos contra la propiedad se orientan por la búsqueda de recursos económicos, los cuales, a su vez, pueden tener diversas finalidades: el sustento económico, la adquisición de bienes valorados como estrategias de identificación y distinción, y/o el ocio y consumo ligado a la sociabilidad, entre otras. Gabriel Kessler (2004a, 2010a, 2013) ha desarrollado importantes estudios para comprender las dinámicas y fenomenología de los delitos contra la propiedad cometidos por jóvenes, principalmente varones, señalando tanto el carácter instrumental como la dimensión experiencial que pueden tener este tipo de acciones<sup>199</sup>. Estos aportes fueron centrales para interpretar ciertos sentidos que tenían tales prácticas para algunos jóvenes que conocí y comprender ciertas emociones ligadas a ellas. Por ejemplo, Nicolás destacaba la adrenalina y diversión que implicaba realizar tales acciones:

Nicolás: Lo hacía nomás por diversión, por el momento que me tocaba, que se yo, me levantaba con un buen día, que se yo, me agarraba la adrenalina y salíamos, que se yo, una o dos personas...

Es decir, tanto la búsqueda de dinero y bienes, como la diversión contenida en tales acciones pueden servir para explicar ciertos delitos contra la propiedad. Por otro lado, y del mismo modo que ha sido señalado en los trabajos de Míguez (2004, 2008)<sup>200</sup>, los robos cometidos por los

<sup>195</sup> Conseguído, robado.

<sup>196</sup> “Manija” se refiere a quedarse con ganas de seguir haciendo algo.

<sup>197</sup> Cocaína.

<sup>198</sup> Sin consumir drogas.

<sup>199</sup> Tal como mencioné en la introducción, si bien el autor destaca ambos aspectos, en su análisis enfatiza en la primacía de la razón instrumental.

<sup>200</sup> De la mano de esta cuestión, Míguez afirma la existencia de una “subcultura delincuente” con códigos culturales propios alternativos a los hegemónicos. Para el autor, los jóvenes que delinquen producen una habituación alternativa a la convencional, en la que el uso de la violencia física para la regulación de las relaciones sociales y la transgresión de la ley aparecen como elementos de integración endogámica. Gomez (2011) ha cuestionado estas

jóvenes en el barrio también tienen dimensiones expresivas ligadas a la construcción de formas de identificación positivas. Tal como mencioné en el capítulo anterior, la participación en este tipo de eventos puede abonar a la construcción de *respeto*. Para los jóvenes que conocí resultaba relevante “ser alguien”, es decir, obtener reconocimiento. Y, entre otras cuestiones, algunos buscaban ese reconocimiento a partir de los enfrentamientos con otros varones, de la participación en acciones delictivas –particularmente robos y hurtos– y/o las experiencias en centros de detención. Estas prácticas pueden funcionar para los jóvenes como recursos contextuales y situados a partir de los cuales abonar a la construcción de *respeto* en el marco de las relaciones barriales, en línea con ciertos imperativos del modelo de masculinidad hegemónica. A su vez, esto permite explicar otra cuestión que observé en mi trabajo de campo en el barrio: algunos jóvenes buscaban presentarse a sí mismos como con trayectorias o experiencias delictivas, es decir, exteriorizar una imagen ligada a lo delictivo y adoptarla como una fuente de orgullo. En este sentido, dichas experiencias eran frecuentemente relatadas como hazañas, especialmente en el marco de la sociabilidad juvenil masculina barrial:

Miguel: Acá si robás todos se enteran, porque salen todos re orgullosos a contarte lo que hicieron, como si fuese que robaron, no sé, un banco. Te robás una garrafa y ya lo cuentan a todos.

Incluso jóvenes que carecían de este tipo de prácticas, en ocasiones narraban historias como si las tuviesen, buscando presentarse a sí mismos con tales experiencias. Por ejemplo, en mis primeras visitas al barrio y charlas con los jóvenes, Lucas me había comentado que unos años atrás había realizado un “escruche”<sup>201</sup> y había obtenido una suma importante de dinero. Pero luego, en charlas posteriores, me confesó que dicha anécdota no era cierta y que solo había realizado pequeños hurtos. Del mismo modo, me comentó que cuando era adolescente se creía “re groso”<sup>202</sup> por cometer tales prácticas. En este sentido, la comisión de ciertos robos puede servir para construir una imagen valorada y en ocasiones los jóvenes realizan una performance resaltando elementos ligados a la delincuencia y atributos asociados a ella, tales como la valentía y la rudeza. Esta misma cuestión es señalada por Rodríguez Alzueta y Garibaldi Noya (2016) quienes utilizan el término “pibe chorro hiperreal” para señalar la existencia de jóvenes que se apoyan en el “mito” y el estigma del “pibe chorro” para construirse a sí mismos. Tal como señala Kessler (2010b) de la mano de la consolidación del problema de la “inseguridad” como preocupación de primer orden en el país, a inicios del nuevo siglo se fue consolidando la

---

ideas, particularmente las presentes en *Delito y cultura: los códigos de la ilegalidad en la juventud marginal urbana*, al señalar que si bien dicho estudio ofrece aportes valiosos sobre diversas cuestiones puntuales, al enfocarse en la “delincuencia” deja fuera de foco la articulación de prácticas delictivas con muchas otras prácticas cotidianas: “el recorte sobre una subcultura delictiva, definida por la transgresión, no es un camino apropiado si se quiere dar buena cuenta de las complejidades y variantes de este campo social” (p. 258).

<sup>201</sup> El escruche es una modalidad de delito que consiste en el acceso a una vivienda en la que no hay gente.

<sup>202</sup> Importante.

representación mediática de los “pibes chorros”, caracterizados por una estética particular y por la cumbia villera como estilo musical, cuyas letras celebraban sus delitos. Rodríguez Alzueta y Garibaldi Noya (2016) señalan que muchos jóvenes se sirven de esta construcción “mítica” para actuar un personaje por medio de palabras, gestos y movimientos, identificándose con dicha figura y así creando una realidad que no existía previamente.

En resumen, las prácticas de delitos contra la propiedad cometidos por los jóvenes en el barrio pueden orientarse por diversos sentidos y finalidades, tales como la obtención de recursos económicos, la construcción de formas de identificación positivas y/o la búsqueda de emociones y diversión. De este modo, tal como afirma Young (2008), es importante comprender el delito –y particularmente, aquí me refiero a los delitos contra la propiedad– articulando las ideas mertonianas con la visión katziana y reconociendo los aspectos instrumentales, expresivos y experienciales que pueden tener este tipo de prácticas, especialmente en contextos de privaciones relativas materiales y falta de reconocimiento simbólico.

Sin embargo, las participaciones en delitos contra la propiedad –así como los enfrentamientos con otros jóvenes, la participación en *juntas*, el uso de la violencia física, la portación de armas y el consumo de drogas y alcohol– no aparecen de igual modo disponible para las mujeres como recursos para la construcción de una imagen positiva, así como tampoco para la provisión económica o para la diversión. Estas acciones, y especialmente las delictivas, son usualmente practicadas por varones. En mi trabajo de campo, en solo unos pocos casos me mencionaron de mujeres que robaban y, en ellos, dichas prácticas ponían en tensión su construcción femenina. Así, al referirse a ciertas chicas que lo hacían en el asentamiento Los Eucaliptos en el que Camila moraba, decía “robaban como si fuesen un hombre”.

Camila: A mi hermana venían y la robaban o la cagaban a palos.

Paz: Pero, ¿la robaban las pibas o los pibes?

Camila: ¡Las pibas! Las pibas te robaban como si fueran un hombre. Era tremendo porque las mismas pibas te robaban.

Así, el significado de ser mujer joven que Camila enuncia resulta casi incompatible con robar. Generalmente, en estos barrios, los robos están tan asociados a la masculinidad que la realización de este tipo de acciones por parte de mujeres las masculiniza. Del mismo modo, las actividades caracterizadas como *bardo*, es decir, “hacer maldades” y/o generar molestias de diversa índole –como, por ejemplo, romper cosas o realizar pequeños ilegalismos–, son socialmente consideradas en estos barrios como masculinas. Esta asociación se puso de manifiesto en una de mis charlas con Carolina y Tamara en Los Mirasoles.

Las chicas se ponen a hablar del rap y Tamara cuenta que, por más de que se vista así [femenina], le encanta hacer ese tipo de cosas más masculinas, como rapear. Carolina dice que a ella le re gusta vestirse con ropa más masculina. Saca su celular y me muestra una foto donde esta vestida con un look andrógino de un estilo urbano, tipo skate, con gorra, musculosa sin mangas y un pantalón ancho. Me sorprendió que no se le veía el pelo y dice que se lo recogían y ponían detrás de la gorra para parecer varones. Así, me cuenta que en una ocasión usaron dicha vestimenta para salir con sus amigos a “hacer maldades”, como, por ejemplo, tirarles piedras a las ventanillas de los autos. (Nota de campo)

Tal asociación existe entre el bardo y el delito y la masculinidad que para realizar estas actividades las chicas se vestían “como varones”. Así, dichas prácticas eran construidas como incompatibles con la feminidad. Ello no implica que las mujeres no las realicen, sino más bien que las significaciones que rodean estas prácticas y su carga normativa pueden adquirir distinciones según género. De manera similar, Saintout, en su trabajo realizado con mujeres menores de 21 años privadas de su libertad por robo u homicidio, señala la inexistencia de una forma de construcción identitaria positiva disponible para las mujeres que se construya en torno a estas prácticas, ellas “ni siquiera pueden ser chorras”, “ni siquiera pueden ser partícipes de esa subcultura de la que hablábamos antes<sup>203</sup>, ya que de hacerlo tienen que hacerlo como apéndice, como mala copia de los varones, como no mujeres” (p. 150). Por su parte, en su estudio Cozzi (2018) encuentra un caso excepcional de una joven que participaba del “ambiente” y que “andaba a los tiros”, sin embargo, a diferencia de otros varones, a ella no le gustaba “tener cartel”, sino más bien el mismo le era impuesto y le generaba malestar. Asimismo, en función de tales prácticas, aparecía desde las miradas externas como masculinizada y hasta caracterizada como “tortillera”. Ello permite pensar que este tipo de delitos y/o prácticas violentas atacan contra la feminidad y, en tanto tales, significan desprestigio para las mujeres que las practican. Como señala Halberstam (2008) la masculinidad no siempre significa poder, por el contrario, la masculinidad femenina amenaza el sistema de género y, en ese sentido, no puede ser concebida como una versión de la masculinidad de los hombres representada por mujeres.

Este tipo de cuestiones contribuyen a explicar el hecho de que el bardo y los robos sean fundamentalmente practicadas por jóvenes varones. Tal como señalé en el siguiente apartado, para ellos desarrollar este tipo de acciones puede aparecer como algo valorado en tanto gesto de valentía y, por ende, de masculinidad. En cambio, cuando las realizan ellas, significa mayor desprestigio porque pone en cuestión su feminidad. Es posible decir que dicha lógica es intrínseca a la dinámica relacional del orden binario de sexo/género/deseo: si practicar robos puede abonar a la construcción de masculinidad, y si este tipo de identidades se construyen en oposición, entonces inevitablemente estas actividades irán en detrimento de la feminidad. Por su parte, las relaciones de coherencia que pretende producir dicho orden entre ciertas corporalidades

---

<sup>203</sup> Se refiere a la subcultura juvenil del delito.



y ciertas construcciones identitarias, conllevan a la exclusión de las sujetas socialmente mujeres de las mismas. De todos modos, y como también se pone en evidencia a partir de los relatos, algunas de estas jóvenes practican ciertos robos o, incluso también, performan una identidad masculina, revelando el carácter de constructo de dicho orden binario y situándose –aunque sea de manera momentánea– en sus márgenes.

## 2.2. “No querés que tus amigos te vean como un cobarde”

Dentro del grupo de amigos de Matías y particularmente dentro de su *junta* de la esquina, había jóvenes que en ocasiones salían a robar, aunque la gran mayoría no solía hacerlo. Cuando era adolescente, algunas pocas veces Matías realizó este tipo de prácticas. Cuando lo hizo, fue con algún amigo o con su hermano Jorge. Cuenta que iban a otros barrios y entraban a robar a alguna casa o, sino que lo hacían en supermercados o negocios. De todos modos, no frecuentaba tales prácticas, ni en ese entonces, ni en la actualidad. Sin embargo, Matías señala que cuando era adolescente “quería ser chorro” y que en “el círculo del barrio” era bueno “andar en el robo”. Pero a la vez, este deseo Matías lo vincula a una identificación y admiración respecto a jóvenes más grandes de su barrio. Así, cuenta que tanto él como sus amigos adolescentes veían con admiración las experiencias de aquellos jóvenes que, como sus hermanos, eran unos años más grandes y “andaban robando” o “se agarraban a los tiros” y querían imitarlos. Y cuenta que varios de esos amigos comenzaron a robar con ellos:

Matías: La mayoría de los pibes de veinticinco años empezaron a robar con mis hermanos, con mis hermanos de treinta, treinta y dos años. Qué se yo... uno de los pibes que nunca cayó en cana, vos ibas a la casa y parecía un penal, la música que escuchaba, como adornaba la casa, todo. Y eso por ahí porque mis hermanos le hablaban de lo que era estar en cana y esas cosas. Imaginate lo que generaba en los pibes. (...) En su gran mayoría habían salido a robar por primera vez con mis hermanos, se fumaron por primera vez un porro en la casa de mis hermanos...

Matías construye grupos de edad<sup>204</sup> diferenciados y afirma que muchos jóvenes –entre los cuales se incluye– se identificaron con tales experiencias delictivas de las “camadas” más grandes y las retomaron como modelos posibles.

Matías: Antes era mucho robo, mucho querer terminar preso, el vocabulario...

Paz: Pero, ¿querían terminar presos los pibes?

Matías: Yyyy... hubo una edad que sí, que se yo, los pibes de 24, 25 [años], por ahí, por lo que le contaba la camada de 30 años, ¿me entendés?

Del mismo modo que se evidencia a partir del relato, algunos trabajos (Kessler, 2013; Cozzi, 2018) han señalado la importancia de los grupos de pares en las dinámicas de sociabilidad de los jóvenes varones de sectores populares, especialmente en las explicaciones sobre la participación

---

<sup>204</sup> Los grupos de edad son adscripciones etarias generalmente informales propias de las sociedades complejas (Feixa según Chaves, 2010).

de los jóvenes en delitos contra la propiedad o en la venta de drogas. Kessler (2013) señala que en Argentina, a partir de los años 90, se produce un significativo aumento del delito de la mano de las transformaciones estructurales producidas a partir de la implementación de las políticas neoliberales –aumento de la pobreza y la desigualdad, así como de la desocupación e inestabilidad laboral con su consecuente pérdida del lugar central que ocupaba el trabajo para la construcción identitaria–. En los barrios que analiza, dicha situación se tradujo en el hecho de que el delito comience a ser una actividad más extendida y se hallaran muchos jóvenes en los mismos territorios vinculados a tales prácticas, lo cual potenció el peso de los grupos de pares. El autor señala que, en la actualidad, las dos décadas de delito elevado habrían dejado su marca en las cohortes de edad más jóvenes, en tanto el delito se inscribe dentro del campo de sus experiencias posibles. Así, en el período que se inicia a partir del 2003 con la recuperación económica y social, se refuerzan las identificaciones con los grupos locales de pertenencia y la presión de los pares. Presión que –siguiendo al autor– no es únicamente horizontal, en tanto –a diferencia de la etapa previa en la cual los jóvenes hablaban como si fueran una primera camada vinculada al delito– en el nuevo período ya hay una importante presencia de otros que han delinquido antes, de distintas generaciones y grupos de edad, lo cual refuerza el peso de los pares. En este mismo sentido, Cozzi (2018) afirma la existencia de una sedimentación de experiencias al interior del ambiente de la calle y del delito, lo cual tiene su impacto en los nuevos jóvenes que delinquen, en el sentido de que existe un saber o cierta experiencia histórica acumulada que hace posible que este tipo de prácticas se encuentren disponibles para construir reconocimiento a partir de ellas.

Relatos como los de Matías, también sostenidos por otros jóvenes, evidencian que la presencia de varones que se iniciaron en el delito a fines de los 90 tuvo una cierta influencia en los grupos de edad posteriores, abonando a la construcción de representaciones sociales valoradas en torno a ciertas prácticas delictivas y violentas. Es decir, muestra la importancia de la existencia de grupos de varones mayores con experiencias en ciertos delitos, con presencia en los barrios y en las dinámicas de sociabilidad de los jóvenes. Esto contribuyó a que ganara peso la construcción de identificaciones en torno al delito y al uso de la violencia, y figuraran más fácilmente como prácticas que podían ser legítimas, positivamente valoradas, e incluso, promovidas en su ejercicio.

En consecuencia, algunos jóvenes destacan la presión ejercida por sus hermanos o amigos mayores para robar. Por ejemplo, Nicolás, cuando era chico, en algunas ocasiones salió a robar con su hermano o con amigos, un poco más grandes que él.

Nicolás: La mayoría eran todos más grandes, como que yo era un pibe. Y como que me llenaron la cabeza, si total vos sos joven ‘entrás y salís’ pero no es así. Como soy menor de edad... yo compraba con esa, compraba fue soy menor de edad, ni cabida y ahora no, estoy más pillo, o sea, soy menor de edad, pero tampoco me quiero curtir la vida<sup>205</sup>, siempre haciendo lo mismo. Pero ellos no, ellos me decían ‘no, sos menor de edad, entrás y salís, pum, nosotros no, pum’. Y yo como que me llenaban la cabeza en un toque y salía, salía con ellos. Salíamos a robar.

Del mismo modo, el Tuki señala la influencia de los jóvenes más grandes sobre los más chicos en relación a las valoraciones positivas de las prácticas de robos:

Tuki: Porque cuando sos más chico, la gente más grande, también... ¿viste? Por ejemplo, el que roba, viste, siempre va a hablar de él. También viste, capaz que eso llevó a que vos pienses así. Por ejemplo, viste que te decían que, por robar era copado... Igual siempre se te cruza por la cabeza cuando sos pibe (...) en algún momento los guachos buscan eso, ¿viste?

Javier: Sí, por eso.

Paz: Claro, como que hay algo de buscar así...

Leandro: Fama

Tuki: Mala fama

La influencia ejercida por jóvenes más grandes hacia otros de menor edad puede ser interpretada teniendo en cuenta las relaciones de poder y desigualdad existentes en nuestra sociedad –adultocéntrica– entre las generaciones y grupos de edad que definen la superioridad de los adultos o jóvenes mayores sobre las demás edades (Feixa, 1998; Salvia, 2008; Margulis y Urresti, 2008; Chaves 2005; Chaves, 2010; Morales y Magistris, 2018). Y, especialmente, la misma se explica por el rol de los varones más grandes en la construcción de las masculinidades de los jóvenes: tal como ha señalado Olavarria (2001), los otros hombres, fundamentalmente los adultos y los líderes entre los adolescentes, encarnan el referente con el que éstos deben identificarse y el modelo a igualar. Y particularmente, el ámbito de la calle constituye un espacio privilegiado para la socialización masculina y para el aprendizaje de los códigos de la masculinidad a partir de la interacción de los adolescentes con jóvenes más grandes (Nascimento, 2011). En línea con esto, Previtali (2014) afirma que en la trama relacional del barrio que estudia, los jóvenes mayores se constituyen en referentes para los más pequeños, marcando las pautas de comportamiento que los niños y jóvenes seguirán para construirse en tanto verdaderos hombres. De este modo, la autora señala que esos procesos identitarios abonan a la construcción social y cultural de las maneras de devenir varones según las formas legitimadas de “andar en la calle”.

Pero, la promoción de dichas prácticas, o más aún, la presión para su ejercicio, puede realizarse no solo generacionalmente o entre grupos de edad, sino también de manera horizontal entre pares. En función de este tipo de presiones, Javier explica el involucramiento de sus primos

---

<sup>205</sup> Pasar la vida.

con la comisión de robos, y al mismo tiempo, agradece haberse mudado de Rosario lejos de tal influencia:

Javier: Con mi primo, ese, es con el que más me llevo yo, porque nos criamos de chicos. Pero yo gracias a Dios me vine para acá, porque si seguía allá no sé qué iba a pasar.

Paz: ¿En qué sentido?

Javier: En que mis primos ya agarraron de más la droga, todo eso, empezaron a robar, todo. Ya están re perdidos, en cana, todo, cayeron. Yo por eso digo, gracias a Dios no tengo causa, ni nada por el estilo.

Paz: Pero, ¿ellos por qué salían a robar?

Javier: Por los amigos, por la mala junta, por así decirlo, capaz que vos estás con un grupo de amigos y te dice ‘eh vamos a robar’ que pum que pam y vos capaz que les decís que no y te dicen ‘dale cagón’ que esto que aquello, y vos corte como estás en el grupo, que se yo, capaz que no querés que tus amigos te vean corte un cobarde. Y vos le decís ‘bueno, vamos’ que esto, que aquello y capaz que después vas y caes en cana, todo por querer hacerte... por querer hacerte el machito por así decirlo.

Paz: ¿Y qué? ¿a tus primos les pasó eso?

Javier: Y les pasó eso. Corte, para no quedar mal entre los amigos, no les quedó otra que ir.

La importancia de la socialización en grupo para el aprendizaje de valores y técnicas para cometer delitos ha sido señalada por Sutherland con su teoría de la “asociación diferencial”. Dicho análisis, al igual que las teorías subculturales, presupone que aquello que se aprende grupalmente son valores culturales particulares, diferentes, opuestos y en contradicción con los valores dominantes (Matza y Sykes, 2004). Las teorías subculturales –y principalmente las ideas de Cohen– fueron cuestionadas en análisis como los de Matza (2014) o Matza y Sykes (2004) donde se critica la idea de una “subcultura delincuente”<sup>206</sup> en tanto ella implica la construcción de pautas de conducta y valores opuestos y en contradicción con los dominantes, es decir, en función de dicha idea se explica a la delincuencia como fruto de un conjunto de valores y normas desviadas. De esta crítica, me interesa resaltar la idea de que la supuesta “subcultura”, antes que oponerse a la cultura hegemónica, tiende a compartir con ella una serie de valores. Tal como señala Kessler (2014c), la ruptura de Matza con las teorías subculturales es parcial: “Matza afirma que existe una subcultura del delito, pero que no consiste en una subcultura delictiva (...) existe una subcultura del delito, pero que desde su perspectiva no se caracteriza por aquello que la opone a la cultura convencional, sino más bien por lo que la acerca a ésta” (Kessler, 2014c: 15). En esta línea, Matza cuestiona la presunción de una alteridad radical entre quienes cometen determinados delitos y quienes no lo hacen y así, el autor se libra de la “pesada” idea de parte de la criminología que asoció las acciones ilegales a ciertos sujetos, identidades y culturas radicalmente diferentes (Kessler, 2014c).

La presente investigación subraya la importancia de la socialización entre pares, pero desde una perspectiva diferente a aquella presente en la teoría de la “asociación diferencial” y en las

---

<sup>206</sup> En el ámbito local, este tipo de ideas sobre la existencia de una “subcultura delincuente” con códigos culturales propios han sido sostenidas en los trabajos de Míguez (2004; 2008).

teorías subculturales del delito. Javier dice que su primo sufrió la presión por parte de sus amigos y por eso comenzó a robar, “no le quedó otra [alternativa] que ir” para que no lo vieran como un “cobarde”, es decir, lo hizo para hacerse “el machito”. En este relato, el hecho de salir a robar aparece valorado en tanto gesto de valentía, en oposición a la idea de cobardía que implica rehusar a practicar estas acciones. El relato de Javier permite mostrar la importancia del grupo de pares en relación a la valoración y promoción de los robos, pero interesa subrayar que ese grupo de pares es entre sujetos socialmente varones y que, en ese marco, dichas prácticas son valoradas en tanto pruebas de valentía, cualidad central para la construcción de la masculinidad. Los espacios de homosociabilidad son fundamentales para confirmar o poner en cuestión la masculinidad de los varones: entre pares se controlan y vigilan los comportamientos y se pone a consideración la virilidad en función de una idea de “hombre de verdad” (Kimmel, 1997; Kaufman, 1995; Olavarria, 2001; Nascimento, 2011; Bonino, 2002). En una línea similar, Medan (2011) afirma la relación entre la sociabilidad juvenil masculina y la asunción de riesgos, como muestras de valentía, para aportar a las explicaciones sobre la participación de jóvenes varones de sectores populares en ciertos delitos.

Es decir, dejando de lado la idea de una subcultura propia, es posible visualizar los modos en que la participación en delitos contra la propiedad –pero también otros delitos y violencias– conectan con valores, normas y lógicas más amplias de organización social. En el ejemplo hice hincapié en ciertos imperativos de la masculinidad hegemónica, pero también es posible decir que los jóvenes comparten la valoración del éxito, una actitud ambigua de atracción y repulsión frente a la violencia, la reacción contra el aburrimiento de una vida austera y pautada, entre otras cuestiones (Kessler, 2014c).

Al igual que ha sido advertido en otros trabajos (Kessler, 2013; Cozzi, 2018), la participación en ciertos delitos tales como los robos y hurtos aparece dentro del campo de experiencias posibles de los jóvenes, e incluso en ocasiones son valoradas y promovidas, principalmente en el ámbito de la sociabilidad juvenil masculina. Algunos de ellos sentían admiración por quienes realizaban tales prácticas y se veían atraídos. O incluso, sentían la presión de sus pares para llevarlas a cabo. Pero tales presiones no deben ser comprendidas en términos mecanicistas. Por el contrario, muchos otros jóvenes desistían de cometer dichas prácticas. Por ejemplo, Javier también se juntaba con su primo y con su mismo grupo de amigos y él decidió no involucrarse en la comisión de este tipo de delitos.

Paz: Y vos, ¿nunca saliste con ellos a robar?

Javier: No, gracias a Dios no. Igual mi primo sabe cómo soy yo, ya. Capaz que yo estaba con ellos y me decían ‘eh, mira Javier que vamos a ir a tal lado ahora’ vos de última si querés quedate acá con ellos o andá para casa. ‘Bueno’, le digo. Corte en ese sentido me cuidaba mi primo. Corte no quería que yo siga los pasos de él.

E incluso también, muchas veces las experiencias y trayectorias delictivas de jóvenes más grandes o adultos podían funcionar como contraejemplos, como “los pasos” que no había que seguir.

Paz: Y vos ¿no sentías esa presión de...?

Javier: ¿De ir [a robar]?

Paz: Sí.

Javier: No, yo corte que... por temas de mi viejo y primos que tuve... Ya corte que a mi viejo también, ya le pasó todo. Y siempre me dijo a mí que nunca agarre eso.

Paz: ¿Por qué? ¿A tu viejo qué le pasó?

Javier: Eso, mi viejo toda su vida vivió en cana.

Paz: Pero, ¿cómo es la historia de tu viejo? ¿Vos la sabés, digamos?

Javier: No, ni idea, es medio complicado mi viejo. No, si mi viejo toda, toda su vida vivió en cana, mi niñez, todo eso, ni estuvo. Estuvo todo el tiempo en cana.

Es decir que, en estos contextos, las posibilidades de acción de los jóvenes son múltiples y, en línea con la idea de “deriva” de Matza (2014), los jóvenes pueden cometer delitos en ciertos contextos y no hacerlo en otros. Es posible comprender la multiplicidad de experiencias de lxs distintxs actorxs, teniendo en cuenta la pluralidad de los esquemas de acción posibles (Garriga, 2015) y el uso contextual y situacional de este tipo de delitos contra la propiedad –pero también de otras prácticas delictivas y/o violentas– como recursos para finalidades diversas. El hecho de comprender estas acciones como recursos que los jóvenes utilizan en determinados contextos de actuación, permite pensar la articulación entre las prácticas delictivas con muchas otras prácticas cotidianas y, de este modo evitar transformar a quienes cometen delitos o ejercen violencias en “delincuentes” o “violentos”, es decir, reificando tales identidades. Esta perspectiva también ha sido señalada por algunxs autorxs locales que tematizan sobre las violencias desde trabajos etnográficos, los cuales señalan que la violencia no es una particularidad natural ni esencial, de ningún grupo social, sino más bien una práctica que funciona como herramienta utilizada según los contextos de actuación (Garriga, 2015)<sup>207</sup>. Así, mientras algunos jóvenes –como el primo de Javier– buscan “hacerse los machitos” por medio de su demostración de valentía asociada al hecho de salir a robar, otros –o los mismos, en nuevas situaciones– pueden cuestionar tales prácticas e incluso ese tipo de construcciones identitarias. Es decir, aunque ciertas regulaciones de género puedan abonar a que, situacionalmente, algunos jóvenes utilicen este tipo de acciones como recursos para la configuración de sus masculinidades, también existen otras formas de

---

<sup>207</sup> En un sentido análogo, Gomez (2011) señala la importancia de, a la hora de estudiar estos temas, promover una “estrategia teórico-metodológica capaz de ‘desustancializar’ el concepto de delincuencia, para reconocerlo en tanto ‘objeto construido’ por la criminología (sociología de la delincuencia), en un incesante diálogo con las agencias de control social duro (policiales, penales y judiciales) del Estado” (Gomez, 2011: 258). El autor defiende la riqueza de los trabajos que privilegian la experiencia etnográfica en los barrios y la “perspectiva de las tramas urbanas” por sobre los recortes de “unidades de análisis abstractas” y “realidades encorsetadas” en el estudio de la “delincuencia” y advierte los sesgos y peligros que involucra esta última elección.

construirse como jóvenes varones socialmente valorados en estos barrios o, más bien, los elementos que abonan a ello pueden ser múltiples, cambiantes y contextuales.

Si la comisión de delitos contra la propiedad puede funcionar a modo de recurso contextual para diversos fines, resulta necesario comprender aspectos del contexto más amplio que condicionan las alternativas de lxs actorxs, es decir los repertorios de acción posibles. En su trabajo, Kessler (2013) señala que –a diferencia de la época de los 90– el período de recuperación socioeconómica que se abre a partir del 2003 se vive con menos fatalismo por lo cual, para los jóvenes, hay más opciones para obtener ingresos. Así, el delito convive con el trabajo como alternativas para la provisión. Complementando lo sostenido por el autor, y en línea con el análisis de Cozzi (2013, 2018), en este trabajo noté que estas alternativas –y otras más– convivían, no solo para el sustento económico, sino también para obtener reconocimiento.

Es decir, para los jóvenes es significativo poder contar con recursos económicos, así como también “ser alguien”, es decir, obtener reconocimiento y, para estas cuestiones aparecen como disponibles –aunque desigualmente distribuidos– diversos recursos, como el estudio, el trabajo, la música, el deporte, el uso de la violencia y la participación en ciertos delitos. En este sentido, resulta pertinente retomar el planteo de Garriga Zucal (2015) quien, para explicar el recurso a la violencia, señala que si bien es necesario vincular su uso a ciertas condiciones estructurales, las mismas no determinan la acción. Así, retomando a Lahire, señala la multiplicidad del actor social, la pluralidad de los esquemas de acción posibles y el uso contextual y situacional de los recursos. De modo que, sin reducirlas a ellas, las cuestiones estructurales son importantes para comprender las prácticas de lxs jóvenes. Las cuestiones socioeconómicas constituyen un aspecto fundamental en relación a la estructura social más amplia que condiciona la vida de lxs sujetxs, pero, interconectadas a ellas, las dinámicas asociadas al orden binario de sexo/género/deseo son centrales. Este tipo de dinámicas permiten entender cómo es posible que –si bien pueden ser practicados– la participación en delitos contra la propiedad –así como también otras violencias– no resulten de igual modo disponibles para las mujeres respecto de los varones como recursos para la construcción de *respeto*, para la provisión económica o para la diversión, entre otros aspectos.

### **3. “Te conozco, ¿me vas a robar?”**

Enfocando más profundamente el análisis en la fenomenología de ciertos delitos contra la propiedad y el sentido que tienen las acciones en contextos particulares y en su trama relacional, es posible echar luz sobre nuevos aspectos. En particular, vislumbrar cómo ciertos robos pueden tener sentidos semejantes a otras prácticas violentas en el marco de disputas por el *respeto*. Y de

este modo, mostrar los vínculos entre algunos delitos contra la propiedad y otras prácticas cotidianas presentes en las dinámicas de la sociabilidad juvenil masculina barrial, así como el uso situacional y contextual de éstos, en tanto recursos distribuidos desigualmente.

En este apartado me enfoco en ciertos robos que ganaron relevancia a lo largo de mi trabajo de campo: aquellos desarrollados entre jóvenes amigos y/o conocidos. Procuro reconstruir las situaciones en las que se producen los mismos, indagar por los sentidos que tienen para sus protagonistas y los modos en que se procesan tales conflictividades.

Al igual que otros intercambios con violencia, muchos robos son concebidos por los jóvenes como una forma de desprestigio a quienes los viven. Sufrir robos aparece como un disvalor y muchas veces es explicado volviendo la culpa sobre la persona victimizada: “le robaron porque es un gil”, porque “no se hace respetar” o porque “se regala”. En este sentido, Nicolás, al comentarme una anécdota en la cual los jóvenes que se juntan en la esquina del Local Barrial le habían entrado a robar a la casa de un amigo suyo –que también era conocido y se juntaba con aquellos–, hacía mención al refrán “cocodrilo que duerme es cartera”:

Nicolás me comenta que, unos días atrás, los pibes de la esquina le entraron a robar a un amigo suyo cuando éste no estaba en su casa. Y me explica: “cocodrilo que duerme es cartera”, “es así, en todos lados... acá, si te dormís en algo te re roban, en el barrio es así”. Me dice que su amigo sabe que fueron los pibes de la esquina, pero que no puede hacer nada: “¿qué puede hacer? Nada. Si ya le robaron. Si vos vas y les decís algo te dicen que se va a pudrir todo”. (Nota de campo)

Al afirmar dicho refrán, Nicolás destaca la importancia de mantenerse alerta, es decir, “no dormirse”, ni “regalarse” para prevenir situaciones desafortunadas y/o ser víctima de algún engaño o robo. El hecho de postular “si te dormís, te roban” implica explicar el suceso responsabilizando a la víctima. Estas concepciones pueden constituir “técnicas de neutralización” (Matza y Sykes, 2004), es decir, argumentos que permiten justificar y legitimar las acciones. Pero, considero que las explicaciones no deben reducirse a tal cuestión. Muchas de estas acciones deben ser comprendidas en la trama relacional en la que se desarrollan, en la cual adquieren nuevos sentidos. Los robos entre conocidos no suelen ser definidos por los jóvenes a partir de las categorías de víctima-victimario, sino más bien éstos aparecen como formas de violencia relacionales (Garriga, 2015), semejantes a las lógicas de los enfrentamientos entre pares, es decir, prácticas con sentido en el marco de ciertas relaciones sociales e interacciones.

Así, desde la mirada de los jóvenes muchos robos son significados en el marco de una interacción en cuyo curso se define la situación y la posibilidad misma de ser, o no, victimizado. Como, por ejemplo, cuando el primo de unos de los jóvenes que se juntan en la esquina del Local Barrial intentó robarle a Nicolás:



Nicolás: Viene uno de allá de Romero, que son re amigos de los chabones, es primo de ellos... a mí me quiso robar un par de veces, no lo hizo, pero bueno...

Paz: Pero, ¿estabas vos ahí y...?

Nicolás: Sí, estaba caminando y me dice ‘vení guachín’ pum. Y fui. Me llama, yo fui, para ver qué quería. Me dice ‘sacate las zapatillas, sacate la campera, estás re robado’. ‘Pará... estás re robado ni ahí, ¡ni a palos me siento robado!’ le digo ‘¿Qué? ¿me vas a robar a mí? Si yo soy de acá del barrio, te conozco, ¿me vas a robar?’ ‘Sí’ ‘que pum, que pam’, ‘que estoy re loco, quiero tus zapatillas, que quiero tu campera’. ‘No, ni a palos te las doy’, le digo ‘maneja solo’ (...). Pero bueno salí a correr. Salí para la casa de mi tía.

En este relato el intento de robo aparece como algo que puede definirse y modificarse en el curso de la interacción y en la cual la supuesta víctima también ocupa un rol activo. Es así que aparece como fundamental el hecho de “no dejarse robar” y “responder” ante tales intentos. Dicho de otro modo, frente a tentativas de robos es necesario tratar de defenderse para evitar tales sucesos. Y quienes no lo hacen, pueden ver vulnerado su *respeto*:

Nicolás me cuenta que, unos días atrás, Ulises –un conocido suyo que forma parte del grupo de los chicos de la esquina del Local Barrial–, intentó robarle a él y a otro amigo más. Sin embargo, le robó a su amigo, pero a él no. Me explica que a su amigo le robaron porque es “re gil”, porque “se dejó robar”. Por el contrario, Nicolás explica que él “no dejó que Ulises le robara”. Me dice que a él le cuesta conseguir sus cosas por eso no va a dejar que se las robe y va a “saltar” para defenderlas. (Nota de campo)

A la vez, Nicolás explica esta situación, y particularmente la situación de su amigo, con cierta impotencia, diciendo que una vez cometido tal hecho “no podés hacer nada”. A diferencia de otrxs actorxs, por ejemplo las mujeres, para quienes el hecho de recurrir a la intervención policial para responder a este tipo de eventos no significa desprestigio –aunque sí puede ser desestimado por considerarlo ineficaz–, estos jóvenes varones en mayor medida rehúsan recurrir a la policía porque aparece como deslegitimado. Ello afecta su *respeto* y demuestra su vulnerabilidad, lo cual atenta contra su masculinidad. Tal como dice Nicolás –explicando cierto discurso que aparece vigente en el marco de la sociabilidad barrial masculina juvenil–: “si llamás a la policía es que no te sabés defender solo”. Y es que, este tipo de intercambios también adquieren la forma de disputas por el *respeto*, y en ellas el honor entra en conflicto con la legalidad, ya que recurrir a la ley en busca de reparación es confesar el hecho de haber sido agraviado e implica una demostración de vulnerabilidad que pone en peligro a aquél (Pitt-Rivers, 1979). Particularmente, afecta el *respeto* de los varones jóvenes y adultos pues, a diferencia de las mujeres y niñxs que son concebidxs como vulnerables –y por ende, se encuentran más legitimadx para solicitar la intervención de otrxs actores–, las construcciones de masculinidad de los varones dependen de exhibiciones de fortaleza e invulnerabilidad. En este sentido, para muchos jóvenes se torna necesario responder, más allá de la posibilidad de recuperar el bien robado o no, dicho ejercicio permite evitar ser considerado un “gil”:

Matías: Hace un tiempito, a uno de los pibes que le habían robado el celular lo llevé a pelearse. Agarró, perdió el pendejo, lo levanté y le digo, ‘dale, parate’ (...) ‘anda y sácalo a pelear de vuelta’. Fue y lo sacó a pelear de vuelta. Volvió a perder. Lo volví a levantar, le digo ‘dale, andá y sacalo a pelear de vuelta’. Tres veces lo hice pelear. Y fue, terminó la pelea, pero al chabón ya sé que no le van a pisar más la cabeza porque saben que se agarra a las piñas.

La demostración de capacidad defensiva frente a los robos es central para resguardar su imagen, su *respeto*. Por el contrario, sufrir robos suele ser motivo de vergüenza (Pitt-Rivers, 1979). Y esto explica por qué, en ciertas ocasiones, mis interlocutores evitaban divulgar este tipo de situaciones, tal como sucedió con el Tuki cuando le robaron el celular.

La madre del Tuki me cuenta que hace unos pocos días le robaron a su hijo el celular y que el Tuki “no quería decirle a nadie”. Carla, la hermana del Tuki, acota: “claro, no quería que se enterara todo el mundo”. La madre se queja de que siempre se termina enterando las cosas por otros lados y no porque él se las dice. Y agrega que ella prefiere que venga y que le cuente él antes que enterarse por vecinos. (Nota de campo)

Unos días más tarde de dicha charla, volví al barrio y le pregunté a Tamara por el Tuki, frente a lo cual me contó que estaba enojado con la madre por haberme dicho que le habían robado el celular:

“No le gusta que otras personas hablen de sus cosas” me dice. Yo le digo que no entiendo por qué se enojó y ella dando a entender que tampoco entendía se ríe y me dice “es re tonto, yo me cagaba de la risa”, “no sé, no le gusta que hablen de sus cosas. Él quiere que, si le cuenta algo a uno, ese solo tiene que saber, no le gusta que anden contando”. (Nota de campo)

Lo que ni la madre del Tuki, ni su hermana, ni Tamara, ni yo podíamos entender en ese momento era justamente el modo en que dicho robo afectaba el prestigio del Tuki. Siguiendo a Fonseca (2004) es posible decir que el varón asaltado muchas veces no se siente indignado sino humillado, en tanto es la virilidad la que se pone en juego en tales interacciones. Y, en este mismo sentido, es que el robo entre conocidos y cara a cara, en tanto práctica de hostigamiento o humillación, no suele tener como destinatarias a las mujeres, ya que ello suele implicar un desprestigio para quienes lo llevan a cabo.

Paz: Che y, por ejemplo, ¿puede pasar que caiga ahí una piba a la junta y que la verdugueen?... así, como decís vos.

Matías: No, no, porque es otro mambo<sup>208</sup>...

Paz: Pero así... de robar, no sé ponele que una piba no les cae bien y...

Matías: Noo, noo, noo, ni a paalos, ni a palos. Esas son cosas que no se hacen, están prohibidas. Pero por respeto, que se yo, por lógica, vos no podes ir a robarle a una piba y menos en el barrio, ¿me entendés?, así, así después que se yo, después te vuelven loco los pibes también viste ‘vos sos terrible gato, vos te haces el chorro y le robas a las mujeres’ son cosas que los pibes se ponen pillos, no te voy a decir que ninguno lo hace (...) Pero la mayoría no lo hace, pero porque sabe que queda mal.

Del mismo modo, muchos de los códigos delictivos que delimitan entre víctimas legítimas e ilegítimas, buscan hacer de los robos una práctica en el marco de un enfrentamiento. Si bien

---

<sup>208</sup> Se refiere a que es diferente, es otra cosa.

estos códigos pueden ser transgredidos –y de hecho los robos hacia las mujeres no conforman una rareza–, ellos funcionan como ideal que legitima las acciones y orienta las prácticas. Así, “al elegir como víctima a un par, a alguien que reúne las condiciones suficientes como para rivalizar, se pretende colocar al otro en el lugar de contrincante, de alguien con capacidad para defenderse y/o contraatacar. En este sentido, tanto las mujeres, como los ancianos quedan por fuera de la contienda, ya que son consideradxs, dentro de los códigos que regulan el accionar delictivo y del imaginario de los jóvenes, como más débiles o imposibilitadxs para defenderse” (Cabral, 2015: 68). En la dinámica relacional de los géneros, esta construcción simbólica de las mujeres como vulnerables, a su vez, constituye una de las claves centrales para comprender la construcción de las masculinidades y sus recursos de poder.

En esta línea, ciertos robos pueden tener sentidos similares a determinadas agresiones físicas o verbales. Este tipo de ilegalismos, al igual que otras prácticas como los insultos y el uso de la violencia física, pueden comprenderse en el marco de disputas por el *respeto*. Así, en determinados contextos a través de estas prácticas los jóvenes pueden valorizar su imagen por medio de la humillación de otros. Y en tanto prácticas de humillación, ellas también sirven para regular la participación en los ámbitos de sociabilidad y grupos de pertenencia.

Para explicar con mayor detalle esta cuestión, resulta productivo retomar la situación sucedida cuando Matías invitó a Facu –uno de sus amigos– a juntarse y “parar” con ellos en su esquina:

Matías: Lo llevé [a Facu] a parar en la esquina, todo. Cuestión había conseguido laburo, yo había estado trabajando en una heladería. Un día de semana caigo a la esquina y el chabón viste estaba con todos los pibes y me enteré que el chabón había estado tomando cocaína, que había estado tomando pastillas con los pibes, y ese mismo día uno de los pibes le robó el celular. Me puse a renegar para rescatarle el celular al pibe. “Eh boludo no se equivoquen que el guacho viene de parte mía” les digo. Agarraron, me lo rescataron. Cuestión al chabón a los siguientes 10 meses le robaron 5 celulares, 6 celulares, y ya después no se lo devolvían. Y yo en un momento le dije “Facu yo ya no estoy más para hacerme cargo de vos, yo no tengo hijo, no me puedo estar haciendo cargo de vos” y yo ya le había aclarado que se tiene que fijar las palabras que usa. ¿Sabés cuál es el problema? Que todos los pibes, todos nosotros, o los pibes que paramos en la esquina tenemos un vocabulario, ¿me entendés? Y vos podés ser de otra parte... ¿me entendés? Cómo decírtelo, era... era careta<sup>209</sup>, ¿me entendés? Y eso no es lo que cae mal, lo que cae ahí mal es que siendo careta quieras aparentar ser un pibe del barrio, porque esas cosas nunca las vas a poder copiar. El chabón quería hablar como hablamos nosotros, con el vocabulario nuestro ¡y no! le quedaba mal, pero porque nosotros estuvimos banda de años hablando así, lo hablamos naturalmente, que se yo, se regalaba en algunas cuestiones, decía cosas que no tenía que decir, ¿me entendés?

Interesa resaltar, el hecho de que Facu “caía mal” y no era aceptado por los amigos de Matías en su esquina. Los robos que sufría tenían sentidos vinculados a su burla y humillación. A partir de este tipo de prácticas, los jóvenes estaban excluyendo a Facu de su círculo de sociabilidad y amistad, es decir, de su *junta*. En este sentido, los robos pueden funcionar como

---

<sup>209</sup> Falso.

una manera de echar a alguien de un grupo o no recibirlo en una *junta*, otra forma de decir “no vayas más” o “ándate de acá”:

Matías: También del viernes para el sábado también robaron a un pendejo. ¿Viste que te conté que estábamos en la joda esa? Pitu le dijo para ir a tomar una cerveza a la vuelta de la joda, dijo que sí el pendejo, se fueron a la vuelta de la joda, lo agarró del cuello Pitu y lo tiró al suelo, lo estaba bolsijeando, lo agarró, le había sacado el celular y justo cayó otro de los pibes y ahí entre los dos le sacaron las zapatillas al pendejo, le habían sacado la remera, la campera...

Paz: ¿Y era un pibe más chico al que le robaron?

Matías: Sí, pero al pibe ese no lo quiere nadie.

Paz: ¿Por?

Matías: Cuando no caés en un lugar, no caés. No vayas más. No lo quiere nadie en el barrio. Mirá que siempre me lo cruzo, me saluda con la mejor, todo... pero ¿viste cuando te cae mal una persona? Yo igual no me meto mucho...

Paz: Pero, ¿eran conocidos o desconocidos?

Matías: Y por ahí es conocido de un par de los pibes, pero para Pitu era desconocido el chabón. No era amigo de la junta que está siempre o los pibes que están siempre en la esquina. Y como te digo, cuando no cae alguien en la esquina, no cae y fue. No hay con qué darle.

Nicolás: Alfredo fue conmigo, y fuimos y nos sentamos en una esquina, nos sentamos... en la esquina de la casa de Ricardo. Estábamos nosotros sentados. Fuimos... estábamos ahí en la esquina y cae Ulises, cae ‘eh ¿todo piola?’ ‘Todo piola?’. El chabón se quedó sentado así, corte re indefenso, re cobarde. Quedó sentado así, y yo me paré así, miro un toque la secuencia... y al ratito Ulises le estaba sacando la campera, todo, con un fierro.

Paz: ¿A Alfredo?

Nicolás: Sí, le sacó la campera, le sacó la visera, le sacó las zapas. A mí me quería robar también, ‘pará Ulises, rescatate que yo soy de acá nomás’ le digo ‘si me conocés, te cruzo siempre, ¿me vas a robar a mí?’, corte yo se la corto con esa, que soy del barrio, que pum, que pam, soy re... Y le terminaron robando al chabón y a mí no me robaron nada. Me quería sacar la mochila, todo, ‘no, no te voy a pasar mi mochila’ le digo. ‘No, que pum, que pam, que tomate el palo, no te quiero ver más por acá’, me decía. Y me fui.

El robo, en ambos relatos, aparece como una forma de echar a determinados jóvenes de cierta zona o *junta*, de remarcar lugares y ámbitos por los que no deben circular. En este sentido, y a semejanza de otras prácticas violentas, constituyen una forma de agresión hacia otro joven que “no cae bien”, es decir, que no es aceptado dentro del círculo de amistad. Al interior de las *juntas*, diversas prácticas como los robos, pero también las agresiones verbales y físicas, pueden servir para comunicar los límites a la participación y echar a alguien de un grupo.

Matías: Cuando [Lucho] empezó a parar ahí con los pibes, los pibes lo querían echar. Les digo ‘no, al guacho no lo va a echar nadie porque está parando conmigo’.

Paz: Y, ¿por qué lo querían echar?

Matías: Y porque había un par que no le cabía. (..) más o menos hace 6 meses, 7 meses que empezó a parar con los pibes y me lo quisieron tocar.

Paz: Pero, ¿qué sería que lo quieren tocar?

Matías: No, que lo quieren agarrar a las piñas, que se yo, yo me pongo pillo para que no se confundan con el pibe, o que no lo vuelvan loco con la lengua<sup>210</sup>.

Estos jóvenes pueden ser hostigados o excluidos por no corresponder al modelo de masculinidad esperado dentro del grupo. Y la regulación de la participación en tales ámbitos adquiere gran importancia teniendo en cuenta, como mostré en el capítulo anterior, las relaciones

---

<sup>210</sup> Que no lo molesten o agredan verbalmente.

de reciprocidad y cuidado mutuo que puede implicar la pertenencia a ellos. Estos elementos contribuyen a profundizar en el análisis de ciertos conflictos producidos al interior de la *junta* o del grupo de amigos. Es decir, aquellas situaciones en que los jóvenes se pelean o roban “entre ellos”<sup>211</sup>. Justamente, para comprender las disputas por el honor es necesario tener en cuenta las relaciones de conocimiento, así como también, la publicidad de las acciones, por lo cual ellas cobran mayor sentido en ámbitos de inter-conocimiento.

Estudios fundamentales como los de Kessler (2004a, 2013) indagaron en las prácticas de jóvenes que habían cometido delitos contra la propiedad en centros urbanos o áreas metropolitanas, es decir, en áreas con un gran nivel de impersonalidad y desconocimiento, por lo cual la mayoría de estos hechos debían ser comprendidos como robos a desconocidxs. Y en ese sentido, es posible explicar la preeminencia de la finalidad de búsqueda de beneficio económico que el autor encuentra en este tipo de acciones. Distinta es la situación en los barrios periféricos en los que trabajé, donde es mayor el nivel de inter-conocimiento entre lxs moradorxs. Allí, los robos adquirirían nuevos sentidos en el contexto de una trama relacional. El conocimiento o desconocimiento entre víctimas y victimarixs modifica los sentidos que adquieren ciertos delitos y violencias. Es por ello que, a la hora de indagar por la fenomenología de ciertos delitos, tanto para el caso de las violencias como de los robos, es preciso tener en cuenta el marco de relaciones sociales en las que se inscriben y diferenciar las acciones realizadas a desconocidxs de aquellas realizadas a conocidxs, y especialmente las desarrolladas cara a cara.

En los barrios y espacios geográficamente más acotados en los que realicé mi trabajo de campo, donde todxs suelen conocerse, noté que los robos pueden tener sentidos similares a otras formas de violencia y ser comprendidos en el marco de las disputas por *respeto*. En esta línea, algunos robos tenían finalidades vinculadas a la regulación de las relaciones sociales y la participación en ámbitos de sociabilidad. Tal como señala Pitt-Rivers (1979), una de las dimensiones centrales para entender el sistema del código de honor radica en la cuestión de la publicidad de las acciones. El autor explica que el mismo varía según se viva en un pueblo o una gran ciudad, ya que, a diferencia del primero, la mayor impersonalidad presente en esta última posibilita el anonimato. En esta línea, algunos trabajos locales han subrayado la existencia de dinámicas diferentes en relación a los delitos contra la propiedad en áreas más metropolitanas, con mayor densidad poblacional y desconocimiento; respecto a los realizados en los barrios y lugares de residencia con mayor presencia de conocidxs (Kessler, 2014a). Por su parte, algunos trabajos etnográficos sobre delitos y violencias, realizados en barrios de sectores populares, han señalado la importancia del inter-conocimiento entre lxs moradorxs para comprender la dinámica

---

<sup>211</sup> Ver capítulo 3.

de estas acciones (Fonseca, 2004; Bonaldi y del Cueto, 2009). En coincidencia con estos análisis, esta investigación permite evidenciar las dinámicas y sentidos particulares que adquirirían estas prácticas en estos barrios, en tanto espacios geográficos acotados, donde priman las relaciones cara a cara y el conocimiento entre lxs residentxs. De esta forma, es necesario comprender los robos situándolos en una trama relacional, y comprendiendo también el lugar del género en tanto aspecto constitutivo de aquella trama.

Gran parte de la bibliografía local abocada a estudiar transgresiones juveniles (Isla, 2002; Míguez, 2002; Isla y Valdez Morales, 2003; Míguez, 2004; Míguez, 2008; Rossini, 2003; Tonkonoff, 2007; Kessler, 2004a; Kessler, 2013) indagó en la participación de jóvenes –en especial, varones– en delitos –fundamentalmente contra la propiedad– y el lugar que ocupaba la violencia en el marco de tales prácticas, es decir, por la mayor o menor violencia ejercida al momento de cometer estos delitos. Y en qué medida, a partir de tales acciones podían explicarse otras violencias como los homicidios. Así, varios trabajos realizados en el país a inicios de 2000 (Míguez, 2002; Isla, 2002; Isla y Valdez Morales, 2003; Kessler, 2004a) señalaron la existencia de transformaciones en los delitos de las nuevas generaciones respecto a los de las generaciones mayores –o “ladrones profesionales”– que implicarían una mayor conflictividad y un incremento de los grados de legitimidad del uso de la fuerza física. La novedosa presencia de “pibes chorros” (Míguez, 2002; Isla, 2002) o “delincuentes amateurs” (Kessler 2004a) traería aparejada nuevas formas de transgresión que implicarían un aumento de la violencia, dado por el abandono de los códigos delictivos propios de “los ladrones profesionales” (Míguez, 2002; Isla, 2002; Isla y Valdez Morales, 2003)<sup>212</sup>. Así, en función de estos cambios en los códigos delictivos, Míguez (2002) asevera la existencia de una mayor violencia delictiva, es decir, un incremento de las violencias –lesiones y homicidios– al momento de cometer delitos –fundamentalmente delitos contra la propiedad. Con sus matices y diferencias, estos trabajos tendieron a privilegiar la asociación entre delincuencia y aquellos delitos tales como los robos y hurtos –y más aún, entre ellos, aquellos orientados principalmente por finalidades económicas–. Y de esta forma asumir que, a partir del análisis de estos hechos, en especial las prácticas y trayectorias de lxs jóvenes involucrados, se podría explicar el aumento de otras violencias así como el aumento de ciertos índices delictivos.

---

<sup>212</sup> Frente a este planteo en torno al abandono de los códigos delictivos clásicos de las generaciones previas de ladrones, afirmo la vigencia en el barrio de un vasto entramado de códigos, normas y lógicas reguladoras de la acción que organizan las prácticas de los jóvenes, tanto en caso del uso de la violencia en el marco de disputas, como en la comisión de delitos contra la propiedad. Estas ideas en torno a la pérdida de códigos también han sido cuestionadas por estudios más actuales como los de Cozzi (2013, 2015, 2018) o Diez (2012).

Frente a este tipo de perspectivas, mi análisis me permitió iluminar nuevas aristas. Tal como evidencio a lo largo de la tesis, gran parte de los conflictos y violencias no pueden interpretarse exclusivamente a partir de dichas claves. E incluso también, es posible decir que, en el caso de homicidios o lesiones vinculadas a situaciones de robos, algunos de ellos deben explicarse como formas de defensa, respuesta o venganza de la presunta víctima o sus allegadxs, antes que como resultado de la violencia ejercida por quienes se encuentran practicando tales ilegalismos. En este sentido, es importante comprender la importancia que reviste para los jóvenes y, también para los varones adultos, *responder* ante este tipo de situaciones para resguardar el *respeto* y protegerse a sí mismos, así como también defender a otrxs. Lo cual, llevado a casos extremos, puede devenir en homicidios o linchamientos.

Agustín: El otro chabón que se fue a robar de acá de El Dorado y lo dejaron en terapia intensiva allá en las quintas, lo agarraron y lo estaban por prender fuego. Se sabe que si te metés con la gente de las quintas está todo re mal, te matan ahí en el campo, te prenden fuego.

Miguel: Siempre iba a robar, ¿viste? como tenía moto siempre iba a robar... iba y les robaba a los bolivianos ¿viste?, siempre hasta que un día fue y le robó a uno y después lo agarraron y lo sacaron a correr por el campo y lo cagaron a palo, vos lo tenés que ver con la cara hecha pelota<sup>213</sup>, lo dejaron inconsciente...

Agustín: Ahí los de la quinta lo agarran, por ahí si viene un chorrillo de acá lo matan, lo prenden fuego y lo tiran por ahí por el campo, y no lo encontrás más.

Miguel: Hacen... justicia... ¿cómo es? o sea se vengan... mano propia, bue no sé algo así.

Paz: ¿Allá en las quintas?

Agustín: En la Colonia, por ahí en Abasto también está lleno de gente... Pero son muy unidos para... para defenderse así entre ellos.

Si bien, tal como señala Young (2008) parte del ensañamiento en este tipo de castigos frente a los robos puede explicarse por la dinámica del revanchismo, considero importante también comprender dicha violencia como una forma de respuesta para evitar la vulneración del *respeto*, particularmente en la trama relacional de la sociabilidad juvenil masculina barrial. En los barrios por los que transité existieron algunos casos de personas que habían resultado lesionadas o muertas producto de ataques en situaciones de robos, aunque ellos eran minoritarios en relación a los asociados a enfrentamientos y peleas entre jóvenes u otras formas de violencias interpersonales. E incluso, en muchos de los casos en los que los homicidios se vinculaban con situaciones de robos, ellos aparecían como formas de venganzas o respuestas a tales ilegalismos<sup>214</sup>. Es el caso de Cristian, el hermano de Nicolás, quien fue asesinado en el año 2014, en Rosario. A Cristian lo mataron unos vecinos de su barrio a modo de venganza por un conflicto que comenzó a raíz de un robo. También es el caso de la muerte del hermano del Tuki

---

<sup>213</sup> Muy lastimada.

<sup>214</sup> Esto coincide con distintos estudios sobre estadísticas delictivas de homicidios dolosos, los cuales han señalado que los casos de homicidios en ocasión de robo son minoritarios en relación a otras formas de violencias interpersonales: muchos de los homicidios dolosos están motivados por “discusión, riña, ajuste de cuentas o venganza”, o se dan en el marco de conflictos familiares, y en muchos casos estas violencias son entre personas conocidas (Núcleo de Estudios sobre la Violencia y la Muerte, 2017; Corte Suprema de Justicia de la Nación, 2013).

y del sobrino de éste, comentada en el capítulo anterior. Así como también de varios jóvenes que aparecen en los relatos recogidos a lo largo de este trabajo de campo. En la medida en que el robo constituye una afrenta y, por ende, un desafío en el marco de las disputas por *respeto*, también la respuesta deberá estar a la altura del desafío que implica:

Miguel: Y a Tobías lo quieren matar... el pibe robó a uno que no le tenía que robar.

Paz: ¿Por qué? ¿no le tenía que robar?

Agustín: Porque el chabón tiene toda la mafia...

Miguel: Le robó al pibe equivocado, vos tenés que saber a quién le tenés que robar y a quién no, ¿entendés?, no podés robarle a cualquiera. Le robó a un chabón que pisaba fuerte.

Agustín: No sé si conoces a los González, son unos de la hinchada de la barra brava de Gimnasia, de ahí de El Puente.

Miguel: Imaginate.

Agustín: Y el chabón vino acá a la villa y cagó a tiros a toda la villa.

Paz: ¿Por?

Miguel: Buscando al pibito ese. Y al hermano del Tobías, a otro que es más grande, lo salió a correr y se tuvo que esconder en los cosos esos del gas<sup>215</sup>. Y él ahora se fue a Catela de vuelta, a vivir con el papá.

El hecho de *responder* ante éstos y otros eventos o violencias, abonando a la construcción de *respeto*, se torna necesario para los varones, no solo para defenderse a sí mismos, sino también para proteger a familiares y allegadxs, y a la vez, para prevenir futuros ataques. Tal como señalan Bonaldi y del Cueto (2009) ciertos usos de la violencia tienen funciones disuasivas basadas en su potencial de ejercicio, mientras que mantenerse al margen de ellos puede implicar una forma de desprotección. Como ya fue desarrollado, a partir del recurso a la violencia los jóvenes pueden *responder* y *hacerse respetar*, pero también defender a otrxs y prevenir futuros eventos similares, cuestiones centrales en la construcción de las masculinidades de estos varones.

En resumen, si bien es necesario indagar en las asociaciones entre los robos y otro tipo de violencias, ello no implica privilegiar la violencia que se ejerce al momento de cometer delitos contra la propiedad, presuponiendo que los mayores índices delictivos, y especialmente de los homicidios, se explican por situaciones de robo. Muchas de las conflictividades aquí analizadas no se entienden en referencia a la producción de robos o a la cuestión típicamente concebida como delictiva. Por el contrario, el foco en tales cuestiones limita las posibilidades de ver sus relaciones con otras prácticas. En la trama del amplio interconocimiento barrial y desde las miradas de muchos de estos jóvenes, los robos constituyen una forma de agresión más, por medio de los cuales se hostiga, inferioriza y humilla a la persona victimizada, la cual es construida como una persona activa con capacidad de defenderse. En este sentido, estas acciones son aquí analizadas de la mano de las lógicas del *respeto* y teniendo en cuenta los efectos productivos del género en ellas. De manera relacional, mientras la masculinidad juvenil es construida como con capacidad defensiva, la exclusión simbólica de las mujeres de estas

---

<sup>215</sup> Medidores



interacciones es sostenida por y reproduce la idea de la mayor vulnerabilidad femenina. Pese a todo, las prácticas concretas de lxs actorxs generizadx muchas veces se corren de estas recursividades.

#### 4. “Ya me rescaté”

En los barrios que conocí, muchos jóvenes estudian, trabajan y apuestan a un “proyecto de futuro” alejado de las trayectorias delictivas. E incluso también, muchos de ellos antes más vinculados a este tipo de experiencias las abandonan y se “rescatan”. El término nativo *rescate* puede tener varios sentidos los cuales remiten principalmente a tres cuestiones: dejar el consumo de drogas, abandonar las prácticas delictivas, y/o no meterse en peleas y conflictos con otros jóvenes. De la mano de ello, el *rescate* puede suponer mermar la participación en espacios de sociabilidad juvenil masculina barrial, en los que estas prácticas se hallan valorizadas como formas de construcción de *respeto* y un *nombre grande*. En este sentido, el mismo implica abandonar consumos, prácticas y sociabilidades, pero también supone cierta reconfiguración identitaria y cambios en los modos de interpretar y valorar estas acciones. El tema del *rescate* remite a un aspecto ampliamente trabajado en los estudios sobre delincuencia juvenil: las carreras delictivas. La teoría beckeriana de las carreras de desviación ascendente fue cuestionada por los estudios multifactoriales del delito, o por análisis como los de Matza (2014), los cuales no solo se oponen al establecimiento de una división tajante entre “delincuentes” y “no delincuentes”, sino que también demuestran que la mayoría de quienes cometen delitos en su juventud, luego desiste y abandona dichas prácticas (Kessler, 2004a; Kessler 2014c). En concordancia con estos planteos, en este análisis evidencié que varios de los jóvenes que antes solían robar o participar en enfrentamientos, disminuyeron tales prácticas luego de unos años e incluso a diferencia de etapas previas en las que buscaban exteriorizar sus acciones violentas y/o delictivas, elegían presentarse a sí mismos como *rescatados* y alejados de las mismas. Aunque también ello lo hacían situacionalmente. Es que, el uso de tales prácticas y la construcción de este tipo de imágenes, se hace en función del contexto. Son recursos que se usan a partir de una multiplicidad de esquemas de acción, producto de la inserción de lxs sujetxs en diversos mundos sociales (Garriga, 2015).

Según Matías, tanto él como varios de sus compañeros de la *junta* en la actualidad estaban *rescatados*. Antes algunos de ellos solían robar más, pero en la actualidad “la esquina cambió” y los nuevos jóvenes que la ocupan ya no frecuentan tanto dichas prácticas. Así, Matías afirma que su *junta* está “tranquila”. Cuestión que también es reconocida por otrxs vecinx y moradorxs del barrio que, si bien señalan que “Punta Verde es jodido”, en la actualidad el barrio está “más

tranquilo” que hace alrededor de una década atrás, momento en el que eran más frecuentes los robos cometidos por los jóvenes que anteriormente *paraban* en las *esquinas*.

Al igual que sus hermanos, algunos de los amigos y conocidos de Matías, especialmente aquellos de más de veintitantos años, hoy están privados de su libertad. Muchos de los otros jóvenes de esa edad que antes se juntaban, hoy están en familia, estudiando y/o trabajando, por lo cual ya no transitan demasiado por la esquina. Según dice “la camada de la gente de 30 años está en cana, o ya no paran más ahí, están por ahí con su familia”. Ello generó un recambio en el grupo de edad que habita dicho ámbito. En la actualidad, la mayoría de los jóvenes que se juntan con Matías son de su edad o más chicos. Y de la mano de ello, Matías también señala cambios en las experiencias y prácticas. Los jóvenes que actualmente paran allí “curten otro mambo”<sup>216</sup>:

Matías: Llegó una edad nueva a copar la esquina que es la edad, más o menos mi edad, 21 para abajo, que son pibes que tienen otra perspectiva hacia futuro ¿me entendés? pero porque se dieron cuenta que sin el estudio no son nada... (...) Hay pendejos de 15, 16 años que les cambió bastante el bocho por lo menos, si no estudian, trabajan, no andan en el mambo de andar robando, por eso también cambió mucho la esquina.

Y afirma que, la mayoría de los jóvenes, incluso aquellos que cuando eran más chicos “andaban en el bardo”, en la actualidad se *rescataron*: se encuentran estudiando o trabajando y quieren “buscarse un futuro”.

Matías: Hoy no... todos crecimos y todos hicimos algo... toda la camada de mi edad, que éramos todos unos tremendos hijos de puta, los veo a todos los pibes enfocados en otra cosa, se abrió toda esa banda. Yo estoy estudiando en la facultad, hay más que están estudiando en la facultad, algunos se hicieron policías... A mí me cabe mucho porque éramos pibes que para la sociedad no valíamos nada y que no daban ni dos pesos por ninguno de nosotros. Y que muy pocos hayan terminado en cana de todo ese grupo de amigos que éramos...

No solo muchos amigos de Matías pudieron *rescatarse*, sino también él mismo terminó la secundaria, empezó una carrera universitaria y también comenzó a militar. Particularmente, su *rescate* supuso abandonar consumos problemáticos de drogas –principalmente cocaína– y comenzó a los 16 años a partir de un “punto de inflexión” (Roberti, 2012) en el que, luego de salir a robar con el objetivo de conseguir plata para comprar cocaína y resultar detenido, su “familia adoptiva” lo ayudó para empezar a hacer terapia y dejar dicho consumo. Su familia se encargó de buscarle una psicóloga especialista en adicciones y durante cuatro años Matías se atendió con ella. Lo cual, según dice, le ayudó mucho a dejar el consumo de drogas y *rescatarse*.

Matías: Y bueno, me ayudó mucho, me ayudó mucho a abrir la cabeza... a controlarme un poco. Yo tenía muchos excesos. También durante mi trabajo con la psicóloga, una de las cosas que ella me ayudó a identificar es los momentos en que yo tomaba pastillas. Yo era un pibe que tomaba cocaína de lunes a lunes, todos los días me drogaba. Estaba todos los días en la esquina, no tenía perspectivas de seguir, de ingresar a la facultad, me chupaba todo un huevo digamos (...) Eso me ayudó mucho a

---

<sup>216</sup> Se refiere a que tienen otras inquietudes.

darme cuenta las cosas que estaba haciendo mal cuando era pendejo. (...) Y con la psicóloga estuvimos viendo qué carrera podía empezar y me llamó la atención abogacía, también viendo la cantidad de los pibes que caían en cana, todas las problemáticas legales que hay en el barrio, me llamó la atención por eso... y la militancia me terminó de hacer entender eso, de poder abocarme a lo social... Un puntero del barrio me comentó que se estaba por empezar a hacer trabajo barrial en un barrio cercano al mío, me acerqué y empecé a ir, me gustó el trabajo barrial, después empecé a formarme, hacer talleres de formaciones. Fui creciendo, madurando y me empezó a caber más el tema de la militancia, formarme.

Así, Matías en la actualidad se considera *rescatado*. Dice que ya no tiene consumos problemáticos de drogas como durante su juventud temprana, no roba y, especialmente, busca “evitar los quilombos”, es decir, los conflictos con otros jóvenes. Él mismo dice: “cambié una banda”, “cuando era pendejo era re bocón”, es decir, solía insultar a otros jóvenes o *responder* a sus *provocaciones* lo cual derivaba muchas veces en peleas. En cambio, en la actualidad Matías modificó esa actitud e incluso defiende la idea de que “ser pillo” es aprender a “evitar los problemas”. En este sentido, trata de resolver los conflictos de otra manera, “con la lengua”, es decir, a partir de uso del discurso y vocabulario que siga abonando a la construcción de esa imagen *respetable*, pero intentando sortear –cuando es posible– el ejercicio de la violencia física. Así, cuando se cruzó con jóvenes con los que de adolescente tenía conflictos, se acercó para hablarles y resolverlos: “ya fue lo del bondi, yo ya no estoy más para tener problemas” les dijo. Y me explica que “en los últimos años me ha pasado mucho de ir y tener que estar hablando con gente para evitar problemas”. Pero también, para eludir conflictos, Matías intenta evitar ciertos lugares, como por ejemplo ciertas fiestas en las que sabe que pueden asistir jóvenes de otros barrios con los que hay rivalidades:

Matías: Yo ya estoy pillo y no voy a esa joda porque no tengo ganas de estar renegando con esos bondis. Yo sé que si yo voy a esa joda... por el proceso que estoy pasando ahora trato de evitar lugares como esos. Algo me decía que algo malo iba a pasar en esa fiesta.

Del mismo modo, cambió su vínculo con muchas personas y especialmente, buscó evitar espacios de sociabilidad juvenil masculina barrial en los que ciertas violencias fuesen una fuente de prestigio. En este sentido, intentó construir una nueva *junta* en la esquina, con jóvenes de su edad o más chicos, más alejados de las trayectorias delictivas y/o tumberas.

Matías: Cuando salió toda la camada vieja de la cárcel se empezó a juntar de vuelta ahí [en la esquina], que era corte lo más heavy, de los chabones grandes... Corte a mí mucho no me cabía ¿viste? como hablaban todo el día, ¿viste?, como si estuvieran en cana... y a los pendejitos más o menos de mi edad les empecé a decir, “no, vamos a parar a la 100” “vamos a hacer nuestra propia ranchada y vamos a curtir el mambo<sup>217</sup> que nosotros queramos” sabés, que se yo, yo ya venía con el tema de la psicóloga y no tenía ganas de andar todo el día escuchando “no, que te voy a dar una puñalada”, “que te voy a dar un tiro”.

---

<sup>217</sup> Hacer.

Así, Matías modificó su espacio de amistades y *junta* y cambió su relación con muchos de los jóvenes: “hay gente con la que sigo hablando pero bueno... con los cambios que fui pasando viste, no tenemos la misma relación que antes”. En la actualidad, la imagen que intenta mostrar Matías es diferente a la que intentaba construir en su juventud temprana. Antes “quería ser chorro”, “andar en el robo”, “andar en la joda”, “en el quilombo”, en la *junta*, “agarrarse a las piñas” y drogarse, y a partir de esas prácticas buscaba “hacerse un nombre”. Hoy, elige construir una imagen de *rescatado*. Saraví (2004) plantea que “rescatarse” implica “volverse un gil” y aislarse dentro del propio barrio, retirándose del espacio público y disminuyendo las relaciones con los vecinos y amigos del barrio. Si bien el hecho de *rescatarse* implica modificar prácticas, sociabilidades e incluso la propia imagen, los jóvenes buscan construir una imagen positiva de sí, evitando ser convertidos en *giles*. Así, la imagen de *rescatado* implica una negociación entre posiciones. Ni *gil* o “don nadie” por un lado, ni tampoco “tumbero” que “se pasó la vida en la cárcel”, “quemado” o “quebrado”. A partir de su *rescate*, Matías plantea cambios en relación a las valoraciones que hacía cuando era más chico sobre las experiencias delictivas y carcelarias de “la camada más grande”. Si bien cuando era adolescente “quería ser chorro” como sus hermanos y veía con cierta admiración las trayectorias carcelarias de los otros jóvenes, en la actualidad invierte esa carga valorativa y defiende la importancia de la educación y el trabajo para “ser alguien”, “porque si no, la sociedad te termina excluyendo”. Matías se posiciona como *rescatado*, pero con *calle*. Intenta valorizar su experiencia y se dice “pillo” por no haber caído en cana, y por “evitar los problemas”. El *rescate* implica aprender a eludir conflictos, pero al mismo tiempo, intentar mantener el *respeto* y no dejarse *verduguear*.

En este sentido, dicha imagen intenta conciliar diversas posiciones morales. En el barrio, existen representaciones sociales divergentes y conflictivas sobre cómo construirse como joven legitimado y reconocido y, como plantea Patricia Diez en su trabajo denominado *Ni caretas ni quemados, rescatados* (2012), el hecho de *rescatarse* implica el permanente intento de no estar “quemado”, pero sin quedar como “pacho” o “careta”, “rescatarse es aprender a ‘ser joven’ legitimado culturalmente, pero encontrando los límites sociales valorados en el contexto respecto a los consumos, la participación en los robos, los vínculos familiares, y con un plus que se establece en los repetidos intentos de agenciamiento centrados en una perspectiva de desafíos” (p. 201 y 202). Según la autora, aquellos límites sociales valorados son móviles y se forman contextualmente en esa coexistencia de moralidades. De este modo, tal como ha señalado Previtali, en los jóvenes convive “un afán por reivindicar *las andadas en la calle* como modos legítimos de construir subjetividades jóvenes, junto con la búsqueda por *rescatarse* a partir de

encontrar un trabajo formal, tener hijos, construir la propia casa, dejar las drogas, etc.” (2014: 80).

El caso de Matías es ilustrativo de algo que apareció de manera recurrente en el trabajo de campo: los deseos de los jóvenes por *rescatarse*. Dichos deseos muestran la búsqueda de construcción de nuevas prácticas y/o formas de vida, entendidas como maneras de mejorar su porvenir y el de sus seres queridxs. Así, los intentos de *rescate* pueden vincularse a la formación de pareja o a la paternidad, a búsquedas por responder a expectativas de sus madres o familiares mayores, a proyectos en espacios deportivos, políticos, religiosos o artísticos, a la adquisición de trabajos o continuación de sus estudios, cuestiones que también han sido señaladas y trabajadas en otras investigaciones (Previtali, 2014; Benassi, 2017). Benassi (2017) se enfoca en el trabajo como ámbito central para el *rescate* y destaca, especialmente en el caso de los jóvenes que tienen hijxs o han constituido familia, la importancia de asumir el rol de proveedores del hogar como motivación para dicho proceso. Y en este sentido, la autora subraya los estereotipos de género que se ponen en juego en la masculinización del *rescate* y la reafirmación de la masculinidad de los jóvenes varones al construirse identitariamente en tanto hombres proveedores.

Por otro lado, esos deseos de *rescate* muestran diversos malestares, dificultades y angustias que transitan los jóvenes en su cotidianeidad y los afectan tanto a ellxs, como a sus allegadxs. Del mismo modo que señaló Cozzi (2018) en su trabajo, es posible decir que “el costado productivo de participar en el ambiente, en términos de construir prestigio social, que les permite ser conocidos y reconocidos, que además, a veces constituyen fuentes de diversión y esparcimiento, en determinado momento se tornan insoportables, para sus protagonistas y su entorno más cercano. Estos momentos de saturación están vinculados a diversas situaciones. Pueden deberse a un evento particular, la muerte de alguien cercano, un familiar, un amigo o haber resultado herido; o a veces, por el simple paso del tiempo, es decir, estos jóvenes crecen, tienen hijos, lo que resultaba atractivo, redituable y divertido deja de serlo” (p. 154). Es decir, las prácticas que por un lado les sirven para construir prestigio y reconocimiento dentro de la sociabilidad juvenil masculina, también les son fuente de “saturación” y cansancio, al exponerlos a situaciones de riesgo y malestares, tanto para sí como para sus allegadxs.

Matías: Yo no ando en ese quilombo, ¿me entendés? Ya estoy podrido de tener problemas. ¿Sabes que choto que es? Yo el otro día andaba en mi barrio caminando y sabés qué feo que es estar mirando para atrás, o estar mirando que no venga ninguna moto, alguno más o menos conocido del otro lado de Punta Verde... (...)

Por su parte, los discursos y prácticas de los jóvenes muestran las dificultades que se les presentan al intentar *rescatarse*. Si bien ellos tratan de “evitar problemas”, las rivalidades con

otros jóvenes y sus dinámicas permanecen, por lo cual muchas veces se ven involucrados en peleas. Por otro lado, muchas veces continúan sufriendo la estigmatización de lxs vecinos, la desconfianza de sus familiares y el etiquetamiento como “barderos” y/o “delincuentes”.

Matías: Los vecinos nos miran raro... nos miran como si nosotros fuéramos malditos (...) yo como persona me siento mal, por un par de vecinos que piensan que yo soy un atrevido ¿me entendés?

Así, pese a que ya han abandonado ciertas prácticas delictivas y/o violentas, en ocasiones resultan criminalizados por lxs vecinxs, quienes les atribuyen ser los responsables de determinados robos. Todo ello genera problemas, malentendidos, exclusiones e incluso contribuye a recrear las imágenes del “pibe chorro” sostenidas por la vecinocracia (Rodríguez Alzueta, 2016b).

Pero también, los deseos de *rescate* dan cuenta de los modos socialmente aceptables de construirse en tanto jóvenes y adultos en el barrio. Justamente, el tránsito de la juventud hacia la adultez supone mayores presiones para los jóvenes por “integrarse”, conseguir trabajo y formar una familia, porque de lo contrario, como dice Matías, “la sociedad te termina excluyendo”. En muchas de las trayectorias de los jóvenes se ponen en evidencias las reelaboraciones morales en torno a sus prácticas, y las presiones de su entorno por *rescatarse*.

Nicolás: Antes me parecía re bueno y ahora que reflexioné un poco, ya no me parece tan bueno, juntarme en una esquina, como toda la gente ve que te drogás y esas cosas, no me parece, corte ya me rescaté más. ¿Me entendés?

Presiones que se profundizan en la medida en que crecen. Así, muchas veces la disminución de conflictos es explicada por la llegada a la adultez de jóvenes anteriormente involucrados en diversas peleas.

Paz: Claro, che y ustedes decían que antes se peleaban más entre los de la villa con los del fondo y ahora ¿qué onda? ¿por qué no se pelean más?

Miguel: Porque ya están viejos.

Paz: ¿Qué?, ¿cuántos años tienen?

Agustín: Deben tener sus 40...

Miguel: No, pero ya llega una edad que tenés que empezar a pensar un poco...

Agustín: Sí, a los 30 ya tenés que decir “para”

Miguel: No vas a seguir en la boludez, antes eran jóvenes.

En el caso de los jóvenes estudiados, estas reelaboraciones se hacen en mayor medida posibles en un contexto socioeconómico que posibilitó una cierta integración social y mayores accesos a posibilidades educativas y laborales, es decir, que permitió que algunos jóvenes tengan “otra perspectiva hacia el futuro” (Matías). Como contracara, aquellos jóvenes que aparecen con mayores dificultades para *rescatarse*, son justamente quienes se encuentran con menores oportunidades de acceso a este tipo de derechos, por ejemplo, los jóvenes que han transitado

varios años por centros de detención cerrados y sufren las consecuencias de la estigmatización social e institucional.

En el caso de Matías, para lograr su *rescate* fue central el lugar de su familia, en tanto le brindó contención y lo ayudó para que pueda acceder a una psicóloga privada y trabajar su consumo problemático de drogas. Pero también en mi trabajo de campo conocí historias de numerosos jóvenes cuyos deseos de *rescate* no lograban concretarse. ¿De qué manera el Estado, las instituciones o programas estatales intervienen en estos casos? Las vidas de los jóvenes muestran deseos de *rescate*, pero también las falencias de instituciones, programas y políticas para acompañar este tipo de situaciones. En este mismo sentido, Liliana, referente barrial de Los Mirasoles, destaca estos deseos asociados a malestares y me cuenta experiencias vividas donde algunos jóvenes del barrio con consumo problemático de drogas se acercaron a pedirle ayuda y contención, señalando que querían “salir” de la situación en la que se encontraban. Pero a la vez, subraya la dificultad de estos jóvenes para hacerlo cuando no tienen el acompañamiento de su familia, frente a lo cual afirma la importancia de políticas socioeducativas y laborales, así como espacios de contención para que los jóvenes puedan transitar esas experiencias, concretizar sus deseos de *rescate* y salir de situaciones problemáticas para ellos.

Sin embargo, las posibilidades de resolver situaciones conflictivas, abandonar consumos problemáticos o prácticas violentas, la mayoría de las veces queda como una responsabilidad meramente individual: son lxs propixs individuxs quienes deben resolver los malestares que transitan, encontrar “soluciones” y procesarlos de manera privada. Pablo Semán señala la existencia de transformaciones en los sectores populares vinculadas a la adopción de perspectivas más individualistas de progreso material y autoafirmación personal vinculadas a un declarado esfuerzo por cambiar sus realidades, las cuales se perciben y constituyen en ciertas creencias y prácticas religiosas, en las apropiaciones de los mensajes musicales y en el uso de la literatura de autoayuda. Así, “la idea de ‘emprendedurismo’ rescata de la vida cotidiana la experiencia de intentar resolver en la precariedad y también una posición que invita a ‘ponerse las pilas’, ‘rescatarse’ y ‘salir adelante’ para resolver su situación personal” (Semán citado en Esteban, 2017). En línea con esto, Benassi (2017) afirma que “el *rescate* siempre aparece para los jóvenes asociado a una dimensión individual, que debe ser sostenida por convicción y con voluntad, y en ese sentido pone en evidencia la ineficiencia e insuficiencia de las diferentes instituciones que participan regulando la vida social en el barrio, fundamentalmente las estatales, para constituirse en soportes que acompañen las decisiones de los jóvenes respecto de cómo organizar sus experiencias vitales” (p. 313).

Particularmente, mi participación en el marco del Programa Envión –justamente diseñado para la integración social de jóvenes en situación de vulnerabilidad social y/o en conflicto con la ley penal– me permitió ver incluso las dificultades de ese programa para promover estrategias de salida a las situaciones problemáticas que no recayeran en las lógicas de la responsabilización individual. Mientras nos encontrábamos en la Delegación municipal de Romero charlando con Vanesa, y ella me contaba sobre el Programa y su trabajo con lxs jóvenes, me habló de una experiencia con uno de los asistentes. Según dijo, unos años atrás estaba yendo Seba, “por momentos iba más y por momentos faltaba, pero iba”, era un chico de 22 años que “estaba metido en el bardo”, al igual que sus hermanos, “tenían una bandita, un grupo”, “a veces salían a robar”, “se drogaban” o “se peleaban con otros chicos del barrio”. Seba tenía dos hijos, “aunque de uno no se hizo cargo”. Durante un tiempo el joven dejó de asistir a los talleres, pero un día volvió. Según me contó Vanesa, ese día, llegó “muy exaltado” y contó lo que le había pasado:

Vanesa: En la plaza del centro de Romero se entrecruzó dichos con un chico, no fue nada puntual... uno le dijo ‘gato’ al otro... se empezaron a pelear y él sacó un cuchillo y lo acuchilló, el otro chico quedó en el piso ensangrentado y él salió corriendo. Y él no había dormido en toda la noche y esperó a llegar... necesitaba que llegue esta hora para venir a hablar, me dijo ‘yo no sé si está vivo o muerto, no sé’... ahí parecía un nene asustado, me dijo ‘yo me desconozco’ ‘yo no soy un asesino’ ‘no quiero ser esto’ no se identificaba con lo que había hecho, es como que tenía su límite. Dice ‘vengo acá y quiero que me ayudes porque yo esto no soy y no quiero ser esto, tengo otras cosas, pero esto no soy’. Fue tremendo eso. Bueno ahí lo contuve, lo frené... después me enteré que el chico estaba grave pero no murió... Y bueno yo lo senté y lo tranquilicé, él estaba re mal, le hice un té y nos sentamos a charlar y después de a poco fue bajando un poco, estaba sin dormir en toda la noche y bueno, en vez de reto, punición, fue escucharlo, contenerlo y bueno... Y después de eso desapareció por un tiempo y no supe más nada, es así. Tenía esa referencia porque esperó... en la desesperación de esa madrugada, el punto de anclaje fue un poco decir ‘bueno, mañana es jueves, yo a las 9 voy’. Y vino acá corriendo. Pero después no vino por mucho tiempo. Después siempre yo les preguntaba a los chicos y me decían que lo veían en el barrio, al hermano ese día lo habían metido preso porque había robado feo. Y ellos estaban muy juntos. (...) Pero él en este contexto, entraba y era un nene, mirá que había vivido de todo... entraba acá al Programa y era un nene. Después le empezó a gustar una chica de acá... Eran buenos pibes. Había estado igual varias veces presos, tenía tatuajes tumberos... Pero bueno no sé qué será de la vida de él, ni del hermano.

El relato de Vanesa sobre la situación vivida por Seba permite volver a mostrar los deseos de *rescate* de muchos jóvenes y los malestares que también pueden atravesar en función de prácticas que en ciertos contextos son fuentes de *respeto* como, por ejemplo, el hecho de responder frente a las provocaciones de otros jóvenes y enfrentarse a ellos. Si bien Vanesa valorizaba el hecho de que Seba haya asistido al Programa a buscar contención luego de la situación que había atravesado, también dice que después dejó de asistir a los talleres y que no lo vio más. Según cuenta, él le decía que quería “salirse del bardo”, pero que le resultaba difícil ya que muchos jóvenes lo conocían y que por sus vínculos siempre terminaba involucrado en algún conflicto. Por ello, su proyecto era mudarse del barrio con su hijo y su pareja y “empezar otra vida en un lugar donde nadie lo conociera”. “Una vez me dijeron que sí, que se había ido del barrio, eso me puso contenta” me decía Vanesa, quien recordaba con mucho afecto al joven. La



situación relatada no solo da cuenta de los deseos de los jóvenes por *rescatarse*, sino los límites de los programas sociales para gestionar y acompañar estos procesos, más allá de una contención que enfatiza en la necesidad individual de “salir adelante” y desarrollar estrategias individuales para resolver la situación. Tal como señalan Medan (2011, 2017) y Mancini (2016) las actuaciones institucionales de lxs operadorxs y funcionarixs de los programas estatales de prevención social del delito<sup>218</sup> están orientados por los supuestos de “responsabilización” y “activación individual” y, especialmente, las ideas de *inclusión social* y *rescate* sostenidas por tales agentes aluden a una transformación de la persona desde el plano individual. De modo que se aspira a que lxs jóvenes abandonen prácticas de violencia y riesgo como si las mismas fueran elecciones meramente individuales antes que cuestiones vinculadas a un modo de socialización masculina (Medan, 2011; Mancini, 2016); y más aún, estrategias por medio de las cual se construyen ciertas masculinidades.

Pero también otra situación desarrollada mientras hacía trabajo de campo en los talleres del Enviñón, me permitieron ver esos deseos e intentos de *rescate* de algunos jóvenes y a la vez, los límites de los programas y las políticas públicas para dar respuestas a este tipo de demandas.

Mientras estábamos con Vanesa y lxs jóvenes en el taller de macramé, en un momento llegó un joven [llamado Cristian] de alrededor de 20 años y preguntó por el patronato de liberados, oficina ubicada al lado del aula en la que nos encontrábamos. Me sorprendió que tenía todo el brazo con cicatrices de quemadura. Le señalé la puerta y, dado que la oficina estaba cerrada, me pidió una lapicera para firmar la hoja de asistencia que se encontraba pegada sobre ella. Cuando terminó de firmarla me preguntó de qué era el taller y yo le conté qué era el Enviñón. Me preguntó para quienes era y si él podía quedarse y participar. Yo la llamé a Vanesa y él le explicó que tenía que venir a firmar y que quería saber si se podía quedar porque se estaba “intentando rescatar”. Ahí Vanesa le explicó que primero tenía que inscribirse y que ahora no sabía si había cupos porque ya estaba lleno, pero que si mañana venía a firmar podía hablar con Laura [otra de las trabajadoras del equipo técnico] que estaba a la mañana. Le pidió el celular para volver a contactarlo, pero Cristian le dijo que no lo tenía porque lo había dejado en la casa. Frente a la insistencia de Cristian para quedarse, Vanesa le explicó que el problema era que ella estaba a cargo y que cualquier cosa que pasara ella era responsable, por lo cual era necesario que estuviera inscripto. Aunque finalmente le dijo que si quería podía quedarse hoy. Cristian se quedó y se mostró muy participativo en todo el taller, aunque después nunca más volvió. (Nota de campo)

Dicha situación ilustra el deseo de Cristian por *rescatarse* y la búsqueda por ser incluido en espacios socioeducativos, pero a la vez, las trabas burocráticas y las resistencias que pueden tener ciertxs actorxs institucionales para abordar este tipo de situaciones. En casos extremos, los malestares asociados a la “saturación” (Cozzi, 2018) que experimentan algunos jóvenes y las dificultades para construir nuevas experiencias de vida alejadas de ciertos consumos problemáticos o de la participación en conflictos o ilegalismos, pueden llevar al suicidio. Así, la existencia de diversos casos de suicidios me había sido mencionada como una problemática en la zona, que particularmente afectaba a jóvenes:

---

<sup>218</sup> Medan se dedica específicamente al análisis de los programas Comunidades Vulnerables, Enviñón/Volver y A la Salida.

Gabriel: El tema de la adicción es un tema... igual que el suicidio, acá hubo varios casos de suicidio de adolescentes...

Paz: ¿Acá mismo en Los Mirasoles?

Gabriel: Acá hubo varios casos sí, hubo creo que dos o tres casos resonantes.

Agustina: Y después... son puros chicos que se ahorcan.

Paz: ¿Se ahorcan?

Agustina: Se matan.

Paz: ¿Por?

Agustina: No sé, dicen que por la droga, pero no sé. Porque se drogan, se ponen tristes y se matan.

Paz: Pero ¿Qué? ¿hubo muchos casos así de...?

Agustina: Tres

Paz: ¿Tres en cuánto tiempo?

Agustina: En el mismo año. Uno se ahorcó, y otro se quiso ahorcar, pero lo sacaron enseguida, porque empezó a gritar dicen, era como que estaba muy drogado y tenía problemas. Y después ese chico terminó teniendo problemas con alguien y lo mataron. Apareció muerto de un tiro.

Luis, uno de los jóvenes que se había suicidado en Romero, participaba del Programa Enviñón. Si bien yo no llegué a conocerlo, Vanesa me comentó la situación:

Vanesa: Y después tuvimos otro caso. El de Luis. Era un pibe que robaba mucho acá en el barrio. Y acá venía con una moto nueva, todas robadas y todos sabían que se había robado una moto y venía con la moto, una super moto. Y una historia re triste, abandonado por los padres... El venía... no hablaba mucho, yo intenté varias veces, pero no era uno con el que se pudiera hablar mucho. Siempre callado, le preguntabas y no hablaba. Y él venía y bueno... en 2016 se ahorcó, se suicidó. Fue triste eso. Porque habíamos tenido mucho trato. Y hubo una época donde con el tema del cambio de gobierno y eso que estuvo parado un poco todo, desde agosto a... nos debían muchos meses y con el cambio de gobierno no sabíamos si nos iban a pagar y eso... estuvimos como 6 meses sin cobrar, y desde la dirección dijimos que hasta que no se regularice la situación... porque seguir trabajando cuando se decía que iba a cerrar y eso... hicimos un parate. Y en ese interín se suicidó. Justo cuando íbamos a retomar... se ahorcó. Fue re triste porque a mí siempre me quedó, no te digo que... nadie lo iba a salvar, tuvo una historia horrible, pero a mí siempre me quedó eso, siento que si aunque sea hubiese estado... Patricia [otra trabajadora del Programa] me decía que si no era ahora capaz que era más adelante pero fue como... eso a mí me puso muy mal mucho tiempo. Siento que, si hubiésemos estado con más contacto, en actividad. Él se acercaba... no sé.

Paz: Él venía seguido digamos...

Vanesa: Sí, con su regularidad... pero venía.

El caso no solo vuelve a mostrar los malestares que experimentan algunos de estos jóvenes, sino también los numerosos límites de este tipo de programas sociales para dar respuestas a las dificultades que ellos atraviesan. Además, la situación reconstruida evidencia que, más allá de sus límites, estos programas pueden constituir un espacio de contención para algunxs jóvenes, por lo cual su desarticulación o parate –como el sucedido en el marco del acceso de Cambiemos al gobierno, contexto en el que se produjeron ciertos intentos de eliminar al Enviñón– no hace más que recrudecer la problemática.

Los deseos de *rescate* ponen de manifiesto la búsqueda de algunos jóvenes por nuevas prácticas o formas de vida vinculadas al abandono de ciertas acciones violentas y/o consumos problemáticos, las cuales en ciertos contextos son valorizadas como formas de construcción de *respeto* y un *nombre grande*, y el suicidio revela diversas dificultades transitadas en dicha búsqueda; por otro lado, los modos en que estas situaciones son significadas por ciertxs actores,

particularmente jóvenes, permiten revelar el peso de las construcciones de masculinidad en los modos de juzgar y valorizar tanto las prácticas, como las formas de vida y de muerte en tanto merecedoras o no de *respeto*. Particularmente, el relato de Mateo sobre su hermano permite mostrar con más claridad estas cuestiones. Mateo, un joven de 26 años de Los Mirasoles, tuvo trece hermanos, aunque dos de ellos están muertos en la actualidad: uno falleció durante su niñez y el otro –llamado Claudio– se había suicidado unos pocos meses atrás. Claudio tenía 24 años y “era... digamos, la oveja negra de la familia, el que te hacía cagar de risa... capaz que tenía una banda de quilombos pero nunca te los demostraba, él siempre sonriente”. Vivía en San Nicolás, trabajaba y tenía su familia, su pareja y un hijo de 6 meses, “pero también tenía sus mañas, afanaba, se drogaba mucho, tenía muchos problemas”, hasta que terminó llegando al punto de suicidarse.

Mateo: Tenía muchos problemas, una cantidad de problemas, con los del barrio digamos, con la vagancia, ¿viste?. Pero no, no decidió que lo mate la gente, habrá dicho... para mí se vio en algo apretado y dijo ‘antes que me maten me mato yo’ mirá si me van a venir a matar, porque él era así. Tenía mucho bardo... con gente mala, con los transa, este... que se yo... con un chabón que vos pasabas y te decía ‘¿vos qué onda guacho? ¿Vos qué onda?’ te venía siguiendo y ‘¿qué mierda te importa?’ le decía y los demás pasaban calladitos la boca cuando el otro bardeaba, mi hermano no, mi hermano te contestaba, y así estaba también, parecía un mapa de tantos puntazos que le pegaron, tenía puñaladas por todos lados. Se ganó el respeto de todos... o sea, vos lo veías y ¿viste esos bien machos?, ‘yo soy bien macho, bien hombre’, pero terminó como un cobarde, terminó quitándose la vida.

El relato de Mateo sobre la vida y muerte de su hermano resulta significativo por diversas cuestiones. A partir de dicho discurso no solo se hace patente el vínculo entre masculinidad, respeto, rudeza, violencia, delitos y consumo, sino también cómo la cobardía, en tanto atributo que pone en cuestión la masculinidad y la hombría, también va en detrimento de esa imagen *respetable*. La interpretación y juicio a su suicidio como forma de cobardía pone de manifiesto el peso de la exigencia de valentía y fortaleza que recae sobre las masculinidades y les reclama hacer el esfuerzo por afrontar las diversas dificultades de la vida (Bonino, 2002). Mientras el hecho de enfrentar dichas dificultades son signos de masculinidades fuertes, corajudas y valoradas en tanto tales, la renuncia a ello es concebida como cobardía y, por ende, como una actitud que atenta contra la imagen de varón-macho<sup>219</sup>.

Por su parte, las mujeres no están ausentes en este tipo de problemáticas que atraviesan los jóvenes. Especialmente, en el marco de una sociedad que delega a la familia –y particularmente a las mujeres-madres– la responsabilidad por el cuidado (Faur, 2014), son ellas quienes quedan compelidas a encargarse de “salvar” a quienes buscan *rescatarse* (Benassi, 2017). No solo las

---

<sup>219</sup> En el capítulo 5 muestro cómo en el caso de los suicidios realizados por parte de las jóvenes mujeres, tales acciones conllevan implicados juicios y valoraciones distintas, destacando la fuerte carga de las construcciones de masculinidad y feminidad en los modos de significar estos eventos.

madres, sino también sus parejas, en ocasiones resultan fundamentales en el *rescate* de los varones. Así, muchos jóvenes alegan querer rescatarse por sus novias y/o por su familia, cuando se convierten en padres. Sin embargo, la representación de las mujeres como “salvadoras” las expone a ellas a ciertas violencias y/o sufrimientos. Por ejemplo, como le sucedió a Tamara. A principios del año 2018 se había cambiado de colegio y había pasado del de Gran Jardín, al de La Meseta. En esos días, había empezado a salir con Alexis, un compañero de su nuevo colegio. A partir de entonces, había cambiado el estado de su Facebook más usado para poner “en una relación” y debajo de algunos de los comentarios que diversos chicos les hacían a sus fotos –del estilo “mi amor”, “sos hermosa”–, ella muchas veces publicaba “soy de mi novio y de nadie más”. A los meses de comenzada dicha relación, Tamara se fue del barrio para irse a vivir a Paraguay. Según Pilar, la familia la había mandado a vivir un tiempo con sus parientes paraguayos porque no quería que continúe saliendo con Alexis, quien según decían, “la trataba mal”. Dada dicha situación, fuimos con Mariana –una joven militante de La Organización– a hablar con la familia de Tamara para averiguar con mayor detalle lo sucedido:

La madre nos explica que Tamara tuvo un problema y por eso se fue para Paraguay: estaba de novia con un chico de su colegio, Alexis, que “al principio parecía un buen chico”, ellos incluso lo habían conocido, pero que desde el colegio la llamaron para decirle que “no era buen chico... se drogaba, estaba en juntas y tampoco era bueno con ella”. Nos cuenta que los compañeros también lo veían, que la trataba mal. Dice que al principio Tamara no lo veía, para ella él era bueno y además ella quería ayudarlo, llevarlo a la iglesia y esas cosas para “sacarlo de la mala junta”. La madre dice que trataba de convencerla de que “ella no iba a poder rescatarlo”. Por eso, la madre quería que ella se vaya para Paraguay, como para desvincularse del novio, porque si se quedaba en La Plata se iban a seguir viendo y el novio “la iba a perseguir”. Agrega que a Tamara siempre le gustó Paraguay y que allá tienen muchxs familiares. También nos cuenta que iba a tratar de seguir haciendo las tareas y mandando los trabajos a su colegio para no perder el año escolar. (Nota de campo)

Tal como se pone de manifiesto en la situación de Tamara, las mujeres ocupan un lugar central en relación al *rescate* de los varones. Siguiendo a Benassi (2017) una de las formas del *rescate* es la del “rescate por amor”, en donde las jóvenes asumen el lugar de “responsable moral” de acompañar la decisión de los varones de abandonar determinadas prácticas asociadas a la violencia. Pero, la representación social de las mujeres como encargadas del cuidado (Faur, 2014) y las ideas del amor romántico asociadas al “sufrir por amor” (Pascual Fernández, 2016), al tiempo que construyen a las mujeres como responsables de ayudar a salvar o *rescatar* a sus parejas, también pueden conllevar a que ellas padezcan ciertos sufrimientos o maltratos en tales contextos y dificultar la ruptura de tales vínculos.

Lo expuesto en este apartado permite pensar cómo la vida de estos jóvenes se encuentra en la tensión entre moralidades diversas sobre sus formas de vida y sus prácticas, que oscilan entre la estigmatización y exigencias diversas como el *rescate*, la construcción de *respeto*, de fortaleza, valentía y, especialmente en la medida que crecen, de provisión económica. Las

cuales, a la vez, parten de una lógica individualizante que, al tiempo que los responsabiliza por sus situaciones, deposita casi exclusivamente en ellos la posibilidad de gestión de la salida a las diversas problemáticas y dificultades que atraviesan. Salida, a su vez, que es más o menos válida en función de las expectativas sobre los modos legítimos de construirse como jóvenes-varones.

## 5. Conclusiones del capítulo

Del mismo modo que ha sido señalado por gran parte de los estudios sobre delito en sectores populares, en estos barrios la comisión de robos puede ser usada por los jóvenes para la construcción de una imagen positiva entre sus pares, para la provisión económica o para la diversión. Estos recursos son practicados situacional y contextualmente, y a la vez, están distribuidos de manera desigual. A simple vista los varones son los principales protagonistas de estas acciones, sin embargo, un análisis más profundo permite evidenciar los modos en que las mujeres también están presentes en las mismas.

Sin estar determinadas por ellas, ciertas creencias sociales sobre el comportamiento adecuado para varones y mujeres promueven diferentes formas de significar y practicar este tipo de delitos en función del género. Y a partir de estas prácticas diferenciales lxs actorxs pueden construirse como varones o mujeres, más o menos legítimos, más o menos acordes a las masculinidades y feminidades hegemónicas. En la zona, estas acciones son fundamentalmente practicadas por varones y para las mujeres las mismas no aparecen de igual modo disponibles como recursos. Los robos, así como también el *bardo*, están tan asociados a la masculinidad, que para las mujeres realizar este tipo de prácticas puede implicar poner en tensión su construcción femenina. Por su parte, algunos jóvenes buscan presentarse a sí mismos con trayectorias o experiencias delictivas, es decir, exteriorizar una imagen ligada a lo delictivo y adoptarla como una fuente de orgullo. Incluso algunos de ellos sienten presión por parte de sus amigos para robar y así evitar ser vistos como “cobardes”. Es decir, a partir de tales prácticas pueden “hacerse los machitos” (Javier). La participación en ciertos delitos tales como los robos y hurtos aparece dentro del campo de experiencias posibles de los jóvenes, e incluso en ocasiones son valoradas y promovidas, principalmente en el ámbito de la sociabilidad juvenil masculina.

También, el análisis permitió iluminar algunos sentidos específicos de los robos en contextos particulares y de esta forma considerar algunas diferencias entre mi investigación y otros estudios locales previos sobre jóvenes y delito urbano. Estudios fundamentales como los de Kessler (2004a, 2013) indagaron en los delitos contra la propiedad cometidos por jóvenes en centros urbanos o áreas metropolitanas, es decir, en áreas con un gran nivel de impersonalidad y desconocimiento, por lo cual la mayoría de estos hechos debían ser comprendidos como robos a

desconocidxs. Y en ese sentido, es posible explicar la preeminencia de la finalidad de búsqueda de beneficio económico que el autor encuentra en este tipo de acciones. Distinta es la situación en los barrios periféricos en los que trabajé, donde es mayor el nivel de inter-conocimiento entre lxs moradorxs. Allí, muchos robos se realizan a conocidxs, por lo cual la trama relacional es fundamental para comprender estas prácticas. A partir del análisis de los significados que estas acciones tienen para sus protagonistas, destacué que algunos robos pueden constituir una forma más de violencia –como las agresiones físicas o verbales– en el marco de disputas por *respeto* entre varones: por medio de estas acciones se inferioriza y humilla a la persona victimizada, en especial cuando aquella es una persona conocida. En este sentido, robarles a las mujeres puede ser visto como un acto de desprestigio para los varones, ya que en ocasiones éstas son consideradas como más vulnerables e imposibilitadas de defenderse.

De este modo, afirmé que algunas prácticas delictivas tienen sentidos ligados a la regulación de las relaciones sociales entre jóvenes, así como también a la participación y pertenencia en ámbitos de sociabilidad. Al interior de las *juntas* o de los círculos de amistad, diversas prácticas como los robos, al igual que ciertas agresiones verbales y físicas pueden servir, entre otras cuestiones, para comunicar los límites a la participación y echar a alguien de un grupo. Este análisis me permitió vislumbrar nuevos aspectos y sentidos que pueden tener algunos delitos contra la propiedad, complementando y complejizando los análisis realizados por la bibliografía ocupada del estudio de los delitos juveniles.

En tanto prácticas semejantes a otras agresiones que atentan contra el *respeto*, destacué la importancia que tiene para algunos jóvenes responder a este tipo de situaciones por medio de la violencia de modo de *hacerse respetar*. En función de estas lógicas, pueden rehusar a recurrir a la policía porque ello afecta su *respeto* y demuestra su vulnerabilidad, lo cual atenta contra su honor masculino.

A partir del análisis destacué la multiplicidad de sentidos de los robos en función de lxs diversos actores y contextos de actuación, así como sus usos situacionales, distanciándome de las representaciones sociales que construyen fronteras más rígidas entre los “delincuentes” y los “no delincuentes”. Por su parte, también mostré que muchos de los jóvenes que en algún momento habían practicado este tipo de delitos, en otros los abandonan y se “rescatan”. En el barrio, existen representaciones sociales divergentes y conflictivas sobre cómo construirse como joven legitimado y reconocido, y el tránsito de la juventud hacia la adultez supone mayores presiones para los jóvenes por “integrarse”, conseguir trabajo y formar una familia. De modo que se profundizan las demandas de su entorno por *rescatarse*, lo cual puede implicar abandonar ciertas prácticas delictivas, pero también dejar consumos de drogas y/o no meterse en peleas y

conflictos con otros jóvenes. Sin embargo, usualmente el *rescate* es concebido como una responsabilidad individual: se les exige a los jóvenes que resuelvan los malestares que transitan y encuentren salidas a las diversas problemáticas y dificultades que atraviesan. Este tipo de exigencias están presentes en las actuaciones de diversxs actorxs institucionales que muchas veces aspiran a que estos jóvenes modifiquen sus prácticas y resuelvan individualmente sus problemas, soslayando las maneras en que estas cuestiones se articulan con lógicas más amplias, entre las cuales la construcción social de los géneros resulta fundamental.

## CAPITULO 5: “MI PAPÁ, EL MACHO ALFA”. VIOLENCIAS EN LAS FAMILIAS

### 1. Presentación

En el presente capítulo me centro en el análisis de algunas experiencias de lxs jóvenes en relación a ciertas violencias<sup>220</sup> sufridas en el ámbito familiar, así como en los recursos y estrategias disponibles para gestionar este tipo de situaciones. Las mismas generalmente han sido relegadas en la investigación dentro del campo de estudios en seguridad, delitos y violencias. Si bien numerosos estudios feministas comenzaron a visibilizar y problematizar estas cuestiones a partir de los años 70, por fuera de dicho campo fueron en menor medida consideradas como temas de investigación. Según González Oddera (2015a), justamente las representaciones modernas de la familia como un espacio de amor y protección, han generado obstáculos para la tematización del fenómeno de la violencia en la familia, y en parte, ello explica su análisis relativamente tardío, en relación al estudio de otras formas de violencias dentro de las ciencias sociales. El análisis de este tópico supuso poner en cuestión la idea ampliamente arraigada de que la violencia es anómala en la vida familiar. Tal como señala Rifiotis (2011) los actos violentos producidos entre personas que mantienen fuertes vínculos afectivos y sociales, no deben ser interpretados como una anormalidad o un desvío, sino como una tensión implícita en las mismas relaciones sociales y, especialmente, los lazos familiares, los vínculos de pareja y los generacionales, están impregnados de gran conflictividad.

Mi investigación enfocada en las experiencias de lxs jóvenes –la mayoría de lxs cuales no habían constituido su propia familia y seguían conviviendo en su hogar de origen– me permitió evidenciar que muchxs de ellxs sufrían violencias –tanto directas como indirectas– ejercidas fundamentalmente por el varón adulto de la familia<sup>221</sup>, las cuales habían afectado considerablemente sus biografías y trayectorias (Roberti, 2018)<sup>222</sup>. No solo las mujeres parejas

---

<sup>220</sup> En especial –aunque no exclusivamente– violencias físicas, las cuales eran en mayor medida reconocidas como tales.

<sup>221</sup> Esto no excluye la consideración de que otrxs miembrxs del grupo familiar puedan practicar violencias. Pese a todo, la ejercida por el varón adulto del grupo familiar fue la que mayor presencia tuvo en mi trabajo de campo y por ello me enfoco en su estudio. Es posible encontrar otros tipos de violencias en estos vínculos familiares en las investigaciones de la compilación de Rifiotis y Castelnuovo (2011). Por ejemplo, el trabajo de Marques de Oliveira y Grin Debert tematizan sobre las ejercidas contra familiares mayores y el Rifiotis se centra en casos de agresión de hijos contra sus padres.

<sup>222</sup> En este sentido, algunas perspectivas teóricas feministas buscan visibilizar que lxs hijxs de las mujeres que sufren violencia de género, también son víctimas directas de dichas violencias (bell hooks, 2017). Por su parte, algunos abordajes locales de organismos vinculados a la temática han comenzado a visibilizar estas cuestiones. Por ejemplo, el informe “Niñas, niños y adolescentes en el marco de la ley N° 26.485 Línea 144” (Observatorio Nacional de Violencias Contra las Mujeres, 2015a) plantea que lxs niñxs y adolescentes deben ser consideradxs víctimas de la violencia de género en contextos domésticos –independientemente de que sean destinatarixs directxs, o no, de la misma– y explica que las llamadas recibidas en la Línea 144 ponen en evidencia los modos en que dicha violencia



de un varón que ejerce violencias se ven afectadas por tal situación, sino también sus hijxs, lxs cuales usualmente se hallan en un lugar de dependencia y desprotección. El análisis permite, por un lado, repensar algunas cuestiones en relación al campo bibliográfico desde el cual fue abordada la temática de la violencia en la familia, cuestionando ciertos desencuentros teóricos entre las perspectivas de análisis de estos temas. Pero, por otro lado, posibilita mostrar no solo la relevancia de este fenómeno y los modos en que dichas situaciones afectan las trayectorias de lxs actorxs, sino también ciertas singularidades en las formas en que este tipo de violencia es experimentada por lxs jóvenes varones y mujeres, así como en los diferentes recursos o estrategias para intentar sortear los malos tratos.

## **2. Desencuentros teóricos en la tematización de la violencia familiar: la importancia de complejizar las perspectivas de análisis**

El concepto de familia ha sido definido por Jelin (1994) como una organización social de relaciones de producción, reproducción y distribución, con una estructura de poder, cuyos principios básicos de organización interna siguen diferenciaciones según edad, sexo y parentesco. La familia se basa en componentes ideológicos y afectivos que ayudan a la persistencia y reproducción de dicha organización, pero al mismo tiempo, es un ámbito de relaciones de conflicto y lucha. Varios estudios (Jelin, 1994; Jelin, 2010; Di Marco, 2005a; Faur, 2006; González Oddera, 2015a) dan cuenta de las transformaciones que han experimentado las formas de organización familiar, principalmente en los últimos tiempos, aunque también señalan la existencia de persistencias y continuidades. Del mismo modo, también han sufrido cambios las significaciones y representaciones sociales sobre la familia y los roles de cada uno de sus miembros.

Numerosas investigaciones señalan a la familia como un espacio paradójico en tanto ámbito de relaciones de cuidado, protección y afectos y, al mismo tiempo, espacio de conflictos y violencias (Jelin, 1994; Di Marco, 2005b; González Oddera, 2015a). Las explicaciones sobre la violencia en la familia tienden a señalar que, si bien la misma sucede en todas las clases sociales, es más frecuente en sectores de bajo nivel socioeconómico y más afectados por el desempleo o la precariedad laboral, lo cual es vinculado fundamentalmente con el mayor hacinamiento que incrementa las tensiones cotidianas, así como con la dificultad de construir masculinidad a partir de la provisión económica y el sustento del hogar (Flood, 2009). Por su parte, otros estudios

---

lxs afecta. En este sentido, el “Informe sobre personas adultas mayores en situación de violencia” (Observatorio Nacional de Violencias Contra las Mujeres, 2015b) muestra que en los casos de violencia de género de las personas adultas mayores muchas veces se encuentran niñxs y adolescentes afectadxs por dicha situación, lo cual a la vez “indica un factor de riesgo clave que acentúa tanto la vulnerabilidad de la persona en situación de violencia, como de las/os niñas/os y adolescentes involucradas/os” (p. 9).

hacen hincapié en la relación entre tales prácticas y las relaciones de autoridad implicadas tanto en el vínculo de pareja como en el filial (Di Marco, 2005b; González Oddera, 2015b). El ejercicio de la autoridad se ha construido históricamente en torno a la figura del padre y si bien dicha figura ha ido declinando y perdiendo injerencia con las transformaciones de los modelos familiares, la misma aún persiste en su núcleo duro, es decir, la asociación entre la idea de autoridad y el lugar del padre. A la vez, tales relaciones de autoridad legitiman ciertas imposiciones y, en algunas circunstancias, castigos físicos hacia lxs niñxs y hacia la mujer en la relación de pareja.

Diversas autoras han señalado que las principales víctimas de la violencia familiar son las mujeres en la relación conyugal y lxs niñxs en la relación filial (Jelin, 1994; Di Marco, 2005b). Sin embargo, el campo de estudios tendió a dividirse en dos grandes áreas de indagación: el maltrato infantil, en la relación parento-filial, y el maltrato hacia las mujeres, en la relación de pareja (González Oddera, 2015a; 2015b), los cuales “enraizaron en diversos contextos disciplinares, lo que marcó derroteros diferentes para cada área de análisis” (2015a: 323). Dichas divisiones no solo se expresaron en diversas nominaciones sobre el fenómeno, sino que también tendieron a ser abordadas a partir de modelos explicativos distintos.

Por un lado, la indagación sobre el maltrato infantil se inscribió primeramente en el área de estudios de la medicina, la pediatría y la salud mental. Estos estudios tendieron a ser hegemonizados por perspectivas psicopatológicas que enfatizaban en cuestiones del orden de lo individual para explicar las violencias (González Oddera, 2015b). Por lo cual, estos análisis desatendieron la importancia de las desigualdades estructurales como factores explicativos de las mismas. A su vez, tal como señalan Reif y Drovetta (2019), los estudios en torno a la familia tuvieron un recorrido y una trayectoria propia en el campo de las ciencias sociales, asociados a los estudios poblacionales o sociodemográficos, por lo cual, incluso en la actualidad, la mayoría de sus abordajes carecen de perspectiva de género, especialmente, aquellos que abordan la violencia doméstica hacia lxs hijxs.

Por otro lado, ciertas perspectivas feministas –y particularmente, la vertiente del feminismo radical– han sido el marco referencial que ha impregnado fuertemente la reflexión teórica sobre el tema de la violencia contra las mujeres, estableciendo un cierto sentido común sobre cómo estudiar la violencia en la familia (González Oddera, 2015b). Este tipo de estudios tendieron a priorizar el análisis de las violencias ejercidas por los varones contra las mujeres dentro del vínculo de pareja, relegando la consideración de lxs niñxs, adolescentes y jóvenes como víctimas de la violencia patriarcal adulta y soslayando el análisis de las desigualdades organizadas en torno a la diferencia generacional.

Justamente, este desencuentro se expresó en la utilización de terminologías diferenciadas para nominar a estos fenómenos<sup>223</sup>. Las primeras perspectivas mencionadas tendieron a utilizar los términos “violencia familiar” y “violencia doméstica” para designar a este tipo de violencias. Frente a ellas, algunas miradas feministas criticaron estas nominaciones, en tanto reducían la violencia a aquella producida en dichos ámbitos, desligándola de sus vínculos con las desigualdades estructurales de género y los atravesamientos más amplios que la caracterizaban, al tiempo que negaban la especificidad que implicaba la desigualdad de género al incluir a otras víctimas como lxs niñxs. Desde estas miradas, el hogar y la familia constituirían solo un escenario donde la violencia sobre la base de desigualdades sociales de género podía manifestarse. Así, se eligieron las nominaciones “violencia de género” y “violencia contra las mujeres” para nombrar estos fenómenos, destacando que la violencia en la familia se daba en el marco de una estructura de dominación patriarcal (Segato, 2003; Herrera, 2008; Femenías, 2008; Femenías y Soza Rossi, 2009)<sup>224</sup>.

Si bien han sido fundamentales los aportes de estas lecturas, al subrayar la importancia de inscribir las violencias contra las mujeres en las desigualdades de género que estructuran nuestra

---

<sup>223</sup> Estos desencuentros también están presentes en las normativas para el abordaje de la violencia familiar, la violencia contra lxs niñxs y la violencia contra las mujeres. A nivel nacional, en 1994 se promulgó la Ley 24.417 denominada de “Protección contra la Violencia Familiar” y en el año 2009 se aprobó la Ley 26.485 de “Protección Integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres en los ámbitos en que desarrollen sus relaciones interpersonales”. Mientras que, en la Provincia de Buenos Aires, rige la Ley 12.569 de Violencia Familiar, aprobada en 2001 y modificada luego por la Ley 14.509. Por otro lado, en materia de niñez en el año 2004 se sancionó la Ley 13.298 de “Promoción y Protección de los Derechos de los Niños” de la provincia de Buenos Aires y en el 2005 la Ley Nacional 26.061 de “Protección integral de los derechos de las niñas, niños y adolescentes”.

La sanción de Ley Nacional de Protección Integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres constituyó un gran avance, en tanto aborda a las violencias de manera integral, en diversos ámbitos y desde una perspectiva de género (Valobra, 2015; Chiarotti, 2012), de este modo, incluye a la violencia doméstica como una de las modalidades y ámbitos donde se ejerce la violencia contra las mujeres. Aquella es definida como la “ejercida contra las mujeres por un integrante del grupo familiar, independientemente del espacio físico donde ésta ocurra, que dañe la dignidad, el bienestar, la integridad física, psicológica, sexual, económica o patrimonial, la libertad, comprendiendo la libertad reproductiva y el derecho al pleno desarrollo de las mujeres. Se entiende por grupo familiar el originado en el parentesco sea por consanguinidad o por afinidad, el matrimonio, las uniones de hecho y las parejas o noviazgos. Incluye las relaciones vigentes o finalizadas, no siendo requisito la convivencia”. Sin embargo, al definir las políticas públicas en dicha materia, lxs hijxs solo son incluidos/as en un inciso que señala “asegurar la asistencia especializada de los/as hijos/as testigos de violencia”.

Por su parte, las normativas específicas sobre las violencias familiares y hacia lxs niñxs y adolescentes no cuentan con perspectiva de género que comprenda las violencias considerando las relaciones de desigualdad estructurales organizadas a partir de las diferenciaciones entre géneros y generaciones, lo cual acarrea dificultades en las intervenciones en dicha materia (Chiarotti, 2012; Malacalza, 2016). Estas dificultades son puestas en evidencia en los diagnósticos realizados por diversas instituciones abocadas al tratamiento de esta problemática. Así, el Informe del Observatorio de Violencia de Género de la Defensoría del Pueblo de la Provincia de Buenos Aires (Malacalza, 2016) muestra diversos obstáculos en relación a los abordajes y gestiones institucionales en casos de violencia familiar y violencia de género, muchos de los cuales se vinculan con la falta de una perspectiva de género en las intervenciones tanto de las áreas de niñez, como de las instituciones especializadas en violencia familiar.

<sup>224</sup> Los análisis plantearon que si bien el femicidio constituiría una de las formas de violencia de género más extremas (Segato, 2013), ellas comprenden variadas formas –no sólo físicas, sino también psicológicas, económicas y simbólicas– muchas de las cuales aparecen invisibilizadas como tales (Herrera, 2008; Giberti y Fernández, 1989).

organización social, en tanto “el feminismo se ha ocupado en forma privilegiada —en el ámbito de la violencia en la familia— del tema de la violencia en la pareja (heterosexual), es decir, un escenario que pone en relación a un varón con una mujer” (González Oddera, 2016: p. 30), ha invisibilizado otros escenarios de violencias en los vínculos familiares. La conceptualización en torno del patriarcado ha sido el marco explicativo principal dentro del cual se ha analizado la violencia contra las mujeres, y especialmente en la familia, lo cual dio lugar a análisis dicotómicos sobre las relaciones entre los géneros que concebían de manera rígida y esquemática a la mujer como víctima y al varón como victimario (González Oddera, 2016; Beltrán y Aguirre, 2016). Tal perspectiva ha sido criticada por producir representaciones esencialistas de la “mujer” y del “hombre”, por homogeneizar las experiencias de tales sujetxs e invisibilizar la intersección de otras formas de poder en las violencias hacia las mujeres, así como por presentar al patriarcado como estático en la historia (Castellanos, 2007; Iglesias Skulj, 2013; Beltrán y Aguirre, 2016).

Al mismo tiempo, la primacía del abordaje teórico de la violencia en la familia desde la perspectiva de la mujer como víctima, tendió a relegar la indagación en relación a los motivos que llevan a que los varones practiquen tales violencias (Artiñano, 2016). Y, por otro lado, la explicación de la violencia en el ámbito familiar a partir de este marco explicativo llevó a desestimar la idea de que los varones también podían ser incluidos como víctimas de estos fenómenos e invisibilizar otras formas de violencias íntimamente asociadas a los modos de construcción social del género, y especialmente de las masculinidades, como pueden ser las que se producen entre varones. Es que justamente, tal como señalan Aguayo y Nascimento (2016), falta diálogo en la academia entre las perspectivas feministas y estudios de mujeres, con el campo de indagación sobre las masculinidades, así como también, dentro de este campo subsisten temas poco indagados, como el de las generaciones y desigualdades de poder entre varones de distintas edades.

Mi trabajo de campo me llevó a repensar este tipo de desencuentros teóricos en las perspectivas de análisis sobre la temática y complejizar la mirada sobre estas violencias. Cuando comencé en el año 2014 a hacer investigación en Romero para la realización de mi tesina de grado en el barrio El Horizonte, el fenómeno no estaba tan problematizado a nivel social como en la actualidad (Faur y Grimson, 2016). Así, si bien algunas situaciones de violencia familiar podían ser conocidas, y aunque existían avances normativos e institucionales en la materia, persistían dificultades para dialogar y trabajar sobre la temática. En este sentido, Carla, una de las militantes de La Organización comentaba que la situación de violencia familiar vivenciada

por Nicolás –sobre la que profundizaré en este capítulo– era conocida por ellas desde esos inicios, pero que anteriormente nunca habían podido trabajar sobre dicho problema:

Carla dice que, si bien ellas más o menos sabían de la situación de violencia en la familia de Nicolás, antes era mucho más complejo y difícil trabajar ese tipo de cuestiones porque hace 4 años atrás no estaban visibilizados esos temas, “la violencia de género... ni siquiera en la facultad se trataba, en cambio hoy hay otro piso de debate, está mucho más visibilizado todo”. (Nota de campo)

Sin embargo, dicha situación se modificó cuando retomé mi trabajo de campo en la localidad, el año 2016, para la realización de mi tesis doctoral. En esa nueva instancia de investigación, se habían producido importantes cambios en el país que habían dado lugar a la construcción de la violencia de género como un problema público de relevancia en el ámbito nacional. Si bien la construcción de dicho problema se enmarca en un proceso de larga data en el cual tuvieron relevancia una multiplicidad de actorxs –movimientos de mujeres y feministas, organismos internacionales, agencias estatales, medios de comunicación y las redes sociales, entre otros–, las movilizaciones desarrolladas en el año 2015 bajo la consigna del “Ni una menos” constituyeron un punto de inflexión que allanó el camino para que la temática ganara mayor presencia en el ámbito público (Cabral y Acacio, 2016; Faur y Grimson, 2016). A raíz de todo este proceso, las categorías “violencia de género” y “femicidio” ganaron peso como términos disponibles para organizar estas experiencias. De modo que se modificó la mirada hacia este tipo de violencia y fundamentalmente, disminuyó su tolerancia. De la mano de ello y del crecimiento del movimiento feminista en el país, comenzaron a visibilizarse y denunciarse, en mayor medida, situaciones de violencia hacia las mujeres en diferentes ámbitos, inclusive, dentro del ámbito familiar. Dichas transformaciones en el nivel de las representaciones y las prácticas sociales llevaron a recoger más datos sobre este tipo de violencia en mi trabajo de campo, en tanto comenzaba a ser un tema en mayor medida visibilizado y narrado.

Así, en esta nueva instancia de investigación, en el barrio me encontré con múltiples escenas y relatos que daban cuenta de la presencia de ese tipo de violencias, tanto en el ámbito familiar como fuera del mismo. El propio campo, enfocado en jóvenes que en su mayoría aún no habían constituido su propia familia y seguían conviviendo en su hogar de origen, me llevó a complejizar la mirada sobre estas violencias. En efecto, gran parte –aunque no la única– de la violencia que lxs jóvenes me transmitían en sus relatos cotidianos se vinculaba con violencias en el ámbito familiar que ejercía su padre o padrastro contra sus madres; pero también, y muchas veces asociado a ello, contra ellxs mismxs o sus hermanxs. E incluso en los casos en que dicha forma de violencia no lxs tenía como destinatarixs directxs, ellxs también la sufrían y sus trayectorias daban cuenta de los modos en que tal situación había afectado sus vidas. Dicho de otro modo, al realizar mi trabajo de campo, notaba la existencia de violencias en la familia que se

articulaban, pero excedían, aquello típicamente entendido –desde la perspectiva feminista– como las violencias de género. Sentía las limitaciones de nombrarlas como violencias de género, teniendo en cuenta que afectaban –de manera diferenciada– tanto a mujeres como a varones, en el caso de lxs hijxs, y si bien comprendía que las construcciones de género no eran ajenas a dichas prácticas –siendo que dicha violencia era ejercida principalmente por el varón jefe de familia y que tales acciones debían comprenderse en el marco de las construcciones de masculinidad– notaba que era necesario complejizar las herramientas teóricas, repensando la importancia de las desigualdades etarias y generacionales y las relaciones de autoridad implicadas en la construcción del varón adulto como jefe de familia.

En este sentido, al poner en diálogo el trabajo de campo con los aportes teóricos, visualicé la importancia de incorporar las herramientas analíticas de ciertos feminismos, las cuales me permitían reflexionar sobre las dinámicas de las violencias de género especialmente en el vínculo de pareja, y comprenderlas en conexión con múltiples formas de violencia hacia las mujeres en un contexto de desigualdades estructurales de género. Pero también, herramientas para visualizar y analizar la violencia hacia lxs hijxs, desde una mirada que la concibe en su vinculación con las desigualdades etarias y las relaciones de poder implicadas en las lógicas autoritarias sobre las que se construye la figura del varón adulto esposo y padre, jefe de familia.

Comprender a nuestra organización social como adultocéntrica (Chaves, 2013) supone asumir la centralidad de lo adulto, así como también el carácter conflictivo de las relaciones entre las generaciones en tanto vínculo asimétrico que contiene y reproduce autoritarismo, desigualdad y relaciones de dominio entre clases de edad (Morales y Magistris, 2018). La violencia en la familia debe ser comprendida teniendo en cuenta el sistema patriarcal y adultocéntrico que caracteriza a nuestra organización social actual. Según Morales y Retali (2018) el adultismo, como forma concreta del adultocentrismo, se manifiesta principalmente en tres aspectos: el silenciamiento de lxs niñxs para opinar, la dependencia económica respecto a sus encargadx mayores y la violencia física y humillante como forma de educación familiar, sustentada en la idea de que lxs hijxs son propiedad de lxs padres/madres<sup>225</sup>.

---

<sup>225</sup> Según Jelin (1994), en el contexto sociopolítico e ideológico de las sociedades capitalistas patriarcales, lxs hijxs están subordinados a lxs padres/madres, a quienes deben otorgar respeto y obediencia, lo cual se traduce en la obligación de colaborar y participar en las tareas para el bienestar común, definido y mantenido por la autoridad paterna/materna. Durante los últimos siglos, el mundo occidental ha sufrido fuertes procesos de individuación y autonomización de lxs hijxs y pérdida de la autoridad patriarcal, lo cual da lugar a mayores enfrentamientos intergeneracionales. El grado de libertad y autonomía en las actividades de tiempo libre, el tema de la contribución de lxs hijxs al trabajo doméstico, los requerimientos de lxs padres/madres de que éstos consigan empleo para ayudar al mantenimiento familiar, la decisión acerca de si los recursos así obtenidos son de apropiación individual o familiar, la jerarquización de los consumos y la distribución de los beneficios, constituyen diversos motivos que pueden ocasionar este tipo de enfrentamientos (Jelin, 1994) y que afectan tanto a varones como a mujeres.

Si bien las relaciones entre edades y generaciones al interior de la familia construyen a lxs padres/madres con poder sobre lxs hijxs, por otro lado, las relaciones entre géneros erigen al varón adulto como el dominante de este ámbito, dominación que puede derivar en el ejercicio de diversas violencias hacia otrxs miembrxs<sup>226</sup>. La familia, constituye un ámbito privilegiado en el que se ponen en juego estas desigualdades –y violencias– entre géneros y edades, las cuales exceden dicho ámbito y forman parte de los modos en que se organizan las relaciones sociales en nuestra sociedad.

Partiendo de estas claves teóricas, en los siguientes apartados me enfoco en el análisis de algunas violencias presentes en el ámbito familiar e indago en los recursos y las estrategias para hacer frente a las mismas. A partir del análisis evidencio diversos modos en que este tipo de situaciones habían afectado las biografías y trayectorias de lxs jóvenes y, particularmente, muestro ciertas singularidades en los modos de experimentar y significar las violencias, así como en las estrategias para enfrentarlas, en función de sus construcciones genéricas.

### **3. La violencia en el ámbito familiar**

#### *3.1. Soportar la violencia o irse de la casa: la encrucijada de las mujeres que sufren violencia por parte de su pareja*

Charlando con las chicas en el marco de uno de los talleres del Envión, Luciana (18 años) cuenta que ella ya no vive más en su casa. Hace unos meses se fue a vivir a lo de un amigo del colegio porque ya “no aguantaba más” seguir ahí. Explica que no quiere estar más en su casa porque tiene muchos problemas con su padre, quien ejerce violencias en el hogar. Según dice, su papá toma alcohol y se pone violento con todo el mundo, en especial con sus hermanos que lo enfrentan para frenar las agresiones: “El otro día pasó que llegó mi papá re borracho y se puso re agresivo con mi mamá y ahí saltó mi hermano y se re pelearon entre ellos dos, se agarraron a las piñas”. Dice que hace varios años que sucede lo mismo “toma y se la agarra con todos”. Cuenta que su madre se quiere separar, pero el problema es que su padre no quiere irse de la casa. Entonces, su madre está pensando en irse a vivir a Santa Fe, donde tiene parientes. La idea de su madre es llevarse con ella a su hermana menor de siete años. El resto de sus hermanxs se quedarían en la casa y Luciana tendría que quedar al cuidado de su sobrino.

Más tarde, hablando con Romina en el camino que va hacia la parada de colectivo, me dice: “se ve que yo no soy la única con problemas de este tipo. En mi familia pasa lo mismo. El mismo problema tiene mi papá con el alcohol (...) y es verdad eso de que la persona llega alcoholizada y se la agarra con alguien que nada que ver”. Me cuenta que cuando su padre toma alcohol se pone muy violento. En un momento su madre se quiso separar e irse de la casa, pero para evitarlo su padre dejó el alcohol y dijo que iba a cambiar. Sin embargo, sigue tomando y “está cada vez peor”. (Nota de campo)

En muchos casos, lxs jóvenes que conocí vivían situaciones de violencia en su familia, generalmente ejercidas por su padre o padrastro contra su madre, pero también contra ellxs o sus

---

<sup>226</sup> En este sentido, puede resultar productivo usar un concepto como el de “violencias patriarcales” para referirse a violencias ancladas en desigualdades de género y vinculadas a la construcción social de las masculinidades, ampliando la categoría de “violencias contra las mujeres” o “violencias de género” para incluir a otras víctimas tales como lxs niñxs, adolescentes y jóvenes. Lo cual permite evidenciar que las mismas son practicadas por varones en ejercicio de sus masculinidades en el marco del patriarcado, concebido éste como una estructura histórica productora de desigualdad entre géneros y dominación masculina (Segato, 2016), pero también de desigualdades intra-género, en las cuales la dimensión etaria ocupa un lugar central.

hermanxs. Algunas de estas situaciones habían sucedido durante su niñez y otras tuvieron lugar mientras realizaba mi investigación. En varios casos, sus madres querían separarse, pero sus padres se rehusaban a abandonar el hogar. En este contexto, muchas de ellas se veían obligadas a seguir conviviendo y soportando las violencias: “no se quiere ir de la casa”, “no lo puede echar”, “siempre vuelve” decían lxs jóvenes en relación a sus padres.

Las amenazas y el miedo constituyen factores importantes para explicar la permanencia de las mujeres en hogares donde sufren violencia por parte de sus cónyuges (Faur y Grimson, 2016). Miedo no solo a las represalias que pueda tener su cónyuge para con ellas, sino también para con sus hijxs. En este sentido, Javier me cuenta que durante su niñez, su madre sostuvo mucho tiempo la convivencia con su padre pese a las violencias que sufría, por miedo a que éste se lo llevase a él a otra ciudad. Miedo, a la vez, fundado en experiencias anteriores:

Javier: Mi vieja, si se quería separar, tenía miedo que se yo... Por mí, porque mi viejo un par de veces agarró y me llevó para otros lados.

Paz: ¿En qué sentido?

Javier: Una vez me había llevado a Mar del Plata, porque se había peleado con mi vieja, pero así, de discusiones, y agarró y me llevó. Y mi vieja capaz que no tenía ganas de pelearse porque tenía miedo que me lleve de vuelta... llevarme capaz que no me traía más.

Justamente, lxs hijxs pueden ser utilizados y violentados por su padre o padrastro como instrumento de amenaza, sometimiento y castigo contra su pareja, consideración que ha dado lugar a la construcción de la categoría de “femicidios vinculados”, cuyas estadísticas dan cuenta de la magnitud del fenómeno (Observatorio de Femicidios “Adriana Marisel Zambrano”, 2017). Sin llegar a constituir este tipo de casos extremos, muchas otras formas de violencias pueden ejercerse contra ellxs con tales fines. Dificultades como las mencionadas, hacen que la convivencia y las violencias se prolonguen, especialmente cuando las mujeres tienen hijxs chicxs y no cuentan con los recursos necesarios para sostenerse económicamente de manera independiente de su cónyuge. En este sentido, la cuestión del cuidado representa uno de los elementos centrales para comprender los problemas de las mujeres para salir de situaciones de violencias en sus hogares, cuestión que no ha sido tomada en cuenta en el diseño de las políticas públicas para el abordaje de las violencias familiares y de género en la provincia de Buenos Aires (Colanzi, 2016b).

Desde algunas lecturas, ampliamente extendidas a nivel social, ello se interpreta a partir de la idea de que “se quedan calladas” o “les gusta que le peguen”. Miradas que también están presentes en los barrios estudiados. Así, Liliana, vecina y referente barrial de Los Mirasoles, interpreta la permanencia de una vecina en una relación de violencia a partir de la idea de que la mujer es “masoquista”. Particularmente, al referirse a una situación en la que su marido llegó a su casa alcoholizado y comenzó a pegarle hasta terminar en el hospital, dice:



Liliana: A los dos días los veo juntitos [a la mujer y su marido] viniendo del hospital. Entonces eso también es la impotencia. O sos masoquista o te gusta que te maltraten...

Tal como señalan Faur y Grimson (2016), lejos de ser una visión aislada, este tipo de representaciones constituyen uno de los principales “mitos” sobre la violencia de género, mitos que no solo están ampliamente extendidos, sino que también condicionan las miradas individuales y colectivas sobre estos temas, e incluso, las políticas públicas. En este sentido, la responsabilidad por este tipo de situaciones muchas veces es atribuida a la mujer, por no hacer nada frente a las violencias que ejerce su pareja, ya sea contra ella o contra sus hijxs. Estas ideas no solo eran sostenidas por moradorxs del lugar, sino también por otrxs actorxs que intervenían en el mismo. Particularmente, un sábado mientras las chicas de La Organización estaban realizando las actividades con lxs niñxs, Gastón, un niño de 8 años, comenzó a pegarle a su hermana María, de 11 años, frente a lo cual, las jóvenes de La Organización fueron a llevarlxs a su casa para dejarlxs con su madre, a la cual posteriormente deslizaron parte de la responsabilidad de las situaciones de violencia vivenciadas en dicho ámbito por el hecho de “ser muy sumisa”, permitir la violencia física de su marido dentro de la familia, y no ocuparse demasiado de sus hijxs:

Cuando vuelven de dejar a lxs chicxs en su casa, Pamela [referente de La Organización] cuenta que la madre tomó la situación con naturalidad, sin sorpresa ni nada, como resignada. Pamela dice que se notaba que Gastón no le hacía caso a la madre, que no le daba bola. Cuenta que la madre les dijo que siempre actuaba así, que al único que le hacía caso era al padre porque le tenía miedo porque le pega. También le contó que Gastón también le pega al hijo más chiquito, Flavio. Laura [referente de La Organización] agrega que Gastón también le pega a la madre. Y Javiera [referente de La Organización] cuenta que cuando hablaron con Lucrecia, la orientadora educativa de la escuela, les dijo que Gastón no tenía problemas de aprendizaje sino de conducta y les informó que el padre le pegaba a la madre. Pamela dice que la madre tiene alrededor de 35 años, pero que “medio no pincha ni corta”, es “muy sumisa”. Dicen que la madre es “re dejada” con sus hijxs y que la maestra del jardín ha tenido que llamarla porque se olvidaba de ir a buscarlxs. (Nota de campo)

A su vez, este tipo de miradas que responsabilizan a las madres por el hecho de no evitar las situaciones de violencias contra sus hijxs, trasladadas al ámbito penal pueden llevar a la criminalización de las mismas. En esta línea, el Informe del Observatorio de Violencia de Género de la Defensoría del Pueblo de la Provincia de Buenos Aires (Malacalza, 2016) muestra las revictimizaciones y vulneraciones de derechos presentes en muchas de las intervenciones institucionales en casos de violencia ejercida por los varones contra lxs hijxs de las mujeres. Justamente, la falta de perspectiva de género en estos temas, puede llevar a que algunas mujeres resulten imputadas o co-imputadas junto con sus parejas por delitos cometidos contra sus hijxs, invisibilizándose el contexto de violencia de género en el que se encuentran. Así, lejos de concebir las violencias ejercidas por los varones hacia lxs hijxs de las mujeres que sufren violencia como una forma de sometimiento, muchas de las intervenciones penales terminan

criminalizando a las mujeres y profundizando así la situación de vulnerabilidad de lxs hijxs (Malacalza, 2016).

Por otra parte, algunos relatos daban cuenta de otra de las formas de acción posible de las mujeres frente a estas situaciones: hacer uso de la violencia como un recurso para defenderse. En estos casos también las miradas podían volver a culpabilizar a las mujeres, ya que, en su caso, el uso de la violencia no suele estar legitimado. En este sentido, Liliana critica la acción de su hermana frente a las violencias ejercidas por su esposo, señalando que “ella también se volvió violenta”.

Liliana: Hoy en día estoy casi de los dos lados porque también hay mujeres bravas que ahora el marido las hicieron violentas.

Paz: ¿Cómo?

Liliana: Que hoy en día los maridos, a las mujeres, las hicieron violentas. Yo tuve un caso que la mujer casi lo apuñaló al marido, sufrió tanta violencia tantos años que ahora la mujer es violenta y ahí empieza la agresión... tanto del hombre que no se deja pegar, machista y ahí faja a la mujer, porque no vas a comparar la fuerza de la mujer con la fuerza de un hombre. (...) Yo hoy lo estoy viviendo con mi propia hermana, mi hermana fue golpeada toda su vida. El tipo la sigue persiguiendo, la sigue persiguiendo, la sigue persiguiendo y ahora mi hermana es agresiva hacia él. ¿Entendés? Entonces en esos... ¿cómo actúas? Porque el hombre la hizo violenta.

Tal como señala Beltrán (2012) reconocer que las mujeres pueden ejercer prácticas violentas, no significa que ellas las practiquen de la misma manera que los varones. Como ya mencioné, las mujeres se encuentran en menor medida habilitadas y legitimadas que los varones para hacer uso de la violencia como un recurso, inclusive en casos defensivos. En este sentido, cuando ellas responden ejerciendo la fuerza física para protegerse, tal acción no aparece significada necesariamente como forma de defensa o, como en el caso de los varones, a partir de la idea de que *se hacen respetar*. Por el contrario, pueden ser juzgadas y culpabilizadas, tal como en el caso mencionado, a partir de la idea de que ellas también son o se volvieron “violentas”. Según Dorlin, sobre las mujeres pesa una prohibición del uso de la fuerza, incluso para defender los propios cuerpos: “el problema es que nos han desmontado la lucha. Nos han desmontado nuestro cuerpo, nos han desmontado la seguridad y la confianza de ser fuertes, y han convertido esa fuerza en impotencia. Nos han dicho que no somos capaces de ello y que, aún y todo, si damos el paso de utilizar la violencia, nos castigarán por locas, histéricas o monstruos” (Dorlin en Berhokoirigoin, 2018). En este sentido, Dorlin señala que las vidas de las mujeres quedan expuestas al riesgo de muerte al ser desarmadas, pero también al ser educadas para que no se defiendan, disciplinando sus cuerpos y criminalizando sus actos de resistencia (Dorlin en Yuszczuk, 2019). Tal como señala Jimeno (2005) en su estudio sobre las narrativas acerca de los llamados “crímenes pasionales” en el ámbito familiar, las mujeres que emplean la violencia en este tipo de crímenes no solo violan las prohibiciones legales, sino también trasgreden las creencias asociadas a la feminidad. Pese a todo, las acciones de estas mujeres que, más allá de

las regulaciones del sistema de género, continúan ejerciendo la violencia, ponen en evidencia que las prácticas generizadas de lxs actorxs son irreductibles a tales regulaciones.

En algunos casos, ante situaciones de extrema violencia física, algunas mujeres –madres de lxs jóvenes que conocí– habían acudido a la policía. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones, las respuestas institucionales brindadas no constituyeron un medio eficaz para solucionar la problemática: “la policía nunca hizo nada” (Andrea), “lo llevaron preso un par de horas, vino, y cuando vino, peor” (Camila). Asimismo, en algunas experiencias en que el caso había llegado a instancia judicial y había dado lugar a medidas de restricción para el acercamiento, la misma muchas veces no era respetada y la violencia continuaba: “supuestamente no puede estar cerca porque tiene ‘el perímetro’ pero no lo respeta” (Micaela). Lejos de constituir casos aislados, muchos estudios analizaron la “ruta crítica” seguida por las mujeres en estos contextos y subrayaron la ineficiencia de las respuestas institucionales para brindar soluciones, así como las dificultades de acceso a la justicia (González, 2016; Colanzi, 2016a).

Si bien en algunos casos extremos podía ocurrir que lxs vecinxs intervengan, sin embargo, la mayoría de las veces esto no sucedía. Desde el sentido común este tipo de situaciones suelen ser concebidas como problemas privados (Faur y Grimson, 2016; Delmas y Cano, 2016) –y fundamentalmente antes del punto de inflexión que significó el “Ni Una Menos”–, por lo cual, generalmente las familias vecinas no se involucran en la situación.

Camila: Era cagada a palo a mi vieja, a mi vieja la vimos tirada una vez y llena de sangre porque no daba más. Le dio una paliza tremenda y nadie se metía. Y nosotras teníamos ocho, nueve años, ¿qué íbamos a hacer?

Paz: ¿Y los vecinos tampoco?

Camila: Nada, nada. Nada, jamás, nada. Nunca se metían los vecinos. Jamás.

Asimismo, muchxs vecinxs tienen miedo, por lo cual optan por no meterse en este tipo de situaciones:

Tamara: Mi vecino le pega a la mujer, todo. Y nosotros ni cabida le pasamos por el tema de que el señor... nosotros nos llegamos a meter, el señor es capaz de matarnos a nosotras.

Muchos trabajos que abordaron la situación de las mujeres violentadas en sus hogares señalaron las dificultades estructurales para salir de este tipo de situaciones, especialmente en contextos de pocos recursos económicos, dada la falta de acciones institucionales efectivas para brindar respuestas a esta problemática (Femenías, 2008; Gherardi, 2017), dificultades que, a su vez, contribuyen a explicar la permanencia de las mujeres en tales hogares. Así, siguiendo a Malacalza “ante cada hecho de violencia la mujer tiene que hacerse cargo de promover su protección y la de sus hijos/as. Dos premisas se ajustan a las definiciones del modelo de gestión

estatal de la violencia contra las mujeres: ‘responsabilización’ y ‘activación’. (...) Para decirlo en otras palabras: han apuntado al individuo –en este caso a la persona que se encuentra en un contexto de violencia– y no a la dinámica social que promueve ese contexto de violencia de género” (2016: 11 y 12)<sup>227</sup>. De modo que muchas veces, la situación es abordada institucionalmente como un asunto de índole privado, sin considerar el carácter estructural de esta forma de violencia.

Así, muchas mujeres se encuentran en una “encrucijada”, al no poder excluir a quien ejerce violencias de la vivienda familiar<sup>228</sup> y no disponer de una vivienda alternativa donde poder quedarse; en este sentido, la falta de autonomía económica y las dificultades en términos de acceso a trabajo y vivienda son algunos de los grandes obstáculos de las mujeres para salir de situaciones de violencia (Observatorio de Violencia de Género, s.f.). Tal como ha sido señalado (Urrea, 2014; Oddone, 2017) muchos de los casos de violencias ejercidas por los varones contra las mujeres deben ser interpretados en función del modelo tradicional o hegemónico de construcción social de la masculinidad que tiene a la violencia como uno de sus recursos de poder; de modo que el uso de la violencia constituye una de las estrategias de masculinidad, es decir, un medio para construir masculinidad. Pero la pobreza, las condiciones de trabajo, la marginalización económica y social afectan dicho ejercicio de la violencia<sup>229</sup>, al tiempo que recrudecen la vulnerabilidad de las mujeres ante estas situaciones (Oddone, 2017).

Varias de las madres de lxs jóvenes que conocí sufrían –o habían sufrido– diversas formas de violencia por parte de sus parejas en el ámbito familiar y se encontraban en estas encrucijadas. Ahora bien, en tales situaciones ¿qué pasó con lxs jóvenes?, ¿qué sucede con lxs hijxs de las mujeres que sufren violencia de género y en qué medida dicha violencia lxs afecta? En los casos que reconstruí a partir de mi trabajo de campo, noté que la situación de violencia había afectado las vidas de lxs jóvenes y lxs había expuesto a una gran vulnerabilidad. Y es que, lxs hijxs suelen depender económicamente de sus encargadx mayores, y muchas veces, de quien ejerce las violencias. Es decir, ellxs se encuentran en la misma estructura de dependencia que sus madres. Lo cual sucede en un contexto en el que, pese a las transformaciones sociales en torno a los

---

<sup>227</sup> Tal como señala la autora, si bien la sanción en el año 2009 de la Ley 26.485 implicó un cambio de paradigma en el abordaje de la violencia contra las mujeres, aún en la Provincia de Buenos Aires perdura un modelo de gestión institucional de la violencia de contra las mujeres en el ámbito familiar centrado en la denuncia.

<sup>228</sup> Si bien la normativa para el abordaje de estas situaciones supone la posibilidad de la exclusión del hogar de quien ejerce la violencia, muchas veces, en el tratamiento de los casos que llegan a la justicia, las decisiones judiciales priorizan los derechos patrimoniales de éste por sobre los de la mujer y sus hijxs, alentando a que sea la mujer quien se retire de su vivienda (Malacalza, 2016).

<sup>229</sup> En esta línea Rita Segato señala a la precarización de la vida, la falta e inestabilidad en relación al empleo y la dificultad de acceso a diversas formas de bienestar como aspectos centrales para entender y contextualizar las violencias asociadas a la precariedad masculina (citada en Vizzi y Ojeda, 2017).

modelos familiares, la familia persiste como institución central a la cual se le delegan las funciones de cuidado, protección y crianza de las nuevas generaciones (Jelin, 2010; Faur, 2014; González Oddera, 2015b).

En algunas ocasiones, confrontadas ante situaciones extremas de violencia y ante la desprotección estatal y la falta de respuestas institucionales a la problemática, las mujeres, madres de lxs jóvenes, se habían ido de sus casas. Sin embargo, ello había implicado nuevas fuentes de malestares para estxs últimos. En algunos casos, al irse de su hogar, las mujeres se llevaron consigo a sus hijxs –lxs jóvenes que conocí–, lo cual implicó que éstxs también tuvieran que sufrir las consecuencias de la mudanza y las dificultades económicas extremas que dicha acción supone en contextos de pocos recursos. Tal como señala Jelin (1994; 2010) los núcleos familiares de mujeres solas encargadas de la crianza de sus hijxs son especialmente vulnerables y sujetos a situaciones de incertidumbre y riesgo dada la doble o triple demanda sobre estas mujeres, como proveedoras del sustento económico, como encargadas del trabajo doméstico y del cuidado de sus hijxs.

En otros casos, lxs jóvenes –o niñxs, ya que varias de estas experiencias sucedieron en su infancia– se habían quedado con su padre. Muchas veces, éste también ejercía violencia contra ellxs y sus hermanxs, ya sea física, económica y/o psicológica. En otros casos, ello no sucedía, pero igualmente la ausencia materna representaba nuevos malestares para lxs jóvenes. Muchas veces, y principalmente en el caso de las mujeres, eran ellas quienes debían hacerse cargo del cuidado de sus hermanxs y de muchos de los quehaceres del hogar que anteriormente realizaba su madre. Faur y Tizziani (2017) muestran las dificultades de los varones adultos de sectores populares para hacerse cargo de este tipo de obligaciones en casos de ausencia de la figura femenina materna y la importancia de las redes familiares, especialmente de otras mujeres, para tomar dichas tareas. En los casos analizados en mi investigación, este tipo de situaciones podía llevar a que sean las mujeres jóvenes las encargadas de reemplazar tal ausencia y hacerse cargo de ciertas labores domésticas y del cuidado de sus hermanxs.

Andrea me cuenta que cuando ella tenía doce años sus padres se separaron porque su papá le pegaba a la madre y “casi la prende fuego”. Me explica que el 31 de diciembre el padre había estado tomando alcohol a la tarde y que cuando llegó a la casa no quería hacer el asado –que supuestamente iba a hacer– porque quería irse a dormir. A partir de eso comenzaron a discutir y su padre le empezó a pegar y la quería prender fuego a la madre. Entre forcejeos, la madre pudo salir. (...) A partir de allí, su madre no volvió más a convivir con ellxs. Andrea y sus hermanas más chicas –una de nueve años y otra que era bebé– se quedaron viviendo con su padre. Éste trabajaba todo el día afuera de la casa y ella tenía que cuidar a sus hermanas y hacerse cargo de las cosas de la casa, lo cual le resultaba agotador: “Yo extrañaba a mi mamá, porque no es lo mismo un padre que una madre, yo tenía que hacerme cargo de mis hermanas y todo eso... ya no era vida”. (Nota de campo)

Estas huidas de sus madres podían conllevar mudanzas de ciudades que afectaban las trayectorias de lxs jóvenes, no solo contrariando sus deseos, sino también interrumpiendo sus

trayectorias de escolaridad. Como el caso de Javier, quien nació en Rosario y su vida está atravesada por la ida y venida entre La Plata y aquella ciudad. Su madre sufría violencia de género y su padre, que no solo ejercía ese tipo de violencia, sino que además también andaba en el “bardo” y los “robos”, estuvo preso durante casi toda la niñez de Javier. Recién cuando éste fue detenido, su madre pudo salir de la situación de violencia, yéndose a vivir a Los Mirasoles con una nueva pareja. Por su parte, Javier se quedó en Rosario viviendo con su tía hasta que, luego de unos años, su madre logró instalarse en Los Mirasoles y lo fue a buscar. A partir de allí, Javier tuvo que abandonar la secundaria y si bien posteriormente la retomó, las idas y venidas sucesivas entre ambas ciudades no permitieron que sostuviera y finalizara la educación media.

Javier: Lo tuvo que aguantar hasta que cayó en cana y cuando cayó en cana, mi vieja ya se estaba viendo con el que ahora es el marido y se vinieron para acá a La Plata. Y bueno después, corte que esperó que esté bien ella, que tenga la casa, que tenga cama, corte para no traerme apurado... y una vez que tuvo la casa me fue a buscar, porque se enteró que mi viejo todavía estaba preso y me fue a buscar (...). Yo estaba con mi tía, yo estaba yendo a la escuela. Y yo corte, que se yo, por ahí no me quería venir por el tema de que yo a mi tía siempre la voy a considerar como una madre... y mi tía me dijo ‘sí, andá, es tu madre’ y agarré y me tuve que venir, pero yo en sí no me quería venir”.

Pero también es el caso de Gabriela, quien durante su niñez vivió numerosas mudanzas dada la violencia que ejercía su padre contra su madre y los vaivenes en torno a su cuidado, lo cual, entre otras cuestiones, afectó su escolaridad:

Gabriela: lo que pasa es que... mi papá tomaba mucho y bueno, mi mamá no se quedaba quieta, se mudaba de un día para el otro, es un decir... y yo no podía terminar la primaria, me anotaban en la escuela y después ella se mudaba... en otra parte, en otro lugar. Y después... viste que mi papá tomaba mucho y se separaron después, se divorciaron, yo me quedé... (...) Mi papá era muy borracho... Y... vivían en Paraguay. Después, yo me crié con mi mamá y después, cuando tenía 5 o 6, no me acuerdo bien, mi papá se fue a buscarme.

Por su parte, algunxs de lxs jóvenes contaron que habían sido “abandonados” por su madre y que no conocían la causa por la cual se había ido, aunque lo extendido de dicha problemática y la escasez de respuestas institucionales –más aún, alrededor de una década atrás, cuando lxs jóvenes eran niñxs– permiten hipotetizar que muchas de tales decisiones pudieron responder a situaciones de violencia. Justamente, el hecho de irse de la casa constituye una de las estrategias recurrentes de las mujeres para intentar escapar a este tipo de situaciones. Aunque también, es posible pensar que estas huidas pueden estar hablando de maternidades no deseadas, más aún en un contexto como el actual en el cual el aborto es penalizado y en el que aún tiene vigencia el “maternalismo”, es decir, el sistema mediante el cual se “materniza” a las mujeres, comprendiéndolas centralmente en tanto madres y atribuyéndoles la principal responsabilidad del cuidado (Faur, 2014; Faur y Grimson, 2016). Este tipo de representaciones son ampliamente sostenidas en el barrio. El hecho de “ser mujer” está íntimamente asociado a la maternidad. En este sentido, por ejemplo, Gabriela, si bien sabía que no podía quedar embarazada, no quería

decirle a su pareja porque temía que éste piense que ella no era “lo suficientemente mujer para él”. La feminidad tiene efectos productivos en la maternidad, pero al mismo tiempo, por medio de la maternidad se construye la feminidad. Así, el hecho de no poder quedar embarazada atentaba contra la idea de mujer. Y a la vez, existían fuertes cargas morales que contribuían a la construcción de las mujeres como madres.

Mientras vamos juntas en el colectivo, Gabriela me pregunta si tengo hijos y le digo que no, me pregunta si quiero y le digo que no sé, me dice “aunque sea uno hay que tener algún día”. Le insisto con que no sé si quiero tener y me dice “hay que ver que dice tu pareja”. Le digo que no tengo pareja, se sorprende y me dice que pensaba que tenía, me dice “pero tu mamá o tu papá algún día te van a pedir así que...” (Nota de campo)

Estas representaciones, entre otras cosas, contribuían a que algunas jóvenes fuesen madres desde adolescentes. Según señalan Gogna y Binstock (2017) en el país existen elevadas tasas de fecundidad adolescente con bajo nivel de planificación y/o deseabilidad, situación que se profundiza en el caso de los sectores populares. Las autoras señalan que estas situaciones deben comprenderse en el marco de las dificultades que encuentran muchas jóvenes para ejercer su sexualidad y decidir con libertad si tener hijxs y cuándo, en un contexto de desigualdad de género y social, de la persistencia de tabúes en torno a la sexualidad adolescente y la falta de servicios de salud accesibles, entre otros aspectos; al tiempo que revelan los desafíos pendientes en materia de derechos sexuales y reproductivos.

Según ha sido señalado, las mujeres de estratos sociales desfavorecidos son madres a edades más tempranas y tienen un mayor número de hijxs en comparación con las mujeres de estratos medios y altos (Binstock y Cerrutti, 2016). Especialmente, las biografías de lxs jóvenes, así como sus organizaciones familiares y lazos de parentesco muestran lo extendido de la problemática de los casos de embarazos no planificados y/o deseados. Muchxs de ellxs habían nacido en familias numerosas y en algunos casos, sus padres y madres por una u otra razón no habían podido hacerse cargo de su cuidado. Varixs no tienen padre, algunxs habían sido “abandonados” por su madre. En estos casos, generalmente vivían con otrxs familiares y más ocasionalmente, como en el caso de Matías, habían sido adoptadx por vecinx. La adopción formaba parte del repertorio de los modos de construcción de familias y muchas veces, la forma de resolver cuestiones ligadas al cuidado, pasaban por los lazos familiares y comunitarios. Todo ello hacía que los modos de organización familiar fueran diversos y heterogéneos, y que muchas familias estén compuestas por lazos no sanguíneos y por adopciones.

Pese a tal diversidad, las mujeres, y especialmente las madres, aparecen como las principales responsables de la crianza, mientras que los varones padres se desligan con mayor facilidad de tal responsabilidad, cuestión por la cual varios hogares son monoparentales de jefatura femenina.

Por ejemplo, cuando Sabrina quedó embarazada de Emiliano –el hermano de Nicolás– y luego tuvo a su hija Abril, ella fue quien asumió el rol de cuidado, ayudada por su madre con quien vivía. Por su parte Emiliano se había vuelto a vivir a Rosario y cuando ocasionalmente volvía al barrio, casi ni la visitaba. Pero no solo son las mujeres quienes suelen encargarse de las labores de cuidado sino que además sobre ellas pesa una gran carga moral para que realicen dicha labor, por el contrario, quienes se desentienden de la misma, aparecen en mayor medida juzgadas. Una charla desarrollada entre jóvenes mujeres a raíz del suicidio de una joven producido en el barrio, resulta ilustrativo de las representaciones que maternalizan a las mujeres:

Samanta: ¿Se enteraron de la chica que se ahorcó?

Valentina: ¿Del gimnasio?

Sonia: Yo me enteré hoy. En el micro.

Valentina: Sí, Micaela se llamaba.

Samanta: Tenía una hija de 3 años.

Ana: ¡Qué boluda! ¿Por qué no pensó en la hija?... Estás mal de la cabeza... Tenés que pensar en la hija. Vos te morís, ¿quién la va a cuidar?

Valentina: El marido.

Ana: El papá no va a estar, va a estar trabajando. No pensó en la hija. Valentina ¿vos te querés matar, te pensás que tu hija se va a quedar con el padre?

Samanta: Ya va la segunda que se mata.

La charla muestra la vigencia de representaciones tradicionales sobre los roles respecto a las responsabilidades diferenciales de varones y mujeres: las mujeres suelen ser construidas como las principales encargadas de las labores domésticas y de cuidado, mientras que persiste el ideal de varón asociado a la provisión económica del hogar. En comparación con el suicidio de Claudio<sup>230</sup> –quien también tenía un hijx pequeñx– permite mostrar la fuerte carga de las construcciones de masculinidad y feminidad en los modos de juzgar y valorar este tipo de eventos: mientras éste es juzgado por cobarde, Micaela es juzgada por mala madre. Todo lo cual remite a las normas diferenciales sobre las que se construyen los géneros, las cuales contribuyen al disciplinamiento de las acciones: los varones son en mayor medida contruidos como valientes y evaluados en función de dicha característica, íntimamente asociada a su construcción de masculinidad; mientras que las mujeres suelen ser construidas como madres y juzgadas en función de dicha función, central para la producción de feminidad.

Así, las mujeres muchas veces son consideradas como las responsables principales de la crianza de sus hijxs y juzgadas cuando, por la razón que fuese, se desentienden de dicha labor. En los casos de jóvenes cuyas madres se habían ido de su casa, ellxs sufrían la experiencia subjetiva de sentirse “abandonadxs”.

Matías: En su momento, ella se fue y nos abandonó. Directamente se fue para Berazategui con otro hombre. Pero qué se yo... a mí por ahí me gustaría sentarme con ella y charlar para sacarme las dudas

---

<sup>230</sup> Ver capítulo 4.



del abandono y esas cuestiones... (...) Por ahí estoy equivocado, pero yo más o menos entendí que una madre se va para todos lados con sus hijos, que se yo. Es una espina que me va a quedar...

Tal como señalan Faur y Grimson (2016) en nuestra sociedad permanece la ilusión de la maternidad próxima a la idea de “instinto materno”, en función de lo cual se les atribuye a las mujeres amor, dulzura e incondicionalidad para con sus hijxs, por lo cual se las considera las personas más aptas para su crianza. En línea con los mitos de que “las mujeres tienen un instinto maternal” y que “nadie cuida mejor a un niño que su madre”, la idea del “abandono” materno tiende a volver la culpa sobre las mujeres, responsabilizándolas de la crianza y cuestionándolas por no cumplir tal función. Por su parte, este tipo de ideas no aparecían en los casos en los que era inexistente la figura paterna, sino más bien se hablaba de padre ausente o simplemente separación, naturalizando la situación de la madre a cargo del cuidado de lxs hijxs. En este sentido, algunos discursos de familiares o vecinxs de lxs jóvenxs, explicaban este tipo de situaciones a partir de la idea de que la madre había “pirado”<sup>231</sup> y por eso se había ido de su casa y abandonado a sus hijxs.

La abuela de Faustina y suegra de Vanesa, nos cuenta que esta última ya no vive más en la casa (donde vivía con su marido e hijxs). Nos explica que “piró” y se fue de su hogar. Dice que además abandonó a Faustina y dejó que “se juntara”, es decir que se empareje con un joven. Según dice “la entregó”. Cuentan que la pareja de Faustina tiene 17 años y ella 12, por lo cual están muy preocupadas, principalmente le da miedo que quede embarazada. Están enojadas con Vanesa, su madre, a quien responsabilizan por la situación. (Nota de campo)

Especialmente, “donde hay niños vulnerables, carenciados, las madres son satanizadas, acusadas, reprochadas y se naturaliza como lógica la ausencia de los padres varones” (Volnovich en Artiñano, 2009: 153 y 154). El trabajo de Cerruti (2017) que enfoca su mirada en las experiencias de mujeres que migran, complejiza las miradas sobre este fenómeno – particularmente aquellas que priorizan los aspectos económicos–, y muestra los factores afectivos y emocionales implicados en las decisiones migratorias de las mujeres, en las cuales los vínculos de afectos, pero también de opresión y violencias aparecen como centrales. En mi investigación, también noté que las violencias y los conflictos contribuían a organizar las circulaciones y tránsitos por el espacio: muchas veces el hecho de abandonar el barrio aparecía como una estrategia para resolver ciertos conflictos y evitar violencias.

Si bien desde algunas perspectivas se cuestionaban los “abandonos”, también algunxs jóvenes reconocían la necesidad de sus madres de escapar de ciertas violencias, distanciándose de las miradas que asociaban tal cuestión al hecho de ser “malas madres”. Ello sucedía principalmente en los casos de violencia física extrema, como por ejemplo el vivenciado por la madre de Camila:

---

<sup>231</sup> “Pirar” es un verbo que remite a volverse loco/a.

Camila: Pero se fue porque nosotras le dijimos. No es que mi mamá nos dejó tiradas o nos abandonó. Yo le dije ‘mamá, andate, ya basta, cortala, andate y chau’.

El trabajo de campo en el barrio me permitió evidenciar que muchas mujeres son víctimas de violencia en el ámbito familiar en tanto parejas de un varón que ejerce maltrato, pero también, que este tipo de situaciones las afectan no solo a ellas, sino a sus hijxs. Las experiencias de muchxs jóvenes –varones y mujeres– que conocí mostraban los modos en que estas violencias habían afectado sus biografías, tanto en los casos en los que se ejercía violencia de manera directa contra ellxs, como en los que sufrían por el hecho de vivir en ámbitos con violencia, situación que lxs dejaba en un contexto de gran vulnerabilidad.

Sin embargo, no solo existen desencuentros teóricos en el abordaje de estos temas –la violencia de género y la violencia familiar– sino diferentes normativas –leyes de protección frente a la violencia contra las mujeres<sup>232</sup>, leyes de violencia familiar<sup>233</sup> y leyes de protección de los derechos de lxs niñxs<sup>234</sup>– que se traducen en tratamientos institucionales diversos frente a estos temas. Especialmente, esto acarrea diversos obstáculos en relación a los abordajes y gestiones institucionales en casos de violencia familiar y violencia de género, vinculados a la falta de una perspectiva de género en las intervenciones tanto de las áreas de niñez, como de las instituciones especializadas en violencia familiar (Malacalza, 2016). En este sentido, Eugenia, trabajadora del OVG de la Provincia de Buenos Aires, señala los límites presentes en los servicios locales para brindar respuestas a este tipo de situaciones en las que lxs niñxs se ven afectadxs por la violencia presente en el ámbito familiar, en tanto la mayoría de las veces sus intervenciones carecen de perspectiva de género:

Eugenia: En general falta una perspectiva de género en las intervenciones desde niñez y tampoco se promueven instancias de intercambio entre quienes laburamos género y quienes trabajan niñez.

Pero además, diferentes actorxs institucionales –por ejemplo, del Servicio Local de Los Mirasoles, pero también del centro de salud y de La Organización– subrayan la gran necesidad barrial de políticas de niñez y adolescencia y la falta de ellas, afirmando la impotencia de los programas existentes, dada la falta de personal y recursos para hacer frente a las demandas y problemáticas. Particularmente, Marta, psicóloga del Servicio Local de Los Mirasoles reconocía lo “desbordado” que se encontraba el mismo ante las extendidas problemáticas, y especialmente respecto a las situaciones de violencia familiar que afectaban a niñxs y adolescentes, frente a las

---

<sup>232</sup> Ley Nacional 26.485 de Protección Integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres

<sup>233</sup> Ley Nacional 24.417 de Protección contra la Violencia Familiar en 1994 para el ámbito nacional y Ley 12569 de Violencia Familiar para la provincia de Buenos Aires

<sup>234</sup> Ley 26.061 de Protección integral de los derechos de las niñas, niños y adolescentes para el ámbito nacional y la Ley 13.298 de Promoción y Protección de los Derechos de los Niños de la provincia de Buenos Aires.

cuales no solo contaban con poco personal, sino también con pocos recursos para dar respuestas a cuestiones complejas, tales como las dificultades habitacionales asociadas a la posibilidad de las mujeres, niñas y jóvenes de salir de las situaciones de violencia.

En los siguientes apartados me dedico a analizar algunos de estos casos en los que lxs propixs jóvenes habían sufrido violencia directa en el ámbito familiar por parte de sus padres o padrastros y a reconstruir ciertos aspectos en que las mismas habían afectado sus trayectorias. Dicho análisis se enfoca en la reconstrucción de las situaciones de violencia en el ámbito familiar experimentadas por Camila y por Nicolás y me permite mostrar algunas diferencias en las estrategias de varones y mujeres para hacer frente a dicha situación, cuestiones vinculadas a las construcciones de masculinidad y feminidad y a las diferentes relaciones y legitimidades con el ejercicio de la violencia asociadas a cada una de estas construcciones genéricas.

### 3.2. *“La única salida para mí era juntarme”. Violencia contra mujeres en el vínculo filial*

A Camila la conocí en Romero en el año 2016 en el marco de los talleres del Envión, a los cuales asiste como tutora del Programa. Tiene 23 años y vive en Punta Verde con su pareja Mauro y su hijo Braian de 4 años. También trabaja en un local de comidas de dicho barrio, del cual es dueño la actual pareja de su madre. Camila vivió durante su niñez con su padre Gustavo, su madre Norma y su hermana Brenda, un año menor que ella. En ese entonces, vivían en el asentamiento Los Eucaliptos, ubicado en la zona de las vías del antiguo ferrocarril, lindantes al centro de Romero y al barrio Los Mirasoles y comúnmente denominado por algunxs moradorxs como “la villa”. Según Camila, cuando era chica, vivir en aquella zona era “jodido” y “más para las mujeres”. Sin embargo, dice que a ella y su hermana nadie les hacía nada por el *respeto* que lxs vecinxs le tenían a su padre, el cual “era re cuchillero” y “cagaba a palos a cualquiera”.

Pese a las transformaciones en las familias, el modelo que la sociedad occidental construyó como “ideal”, es decir, el de la familia moderna nuclear con autoridad masculina, aún persiste en el imaginario social y cultural (Di Marco, 2005a; Faur, 2006). Así, el varón adulto –fundamentalmente el padre o padrastro–, considerado cabeza de familia, muchas veces es concebido como la autoridad dominante. Su figura representa la principal garantía de su seguridad hacia el exterior, por lo cual lxs otrxs miembrxs se encuentran bajo su protección (Fonseca, 2004), pero también bajo su dominación, dependencia y control (Segato, 2013). Para Camila y su hermana Brenda, el hecho de ser hija de un varón *respetado* en el barrio aparecía como una forma de seguridad frente a posibles violencias. Sin embargo, pese a que la zona en la que vivían se suponía “peligrosa” y “jodida”, Camila dice: “más miedo le teníamos a mi papá, porque mi papá era re loco”. Tal como señala Segato (2013) dentro del espacio doméstico tanto

las mujeres como lxs niñxs se encuentran bajo la dependencia del varón que encabeza a la familia, éstxs forman parte del territorio que controla, y ello puede derivar en situaciones de violencia y abuso. Las relaciones de autoridad legitiman ciertas imposiciones y, en algunas circunstancias, se expresan en violencia contra lxs niñxs y la mujer en la relación de pareja (Faur y Grimson, 2016).

Según Camila, su infancia fue “una cagada” dado que su padre ejercía violencia tanto hacia su madre, como hacia ella y su hermana. Durante su niñez era común que Gustavo llegase de madrugada borracho a su casa y que comenzara a pegarles. Si bien en sus relatos Camila destaca las formas de agresión física que ejercía su padre, también da cuenta de un amplio abanico de violencias practicadas en la cotidianeidad que incluían encierros, amenazas, maltrato psicológico y violencia económica. De chicas, ella y su hermana le tenían miedo a su padre, el cual ejercía la autoridad y el control al interior de su hogar y les prohibía salidas, juntadas y relaciones. Además, las obligaba a hacerse cargo de las tareas domésticas. Entre otras cosas, ello afectaba su escolaridad, dado que muchas veces Camila no podía dedicarle tiempo al estudio por tener que ocuparse de las labores de la casa. Camila dice que experimentaba el “encierro” y el sentirse “presa” en su propia casa.

Camila: Cuando uno iba a la escuela, venía, tenía que tener la casa limpia, ehh, todo ordenado, porque el chabón [refiriéndose a su padre] te rompía las bolas. (...) Nosotras éramos presas en nuestra propia casa. (...) Íbamos a la escuela (...) salíamos a las doce [hs.] y doce y diez [hs.] teníamos que estar en nuestras casas. Veníamos a casa y teníamos que ordenar o cocinar y a las cinco [17 hs.] teníamos que tener todo preparado nosotros para cuando llegue él, como si él fuera un príncipe. Y ya te digo, era toda la vida vivir con miedo. (...) Venía y vos tenías que tener todo ordenado, tenías que... vos de la escuela no podías hablar, no podías hacer cosas de la escuela, nada. (...) Vos tenías que hacer las cosas de la casa primero. O sea, brillaba la casa. Y a las cinco [17 hs.], me acuerdo, que tenía que él llegar y tener la ropa preparada en el baño con el calefón enchufado, el agua bien y después ceparles mates, hasta que él quiera.

Camila también cuenta la violencia económica que ejercía su padre: “trabajabas y vos le tenías que dar la mitad, o sea, es tu papá, y bueno, vos tenías que hacerle caso”. Pero no solo se apropiaba de sus recursos económicos, sino también en algunas ocasiones le prohibió realizar ciertos trabajos, incluso a partir de mecanismos de encierro.

Camila: Nosotras [Camila y Brenda] éramos grandes, digamos, y podíamos laburar. Pero a mi papá nada le venía bien. Nada. Nada. Él era el macho alfa ahí y hacía lo que se cantaba el orto con nosotras.

También, su padre intentaba controlar la sexualidad de sus hijas y les impedía el vínculo con varones, en especial cuando eran más chicas: “no nos dejaba llevar ni compañeros de la escuela a mi casa”. Finalmente, cuando a sus 16 años Camila conoció a Mauro y empezó a salir con él, su padre “le hizo la vida imposible a él también”: “a él [Gustavo] no le gustaba nadie porque yo tenía que estar ahí en mi casa laburando para él”. Como dice Fonseca (2004) la dominación del

varón adulto hacia su esposa e hijas, implica un control sobre su sexualidad. Tal como mencioné, en estos barrios mantienen su vigencia ciertas ideas tradicionales en relación a los modos de construcción de parejas y familias, así como también en relación a la sexualidad de varones y mujeres, de modo que en ocasiones la sexualidad de las jóvenes aparece bajo la tutela de su padre<sup>235</sup>.

Además de las violencias contra ella y su hermana, su padre violentaba a su madre. A ella también la obligaba a atenderlo y las negaciones eran sancionadas a partir de agresiones:

Camila: Papá venía a la madrugada y mamá se tenía que levantar a cocinarle y si no le cocinaba, tiraba todo (...). El venía re borracho y a mi mamá la cagaba a palos a la madrugada y nosotras escuchando desde la pieza y no podíamos hacer nada.

Asimismo, entre sus padres se desarrollaban muchos conflictos porque su madre “ya no aguantaba más” las infidelidades de su padre, quien “le metió los cuernos con todo el mundo, con todo el barrio” e incluso tuvo un hijo con otra mujer durante su matrimonio. Tal como señala Nascimento (2011) entre varones se ejerce cierta vigilancia sobre su sexualidad promoviendo la conquista sexual de las mujeres de modo de visibilizar y confirmar la heterosexualidad, inclusive en contextos de infidelidad. La socialización masculina en torno a esta cuestión, permite interpretar los numerosos casos de infidelidad masculina presentes en el barrio, los cuales no solo generan conflictos al interior de las parejas, sino que también pueden producir malestar en lxs hijxs. Particularmente, Camila y su hermana se sentían avergonzadas por los actos de su padre y muchas veces eran objeto de chismes y burlas dentro del barrio:

Camila: Venía [Gustavo] del laburo ya borracho, ya se quedaba por algún bar ahí borracho... antes había un cabaret en Ruta 36 y el chabón se iba ahí. Y los amigos de él nos decían ‘no, porque a tu papá lo vimos...’ y para nosotras era una cagada verlo o saber... es nuestro papá, o sea.

Camila sentía impotencia de chica por no poder hacer nada frente las situaciones de violencia que ejercía su padre. A los 16 años formó pareja con Mauro, lo cual, según ella representaba “la única solución” para salir de esa situación de violencia que vivía en su casa. En los inicios de su pareja, empezaron a convivir en la casa de Camila con su familia. Aún allí, el hecho de juntarse con Mauro constituyó una forma –precaria– de disminuir los niveles de violencia.

Camila: Yo me junté a los 16. Me junté a los 16 porque mi papá era tremendo y era la única solución para mí, era juntarme. (...) me junté por una cosa más de miedo porque mi papá desde que yo tengo noción era cuchillo, cagadas a palos, a mi mamá y a mí, a mi hermana, no le importaba nada al chabón, entonces me junté... más... digamos fue una contención. Me junté y a los dieciocho [años] me fui. De los dieciséis a los dieciocho [años] me junté, estaba viviendo en mi casa. Y ahí, dentro de todo, estábamos contenidos todos, porque mi marido no dejaba que mi papá por ejemplo la cague a palos a mi mamá delante de nosotros. Entonces fue una contención, digamos.

---

<sup>235</sup> Ver capítulo 2.

La capacidad de protección se vincula al potencial uso de la violencia física, lo cual constituye un imperativo para las masculinidades, especialmente en ciertas situaciones. Por su parte, su uso aparece deslegitimado para la construcción de la feminidad hegemónica (Beltrán, 2012) y, por ende, no suele ser representado como un recurso disponible para las mujeres a quienes se concibe como más vulnerables.

Luego de un tiempo, cuando Camila tenía 18 años, ella y Mauro pudieron alquilar un pequeño departamento en el centro de Romero y se mudaron allí. En menos de dos años, tuvieron a Braian. Sin embargo, se les dificultó sostener el alquiler y decidieron volver a su antigua casa. Una vez allí, pudieron instalarse en uno de los terrenos lindantes al de la vivienda familiar y construyeron una casilla: “estaba la casa de mi mamá, la vía y terreno, que es todo fiscal eso... todo el mundo se hacía casas, entonces mi papá me ofrece que yo me haga una casa ahí”.

Al tiempo, dada la sostenida violencia que su padre seguía ejerciendo contra su madre y la inexistencia de recursos sociales e institucionales eficaces para frenarla, Norma –su madre– comenzó a intentar separarse e irse de su casa. Sin embargo, lograrlo fue difícil tanto por motivos económicos y habitacionales, por las implicancias a nivel afectivo de irse de su casa, como también por las amenazas de Gustavo para que no lo abandonase.

Camila: Cuando se estaban separando, a mi mamá la tenía amenazada. Y cuando le íbamos a tender la cama o algo, porque nosotras nos teníamos que levantar y tenderles las camas, todo, tenía todos cuchillos debajo de la cama.

Finalmente, Norma se fue de su casa, pero ello no redundó en una disminución de la violencia que ejercía su padre hacia Camila y su hermana, por el contrario, la misma se recrudeció:

Camila: Cuando Braian no tenía ni dos años todavía mis papás se separan y mi papá se volvió re loco. A mi mamá la cagó a palo, a mi hermana la cagó a palo y a mí me rompió todo. Todo, todo, todo. Mesas... me prendió fuego ropa, todo. Y bueno, aguanté tres meses.

Luego de que su madre se fue, quedó su hermana viviendo en la vivienda con su padre:

Camila: Mi hermana se quedó y un día vengo y la estaba cagando a palos en el piso, mi hermana es flaquita, la dejó toda marcada y le tiró toda la ropa afuera, en el medio de la calle, como si fuera un perro. Y bueno nosotras lo único que pudimos hacer es levantarla y llamar a un remis y que se vaya.

Y finalmente, en menos de tres meses, Camila también tuvo que dejar su casa e irse dada la sostenida violencia que seguía ejerciendo su padre:

Camila: Me fui porque aparte me tiraba todo, me rompía todo... venía a la madrugada y ponía música a todo lo que da, venía y me pateaba toda la pieza y Braian era chiquito... así que nada, un día agarró, el 7 de diciembre, me dijo que me vaya, que la casa que yo tengo en el fondo, que en sí tengo entrada

independiente, que me vaya, que me vaya. Le dije que la iba a poner en venta y me dijo que no, porque me iba a cagar a trompadas, así que agarré y me fui.

Tanto Camila, como su madre y su hermana debieron abandonar su hogar para salir de la situación de violencia en la que se encontraban. Incluso su mismo padre las obligó a irse de la casa, lo cual les implicó perder sus bienes y también, a Camila y Mauro, su propia casa. En el caso de Camila, la pareja formada con Mauro le facilitó no solo la convivencia con su padre en su hogar de origen, estando “más contenida” –ya que Mauro representaba una protección para hacer frente a las violencias de su padre–, sino además le permitió resolver más fácil la nueva situación habitacional y económica cuando decidió abandonar definitivamente su casa. Pero también, para su madre y su hermana, la construcción de nuevas parejas y la posibilidad de juntarse con otros varones fueron centrales para resolver la cuestión habitacional y económica:

Camila: Brenda se fue porque mi papá la echó. Mi hermana se juntó con un pibe en el Retiro, porque no teníamos a dónde ir. Y bueno, se juntó y bueno después se separó de nuevo. Mi mamá estuvo no sé, sola un mes, ponele. Se juntó de nuevo en Abasto, mi mamá estuvo dos meses juntada, después se separó y se fue a alquilar a La Granja. Estuvo ahí dos meses más y bueno, ahora se juntó con el hombre con el que está ahora, con el marido que es el dueño del local. Y ahora, por suerte, re bien está mi mamá. La re felicito porque ella tiene 40 años, mi mamá, re joven, y siempre, toda la vida, pasó de todo, o sea, con mi papá, que nos trataba tan mal y así y todo...

Del mismo modo que ha sido señalado en varios trabajos (Femenías, 2008; Faur y Grimson, 2016; Gherardi, 2017; Observatorio de la Violencia de género, s.f.) la historia de Camila muestra que la posibilidad de resolver la cuestión habitacional y económica constituye una cuestión central para las personas que sufren violencia en el ámbito doméstico, especialmente en contextos de pobreza. En estos barrios aún persisten núcleos de exclusión y las dificultades laborales, así como los obstáculos en el acceso a la tierra y la vivienda, constituyen uno de los grandes problemas de lxs jóvenes, lo cual complica la posibilidad de independizarse económicamente de sus familias<sup>236</sup> y de la mano de ello, de salir de este tipo de situaciones de violencia. También su vida pone en evidencia la desprotección estatal y la falta de respuestas institucionales a la problemática, así como la escasez de políticas para garantizar la autonomía económica de quienes sufren este tipo de violencias, especialmente hace unos años atrás cuando Camila, al igual que otrxs jóvenes en situaciones similares, eran niñxs o adolescentes.

Si bien me enfoqué en la historia particular de Camila, la cual constituye un caso donde se ponen en juego situaciones de violencias extremas, en mi trabajo de campo me encontré con varios casos de mujeres jóvenes que estaban viviendo o habían vivido situaciones de violencia en el ámbito familiar, no solo de su padre contra su madre, sino también contra ellas. Dada la

---

<sup>236</sup> Ver capítulo 1.

escasez de recursos y políticas públicas que brinden soluciones eficaces frente a esta problemática, muchas veces las propias jóvenes debían gestionar de manera privada los modos de hacer frente a tales violencias. En este sentido, la posesión de ciertos lazos sociales aparecía como central para procesar estas situaciones y particularmente cobraban relevancia la figura de otros varones –parejas, tíos, hermanos– que pudieran responder a dicha violencia y brindar protección. Una opción recurrente para escapar a esa situación –principalmente en el caso de las de 16 años o más– era abandonar su hogar y, en dicho proceso, la construcción de nuevas parejas aparecía como fundamental para resolver las dificultades habitacionales y económicas que éste implicaba. Aunque en muchos casos, las jóvenes consideran que “la única solución” es “juntarse” con un varón –como decía Camila–, también noté que otras jóvenes buscan construir vidas por fuera de esas violencias a partir del establecimiento de nuevos vínculos y abriendo otras posibilidades a futuro. Camila actualmente se encontraba viviendo con su marido y su hijo en Punta Verde y trabajando en una casa de comidas del barrio, trabajo que consiguió a partir de la actual pareja de su madre, que es el dueño de dicho local. Y ella en la actualidad dice:

Camila: Con todo lo que pasé, no quiero que mi hijo pase todo lo mismo que yo, o sea, me junté con un marido, un chabón que no fuma, no toma, jamás me levantó la mano, ni nada, pasó mil y una conmigo, o sea, porque él también pasó conmigo cuando mi papá venía, pateaba todo y él paró un montón de veces eso, ¿me entendés? O sea, todas pasamos por algo distinto. Y como que ya todas hicimos nuestras vidas.

Del mismo modo, conocí casos como el de Luciana, que no quería estar más en la casa porque allí su padre ejercía violencias y logró salir de dicha situación yéndose a vivir a lo de Joaquín, un amigo del colegio. Pero también –y más allá de las estrategias para evitar situaciones de violencia en su familia de origen– las decisiones en torno a la construcción de familias y hogares no siempre reproducen modelos patriarcales, sino que eran diversos. Por ejemplo, Melina estaba proyectando mudarse con su prima a una casilla que habían logrado construir en un terreno en un asentamiento de Abasto, proyecto por el cual había rechazado la propuesta de su exnovio de irse a vivir con él. Y también, muchas otras jóvenes buscaban postergar el momento de construir parejas y/o tener hijxs.

Marcia (16 años) y Melina (18 años) dicen que por ahora no se ven como madres. Marcia dice que a ella le gustaría tener hijxs después de los treinta años, que primero le gustaría tener una pareja, tener sus estudios, trabajo y casa y después lxs hijxs. Melina coincide, aunque dice que tampoco le gustaría tener hijxs de muy grande porque tampoco quiere ser una madre vieja, le gustaría ser joven para no estar tan cansada. Dicen que les gustaría que sus hijxs tengan sus apellidos, se quejan de que muchas veces tienen solo el apellido del padre que no se hace cargo. Le pregunto a Melina si sigue en pareja y me dice que no, que le cortó al novio porque estaba avanzando muy rápido la relación. Dice que él ya quería conocer a la madre, también quería que ella se vaya a vivir con él. Y explica que ella no quería irse de la casa todavía, tiene ganas de quedarse y construir una vivienda en su terreno. La idea sería mudarse con su prima Paula y armar primero una casilla en el terreno de ella. Y vivir ahí mientras va construyendo la suya, de manera de estar presente en el barrio para cuidar los materiales y las cosas de construcción. (Nota de campo)



Es decir, sin dejar de reconocer que en muchos casos las jóvenes buscan formar pareja y/o ser madres como formas de liberarse de malestares en sus hogares de origen y ganar autonomía, también sus historias y prácticas muestran deseos que escapan a los estereotipos y mandatos patriarcales, y evidencian una búsqueda por construir nuevas experiencias, distintas a las de la generación de sus madres. En este mismo sentido, Faur y Grimson (2016) señalan los cambios y las nuevas posibilidades abiertas, entre otras cosas, por la expansión de la educación y la mayor autonomía económica que hacen que, a diferencia de épocas anteriores, en la actualidad muchas mujeres elijan renunciar a sostener convivencias poco satisfactorias. Por su parte, Elizalde (2015) sostiene que dadas las transformaciones culturales, económicas, políticas y normativas, en la actualidad las jóvenes detentan un nuevo lugar en el orden social y de género que “habilita a muchas de ellas –pero de ninguna manera a todas–, a vivir más libremente su sexualidad, aflojar los lazos de su confinamiento a la esfera doméstica como destino ineluctable, ampliar sus márgenes de autonomía económica, dilatar y diferenciar sus definiciones sobre pareja e hijos, e incluso, expandir sus oportunidades y circunstancias de maternidad gracias a las nuevas tecnologías reproductivas (p.16). Al igual que ha sido planteado por otrxs autorxs (Faur y Grimson, 2016; Jelin, 2010) el análisis evidencia la coexistencia de experiencias más ligadas al modelo de familia patriarcal y otras dinámicas más contemporáneas y elementos innovadores, y ello no solo al considerar diversos modelos familiares, sino también al interior de las propias familias, e incluso de las prácticas de lxs actorxs.

### 3.3. *“Me tuve que parar de manos para hacerme respetar”. Violencia contra varones en el vínculo filial*

Nicolás nació en Rosario. Cuando tenía 7 años, él y su familia se mudaron para La Plata, al barrio Los Mirasoles, donde tenían parientes. Cuando llegaron se instalaron en una parte del terreno de su abuela. Dicho terreno está ubicado en la esquina del frente del Local Barrial, lugar en el que vivía la tía de Nicolás con su familia al momento de realizar la presente investigación. Cuando lo conocí, Nicolás también vivía allí, aunque posteriormente se fue a vivir con su madre y sus hermanxs en Punta Verde. El padre de Nicolás falleció cuando él era chico. Y su madre formó nuevas parejas durante la niñez y juventud de Nicolás, de modo que él tuvo distintos padrastros. Durante su infancia, luego de un tiempo de instaladxs en el barrio Los Mirasoles, con su familia se mudaron al asentamiento Los Eucaliptos –identificado por algunxs vecinxs como “la villa”– motivadxs por el deseo de “tener la casa propia”. Pero, luego de un tiempo, se terminaron yendo debido a la existencia de conflictos con algunxs vecinxs y se fueron a vivir a una casilla que construyeron en un asentamiento en las afueras de Los Mirasoles. Sin embargo,

lxs terminaron echando de allí dado que no tenían la propiedad del terreno. En ese entonces, consiguieron un terreno prestado en Los Hornos y se mudaron nuevamente. Hasta ese momento, Nicolás iba a la escuela de Gran Jardín, pero cuando se trasladaron a Los Hornos se interrumpió su escolarización: “no conseguía lugar en ningún lado, en ninguna escuela, ya estaba todo ocupado” (Nicolás).

Cuando Nicolás tenía alrededor de once años y se había mudado con su familia a Los Hornos, su madre se juntó con una nueva pareja, la cual ejercía violencia tanto hacia Nicolás como hacia el resto de su familia: “estábamos viviendo tranquilos y después apareció el chabón este [su padrastro] que terminó arruinándonos la vida a todos”.

Nicolás: Mi padrastro Milo es el que más nos crió, que corte, nunca hizo que nos falte nada, ni el pan, nada. El chabón laburaba, nos compraba cosas, nos llevaba a los parques, el que más nos crió, mejor nos tuvo. Después mi vieja se juntó con otro chabón que nos cagaba a palos, a ella también. Después con otro también, nos cagaba a palo... Como que... se desquitaba la bronca conmigo, el chabón que estaba a lo último. Estaba todo mal conmigo, se desquitaba la bronca conmigo y mi vieja nunca le decía nada. Corte ni cabida. Yo le contaba a mis abuelos y mis abuelos ni cabida, corte maneja solo. Como que no les importaba lo que me pasaba. Y eso me hacía dar una bronca a mí. Corte, sentía que estaba solo, sin nadie que me dé una mano, me ayude, me diga, bueno ya va a pasar, pum, son cosas que pasan, pero no, nadie había así.

En un momento Nicolás decidió enfrentar a su padrastro: “el chabón me pegaba y una vuelta me enojé y me paré de manos para que no me pegue más, o sea, lo enfrenté, no me quería dejar pegar más y mi vieja me terminó echando a mí”. Nicolás se “paró de manos”, es decir, decidió responder con agresiones físicas a las violencias que ejercía su padrastro. Lo hizo con el objetivo de “no dejarse pegar más”, de evitar seguir sometido a dichas violencias y de “hacerse respetar”. Sin embargo, eso generó nuevos conflictos, por lo cual, su madre terminó echándolo de la casa. “En vez de echarlo a él, me echó a mí. Yo por eso con mi vieja no... todo más o menos, porque ella siempre estuvo más saltando para el marido que para mí, por eso”. La relación con su madre –con quien se lleva alrededor de 17 años de edad– fue siempre complicada para Nicolás. Él sentía que ella no lo quería y que cuando era más chico lo “tiró a la calle”.

Nicolás [Refiriéndose a su madre]: Como que no me quiere... no me quiere. Si antes cuando era más chico me tiró a la calle, cuando era más pibe. Ahora no, pero antes cuando era más joven sí, me había echado. Me había echado, ‘no te quiero ver más acá, tomátelas, fijate, agarrá tus cosas y tomátelas’ y bueno yo como era más pibe, fue, agarré mis cosas, me tomé el palo, ni cabida, voy a parar donde pare. Como que me dejaba re tirado, ¿me entendés? Como que me re tiraba a la calle. No le importaba lo que me pasaba.

A raíz de los conflictos en el ámbito familiar, Nicolás no pasaba mucho tiempo en su casa. A veces se iba a la calle, con sus amigos. Pero muchas veces se iba a lo de su tía. En un momento decidió mudarse a Rosario, ciudad a la cual sus hermanos más grandes, Cristian y Emiliano, también se habían mudado. Luego de un tiempo, su madre se separó y alquiló una casa en Punta Verde donde se fue a vivir con sus hijxs más chicxs. Posteriormente, a principios del 2017,

Nicolás volvió para La Plata y allí fue cuando lo conocí en el marco de los talleres para jóvenes de La Organización que se hacían en el Local Barrial. Para ese entonces, Nicolás no había terminado la primaria, su escolarización se había interrumpido cuando se había mudado para Los Hornos y las sucesivas mudanzas que había tenido a lo largo de su vida, habían dificultado que pudiese continuar con la misma.

Paz: Y ahí en Rosario, ¿no hiciste ningún FinEs, nada de eso?

Nicolás: No, tenía pensado hacer, pero como andaba de acá para allá, de mochilero... Porque primero estuve en Rosario. Pero mis abuelos me echaron porque decían que era mala persona, porque decían que yo me juntaba con mala junta. Me echaron para Pérez (con la tía) y de Pérez... mi tía no me podía tener y me fui otra vez para Rosario. Y de Rosario me quedé en la casa de un tío. Después no me podían tener tampoco, me fui a la casa de un amigo. Y después ahí me fui para San Lorenzo (Santa Fe), me quedé como dos meses en la casa de mi abuela. Y después me fui para Rosario y en Rosario me quedé en la casa de mi padrastro [Milo], o sea el papá de mi hermanito morochito, el chiquito.

Tanto durante su niñez, como en su juventud temprana, Nicolás se vio obligado a circular por distintas viviendas, e incluso ciudades, sin poder instalarse definitivamente en ningún lugar. Las dificultades económicas y habitacionales, así como las sucesivas parejas que fue formando su madre y las violencias ejercidas por algunos de sus padrastros, hicieron que su familia se vea obligada a mudarse varias veces. Uno de sus padrastros ejercía violencia no solo contra su madre, sino también contra él. Frente a los malestares vivenciados en su hogar Nicolás estaba más tiempo en la calle con sus amigos. Pero también, en diversas ocasiones utilizaba la violencia de manera defensiva para *hacerse respetar*. Todo ello reprodujo nuevos conflictos al interior de su hogar que, finalmente, derivaron en su expulsión. Así como también, las relaciones que mantenía Nicolás con sus amigos, muchas veces concebidos como *mala junta* por parte de sus familiares, derivaron en el rechazo en su casa y nuevas mudanzas. Tal como señalan Hernández, Cingolani y Chaves (2015) en el caso de los varones jóvenes de sectores populares, en ocasiones los familiares promueven su traslado a otras regiones de origen de la familia donde viven parientes para evitar que se reúnan con pares no deseados.

A partir de dicha trayectoria, es posible evidenciar dos cuestiones que también reflejaban las experiencias de otros jóvenes varones. En primer lugar, el espacio de *la calle* y las *juntas* como ámbitos en los cuales los jóvenes no solo pueden encontrarse entre amigos y sociabilizar entre pares, sino además huir de violencias, malestares o incomodidades que viven en sus casas. Ello también ha sido señalado por otros trabajos (Ramírez, 2013) que muestran cómo muchos varones de sectores populares frecuentan los espacios de *la calle* y las *esquinas* del barrio como formas de alejarse de malestares en sus casas y violencias familiares. Tal como sostuve en el capítulo 2, mientras las mujeres tienen mayores controles en su movilidad y además las cargas morales pesan con más fuerza sobre ellas en tanto está mal visto que participen de las *juntas*, al mismo tiempo que no suelen ser incluidas por los varones en dichos ámbitos, en mayor medida para

éstos es posible y frecuente la participación en tales espacios. Ello no implica negar las estigmatizaciones que viven muchos varones por estas mismas cuestiones. De hecho, también en el caso de Nicolás, sus familiares cuestionaban el hecho de que pasara tiempo en *la calle* y especialmente en *juntas*, en tanto concebían al grupo de amigos de dicho ámbito como *mala junta*, y en varias oportunidades ello recreó conflictos al interior de su hogar y redundó en nuevas expulsiones.

Y, en segundo lugar, el uso de la violencia por parte de los jóvenes varones para “no dejarse faltar el respeto” como estrategia para enfrentarse a las violencias ejercidas por sus padres o padrastros. El uso de la violencia como recurso es desigualmente articulado según género (Garriga, 2015): a diferencia de lo que sucede con las mujeres, los varones encuentran mayor legitimidad para usar la violencia e incluso en ciertos contextos dicho uso se torna prescriptivo para resolver ciertos conflictos y para resguardar una imagen de sí *respetable*. De la mano de ello, los varones son mayormente considerados con capacidad para defenderse y a la vez, proteger a otrxs, capacidad que en ocasiones vuelve obligatorio su ejercicio. Frente a diversas violencias ejercidas por su padre o padrastro –tanto hacia ellxs, como a otrxs miembros del hogar– muchas veces los varones también recurren a la violencia como una forma de respuesta, defensa y protección. En especial, los hijos mayores, intentan frenar la violencia de su padre contra su madre, lo que redundo en nuevas agresiones hacia ellos: “casi siempre con el mayor se la agarra” (Micaela). En mayor medida que las mujeres, los varones *responden* a los malos tratos ejercidos por su padre o padrastro a partir del uso de la violencia física de manera defensiva, hacia sí mismos y/o otrxs miembrxs. Especialmente, a medida que van creciendo se ven en la necesidad de *responder* de modo de construirse como varones jóvenes que “se paran de manos” y “se hacen respetar”. Y de la mano de ello, pueden construir su masculinidad juvenil en oposición a las representaciones de los niños en tanto vulnerables e indefensos. Si bien no todos los varones desarrollan este tipo de prácticas, en los casos en que ello no sucede, es decir, los varones que no *responden* a las violencias ejercidas por sus padres o padrastros, pueden ser cuestionados. En tales casos, y de manera similar a las situaciones en las que son victimizados por otros jóvenes, pueden aparecer como responsables de la situación por “ser sumisos” y dejarse “verduguear”.

Matías: Fernando tuvo una vida bastante jodida, el padre lo trataba muy mal, lo re verdugueaba el padre, un pibito sufrido, por eso te digo que es re sumiso. El padre era militar y que se yo, cuando era pibito por ahí se portaba mal y lo dejaba arrodillado contra la esquina de la pared o le hacía castigos que por ahí usaban los militares siendo que él era un nene... viste cuando te das cuenta que una persona es sufrida o sumisa. Hoy es un guachín que... pero un guachín viste... te das cuenta, es muy sumiso, es muy bueno y en el barrio si sos así nadie te la perdona, te agarran re de pelotudo.

El relato de Matías permite pensar la existencia de representaciones que construyen a los jóvenes violentados, ya sea en el ámbito familiar, como fuera del mismo como “sumisos”, dominados y dóciles, características en mayor medida asociadas socialmente a la feminidad. No solo la forma de experimentar el género produce determinados vínculos con la violencia sino que, a la vez, tales vínculos producen determinados géneros, en este caso, varones más o menos masculinos. Por su parte, el hecho de no corresponder con el modelo de masculinidad esperado, puede exponer a los jóvenes a nuevas violencias en los ámbitos de sociabilidad masculina barrial.

Todas estas cuestiones dan cuenta de ciertas singularidades en los modos en que la violencia en el ámbito familiar, fundamentalmente ejercida por el varón adulto, esposo y padre, puede ser experimentada y afectar la vida de lxs jóvenes varones, por un lado, y la de las mujeres, por el otro, así como en los diferentes recursos o estrategias para intentar sortear los malos tratos. Ello, a su vez, se vincula con las construcciones de masculinidad y feminidad y las diferentes relaciones y legitimidades con el ejercicio de la violencia asociadas a cada una de estas construcciones genéricas.

Finalmente, otra cuestión que se evidencia en la trayectoria de Nicolás, pero que también aparecía en las de otrxs jóvenes –tanto varones como mujeres– es el hecho de que estas situaciones de violencia en el ámbito familiar, y especialmente cuando se daban en conjunto con dificultades económicas y habitacionales, afectaban en diversos sentidos en sus vidas, marcando sus experiencias y vulnerabilizando aún más sus trayectorias. Del mismo modo, muchos de los trabajos de la compilación de Di Leo y Camarotti (2013) muestran cómo muchas de las trayectorias de lxs jóvenes de sectores populares estudiadx han sido marcadas por “heridas familiares”. Es decir, por diversas situaciones de violencias frente a las cuales se encuentran en gran medida desamparadx, dada la falta de recursos sociales e institucionales que intervengan para responder a este tipo de problemáticas. Especialmente, en mi estudio, las violencias vivenciadas en el ámbito familiar habían implicado mudanzas y cambios habitacionales para lxs jóvenes, lo cual, en muchos casos había abonado a la interrupción de sus trayectorias educativas, profundizando la situación de vulnerabilidad de lxs jóvenes.

#### **4. Conclusiones del capítulo**

Una de las dimensiones que adquirió importancia en mi trabajo de campo fue la presencia de violencias experimentadas en el ámbito familiar, por lo cual en el presente capítulo me enfoqué en su análisis, así como en los modos en que ella era significada y los recursos y estrategias disponibles para gestionar este tipo de situaciones. A partir de mi investigación conocí muchos

casos de jóvenes –tanto mujeres como varones– que vivían o habían vivido situaciones de violencia en su familia de origen, la cual era ejercida generalmente por su padre o padrastro, es decir, por la figura del varón adulto.

En primer lugar, el análisis me permitió repensar algunas cuestiones en relación al campo bibliográfico desde el cual fue abordada la temática, cuestionando ciertos desencuentros teóricos en las perspectivas de análisis. Así, destaqué la importancia de analizar la violencia en la familia desde una perspectiva de género que tenga en cuenta tanto las desigualdades genéricas como las etarias y que permita analizar las violencias ejercidas en el vínculo filial, que afectan tanto a mujeres como a varones, aunque problematizando sus singularidades.

En segundo lugar, también me permitió mostrar la relevancia del fenómeno y los modos en que dichas situaciones producen consecuencias en las biografías de lxs jóvenes. Las experiencias de lxs jóvenes que conocí ponen en evidencia la persistencia del ámbito familiar como una institución central a la cual se le delegan las funciones de cuidado, protección y crianza de las nuevas generaciones, así como las vulnerabilidades a las que se ven expuestxs cuando dicha institución está en mayor medida ausente, o más aún, cuando ella misma constituye un espacio de violencias, especialmente ante la ausencia, falta o ineficacia de instituciones y recursos para brindar respuestas efectivas a este tipo de problemáticas. El análisis me permitió mostrar que la violencia contra las mujeres en el ámbito familiar –y en el vínculo de pareja– también afecta a sus hijxs. Las experiencias de lxs jóvenes de estos barrios muestran diversos modos en que la violencia ejercida por su padre contra su madre vulnerabiliza y precariza sus biografías, situación que se profundiza en los casos en que ellxs o sus hermanxs también sufren la violencia de manera directa.

Y finalmente, a partir del análisis pude destacar ciertas singularidades en los modos en que este tipo de violencia puede ser experimentada por los varones y las mujeres jóvenes de la zona, así como en los diferentes recursos o estrategias para enfrentarlas. Mostré ciertas especificidades en relación a los modos en que varones y mujeres jóvenes pueden significar y relacionarse con la violencia que sufren en el ámbito familiar, relaciones que, a su vez, tienen efectos de género.

En el caso de algunas jóvenes, la posesión de ciertos lazos sociales, y especialmente la figura de otros varones –parejas, tíos, hermanos– que las protejan, puede resultar central para procesar estas situaciones. Una estrategia recurrente para salir o aminorar las violencias –principalmente en el caso de las mujeres de 16 años o más– es conseguir una nueva pareja, mudarse y formar un nuevo núcleo familiar. El hecho de formar pareja con un varón no solo puede servir a las jóvenes para que éstos respondan y las protejan frente a la violencia ejercida

por sus padres, sino que también puede resultar fundamental para resolver las dificultades habitacionales y económicas implicadas en el abandono de su hogar.

Por su parte, en el caso de algunos jóvenes, la violencia física ejercida por sus padres o padrastros contra ellos puede ser significada como una forma de atentar contra su *respeto*, por lo cual en ocasiones ellxs recurren a dicha práctica como una forma de respuesta para defenderse y *hacerse respetar*, así como también, para intentar frenar la violencia contra otrxs miembros del hogar. Para ellos este tipo de acciones aparece como un recurso en mayor medida disponible para responder a los malos tratos e incluso su uso puede tornarse prescriptivo para resguardar una imagen de sí respetable. Cuestión que puede recrudecer la violencia ejercida contra ellxs. Este tipo de situaciones hacen que muchos jóvenes no quieran estar en sus casas y, en tales contextos, el ámbito de la calle, la *junta* y el grupo de amigos aparecen como centrales para huir de malestares. Aunque también las tensiones en el ámbito familiar pueden llevar a expulsiones de los jóvenes de sus hogares. En estos casos, los varones que conocí suelen tener menos disponible la opción de emparejarse como parte del repertorio de acciones posibles para resolver la cuestión habitacional.

Así, el análisis permitió evidenciar cómo las violencias en el ámbito familiar —y particularmente las ejercidas contra lxs jóvenes en tanto hijxs— pueden ser articuladas y procesadas de manera diversa según el género, y destacar el lugar central de este clivaje como constitutivo de las mismas y a la vez, construido por ellas.

## CONCLUSIONES

La presente investigación se dedicó a analizar, desde una perspectiva de género, diversas conflictividades, delitos y violencias que protagonizan y/o experimentan jóvenes – principalmente varones y mujeres cisgénero– de la periferia de la ciudad de La Plata. Para ello, se interesó por reconstruir ciertas dinámicas de la vida cotidiana de lxs jóvenes en el contexto barrial, explorar en profundidad sus relaciones y sociabilidades en diversos ámbitos, y acercarse a las perspectivas de lxs propixs actorxs para conocer los sentidos que ellxs les otorgan a sus prácticas, así como también los recursos disponibles para gestionar distintas conflictividades y violencias. La misma fue desarrollada en la localidad de Melchor Romero a partir de un trabajo etnográfico realizado desde mediados de 2016 hasta fines de 2018. Particularmente se enfocó en el estudio de experiencias de jóvenes habitantes de Los Mirasoles y sus alrededores –el barrio Punta Verde, el “centro” de Romero, el asentamiento Los Eucaliptos, entre otros, todos pertenecientes a la localidad mencionada–. El método etnográfico permitió un acercamiento a la perspectiva de lxs propixs actorxs y comprender los sentidos que ellxs les otorgan a sus prácticas, así como analizar los contextos mismos de significación.

El estudio partió de la importancia de problematizar ciertas violencias que experimentan lxs jóvenes en sus cotidianidades y contribuir a explicar sus significados, motivos y modos de resolución. Así, esta investigación problematizó cómo se articulan ciertas violencias con los modos situados de ser mujer y ser varón joven en estos barrios; de qué forma varones y mujeres experimentan estas violencias, las significan y las gestionan; cómo las especificidades en torno a la manera de experimentar el género producen relaciones distintas con las violencias y conflictos que atraviesan su cotidianidad. En definitiva, se preguntó por el rol que el género ocupa en ciertas experiencias sociales –particularmente en las violencias– así como también el lugar que éstas tienen en la construcción social del género. De este modo, buscó indagar en una serie de cuestiones que han sido poco exploradas por el campo de estudios de los delitos y las violencias de jóvenes de sectores populares, brindando nuevas miradas para la interpretación de estos fenómenos.

Diversos estudios producidos en Argentina coincidieron en señalar la existencia de un aumento de la violencia y delincuencia en el país, principalmente a partir de los años 80 y 90, y plantearon que el aumento de estos fenómenos debía ser explicado teniendo en cuenta las transformaciones sociales, económicas y políticas desarrolladas en el país producto de la implementación y profundización de las políticas neoliberales. A partir de entonces, se fue



configurando un campo de estudios de delitos y violencias de jóvenes de sectores populares donde numerosas y variadas investigaciones realizaron contribuciones importantes al establecer relaciones entre diversas experiencias delictivas y prácticas violentas protagonizadas principalmente por jóvenes varones de sectores populares, con ciertas violencias y desigualdades estructurales que atravesaban sus vidas. Estas interpretaciones repusieron el sentido de tales prácticas en el contexto más amplio en que tenían lugar, eludiendo así el problema de caer en lecturas estigmatizantes o esencialistas sobre estxs actorxs y sus acciones, o en miradas que conciben tales fenómenos como privados o circunstanciales. Así, estas lecturas permitieron encontrar ciertas explicaciones sociales –ancladas en las desigualdades socio-económicas– a ciertos delitos, principalmente aquellos con bases más económicas, tales como los delitos contra la propiedad o los ligados al mercado de drogas y también mostrar ciertos modos en que estos podrían imbricarse con algunos delitos contra las personas, tales como los homicidios.

Si bien se destacan tales esfuerzos, en esta tesis se señalaron algunas limitaciones de dicho campo, especialmente vinculadas a la presencia de sesgos androcéntricos y la escasez de análisis con perspectiva de género. Ello conllevó a privilegiar miradas explicativas que hacían énfasis en las dimensiones estructurales económicas para la interpretación de los delitos y violencias, relegando los efectos productivos del género como una de las dimensiones centrales para la interpretación de los problemas que investigaron. Y, asociado a ello, ciertos temas de indagación fueron menos estudiados, especialmente las violencias que se producían entre conocidxs y que engrosaban estadísticas delictivas, como por ejemplo las de delitos de gravedad contra las personas, como los homicidios<sup>237</sup>. Tal como señala Kessler, aún subsiste dentro de este campo de estudios interrogantes sobre la relación entre las violencias y los delitos, es decir, sobre aquellas conflictividades locales que derivan en una parte importante de los homicidios, en los cuales “otras lógicas y motivaciones, no necesariamente la búsqueda de beneficio económico, entran en juego” (2014b: 213). Las perspectivas hegemónicas del campo tendieron a soslayar el análisis de las violencias de género, las violencias en el ámbito familiar y las de índole sexual, pero también muchos conflictos interpersonales barriales, especialmente producidos entre conocidxs. Y, como ya dije, cuando los estudiaban, generalmente las explicaciones remitían en última instancia a cuestiones asociadas a la estructura económica de desigualdad, cuestión atinada, pero insuficiente. Esta tesis se propuso aportar a comprender estos fenómenos poco explorados desde las ciencias sociales y donde los abordajes disponibles no han sido completamente convincentes.

---

<sup>237</sup> Tal como ha sido señalado, las estadísticas de homicidios dolosos muestran que una gran parte de los mismos están motivados por “discusión, riña, ajuste de cuentas o venganza”, o se dan en el marco de conflictos familiares y, en muchos casos, estas violencias son entre personas conocidas (Núcleo de Estudios sobre la Violencia y la Muerte, 2017; Corte Suprema de Justicia de la Nación, 2013).

Así, dentro del campo de estudios sobre seguridad, delitos y violencias subsistió el interrogante sobre la relación entre estas diversas formas de violencias. Al respecto, reseñando una publicación reciente, Gabriel Kessler sostenía: “Javier Auyero y María Fernanda Berti movilizan el concepto de Tilly de ‘cadenas de violencias’ para pensar en estas violencias interdependientes. Sin duda es una vía de análisis interesante y debemos enfocar nuestros estudios a elucidar las distintas economías de la violencia en distintos planos. No sabemos si hay patrones comunes de uso de violencia en distintas situaciones o, por el contrario, tienden a ser violencias circunscriptas a acciones específicas” (Kessler, 2014: 215). A partir del concepto de “cadenas de violencia”, Auyero y Berti (2013) buscan cuestionar la “balcanización” de los estudios sobre estas diversas formas de violencia y mostrar que están interrelacionadas y que tienen un efecto expansivo. Sin embargo, lxs autorxs no aportan claves explicativas que permitan contextualizar dichas violencias e interpretarlas como parte de las dinámicas estructurales de nuestra organización social, de modo que su análisis corre el riesgo de concebir a las mismas como fenómenos “brutales” y llevar a lecturas estigmatizantes sobre quienes las ejercen. Especialmente, la falta de una perspectiva de género en su estudio les dificultan ver que las violencias que analizan no son exclusivas del barrio que estudian en tanto espacio “otro”, donde “las cadenas de violencia” “azotan con creciente virulencia” las “vidas cotidianas” de quienes investigan (p. 153), sino más bien que atraviesan la vida de los distintos sectores sociales e incluso que muchas de las lógicas que guían las prácticas de lxs actorxs conectan, en gran medida, con las que se presentan en la sociedad más amplia.

Por otro lado, ciertos discursos de amplia difusión mediática construyen a las violencias desarrolladas en el ámbito familiar, a las violencias de género, pero también a muchos de los conflictos interpersonales barriales como asuntos privados y/o vinculados a una violencia de tipo “emotiva” o “pasional”. E inclusive en algunas investigaciones subsiste este tipo de interpretaciones<sup>238</sup>, lo cual puede haber contribuido a obstaculizar su estudio. Justamente el hecho de pensarlas como problemas entre privados se asocia a su consideración como cuestiones excepcionales o circunstanciales. Por su parte, la consideración de estas diversas formas de violencias desde el plano individual o el caso particular conlleva abordajes institucionales que muchas veces soslayan las dinámicas sociales que las promueven.

---

<sup>238</sup> Por ejemplo, Bonaldi y Del Cueto (2009) en su trabajo sobre violencia en dos barrios de sectores populares distinguen tres formas de expresarse de la violencia física interpersonal: la “violencia instrumental” asociada a los delitos contra la propiedad, la violencia entre jóvenes de diferentes barrios y la “violencia con componente emotivo o pasional”, la cual “suele darse entre familiares o personas conocidas y los motivos de las disputas pueden ser cuestiones de pareja, celos, desavenencias familiares o simples discusiones acaloradas entre vecinos que derivan en violencia física” (p. 119).

En la presente tesis cuestiono la privatización de estas diversas formas de violencias y el hecho de que se comprendan de manera circunstancial o como fenómenos anómalos. Pero también, el hecho de que sean reducidas a lógicas interpretativas desde la clave de la desigualdad económica y sus efectos. A partir de mi investigación muestro que ellas no deben ser concebidas como problemas aislados o asuntos privados sino que deben comprenderse y explicarse en relación a las estructuras más amplias de organización social, pero no solo socio-económicas. Sin negar las desigualdades y violencias que produce el sistema económico, muchas de las violencias o delitos contra las personas –pero incluso también delitos contra la propiedad– deben ser interpretados teniendo en cuenta la manera en que se construyen las relaciones de género. Esta tesis muestra que muchas de las violencias interpersonales estudiadas se explican teniendo en cuenta cómo las desigualdades y violencias estructurales producidas por el sistema económico se intersectan con las propias del orden de sexo/género/deseo, es decir, con las formas constitutivamente violentas en que se construyen las relaciones de géneros y las desigualdades que promueve dicho orden no solo entre varones, mujeres y disidencias sexuales, sino también intra-género.

De todos modos, lejos de determinar las acciones de lxs sujetxs, estas condiciones dan lugar a formas individuales y colectivas de atravesar las diversas dificultades cotidianas y hacer frente a las múltiples violencias, materiales y simbólicas, que atraviesan sus vidas. Así, en los contextos que habitan, lxs jóvenes desarrollan diversas formas de agenciamiento, entre las cuales las violencias ocupan un lugar en sus interacciones, prácticas que a su vez tienen variados sentidos y que se destacan por sus efectos productivos.

\*\*\*

En el Capítulo 1, “Ser joven en Melchor Romero”, describí a la localidad y a los barrios en los que se desarrolló la investigación. Reconstruí su historia y algunos aspectos del proceso de conformación de la misma y de su urbanización, mostrando su heterogeneidad y las desigualdades internas configuradas a partir de dicho proceso. También, caractericé a lxs protagonistas de esta tesis, así como algunos aspectos del contexto en el que viven y en el que crecieron, explorando ciertas implicancias asociadas al vivir y ser joven en Melchor Romero.

Melchor Romero y sus barrios son identificados en la actualidad con ciertas mejoras materiales e infraestructurales respecto a lo que era hace una década y media atrás. De la mano de estas mejoras diversxs moradorxs perciben a los mismos como relativamente “tranquilos”, especialmente en relación a un pasado concebido como más inseguro. Pero si bien en la

localidad se evidencia el progreso asociado al proceso de urbanización de los últimos años, ellas no fueron suficientes para revertir ciertas desigualdades estructurales de más largo alcance y, especialmente, en la cuestión del hábitat y la vivienda se ponen de manifiesto las persistencias de precariedades y exclusiones.

En la localidad se evidencian las desigualdades socio-espaciales en su interior y la existencia de zonas relegadas, así como la falta de inversión estatal para garantizar el acceso a servicios y derechos básicos para sus moradorxs. Las diversas problemáticas de Romero, particularmente de dichas zonas, afectan la vida y experiencias de las familias que integran lxs jóvenes protagonistas de esta tesis. Ellxs atravesaron diversas dificultades económicas y muchas de sus familias tuvieron problemas para resolver la cuestión habitacional. A la vez, las deficiencias en relación a la prestación de servicios diversos en sus lugares de residencia y las dificultades asociadas a la falta de obras infraestructurales afectan en gran medida sus cotidianidades. Allí subsisten diversas problemáticas de índole social, y especialmente, la cantidad de familiares y/o conocidxs muertxs de lxs jóvenes da cuenta de los modos más extremos en que los índices de precariedad y conflictividad impactan en sus vidas. Si bien existen diversas instituciones que trabajan sobre las problemáticas de estos barrios, una visión compartida por lxs diversos actorxs sociales e institucionales es la sobrecarga de necesidades, frente a los pocos recursos –materiales y sociales– para brindar respuestas. A su vez, las desigualdades sociales, materializadas en ciertas configuraciones espaciales, se asocian a la construcción de significaciones morales y estigmas que pesan sobre quienes habitan en las zonas más precarias. Especialmente los estereotipos representan a los jóvenes varones como “delincuentes” mientras a las mujeres lo hacen como “chicas embarazadas” y “llenas de pibes”.

En estos contextos, lxs jóvenes atraviesan múltiples dificultades que obstaculizan el acceso y/o sostenimiento de la educación y el trabajo. Estas y otras actividades suelen aparecer dentro del horizonte de expectativas y son valoradas por lxs jóvenes. Sin embargo, diversos aspectos asociados a su cotidianidad dificultan su asistencia y permanencia en las mismas, algunos de los cuales afectan especialmente a las mujeres. Así, las faltas o el abandono de lxs jóvenes de sus colegios, sus trabajos y otras actividades no deben reducirse a una supuesta “poca constancia” o con desinterés por parte de ellxs sino más bien explicarse en referencia a las diversas dificultades cotidianas implicadas en el sostenimiento de dichas actividades. El tiempo de lxs jóvenes muchas veces debe ser ocupado en el cuidado de otrxs –principalmente en el caso de las mujeres– y/o en la realización de trabajos que contribuyan al sustento económico de sus familias. Asimismo, ciertas deficiencias institucionales y barriales obstaculizan el acceso a recursos, programas y derechos diversos. Relacionada a la precariedad e informalidad laboral, pero

también a los problemas para el acceso a la tierra y la vivienda, una de las dificultades de lxs jóvenes de la zona radica en la posibilidad de independizarse económicamente de sus familias.

Por su parte, las categorías disponibles hegemónicas en el barrio a partir de las cuales las personas son clasificadas son las de varón o mujer y la mayoría de lxs jóvenes que conocí se reconocen identitariamente a partir de dichas categorías y actúan los generolectos asociados al sexo que les ha sido asignado. Especialmente, las representaciones tradicionales en torno a los roles de género tienen amplia vigencia en el barrio y orientan en gran medida las prácticas de diversxs actorxs. Por ejemplo, las responsabilidades diferenciales de varones y mujeres en relación con el trabajo remunerado y el doméstico no remunerado: las mujeres, tanto adultas como jóvenes, suelen ser las principales encargadas de las labores domésticas y de cuidado al interior de sus hogares, incluso cuando ellas se combinan con actividades laborales rentadas, mientras que persiste el ideal de varón asociado a la provisión económica del hogar. Aunque también estas conviven con representaciones y prácticas alternativas y especialmente varixs jóvenes se interesan por construir experiencias distintas a las de sus generaciones previas.

En el Capítulo 2, “Experiencias espaciales y dinámicas de sociabilidad barrial”, indagué en las significaciones que lxs jóvenes le otorgan al espacio, prestando atención al modo en que estas contribuyen a organizar las prácticas e interacciones sociales. Analicé ciertas formas de sociabilidad y los modos en que usan, se apropian y/o circulan por el barrio. Destaqué el aspecto productivo del género en las movilidades, espacialidades y sociabilidades de lxs jóvenes de estos barrios, y señalé ciertas singularidades en los modos en que varones y mujeres significan y practican el espacio barrial. Pero a la vez, mostré ciertos modos en que tales movilidades, espacialidades y sociabilidades resultan productivas para la construcción de los géneros. Es decir, las formas en que esas maneras particulares de significar, transitar y ocupar la *calle* y la *casa* abonan a la (re)producción de ciertas masculinidades y feminidades.

Una de las clasificaciones centrales movilizadas por diversxs actorxs para organizar el espacio en el que habitan es la distinción entre *la calle* y *la casa*. Varones y mujeres significan y practican diferencialmente la frontera simbólica entre *calle* y *casa*, los límites entre barrios o zonas del mismo, las diferencias entre el día y la noche y los miedos al transitar por diversas zonas, lo cual se traduce en dinámicas específicas de sociabilidad.

En el caso de algunos varones, la participación en *juntas* constituye un aspecto central en su sociabilidad barrial. Estos ámbitos posibilitan a los jóvenes la diversión y el establecimiento de amistades, así como también escapar de ciertos malestares en sus casas. Pero a la vez, les permite hacerse conocidos, ganar *calle* y, de la mano de ello, construir *respeto* en el marco de la

sociabilidad juvenil masculina. A partir de sus *juntas*, algunos jóvenes se apropian de cierto espacio y establecen zonas, diferenciaciones y límites dentro del barrio y fuera del mismo, aspectos centrales en sus construcciones identitarias, y fundamentales para comprender la genealogía de ciertos enfrentamientos. Para muchos varones, el barrio o cierta zona del mismo aparece como una referencia central a partir del cual se establecen pertenencias, pero también fronteras y límites con el afuera, permitiendo la construcción de distinciones. Especialmente, el establecimiento de alteridades entre *juntas* y/o barrios contribuye a la configuración de conflictos y rivalidades entre varones, individuales y colectivos. Si bien la circulación por otros barrios y/o zonas es frecuente, incluso por donde hay *pica*, ello suele ser significado como potencial fuente de conflicto, significaciones que orientan en gran medida los modos en que se circula por ellas.

Las *juntas*, en tanto espacios de homosociabilidad, ofrecen la posibilidad de hacer “alarde” de la masculinidad, cuestión central para interpretar tanto ciertos conflictos que se producen entre varones, como algunas violencias que se ejercen contra las mujeres, tales como los acosos callejeros. Muchos jóvenes, en su barrio o fuera de éste, experimentan *provocaciones* o insultos por parte de pares, especialmente de jóvenes reunidos en grupo. En ocasiones, estos son respondidos para “no dejarse faltar el respeto”, lo cual puede dar lugar a peleas; pero muchas otras veces son ignorados. Muchos buscan evitar conflictos, por lo cual no *responden* frente a pequeños hostigamientos cotidianos y/o usan diversas estrategias para sortear *broncas* que pueden presentárseles. Sin embargo, desde algunas miradas ello puede ser interpretado como propio de quienes *no se hacen respetar* y signo de vulnerabilidad, cuestión que atenta contra ciertas masculinidades. De manera similar, mientras la ocupación de los espacios de *la calle* y la participación en la sociabilidad masculina barrial abona a la producción de masculinidad, los jóvenes *más de entre casa* pueden ser cuestionados y contruidos como *giles*. De todos modos, pese a las recreaciones de las clasificaciones que oponen a los *giles* y a quienes *se hacen respetar*, a los que “se quedan callados” y a los que *responden*, a los que *tienen calle* y a los que son de *la casa*, las prácticas, relaciones e identificaciones de estos jóvenes muestran una multiplicidad imposible de reducir a la fijeza de tales constructos. Mas bien estas categorías constituyen imputaciones morales en función de las cuales se pretenden establecer ciertas relaciones sociales.

Mientras que para muchos jóvenes las *juntas* son espacios de diversión, construcción de amistades y obtención de *respeto*, estas suelen ser estigmatizadas por muchxs otrxs de lxs residentes del barrio. El hecho de *juntarse en la esquina* o *ser de la esquina* usualmente aparece cargado de una connotación moral peyorativa por fuera de la sociabilidad juvenil masculina. Por lo cual algunas familias tratan de evitar que lxs jóvenes, especialmente sus hijxs, frecuenten tales

ámbitos. Del mismo modo, muchxs vecinxs del barrio asocian estos espacios a la “drogadicción”, la “vagancia”, el “bardo”, la “delincuencia” y la “violencia”, es decir, a la *mala junta*.

Las *juntas* constituyen ámbitos altamente masculinizados, las mujeres no suelen formar parte de las mismas, ni la construcción de este tipo de grupos constituye el modo en que sociabilizan entre ellas. Las chicas suelen vincularse con sus amistades en la escuela, espacios institucionales o en sus casas, pero la posibilidad de juntarse en espacios públicos barriales es más limitada. Para las mujeres, ello no aparece como una práctica legítima, ni abona a la construcción de sus feminidades; por el contrario, ciertos controles sociales y morales limitan sus tránsitos por tales espacios.

A diferencia de sus pares varones, las jóvenes suelen permanecer menos tiempo en *la calle* y afirman en mayor medida su desinterés por la participación en la sociabilidad barrial. Pero también, en tanto pasan mucho tiempo en sus casas, muchas se sienten “encerradas”. En mayor medida que sus pares varones, deben hacerse cargo de responsabilidades domésticas, pero además tienen mayores restricciones para salir, pasear, juntarse con amigxs, andar en *la calle* e ir a la plaza. Los tiempos, espacios y modos en los que sus padres, madres o responsables les permiten transitar son más limitados y regulados. Ello se asocia a miedos a que sufran robos, abusos sexuales, secuestros u otro tipo de violencias, pero también a las sanciones morales relacionadas al honor femenino y la vergüenza, cuestiones estrechamente vinculadas a sus prácticas sexo-afectivas. Así, a partir de la inculcación de vergüenza, se trata de evitar que las chicas anden en *juntas*, que consuman alcohol y drogas, que salgan de noche y frecuenten los bailes, que se vistan con ropa considerada “provocativa”, y que tengan relaciones sexuales frecuentes con distintas personas. Algunas familias ejercen controles tanto sobre las prácticas espaciales y movilidades de las jóvenes, como también sobre sus relaciones, especialmente las sexo-afectivas. A su vez, los juicios morales y controles sobre las prácticas de ellas no solo se desarrollan al interior de las familias sino que también se extienden al espacio barrial. Así, muchas de ellas se sienten acusadas de “turras”, “putas”, “fáciles” y juzgadas tanto por la mirada adulta de lxs vecinxs, como la de lxs jóvenes. Acusaciones realizadas en función de sus prácticas sexo-afectivas, pero también de su vestimenta y sus comportamientos.

Una forma de violencia extendida que sufren las jóvenes en su barrio son los acosos callejeros ejercidos por varones. Y también, aunque en menor medida, abusos y violaciones, tanto perpetradas en el espacio doméstico como fuera del mismo. Muchas veces los acosos son ejercidos por varones reunidos en grupo en el espacio público barrial –aunque dichas acciones no son exclusivas de estos grupos–, prácticas que pueden ser interpretadas en función del lugar

central que ocupan las mujeres en relación a los ámbitos de homosociabilidad para garantizar que el deseo de los varones se interprete como heterosexual. En la trama relacional de los géneros, a partir de este tipo de prácticas los varones exhiben su virilidad entre pares y construyen masculinidad, pero también a partir de ellas se produce la feminidad. Este tipo de experiencias concretas y cotidianas de violencias callejeras, se complementan con casos resonantes a nivel mediático de violaciones, desapariciones y femicidios, pero también con casos sucedidos en el barrio y que son repetidos en las conversaciones cotidianas. Todo lo cual contribuye a reforzar los miedos de las jóvenes a la hora de circular por la calle, en especial por las noches, y a desarrollar estrategias de prevención ante tales violencias, las cuales en ocasiones implican restringir ciertas libertades y deseos.

Así, en este capítulo mostro algunas diferencias en la autonomía de varones y mujeres para circular por sus barrios y ciertas singularidades en sus experiencias de movilidad y prácticas espaciales. Los límites simbólicos que distinguen entre *la calle* y *la casa*, usualmente construyen a la primera como vinculada a la inseguridad, mientras que la segunda es significada como ámbito de protección. Aunque muchas de sus experiencias ponen en cuestión tales asociaciones. Lejos de afirmar que la experiencia cotidiana de las chicas de estos barrios se limita al espacio de *la casa* y que los varones están en *la calle*, el análisis da cuenta de los modos en que estas categorías clasificatorias operan en la construcción de movilidades, espacialidades y sociabilidades, las cuales son constitutivas de los géneros.

Mientras algunos varones tienen dificultades para transitar por determinadas zonas o barrios, ya que ello puede devenir en conflictos con otros jóvenes, es menos común que la circulación de las chicas se vea afectada por las rivalidades asociadas a las distinciones barriales. Sin embargo, esto no implica que ellas estén menos condicionadas en sus movilidades. Por el contrario, tanto los miedos a sufrir robos o violencias sexuales y las distintas regulaciones para que permanezcan más tiempo en sus casas, tienden a limitar sus prácticas espaciales. Todo lo cual contribuye a la construcción de las mujeres como esencialmente vulnerables y de la mano de ello, a la (re)producción de la asociación entre mujeres y ámbito doméstico. De todos modos, las experiencias de estas jóvenes no son homogéneas y varias desarrollan estrategias diversas para salir de sus casas, ampliar sus libertades y hacer lo que les gusta. Así, defienden ciertos deseos, placeres y capacidad de agencia en los márgenes de las expectativas, normas y lugares asignados que les son impuestos en la interseccionalidad que las ubica como mujeres jóvenes de sectores populares. Si bien sus agenciamientos no las libran de las interpretaciones externas, pueden abrir intersticios o espacios de fuga en los que se disputa por los modos de vivir sus corporalidades, de practicar sus deseos, ejercer sus sexualidades y, en definitiva, de ser mujer joven en estos barrios.



En el Capítulo 3, “Violencias, respeto y protección”, analicé ciertos efectos del género en la producción, desarrollo y gestión de determinados conflictos barriales y, a la vez, los modos en que a partir de ellos se producen determinadas masculinidades y feminidades. Mostré cómo lxs jóvenes de estos barrios significan y usan de manera diferente a la violencia y el modo en que estos usos diferenciales abonan a la construcción de tales géneros. Particularmente, evidencié cómo para algunos varones ciertas prácticas violentas y delictivas constituyen un recurso fundamental para construir *respeto*, lo cual a su vez se asocia a la posibilidad de evitar victimizaciones y proteger a familiares, amigxs y allegadxs, cuestiones clave en la construcción de sus masculinidades. Por su parte, si bien algunas jóvenes suelen involucrarse en peleas, muchas veces ellas rechazan el uso de la violencia ya que puede poner en cuestión su feminidad. En línea con esto, indagué en el rol de los lazos y relaciones sociales en la producción y gestión de ciertos conflictos y el lugar del género en tanto organizador central de esta trama.

En los barrios por los que transité, muchos de los conflictos entre jóvenes varones están guiados por la máxima de resguardar y/o ganar *respeto*, cuestiones íntimamente asociadas a determinados imperativos de la masculinidad hegemónica, tales como la invulnerabilidad, la competencia y la jerarquía. Esto resulta fundamental para comprender no solo violencias y enfrentamientos entre jóvenes pertenecientes a *juntas*, barrios o familias distintos sino, además, conflictos o peleas que se desarrollan al interior de los propios grupos de amigos, conocidos, parientes o allegados.

Por su parte, si bien algunas jóvenes se involucran en peleas entre chicas, a diferencia de muchos varones, ellas sienten menos presiones por *responder* y participar en diversos conflictos. El hecho de declinar ofertas de enfrentamiento y no pelear, suele aparecer como una forma valorada de resolver los conflictos, a diferencia de aquellos para quienes usar la violencia –ya sea para defenderse a sí mismos o para proteger a otrxs– puede resultar un imperativo para resguardar su honor masculino y no ser considerados “cagones” o “giles”. La construcción de feminidades hegemónicas en estos barrios o, dicho de otro modo, la defensa de su honor en tanto mujeres, usualmente no depende de la fortaleza y la valentía, ni de su capacidad de defensa y protección hacia otrxs. Así, las mujeres no necesariamente tienen que *responder* e involucrarse en los conflictos. Por el contrario, al hacerlo pueden transgredir ciertos ideales sociales de la feminidad como, por ejemplo, el de la mujer “tranquila” o “calmadita” que no recurre a la violencia. Este tipo de transgresiones puede implicar sufrir ciertas “sanciones morales” como, por ejemplo, ser consideradas “marimachos”, “brutas”, “salvajes” o “raras”. Identidades estigmatizadas que suponen formas de disciplinamiento sobre las jóvenes y sus acciones.

En este capítulo mostré cómo las redes vinculares son centrales para gestión de conflictividades y los modos en que a partir de los lazos sociales se desencadenan expectativas de protección, las cuales suelen estar atravesadas por la dimensión de género. Para muchos varones resulta fundamental –en la construcción de sus masculinidades– la posibilidad de defenderse y, a la vez, de proteger a familiares, amigxs y allegadxs. Tanto las relaciones entre conocidos y amigos dentro de las *juntas*, como los vínculos familiares, de parentesco y la pertenencia al barrio, pueden dar lugar a identificaciones compartidas asociadas a un *respeto* colectivo y de la mano de ello al establecimiento de vínculos de reciprocidad en la protección o “solidaridades viriles”, aspectos centrales para analizar la producción y el procesamiento de ciertos conflictos y violencias entre varones. Pero también, los lazos sociales construidos a partir de la participación en tales ámbitos promueven relaciones de protección para con otrxs, como por ejemplo las mujeres, construidas como más vulnerables. Especialmente para los varones que forman parte de su círculo familiar y de allegadxs resulta clave protegerlas frente a las violencias ejercidas por parte de otros varones, lo cual explica muchas de las conflictividades barriales masculinas. De la mano de ello, a partir del ejercicio de ciertas violencias hacia las mujeres, algunos jóvenes pueden desafiar a aquellos otros que deberían protegerlas y, en este sentido, en ocasiones ellas resultan víctimas de enfrentamientos entre varones. Así, la relación entre masculinidad y protección –o más precisamente, el hecho de que la protección resulte un mandato para muchas masculinidades– aparece como un elemento clave para comprender ciertos conflictos barriales. Justamente, el análisis en torno a la construcción de un *respeto* colectivo y a la *espalda* permitió comprender cómo muchos conflictos y violencias deben ser explicados teniendo en cuenta la participación de los jóvenes en relaciones que demandan su involucramiento en conflictos para proteger y defender a otrxs, especialmente familiares y allegadxs.

Por otro lado, para las jóvenes los lazos derivados de la pertenencia a familias, grupos de amigas o barrios, no suelen redundar en obligaciones de protección mutua –y menos aún, de protección hacia los varones–. Tal vez por ello, en sus historias no aparecen relatos de venganzas sucesivas, sino más bien conflictos puntuales que de una forma u otra terminan resolviéndose o por lo menos, aplacándose.

Así, el capítulo muestra cómo en función de las tramas relacionales –especialmente los lazos sociales construidos en grupos de pertenencia– se organizan y gestionan muchos de los conflictos producidos en estos barrios –previniendo algunos y produciendo otros– así como el lugar del género en dicha trama. Las construcciones de género resultan centrales para

comprender las formas en que estos conflictos se organizan, así como los modos en que ciertxs actorxs resultan o no involucradxs en determinada disputa y el rol que les cabe en la misma.

El capítulo también muestra cómo estxs jóvenes muchas veces se desentienden de ciertas expectativas que pueden pesar sobre ellxs en función de su género. Así, varios varones rehúsan a participar de este tipo de enfrentamientos y ponen en cuestión los elementos que orientan tales disputas por *respeto*, aunque ello no necesariamente los libre de las victimizaciones que puedan sufrir por parte de otros. En ocasiones estos jóvenes pueden ser considerados como “giles” o “cagones” y resultar molestados. Por su parte, algunas jóvenes ejercen violencias pese a quedar expuestas a sanciones morales que las construyen como “machonas”. Y fundamentalmente, el análisis muestra cómo la violencia es usada por ellxs de manera situacional y contextual, aunque evidenciando las diversas maneras en que usualmente es significada y practicada por unos y otras.

En el Capítulo 4, “Los robos en la trama relacional barrial”, me dediqué a analizar ciertos delitos cometidos por jóvenes, particularmente robos. Destaqué al género como una dimensión central para comprender ciertos modos en que varones y mujeres significan y practican este tipo de delitos. Mostré la multiplicidad de sentidos de estas prácticas en función de lxs actores y los diversos contextos de actuación, así como la articulación entre los robos y otras prácticas cotidianas presentes en las dinámicas de interacción barrial y la sociabilidad juvenil masculina, complementando y complejizando los análisis realizados por la bibliografía ocupada del estudio de los delitos juveniles.

Del mismo modo que ha sido señalado por gran parte de los estudios sobre delito en sectores populares, en estos barrios la comisión de robos puede ser usada por los jóvenes para la construcción de una imagen positiva entre sus pares, para la provisión económica o para la diversión. Estos recursos son practicados situacional y contextualmente, y a la vez, están distribuidos de manera desigual. A simple vista los varones son los principales protagonistas de estas acciones, sin embargo, un análisis más profundo permite evidenciar los modos en que las mujeres también están presentes en las mismas.

Sin estar determinadas por ellas, ciertas creencias sociales sobre el comportamiento adecuado para varones y mujeres promueven diferentes formas de significar y practicar este tipo de delitos en función del género. Y a partir de estas prácticas diferenciales lxs actorxs pueden construirse como varones o mujeres, más o menos legítimos, más o menos acordes a las masculinidades y feminidades hegemónicas. En la zona, estas acciones son fundamentalmente practicadas por varones y para las mujeres las mismas no aparecen de igual modo disponibles

como recursos. Los robos, así como también el *bardo*, están tan asociados a la masculinidad, que para las mujeres realizar este tipo de prácticas puede implicar poner en tensión su construcción femenina. Por su parte, algunos jóvenes buscan presentarse a sí mismos con trayectorias o experiencias delictivas, es decir, exteriorizar una imagen ligada a lo delictivo y adoptarla como una fuente de orgullo. Incluso algunos de ellos sienten presión por parte de sus amigos para robar y así evitar ser vistos como “cobardes”. Es decir, a partir de tales prácticas pueden “hacerse los machitos”. La participación en ciertos delitos tales como robos y hurtos aparece dentro del campo de experiencias posibles de los jóvenes, e incluso en ocasiones son valoradas y promovidas, principalmente en el ámbito de la sociabilidad juvenil masculina.

También el análisis permitió iluminar algunos sentidos específicos de los robos en contextos particulares y de esta forma considerar algunas diferencias entre mi investigación y otros estudios locales previos sobre jóvenes y delito urbano. Estudios fundamentales como los de Kessler (2004a, 2013) indagaron en los delitos contra la propiedad cometidos por jóvenes en centros urbanos o áreas metropolitanas, es decir, en áreas con un gran nivel de impersonalidad y desconocimiento, por lo cual la mayoría de estos hechos debían ser comprendidos como robos a desconocidxs. Y en ese sentido, es posible explicar la preeminencia de la finalidad de búsqueda de beneficio económico que el autor encuentra en este tipo de acciones. Distinta es la situación en los barrios periféricos en los que trabajé, donde es mayor el nivel de inter-conocimiento entre lxs moradorxs. Allí, muchos robos se realizan a conocidxs, por lo cual la trama relacional es fundamental para comprender estas prácticas. A partir del análisis de los significados que estas acciones tienen para sus protagonistas destacué que algunos robos pueden constituir una forma más de violencia –como las agresiones físicas o verbales– en el marco de disputas por *respeto* entre varones: por medio de estas acciones se inferioriza y humilla a la persona victimizada, en especial, cuando aquella es una persona conocida. En este sentido, robar a las mujeres puede ser visto como un acto de desprestigio para los varones, ya que en ocasiones éstas son consideradas como más vulnerables e imposibilitadas de defenderse.

De este modo, afirmé que algunas prácticas delictivas tienen sentidos ligados a la regulación de las relaciones sociales entre jóvenes, así como también a la participación y pertenencia en ámbitos de sociabilidad. Al interior de las *juntas* o de los círculos de amistad, diversas prácticas como los robos, al igual que ciertas agresiones verbales y físicas pueden servir, entre otras cuestiones, para comunicar los límites a la participación y echar a alguien de un grupo. Este análisis me permitió vislumbrar nuevos aspectos y sentidos que pueden tener algunos delitos contra la propiedad, complementando y complejizando los análisis realizados por la bibliografía ocupada del estudio de los delitos juveniles.

En tanto prácticas semejantes a otras agresiones que atentan contra el *respeto*, destaqué la importancia que tiene para algunos jóvenes responder a este tipo de situaciones por medio de la violencia de modo de *hacerse respetar*. En función de estas lógicas, pueden rehusar a recurrir a la policía porque ello afecta su *respeto* y demuestra su vulnerabilidad, lo cual atenta contra su honor masculino.

A partir del análisis destaqué la multiplicidad de sentidos de los robos en función de lxs diversos actores y contextos de actuación, así como sus usos situacionales, distanciándome de las representaciones sociales que construyen fronteras más rígidas entre los “delincuentes” y los “no delincuentes”. Por su parte, también mostré que muchos de los jóvenes que en algún momento habían practicado este tipo de delitos, en otros los abandonan y se “rescatan”. En el barrio existen representaciones sociales divergentes y conflictivas sobre cómo construirse como joven legitimado y reconocido, y el tránsito de la juventud hacia la adultez supone mayores presiones para los jóvenes por “integrarse”, conseguir trabajo y formar una familia. De modo que se profundizan las demandas de su entorno por *rescatarse*, lo cual puede implicar abandonar ciertas prácticas delictivas, pero también dejar consumos de drogas y/o no meterse en peleas y conflictos con otros jóvenes. Sin embargo, usualmente el *rescate* es concebido como una responsabilidad individual: se les exige a los jóvenes que resuelvan los malestares que transitan y encuentren salidas a las diversas problemáticas y dificultades que atraviesan. Este tipo de exigencias están presentes en las actuaciones de diversxs actorxs institucionales que muchas veces aspiran a que estos jóvenes modifiquen sus prácticas y resuelvan individualmente sus problemas, soslayando las maneras en que estas cuestiones se articulan con lógicas más amplias, entre las cuales la construcción social de los géneros resulta fundamental.

En el Capítulo 5, “‘Mi papá, el macho alfa’. Violencias en las familias”, me centré en el análisis de algunas experiencias de lxs jóvenes en relación a ciertas violencias sufridas en el espacio doméstico. En los barrios estudiados conocí muchos casos de jóvenes –tanto mujeres como varones– que vivían o habían vivido situaciones de violencia en su familia de origen, la cual era ejercida generalmente por su padre o padrastro, es decir, por la figura del varón adulto.

En primer lugar, el análisis me permitió repensar algunas cuestiones en relación al campo bibliográfico desde el cual fue abordada la temática, cuestionando ciertos desencuentros teóricos en las perspectivas de análisis. Así, destaqué la importancia de analizar la violencia en la familia desde una perspectiva de género que tenga en cuenta tanto las desigualdades genéricas como las etarias y que permita analizar las violencias ejercidas en el vínculo filial, que afectan tanto a mujeres como a varones, aunque problematizando sus singularidades.

En segundo lugar, también me posibilitó mostrar los modos en que dichas situaciones producen consecuencias en las biografías de lxs jóvenxs. Las experiencias de lxs jóvenes que conocí ponen en evidencia la persistencia del ámbito familiar como una institución central a la cual se le delegan las funciones de cuidado, protección y crianza de las nuevas generaciones, así como las vulnerabilidades a las que se ven expuestxs cuando dicha institución está en mayor medida ausente, o más aún, cuando ella misma constituye un espacio de violencias, especialmente ante la ausencia, falta o ineficacia de instituciones y recursos para brindar respuestas efectivas a este tipo de problemáticas. El análisis me permitió mostrar que la violencia contra las mujeres en el ámbito familiar –y en el vínculo de pareja– también afecta a sus hijxs. Las experiencias de lxs jóvenes de estos barrios muestra diversos modos en que la violencia ejercida por su padre contra su madre vulnerabiliza y precariza sus biografías, situación que se profundiza en los casos en que ellxs o sus hermanxs también sufren la violencia de manera directa.

Y finalmente, a partir del análisis pude destacar ciertas singularidades en los modos en que este tipo de violencia puede ser experimentada por los varones y las mujeres jóvenes de la zona, así como en los diferentes recursos o estrategias para enfrentarlas. Mostré ciertas especificidades en relación a los modos en que varones y mujeres jóvenes pueden significar y relacionarse con la violencia que sufren en el ámbito familiar, relaciones que, a su vez, tienen efectos de género.

En el caso de algunas jóvenes, la posesión de ciertos lazos sociales, y especialmente la figura de otros varones –parejas, tíos, hermanos– que las protejan, puede resultar central para procesar estas situaciones. Una estrategia recurrente para salir o aminorar las violencias –principalmente en el caso de las jóvenes de 16 años o más– es conseguir una nueva pareja, mudarse y formar un nuevo núcleo familiar. El hecho de formar pareja con un varón no solo puede servir a las jóvenes para que éstos respondan y las protejan frente a la violencia ejercida por sus padres, sino que también puede resultar fundamental para resolver las dificultades habitacionales y económicas implicadas en el abandono de su hogar. Por su parte, en el caso de algunos jóvenes, la violencia física ejercida por sus padres o padrastros contra ellos puede ser significada como una forma de atentar contra su *respeto*, por lo cual en ocasiones ellxs recurren a dicha práctica como una forma de respuesta para defenderse y *hacerse respetar*, así como también para intentar frenar la violencia contra otrxs miembros del hogar. Para ellos este tipo de acciones aparece como un recurso en mayor medida disponible para responder a los malos tratos e incluso su uso puede tornarse prescriptivo para resguardar una imagen de sí respetable. Cuestión que puede recrudecer la violencia ejercida contra ellxs. Este tipo de situaciones hacen que muchos jóvenes no quieran estar en sus casas y, en tales contextos, el ámbito de la calle, la

*junta* y el grupo de amigos aparecen como centrales para huir de malestares. Aunque también las tensiones en el ámbito familiar pueden llevar a expulsiones de los jóvenes de sus hogares. En estos casos, los varones que conocí suelen tener menos disponible la opción de emparejarse como parte del repertorio de acciones posibles para resolver la cuestión habitacional.

Así, el análisis permitió evidenciar cómo las violencias en el ámbito familiar —y particularmente las ejercidas contra lxs jóvenes en tanto hijxs— pueden ser articuladas y procesadas de manera diversa según el género, y destacar el lugar central de este clivaje como constitutivo de las mismas y a la vez, construido por ellas.

\*\*\*

Las vidas y las experiencias de lxs jóvenes que conocí son heterogéneas. Esta tesis se enfocó en el análisis de la violencia y, en ese sentido, la presencia de este tipo de acciones adquirió gran protagonismo. Sin embargo, la sobrerrepresentación de la violencia debe considerarse como una cuestión íntimamente ligada a la construcción de la pregunta de investigación y al recorte analítico realizado, pero de ello no debe desprenderse la idea de que la violencia aparece como omnipresente en sus vidas. Por su parte, la perspectiva de género aquí utilizada permite comprender cómo muchas de las violencias estudiadas en esta tesis no son propiedad exclusiva de estos barrios —concebidos muchas veces desde la mirada externa como espacios violentos y en este sentido exotizados—, sino más bien que atraviesan la vida de los distintos sectores sociales e incluso que muchas de las lógicas que guían las prácticas de lxs actorxs conectan, en gran medida, con las que se presentan en la sociedad más amplia. Ello no implica desconocer las especificidades de estos barrios; justamente los modos en que las desigualdades y violencias económicas se intersectan con las propias del orden de sexo/género/deseo constituye una parte central del mapa de coordenadas clave desde el cual interpretar las violencias interpersonales aquí estudiadas.

El hecho de indagar en la producción de ciertos conflictos y violencias desde un análisis con perspectiva de género permitió avanzar no solo en la relación entre la violencia y las construcciones de género, sino también profundizar en el análisis sobre los sentidos y usos de las violencias, las formas de resolución de las conflictividades y las interconexiones entre diversas formas de violencias en distintos ámbitos. En este sentido, constituye una vía de análisis central para estudiar las conflictividades barriales y sus formas de resolución que aún no ha sido explorada en profundidad. De esta manera, la perspectiva de género desplegada en esta tesis y

los aportes presentados invitan a repensar los modos de abordar y explicar la producción de ciertos conflictos, delitos y violencias, irreductibles a su dimensión económica.

Los modos de construcción social de los géneros están íntimamente relacionados a la producción de ciertos conflictos y violencias, e incluso organizan las lógicas de su desarrollo y gestión. Las construcciones de la masculinidad y la feminidad se articulan con representaciones en torno a la violencia y los delitos, consideraciones acerca de sus usos legítimos e ilegítimos, posibles e imposibles, deseables o reprochables. Sin estar determinadas por ellas, ciertas creencias sociales sobre el comportamiento adecuado para varones y mujeres promueven diferentes formas de practicar las violencias. Y a partir de estas prácticas diferenciales se constituyen tales géneros, es decir, lxs actorxs se construyen en varones o mujeres, más o menos legítimos, más o menos acordes a las expectativas de masculinidad y feminidad. La presente tesis destacó diversos ámbitos en que las violencias son articuladas y procesadas de manera diversa según el género, subrayando el lugar central de este clivaje como constitutivo de las mismas y a la vez, construido por ellas. Si la violencia y la comisión de delitos son recursos diferencialmente articulados y con diversas legitimidades según género y, simultáneamente por medio de tales diferencias se construyen los géneros, esta investigación evidencia los modos particulares en que ello se traduce en la sociabilidad barrial, así como en la producción, desarrollo y gestión de diversos conflictos. Particularmente muestra cómo, en el contexto de amplio interconocimiento en estos barrios, las tramas relacionales organizan muchos de los conflictos –previniendo algunos y produciendo otros– así como el lugar y los efectos productivos del género en tanto configurador central de dicha trama.

Si bien las lógicas propias del orden binario de sexo/género/deseo mantienen amplia vigencia en estos barrios, también muchas de las representaciones, prácticas e identidades de lxs jóvenes que conocí muestran una búsqueda por cuestionar lógicas que les son impuestas y por construir nuevas experiencias, distintas a las de sus generaciones previas. En esta tesis se destacaron ciertos modos en que el orden de género produce efectos en sus vidas, pero también las fugas o desplazamientos de lxs actorxs, es decir, las formas en que ellxs ponen en cuestión ciertas regulaciones de género que atraviesan los distintos espacios que habitan. En este sentido muestra la existencia de disputas y significaciones móviles sobre los modos legítimos de construirse como mujeres y varones –u otrxs– jóvenes en estos barrios.

Antes de finalizar es preciso decir que esta tesis invita a cuestionar el androcentrismo que ha estado presente en todas las ramas del saber, tanto en la práctica concreta de la investigación como en la construcción de los planteamientos teóricos, pero también en el lenguaje. A la hora



de hacer esta investigación visualicé con mayor claridad los obstáculos que el uso del genérico masculino acarrea para la práctica de la investigación, en especial en el desarrollo de estudios con perspectiva de género. Mis interpretaciones se realizaron en diálogo tanto con producciones teóricas como con discursos nativos. Ambos comparten el uso del lenguaje convencional, lo cual generó diversas dificultades en mis análisis. El uso del genérico masculino como universal invisibiliza las singularidades de lxs jóvenes –varones, mujeres u otrxs–, y soslaya los sesgos androcéntricos de las afirmaciones que realiza. Frente a ello, la propuesta de construir y utilizar un lenguaje inclusivo abona no solo a modificar las desigualdades y violencias implicadas en los usos convencionales, androcéntricos y sexistas del mismo, sino también a profundizar en la indagación sobre las experiencias situadas de varones, mujeres u otrxs identidades de género.

Por último, lejos de cerrar discusiones, esta tesis abre nuevos interrogantes. La realización de esta investigación supuso la emergencia de diversas cuestiones claves para comprender las lógicas situadas en las que se producen muchas conflictividades y violencias, algunas de las cuales han sido menos exploradas y se espera poder profundizar en futuros trabajos. Particularmente sería importante poder realizar análisis que incluyan de manera más cabal la pregunta por la interseccionalidad que ubican a lxs sujetxs en términos de clase social, edad, género, pero también de etnia, nacionalidad, sexualidad, (dis)capacidad, corporalidad, entre otras, y su articulación con diversas violencias. Es decir, que a partir de enfoques integrales permitan profundizar en la complejidad de las desigualdades sociales y en las relaciones de diversas identidades situadas con las violencias que atraviesan su cotidiano y las maneras específicas de significarlas y gestionarlas.

## BIBLIOGRAFIA

Aguayo, F. y Nascimento, M. (2016) “Dos décadas de Estudios de Hombres y Masculinidades en América Latina: avances y desafíos”. *Sexualidad, Salud y Sociedad. Revista Latinoamericana*. (22) pp. 207-220.

Alcaraz, M. F. (2017). “Fanáticas de mover el culo: twerking y feminismo”. *LAT FEM periodismo feminista*, disponible en: <https://latfem.org/fanaticas-de-mover-el-culo-twerking-y-feminismo/>

Alcoff, L. M. (1999). “Merleau-Ponty y la teoría feminista sobre la experiencia”. *Mora, Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género* (5), pp. 122-138.

Aliano, N. (2010). Culturas populares: orientaciones y perspectivas a partir del análisis de un campo de estudios”. *Sociohistórica / Cuadernos del CISH*, 27, 185-209.

Artiñano, N. (2009). *Masculinidades incómodas: jóvenes, género y pobreza en el inicio del siglo XXI*. - 1ª ed. - La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

Artiñano, N. (2011) “Juventud y familia como reproductoras del Modelo Masculino Imperante”. *II Jornadas del Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género*. La Plata, Argentina. Disponible en: [http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab\\_eventos/ev.4911/ev.4911.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4911/ev.4911.pdf)

Artiñano, N. (2016). Masculinidades trágicas. Trayectorias de vida de hombres detenidos que han ejercido violencia y abuso sexual en el ámbito familiar. Tesis doctoral, Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata.

Auyero, J. y Berti, M. F. (2013). *La violencia en los márgenes*. Katz Editores: Buenos Aires.

Beauvoir, S. (2019). *El Segundo Sexo*. Penguin Random House Grupo Editorial, S. A: Buenos Aires.

bell hooks, (2017). *El feminismo es para todo el mundo*. Madrid: Traficantes de sueños.

Beltrán Savenije, M. A. (2010). “Criminología feminista. Estado del arte y presencia en Latinoamérica”. *VI Jornadas de Sociología de la UNLP*, 9 y 10 de diciembre de 2010, La Plata, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en: [http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab\\_eventos/ev.5515/ev.5515.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5515/ev.5515.pdf)

Beltrán Savenije, M. A.; Aguirre, L. (2016) “Pequeñas conquistas en la adversidad: posibilidades de agencia de mujeres que usan la violencia en Buenos Aires y trabajadoras sexuales en la frontera sur de México”. *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género de El Colegio de México*, [S.l.], v. 2, n. 3, p. 27-50.

Beltrán, M. (2012). “La otra cara de la moneda: mujeres que practican violencia”. *Revista Punto Género*, (2), pp. 71-92.

Benassi, M. E. (2017). *Plantate y boxeá: jóvenes de sectores populares, circuitos y trabajo*. Tesis de Doctorado en Trabajo Social, UNR.

Berhokoirigoin, J. (2018). “Elsa Dorlin. Tenemos un Estado que defiende a los violadores y desarma a las mujeres”. *Revista Argia*, disponible en: [https://img.txalaparta.eus/Archivos/Entrevista\\_Elsa%20Dorlin.pdf](https://img.txalaparta.eus/Archivos/Entrevista_Elsa%20Dorlin.pdf)

Bermúdez, N. (2010). *Entre traiciones, ajuste de cuentas y muertes injustas. Una etnografía sobre las clasificaciones, los valores morales y las prácticas en torno a las muertes violentas (Ciudad de Córdoba, Argentina)*. Tesis para obtener el grado de Doctor en Ciencias Sociales. UNGS/IDES.

Binstock, G. y Cerruti, M. (2016). “La población y la estructura social”. En G. Kessler (comp.). *La sociedad argentina hoy. Radiografía de una nueva estructura*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Bonaldi, P. (2002). “Evolución de las muertes violentas en la Argentina”. En Gayol, S. y Kessler, G. (comps.), *Violencias, Delitos y Justicias en la Argentina*. Buenos Aires: Manantial/UNGS.

Bonaldi, P. y del Cueto, C. (2009). “Fragmentación y violencia en dos barrios de Moreno”. En: Grimson, A., Ferraudi Curto, M. C. y Segura, R. (comps.). *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires. Prometeo Libros.

Bonino, L. (2002). Masculinidad hegemónica e identidad masculina. *Dossiers Feministes* 6: Mites, de/construccions i mascarades, 7-35.

Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Bourgois, P. (2015). *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Briceño-León, R. (2002). “Introducción. La nueva violencia urbana en América Latina”. En R. Briceño-León (Ed.). *Violencia, sociedad y justicia en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

Butler, J. (2007) *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.

Cabral, P. (2015) *Sociabilidades, violencias y conflictos Estudio sobre jóvenes de un barrio periférico de la ciudad de La Plata*. (Tesis de grado) - Presentada en Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación para optar al grado de Licenciada en Sociología. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1155/te.1155.pdf>.

Cabral, P. (2016) “Picas y peleas: ganarse el respeto. El uso expresivo de la violencia”. En: Rodríguez Alzueta, E. (comp.) *Hacer bardo. Provocaciones, resistencias y derivas de jóvenes urbanos*. Buenos Aires: Malisia.

Cabral, P. y Acacio, J. (2016). “La violencia de género como problema público. Las movilizaciones por ‘Ni una menos’ en la Argentina”. *Questión. Revista Especializada en Periodismo y Comunicación*, Vol. 1, Núm. 51, 170-187.

Camarotti, A. C. y Güelman, M. (2013). “Lazo social y uso de drogas: los consumos desde las significaciones juveniles”. En P. F. Di Leo y A. C. Camarotti (2013), “*Quiero escribir mi historia*”: *vidas de jóvenes en barrios populares*. Buenos Aires: Biblos.

Cambiasso, N. y Grieco y Bavio, A. (1999). *Días Felices. Los usos del orden: de la Escuela de Chicago al Funcionalismo*. Buenos Aires: Eudeba.

Cardoso de Oliveira, L. R. (2004). “Honor, Dignidad y Reciprocidad”. *Cuadernos de Antropología Social*. Nº 20, pp. 25-39.

Carrington, K. (2006) “Posmodernismo y criminologías feministas: la fragmentación del sujeto criminológico” en M. Sozzo (Ed.), *Reconstruyendo las criminologías críticas* (pp. 237-260). Buenos Aires: Ad Hoc.

Castellanos, G. (2007). “Sexo, género y feminismo: Tres categorías en pugna”. *Revista género*, v. 8, n. 1, pp. 223-251.

CENDA (2010). “La anatomía del nuevo patrón de crecimiento y la encrucijada actual. La economía argentina en el período 2002-2010”. Buenos Aires: CENDA.

Cerruti, M. (2017). “Desatando nudos: género, familia y migración en la Argentina”. En: E. Faur (comp.), *Mujeres y varones en la Argentina de hoy: Géneros en movimiento*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Chaves, M. (2005). “Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea”. *Revista Última Década* (23) Viña del Mar: CIDPA. Pp. 9-32.

Chaves, M. (2010) “¿Juventud?” en Chaves, M. *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana* (25-49). Buenos Aires: Espacio Editorial.

Chaves, M. (2013). “Culturas juveniles en la tapa del diario: tensiones entre el margen y el centro de la hoja”. En: Chaves, M. y Fidalgo Zeballos, J. E. *Políticas de infancia y juventud: producir sujetos, construir Estado, disputar sentidos*. Buenos Aires: Espacio Editorial.

Chaves, M.; Segura, R.; Speroni, M.; Cingolani, J. (2017) “Interdependencias múltiples y asimetrías entre géneros en experiencias de movilidad cotidiana en el corredor sur de la Región Metropolitana de Buenos Aires (Argentina)”. *Revista Transporte y Territorio* (16) pp. 41-67. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Chiarotti, S. (2012), “Violencia contra las mujeres, tratados internacionales y el compromiso municipal” [en línea]. Disponible en: <http://historico.juridicas.unam.mx/inst/evacad/Eventos/2012/0302/doc/20120824-6.pdf>.

Colanzi, I. (2016a). “Estrategias de investigación: desafíos en el análisis de la problemática de las violencias contra las mujeres”. *Derecho Y Ciencias Sociales*, (14), 4-25. Recuperado a partir de <https://revistas.unlp.edu.ar/dcs/article/view/2608>

Colanzi, I. (2016b). *No trabajo: soy ama de casa. El derecho al cuidado: tiempo para sí y tiempo para otro*. Tesis presentada en Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación para optar al título de Especialista en Educación, Géneros y Sexualidades. Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/59188>

Colectivo Juguetes Perdidos (2014). *¿Quién lleva la gorra?: Violencia, nuevos barrios y pibes silvestres*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Comisión Investigadora de la Violencia en los Territorios (2016). *Los cuerpos de las mujeres en la mira de los poderes territoriales*. Publicación de la Comisión Investigadora de la Violencia en los Territorios: Buenos Aires.

Comisión Provincial por la Memoria (2016). *Informe anual 2016: El sistema de la crueldad X. Sobre el sistema de encierro y las políticas de seguridad en la provincia de Buenos Aires*. Comité contra la tortura – Justicia y seguridad democrática, Buenos Aires.

Connell, R. W. (2003). *Masculinidades*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Corte Suprema de Justicia de la Nación (2013). “Homicidios Dolosos 2012. Departamento judicial La Plata”. Instituto de Investigaciones y de Referencia Extranjera. Buenos Aires.

Cozzi, E. (2013) “*De clanes, juntas y broncas*”. *Primeras aproximaciones a una explicación "plenamente social" de la violencia altamente lesiva y su control, entre grupos de jóvenes de sectores populares, en dos barrios de la ciudad de Santa Fe*. Tesis de Maestría en Criminología. Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Universidad Nacional del Litoral. Santa Fe: Mimeo.

Cozzi, E. (2015). *De juntas, clanes y broncas: Regulaciones de la violencia altamente lesiva entre jóvenes de sectores populares en dos barrios de la ciudad de Santa Fe*. Delito y sociedad, 24 (39), 72-102.

Cozzi, E. (2018). *De ladrones a narcos Violencias, delitos y búsquedas de reconocimiento en tres generaciones de jóvenes en un barrio popular de la ciudad de Rosario*. Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/9987>

Criado, M. (1998). *Producir la juventud: crítica de la sociología de la juventud*. Madrid: Istmo.

D'Alessandro, M. (2018). *Economía feminista. Cómo construir una sociedad igualitaria (sin perder el glamour)*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Sudamericana.

de León, G. (2017). *Jóvenes que cuidan: impactos en su inclusión social*. DOCUMENTO DE TRABAJO N° 158, disponible en: <https://www.cippec.org/wp-content/uploads/2017/04/158-DT-PS-Jovenes-que-cuidan-Gimena-de-Leon-2017.pdf>

Delmas, F. y Cano, J. (2016). “Discursos, testimonios e itinerarios sobre las violencias a través del caso M”. En: González, M. G. *Violencia contra las mujeres, discurso y justicia*. La Plata: EDULP.

Derghougassian, K. y Fleitas, D. (2007). “Violencia y uso de armas de fuego en la provincia de Buenos Aires” En: Derghougassian, K. (comp.) *Las armas y las víctimas*. Buenos Aires: Universidad de San Andrés.

Despentes, V. (2007). *Teoría King Kong*. Editorial Melusina: España.

Di Leo, P. F. y Camarotti, A. C. (2013). “*Quiero escribir mi historia*”: *vidas de jóvenes en barrios populares*. Buenos Aires: Biblos.

Di Marco, G. (2005a). “Las familias”. En G. Di Marco (Ed.), *Democratización de las familias*. Buenos Aires: UNICEF.

Di Marco, G. (2005b). “Conflicto y transformación”. En G. Di Marco (Ed.), *Democratización de las familias*. Buenos Aires: UNICEF.

Diez, P. (2012) *Ni careta ni quemados, rescatados. Usos del cuerpo y adscripciones identitarias y morales de jóvenes de Bajo Flores, Ciudad de Buenos Aires*. Editorial académica española.

Dunning, E. (1992). "Lazos sociales y violencia en el deporte". En Elias, N. y Dunning, E. *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. México: Fondo de cultura económica.

Elizalde, S. (2005). *La otra mitad: Retóricas de la "peligrosidad" juvenil: Un análisis desde el género*. Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Disponible en: <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/1258>

Elizalde, S. (2006). "El androcentrismo en los estudios de juventud: efectos ideológicos y aperturas posibles. *Última Década* n°25, CIDPA Valparaíso, pp. 91-110.

Elizalde, S. (2008). "Debates sobre la experiencia Un recorrido por la teoría y la praxis feminista". *Revista: Oficios Terrestres* p. 18 – 30

Elizalde, S. (2011). "Introducción". En: Elizalde, S. (comp.), *Jóvenes en cuestión. Configuraciones de género y sexualidad en la cultura*. Buenos Aires: Biblos.

Elizalde, S. (2015). *Tiempo de chicas. Identidad, cultura y poder*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario, 2015, ISBN: 978-987-1309-20-7

Elizalde, S. (2018). "Las chicas en el ojo del huracán machista. Entre la vulnerabilidad y el 'empoderamiento'". *Revista Cuestiones criminales* (1). Disponible en: [https://www.academia.edu/38629974/Revista\\_Cuestiones\\_Criminales\\_No\\_1\\_Jul\\_2018\\_.J%C3%B3venes\\_y\\_violencias](https://www.academia.edu/38629974/Revista_Cuestiones_Criminales_No_1_Jul_2018_.J%C3%B3venes_y_violencias)

Esteban, P. (2017). "Pablo Semán, la ciencia que pone la lupa en las culturas populares. 'El centro de gravedad en la sociedad no está donde habitualmente creemos que debería estar'. *Página 12*. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/38164-el-centro-de-gravedad-en-la-sociedad-no-esta-donde-habitualm>

Faur, E. (2006). "Género, masculinidades y políticas de conciliación familia-trabajo". *Nómadas* n. 24, 130-14. Universidad Central, Bogotá, Colombia.

Faur, E. (2014). *El cuidado infantil en el siglo XXI. Mujeres malabaristas en una sociedad desigual*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Faur, E. (2017). "Introducción. Géneros en movimiento". En: E. Faur (comp.), *Mujeres y varones en la Argentina de hoy: Géneros en movimiento*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Faur, E. y Grimson, A. (2016). *Mitomanías de los sexos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Faur, E. y Tizziani, A. (2017). "Mujeres y varones entre el mercado laboral y el cuidado familiar". En: E. Faur (comp.), *Mujeres y varones en la Argentina de hoy: Géneros en movimiento*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Feixa, C. (1998). *De jóvenes bandas y tribus*. Barcelona. Ariel.

Félez, M. (2010). "El nuevo desarrollismo como superación dialéctica del neoliberalismo en Argentina". En: Ramírez, L. E., (coord.). *Relaciones laborales. Una visión unificadora*. Buenos Aires: Euros Editores, 9-25.

Femenías, M. L. y P. Soza Rossi (2009), "Poder y violencia sobre el cuerpo de las mujeres", Dossier de *Revista Sociologías* (21) Porto Alegre.

Femenías, M.L. (2008). "Violencia contra las mujeres: urdimbres que marcan la trama". En E. Aponte Sanchez & M.L. Femenías (comps). *Articulaciones sobre la violencia contra las mujeres* (pp.13-54). Buenos Aires: Edulp.

Fernández J. (2006) "Las fisuras del feminismo" en Proyecto sexualidades, salud y derechos humanos en América Latina, N°18. Disponible en: <http://www.ciudadaniasexual.org/boletin/b18/articulos.htm>

Ferrer-Pérez, V. y Bosch-Fiol, E. (2019). "El Género en el Análisis de la Violencia contra las Mujeres en la Pareja: de la "Ceguera" de Género a la Investigación Específica del Mismo". *Anuario de Psicología Jurídica*, 29, 69-76.

Flood, M. (2009). "Prevención de la violencia masculina: estrategias y retos". En: Ramírez Rodríguez, J. C. y Uribe Vázquez, G. *Masculinidades. El juego de los hombres en el que participan las mujeres*. México: Plaza y Valdés.

Fonseca y Sozzo (2012) "De la nueva criminología a la imaginación criminológica. Entrevista con Jock Young". *Delito y sociedad* (33), pp. 141-154.

Fonseca, C. (2004). *Família, fofoca e honra. Etnografia de relações de gênero e violência em grupos populares*. Porto Alegre: Editora da UFRGS.

Foucault, M. (2010). *Historia de la sexualidad. Vol 1: La voluntad del saber*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Frederic, S. (1998). "Rehaciendo el campo. El lugar del etnógrafo entre el naturalismo y la reflexividad." *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, (8) Colegio de Graduados en Antropología.

Galar, S., Montagna, Y. y Oyhandy, A. (2018). *Segundo informe sobre delitos y violencias en la provincia de Buenos Aires: Estudio sobre indicadores de homicidios dolosos y culposos 2009-2017*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Informes FAHCE ; 3). Recuperado de <https://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/125>

García Delgado, D. y Gradin, A. (2017). "Neoliberalismo tardío: Entre la hegemonía y la inviabilidad. El cambio de ciclo en la Argentina". En: D. García Delgado y A. Gradin (comps.) *El neoliberalismo tardío: teoría y praxis*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Flacso Argentina.

Garriga Zucal, J. (2005). "'Soy macho porque me la aguanto'. Etnografías de las prácticas violentas y la conformación de las identidades de género masculinas" (39-58). En: Alabarces, P. y otros. *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo.

Garriga Zucal, J. (2007). *Haciendo amigos a las piñas. Violencia y redes sociales en una hinchada de fútbol*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Garriga Zucal, J. (2010). "Violencia: un concepto difícil de asir". *Revista antropológica* n° 29, pp. 225-241.

Garriga Zucal, J. (2015); *El inadmisable encanto de la violencia. Policías y barras en una comparación antropológica*. Buenos Aires: Cazador de tormentas.

Garriga Zucal, J. y Noel, G. (2010) “Notas para una definición antropológica de la violencia: un debate en curso”. *PUBLICAR* - Año VIII N° IX - Junio de 2010.

Geertz, C. (1987). “Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura”. En: *La interpretación de las culturas*. México: Gedisa.

Gherardi, N. (2017). “La violencia de género: desafíos de políticas públicas”. En: E. Faur (comp.), *Mujeres y varones en la Argentina de hoy: Géneros en movimiento*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Giberti, E. y Fernández, A. M. (1989). *La mujer y la violencia invisible*. Buenos Aires, Ed. Sudamericana.

Gogna, M. y Binstock, G. (2017). “Adolescencia, derechos sexuales y reproductivos y equidad económico-social”. En: E. Faur (comp.), *Mujeres y varones en la Argentina de hoy: Géneros en movimiento*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Gomez, J. S. (2011) “La experiencia de la delincuencia en dos abordajes etnográficos alternativos”. *Revista. Sociol. Polít., Curitiba*, v. 19, n. 40, p. 255-271.

González Oddera, M. (2015a). *Violencia en la familia. Conceptualizaciones, significaciones y modos de presentación*. Tesis doctoral, Facultad de Psicología, Universidad Nacional de La Plata. Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/46553>.

González Oddera, M. (2015b) Análisis de la configuración de los estudios sobre violencia en la familia. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 61(4), pp. 321-329

González Oddera, M. (2016) “Aportes para pensar la violencia en la familia: luces y sombras del discurso feminista”. *Quaderns de Psicologia*, 18 (3), pp 27-42.

González, M. G. (2016). *Violencia contra las mujeres, discurso y justicia*. La Plata: EDULP.

Grillo, C. (2013). *Coisas da Vida no Crime Tráfico e roubo em favelas cariocas*. Tesis doctoral, Universidade Federal do Rio de Janeiro, Instituto de Filosofia e Ciencias Sociais. Disponible en: [http://www.neip.info/upd\\_blob/0001/1540.pdf](http://www.neip.info/upd_blob/0001/1540.pdf)

Grimson, A. (2009). “Introducción: clasificaciones espaciales y territorialización de la política en Buenos Aires”. En: Grimson, A., Ferraudi Curto, M. C. y Segura, R. (comps.). *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Norma.

Guber, R. (2005). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires. Ed. Paidós.

Halberstam, J. (2008). *Masculinidad femenina*. Barcelona: Editorial Egales.

Harvey, David (1994). “La construcción social del espacio y del tiempo: Una teoría relacional”. *Geographical Review of Japan*, 67(2) (Ser. B), pp. 126-135.

Hernández, M. C.; Cingolani, J. y Chaves, M. (2015) “Espacios con edades: el barrio y la pobreza desde los niños y los jóvenes” en Chaves, M. y Segura, R. *Hacerse un lugar*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblos.



Herrera, M. M. (2008). "La categoría de Género y la violencia contra las mujeres". En E. Aponte Sánchez y M. L. Femenías, *Articulaciones sobre la violencia contra las mujeres* (pp. 55-73). Editorial de la Universidad de La Plata, La Plata.

Iglesias Skulj, A. (2013). "Violencia de género en América Latina: aproximaciones desde la criminología feminista". *Delito y Sociedad*, 35, año 22, pp. 85–109.

Isla, A. (2002). "Los malvivientes". En: Gayol, S. y Kessler, G. (comps.). *Violencias, Delitos y Justicias en la Argentina*. Buenos Aires: Manantial/UNGS.

Isla, A. (2006). "Violencias públicas y privadas en la producción de familia y género". En: Míguez, D. y Semán, P. (Ed.). *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Biblos.

Isla, A. y Míguez, D. (2003). "De las violencias y sus modos. Introducción". En: Isla, A. y Míguez, D. (coord.). *Heridas Urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*. Buenos Aires: Editorial de las Ciencias.

Isla, A. y Valdez Morales, M. C. (2003). "Los malvados. Reflexiones desde la perspectiva de los ladrones". En: Isla, A. y Míguez, D. (coords.). *Heridas urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*. Buenos Aires: Editorial de las Ciencias.

Isla, A., Míguez, D., Da Silva Catela, L., Cid Ferreira, L., Cozzani, M. (2006). *Violencia, delito, cultura política, sociabilidad y seguridad pública en conglomerados urbanos*. FLACSO. Programa Argentina, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Universidad Nacional de Córdoba, Universidad Nacional de Tucumán, Universidad Nacional de Cuyo.

Jelin, E. (1994). "Las familias en América Latina". *Isis internacional. Ediciones de las mujeres*, 20, pp.75-106.

Jelin, E. (2007) "Las familias latinoamericanas en el marco de las transformaciones globales". En: Arriagada, I. *Familias y políticas públicas en América Latina: Una historia de desencuentros*. Publicación de las Naciones Unidas: Santiago de Chile.

Jelin, E. (2010). *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Fondo de cultura económica: Buenos Aires.

Jimeno, M. (2005). "Narrando la violencia. Relatos de pasión y muerte". *Anuario de Estudios en Antropología Social*, 1(1), 55-67.

Jirón, P. (2007). "Implicancias de género en las experiencias de movilidad cotidiana urbana en Santiago de Chile. *Revista venezolana de estudios de la mujer*. Vol. 12- N° 29, pp. 173-197.

Jirón, P. y Zunino Singh, D. (2017). "Movilidad Urbana y Género: experiencias latinoamericanas". *Revista Transporte y Territorio*, n°16, pp. 1-8.

Justiniano, C. y Paskvan, U. (2017) *Dimensionamiento Socio Económico de la Zona La Plata Oeste*. Laboratorio de Desarrollo Sectorial y Territorial de la Facultad de Ciencias Económicas, UNLP, La Plata. Disponible en: [http://www.calpo.com.ar/documentos/trabajo\\_investigacion\\_unlp.pdf](http://www.calpo.com.ar/documentos/trabajo_investigacion_unlp.pdf)

Kaufman, M. (1995). “Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres”. En I. G. Arango, M. León y M. Viveros (Eds.), *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Colombia: Tercer Mundo Editores, Ediciones Uniandes, U.N.-Facultad de Ciencias Humanas.

Kessler, G. (2002). “Entre fronteras desvanecidas. Lógicas de articulación entre actividades legales e ilegales en los jóvenes”. En Gayol, S. y Kessler, G.(comps.), *Violencias, Delitos y Justicias en la Argentina*. Buenos Aires: Manantial/UNGS.

Kessler, G. (2004a). *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires: Paidós.

Kessler, G. (2004b). “De proveedores, amigos, vecinos y barderos. Acerca del trabajo, delito y sociabilidad en jóvenes del Gran Bs As”. *Revista Desacatos* n. 14, México DF.

Kessler, G. (2010a). “Trabajo, privación, delito y experiencia urbana en las periferias de Buenos Aires”. *Revista Tempo Social*, (22). São Paulo.

Kessler, G. (2010b). “El sentimiento de inseguridad y el temor al delito en la Argentina”. En G. Kessler, M. Svampa, M. y I. González Bombal (Eds.), *Reconfiguraciones del mundo popular*. Buenos Aires: Prometeo.

Kessler, G. (2012a). “Delito, sentimiento de inseguridad y políticas públicas en la Argentina del siglo XXI”. En: Zavaleta Betancour, J. A. *La inseguridad y la seguridad ciudadana en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

Kessler, G. (2012b). “Las consecuencias de la estigmatización territorial. Reflexiones a partir de un caso particular”. *Espacios en blanco*, vol. 22.

Kessler, G. (2013). “Ilegalismos en tres tiempos”. En: Castel, R., Kessler, G., Merklen, D., Murard, N. *Individuación, precariedad inseguridad ¿Desinstitucionalización del presente?* Buenos Aires: Paidós.

Kessler, G. (2014a). *Controversias sobre la desigualdad. Argentina, 2002-2013*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Kessler, G. (2014b). “Interrogantes pendientes sobre el delito urbano en la Argentina”. *ESTUDIOS* - N° 32, 203-217.

Kessler, G. (2014c). “David Matza: una mirada original sobre el delito juvenil”. En D. Matza, *Delincuencia y deriva. Cómo y por qué algunos jóvenes llegan a quebrantar la ley*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Kessler, G. y Dimarco, S. (2013). “Jóvenes, policía y estigmatización territorial en la periferia de Buenos Aires”. *Espacio Abierto*, vol. 22, núm 2, abril-junio.

Kessler, G. y Merklen, D. (2013) “Una introducción cruzando el Atlántico”. En: Castel, R., Kessler, G., Merklen, D., Murard, N. *Individuación, precariedad inseguridad ¿Desinstitucionalización del presente?* Buenos Aires: Paidós.

Kessler, G., Svampa, M. y González Bombal I. (2010). “Introducción. Las reconfiguraciones del mundo popular”. En G. Kessler, M. Svampa, M. y I. González Bombal (Eds.), *Reconfiguraciones del mundo popular*. Buenos Aires: Prometeo.

Kimmel, M. S. (1997). "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina". En Valdés, T. y Olavarria, J. (eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Santiago de Chile: Flacso/Isis Internacional.

Lamas, M. (2004) "Género: algunas precisiones conceptuales y teóricas". *Conferencia Magistral presentada en el XIII Coloquio Anual de Estudios de Género, México*.

Lindón, A. (2007) "Los imaginarios urbanos y el constructivismo geográfico: los hologramas espaciales" en *Revista eure*, v. 33, n° 99: 31-46.

Lódola, A. y Brigo, R. (2011). "Diagnóstico Socioeconómico de La Plata y sus Centros Comunales". Documento de Trabajo Nro. 87. ISSN 1853-3930.

López, E. (2015). *Los años post-neoliberales*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.

Malacalza, L. (2016). *Informe 2014-2015: Monitoreo de políticas públicas y violencia de género*. La Plata: Observatorio de Violencia de Género de la Defensora del Pueblo de la Provincia de Buenos Aires.

Mancini, I. (2016). "Alcanzar la inclusión social o rescatarse, dos lógicas para la transformación. Análisis de una política de prevención social del delito y el cambio de sus beneficiarios". *Estudios Sociales del Estado*, volumen 2, número 4, pp. 181 a 209.

Margulis M. y Urresti M. (2008). "La construcción social de la condición de juventud". En: Cubides, H.; Laverde, M. y Balderrama, C. (Ed.). *Viviendo a Toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Siglo del Hombre. Universidad Central.

Massey, D. (2012). "Un sentido global de lugar". En: D. Massey, *Un sentido global del lugar*. Barcelona: Icaria.

Matza, D. (2014). *Delincuencia y deriva: cómo y por qué algunos jóvenes llegan a quebrantar la ley*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Matza, D. y Sykes, G. y (2004). "Técnicas de neutralización: una teoría de la delincuencia". *Delito y Sociedad*, 20, págs. 127-136.

Medan, M. (2011). "Sociabilidad juvenil masculina y riesgo. Discrepancias y acuerdos entre un programa de prevención del delito juvenil y sus beneficiarios". *Última década* N°35, Cidpa Valparaíso.

Medan, M. (2017). *El gobierno de la juventud en riesgo en el AMBA: entre la seguridad y la inclusión* / Marina Medan. – 1a ed adaptada. – Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Sociales.

Merklen, D. (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.

Míguez, D. (2002). "Rostros del desorden. Fragmentación social y la nueva cultura delictiva en sectores juveniles". En: Gayol, S. y Kessler, G. (comps.). *Violencias, Delitos y Justicias en la Argentina*. Buenos Aires: Manantial/UNGS.

Míguez, D. (2004). *Los pibes chorros. Estigma y marginación*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Míguez, D. (2006). "Transgresión y pobreza urbana: ideología, ética y teoría en la constitución de un campo". *Etnografías contemporáneas*, 9-18.

Míguez, D. (2008). *Delito y Cultura. Los códigos de la ilegalidad en la juventud marginal urbana*. Buenos Aires: Biblos.

Míguez, D. (2010). “Algunas precisiones sobre la relación entre pobreza, juventud y violencia: exploraciones etnográficas y estadísticas comparadas”. En: Saintout, F. (comp). *Jóvenes argentinos: pensar lo político*. Buenos Aires: Prometeo.

Míguez, D. (2014); “Lazos sociales y violencia urbana: Exploraciones de una dinámica territorial”; Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Sociales; Intersecciones En *Antropología* (15) pp. 187-200.

Míguez, D. y Semán, P. (2006) “Introducción. Diversidad y recurrencia en las culturas populares actuales”. En: Míguez, D. y Semán, P. (Ed.). *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Biblos.

Morales, M. y Bustos, O. (2018), “Homosocialidad masculina como núcleo de resistencias a posibles transformaciones de la masculinidad hegemonía”, *Revista de Investigación de Psicología Social*, vol. 4, núm. 2, pp. 21-31.

Morales, S. y Magistris, G. (2018). “Hacia un paradigma otro: niñxs como sujetxs políticxs co-protagonistas de la transformación social”. En S. Morales y G. Magistris (Eds.), *Niñez en movimiento. Del adultocentrismo a la emancipación* (pp. 23-49). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial El Colectivo, Chirimbote, Ternura Revelde.

Morales, S. y Retali, E. (2018). “Niñez, lucha de clases y educación popular”. En S. Morales y G. Magistris (Eds.), *Niñez en movimiento. Del adultocentrismo a la emancipación* (115-150). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial El Colectivo, Chirimbote, Ternura Revelde.

Murmis, M. y Feldman, S. (2002). “Formas de sociabilidad y lazos sociales”. En: Beccaria, L. y otros. *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*. Buenos Aires: Biblos.

Nascimento, M. A. (2011). *Improváveis relações: produção de sentidos sobre o masculino no contexto de amizade entre homens homo e heterossexuais*. Tese (Doutorado) – Universidade do Estado do Rio de Janeiro, Instituto de Medicina Social. Rio de Janeiro.

Núcleo de Estudios sobre la Violencia y la Muerte (2017). “Víctimas de segunda”. *Revista Anfibia*. Disponible en: <http://revistaanfibia.com/ensayo/victimas-de-segunda/>

Observatorio de Femicidios “Adriana Marisel Zambrano” (2017). *Informe de Investigación de Femicidios en Argentina 2008-2017*. La Casa del Encuentro, disponible en <http://www.lacasadelencuentro.org/descargas/femicidios-10-anios.pdf>

Observatorio de la Violencia de Género (s.f.): *El modelo de abordaje territorial de la violencia familiar en la provincia de Buenos Aires. Diagnóstico, propuestas e instrumentos técnicos*. Observatorio de la Violencia de Género de la Defensoría del Pueblo de la Provincia de Buenos Aires.

Observatorio Nacional de Violencias Contra las Mujeres (2015a). Niñas, niños y adolescentes en el marco de la ley N° 26485 Línea 144. Informe Bianual 2013-2015.

Observatorio Nacional de Violencias Contra las Mujeres (2015b). Informe sobre personas adultas mayores en situación de violencia.

Oddone, C. (2017). "Poner el foco en los hombres para eliminar la violencia contra las mujeres". *Revista CIDOB d'Afers Internacionals* n.117, p. 145-169.

Olavarría, J. (2001). "Hombres, identidades y violencia de género". *Revista de la Academia*, nº6, pp. 101-127.

Otamendi, A. y DerGhougassian, K. (2017). "Después de "Ni una Menos": La persistente amenaza de las armas en el hogar". *SAPIENS RESEARCH* Vol. 7 (1), 2-12.

Oyhandy, A. (2014.): *Violencias y delitos en la provincia de Buenos Aires. 2009-2012: Un análisis a partir de la estadística oficial*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación: Comisión Provincial por la Memoria: Observatorio de Políticas de Seguridad de la Provincia de Buenos Aires. Disponible en: <http://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/31>.

Palomar Varea, C. (2000). "El juego de las identidades: género, comunidad y nación". *LA VENTANA*, NÚM. 12 / 2000, pp. 7-42.

Pascual Fernández, A. (2016). "Sobre el mito del amor romántico. Amores cinematográficos y educación". *DEDiCA. REVISTA DE EDUCAÇÃO E HUMANIDADES*, 10 (2016) março, 63-78.

Pauni Jones, S. M. (2016) "Las pibas y la violencia: Reflexiones desde una perspectiva de género". En: Rodríguez Alzueta, E. (comp.) *Hacer bardo. Provocaciones, resistencias y derivas de jóvenes urbanos*. Buenos Aires: Malisia.

Pavlich, G. (2006). "Crítica y criminología: en busca de legitimación". En M. Sozzo (Ed.), *Reconstruyendo las criminologías críticas* (pp. 307-337). Buenos Aires: Ad Hoc.

Pereyra, M. (2015). "Como te ven te tratan. La percepción social de la violencia contra las mujeres y los medios de comunicación". *Congreso Latinoamericano de Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.

Pitt-Rivers, J. (1979). *Antropología del honor o política de los sexos*. Barcelona: Editorial Crítica.

Piva, A. (2007). Modo de acumulación y hegemonía en Argentina: continuidades y rupturas después de la crisis de 2001. *Anuario EDI*, nº 3, pp. 51-67.

Ponzinibbio, P. (2017) "Que puede el cine. Entrevista a César González". *Revista Pulsión*, nº7, 3.

Preciado, B. (2011) *Manifiesto contrasexual*. Barcelona: Anagrama.

Previtali, M. E. (2014). *Entre bailes, fútbol y evangelios. Una etnografía sobre sociabilidades y violencias en jóvenes de la ciudad de Córdoba*. Tesis para optar por el título de Doctor en Ciencias Sociales. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Puex, N. (2003) "Las Formas de violencia en tiempos de crisis: Una Villa miseria del Conurbano Bonaerense". En: Isla, A. y Míguez, D. (coords.). *Heridas urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*. Buenos Aires: Editorial de las Ciencias.

Ramírez, R. (2013). “El barrio, la iglesia y la escuela: instituciones donde los jóvenes construyen sus biografías”. En P. F. Di Leo y A. C. Camarotti (Eds.), “*Quiero escribir mi historia*”: vidas de jóvenes en barrios populares (pp. 69-86). Buenos Aires: Biblos.

Reguillo Cruz, R. (2007). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Colombia: Grupo Editorial Norma.

Reif, L. y Drovetta, R. (2019). “Hogares y familias, vida doméstica y reproducción social”. En: Llovet, I. y Scarponetti, P. E. *Estudios sobre condiciones de vida en la Argentina contemporánea*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO-PISAC.

Reynoso, C. (1991). “Presentación”. En: AAVV: *El surgimiento de la antropología posmoderna*. México: Gedisa.

Riches, D. (1988). *El fenómeno de la Violencia*. Madrid: Pirámide.

Rifiotis, T. (2011). “Parricidio: padres e hijos en el tribunal de justicia de Florianópolis (Santa Catarina, Brasil)”. En Rifiotis, T. y Castelnuevo, N. (comps.) *Antropología, violencia y justicia: repensando matrices de la sociabilidad contemporánea en el campo del género y de la familia* - Buenos Aires : Antropofagia.

Rifiotis, T. (2015). “En los campos de la violencia: diferencia y positividad”. *AVÁ*, 27. Pp. 103-116.

Rifiotis, T. y Castelnuevo, N. (2011). “La “violencia” como punto de partida”. En Rifiotis, T. y Castelnuevo, N. (comps.) *Antropología, violencia y justicia: repensando matrices de la sociabilidad contemporánea en el campo del género y de la familia* - Buenos Aires: Antropofagia.

Roberti, E. (2012). El enfoque biográfico en el análisis social: Claves para un estudio de los aspectos teórico-metodológicos de las trayectorias laborales. *Revista Colombiana de Sociología*, 35 (1), 127-149. En Memoria Académica. Disponible en: [http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.7498/pr.7498.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.7498/pr.7498.pdf)

Roberti, M. E. (2018). *Políticas de inclusión socio-laboral para jóvenes: Un análisis de las trayectorias de participantes de programas de empleo (Prog.R.Es.Ar y PJMMT) en el conurbano bonaerense*. (Tesis de doctorado) UNLP, La Plata. Recuperado de: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1515/te.1515.pdf>

Rocha, J. L. (2006). “Mareros y pandilleros: ¿Nuevos insurgentes, criminales?”. *Revista Envío*, 293, 39-51.

Rodríguez Alzueta, E. (2008). “Las rutinas de seguridad de los grupos desaventajados en la periferia de la ciudad de La Plata”. *Questión Revista Especializada en Periodismo y Comunicación*. ISSN 1669-6581 Vol. 1, Núm. 19.

Rodríguez Alzueta, E. (2014a). “Los pibes chorros”. En: Tonkonoff, S. (Ed.) *Violencia y cultura: reflexiones contemporáneas sobre Argentina*. Buenos Aires: CLACSO.

Rodríguez Alzueta, E. (2014b). *Temor y control. La gestión de la inseguridad como forma de gobierno*. Buenos Aires: Futuro Anterior

Rodríguez Alzueta, E. (2016a) *Hacer bardo. Provocaciones, resistencias y derivas de jóvenes urbanos*. Buenos Aires: Malisia.

Rodríguez Alzueta, E. (2016b). “El blanco es el negro: la construcción del olfato social”. En: Rodríguez Alzueta, E. (comp.) *Hacer bardo. Provocaciones, resistencias y derivas de jóvenes urbanos*. Buenos Aires: Malisia.

Rodríguez Alzueta, E. y Garibaldi Noya, N. (2016). “Palabra y potencia: Estrategias gramaticales contra la estigmatización” (117-159). En: Rodríguez Alzueta, E. (comp.), *Hacer bardo. Provocaciones, resistencias y derivas de jóvenes urbanos*. Buenos Aires: Malisia.

Rossini, G. (2003). “Vagos, pibes chorros y transformaciones de la sociabilidad en tres barrios periféricos en una ciudad entrerriana”. En: Isla, A. y Míguez, D. (coords.). *Heridas urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*. Buenos Aires: Editorial de las Ciencias.

Rubin, G. (1986) “El tráfico de mujeres: notas sobre la ‘economía política del sexo’” en *Revista Nueva Antropología*. Vol VIII, n°030, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Salvia, A. (2008). “Introducción: La cuestión juvenil bajo sospecha”. En: *Jóvenes promesas Trabajo, educación y exclusión social de jóvenes pobres en la Argentina*. Buenos Aires: Miño y Dávila srl.

Sandá, R. (2017). “¿Qué onda las pibas?” *Página 12*. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/60033-que-onda-las-pibas>

Saraví (2004). “Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural”. *Revista de la Cepal*, 83.

Savenije, W. (2009). *Maras y barras: pandillas Y violencia juvenil en los barrios marginales de Centroamérica*. San Salvador: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Programa El Salvador.

Schomwandt, D., Lucioni, N. y Andrade, M.I. (2015). “Aportes para una Cartografía de riesgo de inundación y la representación de la vulnerabilidad en Gran La Plata, Buenos Aires”. XVII Jornadas de Investigación. Centro de Investigaciones Geográficas. Departamento de Geografía. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata.

Segato, R. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Segato, R. (2013). *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*, Buenos Aires, Ediciones Tinta Limón.

Segato, R. L. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de Sueños, Madrid.

Segura, R. (2006). “Segregación residencial, fronteras urbanas y movilidad territorial. Un acercamiento etnográfico”. *Cuadernos del IDES*, 9, 3-24.

Segura, R. (2009). “Si vas a venir a una villa, loco, entrá de otra forma. Distancias sociales, límites espaciales y efectos de lugar en un barrio segregado del gran Buenos Aires”. En: Grimson, A., Ferraudi Curto, M. C. y Segura, R. (comps.). *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Segura, R. (2011) “La trama relacional de la periferia de la ciudad de La Plata. La figuración ‘Establecidos-Outsiders’ revisitada”. *Revista Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, Año 9, N° 10, pp. 85-106.

Semán, P. y Ferraudi Curto, C. (2016). “Los sectores populares”. En G. Kessler (comp.). *La sociedad argentina hoy. Radiografía de una nueva estructura*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Silba, M. (2015). “Reproducir y transgredir el mandato de género. Experiencias cotidianas en un grupo de mujeres jóvenes y pobres del Conurbano Bonaerense”. *KAIROS. Revista de Temas Sociales*, Año 19. N° 36.

Silba, M. y Alvarado, M. (2014). “Mujeres jóvenes y transgresoras. Roles de género, domesticidad y aguante en el Conurbano Bonaerense”. *Revista Ciencias Sociales*. Facultad de Ciencias Sociales-UBA, 76 - 81.

Soley Beltrán, P. (2009) *Transexualidad y la matriz heterosexual. Un estudio crítico de Judith Butler*. Barcelona. Bellaterra.

Svampa, M. (2005). “La transformación y territorialización de los sectores populares”. En *La Sociedad Excluyente: La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.

Tessa, S. (2013): “Las chicas de la esquina”. *Página 12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-7794-2013-01-29.html>

Tjeder, D. (2009). “Las misoginias implícitas y la producción de posiciones legítimas: la teorización del dominio masculino”. En: Ramírez Rodríguez, J. C. y Uribe Vázquez, G. *Masculinidades. El juego de los hombres en el que participan las mujeres*. México: Plaza y Valdés.

Tonkonoff, S. (2007) “Tres movimientos para explicar porqué los pibes chorros visten ropas deportivas”. *Sociología Ahora*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Trasher, (2018) “Tierra de pandillas”. *Revista Cuestiones criminales* (1). Disponible en: [https://www.academia.edu/38629974/Revista\\_Cuestiones\\_Criminales\\_No\\_1\\_Jul\\_2018\\_.J%C3%B3venes\\_y\\_violencias](https://www.academia.edu/38629974/Revista_Cuestiones_Criminales_No_1_Jul_2018_.J%C3%B3venes_y_violencias)

Urrea, F. (2014). “Masculinidade: a construção social da masculinidade e o exercício da violência”. En: Eva Alterman Blay *Feminismos e masculinidades. Novos caminhos para enfrentar a violência contra a mulher*. Cultura acadêmica: San Pablo.

Urrea, F. (2003) “El grupo de pares en la construcción masculina de jóvenes de clases subalterna” En J. Olavarria (Ed.), *Varones adolescentes: géneros, identidades y sexualidades en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO.

Urrea, F. y Quintín, P. (2002) “Subjetividades masculinas en jóvenes de clases subalternas urbanas” *Dossier. Relations de genre et masculinités en Amérique latine*, pp. 83-107

Valobra, A. (2015). “Entrevista a Dora Barrancos. Una mirada a la legislación en materia de Violencia contra las mujeres”. *Derecho Y Ciencias Sociales*, (12), 272-274. Disponible en: <https://revistas.unlp.edu.ar/dcs/article/view/2157>



Vasquez del Aguila, E. (2013). "Hacerse hombre: algunas reflexiones desde las masculinidades". *Política y Sociedad*, 50, Núm. 3, 817-835.

Vila, P. y Semán, P. (2006). "La conflictividad de género en la cumbia villera". *Revista Trans*, 10.

Viveros, M. (2009). "Teorías feministas y estudios sobre varones y masculinidades. Dilemas y desafíos recientes. En: Ramírez Rodríguez, J. C. y Uribe Vázquez, G. *Masculinidades. El juego de los hombres en el que participan las mujeres*. México: Plaza y Valdés.

Vizzi, F. y Ojeda, A. (2017). "Rita Segato: 'Una falla del pensamiento feminista es creer que la violencia de género es un problema de hombres y mujeres'". *Redacción La Tinta*, disponible en: <https://latinta.com.ar/2017/09/rita-segato-falla-pensamiento-feminista-violencia-genero-problema-hombres-mujeres/>

Whyte, W. F. (1971). *La sociedad de las esquinas*. México: Ed. Diana.

Wittig, M. (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid: Egales.

Young, J. (2008). "Merton con energía, Katz con estructura. La sociología del revanchismo y la criminología de la trasgresión". *Delito y Sociedad*, 25. 63-87.

Yuszczuk, M. (2019). "Violencias. Cuando digo no es no". *Página 12*, disponible en <https://www.pagina12.com.ar/198536-cuando-digo-no-es-no>

Zubillaga, V. (2007). "Los varones y sus clamores: los sentidos de la demanda de respeto y las lógicas de la violencia entre jóvenes de vida violenta de barrios en Caracas". *Espacio Abierto Cuaderno Venezolano de Sociología*. Vol. 16 (3). pp. 577 - 608.